


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

This volume is bound without ______________

no. 25

which is/are unavailable.

AÑO I. 1º DE MARZO DE 1922. NUM. 21

América-Española

Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española y a la propagación de todo linaje de cultura en Méjico.

COLABORAN EN ELLA PROFESIONALES MEJICANOS Y ALTAS PERSONALIDADES DE OTROS PAISES

PROPIETARIOS: LICS. FRANCISCO Y JOSE ELGUERO

Director responsable: Lic. Francisco Elguero. Subdirector: Lic. José Elguero

Administrador: Francisco Vaca Zavala

URUGUAY 40, DESPACHO 11, MEJICO, D. F.

SUMARIO

EJEMPLAR $ 0.75

AÑO I. 1º DE MARZO DE 1922. NUM. 21.

América-Española

Revista Quincenal

Destinada al estudio de los intereses de la Raza Latina en el Nuevo Mundo.

Registrada como artículo de 2a. clase en las Oficinas de Correos de la Ciudad de Méjico, con fecha 19 de abril de 1921, bajo el número 16448.

Sección de Oratoria.

GABRIEL GARCIA MORENO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL INGENIERO JESUS GALINDO Y VILLA, EN LA VELADA QUE EL CONSEJO DE GUADALUPE 1050 DE LA ORDEN DE CABALLEROS DE COLON DEDICO A LA MEMORIA DEL ILUSTRE PRESIDENTE MARTIR DEL ECUADOR, LA NOCHE DEL 18 DE FEBRERO DE 1922.

Señoras:

Señores:

I.

Allá, precisamente bajo la Línea Equinoccial, hay una tierra singularísima, que da el rostro hacia el mayor de los Océanos, y donde los volcanes más formidables de América, coronan de llamas sus portentosos conos a inconmensurables alturas. El detalle geográfico de mayores bellezas en toda la costa occidental del continente del Sur, lo posee esta nación ecuatoriana, donde las sierras robustas y fragosas, los hondos precipicios y las llanuras, aparecen cubiertos por espeso manto vegetal, que por donde quiera se convierte en recio boscaje.

Es la patria de uno de los más grandes estadistas americanos, de un sabio eminente, de un católico eximio, del restaurador del Derecho Cristiano; del heroico defensor de la Religión y de las libertades de su pueblo, de Gabriel García Moreno, en cuyo loor celebramos hoy esta velada al vivo recuerdo de que el 24 de diciembre de 1821 surgió aquel prócer a la vida del mundo en el puerto de Guayaquil, de la República andina del Ecuador. (1)

¡Providencial contratste! Los primeros años de su existencia pasados a la vera de su padre don Gabriel García Gómez, un español todo laboriosidad y amor, fueron tímidamente recorridos: de naturaleza espantadiza y raquítica, que le hacía temblar al sólo anuncio de la tempestad o llenarle de pavor ante un cadáver, se transformó con el tiempo en un león, en todo un carácter valeroso y férreo. Así le veremos en seguida.

Muerto el autor de sus días, cuando García Moreno era aún joven, cuidó de él solícita y esmeradamente su cariñosa madre, cuyas aptitudes excepcionales, guieron por brillante sendero al adolescente; que no tuvo excepcionales, guiaron po rbrillante sendero al adolescente; que no tuve menor fortuna al hallar en su camino al famoso mercedario. Fray José bajos de la vida práctica empezaron: perdida en gran parte la fortuna de su padre, con dificultad pudo García Moreno asistir a la Universidad de Quito; y es fama, que pronto el tierno estudiante fué el asombro de camaradas y de maestros, aventajando a sus condiscípulos, sin que nadie pudiera igualarle en actividad, en talentos y en méritos escolares, hasta que se hubo graduado en la Facultad de Leyes, como Abogado; carrera que generalmente se presta a las luchas de lo política, y que sirvió de ariete a García Moreno en las que después sostendría en beneficio de su patria. Esto pasaba en el 1844.

---

(1) La más extensa y detallada biografía de García Moreno, que he seguido esencialmente en este discurso, es la escrita en francés por el R. P. A. Berthe, de la cual se han hecho numerosas ediciones en distintos idiomas desde 1887; la castellana que tengo a la vista, se halla impresa en París, 1892, en dos volúmenes. La de E. Macpherson, perfectamente sintetizada y exacta, en **The Catholic Encyclopedia** (Nueva York, Appleton), está tomada asimismo de la de Berthe, y de las siguientes obras: Herrera, **Apuntes sobre la vida de García Moreno**; Maxwell Scott, **Gabriel García Moreno, Regenerator of Ecuador** (en St. Nicholas Series, London and N. York, 1908); **Les Contemporaines** (París, I).—Con motivo de esta conmemoración, dos publicaciones importantes de la ciudad de México, dieron a luz sendos artículos: **Revista Eclesiástica**, de diciembre de 1912, un estudio intitulado **El Centenario del nacimiento del ilustre Presidente Mártir del Ecuador Gabriel García Moreno**, debido a la pluma del señor presbítero doctor don José Franco Ponce; y **La Dama Católica**, de 1o. de febrero actual, en la que, bajo el título de **El Hombre de hierro y de oro**, recopila algunos juicios sobre García Moreno del biógrafo Berthe, ya citado, de José Enrique Rodó, de Menéndez Pelayo y de León Mera. Hay otras publicaciones que se ocupan en el gran Presidente ecuatoriano, como historias locales del Ecuador, y que no citamos porque basta con lo apuntado en cuanto a biografía.

II.

La historia del Ecuador es la misma que la historia de la mayoría de los infortunados países hispano-americanos: una guerra de independencia, cruenta; después, motines, desórdenes, cuartelazos, ambiciones, crímenes, dictaduras, tiranías; reinado constante del sectarismo; guerra a muerte a la verdadera libertad y a la religión; logias masónicas que mueven los hilos en las sombras; mandatarios que suben y bajan a impulsos de incesantes revueltas; el ''quítate tú para ponerme yo;'' regresiones y estados caóticos que se antojan prehistóricos; desolación y miseria; con uno que otro oasis de paz y de progreso relativos. Este cuadro fatídico se presentaba con todos sus sombríos colores a la perspicacia y al patriotismo de García Moreno, en los instantes mismos de recibir jubiloso su título profesional, cuando el presidente Flores caía del solio por la revolución que colocó en éste al presidente Roca. Nuestro joven abogado se unió a ese movimiento; y empezó, también, en otro campo de acción sus fogosas actividades de político militante: el periodismo, que es arma incomparable de combate, tuvo pronto en García Moreno a un terrible paladín, sobresaliendo en **El Zurriago** con su satírica pluma. En aquella sazón se le vió prestar útiles servicios a la capital de la República como miembro del Concejo Municipal, donde se destacó la personalidad; entrando luego de lleno, en la vida de agitación y de brega cuando el ex-Presidente Flores trató de recuperar el poder ecuatoriano. García Moreno se lanzó al momento hacia el campo de la lucha, apresurándose a sostener la administración de Roca; y cuando ésta cayó en el año 1849, García Moreno tuvo que sufrir su primer destierro; pero con todo fruto hubo de aprovecharlo, porque lo pasó en Europa, alimentando su espíritu con cuanto veía y en medio del estudio y de un verdadero ascetismo. Regresó al Ecuador; consagróse primero al comercio para volver a poco a su vida de pujante adalid; mas ya definitivamente contra los anticatólicos o ''liberales.'' Un hecho, tuvo en ese tiempo inmensa resonancia. En Panamá se encontró García Moreno con un grupo de sacerdotes de la Compañía de Jesús, que acababan de ser expulsados por el gobierno jacobino de Colombia; y se encaminaban al Ecuador en busca de asilo. García Moreno se constituyó en escudo de los religiosos, quienes se embarcaron con él para Guayaquil; ''pero en el mismo navío que llevaba a los jesuítas y a su viril y entusiasta compañero, tomó pasaje, también, un enviado del gobierno granadino, con objeto expreso de llevar su influencia diplomático ante el dictador del Ecuador don Diego Noboa, a fin de asegurar la expulsión de estos padres, del territorio ecuatoriano. Aún no llegaba el barco a la bahía de Guayaquil, cuando el intrépido García Moreno, deslizándose hasta un bote costero logró desembarcar algún tiempo antes que el enviado de Colombia; consiguió el permiso necesario del Gobierno del Ecuador, y los jesuítas obtuvieron hospitalidad en ese país.'' Tan pronto como la noticia de esta proeza de García Moreno se extendió entre los anticlericales de Sud América, empezaron sus ataques al político católico, señalándose, entre otros, el folleto intitulado ''**Don Félix Frías en París, y los Jesuítas en el Ecuador,**'' al cual contestó García More-

no con otro, redactado vigorosa y magníficamente, al que puso por encabezado "**Defensa de los Jesuítas.**"

Corría el año 1853, cuando comenzó a publicar **La Nación,** un periódico que, según su programa, estaba consagrado a combatir la tendencia, entonces existente, por parte del Gobierno, para explotar a las masas populares, en beneficio material de quienes habían logrado adueñarse del Poder. En la misma época, el programa de García Moreno se encaminó igualmente a defender la religión del pueblo. Era ya conocido como amigo de los jesuítas y ahora asumía el papel de amigo del pueblo bajo, al cual se adhirió constante y sinceramente hasta el día de su muerte. La facción política del celebérrimo presidente Urbina, que imperaba en esos días, pronto reconoció la importancia de **La Nación;** desde el primer número amenazó a sus redactores, que respondieron, en medio de la pública expectación, con un segundo número, más terrible y acerado. Ya el tercer número no salió, porque fué suprimido por la autoridad el periódico; y su propietario desterrado por segunda vez. Entre tanto, los amigos numerosísimos y los incontables partidarios de García Moreno, se propusieron hacer a éste invulnerable a las iras del tirano liberal, y le eligieron Senador por su provincia nativa de Guayaquil; y se le previno que tomara posesión de su curul, en el caso de que volviera a Quito sin pasaporte.

Después de una breve estancia en Paita, García Moreno visitó de nuevo a Europa. Tenía treinta y tres años de edad; en plena juventud, ya con la experiencia de la vida política en Ecuador, le había ésta convencido profundamente de la necesidad de ilustrar a su pueblo. Fué sin duda semejante convicción, la que le obligó a permanecer un año más en París, privándose de toda suerte de placeres como un estudiante severo e infatigable de la ciencia política; y como tenía especial vocación para ello, se consagró con fervor y sin perder un instante, al cultivo de las matemáticas superiores, que tanto le agradaban y que disciplinan a maravilla la inteligencia; lo mismo que al de la Química en que fué peritísimo; estudiando al par los sistemas bajo los cuales estaban organizadas las escuelas públicas de Francia.

Con este caudal de conocimientos positivos, regresó a su amada patria acogiéndose a la amnistía general de 1856; ocupando el merecido puesto de Rector de la Universidad de Quito, donde se distinguió por sus brillantes conferencias sobre Ciencias Físicas.

Al siguiente año, García Moreno asumió un papel activo en el Senado, oponiéndose al partido masónico que había ganado el predominio del Gobierno de la República; mientras que, a la vez, él, espíritu cultivado y entendido, luchaba persistente e indomablemente, aunque sin lograr éxito en medio de la ignorancia de sus colegas, por establecer una ley de instrucción pública basada en cuanto García Moreno había visto en Francia.

Una vez más sintió la nostalgía del periodismo, y fundó su periódico **La Unión Nacional,** desde cuyas columnas se propuso combatir la corrupción administrativa y el empleo arbitrario de la autoridad.

La crisis política se siguió en breve; y como se diera cuenta de que bajo el liberalismo empezaba a abrirse una era aciaga para la Iglesia y que las libertades de ésta peligraban, García Moreno se decidió a bregar contra los principios que sólo tiene de "liberales" el nombre y

que sólo dan libertad a sus secuaces. Por eso, la mayoría absoluta de la población del Ecuador, veía en García Moreno a un jefe ''tanto de su fe común como de su patria común.'' Es verdad que García Moreno, quizá autor de la frase ''**Industria Revolucionaria,**'' muy gráfica en nuestro turbulento medio americano, llegó también hasta la revolución misma que le hizo colocarse al frente del Gobierno provisional establecido en Quito, mientras su antagonista instalaba el suyo en Guayaquil; pero, dado ese propio ambiente, no había otro procedimiento mejor, con la particularidad importante, de que García Moreno ofreció, aunque sin resultado, participar la autoridad con su rival Franco a fin de obtener la paz y la unidad nacional. García Moreno derrotó al citado Franco, y el vencedor dando una prueba palmaria de su carácter magnánimo, expidió una proclama, pretendiendo mediante ella acabar rápidamente con la guerra civil.

Esto pasaba al finalizar 1860.

El 10 de enero del siguiente año, fué electo García Moreno por una convención, Presidente de la República ecuatoriana. Entonces, ya en pleno dominio del poder público, el ilustre hombre de Estado se reveló con toda su fuerza inaugurando su serie de reformas morales, económicas y materiales, que demostraron al mundo, cómo es posible a un gobernante católico y práctico levantar de nivel a su patria, sobre todas las ruindades, y regenerarla y colocarla con honra y con decoro en el seno de las naciones civilizadas. La Iglesia fué restituída en sus derechos; el insigne Presidente celebró un concordato con el Sumo Pontífice; ''elevó a la altura de sus cargos sublimes,'' como dice el biógrafo Berthe, al sacerdote, al soldado y al magistrado, para que de consuno colaboraran en pro del bien común, que las administraciones pasadas habían esterilizado; la instrucción pública, existente apenas en estado rudimental, después del estado más o menos floreciente bajo el dominio español, resucitó ante los maravillados ecuatorianos, y por donde quiera se multiplicaron las bibliotecas, los laboratorios, pero sobre todo las escuelas primarias, vistas con particular esmero, y de donde derivaron las de segunda enseñanza; sin contar las altas Facultades como la de Ciencias y la de Medicina, la Escuela Politécnica, la fundación del soberbio Observatorio Astronómico, y cuanto el gran intelecto de García Moreno había soñado para su Patria, en sus lucubraciones en el Viejo Mundo. Pero la instrucción tuvo como era de esperarse médula esencialmente religiosa. ''García Moreno—asienta uno de sus biógrafos —hubiera preferido cien veces dejar al niño en la ignorancia, que enseñarle a vivir sin Dios. Cifraba su dicha en ver a millares de alumnos, gracias a la educación de maestros cristianos, crecer en la piedad, tanto como en el saber. ''**Con hombres de este temple, decía, regeneramos a la familia y a la sociedad.**''

''El corazón de García Moreno estaba a la altura de su inteligencia. El pauperismo corroía al Ecuador; pues que las administraciones precedentes habían devorado al país con los impuestos, el militarismo y las revoluciones; privado de comercio y de agricultura, indolente de suyo, vivía el pueblo en degradante miseria, compañera inseparable del crimen y del vicio. Vagos, mendigos, mujeres descarriadas, salteadores y ladrones pululaban por todo el territorio; para aventurarse por los caminos era menester llevar el revolver preparado.'' García Moreno em-

prendió eficaz y activísima campaña contra toda esa lepra, que por desgracia es patrimonio de nuestras infortunadas naciones de este continente hispano. Fundó casas de misericordia en Quito, Guayaquil y Cuenca, para auxiliar a los niños privados de los auxilios de la familia, y que puso en manos de las dulces Hermanas de la Caridad; regeneró a infinidad de mujeres mediante las gracias que confiere la religión, que tiene el dón incomparable de curar los males del alma; y las colocó bajo el amparo de las abnegadísimas Hijas del Buen Pastor. Ardua fué la empresa de arrasar con el bandidaje, que tenía sus guaridas en los repliegues y anfractuosidades de aquellas montañas colosales. Oigamos una narración asombrosa de la vida del extraordinario personaje, motivo de nuestros recuerdos: ''Gavillas de ladrones organizadas en las inmediaciones de Quito, con buenos capitanes y excelentes puntos de refugio, de acuerdo probablemente con la policía, desafiaban a los más finos podencos del gobierno. García Moreno escogió entre éstos últimos a una persona con la cual le pareció que podían contar; le prometió una buena recompensa si le traía preso al capitán de ladrones más temido en aquella tierra, y le autorizó a disponer de cuantos hombres necesitase, tanto de policía como del ejército, para lograr su objeto. Algunos días después, el bandido estaba preso. Conducido delante del presidente, esperaba ser en el acto sentenciado a muerte; pero cuál fué su asombro, al ver que, por el contrario, García Moreno le acogió benévolo, haciendo un llamamiento a sus sentimientos de religión y de honor, y que por último le prometió su protección si mudaba de vida! No le impuso otra pena, que la de pasar todos los días una hora con un santo religioso que le designó, y de hacerle a él una visita a mañana y tarde. Conmovido hasta derramar lágrimas el facineroso, convirtióse, y se transformó por completo. Seguro, entonces, de sus buenas disposiciones, el presidente puso a la policía a las órdenes del antiguo jefe de la horda, y le encargó que le condujese sus antiguos camaradas, ''para transformarlos — añadió,—en hombres como tú.'' Pocos días después los foragidos acosados hasta en sus más recónditos escondrijos, caían en manos de los leales servidores de García Moreno, que eran el capellán y el director de la prisión. Así cesó en el Ecuador, el bandolerismo.

La caridad de García Moreno, claro estaba, no pudo un solo momento descuidar la obra humanitaria de los hospitales donde personalmente acudía con bolsas repletas de dinero para atender a las necesidades apremiantes, y a confortar con su presencia a la humanidad doliente que en aquellos se albergaba.

La obra moral del Ecuador, la completó su inmortal presidente, por medio de las Misiones, que envió ''más allá de las Cordilleras, hacia la vertiente oriental de los soberbios picos nevados, donde se extiende una inmensa planicie que confina con el Brasil, en medio de selvas vírgenes, a las orillas del Napo, del Marañón, del Putumayo, caudalosos tributarios del Amazonas; tierras habitadas por 200,000 indios salvajes, todos nómadas de índole buena y sencilla, idólatras en su mayoría, y que necesitaban las luces de la verdadera religión.'' Ya los esforzados jesuítas habían penetrado hacia el siglo XVIII por estas regiones, apartadas de la vida activa del mundo, y establecido en ellas, como en el Paraguay, una verdadera civilización; pero expulsados de las posesiones españolas en 1767, su obra benéfica había quedado abandonada, y los in-

dios vueltos a sumergirse en las sombras de la barbarie. García Moreno intentó de nuevo civilizar la región; y de acuerdo con sacerdotes de la Compañía de Jesús, se emprendió vigorosa y tenazmente la fundación de colegios y misiones en el apartado Napo, de donde se derramaron en medio de las tribus indígenas que les recibieron con júbilo.

Simultáneas con el progreso religioso y moral de la nación, García Moreno, llevaba a cabo paralelamente numerosas obras materiales de pública utilidad. La hacienda era reformada en sus ingresos y cuidaba solícitamente de los egresos, cuyos dineros eran de los contribuyentes. Una de las más poderosas causas que detienen el progreso económico de un pueblo, y vuelven inactivas sus fuentes de riqueza, es la falta de vías de comunicación, y en consecuencia, la imposibilidad de transportes y de actividad comercial. Si se recuerda la topografía del país,—como Berthe observa y de quien tomo todo este relato,—verdadero laberinto de montañas, unidas unas a otras por contrafuertes poderosos, en medio de los cuales se dibujan valles profundos, precipios y torrentes que se convierten luego en caudalosísimos ríos, con facilidad se adivina que se haya desistido de abrir en este suelo rudamente accidentado, carreteras de alguna extensión. El ecuatoriano viajaba a lomo de mula o a espaldas del indio; y subir a Guayaquil a Quito por sendas impracticables, en medio de negros precipicios, pasaba con razón de expedición peligrosa. Cuéntase de un viajero inglés a quien se preguntaba cuál camino había de seguir para llegar a Quito, que respondió, con tanta agudeza como verdad: ''No hay que hablar de caminos en ese país;'' y Madame Ida Pfeiffer dijo que al salir de la capital del Ecuador, ''no se viaja sino que se va chapotenado en un verdadero pantano, lleno de fango.'' Nadie, pues, ni bajo el reinado de los Incas, ni en las tres centurias de dominación española, ni desde el advenimiento de los republicanos, había soñado en construir caminos y lanzar un vehículo cualquiera por las profundas barrancas. Diligencias, ferrocarriles, locomotoras, praecían objetos extraños al Ecuador. Las poblaciones todas se hallaban como aprisionadas en sus distritos, y en la época de las lluvias, estaban secuestradas del resto de los hombres. García Moreno, gran católico, gran político, gran escritor, gran estadista, gran hombre de ciencia, que se había puesto en contacto con la más alta civilización de allende los mares, puso también, con su no menor gran carácter, manos a la obra para sacar a su país de la postración en que yacía; y es de ver como el día mismo en que García Moreno tomó posesión de la presidencia, decidió la construcción de la carretera gigantesca y atrevida para que se ligaran Quito y Guayaquil, y encomendó los primeros trabajos ''a su antiguo compañero en la atrevida exploración del volcán Pichincha, el ingeniero don Sebastián Wyse.'' Comenzada la carretera en 1862, fué concluída en 1872, a lo menos en sus partes principales, y baste para medir la magnitud de la obra, que sólo en un trozo de ella, entre Quito y Sibambé, y en el transcurso de 250 kilómetros, se necesitaron 100 puentes muchos de ellos enormes. Millares de obreros, constituídos como en parroquias ambulantes, cristianamente disciplinados, hallaron trabajo y salario puntual. ''Este camino grandioso —dice Berthe—que bastaría por sí sólo para inmortalizar a su autor, no impidió a García Moreno, abrir simultaneamente otros cuatro en las provincias del N. y del S.'' El movimiento comercial empezó, y la rica

savia a circular por las venas del Ecuador, como por el tronco y las ramas de los árboles, al sentir el ósculo fecundante y primaveral de nueva vida.

Y para que la Patria caminara en paz con todo el mundo, el excepcional Presidente, arregló los asuntos internacionales pendientes con sus vecinos, principalmente con el Perú.

No nos asombrará ya, después de lo ligeramente dicho, que García Moreno, también empuñara en la diestra la espada del guerrero, y que como experto general se colocara a la cabeza de sus huestes para batir al enemigo de la pública tranquilidad; así lo hizo y con su valor y denuedo supo triunfar con brillantez.

III.

Mas no se crea que para labores de tan supremo aliento, García Moreno estaba en un lecho de rosas. Por todas partes la envidia le acechaba; sus impotentes émulos acumulaban obstáculos y dificultades en la ruta del activísimo mandatario. Tres antiguos dictadores, Urbina, Robles y Franco, que habían sido arrojados de la ambicionada silla, se confabularon, a pesar de hallarse enemistados entre sí contra García Moreno; los llamados liberales y las logias no podían tolerar que la Iglesia Católica viviera libre y soberana en el país; que la caridad se derramara cristianamente sobre los necesitados; que el Supremo Jerarca bendijera desde la cumbre vaticana a un pueblo, en su mayoría absoluta piadoso y practicante de su fe; que una nación se transformara mediante una mano conductora, poderosa y sabia; empero García Moreno pudo concluir su primer período presidencial sin alteración alguna de la paz.

Los altos servicios del ex-presidente no se desperdiciaron, y García Moreno fué enviado como Ministro plenipotenciario a Chile, con comisión importante que desempeñaría a su paso ante el Gobierno de Lima; los secuaces de la maldad no estaban ociosos, y cuando llegó a la capital peruana que hasta la fecha no ha cambiado su saproso y viejo aspecto colonial, intentóse asesinarlo, hecho que originó el consiguiente escándalo y terminó con la muerte del asaltante. Su misión diplomática resultó sumamente benéfica, porque hubo de apretar los lazos de amistad entre el Ecuador y sus colindantes del Sur. La estancia de García Moreno en Santiago de Chile, le inspiró admiración por este progresista Estado; llegó a intentar que se llevasen a cabo diversas reformas en la Constituicón política del Ecuador, tomándolas de la Chilena; y aún logró que en la Convención Nacional del 1869, se presentara el Proyecto.

García Moreno regresó a poco al Ecuador. Encontróse con una situación política difícil; porque los partidarios del liberal Urbina preparaban un golpe de mano a fin de apoderarse del mando supremo para su jefe; los conservadores supieron evitarlo a tiempo; declararon depuesto a Carrión, qre se inclinaba a dejarle el gobierno a dicho Urbina, e hicieron a García Moreno cabeza del Gobierno Provisional. La convención de 1869 acabada de mencionar, confirmó en el puesto a García Moreno; y otra vez el excelso ciudadano, dignísimo de más amplios horizontes,

consagró todos sus amores, sus anhelos, sus esfuerzos, sus talentos y energías a la prosecución de sus obras por todos conocidas lo mismo para la ilustración general que para el bienestar religioso de su pueblo. "Fué en estos últimos años, de su vida—asienta su biógrafo Macpherson—cuando trabajó tanto por la enseñanza de las ciencias físicas en la Universidad, llevando a ésta a sacerdotes alemanes de la Compañía de Jesús; las Escuelas médicas y los Hospitales de la Capital, fueron ampliamente beneficiados por su esfuerzo inteligente y celoso y las obras de arte se multiplicaron por genios italianos.

El 20 de septiembre de 1870, las tropas de Víctor Manuel ocuparon la ciudad de Roma al ser despojado el Vicario de Cristo de su Poder Temporal; el 18 de enero de 1871, García Moreno fué el único entre todos los gobernantes del mundo, que tuvo la entereza de dirigir una protesta al Rey de Italia por la espoliación de la Santa Sede. El Papa le significó su aprecio por este acto de lealtad, confiriendo al Presidente del Ecuador, la condecoración de primera clase de la Orden de Pío IX, con un Breve encomiástico, fecha 27 de marzo de aquel año.

Las logias masónicas, entre tanto, trabajaban activas en las siniestras sombras de sus talleres, decretando formalmente la muerte de García Moreno. Este, en una carta al Papa, empleaba por aquel tiempo, las siguientes hermosas palabras casi proféticas: "¡Que me sea dado, Santísimo Padre, ser odiano y calumniado por mi amor a nuestro Divino Redentor! ¡Qué felicidad si llega vuestra bendición a obtener para mí, del Cielo, la gracia de derramar mi sangre por Cristo, quien siendo Dios, ha querido verter la suya por nosotros, en la Cruz!"

García Moreno siguió impertérrito por el sendero que él mismo se trazara. Innumerables avisos recibía a diario sobre los gravísimos peligros que corría su vida: los puñales asesinos le acechaban a cada instante; pero él confiaba en el fuutro, tanto de sí mismo como de su Patria. "Los enemigos de Dios y de la Iglesia pueden matarme—dijo una vez—pero Dios no muere."

El pueblo ecuatoriano había premiado a su preclaro gobernante con la reelección de su puesto, y pronto habría de entrar en el nuevo período del alto encargo. Corrían los días últimos del mes de Julio de 1875. La policía de Quito supo que una partida de miserables seguía los pasos del presidente. A pesar de todo, cuando el jefe de la policía dió aviso a la presunta víctima, éste le desalentó para que prosiguiera en sus intentos de rodearle de precauciones, hasta el punto de excusar la falta de cuidado de sus guardias oficiales. Hízose evidente que, dentro de los quince días que precedieron a los acontecimientos finales, el mismo asesino destinado por las logias había fracasado por lo menos dos veces, en virtud de no haber aparecido en público el Presidente, en ocasión en que se le esperaba; hasta que al anochecer del trágico 6 d agosto, los instrumentos de la maldad y el crimen, hallaron a su presa sin ninguna protección; le siguieron en su marcha hacia una de las más importantes oficinas del gobierno, y ahí, un tal Faustino Rayo, el jefe de la banda, cobardemente le atacó por la espalda con un machete, hiriéndole en varias partes del cuerpo, en tanto que otros tres le ayudaban en la nefanda obra, con sus revolvers.

Después del asesinato ,los bandidos desaparecieron, menos Rayo, quien, herido por una bala destinada al presidente, se vió cercado por

un pueblo furioso; y, llevado a otro sitio, le remataron. Sobre su cadáver se encontró, incontrovertible, el cuerpo del delito; los talones contra el banco del Perú, "probaron plenamente que la masonería a semejanza de la sinagoga judía, entregaba para Judas los treinta dineros."

La revolución radical que esperaban los autores del atentado, no estalló; la obra de García Moreno era tan firme y tan grandiosa, que era menester que se minaran los cimientos y cargaran de explosivos para que volara el edificio.

El duelo fué nacional; hombres, mujeres y niños, orando junto al cadáver del presidente, se alejaban de él exclamando: "Hemos perdido a nuestro padre; y ha dado su sangre por nosotros!" El Congreso dirigió a la nación un manifiesto en honor de García, El Grande, como en el documento se le llamaba: "grande, no sólo para el Ecuador, decía en aquel, sino para América y para el mundo; porque poseyó la grandeza del genio y los genios pertenecen a todos los pueblos y a todos los siglos. García Moreno demostró ser un hombre superior, arrebatado por dos ideas divinas, o más bien por dos divinas pasiones: el amor a la patria y el amor al catolicismo...... La revolución derriba la cruz del Redentor, y él la recoge en sus manos, se prosterna ante ella, y desde la cumbre de los Andes, la presenta al mundo como el lábaro sagrado. La calumnia le acusa, la impiedad le maldice, el odio y la envidia le persiguen: el héroe cristiano lucha, sin embargo, sin retroceder un paso, y obliga a la Historia a contarlo en el reducido número de personajes que dan honra al género humano."

Tal es un pequeñísimo fragmento del panegírico oficial.

El inmortal Pío IX mandó elevar en homenaje a la memoria del Presidente y para hacerla perenne, un marmóreo monumento, en el conspicuo edificio del Colegio Pío Latino Americano en Roma; y cuya principal inscripción lapidaria, sintetiza en cuatro renglones y con la majestuosa sobriedad del elegante idioma del Lacio, la meritoria vida de García Moreno:

Religionis integerrimus custos,
Auctor studiorum optimorum,
Obsequentissimus in Petri Sedem,
Justitiae cultor; scelerum vindex.

Guardián integérrimo de la Religión;
Promovedor de los más preciados estudios;
Servidor devotísimo de la Sede de Pedro;
Justiciero; vengador de los crímenes.

IV.

Acusan a García Moreno sus enemigos, de fanático y de tirano. Permítaseme, a pesar del tiempo que he entretenido a mis oyentes, dos palabras sobre aquellas sangrientas apreciaciones.

El fanatismo del glorioso presidente ecuatoriano estaba totalmente justificado en defensa del Catolicismo. La cuna de García Moreno se

había mecido en la fe de Cristo; pero después, al pasar por las calles de la escuela atea, y penetrar en la atmósfera de liberalismo que hasta hoy por desgracia prevalece en la gran mayoría de nuestras Repúblicas latino-americanas, García Moreno sufrió el contagio explicable, manchándose con el cieno de las tan mal llamadas doctrinas liberales; porque casi todos, más o menos, hemos tenido nuestro cuarto de hora de descarrío en punto a conceptos políticos y filosóficos y aun religiosos, al contacto con la funesta escuela laica. Emprendió sus viajes por Europa; estuvo en el centro mismo de los focos de principios y doctrinas; se dió cuenta con su inteligencia privilegiada de la situación social del mundo en aquellos instantes; y, al restablecer el equilibrio de su conciencia, de un golpe pudo inferir que con el **Liberalismo**, van las naciones camino de su disolución y de su ruina. Donoso Cortés lo había presagiado con pasmosa clarividencia: "el Liberalismo, dijo, penetrando en la política hará cambiar la forma de los gobiernos; en las inteligencias, pervertirá las ideas; en las sociedades, dará rienda suelta a las costumbres, de tal manera que al terminar el siglo XIX se habrá llevado a cabo una transformación en el estado de la humanidad. En el siglo XX será el triunfo general del **Socialismo.**" Consecuencia lógica y fatal: el caos; la regresión hacia las sociedades primitivas; el estancamiento de todo progreso moral e intelectual, como lo vamos palpando. (1)

---

(1) Cualquier moderno teorizante, de los más pegados a la moda, al leer mis afirmaciones anteriores sonreirá con desdén, sin duda, exclamando: "¡Retrógrado! ¡Obscurantista! ¡Reaccionario empedernido! ¡Absurdo oponerse al progreso y al **espíritu de la época!**" Todo hombre que cultiva a diario y constantemente su inteligencia, está de acuerdo en la necesidad de mejorar la situación de todas las clases sociales para hacer más llevaderas las inevitables amarguras de la vida; empero si esa mejoría se trata de llevar a cabo contra el sentido común, o en perjuicio de otros grupos humanos, o cegando las fuentes del bienestar de los pueblos, o contra las enseñanzas de la Historia y las leyes de la ciencia, entonces no sólo no hay progreso, sino retroceso, y si el **espíritu de la época** es ésta misma regresión a estados sociales inferiores, le volteamos francamente la espalda, y nos apartamos de la corriente impetuosa de tales conceptos, para no vernos arrastrados por ella y hundirnos en la vorágine; y será un insensato aquel que tomando al pie de la letra la teoría de dicho espíritu de **la época,** se ponga a asesinar o a despojar a cuantos halle en su camino, sólo porque se respire por donde quiera, despojo y asesinato. No somos nosotros los **retrógrados** quienes condenamos al Socialismo, apoyados en el **Syllabus**; son pensadores, psicólogos y sociólogos heterodoxos y materialistas, y para mi intento aunque se alargue esta nota, sólo citaré a dos autoridades contemporáneas: Mermeix, en cuya obra **El Socialismo** (París, 1907) se resumen las principales doctrinas acerca de aquella epidemia en que se ve actualmente envuelta la humanidad (por "**espíritu de la época**"), y sobre todo, el doctor Gustavo Le Bon, en su interesante estudio **Psicología del Socialismo** (3a. ed., Madrid, 1821), que es una aplicación de las doctrinas formuladas en otras dos de sus obras, conocidísimas: **Psicología de las multitudes y Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos.** Sintetizaré en lo posible y ordenaré las siguientes culminantes conclusiones de este eminente psicólogo francés:

El socialismo posee el carácter de indeterminación de sus dogmas; sus doctrinas se transforman de día en día y se hacen cada vez más inciertas y flotantes.

García Moreno contempló a su patria en la negra sima de la desolación a que la habían conducido los gobiernos sin Dios y sin fe; y al empuñar el timón de la nave, enarboló como enseña la bandera de la Iglesia, y, a su amparo, hizo bogar el bajel del Estado sobre las tranquilas aguas del cumplimiento del deber y del bien. Si esto es fanatismo, acepto y aplaudo el de García Moreno.

Los principios marxistas en que su autor (Carlos Marx) basaba el socialismo, han terminado, por ser de tal modo desmentidos por los hechos, que sus más fieles discípulos han tenido que abandonarlos:

Las muchedumbres no comprenden las doctrinas quiméricas; las masas las aceptan en bloque, y no evolucionan jamás;

Los poblemas planteados por las transformaciones actuales del mundo, son de distinta gravedad que los que preocupan a los socialistas;

El socialismo actual, **es un estado mental, mucho más que una doctrina.**

En contra de todos los datos de la ciencia actual, el socialismo posee una fuerza inmensa, sólo por el hecho de que tiende a revestir una **forma religiosa;** razón por la que justamente el socialismo reviste el más temible de los peligros que han amenazado hasta ahora a las sociedades modernas;

La mayoría de las teorías socialistas está en contradicción flagrante con las necesidades que dirigen al mundo moderno; su realización nos volverá a fases inferiores que hemos pasado hace mucho tiempo;

Desdeñar la asociación y querer suprimir la competencia es paralizar las grandes palancas de la Edad Moderna;

La experiencia enseñará a los adeptos de las ilusiones sociales, la vanidad de su ensueño, y entonces romperán con furor el ídolo que habían adorado antes de conocerla;

El **colectivismo** y el **comunismo** nos llevarán a la barbarie primitiva. El socialismo de Estado conduce a los pueblos que lo practican a una **rápida decadencia: los pueblos latinos especialmente;**

La servidumbre, la miseria y el cesarismo, son los abismos inevitables a que conducen los caminos socialistas;

Estamos atacados de nuevo (gracias a la ley del retroceso de los tiempos, y este es el peligro de la hora presente) de los mismos **sentimientos morbosos** "que nos han valido (palabras textuales de Le Bon) **la Revolución más despótica y más sanguinaria que ha conocido la Historia:** el Terror, Napoleón y la muerte de tres millones de hombres;"

El renacimiento de este humanitarismo vago, es un **humanitarismo de palabras y no de sentimientos: SE HA HECHO EL MAS SERIO ELEMENTO DE EXITO DEL SOCIALISMO ACTUAL;**

El triunfo del socialismo nos dará "**el infierno, un terrible infierno.**"

No se es socialista **sin odiar a alguien o a algo;**

La realización de los actuales principios socialistas se llevarán a cabo, **mediante la ruina del país donde se implanten; porque son incompatibles** con el **orden natural de las cosas,** colocando al pueblo que los sufra, en un **estado de inferioridad manifiesta,** respecto de sus rivales, que lo obligarán pronto a cederles el puesto;

La **disolución** social de ciertos pueblos **empieza por sus ejércitos; es la triste condición del estado anárquico de las Repúblicas latinas de América;**

El destino final de esta mitad de América, "es (palabras textuales de Le Bon)

¡El tirano! Sujetar el mal con dura mano; perseguir sin tregua ni descanso el vicio; descargar enérgico y severo la justicia contra el bandidaje y el crimen; apegarse a la ley al pie de la letra; ser intolerante con el libertinaej, la maldad y la perversidad; evitar la propaganda de la falsedad y la mentira; a esto han llamado la tiranía de García Moreno. ¡Bien haya tal tiranía y semejante tirano! Y si cada país de nuestra América poseyera uno semejante, las radiaciones de la verdadera libertad, iluminarían con sus augustos resplandores desde las márgenes del Bravo hasta las tierras casi antárticas de la Patagonia. Para tiranos indiscutibles, ahí están en tal caso, Rosas en la Argentina, y el doctor Francia que cerró por completo las fronteras de su patria el Paraguay, al mundo exterior, y ante quien era obligatorio prosternarse bajo pena de arrostrar sus terribles iras. Pero basta enunciar la que fué divisa de García Moreno, y que cumplió inflexible como hombre rectilíneo, para su absolución ante el tribunal de la Historia: **''Libertad para todo y para todos, menos para el mal y para los malvados.''** Alberto Malet, autor positivista cuyos textos de Historia andan en manos de nuestros escolares, dice hablando de García Moreno: ''El Gobierno de García Moreno tiene todos los caracteres de una dictadura (no dice tiranía) **pero es la dictadura de un hombre superior, de una poderosa originalidad, y que se cuenta entre las más grandes figuras de la historia americana.''**

*

* *

Por eso, señoras y señores, venimos en esta noche solemne, a recordar la espléndida memoria del magno ciudadano, tan gigantesco como sus volcanes que tienen por penachos la lumbre que arde en sus entrañas; tan extraordinario como ningún otro gobernante de la tierra.

¡Oh, juventud mexicana que creces a la orilla de más insondables precipicios que los materiales de nuestra amada América; porque son los abismos morales que te cava el liberalismo! ¡Oh, juvenaud católica, luz de esperanza, anhelo de nuestros corazones, aliento soberano de nuestro espíritu! Tiende la vista en derredor y contmpla las palpitaciones del mundo que se disuelve como pútrido cadáver en el fondo de la huesa. Recoje la herencia de García Moreno, modelo de gobernantes, clarísimo espejo de estadistas, de sabios, de hombres inflexibles, que prefirió ver venir cara a cara la muerte, antes que temblar y ceder un palmo ante sus jurados enemigos.

---

volver a la barbarie primitiva, **A MENOS QUE LOS ESTADOS UNIDOS NO HAGAN EL SERVICIO EMINENTE DE CONQUISTARLA** (!).'' Nunca el decaer de la inteligencia causó la ruina de los pueblos, **sino el del carácter,** como cayeron Atenas y Roma. La enfermedad moral en los latinos, es la falta de voluntad, que coincide con la falta de iniciativa y el desarrollo de la indiferencia;

Dominadas de nuevo las multitudes, después de sus sublevaciones, por sus tendencias conservadoras, vuelven pronto al pasado y vienen a reclamar por sí mismas, la restauración de los ídolos que en un momento de violencia han roto.

¡Oh juventud cristiana! Tremola en tus manos henchidas de vigor y de vida, la bandera de los soldados de Cristo, y marcha al combate, que tuya será la victoria si piensas que en espíritu, García Moreno al frente habrá de conducirte a la victoria! Que tu grito de guerra desde hoy más que nunca, sea el mismo del invicto apóstol sudamericano:

"¡DIOS NO MUERE!"

México, 18 de febrero de 1922.

Jesús GALINDO Y VILLA.

Sección de Filosofía de la Historia.

Enrique VIII de Inglaterra

(Concluye.)

Desairado Enrique en sus pretensiones, volvió al propósito de atraerse la simpatía de los luteranos, y al efecto, resolvió casarse con Ana de Cleves, hija del duque del mismo nombre, cuando el Gran Elector de Sajonia. Indójole a ello el saber que tanto el duque como el Elector, y principalmente el último, eran grandes figuras entre los luteranos. Procuró, por otra parte, cerciorarse de todas las circunstancias que favorecían a la joven, y muy especialmente de las que atañían a sus condiciones físicas; y supo con regocijo, que era corpulenta y maciza, de modo de formar buen par con él, que iba haciéndose más y más abeso todos los días. Por lo que a su belleza respectaba, satisfízole en gran manera un retrato que de ella le fué mostrado, el cual era obra del famoso pincel de Holbein, y se conserva hasta nuestros días en la descendencia de Sir Samuel Meyrick, de Goodrich Court. Pero Enrique era tan insensato, que no llegó a sospechar que el arte pudiese ser también adulador y los artistas cortesanos, y se embarcó en aquel compromiso, ayudado eficazmente por Cromwell, y fiado en la buena fe de uno de los más famosos retratistas que ha tenido el mundo. Su candor le perdió, como se verá más adelante, pues los pinceles y la paleta de Holbein, resultaron ser hábiles utensilios manejados por la lisonja; una especie de cortesía tributada en lienzo y colores a la fea hija de un duque poderoso.

Cuando la prometida desembarcó en la corte inglesa, Enrique, conduciéndose como un colegial, a pesar de andar peinando ya los cincuenta años, fué de incógnito a Rochester para darse cuenta del aspecto físico de Ana; y halló con profundo despecho, que no correspondía ni a los informes verbales que de él se le habían dado, ni a los pictóricos que había visto con sus propios ojos. Ana era grande y gruesa, en efecto; pero más, mucho más de lo que él hubiera querido. Hallábala en todo esto tan desmesurada el monarca, que exclamó despechado, que aquello no era mujer sino una **yegua flamenca**; expresión poco galante y circunspecta, no sólo en la boca de un rey, sino de cualquier novio caballeroso.

Tornóse a Greenwich muy melancólico, y comenzó a proyectar desde luego desbaratar aquel lazo apenas anudado, y no llegar a casarse con Ana. Y habiendo proferido lamentos y querellas desgarradoras ante Lord Russell, Sir Anthony Brown y Sir Anthony Denny, condolido de su pena, consolóle el último, diciéndole ser achaque de la posición real, el no poder elegir consorte libremente, sino tener que aceptarla conforme a la opinión ajena.

Pero el rey no quería conformarse con aquella práctica y hubiera reembarcado a Ana de Cleves y devuéltola a su país sin más tardanza, a no ser por el temor que tuvo de irritar a los luteranos, a tiempo en que Carlos V y Francisco I parecían haberse reconciliado, y podían, unidos, lanzarse contra él y hacerle mucho daño. Obligado por tales consideraciones, resolviose a casarse con ella, a pesar de haber descubierto en ella otro defecto, que era el de no hablar más que holandés, lengua que él ignoraba; pero ¡qué había de hacer! Supuesto que las negociaciones matrimnoiales habían llegado a punto tan avanzado, no le quedaba más recurso que someter la cerviz a tan duro yugo. Así lo comunicó a Cromwell, quien se alegró de ello por lo pronto, por haber sido el agente de tales amores; y el matrimonio se efectuó al comenzar el mes de enero de 1540. Pero el disgusto de Enrique fué siempre en creciente, hasta el punto de declarar, que Ana le era más insoportable de cerca que de lejos.

Y el servil y desdichado Cromwell fué la víctima de aquella real displisencia; porque Enrique, furioso contra él por haber arreglado el enlace con la **yegua flamenca**, buscó un pretexto cualquiera para privarle de todo género de cargos y honores, y, depsués de haberle hecho procesar por fingidos

delitos, le mandó decapitar sin misericordia, como en otro lugar ya lo dijimos.

Un nuevo desacuerdo surgido entre Francisco I y el emperador, sosegó pronto las alarmas de Enrique, quien, no temiendo ya ser agredido por aquellos poderosos soberanos, se sintió en libertad para arrojar con desprecio la pesada carga de su reciente matrimonio. En tal virtud, gobernando como de costumbre al parlamento y a la Convocación, obtuvo que ésta declarase nulo su último enlace, y que aquel aprobase la sentencia; hecho que enfrió más y más las relaciones del rey con los príncipes alemanes. En la farsa de esta disolución conyugal, hubo incidentes dignos de mención, por su notoria extravagancia. Uno de ellos fué el de haber fundado Enrique su petición de nulidad, en la circunstancia de no haber dado **su voluntad interior para el matrimonio**, y otro fué el de no haberlo consumado. La Convocación, formada por prelados palaciegos, escuchó aquellas alegaciones sin sonreir ni indignarse, y basó en ellas su gravedosa sentencia.

Si hay algún hecho sobre la tierra, que pueda demostrar que el matrimonio debe ser indisoluble, y que, abierta la puerta a la injusta nulidad de uno solo, entran por ella el dsenfreno y la licencia, es el que ofrece la conducta de Enrique VIII, después de divorciado de Catalina de Aragón. La restricción canónica de la Iglesia era el único freno que contenía las desmandadas pasiones del monarca; una vez destruído el estorbo, siguió rompiendo artificiales trabas posteriores, que nada valían, ni estaban hechas para oponerle resistencia. De esta manera, convirtióse para Enrique en una especie de juego de niños el contrato matrimonial, y fué cambiando de mujeres como de prendas de vestir, a la hora que mejor le parecía.

Por fortuna para Ana de Cleves, no hizo papel alguno el verdugo en la ruptura del nudo matrimonial que la había atado al monarca, sino que las cosas se arreglaron de un modo menos inhumano, y más mercantil y práctico que de costumbre. Parece que la soberana rechazada tenía un carácter bastante flamático y no era inclinada al romanticismo. Es probable, también, que no haya llegado a amar a su consorte. Así que fácilmente se dejó persuadir de que debía consentir en el divorcio, aunque pactando alguna pacuniaria indemnización, que le permitiese vivir con holgura. Ahí entraría el regateo sobre el tanto más cuanto de aquella compensación; el caso es que por una renta de 3,000 libras esterlinas al año,

quedó arreglado amigablemente el desenlace, lo que quiere decia que la **yegua flamenca** no ha de haber tenido muy elegante caballeriza ni muy rico pasto el resto de su vida, porque la cantidad estipulada no podía dar para mucho en ninguna de esas dos líneas.

La única nuestra de orgullo o dignidad que salió al exterior en la conducta de Ana, fué la de no haber querido volver nunca a su país. Después de haber sido reina cinco meses, bajó las gradas del trono para continuar viviendo ignorada, y murió en 1557, esto es, diez años después que tuvo lugar el óbito de su desdeñoso y enamoradizo ex-marido.

5.

CATALINA HOWARD

Los sucesos habían tomado esta vez el curso ordinario. Así como Enrique andaba prendado ya de Juana Seymour cuando mandó cortar la cabeza a Ana Boleyn; así también estaba enamorado ya de Catalina Howard, cuando disolvió su matrimonio con Ana de Cleves. Según Cook Stafford, casóse el rey con su cuarta esposa el mismo día en que fué decapitado Cromwell, 28 de julio de 1540. Urgía, por lo visto, al monarca no quedar sin mujer tiempo alguno, y precipitaba los acontecimientos matrimoniales sin preocupación de ninguna especie de respeto a su pueblo ni de temor a las murmuraciones del mundo. Al día siguiente de la ejecución de Ana Boleyn desposóse con Juana Seymour; y a los diez y ocho de divorciado con Ana de Cleves, enlazóse con Catalina Howard. Todo eso lo presenciaba la nación impávida, como si fuese la cosa más natural y sencilla del mundo. ¡Tal soberano para tal nación! No cabe duda que los pueblos tienen el gobierno que merecen.

La nueva reina era sobrina también del duque de Norfolk, y prima, se dice, de Ana Boleyn. No se sabe más de ella. Era pequeña de estatura, muy hermosa, y el rey quedó embelesado ante su gracia y gentileza. El quincuagenario monarca, que ya por entonces parecía una montaña de carne, era por todo extremo exquisito y exigente en sus gustos, y así como repudió a Ana de Cleves por ser de figura poco estética, se volvió loco de placer al observar las armoniosas proporciones de rostro y cuerpo de su nueva consorte, ¡Quién le hubiera

dicho que aquel encanto había de terminar bien pronto de ridícula y desastrosa manera!

Mientras gozaba las delicias de su nuevo enlace, consagróse el rey, por vía de pasatiempo, a nuevas persecuciones religiosas, tanto contra los protestantes como contra los católicos. El doctor Barnes, causa principal de la ejecución de Lambert, fué condenado a las llamas, en compañía de Jerome y Gerrard, ambos luteranos. Parece que el principal motivo por el cual sufrió muerte el doctor, fué por haber negado que los santos pudiesen servir de intercesores en favor de los hombres en la otra vida. En medio de sus tormentos, continuó discutiendo asuntos teológicos con el sheriff, y, a propósito de su incerdulidad, díjole que si él se equivacaba y los santos podían ser abogados de los hombres, aguardaba serlo dentro de poco, e invocar el perdón de Dios para los pecados del seriff y de los espectadores.

La furia de Enrique se ejercía por igual contra papistas y no papistas. La Ley de los Seis Artículos debía ser acatada por todos. Si los protestantes no la obedecían, perdían la vida; y la mismo pasaba a los católicos si se negaban a admitir el pontificado de Enrique. Por lo cual, un extranjero que visitó Inglaterra por aquel tiempo, solía decir, que "los que estaban contra el papa, eran quemados, y ahorcados los que estaban a favor del pontífice." El rey, ingenioso en su crueldad, para dar muestras de su imparcialidad exterminadora, hacía colocar en cada vehículo donde era conducido un pritestante, otro condenado católico; de suerte que junatmente con Barnes, Jerome y Gerrard, fueron llevados al cadalso los católicos Abel, Fetherstone y Powell; y en aquella misma disposición continuaron siendo quemados todos los disidentes, por pares disímiles e irrisorios.

De aquellos inocentes pasatiempos fué a sacar a Enrique una grave cuanto estupenda revelación, relativa nada menos que a su vida privada, en lo que tenía para él de más caro y precioso: el amor conyugal. He aquí como se desarrollaron los hechos.—Un criado apellidado Lascelles, comunicó a Crammer haber sabido por una hermana suya, sirvienta que había sido de la casa de Norfolk, donde Catalina Howard se había educado, que la conducta de ésta antes del matrimonio había sido en términos tales disoluta, que había llegado hasta tener amores con criados del duque, cuyos nombres fueron mencionados. Cramner, en su calidad de palaciego, temía tanto reve-

lar el secreto como callarlo, pues ambos extremos podían llevarle al patíbulo; y, lleno de congoja y vacilaciones, comunicó el caso al conde de Herford y al canciller del reino para que le diesen su parecer. Ambos opinaron que el asunto debía ser puesto en conocimiento del monarca, y juzgaron que el personaje más a propósito para dar la noticia, era el arzobispo, tanto por su posición oficial, como por su carácter de primado; pero el prelado, no atreviéndose a hablar de ello directamente, escribió al rey un informe sobre aquellos hechos tan desagradables. Grandísima fué la sorpresa que tal revelación produjo en el ánimo del pobre tirano, pues creyéndose perito y experto en la delicada materia femenina, no podía concebir que hubiese sido groseramente engañado por aquella mujercita tan linda y tan menuda; y aseguraba pesarosa, aunque incoherente, que la robusta Ana de Cleves había llegado intacta a su poder, y sin rastro de debilidades anteriores. Era el chasco tanto más doloroso para él, cuanto que se había manifestado públicamente encantado de su quinta esposa, y hasta punto tal, que había ordenado al obispo de Lincoln, compusiese una oración especial para dar gracias a Dios por la felicidad conyugal que le había otorgado, a él, Enrique, y que aquella oración fuese rezada en público. ¡Qué humillación! ¡Cuánto sonrojo!

Negóse el monarca al principio a admitir la veracidad del relato; de suerte que el arzobispo Crammer, temiendo la revelación le costase la vida, tomó por su cuenta y muy a pechos la comprobación de aquellos feos hechos. Por fortuna, el rey, celoso más que nunca, se valió del canciller para que Lascelles y su hermana fuesen examinados acerca de las liviandades de Catalina; y aquel grave personaje del reino, haciendo las veces de juez trashumante, llamó a cuentas a Lascelles primeramente, y después se puso en marcha hasta Sussex, donde residía la parienta del delator, criada que hamía sido de Norfolk; y como ambos corroboraron el primer informe, y se sostuvieron en él firmemente, fueron llamados a declarar otros dos criados, Mannock y Derham, quienes, como viles criaturas que eran, confesaron haber recibido, en efecto, inusitados e indebidos favores de Catalina. Encontrado aquel hilo denunciador, aclaráronse otros hechos inauditos relativos a la vida de la reina, que demostraron la increible deshonestidad y disolución de costumbres de tan infeliz criatura. Interrogada ella misma sobre el particular, todo lo negó

al principio; pero, informada de haber sido descubierto por sus mismos cómplices, acabó por confesar su incontinencia, aunque afirmando que toda ella era asunto de su pasada historia; pero que su fidelidad para el rey había sido inquebrantable después del matrimonio. Desgraciadamente para ella, pudo comprobarse que, encumbrada ya al trono, había llamado a su servicio a Derham, su antiguo amante, y aun admitido en su intimidad a otro de nombre Colepepper, por lo cual no fué admitida a su favor ninguna circunstancia atenuante. Por otra parte, Enrique no era capaz de apreciar aquellas sutiles distinciones de lugar y tiempo que de la defensa de la reina dimanaban, y de nada hubiera servido a su esposa haber probado esa ligera variante sobre el mismo tema.

Enrique, ahora como siempre, echó sobre el parlamento la pesada carga de realizar sus venganzas, para dar a sus asuntos privados el carácter de nacionales y públicos; así que, reunido aquel cuerpo servil, recibió las declaraciones de Catalioa, y, en seguida se dirigió al rey, suplicándole se sirviese permitirle declarar a la reina fuera de la ley **(Act of Attainder)** y no se afligiese por lo sucedido, porque a cualquier marido podía pasarle otro tanto, y porque, vista la fragilidad de la naturaleza humana y la mutabilidad de todas las cosas, debía su majestad sacar consuelo de estas consideraciones. La vileza del parlamento llegó hasta el punto de recomendar al rey no diese por sí mismo su aprobación al bill respectivo, para que no se apenase más, ni fuese a sufrir quebranto su salud por el contratiempo, sino que se valiese para ello de comisionados que lo representasen. Y habiendo recibido **graciosa respuesta** a su petición, votó el 21 de enero de 1541, un **bill** condenatorio no sólo contra la reina, sino también contra la vizcondesa de Rocheford, a quien se imputó haber servido como intermediaria en los deslices de Catalina; lo que parece inverosímil, porque habiendo ésta realizado sus livianas aventuras en el seno de su misma servidumbre y entre gente de baja ralea, para nada necesitaba el concurso de tan alta y noble dama. Es de creer, por lo mismo, que los amigos de Ana Boleyn, entre los cuales Cramner se contaba, hayan aprovechado la ocasión para envolver a la vizcondesa en aquel sucio proceso, y realizar una premeditada venganza.

La terrible declaración alcanzó, además, a Derham y a Colepepper, a la condesa de Bridgewater y a nueve personas más. "Todo esto fué efecto de la acostumbrada extravagancia de

Enrique, porque no era racional esperar que, personas unidas a Catalina por los vínculos del parentesco, hubiesen olvidado de tal manera los lazos del afecto y los instintos de la vergüenza y la decencia, que hubiesen sido capaces de convertirse en delatores de los desórdenes de su propia familia.'' (1) Pero el rey no era persona capaz de pararse en estas pequeñeces, y, aunque perdonó a algunos de los detenidos, mandó ejecutar a otros varios por el delito de no haber delatado a Catalina **(misprision of treason).**

Catalina Howard fué decapitada en Tower-Hill, el 13 de febrero de 1542, juntamente con la vizcondesa de Rocheford, con gran contentamiento de Hume, para quien Ana Boleyn fué una gran reina y una víctima inocente de los furores de su esposo. Cegado por ese afecto, se muestra el historiador harto rencoroso con la vizcondesa, hasta el punto de aplaudir su suplicio. ¡Tanto así puede el fanatismo aun en las inteligencias más despiertas y cultivadas!

6.

CATALINA PARR.

Año y medio nada más duró el matrimonio de Enrique con Catalina Howard; año y medio gastado en placer, amor, caricias y acciones de gracias a la Providencia por aquella tan grande dicha como el rey había disfrutado, todo lo cual remató, empero (¡quién lo hubiera dicho!) en asombro, indignación y cólera causados por el enorme chasco. ¡Cómo! ¡Ser engañado tan gran rey! ¿Jugar tan mala pasada a déspota tan sanguinario? ¿No sabían Catalina y sus cómplices que el marido burlado tenía a su disposición al Parlamento, a la Convocación, a los Jurados, al verdugo, el tronco, el hacha y las llamas? ¿Cómo se atrevieron, pues, a jugar con él, como con cualquier mortal común y corriente, que no dispone, para defender su honra ultrajada, sino de los medios ordinarios de una inerme posición? La sangre había corrido, es verdad, y con la vida habían pagado su avilantez, no sólo la esposa infiel, sino también sus osados encubridores y cómplices, y hasta aquellos desdichados que no tenían más culpa que la de ser parientes o conocidos de la ex-reina; pero todo eso no quitaba que la afrenta hubie-

(1) Hume.—History of England.

se side hecha, y que sobre Enrique hubiese caído el escarnio.

Ahora, pues, lo que importaba era que el caso tragicómico no se repitiese en lo sucesivo. Hubiera podido evitarse definitivamente, si Enrique se hubiese resuelto a no seguir contrayendo nuevos enlaces. Esto hubiera sido fácil y hacedero para cualquier otro viejo, pues a los cincuenta y un años bien corridos, que el monarca contaba ya por aquel tiempo, hanse enfriado las pasiones, y puede el hombre recogerse a sus tiendas de invierno para aguardar la hora no lejana de la final partida; pero, en tratándose de él, no era eso posible, porque aquel formidable personaje no podía prescindir de la mujer, tenía fijos en ella siempre los ojos, y su pasión erótica habíase exaltado, más bien que entibiado, con el curso de los años. Por consiguiente, y supuesto que no había cerrado ni pensado siquiera cerrar el cielo de los matrimonios, era menester buscar remedio al mal por algún otro camino.

El terrible rey había sido víctima dos veces ya, a lo que los actos oficiales refieren, de la infidelidad de dos de sus esposas (Ana Boleyn y Catalina Howard); desventura inaudita, pues los grandes maridos burlados de la historia, no lo han sido más que una sola, como Sansón, Urías, César, Claudio, Napoleón y otros menos conocidos de la antigüedad bíblica o pagana, tn tanto que él habíalo sido ya varias ocasiones, por decretos inhumanos del destino. No, aquello no podía ser; era preciso poner coto para siempre al sarcástico destino! Dejar de casarse ¡nunca!; pero tornar a ser burlado ¡jamás!

Hé aquí, pues, el arduo problema que Enrique se propuso resolver de un golpe y definitivamente. ¿Cómo lo realizó? Por medio del parlamento, se entiende, porque aquella abyecta asamblea era el instrumento de que se valía siempre para realizar todas sus pésimas miras, ya fuesen religiosas o profanas, privadas o públicas.

Lo que vamos a referir parece increíble, por más que sea rigurosamente histórico; es enorme, pero real; inverosímil, pero constante en documentos fehacientes. El parlamento de Inglaterra, por actos en regla, decretó: ''Que cualquiera que supiese o sospechase algo malo de la conducta de la reina, pudiese comunicarlo, sin temor, dentro del término de veinte días al rey o al consejo, seguro de no incurrir en las penas establecidas por leyes anteriores contra los difamadores de la soberana; pero que todo aquel que adquiriese tal conocimiento, se guardase bien de hacerlo saber a persona alguna,

fuera o dentro del país. Y que si el rey llegase a contraer matrimonio con una mujer que hubiese sido incontinente, tomándola por doncella, **sería considerada como culpable de traición, si no le revelaba la verdad antes del contrato.**''

El pueblo inglés, aunque degradado, tomó a broma aquel **bill**, y rió de buena gana a costa de él y de su majestad; y profetizó que de ahí en adelante, no podría casarse el rey sino con una viuda, pues no habría mujer decente y de vergüenza a quien Enrique cortejase, que se lanzase a hacer tales y tan íntimas confidencias.

Y sucedió en efecto, que la multitud tuvo, coro suele decirse, boca de profeta; pues el 12 de julio de 1543, esto es, cinco meses después de la decapitación de Catalina Howard, contrajo el rey su sexto enlace con Catalina Parr. Era esta dama prima de Enrique en cuarto grado, e hija de Sir Thomas Parr, descendiente por línea masculina, de Ibo de Tallebois, compañero del conquistador Guillermo de Normandía, y por el lado materno, de los celebrados tanes o barones sajones Morcar y Edgar. Sir Thomas pasó la mayor parte de su vida en el castillo de Kendall, donde fué educada Catalina por su misma madre, habiendo llegado a ser muy versada en el latín y el griego, así como en el francés y el italiano. Casose muy joven con Lord Borough de Gainsborough, pero enviudó a los quince años, y contrajo segundas nupcias con Lord Latimer, quien falleció pocos meses antes de que Enrique se prendase de ella. Pretendíala ya por entonces Sir Thomas Seymour, cuñado de Enrique, pero habiendo presentado su proposición el monarca, desapareció Seymour de la escena, porque nada resistía a la voluntad del soberano, y aquella joven dos veces viuda, no tuvo más remedio que ascender al tálamo regio. Refiere Cook Stafford, que esta vez fué seducido el monarca no sólo por la belleza, sino también por las riquezas de esta tercera Catalina; así pudo Enrique satisfacer a un mismo tiempo tres de sus pasiones más exaltadas: la de la dominación, la de la lujuria y la de la codicia.

Sábese de esta reina bien poco. Lo principal que de ella se dice es, que profesaba principios protestantes en el sentido luterano, y no conforme con la Ley de los Seis Artículos de Enrique VIII; y que su petulancia estuvo a punto de costarle la vida; y agrégase que su salvación fué debida únicamente a su habilidad e hipocresía. El hecho merece referirse, porque entraña la exhibición y la irrefregable prueba de la

intolerancia y la tiranía del monarca, tanto en su condición de rey, como de pontífice y esposo.

Sucedió, pues, que Enrique, viejo ya y obeso hasta la monstruosidad, comenzó a padecer de una úlcera en una pierna, resultado tal vez de sus aventuras y excesos. Sea de ello lo que fuere, el hecho fué que Catalina le atendía con solicitud, y le acompañaba no poco durante el día. En aquellas horas de coloquio íntimo, acostumbraban departir los esposos acerca de asuntos de religión, que eran los que apasionaban a la sociedad europea por aquel tiempo. Por desgracia la reina, que era muy inteligente, se atrevió cierta vez a expresar opiniones contrarios a las de su real consorte, y hasta a entrar en polémica con él. ¡No supo lo que se hizo! Enrique, indignado por tanto atrevimiento, consultó el caso con Gardiner, quien le aconsejó hiciese un saludable escarmiento con Catalina, para atajar una vez por todas la rebelde corriente de insubordinación que comenzaba a manifestarse en el reino, y Enrique, inexorable para de su iglesia, aprobó la idea, y, cegado por la soberbia, mandó abrir proceso a su sexta esposa.

El canciller Wriothesley, ejecutando la orden, no tardó en presentarse con el documento que debía llevar la firma real, para que comenzasen los procedimientos persecutorios. Por fortuna para Catalina, fué visto aquel papel por uno de sus amigos, quien, alarmado, púsolo luego en conocimiento de ella, y la reina, comprendiendo la gravedad del caso y que iba su vida de por medio, apeló a una ingeniosa estratagema para salvarse.

Cuando se halló a solas con el rey, procuró recayese la conversación sobre asuntos religiosos. Enrique tomó en el acto la cuestión con calor, y desafió a su esposa a entrar con él en discusión abierta; pero ella, cauta y hábil, declinó la batalla y declaró que tan profundas especulaciones no eran propias de la natural **imbecilidad de su sexo.** "Las mujeres, agregó, fueron creadas inferiores al hombre; éste es imagen de Dios, ellas, del hombre. Deber es, por tanto, de la esposa, adoptar en todo caso las opiniones de su marido; y, por lo que a mi respecta, tal obligación es doble, por haberme tocado en suerte tener un esposo, que no sólo es competente por su talento e instrucción para dictar creencias a su propia familia, sino hasta a los hombres más sabios y notables de todas las naciones." "¡Eso no, por Santa María! replicó el rey; porque vos, Ketty, sois ya toda una doctora, y estáis más a

propósito para dar instrucción que para recibirla.'' Pero ella no se dejó coger en el lazo, sino replicó humildemente que sabía bien no merecía tales elogios, y que si era cierto que no había rehusado entrar con Enrique en todas las conversaciones, **por más sublimes que fuesen,** cuando eran propuestas por su majestad, tenía por entendido que sus conceptos no podían servir sino como pasatiempo momentáneo al enfermo; que habiendo observado que solían languidecer sus diálogos íntimos, había fingido hacer alguna oposición a Enrique para despertar su interés y proporcionarle el fácil placer de refutarla; y, finalmente, que por aquel medio habíase ella propuesto hacerle hablar de asuntos que le servían de gran provecho e instrucción.

¡Vaya que era sutil y mañosa la sexta mujer del rey obeso! Al palmo conocía las debilidades del déspota y por ahí le atacaba, y con arte tan refinado y extremo lo hacía, que su majestad no pudo ver el engaño, y admitió las explicaciones con la sencillez propia de un inocente párvulo.

—¿Con que así es, amada mía? replicó en el colmo de la delicia y del triunfo. En tal caso, volveremos a ser los mejores amigos del mundo.

Y, después de haberla abrazado tiernamente, la despidió dándole las mayores seguridades de amor y de bondad.

Entretanto, los cortesanos, ignorando lo que había pasado en la intimidad de los esposos, habían hecho, de acuerdo con las instrucciones recibidas, los preparativos necesarios para llevar a Catalina a la Torre, de donde hubiera salido para el cadalso. Y cuando rey reina conversaban amigablemente en el jardín, se presentó el canciller acompañado de cuarenta hombres para reducir a prisión a Catalina. ¡El infeliz palaciego creía agradar al rey con su solicitud, cuando iba, por el contrario, a provocar sus invectivas!

Tan luego, en efecto, como Enrique se dió cuenta de la presencia de Wriothesley, salió a encontrarle, y le agobió a injurias, llamándole **loco, bestia y canalla,** y ordenándole se apartarse en el acto de su presencia. Catalina quiso calmarle; pero él repuso con toda la hipocresía que le era característica:

—¡Pobre criatura! ¡No sabéis cuán poco merece vuestra compasión ese mal hombre!

Aquella lección fué suficiente. Habiendo escapado apenas de peligro tan mortal, guardóse bien la reina en lo sucesivo de volver a contradecir a Enrique; y Gardiner, que había da-

do opinión tan palaciega, pero tan poco acertada, no recobró jamás el favor perdido cerca del monarca.

El monstruo coronado tornose más agresivo y tiránico en sus últimos días. Dícese que su estupenda obesidad había llegado a tal punto, que no podía moverse por sí sólo; que había menester se le levantase con cables y carruchas del asiento donde se desplomaba; y que, una vez en pie, necesitaba hacer uso de muletas para caminar. Además de eso, la úlcera de la pierna criaba pus con repugnante abundancia. "No era ya más que una masa de corrupción," dice Cook Stafford.

En tal estado se hallaba, cuando hizo decapitar al brillante conde Surrey y libró orden de muerte contra el duque de Norfolk.

Como muchos personajes habían sido enviados al patíbulo por haberse atrevido a decir que el rey estaba próximo a morir, era tan grande el terror que su crueldad había difundido, que nadie osaba hablarle de su fin próximo, a pesar de verle ya casi en agonía. Sir Anthony Denny fué el único que, arriesgando el todo por el todo, se aventuró a hacerlo así. Por fortuna Enrique manifestóse resignado y se limitó a mandar llamar a Cramner. Pero cuando éste llegó, había perdido el uso de la palabra el gran culpable. Cramner le exhortó a manifestar por medio de alguna señal, que moría en la fe de Cristo, y preténdese que el monarca oprimió la mano de aquel, para indicar que así era. Y falleció en seguida. Era el 28 de enero de 1547, y andaba el rey cerca de los cincuenta y siete años.

VI.

CONCLUSION

Hemos llegado al fin de nuestra tarea.

El anterior bosquejo biográfico delinea la fisonomía del monarca que hizo cambiar de fe religiosa a los ingleses. No fué un gran rey, ni fué tampoco un profeta, sino sólo un tirano y un semiloco.

La historia nos le presenta como hombre de cerebro incoherente y variables ideas; soberbio, engreído y con pretensiones de teólogo y dialéctico. Rompió con Roma, pero no se atrevió nunca a volverse partidario del libre examen. Incapaz de permitir que su pueblo tuviese libertades, no sólo pasó sobre la constitución inglesa, sino sujetó a su dominio al parlamento;

y no tuvo instrumento más eficaz de dominación, expoliación y tiranía que aquel cuerpo deliberante, que hubiera debido ser el defensor incorruptible de los derechos de la nación.

No respetó clase, posición, ni estado. La nobleza estaba a sus pies, lo mismo que los más humildes plebeyos; y así mandó decapitar, ahorcar o quemar a la gentecilla más menuda, como a la más encopetada y linajuda nobleza del reino.

El poder temporal fuéle insuficiente, y apoderóse también del eclesiástico. Entró a saco los bienes de la iglesia, despilfarrólos en fiestas y torneos, y, a manera de los emperadores romanos, halagó al pueblo con vanas ostentaciones de grandeza, para dar a la multitud deslumbrada, la impresión de una magnificencia que en realidad no existía. Repartió entre sus favoritos, no solamente los bienes, sino también los beneficios eclesiásticos, introduciendo mayores y más escandalosos abusos en los asuntos religiosos, que los que decía haber pretendido corregir. Los palaciegos y aduladores legos de su tiempo, solían disfrutar episcopados, canongías y prebendas, en tanto que los mismos prelados nombrados por él, carecían de bienes y de libertad de acción, no hacían sino lo que él mandaba, y, en caso de caer de su gracia, eran enviados al patíbulo sin miramiento a su carácter sacerdotal.

No pudo tolerar que nadie pensase con su cabeza. Impuso a los ingleses las creencias que le plugo, las cuales no eran católicas ni protestantes, y enviaba a las llamas a cuantos negaban cualquiera de los artículos de fe que él dictaba. Su intolerancia llegó hasta el punto de decretar la muerte de personas que no tenían más delito que el de disputar con él sobre asuntos religiosos, como sucedió en los casos de Lambert y de Catalina Parr, su esposa; pues si logró ésta salir con vida del apuro, fué sólo a costa de su docilidad y de su humillación. Túvose por gran teólogo, y siempre que de religión hablaba, no opinaba, sino definía; y resuelto a hacer prevalecer sus decisiones, apelaba al verdugo para completar su dialéctica e imponer silencio a los disidentes.

Distó mucho de ser hábil político. Si Inglaterra pudo escapar entonces de la ruina, fué sólo en virtud de las circunstancias especiales en que Europa se encontraba. La constante rivalidad surgida entre el emperador y Francisco I, evitó al reino ser agredido por aquellos dos soberanos, y su separación del continente, permitióle permanecer casi extraño a las cruentas y prolongadas luchas de la Europa central. Esa misma indepen-

dencia hizo que la amistad de Enrique fuese buscada y solicitada por uno y otro monarca, y hasta púsole alguna vez en condiciones de servir de árbitro y mediador entre las potencias contendientes. Si España y Francia no hubiesen estado comprometidas en luchas interminables; si los principes luteranos no hubiesen distraído la atención de Carlos V; y si el Pontífice hubiese andado menos comprometido en los asuntos políticos europeos; no habría sido posible al Tudor tener manos libres en Inglaterra, ni para atacar a la Iglesia, ni para apoderarse de sus bienes, ni para matar a sus esposas, ni para hacer tan espantosa carnicería en la mísera masa de sus vasallos. Calcula Hume que, durante el prolongadísimo reinado de este monarca, fueron ajusticiadas más de **dos mil personas por año,** lo que da un total superior a **setenta mil víctimas** en el período de treinta y siete años.

La conducta que observó con sus mujeres, fué indigna sobre toda ponderación. Ni amor, ni respeto, ni compasión tuvo para ellas; mirábais sólo como instrumentos de placer, y tan pronto como le enfadaban o le irritaban, las arrojaba lejos de sí o las mandaba al cadalso. Catalina de Aragón y Ana de Cleves fueron objeto de su menosprecio. Repudió a ambas y no volvió a preocuparse por ellas después de haberlas abandonado. Catalina anduvo de condado en condado y de castillo en castillo, relegada a los últimos rincones del reino; y si no sufrió humillaciones mayores, fué debido a su carácter entero y digno, que impuso respeto hasta al mismo lunático monarca. Ana de Cleves, por el contrario, falta de decoro y de energía, a pesar de haber sido satirizada y menospreciada por el rey, entró en tratos pecuniarios con él, y se avino a recibir una despectiva pensión, a cambio de su anuencia con el divorcio.

Ana Boleyn y Catalina Howard terminaron a manos del verdugo su corta, brillante y agitada existencia. ¿Fué criminal la primera? Es probable no lo haya sido del todo, por más que la sentencia de los Pares dé motivo para sospechar lo contrario. Si sus amores con su mismo hermano Rocheford fueron ciertos, no fué en tal caso una criminal común y corriente, sino un verdadero monstruo.

La liviandad de Catalina Howard parece, en cambio, estar perfectamente demostrada: inaudita liviandad, que deja en suspenso el ánimo de cuantos de ella tienen noticia. Porque delinquir tan bajamente una dama de tan alto linaje, y degradarse hasta tener comercio con mozos de su misma servidum-

bre, no es corrupción de las que suelen usarse, sino estupenda y vil como muy pocas. Por lo tanto, y si han de aceptarse como ciertos los datos de la historia, esta segunda Catalina fué una criatura degenerada, de esas que de cuando en cuando aparecen en el mundo, para pasmo de la humanidad y deshonra de su sexo. Penar, no obstante, con la muerte las verdaderas o supuestas faltas de ambas princesas, no fué acto de justicia, sino de crueldad y venganza, porque sus delitos no merecían punición tan severa. Degradación y prisión hubiesen bastado para castigarlas. Pero como Enrique era un déspota, y no hubo en su tiempo ley ni poder superiores a su voluntad, de una palabra suya pendía la vida de todos sus súbditos. Luis XV dijo más tarde que él era el Estado; pero Enrique lo practicó en el siglo XVI, aunque no lo dijo. Y no sólo fué el Estado, sino también la Iglesia y la conciencia de su pueblo. Por eso fueron considerados como delitos de traición las ofensas privadas cometidas contra su augusta persona, aun cuando no tuviesen por objeto trastornar el Estado ni atentar a la vida del monarca. Lesa traición era para las mujeres faltarle a la fidelidad; y lesa traición era también para todo el mundo desobedecer sus mandatos, no delatar a los que él consideraba como sus enemigos, no creer los artículos de fe que él prescribía, o siquiera murmurar de él, de sus esposas, de sus hijas, o de la sucesión versátil y caprichosa que iba alzando y abatiendo a su capricho. Catalina Parr, su sexta esposa, estuvo a punto de perder la vida, sólo por haber contradicho en conversaciones íntimas, los dogmas que él había creado. Todo se pagaba con la cabeza; la ley era draconiana. Y más draconiana que la ley, su voluntad absoluta.

Su obra política y religiosa fué de escándalo, sangre y rapiña; pero inconsistente y frágil.

Como el parlamento habíale dotado de amplísimas facultades para dejar el centro a quien quisiese, estableció el orden de la sucesión por testamento, en los siguientes términos: el primer designado para ocupa rel trono, fué su hijo Eduardo, cuya mayor edad fijó en los diez y ocho años; a falta de él, en le princesa María, hija de Catalina de Aragón; y a falta de ella, en Isabel, hija de Ana Boleyn. Para gobernar el reino, durante la menor edad de Eduardo, que quedó de nueve años, nombró diez y seis albaceas o ejecutores testamentarios, y doce consejeros de aquella junta. Pero todo aquel plan cayó por tierra, porque los ejecutores hallaron absurda

la combinación, y en lugar del gobierno colectivo, eligieron un protector de entre ellos mismos para que asumiese la regencia del reino. El nombramiento recayó en el conde Hertford, hermaso de Juana Seymour y tío carnal de Eduardo. La junta confirió altos títulos a sus miembros. Así Hertford vino a ser duque de Somerset y el canciller Wriothesley, duque Southampton. Somerset empuñó el mando con mano resuelta, y envió al patíbulo a su propio hermano Lord Seymour con motivo de una verdadera o supuesta conjura; pero su preponderancia fué de corta duración, porque de ahí a poco se le sublevó el consejo, y le destituyó del poder. Surgió en su lugar el conde de Warwick, que vino a ser duque de Northumberland. Este nuevo protector mandó al patíbulo a Somerset y ejercitó tal dominio sobre Eduardo, que le obligó a cambiar el orden de la sucesión, privando de ella a las princesas María e Isabel, y transfiriéndola a la familia del duque de Suffolk, marido de una hermana de Enrique VIII, que había sido reina de Francia. Northumberland obtuvo del pobre adolescente que designase por su sucesora a Lady Juana Grey, hija de Suffolk, la cual casó con Lord Guildford Dudley, hijo de Northumberland. Así creyó éste dejar asegurada su supremacía en el reino que esperaba gobernar por medio de su nuera. El rey Eduardo murió tísico a los diez y seis años, y hay motivo para sospechar que Northumberland haya, cuando menos, apresurado su muerte. Después del fallecimiento, fué proclamada reina Lady Juana Grey; pero el pueblo entero se declaró por la princesa María, que fué quien empuñó el cetro, y mandó al patíbulo a Lady Juana y a Northumberland. Muerta María al cabo de cinco años de reinado, sucedióla su hermana Isabel; pero, después de ella, empuñó el cetro de Escocia y de Inglaterra, el rey Jacobo, hijo de María Estuardo, cuya sucesión había querido excluir Enrique VIII a todo trance. Así, pues, la obra política de Enrique se desplomó toda entera, a contar de los días inmediatos a su muerte, hasta el advenimiento de la dinastía de los Estuardos; de suerte que nada fundó sólido aquel monarca en lo que se refiere a los negocios del Estado.

Su obra religiosa fué igualmente débil y pasajera. El protector Somerset, Northumberland y Eduardo, echaron por tierra todos los principios que Enrique había deáado planteados. La **Ley de los Seis Artículos**, la **Erudición del Cristiano** y todas cuantas vacilantes doctrinas emanaron del teólogo re-

gio, se vieron desechadas y menospreciadas por sus sucesores, que se lanzaron ardientemente en el protestantismo más extremado. El raquítico Eduardo había sido educado en el odio más ciego que imaginarse pueda contra la Iglesia, y secundaba a maravilla las miras de sus consejeros. El despojo de los bienes eclesiásticos continuó en su tiempo en escala creciente. Con ellos se enriquecieron los nobles y cortesanos, cuyo fanatismo anticatólico estribaba principalmente en su codicia y rapacidad, según el juicio de Hume. La mitad del suelo inglés cayó en poder de mil aristócratas, y cuatro de sus quintas partes, en poder de cinco mil terratenientes. Los plebeyos quedaron excluídos de la propiedad territorial; cesaron de ser cultivadas los campos, para ser convertidos en inmensos yermos y pastales; la falta de la caridad de los conventos echóse de ver más y más cada día; subió desproporcionalmente el interés del dinero; creció el pauperismo; estalló el descontento popular; rebelóse el pueblo y fué preciso conquistar la paz por medio de la matanza.

La reina María estableció el catolicismo durante breve espacio, y habría logrado ararigarlo de nuevo en Inglaterra, a no haber sido por su empeño de restituir a la Iglesia los bienes que le habían sido usurpados. Esta medida, más que sus pretendidas crueldades, que no fueron ni sombra de las ejercidas por su sanguinario padre, enajenáronle la voluntad de los nobles expoliadores, y la han hecho aparecer ante la historia como una reina perversa. Su propósito, en realidad, fué honrado, conforme a su conciencia, y si sacrificó a algunos disidentes, hízolo de acuerdo con las prácticas de tiempo, pues por aquel entonces, católicos y protestantes se mataban con arreglo a las leyes, y la inhumanidad reinaba por dondequiera, hasta en los dominios del derecho común, donde era ejercida la tortura como medio de prueba.

Sucedió Isabel a la reina María, y la **reina virgen,** según seria o burlonamente la llama la historia, restableció el protestantismo en Inglaterra; pero no el fundado por Enrique VIII, sino otro más extremado y definitivo, con más puntos de contacto con el luteranismo que con la **Ley de los Seis Artículos,** que pasó a ser la **Ley de los Treinta y Nueve Artículos.**

Así, pues, de todo cuanto hizo Enrique VIII, nada ha quedado en pie, ni en su obra política, ni en su obra religiosa, sino solamente la memoria de sus excesos y crueldades. Responsable de la separación de Inglaterra del seno de la Iglesia, no

pudo contener el cisma a medio camino, como lo pretendió; y Lutero triunfó de él, después de muerto, a pesar de su libro en latín **Domicilium Fidei Catholicae**, de sus leyes draconianas y de las hogueras en que mandó quemar a los secuaces del monje apóstata de Wisemburgo.

¿Qué fué, pues, Enrique VIII? Nada más que un monarca bizantino, amante del fausto y de la ostentación, embaucador del pueblo, pródigo de fiestas aparatosas y majestad mentida, sutil, disputador y teólogo; y, sobre todo, perseguidor y sanguinario, con más espíritu asiático que europeo.

Su conducta privada fué escandalosa. De pasiones insaciables, cruel y versátil, no tuvo compasión para las esposas que se apropió, repudió y mató según su capricho; de suerte que merece pasar a la posteridad con el nombre de Barba Azul, pero demasiado puro de un Barba Azul histórico e imposible de ser tomado en broma. La música de Offenbach no podría adaptarse al libreto de sus amores; porque sus aventuras eróticas fueron harto crueles para que puedan despertar la hilaridad de los músicos y de los poetas. Los troncos ennegrecidos por la sangre, donde estuvo a punto de perder la cabeza Catalina Parr, y que se miran todavía en la Torre de Londres (donde los hemos contemplado nosotros), hielan la risa en los labios, y no dejan lugar a la ironía ni al sarcasmo.

Ahora bien ¿cómo pudo el pueblo inglés, ese pueblo tan libre y digno ahora, ese pueblo, que es acaso el más altivo de la tierra, soportar tanta tiranía, tanta crueldad y tanta ignominia durante el prolongado reinado de ese matoide con corona? España tuvo sus heroes contra el absolutismo. Las comunidades de Castilla dejaron un nombre brillante en los andes de su patria, y doña María de Padilla es una de las heroinas que más admira y aplaude la posteridad. Los franceses, armados de puñales vengadores, asesinaron a Enrique III y a Enrique de Guisa. Pero en Inglaterra todos callaron: parlamento, consejo, jurados, nobleza y pueblo; todos se sometieron al yugo vergonzoso, y no hubo quien respondiera por el honor nacional, aparte de unos cuantos mártires, como More y Fisher. Los débiles movimientos insurreccionales que en el norte del país se manifestaron, tuvieron carácter servil y cobarde, y fueron suprimidos más bien que por las armas de Norfolk, por la irresolución de los alzados y por su absurdo respeto a tan detestable monarca.

La explicación de fenómeno tan extraño debe buscarse

en otra parte; en la evolución del pueblo británico. Porque los ingleses que ahora conocemos, no se parecen en nada a sus antepasados. Los grandes cambios realizados en nuestro planeta desde el descubriciento de América, han hecho afluir al Reino Unido inmensa cantidad de beneficios: la creación de su marina, el ensanche de su comercio y los descubrimientos industriales. Y a medida que su bienestar físico y social ha ido en creciente, hase ido transformando también su índole colectiva, y de atrasado que fué, se ha convertido en progresista ese pueblo, y de enemigo de los extranjeros, en cosmopolita, y de bajo y abyecto, en valiente, libre y soberbio.

"Puede parecer extraordinario, dice Hume, que, a pesar de la crueldad (de Enrique), de sus extorsiones, de su violencia, y de su arbitraria administración, se haya grangeado la consideración de sus súbditos, y que jamás haya sido odiado por ellos...... Y puede decirse con verdad que **los ingleses de aquella época estaban tan absolutamente subyugados que, como los esclavos orientales, admiraban aquellos mismos actos de violencia y tiranía, que se ejercían contra ellos y a su propia costa.** (1)"

¡Qué lección tan saludable para el mundo! Los pueblos más abyectos pueden transformarse en los más dignos! La superioridad de las razas es obra del trabajo histórico y no de la innata naturaleza de las agrupaciones humanas.

*

* *

Desastrosas y gigantescas han sido las consecuencias del cisma provocado por Enrique VIII, pues, bien que la secta que él formó, no haya prevalecido en el mundo, han nacido otras muchas a su sombra, y, sobre todo, la separación de Inglaterra y de sus hijas de la obediencia de Roma, ha echado raíces en aquel reino y se ha extendido por dondequiera ha llegado el británico poderío. La iglesia establecida por el rey cismático pertenece a la historia, y la episcopal que la ha sucedido, a pesar de ser la oficial, no ha quedado sofocada por la multiplicidad de sectas que la rodean. Baptistas, congregacionistas, presbiterianos, metodistas de diferentes matices, wes-

(1) History of England.

leyanos y otros más, hasta sumar más de veinte agrupaciones han tomado la delantera al piscopalismo y convertido a la Inglaterra protestante en triste suelo de anarquía religiosa.

Pero no es eso lo más malo, sino la difusión que ha logrado la mala semilla, a merced del engrandecimiento del reino británico. Porque las antiguas o actuales colonias inglesas, recibieron la heregía de sus fundadores y con ellas vive, crece y medra; de suerte que juntando a los protestantes ingleses y escoceses con los de Estados Unidos, Canadá, Oceanía, el Cabo y todas las islas donde ondea la bandera inglesa, podrá obtenerse una suma que no baje de ciento setenta o ciento ochenta millones de almas. ¡Y pensar que todas ellas, o el mayor número de ellas hubiera sido de católicos, si Enrique VIII no hubiese apostatado!

Midiendo las consecuencias por el número de adeptos, puede afirmarse que el cisma de Enrique VIII ha sido más funesto que el de Lutero, porque ni el monje de Witemberg logró seducir a todos los alemanes, ni el número de disidentes que siguen sus enseñanzas o han claudicado a causa de ellas, iguala, ni con mucho, al de los secuaces del rey de Inglaterra. En Alemania hubo lucha y gran parte del pueblo, reinos enteros, como el de Baviera, se conservaron fieles a Roma, hasta en el mismo siglo XVI, en tanto que Enrique logró sojuzgar de tal modo a su pueblo, que casi llegó a desaparecer el catolicismo del suelo británico.

A principios del pasado siglo, no había más que ciento sesenta mil católicos en toda Inglaterra; no quedaba una sola iglesia importane, no había más que capillas pobres y vergonzantes, donde se celebraba un culto obscuro y despreciado. Fué necesario el gran movimiento de Oxford, que encabezaron los eminantes cardenales Neuman y Wiseman, para que los fieles dispersos y acobardados de Inglaterra, levantaran la cabeza, emprendiesen de nuevo sus trabajos de rehabilitación y propaganda, edificasen templos y fuesen recobrando el terreno perdido. Ahora suman ya más de dos millones y medio en sólo Inglaterra, y pasan de quinientos mil los de Escocia, y la obra de la reconquista de Inglaterra por el catolicismo es todos los días más activa y fecunda.

En 1896, durante el glorioso reinado de León XIII, faltó poco para que la iglesia anglicana toda entera, se incorporase a la católica, y, a no haber sido por la imposibilidad de la Santa Sede, de admitir la validez de las órdenes conferidas por

la iglesia cismática, hubiérase realizado esa unión, que hubiera puesto fin al escándalo de Enrique VIII. Fracasó, desgraciadamente aquel intento, porque el santo pontífice tropezó con el sublime **non posumus** de divina potestad y porque los anglicanos tropezaron con el obstáculo de su orgullo sectario; mas, como quiera que sea, arzobispos, obispos y teólogos ingleses comienzan ya a vacilar y a comprender que la iglesia de Cristo debe ser **una, santa y apostólica.** Entretanto, los ritualistas, que son como dos o tres millones, se acercan todos los días a la iglesia de Roma en creencias, prácticas y ceremonias.

Así va desvaneciéndose y desvirtuándose todos los días el corruptor ejemplo de esa dolorosa disidencia, y perfilándose en el porvenir la época feliz en que Inglaterra, purificada de sus errores, vuelva al redil de San Pedro, y sea de nuevo, como lo fué en otros días, la isla de los santos.

Cuatrocientos años lleva ya esa gran nación de andar fuera del redil de la iglesia, extraída de su senda por el látigo de un rey perverso. ¡Qué responsabilidad tan inmensa para aquel príncipe cruel, soberbio y libidinoso!

NOTA IMPORTANTE.—En las páginas 307 y 308, número 5 del tomo primero de esta Revista, se deslizó el error de afirmar que el impedimento que hay para que una mujer se case sucesivamente con dos hermanos, es de la naturaleza de los que en Derecho Canónico se conocen con el nombre de **impediente,** siendo así que es del número de los **dirimentes.** Mas hay que notar a este propósito que, aun siendo **dirimente,** puede ser dispensado antes de la celebración del matrimonio. Así, pues, el de Catalina de Aragón con Enrique VIII, hermano del primer esposo de la primera, fué válido, porque el papa concedió la dispensa necesaria para su celebración.



UN MONJE MODERNO

(Para "América Española.")

Estamos en París, a la mitad del siglo XIX.

Y nos hallamos frente a la solemne catedral de Notre-Dame vieja de seis centurias, con nobles huellas de martirio por la salvaje profanación de la revolución francesa.

Desde en la mañana han llegado algunos para asegurar su sitio. Ahora entra Cousin. Allá va Chateaubriand. Veamos aquí a Lamartine. Pasan Berryer, Tocqueville..... toda la intelectualidad más alta y electa. Y sigue el desfile. Una muchedumbre incontable va invadiendo las naves...... Y la enorme basílica ya es pequeña......

En tanto, un fraile dominico está absorto en oración. Llega la hora y van a llamarle para que ascienda al púlpito. Pero tiene el rostro conturbado de lágrimas.

—¿Padre?......

Y con la veracidad ingenua de la humildad:

—Tengo miedo del triunfo.

Se levanta. Sube a la cátedra..... Pero oigamos a Caro, que lo vió.

"El predicador se presentaba, y la novedad del vestido, el ropaje blanco que tanto cuadraba a la figura ascética del fraile; la belleza escultural del rostro demacrado y descolorido por el ayuno y el trabajo; el relámpago de la mirada, la vibración metálica de la voz, preparaban el triunfo de la elocuencia, seduciendo la imaginación y el sentido. En pleno siglo XIX, nos hallábamos frente a un monje, un verdadero monje, quien, por otra parte, si pertenecía a la Edad Media por el ropaje, era de nuestro siglo y de nuestro país por la educación, las ideas, el alma, la lengua, lengua nueva, pintoresca, libre, atrevida, aventurera, sin mengua de su propio candor. Bajo las viejas bóvedas de Nuestra Señora, el arte romántico comenzaba a brillar en la predicación."

Y aquella elocuencia ordenada y arrebatada maciza y ágil, conciliadora y avasalladora, cogía y hacía suyo al auditorio, que unánime se erguía o apaciguaba en exaltación o en hechizo, y que estallaba a las veces en ovación incontenible.

Aquí el celo angustiado del apóstol:

"No aplaudamos, señores, la palabra de Dios: creámosla, amémosla, practiquémosla: esta es la única aclamación que sube hasta el cielo y que es digna de él."

Y cuéntase que al bajar, después del triunfo previsto con lágrimas, echábase en el suelo y ordenaba a un hermano dominico que con el pie oprimiera largamente su boca.

*
* *

Juan Baustista Enrique Lacordaire nació en 1802, año precisamente en que Napoleón reabría al culto la basílica de Notre-Dame, preparando al recién nacido al asiento futuro de su gloria. Y a los ocho años revelaba su vocación, poniéndose en la ventana a leer a los transeuntes los sermones de Bourdaloue, imitando actitudes y ademanes de los predicadores que conocía. Estudió leyes, fué abogado, descolló en el foro con eminencia precoz. La atmósfera de su época le había hecho incrédulo, pero a los veintidós años su inteligencia poderosa vió la verdad, y su ardoroso y puro corazón la abrazó invenciblemente. Tanto, que quiso ser su apóstol y dejó el mundo por el sacerdocio. Colaborador del insigne La Mennais, por los años de 1830 a 32, en el gran diario "L'Avenir,"—cuyos ilustres redactores, llevados de pasión generosa por la libertad, extraviaron un poco la senda y recibieron desaprobación del Papa—, reconoció su error y sometióse noblemente. También Montalembert, Gerbet, todos. Sólo La Mennais, desgraciadamente, se perdió para la fe por el orgullo.

Estuvo en Roma. En 1840 tomó el hábito dominicano y el nombre de Enrique Domingo, y fué gran labor de su vida restaurar espléndidamente en Francia aquella agregia orden, que cuenta entre sus doctores al Santo de Aquino y a Alberto el Grande, entre sus apóstoles a Fray Bartolomé de las Casas, entre sus artistas a Fray Angélico. Para ello perseveró Lacordaire en un valiente duelo con leyes y gobiernos sectarios.

En varias épocas predicó en Notre-Dame; primero en 1835 y 36; luego en 40 y 41; por fin, desde el 43 hasta el 51. Tras

la revolución del 48, la admiración y el amor del pueblo llleváronle a la Asamblea Constituyente; pero pronto dimitió, viendo allí turbulencias y pasiones en que quizá hubiera podido alterarse la austera blancura de su hábito. A raíz también de la revuelta de Febrero, con Ozanam—el encantador Ozanam, sabio, santo y artista—, fundó **L'Ere Nouvelle**, diario de altísima independencia. Pero encauzada y afianzada la obra, satisfecho el rigor del deber, la inclinación le apartó de aquellas pugnas.

Erigió múltiples conventos de Padres Predicadores; fué Provincial; y coronó de oculta gloria su vida, fundando la Tercera Orden de Santo Domingo, para la enseñanza. Varios colegios dirigió, con predilección su carísimo de Soréze, cuyo dulce retiro no dejaba sino con brevedad y con dolor. De allí salió momentáneamente en 1860, llamado por la Academia Francesa para sustituir a Tocqueville, y fué Guizot quien le dió la bienvenida. Un año después, a los 69 de su edad, moría santamente. Al concluir su libro, poco antes, sobre la enamorada de Jesús, gritaba su alma: "¡Pudiera yo escribir aquí mi última línea, y como María Magdalena la antevíspera de la pasión, romper a los pies de Jesucristo el fiel y frágil vaso de mis pensamientos!" Oyó Jesús la súplica, y el vaso se rompió en una inundación de perfumes......

*
* *

Los viejos muros de Notre-Dame saben y dicen mucho de Lacordaire. Reintegrábanse a Dios cuando él nacía. El los sentía suyos, y los despedía conmovido al cerrar sus conferencias: "Cuando mi alma se abrió a la luz de Dios, aquí fué donde bajó el perdón sobre mis faltas, y yo entreveo el altar en que, sobre mis labios fortificados por la edad y purificados por el arrepentimiento, recibí la segunda vez al Dios que me había visitado en la primera aurora de mi adolescencia. Aquí fué donde, tendido en el pavimento del templo, me elevó por grados a la unción del sacerdocio," y aquí os he hablado "en esta cátedra que por espacio de diecisiete años habéis circundado de silencio y de honor. Aquí, de vuelta de mi destierro voluntario, he traído el hábito religioso que medio siglo de proscripción había arrojado de París." "Aquí, al día siguiente de una revolución, cuando nuestras plazas estaban aún

cubiertas con los restos del trono y las imágenes de la guerra, vosotros vinísteis a escuchar de mi boca la palabra que sobrevive a todas las ruinas''......

Dios quiso poner en aquella palabra deslumbrante, vivificadora por la virtud, el don celeste de la conversión. Entre los muchos corazones trocados, cuéntase el tumultuoso y doliente de Leopardi. Se iba quizá a sus conferencias por mera atracción intelectual; pero aquella elocuencia, tan moderna y osada que el gran monje decía con el poeta alemán: ''Yo soy ciudadano de los tiempos futuros,'' no era mundana sin embargo; no se mostraba a sí misma; obligaba a ir más allá. Y mientras ella trabajaba con voces, las penitencias íntimas trabajaban sin ruido, y la doble labor conquistaba las almas.

Encarnación de la lealtad y del honor; severísimo y dulcísimo; de razón inflexible gobernando las efusiones del corazón; ''como el diamante, fuerte; más que una madre, tierno;'' pulcro, metódico, exquisito, este fraile armonioso padeció, sin embargo, la locura de la cruz. Celosamente lo ocultaba, y no podían sospecharlo quienes le veían, luminoso, en el señorío de la cátedra. No sin temblor, el dominico Chocarne, que convivió con Lacordaire, rasga el velo sagrado. ¿Alarmaremos nuestra cómoda sensatez? Diariamente, para subir al altar, se encorvaba a besar con reverencia los pies de un inferior; su fino cuerpo recibía perennes disciplinas. Y para juntar, como Jesús, la afrenta al dolor, constreñía a sus hermanos por obediencia y caridad, para que le ataran y azotaran, le escupieran al dostro, le abofetearan insultándole como a un perro. Ingeniábase en hallar nuevas y exquisitas maneras de tormento. Todavía en su lecho de muerte, sin fuerzas para hacerlo por su mano, pedía que le disciplinaran. Un viernes santo se hizo atar a una cruz por él mismo construída, y meditó en agonía las tres horas de agonía de su Maestro. Porque, en su sabiduría soberana, clamaba en espíritu, arrebatado con San Pablo: ''Sólo sé una cosa, que es Cristo: y ese, crucificado.''

Escribió Lacordaire una notable **Vida de Santo Domingo,** la de Santa María Magdalena, preciosos opúsculos y cartas, unas deliciosas Memorias en que nos habla de su conversión. Predicó mucho. Luego reconstruyó sus conferencias de Notre-Dame, y en sus páginas maravillosas entrevemos el esplendor de aquellos triunfos. ''Hoy publico las palabras pronunciadas entonces. Llegarán al lector frías y descoloridas, pero cuando en las tardes de otoño caen y yacen por tierra las hojas

secas, más de una mirada y de una mano las buscan todavía: y aun cuando todos las desdeñen, puede el viento arrastrarlas y preparar con ellas una cama a algún pobre de quien se acuerde la Providencia''......

De este monje admirable puede decirse lo que él dijo de Santo Tomás de Aquino: ''Su corazón fué un éxtasis y su inteligencia una revelación.''

Alfonso JUNCO.

Méjico, Febrero de 1922.



UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE LOS PAPAS

DE SAN PIO I A PIO XI

(Para "América Española.")

El hecho de que al ser elevado a la silla de san Pedro el Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Milán D. Aquiles Ratti haya tomado el nombre de Pío XI, con el cual es ya conocido y obedecido por el orbe católico y con el cual pasará a la historia, da carácter de oportunidad a estos apuntamientos relativos a los Sumos Pontífices que han llevado el nombre de Pío, y que no están escritos con el ánimo de establecer comparaciones, siempre odiosas y en este caso inútiles, pues que no sabemos todavía el tiempo que Dios quiera concederle de vida, ni lo que en su tiempo, hará, ni tampoco para deducir pronósticos, del todo carentes de fundamenot, porque cada Sumo Pontífice elige el nombre que más le acomoda, y no precisamente porque ese nombre signifique de manera alguna la línea de conducta que se proponga seguir, sino sola y exclusivamente para recordar y divulgar noticias o poco sabidas o ya olvidadas acerca de algunos de los Sumos Pontífices que han gobernado la Iglesia de Dios.

SAN PIO I.

Poco es lo que se sabe de este Sumo Pontífice. Que fué originario de Aquilea, y que fué el undécimo Papa, sucesor inmediato de San Higinio, elevado a la silla pontificia en 158, pues aunque no todos los autores convienen en ello, ni faltan quie-

nes digan que el sucesor inmediato de San Higinio fué San Anacleto, sin embargo ha prevalecido ya la opinión que cuenta después de él a San Pío I, porque es la que se apoya en autores de mayor autoridad por razón del tiempo en que vivieron y que fué el más cercano a su pontificado.

En el cual decretó que los que pasaran del judaísmo al cristianismo fueran recibidos en el seno de la Iglesia, pero después de haber sido bautizados, y es dudoso que haya sido el autor del decreto que cita Graciano contra los que, por descuido, hayan dejado que se derrame alguna parte de la sangre de Cristo en el sacrificio de la misa.

Algunos autores dicen que estableció que la pascua de Resurección se celebre en día domingo, pero es cierto que semejante práctica es muy anterior a él y data de los tiempos apostólicos. (SANDINI p. 28.)

Después de nueve años de pontificado padeció el martirio bajo el imperio de Antonino Pío, según lo atestiguan los más antiguos documentos eclesiásticos, porque, como dice con toda justicia el Cardenal Baronio, aunque es verdad que Antonino Pío jamás dió decreto alguno de persecución contra los cristianos, pero la apología de San Justino da testimonio de que en ese tiempo murieron muchos que fueron condenados en virtud de los decretos dados por los Augustos anteriores y que no habían sido revocados. (BARONIO "julio 11" nota 1.)

El martirologio hace mención de él el 11 de julio, como fecha la más probable de su martirio.

PIO II.

No vuelve a registrar la historia de la Iglesia el nombre de otro Papa Pío si no es hasta la mitad del siglo XV, en que fué elegido para suceder a Calixto III el Cardenal Eneas Silvio Piccolomini, que tomó el nombre de Pío II. No las dimensiones de un artículo para una revista, sino un estudio entero sería menester para dar a conocer todos los aspectos de la vida de Pío II, notable hombre de Estado, muy notable hombre de letras, que alcanzó muy justo y merecido renombre en pleno Renacimiento, precisamente cuando tanto florecieron las artes y las letras, y no menos ntable como sucesor de San Pedro.

Muy dado a los viajes de recreo, "las exquisitas descripciones que..... trazó de sus viajes, gozan con justicia de-

gran celebridad, y todavía actualmente las leerá con admiración quien ha sentido alguna vez el mágico encanto de los paisajes italianos,'' dice Pastor (T. 3 p. 79). ''No menos interesaban en sus viajes a aquel cultísimo Pontífice los monumentos del arte de la antigüedad; ningún resto de los tiempos pasados, pagano o cristiano, escapaba a su penetrante observación,'' a pesar de lo cual sentía profunda aversión por el aspecto pagano que tomaba el Renacimiento, porque ''conocía demasiadamente los peligrosos aspectos de esta dirección, a la cual él mismo había prestado culto en otro tiempo, por lo cual, elevado a la silla de Pedro, se apartó de ella resueltamente.'' (Ibid. p. 80 y 83). Pero sobre todo esto, ''el pontificado de seis años de Pío II estuvo enseñoreado de una sublime idea, a la cual se habían de subordinar todos los demás intereses: la de libertar a Europa de la afrenta del señorío otomano, por medio de una cruzada universal de los príncipes y pueblos cristianos. El rechazar a los bárbaros de Oriente, que avanzaban de una manera cada día más amenazadora, con las fuerzas unidas de Occidente, era la grande incumbencia a que se consagró desde el principio de su reinado, sin respeto a sus corporales sufrimientos, con un entusiasmo juvenil y energía y constancia maravillosas.'' (p. 65.)

''El incansable celo con que Pío II, debilitado por la edad y atormentado por los padecimientos corporales procuró realizar una cruzada, en medio de un mundo lleno de egoísmo; su infatigable actividad por una causa que él mismo hubo de reconocer como casi desesperada, es a saber, la defenosa de la Iglesia occidental y de la civilización, igualmente amenazadas por la barbarie otomana, mediante la reunión de las fuerzas de Occidente, le hace acreedor a nuestra admiración, y hará su memoria digna de veneración para todos los tiempos.'' (Ibid. p. 380.)

Murió el 15 de agosto de 1463, después de haber hecho a los cardenales reunidos en torno de su lecho una exhortación cuyas son estas palabras: ''Dios me llama, y yo quiero morir en la fe católica, en la cual he vivido...... He ofendido a Dios y he faltado a la cristiana caridad. Por aquellas ofensas pido al Omnipotente que tenga misericordia de mí; y por lo que he faltado a vosotros, perdonadme, amados hermanos, ahora, en presencia de la muerte.'' (p. 375.)

PIO III.

A la muerte de Alejandro VI, fué elegido para sucederle el Cardenal Francisco Piccolomini, el 22 de septiembre de 1503, quien en memoria de su tío el Papa Pío II, tomó el nombre de Pío III.

Ninguno más a propósito para suceder a un papa tan turbulento y belicoso, como este sabio, erudito, virtuoso, hombre de negocios y amante de la paz, pero las esperanzas que la cristiandad puso en él quedaron pronto defraudadas, porque envejecido prematuramente por la gota, las fatigas físide la ceremonia de la coronación, a la cual tuvieron que preceder la ordenación sacerdotal y consagración episcopal del nuevo Papa, que no era más que diácono, lo postraron en el lecho del que no volvió a levantarse, pues murió resignado y edificando a todos con sus virtudes el 18 de octubre del mismo año, después de un reinado de solos veintiseis días.

PIO IV

Miembro de la nobilísima familia de los Médici, fué elegido en 1559 para suceder a Paulo IV. Al subir al trono pontificio la Iglesia católica estaba deseosa de la continuación y terminación del Concilio de Trento, que convocado ya des de 1542, había sido suspendido en dos ocasiones, con gran detrihabía trabajado con tanta actividad como buenos resultados. Por eso uno de los primeros actos de su pontificado fué el de trabajar por la reanudación de dicho concilio, venciendo la tenaz resistencia de los gobiernos civiles que, deseosos de desobligarse de las resoluciones hasta entonces tomadas, ponían todo su empeño en lograr que la reunión convocada por Pío IV fuera considerada como un nuevo concilio, y no como la continuación del de Trento.

La prudencia y energía del Papa logró vencer estas resistencias al cabo de dos años de trabajos, y Dios le concedió no solamente ver terminado el importantísimo Concilio en 14 de diciembre de 1563, sino publicar sus decisiones, como lo hizo en 26 de enero de 1564. No hay una persona medianamente versada en historia eclesiástica, teología y derecho canónico que no sepa la grandísima importancia que tuvo el Concilio de Trento y que tiene todavía, a pesar de los siglos

que han transcurrido, y que no sepa, por ende, apreciar y agradecer los esfuerzos que para su terminación hizo la Santidad de Pío IV.

El cual murió santamente en 1565, entre los brazos de su sobrino el cardenal Borromeo, a quien la santa Iglesia invoca con el nombre de San Carlos.

SAN PIO V.

La elevación de San Carlos Borromeo a la dignidad cardenalicia fué otro de los beneficios que hizo a la Iglesia de Dios la Santidad de Pío IV, porque no solamente fué modelo perfectísimo de prelados, ni honró solamente la púrpura cardenalicia con el brillo de sus heroicas virtudes, sino que por insinuaciones de él fué elegido, para suceder a Pío IV, el cardenal Miguel Ghislieri O. P., quien había sabido elevarse por su talento, sus energías y sus virtudes, desde miembro de una familia humilde hasta la altísima dignidad del cardenalato.

Elevado a la cátedra de San Pedro, puso desde luego todo su empeño en el cumplimiento de todo lo dispuesto por el Concilio de Trento, y para ello en 1566 mandó publicar el celebérrimo "Catecismo Romano," que suele llamarse, del nombre de quien lo publicó, "Catecismo de San Pío V," libro de oro, verdadera joya de la catequesis católica, que, bien lejos de perder su mérito con el tiempo transcurrido, parece que lo aquilata más y más cada día. Dos años después mandó publicar el nuevo "Breviario," corregido, o sea el libro manual de la oración vocal diaria de todos los clérigos, y dos años después, el "Misal" corregido igualmente. Con el transcurso de los tiempos se han ido introduciendo cambios en el Breviario y en el Misal, pero en uno y en otro subsisten las reformas importantísimas que mandó hacer el concilio tridentino y publicar Son Pío V.

Ni se limitaron sus actividades a la publicación de estos monumentos que han contribuído no poco a que perdure su fama a través de las edades, sino que, encendido en el celo de la gloria de Dios, combatió la herejía por cuantos medios pudo, y para ello estimuló el celo del emperador Maximiliano II, en contra de los protestantes: ayudó al gobierno de Francia, hasta con tropas, para la extinción de los hugonotes; mantuvo buenas relaciones ocn Felipe II, tan odiado por los ma-

los precisamente por el empeño decidido en conservar para sus vastísimos dominios la joya inapreciable de la unidad de le fe; fué uno de los más acérrimos defensores de María Estuardo, la reina mártir, en cuyo favor hizo y protegió muchas tentativas para salvarle de las garras de la reina Isabel, a la cual excomulgó de manera pública y solemne.

Pero lo que ha hecho célebre su pontificado ha sido el haber sido el alma de la liga que dió al traste con el poder de los mahometanos en el golfo de Lepanto. En efecto, a su vita perspicasísima y a su indomable energía se debió que se predicara la cruzada contra los mahometanos que amenazaban a Europa con todo su poder; que se unieran las principales flotas del Mediterráneo y que se diera el mando supremo al joven príncipe don Juan de Austria. Bien sabido es como la celebérrima victoria de Lepanto desbarató por completo el poder de los moros y salvó a la Europa de una invasión que le hubiera sido fatal, y si no sacaron las naciones cristianas todo el partido que pudieron y debieron sacar de esa victoria, aniquilando para siempre el poder de Mahoma, fué porque, bien a pesar de las continuadas y repetidas exhortaciones del santo Pontífice Pío V, se sobrepusieron a los intereses generales de la Iglesia y de la Europa, los intereses particulares y egoístas de las naciones aliadas, que comenzaron a tirar por su lado y pronto deshicieron la liga que habían formado, aun faltando para ello a las promesas solemnes que habían hecho al Vicario de Cristo.

Cargado de años y de merecimientos, murió el santo Pontífice en 1579. Cien años más tarde, en 1672, la Santidad de Clemente X le decretó los honores de la beatificación, y la Santidad de Clemente XI lo canonizó solemnemente en 1712.

La Iglesia católica celebra su memoria el 5 de mayo, en cuya fecha se lee en el Martirologio Romano este precioso elogio suyo: ''Gobernó la Iglesia de Dios con la santidad de sus leyes y de su vida, que consagró toda entera a restituir a la disciplina eclesiástica su primitivo esplendor, un tanto deslustrado; a la extirpación de las herejías y a quebrantar el poder de los enemigos del nombre cristiano.''

PIO VI.

El cardenal Juan Angel de Braschi fué elegido para suceder a Clemente XIV y tomó el nombre de Pío VI.

Malos eran los tiempos que corrían, porque por todas partes se habían infiltrado las doctrinas venenosas de los enciclopedistas franceses y comenzaban a dar sus amargos frutos. En Austria, José II se había metido a reformar la Iglesia por sí y ante sí, y su funesto ejemplo fué seguido en la Toscana, donde el sínodo tristemente célebre de Pistoya pretendió implantar en la Iglesia las herejías de Jansenio y de Febronio, que debajo de la capa hipócrita de una falsa piedad y una mentida santidad, atacaban la raíz misma de la vida de la Iglesia y sembraron la funesta planta cuyas raíces no han sido todavía del todo extirpadas, a pesar de los años transcurridos. En Alemania un grupo de obispos pretendía introducir la reforma de ser ellos los que dieran el ''Visto Bueno'' a los documentos del Sumo Pontífice, de los cuales pretendían que no podían entrar en vigor mientras no fueran por ellos revisados y confirmados, y en Francia la revolución triunfante había dado la constitución civil del clero, que lo ponía a merced de las autoridades civiles.

Contra todos estos enemigos que, por un camino o por otro, querían romper la túnica inconsutil de la unidad de la Iglecia, vibró el rayo de la excomunión, y todavía es célebre la bula ''Autorem fidei,'' en que condensó y condenó solemnemente 85 proposiciones del sínodo de Pistoya.

Pero no fueron estos sucesos los únicos que amargaron los días de su pontificado. La Francia revolucionaria, ensoberbecida por los triunfos de su general Nepoleón Bonaparte, declaró la guerra al Sumo Pontífice, al que, primero obligaron a ceder 500 MS preciosos y 100 cuadros de los más célebres de las colecciones del Vaticano; más tarde una porción del patrimonio de la Iglesia, y cada día más ensoberbecidos por estos fáciles triunfos obtenidos sobre un anciano que se veía obligado a tolerar estos males por evitar otros mayores, concibió el satánico proyecto de no permitir que fuera elegido un nuevo papa que sucediera a Pío VI cuando muriera, con el fin de acabar por este medio con la institución divina del Pontificado supremo; y para realizar este diabólico plan, invadieron los Estados Pontificios, se apoderaron de la ciudad de Roma y de la persona misma del Pontífice, anciano de 80 años de edad en esa época, al que arrastraron fuera de Roma en febrero de 1798, para llevarol, primero a un convento de Siena, después a través de los Alpes y finalmente a Valencia, donde quebrantado por tantos sufrimientos físicos y morales, entregó su

hermosa alma a Dios el 29 de agosto de 1799, a los 81 años de edad.

PIO VII.

La situación en que había quedado la Iglesia a la muerte de Pío VI no podía ser más aflictiva, ni más difícil, pero no le faltó, como nunca le ha faltado, el amparo de la Providencia de Dios nuestro Señor, que por caminos que solamente su infinita sabiduría conoce, desbarata los planes de los hombres y aprovecha su concurso para realizar los fines suyos, sin herir, ni lastimar en lo mínimo los fueros de la libertad humana. Previendo la Santidad de Pío VI las dificultades que pudieran presentarse para que su sucesor fuera elegido de conformidad con las leyes establecidas para los casos ordinarios de vacante de la Santa Sede, por medio de una bula dispensó del cumplimiento exacto de esas leyes y autorizó a los Eminentísimos señores Cardenales para que hicieran el Cónclave y la elección en el lugar en que estuvieran reunidos el mayor número de cardenales y les prestara las garantías necesarias para la completa libertad de sus deliberaciones, y en virtud de esta bula, el cardenal Albani, que era a la sazón el decano del sacro colegio, convocó a todos los demás señores cardenales para la ciudad de Venecia, donde se reunieron 34 cardenales que, contra lo que era de esperarse de la anomalía de los tiempos, eligieron con toda libertad el 14 de marzo de 1800 al cardenal Bernabé Chiaramonti, quien, por gratitud a Pío VI tomó el nombre de Pío VII.

Tan pronto como pudo se dirigió a la ciudad de Roma, en la que entró el 3 de julio, y Napoleón que a la fecha era Primer Cónsul, olvidado al parecer de su antigua conducta con el Papa, porque así convenía a sus fines políticos, comenzó a tratar con él sobre la manera de curar las heridas de la iglesia en Francia y por la mediación del cardenal Gonsalvi, formó el concordato de 1801, que fué para él letra muerta, pues además de faltar en muchos puntos a las obligaciones que le imponía, le añadió una serie de artículos llamados ''orgánicos'' que anulaban una parte de los que había firmado en el Concordato.

El 8 de mayo de 1804 Napoleón I fué proclamado emperador, y manifestó desde luego su ardiente deseo de ser consagrado por el mismo Papa, no por respeto a la Santa Sede, sino

para tener ocasión de arrancar al Papa de Roma y hacerlo servir de instrumento para sus ambiciosos planes.

Los antecedentes de Napoleón por una parte no ofrecían la menor garantía de la sinceridad de sus promesas, y por otra hacían temer fundadamente violencias y perjuicios para el caso de que no se le cumplieran sus deseos, y por eso, después de muy maduro examen, se resolvió en Roma que fuera el Santo Padre a coronarle, pero después de haber tomado todas las precauciones para el caso de alguna violencia imprevista. En estas condiciones salió el Papa de Roma para Francia, en donde fué recibido con todo género de honores y coronó solemnemente al emperador el 28 de noviembre de 1804; mas después que hubieron pasado las fiestas, cuando quiso regresar a su sede, comenzó el emperador por detenerlo con pretextos, siguió con insinuaciones sobre la conveniencia de que fijara definitivamente la sede en Francia y acabó por amenazarlo en el caso de que no accediera a sus deseos. Entonces Pío VII, que a su vez había respondido a Napoleón con toda la prudencia que las circunstancias exigían, le respondió que el caso estaba previsto, y al efecto, antes de salir de Roma, había depositado en manos de toda su confianza una bula con instrucciones precisas y terminantes para que, en caso de un cautiverio prolongado en Francia o de algún otro acto que pudiera traducirse en detrimento de los derechos inalienables de la Santa Sede, tuviera el sacro colegio de cardenales por presentada su resignación de la suprema autoridad apostólica y procediera desde luego a la elección de nuevo Papa, de manera que, en caso de insistir Napoleón en sus pretensiones, podría tener por seguro que no tendría entre sus manos a Pío VII, sino al monje benedictino Bernabé Chiaramonti. El resultado fué seguro e inmediato, pues Napoleón, humillado y vencido, se vió obligado a permitirle la salida para Roma, cosa que hizo en la misma tarde, y llegó de regreso a la capital del mundo católico el 6 de mayo de 1805.

Nunca perdonó la soberbia de Napoleón esta derrota que el Papa le había hecho sufrir, y persistiendo en su pensamiento de hacer de él un vasallo suyo, fué buscando pretextos y más pretextos para realizar sus planes, hasta que el Papa se vió obligado a mandar, en la tarde del 10 de junio de 1809 que fuera fijada en los lugares de costumbre la bula de excomunión contra el emperador, y entonces este, en el colmo de la ira, dió órdenes al general Miollis, que había ya ocupado la ciu-

dad de Roma en nombre de Napoleón, que sacara al Papa por la fuerza, como lo hizo en la madrugada del 5 de julio.

Los límites de este estudio no permiten seguir paso a paso la odisea pontificia, tan gloriosa para Pío VII cuanto vergonzosa para Napoleón, el cual hizo trasportar al Papa, sin consideración alguna a su edad, ni a su dignidad, en un coche cerrado y rodeado de gendarmes, primero a Florencia, después a tierras de Francia, y finalmente a Savona, en Italia. Por un decreto del 7 de febrero de 1810 incorporó Napoleón al imperio francés los Estados Pontificios, y para vencer la resistencia del anciano pontífice, llegó hasta la crueldad de privarle de todos sus servidores, y asignarle para su diaria subsistencia la mezquina cantidad de poco más de 3 francos, y como ni por estos medios indignos lograra sus deseos, el 14 de enero de 1811 hizo declarar que Pío VII había cesado de ser la Cabeza Visible de la Iglesia, y que él, Napoleón, asumía la potestad de deponer y nombrar Papas. ¡A tal extremo le llevó la embriaguez de soberbia que le produjo su encumbramiento!

El 25 de enero de 1813 el anciano pontífice, quebrantado por tan largos y continuados sufrimientos, solo y privado de sus consejeros y personas que le infundían valor, tuvo un momento de debilidad y firmó, con el carácter de provisional, un nuevo concordato en el cual implícitamente renunciaba al patrimonio de la Iglesia, casi a toda intervención en la designación de obispos, prometía residir en lo futuro donde Napoleón quisiera y aceptaba una pensión anual de dos millones de francos, pero la providencia divina hizo nacer en su pecho profundos remordimientos que le sumieron en tenaz melancolía que le privó de la paz del alma que antes disfrutaba aun en medio de sus mayores sufrimientos, y por otra parte llevó a su lado a sus fieles y valientes consejeros los señores cardenales Pietro y Pacca, los cuales con libertad cristiana le hicieron ver los gravísimos perjuicios que ese acto suyo podría reportar a la santa Iglesia, y entonces el Papa, dando una prueba de profundísima humildad y de un valor a toda prueba, reconoció su error y condenó lo que había hecho, protestando que antes quería morir que perseverar en lo que había obrado mal. El emperador tuvo perfecto conocimiento de esta retractación, pero no se dió por entendido y publicó el concordato, pero al cabo se vió obligado, después de la derrota de Leipzig, a dejar en completa libertad al Papa, quien volvió a entrar en Roma el 24 de mayo de 1814, en medio de la alegría desbor-

dante del pueblo romano. Mientras tanto, Napoleón veía eclipsada su estrella, y herido por la justicia divina, sin duda porque había colmado ya la medida, se veía obligado a firmar su abdicación en Fontainebleau, en la sala misma en que había tratado a Pío VII de manera harto indigna, y después de su escapatoria de la isla de Elba, a pasar los últimos años de su vida en el desierto de Santa Elena, consumido a la vez por las humillaciones y los remordimientos.

Los últimos años de Pío VII fueron tranquilos, y le permitieron curar, por medio de concordatos firmados con varias naciones, las heridas que la revolución había causado a la Iglesia.

Por fin, el 20 de abril de 1823, cuando contaba 81 años de edad y 23 de pontificado, plugo a Dios nuestro Señor llevarlo a gozar en el cielo la corona que a costa de tantos sufrimientos se había ganado en la tierra.

Cuando la crítica moderna no hubiera ya declarado de ningún valor las que llaman "profecías de San Malaquías," relativas a los Sumos Pontífices, bastaría para desecharlas un estudio ligero sobre los motes que aplica a los Papas y la manera como en muchos de ellos se han cumplido, y por lo que hace a Pío VII, lo dicho acerca de él basta para demostrar que, bien lejos de haber sido el "águila rapax" con que en las listas mencionadas se le designa, fué víctima de la rapacidad de Napoleón I, de manera que se necesitan tragaderas bien gordas para creer que se le puede aplicar a este Papa un mote que por activa no se puede aplicar sino a Napoleón I.

PIO VIII.

Muerto Pío VII le sucedió León XII, y a la muerte de este Pontífice, acaecida en 1829, fué elegido para sucederle el cardenal Castiglioni, quien, por gratitud a Pío VII, tomó el nombre de Pío VIII.

No vió su gobierno turbado por graves acontecimientos políticos, y pudo consagrarse a sanar las heridas que las malas doctrinas habían causado a la Iglesia de Dios. Monumento de su gobierno son las encíclicas en que se condenan el indiferentismo religioso, las sociedades bíblicas, la masonería, etc. Después de veinte meses de gobierno, plugo a Dios nuestro Señor llamarlo a su seno el 3 de noviembre de 1830.

PIO IX.

A la muerte de Gregorio XVI, acaecida en 1846, fué elegido para sucederle el cardenal Juan María Mastai Ferreti, quien tomó el nombre de Pío IX, y su reinado ha sido uno de los más largos y más fecundos en acontecimientos políticos y religiosos que registra la historia de la Iglesia.

Apenas elevado al trono pontificio, deseoso de conquistarse las voluntades de los habitantes de los Estados Pontificios, concedió una amplia y generosa amnistía a los que durante el reinado anterior, habían sido condenados por delitos políticos, y poco tiempo después, comprendiendo la necesidad de adoptar un sistema de gobierno en los Estados Pontificios más en consonancia con las ideas dominantes, abrió a los legos muchas de las puertas del gobierno que les habían estado siempre cerradas y prometió una constitución política con dos Cámaras, una elegida por el Papa y otra por el pueblo, pero subordinadas al colegio de cardenales. La revolución que en 1848 sacudió a la Europa entera como un huracán agitó también a los Estados Pontificios; el Papa se vió obligado a salir ocultamente de Roma y refugiarse en Gaeta, y los revolucionarios que se apoderaron de Roma proclamaron la república, que duró unos cuantos meses, porque las naciones cristianas restablecieron el orden y Pío IX pudo regresar a Roma en la primavera de 1850.

El mal, sin embargo, siguió adelante, y donde quiera que faltaba al pontífice el auxilio de las tropas extranjeras, sus súbditos le negaban la obediencia y se agregaban al Piamonte, hasta qu,e retiradas de Roma las tropas francesas que la auxiliaban, entraron en ella los revolucionarios encabezados por Garibaldi el 20 de septiembre de 1870, declararon abolida la soberanía temporal del Papa; y agregaron los Estados Pontificios al Piamonte, declararon la unidad del reino italiano con Víctor Manuel a la cabeza, y en cambio de todo lo que quitaron al Papa, le ofrecieron una pensión anual de 3.250,000 francos, que el Papa rehusó porque su aceptación significaba la aceptación del despojo que había sufrido, y no es dueño de enajenar lo que constituye el patrimonio de la Santa Sede. Desde aquella fecha memorable el Papa vive encerrado dentro de los muros de su palacio del Vaticano, como una muda, cons-

tante y elocuente protesta contra la usurpación de que ha sido víctima y a que no puede renunciar, y despojado de las cortas rentas que le bastaban, sin embargo, para los gastos de la Santa Sede, vive desde entonces atenido a la caridad de los fieles que de todas las partes del mundo le envían las limosnas que se conocen con el nombre de "el óbolo de San Pedro" y le sirven para los gastos que exige el mantenimiento del decoro de la Santa Sede.

Empero si Dios nuestro Señor permitió en sus altísimos juicios, que debemos adorar sin que nos sea lícito investigar estas pérdidas en el poder temporal del pontificado, compensó al bondadosísimo pontífice con otros acontecimientos que dieron a su reinado gloria imperecedera. El primero de ellos y más conocido fué el de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, hecha en virtud de la plenitud de su autoridad apostólica, después de haber consultado a los señores obispos de todo el orbe católico y de convencerse, por sus respuestas, que la fe en la concepción inmaculada era universal y estaba profundamente arraigada en los ánimos de todos los católicos. Nadie ignora que esa declaración fué hecha el 8 de diciembre de 1854 por la bula "Ineffabilis." Diez años después reunió en un católogo y clasificó debidamente los diversos errores modernos que en diversas ocasiones había condenado y publicó con la bula "Quanta cura" el Syllabus, o sea el catálogo de los errores modernos.

En 1869 convocó a todos los pastores del orbe católico para un concilio universal que debía reunirse y se reunió en el Vaticano, pero no pudo terminar sus labores, porque el infierno sin duda alguna movió la guerra entre Francia y Alemania y los Padres del Concilio tuvieron necesidad de abandonar a Roma, dejando en suspenso sus importantísimas labores para ocasión más propicia, que, por desgracia, no se ha presentado desde entonces. No fué, sin embargo, infructuosa la labor del Concilio Vaticano, porque, además de su importantísimo decreto sobre la fe, que tantas dudas vino a clarar sobre materias delicadísimas, el 18 de julio de 1870 declaró dogma de fe que el Papa es infalible en materias de fe y de moral cuando habla en su calidad y con toda la autoridad de Vicario de Jesucristo y Cabeza visible de la Iglesia católica.

Todavía después de estos gloriosísimos acontecimientos, vivió el Papa largos años, hasta que cargado de merecimientos, murió santamente en 1878.

PIO X.

Fresca está todavía en la memoria de todos la bondadosísima figura de Pío X, antes cardenal José Sarto, elegido en 1903 para suceder a León XIII, y no es tiempo todavía de hablar de su obra.

Sin embargo, es preciso recordar el empeño con que reformó, luego a los principios de su glorioso reinado, la música sagrada; la firmeza con que puso mano a la obra trascendental y monumental de la formación de un código de derecho canónico; el celo verdaderamente apostólico con que dió reglas preciosísimas para la comunión frecuente y diaria, especialmente en los niños, y fomentó y reglamentó la enseñanza del catecismo; la intrepidez con que se enfrentó contra la hidra del "modernismo," suma y compendio de todos los errores y de todas las herejías, que condenó en una encíclica que siempre será célebre, y otros muchos hechos verdaderamente gloriosos de su pontificado.

Murió en agosto de 1914, al estallar la guerra europea.

PIO XI.

Para suceder a la Santidad de Benedicto XV, fué elegido en enero del año en curso el Eminentísimo Señor Cardenal Aquiles Ratti, quien tomó el nombre de Pío XI, como nadie ignora. Como hijos fieles y obedientes de la Santa Iglesia Católica, protestómosle nuestra pronta y humilde obediencia y nuestra sincera y leal adhesión, y pidamos a Dios nuestro Señor, que se digne concederle largos años de vida y las luces y gracias que necesita para el feliz desempeño de la altísima misión que le ha sido confiada.

BIBLIOGRAFIA.—BARONIO Card. César. "Martyrologium Romanum" Maguncia 1631.

BERGIER. "Dictionaire de theologie," París.—Luis Vives, libraire-aditeur. 1876.

FUNK Dr. F. X. "Compendio de historia eclesiástica." Traducido por el P. Ruiz. Amado S. J.—Barcelona.—Gustavo Gili, editor, 1908.

MARTYROLOGIUM ROMANUM.—Turín.—Typographia pontificia Petro Marietti.—1897.

PASTOR Ludovico. "Historia de los Papas." Traducción del P. Ruiz Amado, S. J.—Barcelona.—Gustavo Gili, editor. —1911.

Pbro. Jesús **GARCIA GUTIERREZ.**

Académico de la Historia.



Sección Bibliográfica.

BIBLIOTECA DE "AMERICA ESPAÑOLA"

LAS LUCHAS DEL PERIODISMO (1)

Este es un libro tan suculento como ameno, tan provechoso como divertido, que apareció en Zaragoza de España en 1908 y salió de la Imprenta de Salas, de seguro que para agotarse cuanto antes; así que las buenas letras casi tumultuosamente están pidiendo otra edición a gritos. ¡Qué interesante resultaría esta si el excelente autor la adicionase de modo considerable, hasta egregándole otro tomo que las sucesivas cosechas de su experiencia, tan bien dirigida por agudo ingenio y amplia erudición, material sobrado han de dar hasta para cosas de más aliento.

El autor es periodista católico, pero no de los desaboridos que no faltan, sino de los que a la sustancia de la verdad (y cada día van siendo más los segundos gracias a Dios) saben agregar la sal y la pimienta del chiste que regocija, pero no envenena, de la erudición fácil y no empalagosa y de todo cuanto puede servir para aderezar, sazonar y encarecer la noticia oportuna e interesante y, más que eso, la buena doctrina.

(1) Este gran libro inspirará en buena parte un artículo que meditamos sobre la manera de formar un gran periódico real y verdaderamente nacional; artículo que anunciamos desde ahora.

El autor don Salvador Minguijón, Profesor de la Facultad de Derecho de aquella ciudad, augusta hasta por la etimología de su nombre, hace un estudio prolijo pero no cansado, de lo que debe ser el periódico católico, en comparación con el disidente, paralelo en extremo útil porque hace más perceptible el mal ajeno y pone más de resalto los defectos propios.

Cuando leí el libro ya sabía yo la gran definición de Luis Veuillot, que dice en sustancia: "**es periodista católico el que en todas las ocasiones de actualidad en que pueda caber, dice LE MOT CATHOLIQUE, lo que significa que todo procura encaminarlo con sobriedad y tino a la defensa y propaganda de su credo salvador.**" Esto ya yo lo sabía, digo, pero el desarrollo de la idea (bien que el autor no formula la definición de modo expreso) enseña mucho sobre la manera hábil de realizar el principio, señalando escollos, abriendo nuevos horizontes y trazando nuevos caminos.

Ese libro lo pondría yo en manos de todos los periodistas católicos y mejor aún en las de los contrarios, a quienes convendría conocer nuestro espíritu y nuestro método con lo cual ganarían en ciencia y experiencia, desechando muchas preocupaciones.

No haré análisis ni síntesis completas, que esto requeriría un libro igual al que se estudia, pero sí señalaré aquellas observaciones del ilustre autor que mejor den a conocer su talento, sus ideas y sus designios.

Comienza diciendo que el periódico es un organismo muy complexo, pero que por lo mismo debe ser perfectamente harmónico: "**en él, dice, cualquier instrumento que desafine basta para inutilizar el conjunto.**"

Esto de veras es sensato, dirección, redacción, administración, todo debe concertarse perfectamente.

Contra lo que se dice a menudo entre católicos, el Señor Miguijón cree, y en mi concepto con sobrada razón, **que el periódico de empresa, el industrial, el mercantil, es el único que puede llegar a ser un periódico ideal: LA HISTORIA QUE PASA.**

Desenvuelve su idea explicando en sustancia, qué periódico sólo se hace con **periodistas**, por más que la aserción parezca paradógica, porque los periodistas no se improvisan, requieren larga práctica y sólo un periódico de grandes recursos puede formarlos, o al menos expensar los que ya hayan

hecho del periodismo una carrera. ¿Podrá un periódico sin ser negocio, ser rico?

El periódico es una necesidad social, aunque haya pasado el tiempo en que con un artículo se derribaba a un ministerio y se hacía una revolución, porque nadie deja de leer la prensa diaria y muchos, como decía graciosamente Alejandro Dumas, "**llegan a adquirir cerebro de papel**;" pero por lo misbo, la competencia es mucha; ésta exige el afinamiento de las facultades y la preparación por lo tanto, de modo que un periódico apto para la lucha y capaz del triunfo, necesita los grandes recursos para estar dotado del modo que lo requiere el medio.

Tanto importancia tiene la prensa, que el famoso Padre Coubé es el autor de la frase, después de él trillada, de que **San Pablo en los tiempos actuales sería periodista.**

Monseñor Pie, el claravidente prelado que en tiempo de Napoleón III compartió con Dupaloup la hegemonía de la Iglesia de Francia, decía estas palabras que hacen temblar: "**Un pueblo que no leyera más que malos periódicos, sería, al cabo de treinta años, un pueblo de impíos y de rebeldes. Humanamente hablando no hay predicación eficaz contra la mala prensa.**"

Un maestro mío, el señor Canónigo don Agustín Abarca, me decía que los periódicos eran esencialmente malos, **aunque fueran buenos**, y en efecto, están expuestos a defectos de que verdaderamente no pueden eximirse si no es con muchísimo cuidado y habilidad por parte de la dirección y la administración, y del propietario, dinero, dinero y dinero.

En el periodista la facilidad con que sin querer comete inexactitudes y la impunidad con que lo hace, pues por regla general no lo desacreditan, le induce a la mentira y ésta se le vuelve un hábito muchas veces incoercible.

Esto explica (no el candor, en la clase inexplicable) que los reporteros y hasta los editorialistas acojan, con la mayor naturalidad, una multitud de CANARDS grandes como el ave fenix, porque acaban de perder la noción de lo verdadero y de lo falso como en otros casos se pierde la del bien y la del mal.

Es curiosísimo la historia de la misma palabra **canard** (pato).

"**El origen de la palabra CANARD (que significa pato), aplicada a los infundios periodísticos, lo ha explicado un periódico de Munich de esta manera:**"

''Había en Bruselas un académico llamado Cornelissen, a quien la prensa había puesto en ridículo.''

''Para vengarse el académico, resolvió comunicar a un periódico sus observaciones acerca de los patos domésticos.''

''**Encerré**—decía Cornelissen en su Memoria—**veinte en una habitación.''**

''El primer día, uno de los patos cautivos fué devorado por sus diecinueve compañeros, con plumas, patas y pico.''

''El segundo día corrió la misma suerte un segundo volátil; el tercer día otro, y así hasta que sólo quedó uno, que de este modo, al cabo de diecinueve días se había engullido a sus diecinueve compañeros.''

Este ejemplo de voracidad impresionó de tal modo a la prensa, que la noticia, pasando de uno en otro, dió la vuelta a todos los periódicos de Europa, con gran satisfacción de M. Cornelissen.''

No se hablaba más que de eso, cuando un periódico americano, reprodujo la historia, embellecida y adornada según el gusto de los lectores de aquel país.''

Para realzar la aventura, el periódico aseguraba que al hacer la autopsía al último pato, se había podido comprobar que era dispéptico, y caso raro entre los de su especie, de poco apetito.''

Desde entonces se llama CANARD a las noticias falsas que la prensa inventa o acoge.'' (Pág. 52.)

El capítulo, IDEAL DEL PERIODICO, es muy importante, pero contra lo que cree el señor Miguijón no puedo aceptar nunca los periódicos que él llama **ascépticos** que no admiten en sus columnas cosa alguna censurable, pero que tampoco hacen profesión de catolicismo militante.

El ilustre autor dice que el admitir o no esos periódicos es cuestión de circunstancias, y yo digo que un periódico absolutamente sin principios como tantos norteamericanos, acabará por hacer imbéciles a sus lectores.

En los Estados Unidos, por más de dos años estuve leyendo periódico cuya religión no pude conocer, cuyas ideas políticas tampoco, y que sólo se atrevían a emitir una opinión cuando se trataba del **prohibicionismo** o de extirpar los gorriones de las ciudades.

El periódico aséptico es como la escuela neutra que lo sea verdaderamente; no enseña la verdad sobre los puntos más importantes de la existencia; tampoco, y por lo mismo, ense-

ña a amarla, y acaba la verdad, y el bien por lo mismo, por ser vista por los alumnos como cosa inútil y hasta molesta pues exige pensar, trabajo para el niño muy penoso.

Yo diré al señor Minguijón, por más que tanto respete su parecer, que el periodismo, es un magisterio o abdica su cualidad más alta y su mejor título, y que la información, la amenidad e **il attrezzo**, deben servir ante todo para que mejor se propague la buena doctrina.

En su precioso capítulo el IDEAL DEL PERIODISMO, el buen autor nos da la razón de esto en los siguientes preciosos párrafos:

''No basta, para merecer el dictado de prensa buena, preocuparse de la ortodoxia de la creencia, ni ostentar por única norma la timorata prudencia en el juicio y la austeridad de la doctrina. La prensa buena será sencillamente la que haga el bien en abundancia.''

Sentimos no reproducir íntegro todo ese capítulo vivido porque lo escribe la experiencia del inteligente autor, pero no podemos abstenernos de insertar otros párrafos conceptuosos.

''Algo así debe ser el periodismo católico de luminoso, de alegre, de abierto a las impresiones de la vida. La alegría—ha dicho un escritor—es un don divino, un beneficio adorable que no cultivamos bastante. No basta trabajar, penar duramente realizar la tarea árida, es preciso saber también reir con una risa clara y sana que pone todas las cosas en su lugar, borrando las miserias fugitivas y desgranando la esperanza.''

''No debe aparecer el periódico católico como genuino representante de los prudentes según la carne, de los hombres del JUSTO MEDIO que no suele ser más que el medio de defender la digestión tranquila; no han de ser nuestros guías ni siquiera nuestros protegidos los hombres que se encuentran en perfecta paz de corazón con las impurezas de la realidad y muchas veces en cordial adhesión a las injusticias sociales.''

''Hay en el espíritu cristiano un sentimiento vigoroso que protesta contra la sensatez mundana, contra la flojedad de espíritu y la satisfecha adaptación al medio social, contra ese superficial equilibrio psicológico que lleva a los sesudos, a los normales a las gentes DE ORDEN a seguir la corriente de todos los egoismos vulgares que en el mundo han sido.... Procuremos que nuestros adversarios no puedan pensar que ese es el producto más selecto y precioso de las virtudes del Cato-

licimo ni la derivación natural de sus doctrinas y de su espíritu.''

Hemos notado en EL IDEAL y en muchos de los capítulos de la obra que el autor sin decirlo tal vez expresamente, tenía por modelo a Veuillot, el calumniado, pero el portentoso, el periodista mártir y santo que en Francia preparó la nueva evolución intelectual, y logró que la prensa católica perdiera lo que antes era su cadena de galeote: EL RESPETO HUMANO, fenómeno que observa muy bien Dimier en uno de sus últimos libros.

Minguijón, hablando de la humildad del periodista (da risa pensar, dado nuestro modo ordinario de ser, en esa impedimenta) recuerda la de Veuillot—que como han confesado Lemaitre y otros críticos no católicos, era perfectamente humilde, cosa que ayudaba a su genio poderosamente.

El autor aragonés inserta las palabras del gran periodista parisiense que figuran en nuestras ''Gotas de Verdad.''

¡Un periodista humilde?...... y sin embargo, el que quiera serlo cumplido y útil necesita esa virtud, porque sin la verdad, ¿qué vale el hombre? y la humildad como dijo Santa Teresa es la verdad. (1)

Sobre la actualidad, que es alimento del periodismo, pues de otro modo se confundiría con el libro y la cátedra, dice Munguijón cosas admirables de las que sólo tomaremos algunas:

''**Sentir la actualidad es una de las condiciones más esenciales en el periodista. Un periódico fiambre es objeto de general desprecio. La hoja diaria ha de salir palpitante, impregnada de las vibraciones del espíritu público, con ese aroma de frescura, con esa fragancia de las flores que han de vivir un día.**''

De la originalidad tan necesaria en todo, (hay que decir como Lacordaire: ''**después del pecado lo que más aborrezco son los lugares comunes,**'') nuestro gran aragonés trae entre mil cosas buenas el siguiente párrafo mejor:

''**Combinar la unidad de la doctrina, y de la aspiración con la variedad de las ideas, de los comentarios, del tono**

---

(1) La humildad nos hace conocer a Dios y a nosotros mismos, y por eso, como decía un gran místico de la Edad Media, es clara; nos hace amar a Dios y despreciarnos a nosotros y por eso decía el mismo maestro espiritual, es cálida.—**La Dirección.**

y de las frases, es cosa que ofrece alguna dificultad, pero debe procurarse. De Luis Veuillot.. ha dicho Lemaitre: "El no abandona la Cruz; pero desde el pie de ella tiene sobre todo lo que sucede horizontes de una amplitud a veces sorprendente." Villemain ha dicho de Montaigne: "se renueva aun al repetirse." (pág. 100.)

Del mal gusto dice lo que About ha dicho de la tontería: "que es el peor de los vicios, porque es el único que no se corrige." Al gusto, digo yo, hay que crearlo bueno, porque le sucede lo que a las poesías y a las estatuas malas: así se quedan.

En resumen, el periodista (no hablo de las Revistas que son de otra índole y de las que ya hemos de tratar) necesita como dice Girardin y cree nuestro autor, **una idea diaria**, acomodada a la diaria actualidad, y un gusto exquisito para exponerla en el estilo adecuado con brevedad, claridad y viveza.

Este artículo se alarga, la paciencia del lector se acorta y ponemos por hoy punto final, para acabar de analizar en otras cuantas páginas el gran libro que se llama: "LUCHAS DEL PERIODISMO."

Febrero de 1922.

Francisco ELGUERO.



Sección Jurídica.

LAS DOS CONSTITUCIONES

Comparemos ambas, la de 57 y la de 17, sin más propósito porque no abrigamos mira política alguna, que el de estudiar e instruirnos.

Compara y aprenderás, es una buena regla. Por eso el estudio de las religiones comparadas que en el siglo pasado estuvo tan de moda, ha decaído en los colegios acatólicos en virtud de que la comparación perjudicaba a todas las religiones y favorecía a la nuestra, y ¡vaya que en los paralelos de los institutos sectarios no siempre debe haber presidido la buena fe!

Abro las constituciones y en el encabezado de la primera leo estas solemnes palabras:

"EN EL NOMBRE DE DIOS Y CON LA AUTORIDAD DEL PUEBLO MEJICANO, EL CONGRESO CONSTITUYENTE HA DECRETADO LO QUE SIGUE:"........

El código de 17, suprimió esas palabras y la ley fundamental resultó atea.

Los legisladores de 57 (debemos suponer que con buena fe) invocaban el santo nombre de Dios para atraer sobre la ley y el pueblo las bendiciones de lo alto y para dar autoridad a sus preceptos: el Almodrote no tuvo a Dios en cuenta como si el Creador no existiese o no se necesitase en el mundo, y esto es ateísmo puro o al menos deísmo volteriano, que tanto monta.

Después del juramento de la carta de 57, Don León Guzmán, Presidente de la Cámara y hombre extraordinariamente probo, aunque extraviado por el pegajoso liberalismo de los tiempos, dijo:

"**Reconocen** (los representantes del pueblo) **que el haber llegado al término de la obra principal que se les encomendara, es debido a un favor especial de la PROVIDENCIA DIVINA, y por tan fausto acontecimiento, bendicen en lo íntimo de su alma el santo nombre de Dios.**"

El Congreso Constituyente de 5 de febrero de 1857, dice: "**Bendiciendo la Providencia Divina los generosos esfuerzos que se hacen en favor de la libertad, ha permitido que el Congreso dé fin a su obra, etc.**"

Comenzamos advirtiendo entre ambos códigos enorme diferencia: el uno invoca el auxilio de Dios y agradece sus beneficios; el otro calla ese santo nombre cuando se dice representante de uno de los pueblos más religiosos de la tierra.

¡Hipocresía! dirán algunos, cosa que yo no creo; pero en fin, esta revela si no respeto, temor a la opinión pública y deseo de no lastimar el sentimiento nacional.

A los carrancistas ¿qué les importaba la opinión del pueblo cuando llegaban a las curules **por el solo voto de Carranza** y cuando todos y cada uno de los diputados para entrar al recinto del Congreso necesitaba patente de irreligiosidad y anticlericalismo?

Comienza el Almodrote con una ofensa a Dios, porque en ese acto augusto no invocarlo es ofenderlo y con un desprecio sin disfraz a la fe mejicana, con el cual revela su indiferencia hacia el pueblo cuando no su odio.

La carta de 57 por mala que se suponga, no comienza irritando el sentimiento nacional; la de 17 lo ultraja y lo desafía.

Hasta ahora triunfa el Mamotreto del Almodrote.

*

* *

Aquel en su artículo 1o. dice: "**El pueblo mejicano reconoce que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales. En consecuencia declara, que todas las leyes y todas las autoridades del país, deben respetar y sostener las garantías que otorga la presente Constitución.**"

El segundo en su primer artículo expresa lo siguiente: "**En los Estados Unidos Mejicanos todo individuo gozará de las garantías que otorga esta Constitución, las cuales no podrán restringirse ni suspenderse, sino en los casos y con las condiciones que ella misma establece.**"

En el primero se lee entre renglones la firma de Rouseau, de los constituyentes de 89 y de los jacobinos de 93, y casi a renglón seguido el legislador después de considerar inconmovibles esas bases, las echa por tierra y al desgaire, declarando al pueblo fuente de toda soberanía y de toda autoridad. (Véase el artículo 39).

Acerca de esto sigamos una sensata y juiciosa opinión de Faguet (''Le Liberalisme'') quien estaba muy lejos de ser clerical y ultramontado: ''**Se han confundido los derechos del hombre** (habla de las Constituciones emanadas de la Revolución) **y los derechos del pueblo; los primeros perteneciente al individuo; los segundos a la nación, la comunidad de ciudadanos libres. Los derechos del hombre** (acepto por un instante el lenguaje jacobino) **son la libertad, la igualdad, la seguridad, la propiedad. Sea. El derecho de un pueblo libre es el de gobernarse a sí mismo, ya directamente o por sus representantes. De acuerdo. Pero el derecho del hombre y el derecho del pueblo no son la misma cosa, a tal punto, que el derecho del pueblo puede estar en conflicto con los derechos del hombre. Sí el derecho del pueblo es la soberanía, lo que precisamente han dicho los redactores de las declaraciones de 89 y 93, el pueblo tiene el derecho en virtud de esa suprema facultad de suprimir todos los del hombre. Y he aquí el conflicto. Poner en una misma declaración el derecho del pueblo y los derechos del hombre, la soberanía del pueblo y la libertad por ejemplo con igual título, es juntar el agua con el fuego y suplicarles en seguida que se las compongan de manera de vivir juntos amigablemente. (Página 7 y 8.)**

Tan sencillas palabras, inspiradas por la misma lógica y la misma sensatez, demuestran que ya la Constitución de 57 comenzaba a ser almodrote, es decir, mezcla informe y confusa, triaca mal hecha de sustancias que no se avienen entre sí; pero, sin embargo, no llegó la madre a los extremos de la hija.

Nosotros lo que creemos y sustentamos es lo siguiente: Los derechos del hombre existen, pero no en la voluntad del pueblo que los puede proclamar hoy y borrar en mañana y hasta hacer todo insensatamente en un mismo acto, como lo hizo la Constitución de Querétaro en su artículo 3o., estableciendo y derrumbando la libertad de enseñanza, sino en la ley natural y en la ley divina, en el Decálogo y en el Evangelio. Los derechos ahí establecidos o de ahí emanados, sí son inconmovibles porque tienen por origen a Dios y no al hombre y por eso

la ley fundamental que no se apoye en esas bases divinas, tiene que sufrir todas las vicisitudes humanas.

Estámpense en buena hora en las constituciones los derechos del hombre consagrados por la ley natural perfeccionada por el Evangelio y desenvueltos por la ciencia jurídica que los respete, pero no se declare al pueblo fuente de la soberanía y, por lo mismo, señor de todas las cosas de la tierra y el cielo.

Quitándose al Mamotreto el artículo 39, en pugna con el 1o., ganaría mucho, tanto más cuanto es impropio de constituciones la exposición de teorías de escuela, en virtud de que si en la ley, como decían los antiguos, es peligroso definir, mucho más lo es filosofar.

*
* *

El artículo primero ya inserto de la Constitución de Querétaro es peor que el liberalesco de la de 57, que acabemos de comentar.

Este quería establecer algo inconmovible absoluto, que ya no cayera bajo el imperio de la ley (bien que no lo consigue como hemos dicho) y aquel deja las garantías individuales a las que borró su hermoso título de DERECHOS DEL HOMBRE a merced de los legisladores al pormenor, como sucede tratándose de la propiedad, cuya expropiación puede hacer la autoridad administrativa ¡qué barbaridad! por causa de utilidad pública que ella misma declara **ad libitum** y sin cortapisa ni freno. (Véase la fracción 7a. del famoso artículo 27.)

*
* *

La Constitución de 57 en su artículo 3o. dijo:

"La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos se deben expedir."

El Almodrote en la concepción y redacción del artículo similar estuvo sublime y debemos reproducirlo íntegro:

"La enseñanza es libre; pero será laica la que se de en los

establecimientos oficiales de educación, **LO MISMO QUE LA ENSEÑANZA PRIMARIA, ELEMENTAL Y SUPERIOR QUE SE IMPARTA EN LOS ESTABLECIMIENTOS PARTICULARES.''**

''Ninguna corporación religiosa, ni ministro de algún culto, podrán establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria.''

''Las escuelas primarias particulares sólo podrán establecerse sujetándose a la vigilancia oficial.''

''En los establecimientos oficiales se impartirá gratuitamente la enseñanza primaria.''

Es libre la enseñanza, pero no debe ser religiosa; es libre la enseñanza, pero no pueden ejercerla los sacerdotes; es libre la enseñanza primaria, pero no puede impartirse **sin la inspección oficial.**

El absurdo es tal que huelgan los comentarios, mucho más que ya el mismo, y muchas veces, se ha puesto de resalto en esta revista.

¡Con decir que ni en Rusia existe semejante precepto!

Existe según el Almodrote, la libertad, pero en calabozo; existe la libertad, pero sin voz, manos, ni pies; existe la libertad, pero con tal de que haga lo que se le antoje a otro y no lo que ella quiere.

Solo una cosa nueva diremos porque al menos no sabemos que se haya dicho:

Es de tal modo inconsciente el Almodrote, fueron de tal manera intonsos los autores del artículo 3o., que éste llegó al absurdo: prohibió la educación de los seminarios, lo que en sus miras no entraba, salvo que la barbarie haya llegado a tal extremo:

''SERA LAICA HASTA LA INSTRUCCION SUPERIOR!''

¡Ate usted esas moscas por el rabo!

La instrucción de los Seminarios es necesariamente superior y ¿cómo puede ser laica? ¿Es como decir: ''AQUI SE NADA SIN AGUA.''

La Constitución de 57 en este punto está sensata e hicieron bien en defenderla algunos diputados como Palavicini y Rojas.

Unicamente faltó a su artículo 3o. la previsión, por otra parte casi imposible, de decir que debería entenderse **por profesiones**, para que no fuera la ley a establecer lo que estable-

ció después el sabio Código de Querétaro, que el sacerdocio es una profesión y que podían las leyes reglamentarla, por más que con tan absurdo reglamento acabase la independencia entre la Iglesia y el Estado.

(Continuará) **Francisco ELGUERO.**



Variedades.

A GARCIA EL GRANDE

POEMA BREVE [1]

Religionis integerrimus custos,
Auctor studiorum optimorum
Obsequentissimus in Christi sedem,
Justitiae cultor, scelerum vindex.

Custodio de la fe de sus mayores,
Promotor de las artes y la ciencia,
Hijo devoto de la Sacra Roma
Y justiciero vengador del crimen.
(Palabras de Pío IX en el monumento de García Moreno.)

Mi musa deja el plinto
Que tanto amó, del clásico soneto,
Y quiere con el bronce de Corinto
O el mármol del Himeto,
Alzar un pedestal más anchuroso,
En donde con más fácil movimiento,
Pueda elevar al viento
El epinicio libre y cabdaloso;

(1) Leída por su autor en la sesión extraordinaria que los Caballeros de Colón del Consejo de Guadalupe celebraron el 18 del actual para conmemorar el centenario del ilustre Presidente del Ecuador.

Para cantar augusta
El alma fuerte, generosa y justa
Del caudillo cristiano
Que ayer en el andino continente,
Fué campeón valiente
Del egregio Pontífice Romano.

Roma, reina inmortal, madre del orbe,
La que luz de los ángeles absorve
Para irradiarla luego por la esfera,
La que en el misterioso Vaticano
Mantiene con la mano
De eterna caridad, eterna hoguera;
Roma, ya que un heraldo de tu trono
Oirá mi voz, hasta sus plantas llego
Y, tras el homenaje, alzo mi ruego
Que con la nieve de mi edad abono,
Pidiéndote la luz para la mente,
La lumbre para el pecho,
Y poder remembrar al eminente
Caudillo que en el Nuevo Continente
Fué mártir de la Cruz y tu Derecho.

Ya la tumba me llama,
Ya de mi vida la temblante llama
No alumbra ni mi paso por el mundo;
Pero al ir a expirar, quizá recobre
Fuerza mi acento pobre,
Como el cisne que canta moribundo.

*
* *

Predestinado a mártir, ya en la infancia
Fué tu existencia vaso de fragancia
Y estelaria de gloria tu camino,
Y el espejo fiel de la memoria
No copia de la historia
Espíritu más alto y peregrino.
Eras doncel apenas. Cierto día
Tu mente poderosa se abstraía
De César en la épica lectura

Cuando sientes temblar la enorme peña
De cuya espesa breña
Gozabas en la siesta la frescura.
Quieres huir de pronto amedrentado,
Mas tu ánimo esforzado,
Con imprudencia acaso, te detiene,
Y sigue frecuentando decidido
El sitio en que el peligro se mantiene,
Hasta que aquel peñón hubo caído.
No hiciera más un púgil espartano
Por domeñar el misterioso miedo,
Que lo que consiguiera en su denuedo
El gallardo doncel americano.

Al mirar un maestro su doctrina,
Su perspicacia y límpida memoria,
Le dice que adivina
Ha de escribir la ecuatoriana historia;
Mas contesta el doncel con desenfado:
"Vos la habréis de admirar, mas sin leerla:
Pues juro que patriota y esforzado
En vez de relatarla, habré de hacerla."

Y es tal tu temperancia y fortaleza
Que del placer despreciarás las flores,
Prefiriendo ceñir en tu cabeza
Espinas de calumnias y dolores.
Y es tu piedad la del asceta austero,
Pero no femenil y no cobarde:
Eres monje doblado de guerrero,
Jamás sin arrogancia y sin alarde.
Fugitivo y proscrito en el desierto,
Te impones del ermita los rigores,
Y luchas contra DIEZ, y hubieras muerto
Si no desarma el pasmo a los traidores.
Llegas al solio y nunca soberano
Tuvo cual tú desde la altiva cumbre,
Más generosa mano
Para aliviar desgracia y podredumbre;
Pero no hubo jamás un rey severo
Más que tú justiciero,
Y en torno del poder por tí ganado,

Ocupa el bueno muy seguro asilo
Para vivir tranquilo,
Mientras tiembla de alarmas el malvado.
Matas, sí, matas que el matar es bueno,
Sin dolo, sin venganza, sin sevicia;
Con mano firme y corazón sereno,
Matas cuando lo quiere la justicia.
Y la ley en tu mano
Es firme como espada y como escudo,
Y todo el continente colombiano
Ver a tus plantas pudo
Servidor del derecho,
Al pretoriano.
Y tras de la loriga
Ferrada de tu heroica fortaleza,
Varón de Dios, se abriga
Del caballero antiguo la nobleza.
Ser grande en todo campo es tu destino.
Luz de la ley y fuerza del derecho,
También das el perdón al asesino
Que alzó el puñal contra tu noble pecho.
¡Qué espectáculo oh Dios! En la ladera
Más fértil y pomposa de los Andes,
Cabe las cumbres de la cordillera
Más rugientes y grandes,
Un pueblo juvenil, ágil, valiente
Amante de su Dios, de Cristo amado
Se congrega prudente
En torno del caudillo venerado.
Y este de su obediencia
Saca el orden, la paz, las libertades,
Para las mentes ciencia,
Riquezas para el campo y las ciudades;
Y por una virtud que al mundo asombra
Del cristianismo predilecta hija,
La sombra de la CRUZ, próvida sombra
Al Ecuador cobija.

Aguila audaz de la tormenta hermana,
Volcán rugiente en cuya excelsa cumbre
Solo el ave del viento soberana
Llegar puede a sus hielos o a su lumbre,

Volcán y cóndor, responded: en cuanto
El Ecuador cobija con su manto
O abarca de la tierra el bronco trueno
Y en cuanto el cóndor con su vista abarca,
¿Vísteis un pueblo más feliz y bueno,
Más amor de una grey a su patriarca?
Y por eso del prócer el renombre
Luce cual brilla del volcán la llama,
O su corona de perpetuo hielo,
Y por eso su fama
Es cóndor de alto vuelo
Que no hay mito o leyenda que no asombre.

*
* *

El siglo nuestro con su brillo falso
No sedujo, Gabriel, tu noble mente,
Y quisieras cadenas y cadalso
Antes que huir de Cristo providente.
El vive y reina, Dios y soberano;
Lo sabes y lo quieres;
Y con fe firme y corazón romano
Por El vives, Gabriel, y por El mueres.

Cuando el rey subalpino
Profanando la Cruz de sus blasones,
Cristiano infiel, de la corona indino
Manda al Tíber sus fuertes escuadrones;
Y el santo Pío Nono
Pierde en Roma la antigua realeza,
Ganando otra corona por el trono,
La de espinas que ciñe su cabeza;
Los próceres del mundo indiferentes
O cómplices más bien del rey profano,
Ven cobardes o viles o indolentes
Convertirse en prisión el Vaticano;
Y sólo de los Andes se levanta,
Más que el ciclón y que el volcán rugiente,
Una protesta santa
Que crepita en el Viejo Continente.
Es tu acento, Gabriel, ¡sublime acento!

También el de tu grey firme y cristiana,
Que no habrá de pasar cual pasa el viento,
Y dejará crüel remordimiento,
Eternamente en la conciencia humana.
Defensor del Pontífice romano,
Defensor de la Cruz y su derecho,
Legífero cristiano
Que conforma en sus códigos el hecho
Con la verdad de Cristo soberano;
¿Qué te puede faltar? Solo la muerte
Por Dios y por tu fe, la del martirio,
Y la sabes sufrir sereno y fuerte,
Víctima del delirio
Que al mal produce tu gloriosa suerte.
Herido por las armas asesinas,
Vas a morir al pie de los altares,
En donde te iluminas
Con la luz de la Estrella de los Mares.
Y de la Virgen ante el rostro hermoso
Expiras y, al morir, tu voz profiere,
Siempre español y siempre valeroso,
Un lema de esperanza: DIOS NO MUERE!

Nueva generación, la que contemplo
Más que la nuestra, rebosando vida,
En el augusto ejemplo
Busca luz y calor, virtud y egida.
Ya desciendo a la tumba, mas ¿qué importa?
Llegarás a escalar cumbres muy grandes.
Mi espíritu conforta
Soñar en nuevos héroes de los Andes!

Francisco **ELGUERO.** (1)

Méjico, 18 de febrero de 1922.

---

(1) En la fecha de los anteriores versos, celebróse en el salón principal de los Caballeros de Colón del Consejo de Guadalupe, una sesión extraordinaria para conmemorar el centenario del mil veces ilustre don Gabriel García Moreno, Presidente del Ecuador, nacido el 24 de diciembre de 1821.

La concurrencia de damas y saballeros fué escogida; la música ad-

mirable, el gran Caballero don Manuel García, deleitó unos momentos al auditorio con su elocuente y vibrante palabra y el discurso del señor Galindo, con el que honraremos esta revista, se distinguió por lo apropiado del estilo, lo ameno de la erudición, la claridad y amplitud de las síntesis y la pintura fidelísima del más grande de los Presidentes del Nuevo Mundo.

El Director de ''América Española'' leyó los anteriores versos que no tienen más mérito que los de una sinceridad y un cariño al héroe, incomparables.





EL DIALOGO ETERNO

Como el mundo es una esfera,
Siempre algún punto colora
La alborada placentera. (1)
Aquí.... la gentil aurora,
Allá.... la tarde severa.

Como siempre en algún punto
El sol en el cenit arde,
Sobre el globo lucen junto,
Con la siesta, aurora y tarde

Si pudiera la mirada
Hacer lo que el pensamiento,
Viera en el mismo momento
Tarde, siesta y alborada.

¡Qué extraña combinación!
Y como un ángel gozara
¡Desde celeste balcón
Si a cualquiera hora mirara
La estupenda conjunción!

Como el **Angelus** su orquesta
Eleva al viento sonora,
Por la tarde y por la siesta
Por la siesta y por la aurora,

Y siempre hay aurora y tarde,
Y siempre la siesta arde,
El Angelus plañidero
Por tarde siesta y mañana,

(1) **Aurora umbrarum victrix, ne victa recedas.** La aurora vencedora de las sombras jamás queda vencida, dice un verso latino imitación de Virgilio sin duda, puesto al pie del gran fresco de "Las Horas," de Guido Reni, en el palacio Rospigliosi.

Sus notas de oro desgrana
Siempre por el orbe entero.

Ni un instante, ni un instante
La voz del Angelus calla:
Si la tormenta restalla,
Si está la paz imperante;
Y por la noche y el día
(siempre hay tarde, aurora o siesta)
Alza el **Angelus** su orquesta
A la divina María.

Así el apóstol bendito
Hizo del mundo un altar,
Donde brilla sin cesar
El culto del Infinito.

Así eternas oraciones
Están diciendo a María:
Realizan tu profecía
Todas las generaciones.

Con las esquilas sonoras
Se dice a todas las horas
Y frente a todos los seres,
Con inefable eficacia:
María es llena de gracia
Entre todas las mujeres.

Es el angélico acento,
Y contesta a todo viento,
Otra solemne oración,
La de la Iglesia que llora
Y de nuestra madre implora
La inefable protección.

Diálogo eterno y sublime
Que saluda, canta y gime
Por segundo, por segundo,
Diálogo que basta sólo
A enseñar de polo a polo
La verdad que salva al mundo.

Méjico, febrero de 1922.

Francisco **ELGUERO.**

Imp. M. León Sánchez.—Méx.

AÑO I. 15 DE MARZO DE 1922. NUM. 22

América-Española

Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española y a la propagación de todo linaje de cultura en Méjico.

¡COLABORAN EN ELLA PROFESIONALES MEJICANOS Y ALTAS PERSONALIDADES DE OTROS PAISES

PROPIETARIOS: LICS. FRANCISCO Y JOSE ELGUERO

Director responsable: Lic. Francisco Elguero. Subdirector: Lic. José Elguero

Administrador: Francisco Vaca Zavala

URUGUAY 40, DESPACHO 11, MEJICO, D. F.

SUMARIO

EJEMPLAR $ 0.75

ron haciendo reverdecer y dar flores a la Iglesia plantada en la sangre de Cristo y de los Apóstoles.

En efecto, en la época en que vivieron Ignacio, Felipe Neri, Francisco Javier y Teresa de Jesús, del septentrión de la Europa, áspero y helado, soplaba el viento de la rebelión y de la herejía que parecía debía desolar el místico campo de la Iglesia, como el aquilón que desciende de la alta montaña asuela y esteriliza a la naturaleza en el invierno. Mas, mientras en el Norte de la Europa se extendía la desolación, al Sur, en nuestro hermoso mundo latino, Dios suscitaba las fuerzas que deberían poner dique insuperable al torrente invasor. En campos diversos, con múltiples actividades, porque **in domo Patris mansiones multae sunt**, que conducen a la gloria, los Santos a quienes hoy se elevan himnos de alabanza, supieron ser la resurrección, la vida renovada en la hora que parecía de muerte.

Y en verdad, contra el movimiento de rebelión protestante, está ante todo la obra de Ignacio de Loyola, quien, con la Compañía de Jesús, estableció el más firme de los ejércitos por su fidelidad a Cristo y el que en todo tiempo formará una de las columnas más sólidas de la Iglesia. Francisco Javier después, en una época en la que parecía que los confines de la Iglesia debían restringirse en más estrechos límties, por la defección de naciones enteras, deja su hermosa patria y conquista para Cristo Redentor nuevos reinos y logra imprimir a su apostolado tal fuerza que aun hoy, transcurridos los siglos, a quien se aventura ir al extremo oriente se le manifiesta toda su insuperable eficacia. En efecto, ninguno más que él y ni siquiera como él, supo vencer con la luz y el amor del Cristo aquel indomable mundo indiano contra cuya inmovilidad, desde hace siglos se consumen los esfuerzos de los misioneros católicos.

Felipe Neri—Pippo buono—de su ciudad natal, Florencia pasa a Roma con corazón contento y alma serena a demostrar contra las vanas amenazas de muerte, que el porvenir es de la Iglesia, de aquella Iglesia que no es como la pintan los innovadores de su tiempo, despótica y tirana, sino que por el contrario está hecha para las almas serenas y libres. Y arrastra tras de sí a millares de jóvenes que formarán el mañana, y les da maestros en aquellos magníficos oratorios destinados a dar tantos santos y tantos grandes hombres en todas las naciones.

Teresa de Avila está al lado de estos santos que vienen de las órdenes religiosas y entre ellos ocupa dignamente su puesto como augusta Madre. Cuando la decadencia de los claustros aparece una de las causas de disolución de la vida cristiana, ella, con ánimo viril, con el corazón traspasado por un dardo de fuego, ejecuta la obra de restauración de una de las más antiguas órdenes religiosas: obra que vale tanto o más que la fundación de nuevos institutos. Con la doctrina y con el ejemplo renueva las más altas lecciones de aquella vida interior que es la base de la vida religiosa.

En diverso tiempo, muchos siglos antes, en actitud bien diferente, apareció Isidro el labrador. Es el hombre del trabajo manual, el santo de los campos, de la época en que en Italia, de los valles alpinos, Pedro Valdo, a semejanza del exfraile apóstata de los tiempos procelosos de nuestros otros Santos, lanzó su grito de rebelión contra Roma. Pero, así como ante Lutero estaban providencialmente los Ignacio, los Javier, los Felipe Neri, las Teresa de Jesús, ante la obra triste y vana de Valdo se levantan otros Santos como Francisco de Asís y Domingo de Guzmán. Al lado de ellos, en un género de vida diferente, está Isidro, el humilde agricultor. Y allí está muy oportunamente, puesto que viene de aquella multitud de campesinos que formaron la primera y fácil presa del hereje Valdovano. Además, en aquella época medioeval, en el centro de la vida religiosa, se afirmaba la glorificación del trabajo manual con aquellas magníficas organizaciones de artes y oficios nacidas al lado de la Iglesia. Es la época en la que las campanas llamaban desde las altas torres así a los fieles a la Iglesia como a los trabajadores a la cuotidiana fatiga. En el tiempo en que esta glorificación se afirma, es en el que vemos brotar de los campos y asociarse a la glorificación más sublime, **in splendoribus Sanctorum,** la sencilla y santa figura de Isidro. El ejecuta espontáneamente una de las leyes que el Patriarca de los Monjes de occidente había fijado con la más alta sabiduría a sus monasterios. En efecto, el humilde y sublime campesino español, hunde con sus robustos brazos su arado en la tierra, mas con el alma, surca los cielos. De esta manera, la fatiga material no deprime el alma. Que esta alta lección dada por nuestro Santo obrero brille sobre las turbas de nuestros talleres, de nuestros inmensos campos, demasiado inclinadas hacia la tierra y les diga que la salvación está ante todo, aun para el trabajo, en un sentido cristiano de la vida.

Así, de los campos, de los claustros, de las últimas inexploradas regiones de la tierra, con el trabajo, con el recogimiento y la austeridad de las penitencias, de nuestras hermosas naciones latinas, Italia y España, salieron Ignacio, Francisco, Felipe, Isidro, Teresa, in excelsis.... y brillan **in splendoribus Sanctorum.** Y allá, en lo alto, como en dulce espera parecen indicar a todos en dónde está nuestra meta, parecen enseñar que todos deben pasar sobre la tierra dejando huellas no de muerte, sino de nueva vida, no de invierno, sino de primavera, no las tinieblas de la noche sino la luz santa y eterna, **in splendoribus Sanctorum.**

✝ **ERNESTO E. FILIPPI.**

Arzobispo tit. de Sárdica.

Delegado Apostólico.



A SANTA TERESA

Decía Fray Luis de León: "Yo no conocí, ni ví a la Madre Teresa, mas ahora que vive en el cielo la conozco, y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros."

Si esto podía decir Rray Luis de León con toda verdad en 1587 a los cinco años de muerta la seráfica reformadora del Carmelo, con mayor razón podremos repetirlo nosotros a los trescientos años de su canonización.

No conocimos ni vimos a esa mujer incomparable, pero la conocemos y vemos en sus frutos que no solo perdurarán, sino que con fecundidad admirable se multiplican y se esparcen por toda la Iglesia.

No es de admirarse que Fray Luis de León pudiera ver como retratada la santa Madre Teresa en las Hijas del Carmelo que ella acababa de modelar; lo admirable es que ese mismo Carmelo nos presente a los hijos del siglo XX azucenas de tal frescura y fragancia como una Ven. Teresita del niño Jesús y del Divino Rostro o una Isabel de la Sma. Trinidad. Tal es la duración y eficacia de las obras de Dios.

El espíritu de Santa Teresa, no sólo perdura vivo en su orden, sino que, amoldándose digamos a las exigencias del tiempo, ha hecho germinar otras instituciones como la "Compañía de Santa Teresa de Jesús," a la que ya debe México insignes beneficios.

Los escritos de la Santa, a los que ella debe que por aclamación así de directores de almas como de almas dirigidas, se le titule la "doctora mística," siguen siendo el encanto de los verdaderos literatos, y lo que es más el guía seguro por los caminos escabrosos de la virtud y de la oración más encumbrada, así como el horno donde se acrisolan las almas que quieren aprender a amar a su Dios.

La palabra infalible del Vaticano declaró Santa, hace trescientos años, a Teresa de Jesús: la fecundidad divina de su espíritu y lo perdurable de sus empresas han ratificado la sentencia del Vicario de Cristo en la tierra, y nos proporcionan la gloria de conocer a la Santa y de admirar sus grandezas.

Morelia, febrero 25 de 1922.

Leopoldo RUIZ.

Arzobispo de Michoacán.



CINCO GLORIOSOS SANTOS

Especial para "América Española."

¡Qué providencial coincidencia! Cinco gloriosísimos Santos cuyos nombres nos son familiares, cuyo recuerdo despierta en nuestras almas las dulces emociones de la fe, de la confianza y del amor; San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Francisco Javier, San Felipe Neri y San Isidro Labrador, fueron en un mismo día elevados por el augusto Vicario de Jesucristo al honor supremo de los altares. La santidad de cada uno de ellos fué evidente a la generación que por dicha los conoció y trató; por eso de todas partes eleváronse súplicas al Sumo Pontífice para que se dignase canonizarlos; y por eso también todo el mundo recibió con regocijo y aplaudió con entusiasmo el Decreto de Canonización de dichos Santos expedido por el Papa Gregorio XV el día 12 de marzo de 1622.

Trátase de Santos que, poseídos de ferviente celo por la gloria de Dios y por el bien de las almas, además de procurar su propia e individual santificación, trabajaron sin descanso en el vasto campo de la Iglesia y perpetuaron su benéfica influencia en la sociedad cristiana; porque fundaron o reformaron Institutos religiosos, o porque escribieron sapientísimos libros de Teología Mística, o porque se consagraron al apostolado de las misiones, y porque edificaron y siguen edificando con el ejemplo de sus heroicas virtudes, cuyo perfume se difunde y percibe a través de tiempos y de lugares.

En efecto, San Ignacio de Loyola estableció la gran Compañía de Jesús; pero dándole una organización nueva, única, maravillosa, capaz para contraponerla a la disolvente y falsa Reforma y a todos los errores y desórdenes que esa rebelión satánica traía en su seno. Hace ya casi cuatro siglos que la Compañía de Jesús, fiel al sublime lema de su Santo Fundador:

"Ad maiorem Dei gloriam," ha venido formando a sus hijos en una disciplina rigurosa y eficaz, propagándose por todos los países, y desarrollando una vida activísima, en las misiones, en la enseñanza, en otros ministerios y en escritos religiosos, filosóficos y científicos de todas clases, por manera que la Iglesia ve en los Jesuítas sus más acérrimos colaboradores y defensores.

Santa Teresa de Jesús, Reformadora de la antiquísima Orden Carmelitana y Mística doctora, ha gozado y gozará siempre de la veneración de toda la Iglesia, del culto de sus incontables devotos, de la admiración de los teólogos y místicos, de la simpatía de los amantes de la literatura clásica española, y todos a porfía le reconocen como muy debido el título de Santa, y la colocan en aquella región sublime en que se ciernen las alas del genio.

Nos parece muy difícil que en loor de Santa Teresa pueda decirse más, que lo que el inmortal Pontífice Pío X escribió en su bellísima carta dirigida con fecha 7 de marzo del año 1914, al M. R. P. Clemente de Santos Faustino y Jovita, Prepósito General de los Carmelitas Descalzos y a toda la Orden, con ocasión del tercer Centenario de la Beatificación de la Santa Abulense. Después de mencionar lo que Su Santidad había hecho en los respectivos Centenarios de San Gregorio Magno, San Juan Crisóstomo, San Anselmo y San Carlos Borromero, cita estas palabras tomadas de la Bula de Canonización de la Santa: "El Señor colmó del espíritu de sabiduría y entendimiento a la virgen Teresa, y la enriqueció con los tesoros de la gracia, por manera que su gloria, como estrella en el firmamento, esplende en la casa de Dios eternamente." Y añade: "Así con toda verdad se expresó Gregorio XV acerca de Teresa; pues esta mujer fué tan grande y tan útil para la saludable enseñanza de los cristianos, que poco o nada cede a los eximios Padres y doctores de la Iglesia a quienes acabamos de nombrar.

"La naturaleza la dispuso maravillosamente para el ejercicio del celestial magisterio de la Teología. Singular fué la agudeza de su entendimiento, la amplitud y bondad de su espíritu, la solidez de su juicio, y su prudencia en tratar los asuntos y los hombres, no menos que la amenidad de su ingenio y la suavidad de su carácter que le grangeaban todos los corazones. Pero mucho más admirables que esas prendas natu-

rales fueron los dones sobrenaturales. En santidad de vida y en ciencia de las cosas divinas igualó a no pocos varones eminentísimos, por donde aquella época de la católica España bien puede llamarse el siglo de oro; y en verdad puede asegurarse que Teresa acumuló en sí misma las virtudes y carismas de aquellos a quienes consultó y trató familiarmente.''

Pondera en seguida el gran Papa Pío X la tan pura como vivísima fe de Teresa, fe, que, tratándose de la Sagrada Eucaristía, rayaba en una especie de intuición de la presencia real de Jesucristo, en sentir de Gregorio XV; la profunda piedad con que amaba al mismo Jesucristo, ya que a semejanza de San Pablo, pudo exclamar: ''Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.'' Encomia igualmente su fervoroso celo por la gloria de Dios, su acendrada devoción a la Divina Eucaristía, su perfecta adhesión a la Iglesia, y su insaciable anhelo de la santificación y salvación d elas almas.

Al referirse a los escritos de la gloriosa Santa aduce el Pontífice las siguientes expresiones de León XIII: ''Hay en esos libros un poder más divino que humano, admirable en orden a la enmienda de la vida, de modo que siempre los leen con fruto, no sólo los que se ocupan en dirigir a las almas y aspiran a una más alta santidad, sino cualquiera que con alguna mayor diligencia piense en sus deberes y en la virtud cristiana, esto es, en su salvación.

''Cuanto a la Mística Teología, con tan gallarda libertad discurre por las soberanas regiones del espíritu, que parece habitar allí como en su propio reino. En esta disciplina no hay arcano a donde no penetre con sutileza; y elevándose por todos los grados de la contemplación, se remonta a una altura solo asequible a quien por experiencia haya conocido los divinos impulsos del alma. Y, sin embargo, nada expresa que no salga de lo íntimo de la Teología católica, exponiéndolo con tal propiedad, que los más ilustres Maestros de su tiempo se admiraban de cómo esta virgen había reducido a un solo cuerpo de doctrina, lo que de Mística Teología habían enseñado en distintos lugares y obscuramente los Padres de la Iglesia.

''Quien atentamente reflexione sobre esto, comprenderá con cuánta razón han venerado y seguido a Teresa como Maestra todos los que han escrito sobre asuntos tan árduos; y, lo que es más, con cuánta justicia haya acostumbrado la Iglesia tributar a esta Virgen el homenaje debido únicamente a los doc-

tores, pidiendo a Dios en el culto público,'' que nos nutramos con la substancia de su doctrina y se nos comunique el fervor de su piadosa devoción.'' Ojalá que los modernos investigadores de lo que se llama Psicología Mística se resolvieran al fin a no separarse de las huellas de tan sabia maestra.''

San Francisco Javier, discípulo de San Ignacio de Loyola, ínclito hijo de la Compakía de Jesús, gran Apóstol de las Indias y gloria inmarcesible de la Iglesia Católica, mereció la corona de la bienaventuranza por medio de la más profunda humildad, unida al espíritu de penitencia y al celo más ardiente por la salvación de las almas; pues para él los más costosos trabajos y sacrificios tornábanse en celestiales delicias con tal de extender el reino de Dios; esto es, de iluminar con la luz de la fe las inteligencias y de domeñar los corazones de los infieles atrayéndolos hacia Jesucristo. Como otro San Pablo hubiera podido decir antes de expirar: ''Combatido he con valor, he concluído la carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día como justo Juez.''

San Isidro Labrador no fundó algún Institpto religioso, no escribió libros de angelical doctrina, no evangelizó remotas y extensas regiones; pero sí dió ejemplo de heroicas virtudes cristianas en su esfera y condición humildísima, integrando, por decirlo así, esa constelación gloriosa, ese conjunto de insignes Santos españoles canonizados por Gregorio XV.

Media ad finem. Los medios deben ser proporcionados al fin; y para un fin tan alto como es la pronta y eficaz reforma de las costumbres de un pueblo o de una época, suele suscitar la Providencia hombres extraordinarios, en quienes adúnanse por singular manera los dones de la naturaleza, los privilegios de la gracia y la virtud de la correspondencia, resultando de todo ello que sean muy poderosos en obras y en palabras, y aptos para la sublime misión a que se les destina.

No otra cosa pasó con San Felipe Neri. Dotado por una parte de ingenio nada común, de índole suavísima y de palabra insinuante y persuasiva; y adornado por otra de angelical pureza, de subida oración y contemplación, de ardiente amor a Dios y de infatigable celo por la salvación de las almas, tuvo todos los tamaños para ser, y fué de hecho un gran Apóstol que transformó espiritualmente a la ciudad de Roma. La fama de sus milagros y el celestial olor de sus virtudes se

difundió por toda Italia y por todo el mundo católico, y podemos decir que San Felipe Neri aún predica, aún enseña, edifica mediante el recuerdo que anualmente le consagra la Iglesia y mediante la benemérita Congregación del Oratorio que él fundó.

No hay que perder de vista que estos esclarecidos Santos florecieron, excepto el último, en la España tan calumniada por los escritores protestantes; perteneciendo los tres primeros al siglo XVI, siglo para España de grandes reyes, de aguerridos capitanes, de épicas conquistas, de humanistas, historiadores, poetas, filósofos, juristas, teólogos y SANTOS de primer orden.

La celebración de este Centenario debe llenarnos de entusiasta y justo regocijo a todos los católicos del orbe, pero especialmente a los católicos españoles e hispano-americanos.

León, 23 de febrero de 1922.

EMETERIO VALVERDE TELLEZ,

Obispo de León.



A Propósito de los Centenarios de este Mes

"América Espa.ola," fiel al hermoso e importante programa que se ha fijado, quiere llamar la atención sobre los centenarios de algunas canonizaciones que caen precisamente en el mes que corre. Era de esperar que así lo hiciera, toda vez que con esto trabaja en favor de sus aspiraciones supremas, de sus ideales más caros, que o mucho me engaño, o se resumen en estas tres palabras: Méjico, España y Roma. (1) Por otra parte las canonizaciones indicadas dan ocasión a profunda consideraciones, vitales en la hora presente. No es mi intento indicarlas todas, labor desde luego superior a mis fuerzas; quiero únicamente, correspondiendo a la amable invitación que he recibido, exponer, a los selectos lectores de esta revista, algunas ideas que me parece brotan espontáneamente de las canonizaciones indicadas.

I.

No hay quien ignore la obra de Santa Teresa de Jesús, obra doble en su conjunto puesto que, por una parte, realizó la reforma del Carmelo, y, por otra, legó a la humanidad escritos sobre Teología Mística por todo extremo admirables.

Lo primero, el haber venido la reforma de la orden carmelitana de su mismo seno, hace pensar en que lo que se vió allí ha sucedido en la Iglesia Católica, considerada en su conjunto.

(1) Es de tal modo elocuente el lema que nos atribuye el ilustre Prelado de Cuernavaca, que desde hoy figurará en nuestra portada. ¡Gracias por tanta honra a la que correspondemos procurando merecerla!—**La Dirección.**

Cuando en ella ha habido necesidad de reforma, esta reforma ha brotado de ella misma, haciendo ver cómo en las épocas más calamitosas, en que cualquiera otra sociedad hubiera sucumbido, ya por la acción de los enemigos externos, ya por la disolución que los internos producían, llevaba la Iglesia en sí misma un germen de vida verdaderamente inmortal, que le dió siempre de nuevo vigor y lozanía. Teresa de Jesús fué ayudada por la Iglesia; por pertenecer a ella alcanzó aquella fé intrépida y aquel amor puro y generoso. La Iglesia en cambio se ha bastado a sí misma.

La obra de Teresa de Jesús como escritora mística prueba la amplitud del criterio de la Iglesia. No le importó, y en pleno siglo dieciseis, cuando tantos escritos en materia religiosa producían justificadamente tan grande alarma, que estos vinieran de una mujer y trataran de asuntos tan delicados, tan místicos, es decir, tan escondidos. No halló ningún error y les dió su aprobación, serenamente, sin prejuicios. Verdaderamente que las dos partes de la obra de Teresa de Jesús prueban la facilidad de la Iglesia en admitir el feminismo, para hablar en los términos de nuestros días, siempre que este sea razonable.

II.

Fruto igualmente genuino de la Iglesia fué S. Ignacio de Loyola. El empaparse en su doctrina y en su espíritu ,el trabajar incansablemente por sus ideales fué el estudio incesante de su vida desde el momento en que, pudiéramos decir parodiando una frase de Chateaubriand, encontró la bala en la que el dedo de Dios había escrito su nombre. Cayeron aquellos sudores en terreno de una fertilidad maravillosa, en lo que se refiere a la dificilísima tarea de fundar una sociedad. La que salió de las manos de Ignacio, como se ha dicho, no tuvo infancia, nació ya adulta. Desde entonces ha sido objeto de la admiración de amigos y enemigos; formando en opinión de todos, una de las sociedades más sabiamente constituídas entre las que han aparecido sobre la tierra.

III.

San Francisco Javier y San Felipe Neri son dos modelos de generosidad y abnegación en favor de sus semejantes. El

uno abandonando Europa a los treinta y cinco años para lanzarse a los peligros del Extremo Oriente; realizando así, al decir del P. Astrain, una obra que no tiene igual entre las llevadas a cabo al impulso del amor a los demás hombres. San Felipe Neri inmolando su larga vida, día a día, en favor de los habitantes de Roma, que con razón le considera como su apóstol; dejando su congregación, tan especial, para que continuara su obra, de la cual emana, según frase del Cardenal Capecelatro, "una aura suave y vital de paz, de caridad y de unión."

IV.

Por último el labrador Isidro, canonizado por la Iglesia, demuestra elocuentemente la estima en que ella tiene a los pequeños y despreciados por el mundo. Y esto hasta tal punto que la graindeza que le ha dado su Santo Patrono a Madrid hizo que Calderón pudiera decirle:

. . . .
"más aún que la muerte poderosa
Pues no solo el arado al cetro igualas,
Pero aun exceden por divinas leyes
Tus pobres labradores à tus reyes."

V.

Estos cinco santos son a la manera de cinco florones preciosos en la corona de la Iglesia. Ante la sociedad que tan legítimamente los ostenta debemos inclinarnos respetuosos, si no aclamarla con entusiasmo.

MANUEL FULCHERI.

Obispo de Cuernavaca.



Humana y Divina

San Agustín y Santa Teresa fueron eminentemente ingeniosos. La amabilidad humana los distingue y los sigue. Uno quisiera conocerlos independientemente de su santidad; y este olor terrenal es el que les da el privilegio, raro entre los santos, de ser perdonados por los hombres.

Ernesto Hello. Fisonomía de los Santos. 316.

Humana por las ansias y dolores,
En la edad juvenil, por los antojos;
Porque son lagos de pudor tus ojos,
Porque tu frente y tus mejillas, flores.
Y divina: el AMOR DE LOS AMORES
Convierte en azucenas tus abrojos,
Y como florecilla entre rastrojos,
Sólo al cielo le debes los colores.
Tu humanidad tan grata y peregrina,
Es cual natura angélica divina,
Cuando tu corazón un ángel hiende; (1)

(1) Sepan los lectores jóvenes que un ángel atravesó con un dardo de fuego el corazón de la Santa, fenómeno divino a que se ha llamado TRANSVERBERACION y que constituye el asunto del soberbio grupo de mármol del Bernini que se admira en Roma en Santa María de las Victorias.

Joly, en su hermosa historia de Santa Teresa, dice que al embalsamarse el cadáver de la Santa se encontró el corazón con ancha y profunda cicatriz. Pág. 65. "Les Saints. Collection de Lecoffre, París. —**La Dirección.**

Pero sigues mujer vuelta querube,
Como sigue la nube siendo nube
Cuando el sol en su púrpura la enciende.

12 de marzo de 1922. (Centenario de la canonización de Santa Teresa.)

Francisco **ELGUERO.**



Una Constelación Divina

Ernesto Hello, el profundo escritor de "**Fisonomía de Santos,**" dice que en vida formaron una CONSTELACION de santidad, Teresa de Jesús, Rray Juan de la Cruz y Fray Pedro de Alcántara, y en efecto las relaciones entre los tres privilegiados espíritus ameritan el propio y bello símil.

Uno semejante, aunque ya no original, pero sí exacto, podemos hacer entre los cinco bienaventurados que el 12 de marzo de 1633 fueron canonizados por el Sumo Pontífice Gregorio XV, conjunción encantadora que me parece no se debería a la casualidad, sino que entraña profunda y útil lección.

Teresa de Jesús, estrella de suprema magnitud en la constelación primera, sigue siéndolo en la segunda, pero ya con otros cuatro santos que con ella me parece representan virtudes que nuestros tiempos necesitan de modo especial, como a cada dolencia corresponde diversa medicina.

San Ignacio es el santo de la prudencia en el gobierno, sin que por eso quiera yo decir, ni por asomo, que carezca en grado eminente de las demás virtudes naturales y sobrenaturales; y si hemos de ver los sucesos como los puede ver el historiador, fué quien más influyó sobre los destinos de la Iglesia con la fundación y dirección de la orden prodigiosa que contribuyó tanto a contener los insolentes avances del protestantismo, y que en cuatro siglos no ha perdido su juventud, brío, agilidad y ciencia, sino al revés se robustece con los años y se acrisola y aquilata con las persecuciones.

¡Y cómo se ha perdido en las sociedades modernas esa cualidad exquisita de la prudencia que era la más temida por Satanás, según el asceta que mejor conoció en la edad de los prodigios, el espíritu tenebroso!

La voluptuosidad, según Sainte Beuve (1) confesaba, es el mayor enemigo de la fe y Lacordaire decía que el que quiera ser creyente sea casto un año; pues yo digo que los mayores enemigos de la prudencia cristiana son la ambición y la codicia (hoy carcoma de tantos corazones) esencialmente imprudentes como observó el poeta español en el magnífico terceto:

"La codicia en los brazos de la suerte
Se arroja al mar, la ira a las espadas
Y la ambición se ríe de la muerte."

Para pintar la prudencia incomparable de San Ignacio, me basta un rasgo sólo: durante el Concilio de Trento, solía ir a visitar a los Padres Lainez y Salmerón, que tan alto puesto ocupaban en la auguesto asamblea, y cuando se llegó a discutir la tremenda cuestión de cómo obran en la acción buena del hombre la libertad y la gracia, que por una parte se necesitan para el mérito y por otra parecen repelerse, aunque sin duda no es así, el santo fué consultado por los dos grandes religiosos que fiaban más que en su ciencia universitaria en la sobrenatural e infusa del varón de espíritu, y el antiguo soldado vuelto teólogo, casi sin letras, dijo excusándose por su ignorancia: **"La cuestión científica no la sé resolver, pero os digo que prácticamente la dificultad se resuelve de este modo. ¡Pedid a Dios la salvación como si sólo de él dependiera y buscadla como si sólo dependiera de vosotros."** (2)

---

(1) Este escritor, ilustre pero desgraciadamente incrédulo, hizo esta preciosa confesión: **"La voluptuosidad es un agente terrible de disolución respecto de la fe, e inocula más o menos el escepticismo en el alma. Esa vaga tristeza que, como miasma mortífero, nace del seno de los placeres, esa fatiga, que enerva y debilita a los viciosos; no solamente indican una perturbación del sentido moral, sino además ejercen una influencia en el enlace y encadenamiento de las ideas. El principio de certeza herido y maltrecho, llega, a la larga, a perderse."**—(Citado por Hettinger.—Timoteo 5.) d

(2) Un ilustre amigo y maestro mío, el señor Canónigo don Agustín Abarca, me enseñó esa anécdota, pero después, por más que busqué en el Padre Astrain, y en las obras de San Ignacia esa sentencia admirabilísima, no pude hallarla, aunque seguro de que no podría pertenecer más que el Santo, por aquello de: **ex ungue leone**; pero ahora mi excelente y respetable amigo el Rdo. Padre Benítez, S. J., me ilustra con la carta que tras este artículo publicamos.—**La Dirección.**

No dudo de que la ciencia especulativa haya ahondado mucho en estas escabrosidades del alma humana y sacado, si no una solución vencedora, sí la certeza de que la doctrina, de cualquiera escuela que fuere, tropezará necesariamente con el misterio, pero no quedará deshonrada con el absurdo. Creo eso firmemente, pero creo también que la ciencia especulativa rendirá parias al genio práctico del gran Ignacio diciéndole: ''**Bendita sea tu prudencia apostólica que deja tranquilos los sencillos corazones, como si yo hubiese disipado todas las dudas.**''

*

* *

Al gran jesuíta acompañó en la canonización el dulcísimo Francisco Javier.

Lo que de él dicen los grandes escritores católicos, como Cretinau Joli, el más glorioso P. Astrain y otros, es admirable, pero supera a todos en fuerza circunstancial la opinión de cultísimos protestantes que cuando confiesan las grandezas de Francisco y las comparan con las de San Pablo, deben haber dicho en su conciencia: ''**Roma, Roma, te hemos combatido, te hemos calumniado y tú deshaces nuestros argumentos con un hecho revelador inconcuso de tu carácter apostólico y de tu santidad eterna: el ejemplo de Javier.**''

Baldeo, página 73, en su historia de las Indias, dice: ''**Si la religión de Javier estuviese acorde con la nuestra, deberíamos estimarle como a otro San Pablo. Sin embargo, su celo, su vigilancia y la santidad de sus costumbres, debían excitar a todas las personas honradas a no descuidar la práctica de las obras piadosas, porque los dones que Javier había recibido para ejercer el cargo de embajador de Jesucristo eran tan eminentes, que mi pluma no es capaz de expresarlos.**''

''**Si considero la paciencia y la dulzura con que ha presentado a grandes y pequeños las fuentes vivas del Evangelio, si miro el valor con que ha sufrido afrentas e injusticias, me creo obligado a exclamar con el Apóstol: ''Quién es capaz, sino él, de estas cosas maravillosas?**

Lo mismo opinó Ricardo Hakvilt, ministro del culto anglicano.

*
* *

Felipe Neri, quien hizo a Francia el bien inmenso de contribuir poderosamente a que la Santa Sede reconociese a Enrique IV rey legítimo, sin lo cual el Borbón no hubiera llegado al trono (véase el Cardenal Capecelatro, vida del Santo) fué el precursor del de Sales y se distinguió en su enseñanza práctica por dar más importancia a la penitencia espiritual que a la corporal, pudiéndose llamar por la suavidad, el tino y la discreción en la guía de espíritus **maestro y doctor de confesores**, al mismo tiempo que sus obras y palabras revelaban la más honda alegría.

*
* *

El labrador, que supongo no sabría leer, San Isidro, patrono de Madrid, prez de los siglos XI y XII, viene a dar a la Iglesia una gloria que es sólo suya, que nadie puede desconocer y cuya simple existencia es un argumento incontestable de su divinidad.

Hoy las sociedades en sus regiones bajas, aspiran al ideal imposible de la comunidad de bienes. ¡Ilusión y absurdo! Sólo la Iglesia da los suyos a todos, en proporción únicamente de su esfuerzo y su mérito; solo en ella el mendigo puede ser igual al rey, si el rey y el mendigo tienen las mismas virtudes cristianas, **o superar el segundo al primero, si sus méritos son mayores**. Sólo en esa patria de la santa igualdad, el ignorante puede ser mayor que el sabio (¡asombraos!) porque el primero puede superar al segundo en la ciencia de la fe que es la primera de las ciencias: **Sperandarum substantia rerum**, dice San Pablo, ARGUMENTUM NON APARENTIUM.

Supongamos que el socialismo convirtiese todas las riquezas del mundo en un filón de oro; diese a cada hombre un instrumento de trabajo y le dijese: **esa mina es de todos, trabájenla y hagan suyo lo que cada quien gane con su habilidad y labor.** ¿No sería esto la realización del ideal socialista?

Pues esto hace la Iglesia. A todos llama a las riquezas de Cristo, a todos los da instrumentos de trabajo (los Sacramentos) y a todos les dice: ENRIQUECEOS **en proporción sólo de vuestra caridad.**

Se necesita una ciencia de esa caridad igual para todos, porque **nihil volitum nisi praecognitum** (nada se quiere si antes no se conoce) y esa ciencia es la fe, igual para Santo Tomás, el mayor de los sabios, y para San Isidro, el último de los ignorantes. ¿No es divina esa igualdad? ¿qué hombre pudo inventar ese argumento de las cosas no visibles? ¿no será Dios su autor?

Bossuet, por ejemplo, fué un gran cristiano y un gran sabio (uno de los hombres de más talento de los tiempos nuevos) pero Bossuet, no es santo (hablo en el sentido de merecer culto) y el analfabeta San Isidro lo superó en la ciencia del bien y de la salvación.

*
* *

Lleguemos de rodillas a hablar de Santa Teresa como Juan de Juanes pintaba sus cuadros.

La amamos más que a ningún otro santo, después de la Virgen María, no porque sea superior a los demás. (Dios nos libre de decirlo! y Kempis condena esos audaces y hasta profanos paralelos) sino que la amamos con predilección por uno de esos secretos instintos que la Iglesia permite y Dios aprueba. En este punto el juicio no es libre, cuando no hay para formarlo y emitirlo razones especiales, pero si y sin duda el amor.

*
* *

¿Qué caracteriza a nuestra madre santa?

Los historiadores antiguos, porque la idiosincracia de los tiempos no los inclinaba a tales estudios, cuidaban poco de los análisis psicológicos a la manera moderna, bien que los místicos cuando penetraban en las profundidades y repliegues del alma humana, dejaban muy atrás en penetración y perspicaciaa esos novelistas actuales que quieren hacer autopsias de los espíritus, muchas veces para desfigurarlos.

Los primitivos biógrafo de la Santa, narran su vida con más sencillez, pero ciertos críticos modernos, Hello y Joly, verbi gratia, sí han hallado gusto, porque al fin son escritores de los tiempos, en sondear los abismos del corazón de aquella seráfica mujer y por cierto con respeto, amor y tino.

De su lectura deduzco que el sello peculiarísimo de la santa consiste en una gran fuerza y elevación contemplativa unidas (cosas muy difíciles de compadecerse) con gran conocimiento del corazón de los demás, aptitud para los negocios humanos y hasta facilidad en el trasteo de pormenores y minucias.

La fundación de conventos—dice el gran Hello (319)—**es simultánea con sus iluminaciones. Realiza exteriormente su reforma visible del Carmelo, al par que realiza en sí misma la invisible ascensión. Edifica conventos, como edifica espiritualmente y describe las moradas del alma. Es analítica, es sabia, dibuja y la arquitectura le es familiar....''**

Por su parte, Enrique Joly (otro escritor laico) en la historia de nuestra santa ha dicho (95); ''**Para expresarlo de una vez, esta contemplativa ha sido una de las almas más diligentes y fecundas de la humanidad, y preguntamos: ¿en dónde se ha preparado para lograr dualidad tan extraña? En el drama mismo de su vida sobrenatural, respondemos. Pero si esta fuese simple turbación de la naturaleza ¿la víctima no debía resultar deprimida y aniquilada?''**

En los mismos raptos de su inspiración angélica cuando escribe en prosa o en verso, la gracia humana no la abandona, y ese don de la contemplación divina y de cualidades terrenas que la primera no borra sino purifica y exalta, dan a la gran española un sello especial que tuvo también San Agustín; por lo que esas almas gemelas en el orden de la gracia son vistas por el mundo sin la prevención y antipatía que sufren los grandes místicos (dice Hello) de parte de nuestra orgullosa miseria.

Sin duda, agregamos nosotros, Dios ha querido cubrir con un velo humano en los espíritus de ambos inmortales, los carismas divinos, para que nos acerquemos a ellos más fácilmente y presos en las redes de su ingenio y donosura, empecemos a deponer antipatías emanadas de nuestra podredumbre.

Muchas personas, hasta cultas, nunca han leído a Santa Teresa y para ellas insertamos este villancico delicioso, este brinquiño o florecita de su ingenio inefable, poco conocido.

En una noche de Navidad, vió al niño despierto y llorando y exclamó:

''Las doce son de la noche,
Niño Dios, y no dormís:

Si es amor ¡ay Dios qué dicha!
Si son celos, ¡ay de mí!''

Oíd esta prosa tomada de las ''Exclamaciones del alma a Dios'' y no escogida sino sacada al azar.

''**Resucitad a estos muertos** (los pecadores), **sean vuestras voces, señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida se la deis, para que después, Dios mío, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázaro que le resucisásedes. Por una mujer pecadora lo hicísteis, véisla aquí, Dios mío, y muy mayor: resplandezca vuestra misericordia. Yo aunque miserable lo pido, por las que no os lo quieren pedir. Ya sabéis, Rey mío, lo que me atormenta, verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer para sin fin, si no tornan a vos. ¡O los que estáis mostrados a deleites, y contentos, y regalos, y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros. ¡Acordaos que habéis de estar sujetos siempre, siempre sin fin a las furias infernales; mirad, mirad, que os ruega ahora el juez que os ha de condenar, y que no tenéis un solo momento segura la vida; ¿por qué no queréis vivir para siempre? ¡O dureza de corazones humanos! Abländelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.''** (Pág. 134.)

*
* *

Tenemos que abandonar el asunto necesaria y tristemente.

Cada uno de nuestros cinco santos es un edificio harmonioso y brillante de todas las virtudes, coronado, el de San Ignacio, por la exquisita y fecunda prudencia, el de San Francisco Javier, por el celo apostólico, revelación de la santidad de la Iglesia frente al protestantismo; el de San Felipe, por la alegría, sonrisa de la paz, el de San Isidro, por la sencilla y amable fe campesina; el de Santa Teresa, por la actividad y la contemplación unidas, representadas por una virgen con alas de serafín, que riega flores y frutos en la tierra.

Francisco **ELGUERO.**

Una Carta sobre una Sentencia de San Ignacio

México, febrero 6 de 1922.

Sr. Lic. D. Francisco Elguero.—Presente

Mi muy estimado amigo y señor:

No tardé mucho ayer en hallar la sentencia de San Ignacio de Loyola de que me habló usted, en el opúsculo del P. Gabriel Hevenesi, S. J. intitulado "Scintillae Ignatianae," (editado por primera vez en Alemania en 1712 y últimamente por Pustet en 1919). En la 2a. página, para el 2 de enero, pone esta sentencia: "Haec prima sit agendorum regula: sic Deo fide, quasi rerum successus omnis a te, nihil a Deo penderet: ita tamen iis operam omnem admove quasi tu nihil, Deus omnia solus sit facturus. **Sanctus Ignatius apud Nolarcum.**" La cual sentencia traduciría yo así: "Sea ésta la primera regla de tu conducta: confía en Dios pero de tal manera, como si todo el resultado dependiese de tí, y en nada de Dios; pero de tal manera aplícate a hacer las cosas, como si tú nada hubieras de hacer, sino todo lo hubiera de hacer Dios." Pero no me gusta nada ni el texto latino ni su traducción, que de intento la hice muy libre para que saliera más clara. Mucho me temo que de los labios de San Ignacio saliera la sentencia en la forma contraria, es decir, así poco más o menos: "En tus acciones o empresas, confía en Dios como si todo dependiese de El y nada de tí; pero trabaja en ellas como si todo dependiese de tí y nada de El." San Ignacio era muy exacto y preciso en sus palabras y no pudo decirlas en una forma tan **alemana**, es decir, tan obscura. Lo que nos hace confiar en Dios es el creer que todo depende de El: y lo que nos anima a aplicarnos al trabajo es el figurarnos que todo dependerá de nuestro conato y aplicación. Sin embargo, tal vez se pueda entender bien es-

ta sentencia, diciendo que lo que importa es tener simultáneamente en nuestras obras la confianza en Dios unida a nuestra diligencia en hacer todo lo que esté de nuestra parte.

Quise decir a usted todo esto, porque no me parecen esas palabras **textuales** de San Ignacio; pero sí podemos asegurar que en sustancia esa sentencia es muy suya; (1) como tan conforme al tenor perpetuo de sus empresas, en las que a la vez que ponía su confianza en solo su Dios y Señor, desplegaba toda su enérgica actividad.

Quedo de usted, como siempre, atto y afmo. S. S. p. b. s. m.

Luis BENITEZ Y CABAÑAS, S. J.

---

(1) **La que se inserta en el artículo anterior.—La Dirección.**

La fecha de los Centenarios (1)

Uno de nuestros más ilustrados colaboradores, trató de averiguar a petición nuestra la fecha exacta de esas canonizaciones, pues en varios autores hallamos diferencias y nos dice lo que sigue, que mucho agradecemos:

''Carlos Fernando de Landero, saluda afectuosamente a su estimado amigo y querido hermano el señor licenciado don Francisco Elguero y le transcribe los datos que siguen, que son de la Enciclopedia Católica:

Vol. XIV.—Artículo **Teresa of Jesus, Saint** (Teresa Sánchez Cepeda Dávila y Ahumada).

Nació en Avila, Castilla la Vieja, 28 de marzo 1515.

Murió en Alba de Tormes, 4 Octubre 1582. (La reforma gregoriana del calendario hizo que el aniversario de esta fecha se fijara, tomándola para fiesta, cuando fué canonizada, en 15 de octubre, habiendo muerto la santa el año de la reforma.)

Fué beatificada en 1614 y canonizada, por Gregorio XV, el 1622.

Viene su nombre del nombre griego Tharasia, el de la esposa santa de San Paulino de Nola, debiendo escribirse Theresia en alemán, y en latín..

Artículo **Ignatius Loyola, Saint** (hijo de don Beltrán Yáñez de Oñez y Loyola y de Marina Saenz de Licona y Balda). Vol. VII.

Fué beatificado, por Paulo V, en 27 de julio de 1609 y canonizado por Greborio XV, el **22 de mayo** (N. B. **mayo**, no marzo. Nota del copista).

Artículo **Francis Xavier, Saint.** (Vol. VI).

---

(1) Nosotros, para considerar que el centenario de la canonización de los cinco santos fué el 12 de marzo de 1622, hemos tenido en cuenta lo que dice el Cardenal Capecelatro en su historia de San Felipe Neri, edición castellana, pág. 531.

Fué canonizado, con San Iynacio, en 1622, aunque, a consecuencia de la muerte de Gregorio XV, la Bula de Canonización no fué publicada sino hasta el año siguiente.

Artículo **Gregory** XV, Pope (Alessandro Ludovisi). Vol. VII.

En 12 de marzo de 1622 canonizó a Felipe Neri, el fundador de los Oratorianos, y a Teresa, la reformadora de las carmelitas en España. En el mismo año beatificó a Alberto Magno, el gran teólogo dominicano.

El 18 de abril de 1622 beatificó al minorita español Pedro de Alcántara.—Un seglar, el labrador español Isidro, fué canonizado por el, en 22 de marzo de 1622.

*

* *

No hay artículo separado de San Felipe Neri y en el titulado "**Oratorio of Saint Phillip Neri,**" no aparece fechas de beatificación y canonización de su fundador.

Autores:

Del artículo "Oratorio" (Vol. XI), A. M. P. Ingold.

Del artículo de Loyola, J. H. Pollen.

Del artículo Gregorio XV, Michael Ott.

Del artículo Teresa, Benedict Zimmerman.

S. C., Méjico, 2 de marzo de 1922.

Discurso pronunciado por el Exmo. Sr. Delegado Apostólico, en la velada conque un grupo de damas católicas, honró al Director del Ejército de la "Defensa de la Mujer".

Revmo. Padre:

Honorables y gentiles señoras:

Señores:

La familia es la patria del corazón. Hay un ángel en la familia, escribe un filósofo moderno, que con una misteriosa influencia de gracia, de dulzura y de amor, hace menos difícil el cumplimiento de los doberes, lós dolores menos amargos. Aquellos que por fatalidad de circunstancias no han podido vivir bajo las alas de este ángel, la vida pura, serena y tranquila de la familia, ticnen necesariamente extendida sobre el alma una sombra de tristeza. Bendecid a Dios vosotros los que tenéis y disfrutáis los consuelos de la familia.

Si queremos elevar, purificar, salvar a la Patria, es preciso elevar, purificar, salvar la familia de los asaltos que puede recibir por los hombres corrompidos por falsas filosofías o por costumbres degeneradas.

La familia, escribe Manzzoni, es concepto de Dios, no nuestro. No hay potencia humana que pueda suprimirla. Como la Patria, mucho más que la Patria, la familia es un elemento de la vida.

Y el ángel de la familia es la mujer.

*

* *

En tal virtud, la educación de la mujer es a la salvación de la familia, lo que la salvación de ésta es a la unidad, grandeza de la sociedad y de la Patria.

Mas no todas las mujeres son ángeles. Existen también, y en gran número, aquellas cuya educación, los malos ejemplos de otras y la propia ligereza han dañado; aquellas que no supieron levantarse hasta llegar a apreciar los votos de los hombres virtuosos; aquellas que más gozan con ser cortejadas por su belleza y por el brío de su espíritu que con merecer amor por la pureza de su vida, por la nobleza de sus sentimientos, aquellas que quedaron desamparadas, abandonadas a la fuerza y al capricho de sus pasiones.

Mujeres tan imperfectas suelen ser peligrosísimas, son un daño, una amenaza para la sociedad, para la Iglesia, para la Patria. Es un error muy grave el de abandonar a estas mujeres, el despreciarlas: no olvidemos, señores, que el amor, la gracia misma de la mujer, está en su dependencia; su fuerza en su debilidad: su poder en el derecho que tiene de una protección. Sólo la caridad de una buena señora puede llenar el abismo que se abre bajo los pies de una joven privada de protección, de dirección, de guía y de amparo.

*
* *

Una de las más hermosas páginas del Evangelio es la que nos narra la conversión de la Magdalena.—María de Magdalo.

Dice el Evangelio: en la ciudad de Naím había una mujer pecadora. **Erat in civitate mulier peccatrix.** Era una de aquellas criaturas más que culpables infelices de las que abundan desgraciadamente en las ciudades. Esta mujer era conocidísima. En la flor de los años, robustecida con aquellos dones naturales que usados para el bien son un medio poderoso para obrar y obtener el bien, tal vez tenía también dones intelectuales, ciertamente, debía tener un gran corazón, uno de aquellos corazones ardientes, generosos que tanto en el mal como en el bien tienen un arrojo que les es propio. Pobre joven ¡Cuántas aflicciones había llevado a las familias, de cuántos dolores había sido causa!

¿Quién podría imaginarse que llegaría a ser una santa, que llegaría a ser la más ardiente discípula, el apóstol más fiel de Jesucristo? ¡Cuántos dirían y pensarían que ella moriría impenitente sin pensar en la misericordia de Dios, midiendo la bondad de El con la pobreza del propio corazón. Los escribas y los fariseos, especialmente, mirándola con desprecio, decían: **ved a esa desgraciada! ¡Qué llena está de pecados!**

Inesperadamente se extiende la voz de que Jesús va a aquella ciudad. Va precedido por la fama de su doctrina, de sus milagros, y el pueblo todo regocijado va a encontrarle aceleradamente. Y el buen Jesús hablaba a todos, hablaba por todas partes y decía aquellas hermosas palabras: "**Venid a mi vosotros todos los que estáis cansados y oprimidos, yo os daré la fortaleza.**" Hablaba y revelaba una religión toda de amor, llena de consuelos, especialmente para los pobres, para los débiles, para los caídos....

La pobre pecadora tal vez estuvo presente en alguno de aquellos discursos, llevada por la curiosidad general. Se introduce entre la multitud y llega hasta cerca de Jesús. La majestad de aquel rostro, la calma y la serenidad de aquella frente aquella mirada dulce, divina ,aquella palabra que semejaba una armonía celestial, aquella amorosa invitación a los caídos, a los pecadores, a los infelices, a los débiles, fueron para ella cosa enteramente nueva. Miró, escuchó y tal vez con el pueblo siguió a Jesús.

Vuelve a casa. El Evangelio no dice cuál fuese, pero ciertamente debió ser una de aquellas casas receptáculo de los v-icios más abominables a donde una persona honesta, que se respete a sí misma, jamás vuelve los ojos. Vuelve, se encierra en su estancia y piensa: **¡Qué hombre! ¡Qué majestad! ¡Qué dulzura! ¡Ah! si pudiera una vez más oir aquellas sus palabras!** Se levanta, quiere tornar a Jesús! ¿María, a dónde vas? Voy a Jesús. Sólo El puede salvarme.

¿Tú ir a Jesús? ¿Tú, pecadora, escandalosa? A esta hora todos lo sabrán, todos te verán, te escarnecerán. Espera, vuelve, deja este delirio. No, no puedo, tengo necesidad de ir a El, de abrirle mi corazón.

Jesús está sentado con sus discípulos en el banquete dádo en la casa del Fariseo. Llega María Magdalena, va directamente a la puerta ¿dónde está el Maestro? pregunta a los criados. Arriba. Sube y entra en la estancia en donde se celebra el banquete. Podéis imaginaros cual sería la sorpresa de los invitados. Todos la conocen, saben quién es y su nombre pasa de boca en boca. ¡Esta mujer pecadora! ¿qué viene a hacer? Mas ella, se detiene un instante, busca con los ojos a Jesús y va a El. Se postra de rodillas a sus pies, no se atreve a mirarle el rostro, pero deja caer de sus ojos dos torrentes de lágrimas. No habla, llora, abraza y besa los pies de Jesús, los enjuga con su cabello y los unge con rico bálsamo.

Mientras tanto, los convidados y especialmente el Fariseo, pensaban: **cómo puede ser esto? Si este es profeta y conoce a los hombres, cómo permite que esta mujer se acerque a El? ¿Y no tiene escrúpulo de ser tocado por ella?** Así pensaba el Fariseo del tiempo de Jesús, así piensan los fariseos de hoy que miden la grandeza y la bondad de Dios con la propia miseria, con la propia dureza.

*
* *

Señoras, el apostolado que ejercéis redimiendo y rehabilitando a las caídas, es grande. Más que creaturas, sois ángeles salvadores. ¡Oh! continuad repitiendo a todas estas infelices las palabras del Divino Salvador: **Venid a mí vosotras que estáis cansadas, fatigadas, caídas y os confortaremos. La bendición del Divino Maestro os confortará y acompañará.**

Y ahora, cómo podría yo dejar de dirigir una afectuosa palabra de sincera felicitación al óptimo y Revmo. P. Troncoso, alma y vida de esta y de tantas otras obras que hacen tanto bien a las almas, dan tanta gloria a Dios y hacen tanto honor a la Patria mejicana?

Una existencia virtuosa como la del P. Troncoso, no puede ser otra cosa que una serie no interrumpida de sacrificios. Las dulzuras del mundo han sido desterradas de su vida verdaderamente útil y verdaderamente benéfica. Los árboles que dan buenos frutos tienen flores modestas y frecuentemente sin olor; las grandes flores, las ricas de pétalos y de perfumes no brotan sino en las planats estériles y venenosas.

La verdadera virtud, señores, no tiene flores, pero tiene frutos, y el Revmo. P. Troncoso es el ejemplo y la prueba más evidente.

El, imitando al Divino Maestro de Nazaret, pasa su vida obrando el bien: **pertransit bene faciendo.**

Quiera Dios que entre los mejicanos haya muchos imitadores del Revmo. P. Troncoso.

Dedicatoria que en nombre de las damas fundadoras del Asilo de Arrepentidas, hizo en esa misma velada, el Lic. Francisco Elguero.

Excelentísimo señor Delegado Apostólico, Señores Sacerdotes, Señoras y Señores:

El arrepentimiento es la segunda inocencia.—Lamartine.

La vejez, entre tantas calamidades que la agobian, goza de un privilegio, inefable, el de poder conocer y juzgar mejor el bien que las otras edades de la vida, como a la hora crepuscular de la tarde ya se comienzan a ver las estrellas del cielo.

Uno de los espectáculos que más consuelan mi ancianidad, después de tantas catástrofes, de tantos desengaños, en medio de tantas dolencias, es el de la obra que aquí nos reune y en la cual se suman, se armonizan inefablemente (como en las flores los matices, los aromas y el rocío de los cielos) la caridad angélica de damas distinguidísimas, un celo sacerdotal y apostólico, dulce, discreto, humilde pero eminentemente fecundo; el arrepentimiento de las infelices que se convierten y la gratitud de las felices que se preservan.

Contemplamos en Méjico la obra grandiosa, tan patriótica como cristiana, del Ejército de Salvación de la Mujer, obra ideada, dirigida, animada, encandecida por el celo del ilustre sacerdote don José Troncoso, General de los Josefinos, y realizada ya en su mejor parte con la fundación del asilo de arrepentidas, por un grupo de virtuosas, distinguidas señoras que tocan con su inocencia y su distinción los corazones de las mujeres abyectas, para regenerarlas, de modo que su virtud santa y sublime, se pueda comparar al rayo del sol que des-

ciende a la podredumbre sin mancharse y sí purificándola: **lava quod est sordidum, sana quod est saucium.** Contemplemos un instante a la luz de la filosofía cristiana lo que significa el arrepentimiento.

Es virtud evangélica y el que quiera producirla fuera de la religión verdadera hará desesperados o hipócritas, pero nunca podrá lograr la completa, perenne y sobrenatural transmutación a que Lamartine, que como todo gran poeta era naturalmente cristiano y murió en el seno de la fe, llamó tan exacta como elocuentemente: LA SEGUNDA INOCENCIA.

Y ¿no os parece, por humanitarios que sean los sentimientos de los que quieren hacer arrepentidas sin el auxilio del sacerdote y del Evangelio, que desprecian sacrílegamente a aquel Divino Maestro que perdonaba a sus plantas a la mujer rica y hermosa, pero poco tiempo antes corrompida, la cual en signo de arrepentimiento embalsamaba los pies del Salvador, los regaba con sus lágrimas, los enjugaba con la **humillada** (1) seda de sus opulentos cabellos, los besaba con el más puro amor filial, haciendo de los besos antes profanos y deshonrosos el mejor holocausto que la belleza terrena haya ofrecido a la belleza increada?

El arrepentimiento no es sólo el remordimiento y el propósito, es el perdón. Mientras el alma no siente firmemente que está perdonada por el cielo, su remordimiento de seguro se transformará en desesperación o tristeza, su propósito desaparecerá al primer embate de las pasionse, juzgado inútil por la falta de esperanza, y bien puede, y hasta lógica y naturalmente, el alma corrompida, si no se le presentan como frutos de su conversión más que bienes de la tierra, preferir los que gozó primero, que todos, siendo terrenos, humo son, y se disipan en el aire, como el cuerpo se pulverizará en la tumba.

¿Quién prefiere al médico divino, de ciencia infinita, de bondad igual a la ciencia, el médico humano cuya habilidad por grande que se suponga es de tal manera torpe y caediza que no alcanza a curarse a sí mismo?

Buscar el arrepentimiento de la mujer caída, sin Cristo, que al tener a la Magdalena a sus plantas hizo una de las más grandes de sus eternas instituciones, es error profundo

(1) Epíteto feliz de Lacordaire.

, desprecio nefando. Querer enderezar los instintos torcidos de las pecadoras, sin el ejemplo de la Magdalena que embalsamando el recinto como dice Lacordaire, con el aroma del vaso frágil (el alabastro) embalsamó el mundo con el aroma del vaso inmortal, (el corazón) ¿no es estar uno desprovisto hasta de sentimientos de artista?

Donoso Cortés con la elocuencia que han de admirar los siglos, decía que el Salvador quiso asistiesen a su muerte la inocente María y la arrepentida pecadora, para demostrar a los hombres que a sus ojos vale tanto como la inocencia, el arrepentimiento.

Y vosotros los que os inspiráis en la obscura, mútila, caediza y triste filosofía humana, ¿queréis que el arrepentimiento sea seguido de inocencia sin el auxilio de la reina que es toda pureza, de la siempre inocentísima y virginal madre de Dios?

No, querido Señor Director de la obra que aquí nos reúne, no dignísimas damas que hacéis en ella el papel de las Santas Mujeres del Evangelio, vosotros iluminados por la infalible y tiernísima religión cristiana, a las regeneradas de vuestro asilo les dais la paz, producida únicamente por el perdón del Crucificado; y en el pórtico de vuestra institución velan dos ángeles con las ropas desceñidas y desnudas las espadas, como en la poesía de Bequer: el uno lo envía Santa María Magdalena para guardar el arrepentimiento, el otro Santa Teresa de Jesús para preservar la inocencia; la Santa que eligió la mejor parte y la encantadora Virgen de Avila, patronas de vuestra empresa y de vuestro instituto, que tiene el fin mil veces santo de sacar a la pecadora del vicio y de salvar de él a la doncella desvalida.

Y aquí recuerdo, señores, las palabras elocuentísimas de un gran literato mejicano (el Lic. D. Justo Sierra) que vivió agnóstico, pero que murió creyente, y que como todos los hombres de talento hacía a veces asombrosísimas confesiones. En un congreso pedagógico (mirad en donde) se atrevió a decir: "**Si queréis que la mujer pase incontaminada y pura el mar interior de la pasión y del instinto, y el mar exterior de la seducción y de la miseria, tended en buena hora sobre el abismo un puente y dad uno de sus extremos a la escuela, pero poned el otro en las manos de Dios!**"

Sirva esa cita a nuestro convertido escritor, de refrigerio.

*

* *

Pero no creáis que buscando en la doctrina los hechos, los conozco sólo por deducciones, lógica que a muchos modernos no convencerá. Acabo de leer el informe que rinde la insigne superiora de la casa, una señora decentísima que ha dejado las comodidades de la suya y los atractivos de culta sociedad para sacrificar su vida, su familia y sus relaciones sociales en favor de las pobres víctimas del vicio, sin más placer que las sinceras lágrimas que ve derramar, sin más satisfacción que las virtudes que del arrepentimiento ve nacer.

Ese informe levanta el alma: nos dice los hábitos, las conversaciones, las penitencias de las asiladas, y en cada una de aquellas antes perdidas vemos latir el noble corazón mejicano que, en cuanto lo purifica el agua lustral de la confesión, se abriga en él la gracia como la avecilla en el nido que para ella se tejió.

Oid unas líneas de ese memorial cuya elocuente sencillez enamora:

''Antes de comenzar el informe del Asilo, reciba usted, Reverendo Padre, la Alta Dirección y las señoras que forman el Ejército de Defensa de la Mujer, un voto de agradecimiento que por mi conducto mandan a ustedes las asiladas. Con motivo del atentado que se le hizo a nuestra Madre Santísima de Guadalupe, se verificaron en el Asilo actos de desagravio, diariamente. Al recibir la Sagrada Comunión se hacía en voz alta al ofreicmiento de ella, pidiendo al señor misericordia por los que habían cometido semejante sacrilegio. Se les suplicó a las asiladas guardaran recogimiento durante los ocho días que se había señalado para dichos actos; así lo hicieron y algunas de ellas que parecen más adelantadas en su parte espiritual, pidieron se les impusieran penitencias, para de esa manera desagraviar en algo lo que ellas hubieran contribuído con su vida anterior para que se cometiera tan horrendo crimen.''

''Con motivo de habérseles advertido cuidaran su calzado porque era necesario hacer algunas economías, pidieron se les suprimiera la leche y la fruta para que de esa manera no hubiera mayores gastos. El día que esto pasó se encontraba en el Asilo la Señorita Casas, presenciando este acto tan espontáneo que la conmovió bastante. Pocos días después cuatro de estas pobrecitas criaturas se me presentaron llenas de lágri-

mas, sobre todo una de ellas, suplicándome dijera a nuestro Padre Director o a la Señora Presidenta que deseaban trabajar; que al sentarse a la mesa sentían vergüenza porque ellas no hacían nada, que ya estaban sanas y pedían trabajo con qué ayudar a las necesidades del Asilo, que ya no querían más tiempo permanecer ociosas, que esperaban que sus bienhechoras cumplieran las promesas que les hicieron de proporcionarles la manera de aprender algún oficio que las preserve de caer otra vez en el vicio. Muchos son los esfuerzos que se están haciendo para conseguir una casa amplia y estoy segura, queridas señoras, que ellas ayudarán a su sostenimiento. Con motivo de los santos de las señoras Galindo, Amezcua y Palma presentaron a sus bienhechores sus primeros trabajos de gancho y sencillos bordados, advirtiendo a ustedes que no sabían ni tomar el gancho: ya todas escriben sus nombres y algunas leen bastante bien; desean con ansia y diariamente hacen oración porque se aparten de esa vida tantas criaturas infelices y de tan corta edad; tienen buenas disposiciones para todo lo que se les enseña, pronto aprenden especialmente los trabajos manuales. Pensad, señoras, que si el señor puso en manos de ustedes estas almas, para salvarlas del vicio, fuerza es proporcionarles los medios para que vivan honradamente de su trabajo y no tengan como pretexto la miseria para volver a caer en el pecado. Recordemos que hay que aprovechar las intenciones que tienen de hacerlo pues ustedes saben que lo primero que pierden estas infelices criaturas al entrar a esa vida de desorden es el hábito del trabajo.''

''Debo informar a ustedes que lo que más llama la atención es el dominio que han ido adquiriendo sobre ellas mismas. Todas ellas fumaban y alguna con bastante exageración, pues lo demostraban sus dedos y dientes enteramente manchados. Esta pobrecita al principio hacía rollitos de papel en forma de cigarro y se los llevaba a la boca. Un día sorprendí una conversación que voy a relatar a ustedes:''

''¿Cómo has podido, Josefina, no volver a fumar? le preguntaba una de sus compañeras, y ella contestó con la mayor ingenuidad: al principio sufrí mucho, hoy ya ni me acuerdo si alguna vez lo hice, pero eso es lo menos: ¿cómo hemos prescindido de tantas malas costumbres que teníamos y que hoy por la gracia de Dios las vamos olvidando? Es cierto que algunas veces sufrimos mucho, pero es tanta la tranquilidad que tenemos que yo creo llegará momento en que olvidemos todos

los horrores de nuestra vida pasada. Esta probecita es una de las que han adelantado más en su parte espiritual y además pertenece a otra clase social mejor que las otras, pero todas son sumisas y obedientes.'' (Hasta aquí parte del informe.)

*
* *

Esas palabras son más elocuentes que las mías y hasta que otras mejores, por eso las he reproducido, pues exhalan un aroma de sencillez evangélica que embalsama y fortalece el espíritu y hasta me trae dejos de juventud.

Pertinente me ha parelido conservar el sencillo estilo femenil del documento que contribuye al encanto claustral de la narración.

*
* *

Y bien, os parecerá, dignísimos oyentes, que he perdido el objetivo de este desmazalado discurso. ¿No se ha anunciado que deba hablar para hacer la dedicatoria de esta fiesta?

Pero nada de tal extravío. He querido pintar la obra, para que conozcáis al fundador y a las fundadoras y sabiendo los vínculos de bien que los unen, comprendáis esa amistad sólida y cristiana y sepáis cuán sincero, filial, dulce y al mismo tiempo profundo es el homenaje que al director del ''Ejército de la Mujer'' hacen con esta fiesta, y quieren poner de resalto por mi boca, las virtuosas y distinguidas mejicanas, que sufren con la abyección de las hijas del pueblo y quieren tenderles la delicada y al mismo tiempo fuerte mano, para sacarlas de la podredumbre y volverlas a la castidad y al decoro.

¡Misión de ángeles! misión que regocija el **Corazón Sagrado**, misión que por sí sola es una apología y una predicación de singular eficacia, misión que para mí tiene valor especialísimo, pues por ella me cabe la honra, nobleza de mis canas, de poder en esta ocasión ser el heraldo de un grupo numeroso de santas damas católicas, que saben estimar la virtud sacerdotal y que quieren hacer público homenaje de simpatía y admiración a quien en nombre de Cristo les señala el mérito y les inspira la que es la más pura, la más sublime, la más santa de todas las pasiones del corazón cristiano: LA PASION DEL BIEN.

El mal, señores, comprende que la unión es fuerza y a menudo forma vínculos que le dan aunque pasajeramente la potencia de la más brutal tiranía; pero el bien busca igualmente santas y fecundas alianzas y cuando las almas que escoge corresponden a esa vocación, se forma entre ellas una amistad, por lo eterna y santa, preludio de las que gozaremos en el cielo.

Un querido Prelado mío (1) me refería una vez que paseaba en su salón con un caballero culto e ingenioso.

En el fondo de la sala se hallaba un gran cuadro al óleo de buen pintor antiguo que representaba un grupo de bienaventurados en íntimo y sabroso coloquio.

De pronto el caballero se detuvo ante el cuadro mural, que tenía algo del ambiente de la Disputa del Sacramento, y señalándolo dijo al Arzobispo ¿no le parece a S. S. Illma. que la mejor dicha del cielo después de la unión con Dios, es la de poder tratar sólo con gente decente?

En nombre de esa amistad respetuosa y filial por parte de vuestras socias en el bien, paternal y delicadídisima, por la vuestra, Monseñor Troncoso, en nombre de esas relaciones santas como la causa que las produce, os ofrezco esta fiesta y no hago vuestra apología, porque los hechos hablan más elocuentemente que yo, y es inútil lastimar vuestra humildad de religioso.

Recuerdo una linda metáfora de aquel Selgas tan leído y tan olvidado, pero que yo encuentro siempre encantador:

"Se parecen las estrellas a la modestia en que buscan la obscuridad del cielo y ¡mira tú qué bello capricho! por eso brillan."

Vos os ocultáis, Monseñor, todo cuanto lo exije vuestro modesto corazón, pero ahí están las obras para delataros. Creo que la humildad no os exigirá deshacerlas, y aunque os lastima de cierto modo el homenaje, conservaréis su recuerdo porque lo impone la gratitud; las nobles damas el suyo, muy deleitoso, por haber cumplido un deber de justicia y amistad; el ilustre auditorio, el de la satisfacción de haber contemplado algunos momentos en espíritu una de las obras más evangélicas que, por una especie de milagro, resurgen en los helados tiempos, y éste pobre anciano que deleita su vejez con cuanto ha dicho, no olvidará jamás la honra que le cupo y la alegría

(1) El Ilmo. Sr. Arciga, Arzobispo de Michoacán.

de que gozó en presencia del apostólico espectáculo, y ese recuerdo a su muerte, ya próxima, será para él como la música de la esquila lejana de que habló divinamente al Dante!

Squilla di lontano
Che paja il giorno pianger che si muore.
Es la esquila lejana
Que parece llorar al sol que muere.

*

* *

Pero todavía una palabra más a toda la República. Por efecto de la solidaridad cristiana, de la augusta COMUNION DE LOS SANTOS, ¿creéis que las lágrimas de arrepentimiento de las regeneradoras, que los sacrificios de los fundadores, que el amor de Magdalena al Salvador, el cual de la casa de arrepentidas se eleva como el aroma del vaso de pórfido roto, sirvan solo a los autores de cada acto de piedad, de contrición, o de penitencia? ¡Cuántas madres cooperando al arrepentimiento de una mujerzuela, salvarán a un hijo! ¡cuántas blasfemias serán perdonadas por el llanto! ¡cuántas catástrofes disipadas por el sacrificio!

Pero es preciso que la República ayude, que la República imite, que se liberte de la ira divina con el escudo de Israel forjado en la fragua de la caridad y que recibe el temple inquebrantable de las lágrimas del arrepentimiento y la penitencia.

Méjico, 28 de febrero de 1922. (1)

---

(1) Después de la pobre dedicatoria anterior, tuvo lugar el concierto musical literario ante escogidísima y numerosa concurrencia de señoras y caballeros, obteniendo los ejecutantes nutridos y sinceros aplausos; pero los mejores lauros fueron para el discurso que leyó S. E. Monseñor Filippi, el Delegado Papal, pieza escrita en excelente castellano y que hoy damos a conocer también, porque tanto honra a su autor como a Monseñor Troncoso, a quien fué dedicada.

No podemos olvidar otro número importantísimo del programa: algunas poesías suyas que recitó admirablemente el joven y ya ilustre poeta Alfonso Junco y que gustaron muchísimo, por lo que ellas en sí valen, y por la manera de declamarlas.

La Ciudad y la República deben fijar sus ojos en el Ejército de Sal-

vación de la Mujer y cooperar a su desarrollo como a la obra más caritativa de los tiempos.

...... Estamos en el Centenario de Santa Teresa; este número es para ella y creemos que no desentona en él lo que escribimos acerca del Asilo de Arrepentidas, puesto que nuestra querida Santa es patrona del instituto y éste, en buena parte, obra suya. Mas la honra la caridad que la elocuencia.—**La Dirección.**



PAGINAS LITURGICAS

Exiit qui seminat seminare semen suum....

Yo he visto la encantadora escena.... En el regocijo de la alborada, cuando el cielo se llena de colores y la tierra de armonías sale el sembrador a esparcir su semilla. Sobre el surco recién abierto, sobre el surco húmedo y cálido. camina lentamente, rítmicamente, con ritmo tan preciso que parece un autómata. Se diría que sus ojos miran más que la lejanía del horizonte la lejanía del porvenir; que en sus labios se dibuja la sonrisa de la esperanza, que al compás melancólico del cántico vago de la naturaleza que despierta, sueña su espíritu en la futura, en la miés riquísima que producirá la tierra fecunda.

Su mano esparce el trigo con maestría inimitable; sobre los negros terrones y al caer los rubios granos semejan al esplendor del sol naciente, luminoso abanico de oro. Uno tras otro se precipitan sbre el surco los puñados de trigo mientras los campos se van llenando de luz y revolotean sobre la sementera millares de tordos muy negros, muy parleros, muy inquietos.

Los granos de trigo sepultados en el seno de la tierra morirán—que la muerte es la condición indispensable de la vida—morirán para renacer. De cada uno de ellos surgirá un tallo vigoroso y lozano y de cada tallo multitud de espigas cuajadas de fruto

*
* *

Entre los sagrados monumentos del arte helénico, en las calles de Atenas, emporio de la antigua civilización, camina con majestad un hombre; brilla en sus ojos una luz celestial y brotan de sus labios—como exquisita miel hiblea—palabras llenas de profundidad y de unción.

En el cieno de la corrompida sociedad ateniense esparce Sócrates la semilla de la palabra, la semilla de la verdad. Ger-

mina tal vez en el fondo de su alma al soplo sobrenatural de arcano espíritu; se desarrolla quizá en el misterio de sus éxtasis; crece al calor de sus hondas meditaciones. ¡Quién sabe!

Un día salió el filósofo con el alma henchida de la semilla celestial; sobre el surco infecundo prodigó el áureo abanico de su palabra. Iluminó muchos espíritus, transformó muchos corazones, provocó muchas disputas mientras sus ojos escrutaban la lejanía de los siglos y se dibujaba en sus labios la sonrisa de una esperanza inmortal.

La palabra de Sócrates murió para renacer. A su mágico influjo surgieron Platón y Aristóteles, y en ellos como en tronco robusto y secular ingertó la Iglesia en los siglos medios la gigantesca síntesis escolástica, la gloriosa síntesis que no morirá jamás.

¿Qué tiene la palabra humana que así dura, que así transforma, que así se multiplica? Dios puso en ella la vida y la esperanza.

*

* *

Del seno misterioso del Padre y del seno virginal de María salió en medio de los esplendores de la santidad el verdadero, el divino, el único sembrador Jesús.

Sobre el surco ingrato del linaje humano, donde no germinaban sino espinas y abrojos, vino a sembrar sus palabras de vida eterna, su semilla, la única fecunda, la única que no muere, porque la semilla es la palabra de Dios, **semen est verbum Dei.**

A decir verdad, la semilla de los campos y la semilla de las almas, el trigo del labriego y la palabra de Sócrates son siempre **verbum Dei,** un reflejo una imagen, una resonancia del Verdo de Dios. Puede venir de otra parte la fecundidad y la vida?

No hay más que una semilla: la palabra de Dios, ni hay más que un sembrador: el Hij ode Dios. Todo lo demás es figura o es trasunto. La frase bíblica en el pleno sentido sólo es aplicable a Jesús: Exiit qui seminat seminare semen suum.

Treinta y tres años sembró sobre la tierra el divino sembrador. Sembró silenciosamente en Nazaret, dulcemente en la montaña, prodigiosamente en el Tiberiades, gloriosamente en el Tabor, inefablemente en el Cenáculo, dolorosamente en Ge-t semaní y en el Calvario.

Su semilla es única y múltiple como dicen los libros santos: única porque es el Verbo de Dios, múltiple porque en ese Verbo está todo—omnia in illo—constant—luz, amor, consuelo, esperanza, felicidad.

Tres frutos divinos brotaron de la divina semilla: el Evangelio, la Eucaristía, la Iglesia: un prodigio de luz, una maravilla de amor; un milagro de fortaleza, y esos tres frutos preparan y contienen el fruto supremo; la vida eterna.

¡Qué pequeño aparece el hombre ante la majestad de Dios!

*

* *

En pos del Divino Sembrador va una pléyade incontable de sembradores que siguen esparciendo sobre la tierra la divina semilla una y múltiple.

Todos siembran la palabra; cada quien la toma bajo su propio aspecto: las vírgenes son sembradoras de pureza; los mártires de sacrificio; los doctores, de sabiduría. Unos siembran con su palabra, otros con su ejemplo, estos con sus sudores, aquellos con sus lágrimas o con su sangre.

Quién es este sembrador de palabras! decían los atenienses en el Areópago al escuchar a San Pablo. El Apóstol es el tipo del sembrador, del sembrador de palabras de vida. Recorrió la tierra esparciendo su semilla. ¡cuántas fatigas, cuántos peligros, cuántos sufrimientos para realizar el milagro de su siembra grandiosa y fecunda!

Hace veinte siglos salió a derramar su semilla y la derrama aún; hace veinte siglos que resuena en el mundo la palabra vigorosa de San Pablo. Exiit qui seminat seminare semen suum......

*

* *

Yo también soy sembrador y salgo a esparcir mi semilla, la mía, la que nació en el fondo de mi corazón puesta allí por Jesús y por El bendecida y fecundizada; la semilla de San Pablo, la semilla del Cristo, pero hecha mía.

Yo también salgo por el mundo a derramar mi semilla regando el surco con mis sudores y con mis lágrimas.

Y mientras cae en las almas la fecunda semilla, mi espíritu contempla la lejanía del porvenir, sueña en la mies dorada, la mies riquísima que alguien habrá de recoger.... ¡Dios ponga en mis palabras la esperanza y la vida.

Pbro. Luis M. MARTINEZ.





Sección de Crítica Filosófica e Histórica.

EL Lic. JUAN LUIS TERCERO Y LAS PROFECIAS DE LOS PAPAS

En una de esas puestas de sol maravillosas que se observan en Gálveston, tardes en que desde la soberbia playa se descubre la ciudad envuelta en un velo de oro o de rosa,, recordé vivamente la memoria de un amigo muerto, tan bueno, como inteligente, tan integente como instruído, tan instruído como infantilmente candoroso. Su alma creció en entendimiento hasta ser la de un sabio, su carácter en vigor hasta ser el de un mártir, pero el mal de la tierra no le arrebató la ingenuidad del niño, y el varón extraordinario elevándose mucho en las ciencias abstractas, y siendo su juicio recto y hasta profundo en cosas teóricas, carecía del sentido práctico de la vida y apenas sabía ganar para vivir, el que tan sabiamente podía pensar.

Estaba enamorado de la naturaleza, como pocos hombres he conocido y por eso su memoria viene a la mía, siempre que me hallo frente a alguno de los grandes espectáculos con que la madre común recuerda a sus hijos su origen primero; harmonía misteriosa

a cuyo son divino
mi alma que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Hablo del licenciado don Juan Luis Tercero, natural de Morelia, estudiante de su seminario, abogado de su foro, redactor del ''Pájaro Verde,'' ''La Voz de Méjico,'' (estos de la Capital) y ''El Pensamiento Católico,'' autor de muchos libros literarios y apologíticos, catedrático en Michoacán y en

la Frontero del Norte, de diversas asignaturas, y en sus últimos años Magistrado del Tribunal Supremo de Tamaulipas.

Era incompleto, como son generalmente nuestros hombres, porque si los seminarios instruyen muchas veces, pocas educan y lo que no puede hacer la familia, no lo suple el colegio.

Algunas veces, y esto sucedía en Juan Luis, la deficiencia es incorregible. El candor de su alma buena, que impregnaba de encanto sus libros, no dejó sin embargo de dañar su labor científica, porque no se afinó hasta el punto, cosa que muy pocas veces sucede, de no influir sobre el juicio del autor, para realizar la aspiración evangélica de unir a la sencillez de la paloma la prudencia de la serpiente.

Santo Tomás revela en la Summa su candor angélico, pero no juzga con él, juzga con la razón. El candor debe conservarse en el sentir, en el querer, en el corazón en fin, pero no afectar la inteligencia que está hecha para conocer la verdad, de cualquier género que sea. Una alma debidamente candorosa, es un espejo que todo lo refleja, pero que con nada se mancha; una alma cuyo candor no está en equilibrio con sus demás facultades, no refleja las cosas como son, sino como ella quiere que sean, y de aquí lo inexacto de sus juicios.

No conocí más defecto en el alma nobilísima de mi gran amigo qu esu candor pueril, no siempre sin duda, pero que por otra parte, hacía más cara su amistad.

Lamento profundamente la desaparición de almas semejantes a la suya. Como Ofelia, pasan entre catástrofes cantando versos y recogiendo cores, y como muchas veces no miran el mal exterior, ni sus ilusiones se evaporan, ni se enfrían sus afectos. En cambio abundan las almas secas y estériles que no son capaces más que de ver el mal en la vida. Yerran igualmente la malicia y el candor, pero prefiero el yerro del segundo.

De todos modos, Tercero es un escritor, admirable a veces y su Netzahualpilli y sus obras apologéticas, encierran trozos de elocuencia encantadora. Siento no tenerlas a la vista para citarlas. Aquel trozo (me parece que es del libro apologético "Harmonías de los Mundos") en que combate el error grosero de Rousseau, de que no debe ser creído lo que no se comprende, está escrito con estilo digno de un Granada.

"¿Qué no es misterio en la vida?—dice sustancialmente—misterio son los mares, misterio la luna, misterio las estrellas, misterio el átomo y el sol, misterio los abismos del corazón humano."

Siento que mi memoria no recuerde algunas otras pinceladas de ese trozo, que al leerlo me pareció magistral.

Como apologista suele acertar con argumentos incontrastables y es sensible solo que su candor les quite fuerza porque a veces en presencia de su puerilidad el lector incrédulo dirá como el poeta, aunque con poca lógica:

Disipóse mi ilusión
y me hube de sonreir.

Pero no es mi intento hacer el juicio crítico de mi infeliz amigo, si puedo así calificarlo, porque murió pobre y olvidado, pero feliz a causa de inmarcesible esperanza y eterna y profunda resignación.

Sólo quiero recordar algunas de las muchas conversaciones que con él tuve y que sin duda interesarán al lector, si es ilustrado.

En 1876, teniendo yo veinte años y siendo estudiante de derecho, tomé activa participación en la lucha electoral que en Michoacán sostuvieron los católicos y que fué la última de aquella época.

Cerrola la dictadura, de don Porfirio Díaz, que duró treinta y cuatro años sin que el sufragio popular volviera a ejercitarse, sino hasta 1911.

El general don Manuel González, después Presidente de la República, era el Gobernador de Michoacán. Tercero, uno de los leaders del partido y redactor de "El Pensamiento Católico," con razón o sin ella, temió una persecución y se ocultó en mi casa, durante tres o cuatro días.

Mi amigo era infatigable en el estudio. Las letras, la historia, la apologética sobre todo, lo deleitaban y era claro que en aquellas forzadas vacaciones habría de emprender uno de sus trabajos habituales, que a veces consistían en componer libros de gran diligencia y aliento.

Las Profecías de los Papas, fué el tema que me propuso estudiar juntos, tratando de convencerse, porque algunas dudas le manifesté, acerca de la verdad de los famosos vaticinios.

Leímos desde luego a Feijoo, que a más de creer que las tales profecías son falsas, las juzga también apócrifas.

El recuerdo de esas disquisiciones me lo trajo un periódico

(1) Teatro Crítico.

católico de San Antonio, "Southern Messanger," (2) redactado por alemanes, según se me asegura, que con muy buen acuerdo condena las supuestas profecías como indignas de fe y por cierto que, aunque son breves sus consideraciones, se muestra docto y bien informado. No las aprovecho, sin embargo, porque examinan el punto de muy diferente manera.

Juan Luis, arrastrado por su infantil imaginación, ayudada por ilustración pasmosa, que él con ingenio agudo acomodaba a sus prejuicios, cuando en esa clase de trabajos la opinión debe ser el resultado y nunca la norma, sostenía contra Feijoo la verdad de las profecías.

Yo objetaba tímidamente, mucho menos instruído y avezado que mi maestro y si bien no llegué a quedar plenamente convencido como él, dudé por muchos años.

Pero después he estudiado más, he pensado mejor, ha desechado los prejuicios y acabado por convencerme de que más perjudica que sirve a la fe, el afán imprudente de querer a todo trance hallar lo sobrenatural, cuando éste siempre que existe se presenta con caracteres tales que no dejan duda a una razón ilustrada y recta.

De todos modos, las disquisiciones de Juan Luis eran de lo más instructivas y de lo más amenas, pero sin dejar de hacerme cargo de sus argumentos, voy a consignar el resultado de mis estudios posteriores, no como juicio definitivo y cierto, sino probable y sujeto a examen más maduro.

Elegiré únicamente unos cuantos puntos para darle al lector idea de la cuestión sin fatigarlo.

Las Profecías consisten en una serie de motes brevísimos (Flos florum, Aquila rapax, etc.) aplicados a sendos Papas desde Celestino II (1143), si no me equivoco, hasta el fin de los tiempos.

Si las Profecías son ciertas, los motes deben ser muy particulares de los Papas aludidos, porque si conviniesen a todos o a muchos, resultarían inútiles y no constituirían vaticinio, sino mera observación de la naturaleza del papado o de la clase.

No recuerdo las razones que da el benedictino Feijóo aunque sé que son poderosas para sostener que los vaticinios son

(2) Estas páginas fueron escritas en mi destierro y permanecieron inéditas, pero ahora que tanto se habla de esas Profecías, me parece de oportunidad publicarlas.

apócrifos, es decir, que se atribuyen falsamente a San Malaquías; pero Tercero no hacía hincapié sobre el particular y dando por cierto que no fueran del santo, las examinaba en sí mismas, desde 1525, que fué cuando por primera vez aparecieron impresas en Europa.

Si hallamos un mote notoriamente falso, la profecía no es verdadera en ese punto, ni en todos, pues siempre se ha creído que el conjunto de ellos era del mismo autor. El que es impostor una vez, no tiene derecho a ser creído yo, y a **priori** y sin examen, pueden desecharse sus predicciones.

Del mismo modo, si un mote indica tal circunstancia futura, tal suceso venidero de manera que la previsión natural sea imposible, y que la verdad profética aparezca evidente, entonces las demás partes de la serie ya tendrán todos los visos de ser producto igualmente de una visión sobrenatural, siempre que la obra entera sea del mismo autor.

Algunos motes podrán ser inexplicables, decía Tercero, pero ninguno de ellos aparece falso, cosa que desde luego admira en serie tan numerosa, y si puedo determinar alguno NOTORIAMENTE PROFETICO. El de León XI (creo que éste es el aludido) dice: VIR UNDOSUS y Feijoo, enemigo de las profecías traduce: VARON QUE PASA COMO LA OLA. Pues bien, ese Papa gobernó unos cuantos días, (veinticuatro) y no llegó siquiera a coronarse.

Sin duda, agregaba mi fantástico maestro, que el mote no se refiere a la persona del Papa muchas veces, sino al personaje que más influyó sobre su pontificado, al suceso que contribuyó a normar su política, al hecho o a los hechos, que pudieran durante su gobierno abrir o cerrar una época. Si quiero aplicar a Washington un mote como el de las supuestas profecías, bien puedo elegir el de INDEPENDENCIA; si otro a Napoleón III, SEDAN; si a Pío IX, CODICIA PIAMONTESA.

Como se ve ya ensanchaba el crítico extraordinariamente el campo de la interpretación, pero en verdad que no parece torpe la idea.

Esto supuesto, me decía, ¿qué piensa usted del mote de Pío VII, la víctima del célebre corso, arrebatada por él del solio de Roma para arrojarla prisionero en Fontainebleau- (AQUILA RAPAX, dice la profecía) y no es el epíteto perfectamente aplicable a aquel ladrón de coronas que también quiso serlo de tiaras?

Omito lo que decía Tercero de Pío IX, CRUX DE CRUCE, porque me parece aplicable a varios Papas y citaré solo estos que él veía prodigiosos: Pío VI, PEREGRINUS APOSTOLICUS, y los de dos Papas de en tiempo de Luis XIV, (si no me equivoco, Inocencio XI y Alejandro VIII) BELLUA INSATIABILIS y PENITENTIA GLORIOSA.

Pío VI, decía Tercero, es el único Papa peregrino, pues hizo un viaje a Viena; Luis XIV, fué durante casi todo su reinado, una bestia insaciable de ambición y al fin de su vida y gracias a su ilustre esposa, antes Madame de Maintenon, se arrepintió de sus culpas y murió penitente.

Antes de entrar al examen directo de esos motes observaba yo al fantástico crítico: Paso por el mote de Pío VII, AQUILA RAPAX, Napoleón, pero ¿por qué Clemente XIV, o alguno de los otros Papas próximos a él se llama "URSUS VELOX, por qué León XII, CANIS ET COLUMBER, por qué Gregorio XVI, DE BALNEIS ETRURIAE?

¡Ah! me contestaba, desde luego, no apareciendo falso el mote, nada dice en mi contra, cuando hay otros claramente verdaderos y quizá la historia venga a dar luz que sirva a los pósteros.

Sin embargo, en URSUS VELOX, veo a Juan Jacobo Rousseau, el hombre de la selva primitiva, en CANNIS ET COLUBER, al dominico Lacordaire (su orden tiene por emblema un perro) y en la serpiente a Lamennais, el apóstata. En cuanto al BALNEIS ETRURIAE, no le hallo más afinidad con Gregorio que la de que éste nació en Toscana (Etruria) pero no he conocido más baños con relación al caso, que los que me he dado de sudor, a fuerza de cavilar.

Esto me hacía reir y me parecía Juan Luis el ilustre manchego (aun se parecía en la figura) que ya disertaba como sabio, ya era lo más disparatado y gracioso que puede haber.

En pocas palabras, ya que habéis oído el pro, oid el contra.

El alemán Funk, autor de una célebre historia eclesiástica, muy autorizada en verdad dice:

"Las PROFECIAS SOBRE LOS PAPAS," de que tanto se ha hablado, publicadas por el benedictino Wion en el Lignum vitae (1595), con el nombre de San Malaquías, arzobispo de Armagh (1148), las cuales alcanzan desde Celestino II (1143) hasta el fin del mundo, fueron compuestas, indudablemente poco antes de su publicación acaso bajo Urbano VII,

el último de los Papas propiamente caracterizados, o durante el cónclave de 1590 después de su muerte. (1)

Es notable en verdad que los motes anteriores a 1595, cuadren también a las armas papales, (todos o casi todos se refieren a ellas) y que los posteriores se extiendan muchas veces, según el sistema de Juan Luis, a cosas influyentes en el pontificado, pero que no son precisamente de la persona del pontífice.

Es digno también de consideración el parecer de los sabios católicos como Feijoo, Funk y otros, que no dan crédito a las tales profecías.

Es de tomarse en cuenta que hay motes enteramente inaplicables, como el de BALNEIS ETRURIAE de Gregorio XVI, pues si el espíritu de Dios dicta la profecía, ha de ser para que la verdad brille.

Los motes de CANNIS ET COLUBER, URSUS VELOX y el mismo AQUILA RAPAX, pueden aplicarse a muchos personajes de diversas épocas y nada caracterizan.

El epíteto de URSUS VELOX aplicable a Rousseau, causa risa. ¿Qué tenía de oso el autor del Contrato Social, del Emilio y de la Eloisa, músico a mayor abundamiento? ¿Su amor a la naturaleza? Pues entonces no se le equiparara al oso ni a otro animal montaraz, sino a Pan o a Orfeo. Sobre todo el VELOX desconcierta a cualquiera y Tercero se limitaba a decir: "¡Misterio!"

El AQUILA RAPAX, me dejaba en verdad pensativo. Napoleón sí está bien caracterizado por el águila rapaz y ¿cómo dió la casualidad de que ese mote se aplicara precisamente a aquel cuya persona fué arrebatada por el ave de rapiña?

Pero este es el único mote cuya interpretación no encaja en la vida del Pontífice a martillazos y este sólo hecho que puede ser casual ¿bastaría a demostrar el carácter profético de la obra? No lo creo.

A Inocencio XI y a Alejandro VIII, si no me equivoco, se aplican los motes de BELLUA INSATIABILIS y de PENITENTIA GLORIOSA.

Los dos, decía Tercero, corresponden a Luis XIV. El primero muestra la ambición desenfrenada de este rey, su lujuria

(1) Compendio de historia Eclesiástica por el Dr. F. X. Funk, traducida del alemán por Ruiz Amado, S. J.

escandalosa y su soberbia incomparable, por cuya causa luchó con el Papa con motivo de las declaraciones galicanas de 1682. Casado con la Maintenon, su esposa lo convirtió a Dios, se arrepintió de sus culpas y con Alejandro VIII fué bueno.

Antes de la lucha de 1687, Luis revocó el edicto de Nantes y prestó al catolicismo en Francia servicio insigne. ¿Entonces pudo merecer el dictado de BELLUA INSATIABILIS (1)

En cuanto a su penitencia, aunque haya habido **conversión**, no la veo.

Pío VI hizo un viaje a Viena, pero ¿fué peregrino? De ningún modo. La política lo llevó allí, como a mí me trajo a los Estados Unidos y yo no me llamo peregrino en esta tierra, tan extraña a las peregrinaciones, como los dólares a Santiago de Compostela.

Si se llama peregrino el que anda por tierras extrañas, lo fué también Pío VII, Pío IX, y antes muchos otros pontífices; pero como la palabra **peregrino** se usa generalmente para designar al que viaja con motivo de devoción, no aparece clara la exactitud del mote, y, si sobreviene duda y NO HAY MEDIO DE DISIPAR ESTA, la profecía no tiene los caracteres de verdad. (2)

El VIR UNDOSUS de León XI que vivió veinticuatro días, sí desconcierta y hará vacilar al más creyente, contra lo que Tercero suponía.

Feijoo tradujo: "VARON QUE PASA COMO LA OLA, o

---

(1) El edicto de Nantes se revocó en 1685 y la guerra con el Papa se vino a exacervar hasta 1687 con motivo de la supresión del derecho de palio de las embajadas en Roma.

Sobre todo, culpar de las declaraciones galicanas de 1682 solo a Luis XIV y atribuirlas a su soberbia cuando las formuló la inmensa autoridad de Bossuet, parece injusto.

(2) Pío V fué a Viena en 1782 para arreglar con el emperador diversas dificultades con que tropezaba la Santa Sede por causa de la intromisión de José II en cosas eclesiásticas, al grado de llegar al soberano austriaco hasta querer arreglar el rituad de las defunciones por lo que Federico II de Prusia, le decía: "**Mi hermano el Sacristán.**"

No hay duda de que el bien de la Iglesia inspiró el viaje del Pontífice, pero no fué la devoción su causa y no me parece le convenga, sino de una modo muy lato, el mote de "**peregrinus.**"

por broma o por seguir la traducción de los defensores de las profecías. La traducción literal sería la contraria: VARON DE MUCHAS OLAS, es decir, de vida tormentosa y larga. Este mote derrota al más aguerrido campeón.

Si me equivoco, a pesar de contar con buenas opiniones, buena arma tienen los partidarios del pro y lo celebraré de veras.

El sistema que da valor al AQUILA RAPAX, BELLUA INSATIABILIS, PENITENTIA GLORIOSA, es arbitrario. Los profecías son de los Papas y todas las primeras se aplican a ellos solos. ¿Con qué derecho se busca la explicación en otras cosas que, en una vida larga y tormentosa, como es la de muchos Papas, nunca dejará de encontrarse? Si a Benedicto XV se le aplicase el AQUILA RAPAX, todo el mundo señalaría al Emperador Guillermo, aunque no hubiera tocado a la persona del Pontífice.

Alambicando un poco, con este sistema, las profecías que yo inventara hoy se discutirían mañana, como las actuales.

RASTRUM IN PORTA, dice el mote de un Papa cercano a la revolución francesa y Tercero exclama: ''EL RASTRILLO EN LA PUERTA, porque la siega se aproxima, porque la segur de la revolución va a derribar cabezas como la hoz las espigas y el rastrillo es necesario para limpiar los campos de la mala hierba. Esto ya es manía de interpretación.

*
* *

Terminemos este escrutinio elevando algo más las ideas.

Lo sobrenatural suele aparecer en el mundo. El cristiano necesita creer en él o mutila bárbaramente la vida de Jesús, trunca su doctrina y corrompe su Evangelio; pero, después de los milagros de la sagrada historia, el hombre prudente y cuerdo debe creer firmemente, aunque sea también con fe humana, ciertos hechos sobrenaturales.

¿Quién sin temeridad y después de maduro examen, puede negar el milagro de la licuefacción de la sangre de San Genaro, que año por año se verifica en Nápoles? ¿quién las curaciones milagrosas de Lourdes, presenciadas, estudiadas y

reconocidas por verdadera academia de sabios médicos? (1)

He procurado estudiar los fenómenos de la gruta pirenaica y ante un tribunal respetable me comprometería a demostrar, **jurídicamente**, la existencia de ciertos hechos INDISCUTIBLEMENTE MILAGROSOS, para la ciencia misma. (2)

Pero si lo sobrenatural **verdadero** es medio poderoso de predicación católica, el falso que suele algunas veces, aunque pocas, conquistar el juicio del vulgo, es más pernicioso que muchos errores antagónicos esencialmente de la fe; porque si la falsedad se demuestra, el incrédulo obtiene un triunfo que parece apoyar su negación y hace flaquear la fe cobarde y débil.

Por eso la Iglesia es prudentísima para emitir su juicio sobre hechos sobrenaturales y para aprobar el culto de Lourdes y Guadalupe, dejó correr mucho tiempo e hizo muchas investigaciones, acuciosas y diligentes, sin que esa aprobación entrañe por otra parte, declaración dogmática.

Estudiar, pues, esas profecías es útil, porque si son falsas, conviene que el público deje de darles crédito, y si son verdaderas, importa grandemente que la voz sobrenatural resuene por medio de ellas en el mundo.

La Iglesia hasta ahora nada ha dicho, pero si calla observa y si he escrito las líneas anteriores, es para despertar la curiosidad de los doctos, sobre un asunto en que la erudición

---

(1) Cabanis el químico y otros infinitos sabios incrédulos, han presenciado en Nápoles la licuefacción de la sangre del mártir, que en la Catedral se conserva encerrada en una ampolla de cristal.

El Clero y el pueblo con el Arzobispo a la cabeza, el día de la fiesta de San Genaro, frente a la redoma de la sangre, expuesta en el altar mayor, comienzan a rezar las preces propias del día y el contenido del frasco, enteramente coagulado, se liquida como si fuese fresco, sin que una sola persona deje de presenciar el fenómeno.

En el "Diario de la Marina," de la Habana, escribí sobre esto amplios artículos que he de reproducir.

Año por año, desde hace cerca de dos mil, el milagro se verifica, sin que nadie haya podido explicarlo naturalmente, de modo racional.

(2) Cuarenta médicos año por año, durante las peregrinaciones, en el Boureau de Constantinone (oficina de demostraciones) de Lourdes, dan fe de infinitas curaciones, milagrosas verdaderamente, y el incrédulo que con buena fe estudie esos fenómenos quedará plenamente convencido de la intervención sobrenatural.

puede recoger tesoros, y contribuir a cerrar una fuente de error o a abrir otra de verdad.

Se que existe un libro citado por Funk, llamado "La Prophetie des Papes atribuída a San Malaquías," y que su autor F. Maitre, defiende el partido de la legitimidad, el de mi piadoso y sabio maestro Juan Luis Tercero, el erudito que en tiempos mejores, más amplio teatro y más ilustrado público, hubiera dado gloria a la Nación.

Leeré ese libro cuando pueda y si él muda mi parecer, lo celebraría por el triunfo de la verdad, no porque ganara algo con ello la memoria de mi pobre amigo, que errado o no, fué toda su vida creyente insigne, inflexiblemente recto, infatigablemente estudioso, apasionado como nadie del bien y de lo bello, tan generoso como pobre, tan humilde como docto, tan ingenuo como erudito.

Francisco **ELGUERO.**



Sección Jurídica.

La dotación de ejidos no es de utilidad pública.

"Pasión es de necios el ser muy diligentes, porque como no descubren los topes, obran sin reparos; corren porque no discurren; y como no advierten, tampoco advierten que no advierten."

"No graduaba de necio el cardenal Madrucio al que aborta una necedad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla." (Gracian.) Primor II. pág. 24 y Emblema, pág. 164.)

(Para ("América Española.")

Que bajo el aspecto de un problema de la tierra se oculten apetitos y planes políticos de encumbramiento, a expensas de otro; que esos apetitos y esos planes afecten la máscara de compasión por la raza indígena; que eruditos a la galvanoplastia afirmen que la reforma agraria, debe consistir en arruinar la propiedad agrícola actual y futura, que vivirá siempre desacreditada, por el temor de servir de nuevo escalafón para el arrivismo, son cosas que no nos incumben, alejados como estamos de la política y escribiendo como escribimos para un periódico principalmente científico. Pero que a título de ciencia, los maestros de escuela de villorrio, autores de los peores atentados cometidos durante los diez años de revolución, que este pobre país soporta, como hijos de una escuela sin Dios, productos naturales y genuinos de la enseñanza laica, nos digan que el progreso del indio y el bienestar de la patria van a encontrar su remedio en una nueva dotación de ejidos

a los pueblos, por lo que tal dotación debe considerarse como de utilidad pública, eso no lo debemos dejar pasar inadvertido los que no tenemos ni por qué adular a los magnates ni porqué buscar una popularidad, que de no fundarse en la razón y la justicia, sería pesada carga para nuestra conciencia.

Y desde luego, hay que observar, que los que se dicen continuadores de Juárez, Madero y Carranza, los reformadores actuales, se perjuran. La Reforma prometió lo mismo que ellos nos prometen, afectó también los mismos caracteres de amor al indio, aparentó ser una reivindicadora de sus derechos ¿y qué hizo? Pues dividir los ejidos, declarar que la propiedad individual era la panacea de aquellas apremiantes apuros económicos y mandar que se le entregarán a ese indio, para que los vendiera a su antojo, todo ello a fin de crear la pequeña propiedad, la propiedad individual. ¿Cual es, pues, la tesis liberal? Hay que crear la propiedad individual? Entonces dotad de tierras a los individuos y no a los pueblos y esperad las consecuencias, que serán iguales a las de las ensalzadas leyes de Reforma, que por intangibles se tienen y sobre todo se tenían, no sin que nosotros hagamos constar, que la maravillosa medicina que entonces se aplicó, acompañada del despojo y de la precipitación, característica del siglo pasado y de los pocos años que de este van transcurridos, no ha producido un propietario individual por millar; que cuantas parcelas se entregaron al indio fueron adquiridas, poco tiempo después, o por el hacendado o por el usurero del pueblo, en una palabra, que se legisló sin conocimiento del mal, que se atacó el desarrollo de la agricultura, en sus fuentes vivas, que se hizo, una vez más caravana con sombrero ageno (en nuestro país el sombrero ageno han sido siempre las haciendas), que la situación del indígena no se mejoró; que el politicastro se sirvió de algo verdaderamente sagrado para mantenerse en el puesto, dándosele un ardite de lo que pudiera sobrevenir, y por último, que proclamando el concepto de utilidad pública, estableció el funesto precedente de que tal denominación era el pabellón con que en lo futuro podría cubrirse el despojo de las propiedades rurales.

Mas parece que oimos la objeción; por eso precisamente se nos dirá, ya no es la propiedad individual lo que se quiere restablecer sino la comunal, la del pueblo, a lo que desde luego ocurre contestar que vuestros antecesores, aquellos de cuyo progenie os vanagloriais, los actuales liberales, ahora es-

carlata, y antes rojos, pusieron todo su empeño en destruir esa propiedad comunal, y, por lo tanto, quienes así han errado, causando daño irreparable a la nación, no tienen derecho para emprender, a sangre y fuego, este paso atrás, con el fin de implantar lo que antes odiaron, lo que antes declararon nocivo e injusto. El error es patrimonio humano; pero lo que la sociedad no debe permitir es, que quien ha cometido uno, y tan grave, implante las nuevas teorías radicalmente, como si poseyese el monopolio de la verdad. Abandonemos sin embargo, el argumento **ad hominem**, que aquí mejor sería llamarle **ad liberalem** y entremos a considerar la teoría en sí misma, afirmando, desde luego, que la creación de la propiedad comunal es un retroceso; y que volver a formas ya estudiadas, ya probadas y ya desechadas en el mundo como absurdas, es antipatritótico y antieconómico, sobre todo cuando ello acarrea, como primera consecuencia, esta división profunda de nuestra población en despojantes y despojados, al darse, como se da a la dotación de ejidos, un sello de venganza, de devolución a los pueblos de algo que se les había arrebatado y digamos la palabra, robado. Y ese aspecto es falso y en todo caso antisocial; produce el odio entre las dos razas que forman esta sociedad, superpuestas y no confundidas; acarrea la lucha entre ellas, en estos momentos, en que el mundo entero tiende, y nosotros sobre todo, después de diez años de arruinar a la patria, debemos tender, a convertir el antagonismo de clase en cooperación y auxilio, que no son los problemas de épocas tan aciagas de aquellos que puedan resolverse sin la ayuda de todos y cada uno.

La propiedad comunal no ha resuelto en ninguna parte el problema agrario, porque no contiene científicamente hablando ningún elemento para realizar ese fin y por eso la vamos a ver, en las diversas faces de la historia mexicana, como la causante principal de la desgraciada situación del indio.

"El comunismo enseñado por Platón, dice don Francisco Pimentel, propuesto en su poética República y adoptado después por multitud de reformadores, es la institución más apropósito para retardar la civilización de un pueblo y para degradar al individuo." (Obras completas, tomo III, pág. 42). "El que estudie con cuidado, dice Jules Simon, todas las doctrinas comunistas, desde Platón hasta Babeuf, y desde los Esenianos hasta los Mormones, encontrará, en medio de las diferencias introducidas por el genio de los inventores y el ca-

rácter de los pueblos y de las épocas, esta analogía fundamental: que todas esas doctrinas tienden a la negación más absoluta de la libertad.''

Stolypine, el gran reformador ruso, es sin duda quien más profundamente estudió la reforma agraria rusa y si la ola bolchevique formada de envidia e impotencia no hubiese sumergido a aquel pobre país en la desolación y la ruina, seguramente que la evolución agraria habría sido una de las más completas, más filosóficas y más benéficas para el pueblo eslavo. El consideraba que el **mir**, es decir, la propiedad comunal era la causa esencial de la pobreza, de la ignorancia, de la miseria física y moral en que vive el **moujik**, principio comentado por Mr. Paleólgue con estas palabras: ''No se puede, en efecto, imaginar un modo de tenencia y de explotación más contrario a las leyes agronómicas, menos propicio al desenvolvimiento de la energía y de la iniciativa individual. Disolver la comunidad de bienes, organizar la división de la tierra entre los asociados, constituir así, poco a poco, una especie de tercer estado con el agricultor, tal fué el programa de Stolypine. Hasta entonces los campeones del autocratismo habían visto siempre en el **mir** un dogma intangible, una barrera contra la revolución, una de las bases históricas del órden social. La tormenta agraria de 1905 arruinó esta doctrina'' (R. dem 15 de diciembre 1921 la Rusia de los zares durante la gran guerra, página 790.)

El gran ministro liberal ruso, A. Iswolsky, refiere, cómo la abolición de la esclavitud del ruso fué acompañada de una dotación de tierras para los libertos y dice: ''Esta particularidad habría podido dar al régimen agrario en Rusia una base extraordinariamente sólida y asegurar a la clase campesina rusa un porvenir de gran prosperidad, si por desgracia, el gobierno no hubiese cometido una falta que ya he señalado, la más grande de todas las faltas, la de fundar este régimen no en la propiedad individual, sino sobre el **mir** o propiedad colectiva comunal. Dando la tierra, no a los campesinos individualmente, sino a las colectividades comunales, el legislador creyó mantneer en Rusia un régimen nacido, se creía entonces, de las profundidades de la conciencia rusa, conformándose a la par con las indicaciones de la ciencia más moderna. Este régimen debía excluir definitivamente la formación en Rusia de un proletariado agrario y hacer imposible una revolución contra la riqueza individual, encontrándose ya reali-

zadas en el **mir** las reivindicaciones de los revolucionarios europeos. En realidad, el régimen del **mir**, lejos de constituir un progreso desde el punto de vista económico y social, mantenía y consagraba un estado de cosas que no era más que un vestigio de los tiempos primitivos, incompatible con las exigencias de la cultura moderna que hacía imposible todo desenvolvimiento de la agricultura y todo progreso en el bienestar de la clase rural. Desde los primeros años del siglo XX, la situación económica del campesino, que no había hecho más que empeorar bajo el régimen del **mir**, producía frecuentes motines agrarios e inspiraba graves preocupaciones al gobierno.... Mas en 1905, bajo la influencia de repetidas malas cosechas, de los reveses de la guerra ruso-japonesa y de la agitación revolucionaria, consecutiva, el movimiento agrario estalló con fuerza y tomó en ciertas regiones, el carácter y las proporciones de una verdadera anarquía.'' (R. de M. 1. Junio de 1919, pág. 509).

Esta forma comunal de propiedad es la que encontramos en el Imperio Azteca. En el Anáhuac las tierras fueron divididas definitivamente, siguiendo la reforma del Rey Xolotl, en cuatro clases, a saber, las **pillalli** o tierras de los nobles, concedidas por el rey a los beneméritos; las **mitchimalli** o **cacolmilli** destinadas a ejército; las **teopantlalli**, o del Rey y las **atlepetlalli** de las comunidades de los pueblos, que se subdividían en barrios o parcialidades (calpulli) que pagaban un tributo al cacique (tlatonai) (Jacinto Pallares, página XXVI Nota 2 Legislación Federal complementaria del Derecho Civil.)

¿Cuál fué el resultado de esta división de la propiedad? Nos lo dice Orozco y Berra, escritor liberal, al más documentado y profundo de nuestros historiadores de la época azteca, quien, con estos tristes colores, nos pinta las cnsecuencias de la propiedad comunal en lo que se refiere principalmente al indio. Dice: ''El Rey, los sacerdotes, los nobles, los soldados, las clases privilegiadas vivían en la abundancia, pero los demás, atados al suelo, agobiados por el trabajo, con poco y escaso alimento, vegetaban para sus señores, sin recompensa y sin esperanza. Aquella sociedad se dividía marcadamente.... en priviligiados, poseedores de los bienes de la tierra e ilotas desheredados, sin otro porvenir halagüeño que la muerte, alcanzada en el campo de batalla o en el ara de un dios.''

Bastante tiempo después, estudiando el sincero don Francisco Pimentel en su famosa ''Memoria para remediar el triste estado de la clase indígena'' las causas de este estado tris-

te, corrobora las palabras de Orozco y Berra en estos términos: "opinamos que la causa primera de la degradación de los indios se encuentra en los defectos de su antigua civilización, a saber...... en el establecimiento del comunismo" y hablando ya de los remedios que aplicar se deben, añade: "el sistema de comunidad y de aislamiento debe quitarse COMPLETAMENTE. La propiedad que no cuesta trabajo no se aprecia ni se conserva, y por eso se vé con qué facilidad gastan su caudal los que se enriquecen repentinamente." (loc. cit. pag. 48 y siguientes.)

El indio, pues, el pueblo no ha sido jamás despojado; porque no ha sido dueño, y aquella famosa reivindicación que patrocinaba el Presidente Wilson fué como todo lo suyo, un contrasentido que formará en primera fila entre el conjunto de los que constituyen la personalidad de este hombre, nefasto para la humanidad y sobre todo para México, a quien debiera aplicarse literalmente las palabras del Discípulo Amado, del dulce San Juan a la segunda bestia del Apocalipsis, último rayo de la rabia infernal; "será el falso profeta por excelencia."

Así se encontró la corona española a este suelo y por eso y muy legítimamente, habiendo vencido a esas clases privilegiadas con quienes luchó, considerose como dueño de lo que a ellas pertenecía y principalmente de la tierra, lo más preciado del botín, no precisamente por su valor intrinseco sino por la idea de poderío y soberanía que su posesión significaba.

La reina de las reinas, la mujer que a los dieciseis años ya había despreciado un trono, Doña Isabel la Católica, fué la que convirtió en preocupación constante la dotación de tierras para ejidos, a fin de que los indios viviesen, "en concierto y policía", para pacificarles por la via del comercio, atrayéndoles a su amistad "con mucho amor y caricia," procurando que los cristianos vivieran en las poblaciones, con tal ejemplo, "que sea el mejor y más eficaz maestro" (R. de I. Lib. IV, Tit. I. Ley 1a. y 2a.), llevando su celo hasta tal extremo, que entonces apareció el derecho en favor de los pueblos de expropiar a los hacendados y vecinos, del terreno necesario para el fundo legal y para ejidos, lo que, decía yo, ya en mi tesis profesional, había producido que se viesen con malos ojos por los hacendados, esas agrupaciones de individuos, que como la yedra, amenazan la solidez del muro. Históricamente, en consecuencia, el despojante ha sido el pueblo,

que ha tenido el derecho de arrancar del hacendado, contra su voluntad, el terreno que le pertenecía, bajo el pretexto siempre invocado y siempre falso de la utilidad pública.

Constitúyese en esa forma la propiedad en nuestra tierra y después de una experiencia de siglos, a raíz de nuestra independencia, los resultados desgraciadísimos de aquellas dotaciones, nos los describe de mano maestra, otro historiador liberal también, considerado como autoridad en la materia. Dice así el doctor Mora: (Tomo I. pág. 198.): "La ley determinó también que en cualquiera lugar, aunque fuese de propiedad particular, en que se reuniesen cierto número de familias y levanten una capilla o templo, se formase un pueblo, despojando al propietario del terreno necesario para constituir el fundo legal. Esta medida, acordada con el objeto de promover la población, produjo directamente el efecto contrario, pues los dueños de fincas rústicas, que sin ella reunirían alrededor de sus posesiones a todos los jornaleros y trabajadores, e insensiblemente irían vendiendo el terreno y formando poblaciones compuestas de hombres industriosos, por esta ley se han visto obligados siempre a auyentar y perseguir toda reunión que pueda privarles de todo o parte del dominio de sus fincas. Cuando las tierras se dan a hombres que no las han adquirido por su trabajo e industria, sino por una concesión gratuíta de la ley, **jamás** saben apreciarla, ni sacar de ellas el partido que aquellos cuyos hábitos de laboriosidad les han proporcionado lo necesario para comprenderlas y verlas como propias, teniendo en ellas un capital de que poder disponer en todo tiempo. No ha sido el menor de los inconvenientes de esta providencia la perpetua desconfianza que ha sucitado entre dueños de fincas rústicas y los que en ellas trabajan, por el derecho y la esperanza que fomenta en estos para apropiarse las tierras, y la malevolencia y odio que excita en aquellos, contra quien tal puede intentar, arruinándolos en un día por la usurpación de terrenos, tal vez los mejores de la finca. Esto ha sido un semillero de pleitos, odios y alborotos entre el propietario y el colono, que no han tenido otro resultado que el atraso de la agricultura, pues los jornaleros deben vivir en sus pueblos que muchas veces están a grandes distancias de las labores y el propietario se halla siempre en la necesidad de alejarlos, reputándolos como sus enemigos. Admira por cierto que en Méjico, a pesar de tan-

tos y tan visibles males como ha causado y está causando tan absurda disposición, no haya sino generalmente abolida, pues solo sabemos, haya sucedido esto en el Estado de Oajaca. Aunque ninguna ley prohibía a los indios tener tierras en propiedad, muy pocas o raras veces llegaron a adquirirlas; porque les faltaba el poder y la voluntad de hacerlo; acostumbrados a recibirlo todo de los que los gobernaban.'' (Doctor Mora, tomo I. pág. 198.)

Y cuando casi medio siglo después, el ya citado Pimentel quiere describir la situación de la propiedad territorial en Méjico, no encuentra otro medio que el de repetir las palabras del doctor Mora, aconsejando que la propiedad comunal desaparezca por completo, y añadiendo esta justificadísima reflexión: ''Méjico lo que necesita es reposo y no leyes subersivas, pues bastantes hemos tenido; no disposiciones que ataquen a la propiedad, que bien poco se ha respetado entre nosotros, de manera que ser dueño de haciendas ha sido en el país, una verdadera calamidad: antes, por el contrario necesitamos saber que el propietario pueda disponer de lo suyo, que pueda mjorar sus fincas, y consagrar a ella sus afanes sin temor de verse despojado, con uno u otro pretexto.'' (Obras completas, pág. 137 y 138.)

Ultimamente, (1918) un hombre de la altura científica de mi amigo don Toribio Esquivel Obregón, estudiaba el mismo problema y concluída con estas palabras: ''Considero como un gran mal para Méjico, volver al indio a la propiedad comunal.'' (Infa de España y EE. UU. Sobre Méjico pág. 285.)

De manera, que ni en el Imperio Azteca, ni a raíz de la Independencia, ni pocos años antes de la Reforma, los ejidos han hecho felices a los pueblos; pero si han hecho desgraciados a los hacendados; no han dado con qué abastecer a los poblados, pero si han empobrecido al terrateniente; no han hecho brotar esa nueva forma de pequeña propiedad, que sin estar en la causa, se quiere, quien sabe por qué, esperar como un efecto; pero sí han hecho nacer un estado de completa intranquilidad en la propiedad rústica, motivo fundamental del atraso de nuestra agricultura. La experiencia se ha prolongado durante todo el tiempo virreynal, durante casi toda la vida de Méjico, hasta llegar a que, como lo hemos visto los que hemos viajado algo por la República, los terrenos ejidales se distinguen de todos los demás por su mal cultivo,

cuando no por su abandono a extremo, tal que parece tener razón el Diccionario de la Academia al definir el ejido, "tierra que está a la salida del lugar, que **no se planta ni se labra**, es común para todos los vecinos y suelen servir de **era** para descargar y limpiar las mieses". (1884).

Ahora bien ¿con qué derecho entonces considerar la fracasada dotación de ejidos de utilidad pública? por qué razón vamos a crear en su favor el derecho de expropiación? ¿por qué para este constante aborto, vamos a disponer de los dineros públicos, que en último resultado son patrimonio del contribuyente, productor sacrificado esterilmente en beneficio de las clases improductivas?

Llegamos así a las leyes de Reforma y con cierta disculpa, con la disculpa de que no se había hecho aún la experiencia y con la preocupación de los pseudosabios de que el atraso del indio dependía de haberle tenido en tutela sin hacerle sentir los beneficios del individualismo, del **self-govermement**, entonces de moda, se implanta en su favor la propiedad individual y se rompen lanzas contra la comunal, con la misma altanería que siempre han tenido los partidos gobernantes en nuestro país cuando se han decidido a apropiarse de lo ajeno, como si quisieran con la actitud de matamoros, lo hueco de la frase y lo absoluto de las afirmaciones, hacer olvidar la injusticia de la conducta y entonces, ya lo hemos dicho, los ejidos se fraccionan y se regalan al indio y se le otorgan gratis los títulos y se le eximen de estampillas y hasta, en algunos casos, de contribuciones. ¿Y qué hace el indígena? pues vende su tierra y repitámoslo, el nuevo remedio ni produce los pequeños propietarios, ni alivia la pobreza del indígena; ni tranquiliza el gran poseedor, ni cura nada, ni sirve para nada bueno.

¿Pero para qué remontarnos a épocas pretéritas? Los mismos autores de la actual destrucción de la propiedad, que han llegado hasta convertir en oración la dotación de ejidos, plegaria blasfema si las hay, naciendo de corazones que empiezan por negar a Dios, han visto en acción la propiedad comunal y en sus mismas manos ha fracasado de la manera más completa, en unos cuantos años y casi podríamos decir en unos cuantos días, experiencia consumada antes de la creación de las comisiones agrarias y de la dotación de ejidos.

Efectívamente, el Gobierno se propuso hacer felices a quienes quisieran explotar los terrenos de la Hacienda de la Flo-

rida, Municipalidad de Santa Ana, Estado de Sonora, y no sólo les dió terrenos sino que, como una hada bienhechora, les dió diez sacos de semillas a cada vecino, arados, mulas y entendemos que cien pesos por cabeza. Sembraron por término medio, un solo saco de semilla, vendieron los nueve restantes y actualmente, no queda en la región una docena de los flamantes propietarios y el Gobierno no ha podido recobrar absolutamente nada.

Otro caso de la misma época. Terrenos de fácil riego en la región del Río Mayo, en un sitio llamado Citabaro. La misma hada generosa se incautó, por aquello de la utilidad pública, de la hacienda de Otero y distribuyó teóricamente los lotes, ofreciéndolos al primer venido, sin más obligación que la de medir sus terrenos a los que antes que a él hubiesen llegado, a fin de localizar su parcela. ¿Qué sucedió? que solo sembraron los ingenieros que iban a repartir la hacienda y sin éxito.

Frescas todavía esas experiencias lo natural era estudiar otra cosa, y presentar algo distinto. Los flamantes directores del movimiento agrarista, dicen, NO. Suficiente y tempestuosamente proponen volver a la propiedad comunal a la rémora más grande para la evolución hacia la propiedad individual y hacia la pequeña propiedad; pavoneándose de implantar de nuevo aquella cuya desaparición es verdaderamente de utilidad pública. Y en el estado actual de la nación esa propiedad comunal dará peores resultados que antiguamente; porque los administradores presentes han demostrado mayor impericia que los antiguos. Hasta el periódico "El Universal", afirmaba hace muy pocos días y con sobraba razón, que poco a poco, las supuestas conquistas revolucionarias iban cayendo para perderse en la nada y en verdad, a medida que el tiempo transcurre, la palabrería va dejando el sitio a los hechos, y los hecho son que los Ayuntamientos han resultado pésimos administradores y como es a ellos naturalmente a quienes se va a entregar la administración de los terrenos comunales, la designación de los lotes, la vigilancia de las tierras, funciones que exigen tacto, constancia y sobre todo desinterés, podemos afirmar, sin temor de equivocaciones, que la reforma será completamente inútil, aunque no sea más que porque el administrador ha de emplear, en vez de tacto, la pasión; en vez de desinterés, la rapacidad; en vez de imparcialidad, el favoritismo.

Si en lugar de los Ayuntamientos van a crearse nuevas comisiones agrarias o encargarse a las actuales esas funciones casi paternales, ya sabemos lo que sucederá; porque acabamos de ver actuar a tales comisiones y en menos de un año, no cuentan con un sólo defensor, habiéndose hecho dignas de que se les considere peores que los Ayuntamientos, aparte de que, como sucede siempre con las instituciones socialistas y en mayor escala con los de su degeneración el bolchevismo, se necesita un ejército de empleados para que funcionen, lluvia de parásitos que chupa toda la sangre que en la institución pudiera haber, de manera que si suponemos que en la República existen seis u ocho mil pueblos, se necesitarían seis u ocho mil comisiones, con un personal por lo menos de cinco mimbros, es decir, de treinta a cuarenta mil empleados más. Como en Rusia, ¡diez empleados para cada habitante! La máquina gubernamental complicando todo, pesando con peso aplastante sobre toda la República y al fin y a la postre, sobre el indio mismo y sobre la agricultura. ¡Guardémonos de semejante cosa! Detengámonos antes de llegar a convertir el Estado en una enorme oficina que paralice las actividades y acarrea el horrible espectro del hambre, como sucede actualmente en la desgraciada Rusia.

Era, sin embargo, fácil comprender, para quien conociera un poco las cuestiones de propiedad, que no estaba su solución en cambiar la forma de dominio de las tierras. La abundancia, la feracidad, el relativo fácil regadío de los nuestros muchos extensos Estados de la República y por otra parte, la escasa densidad de población, las pocas necesidades del indígena, son factores bastantes para comprender que en Méjico no hay problema agrario como en el Japón como en Alemania, en donde hay que llegar hasta la guerra, para adquirir territorios que alimenten al exceso de sus habitantes y por eso la propiedad individual fracasó y la propiedad comunal ha fracasado y fracasará y cualquiera forma de dominio no dará resultado; porque nuestro problema agrario está en la falta de brazos, en la falta de medios de comunicación, en la falta de obras para regadío, y primera y principalmente, concretándonos a la raza indígena, en la falta de educación y por eso, así como no se obtiene un artesano hábil por que se le den los utensilios, los instrumentos de su oficio, así no se ha obtenido del indio, el campesino, a pesar de que se le ha dado la tierra, la semilla, el capital y los implementos nece-

sarios. Economía y trabajo son el **alma mater** de la agricultura. El que quiera sinceramente remediar la situación de la clase indígena, crear la pequeña propiedad, necesita enseñarle al indio el trabajo y la economía, tarea difícil, ingrata y sobre todo de resultados lentos, de frutos lejanos, que no ha de recojer el que intente semejante empresa y que por eso los políticos no han emprendido.

Ellos necesitan cosecha inmediata, apoyo del momento para crear en derredor de sus gobiernos efímeros una base, formada de intereses materiales, tangibles, que les prolongue la vida y por eso confunden dolósamente el instrumento con la función y con el órgano. En semejante empeño, los elementos materiales, dada la magnitud de la empresa, deben venir del Gobierno; pero el espíritu que anime la institución y que le infunda la vida, ha de venir del esfuerzo privado, de alguien a quien, como en otros países sobre todo en España, no le importe que el árbol que siembre no haya de cubrirle con su sombra, sino que se contente con que crezca como una esperanza, en dirección del cielo, para beneficio y engrandecimiento de algo más querido y digno de todo sacrificio, de la patria.

Marzo 1o. de 1922.

Indalecio SANCHEZ GAVIOTO.



LA NAVE OPULENTA

Tercera conferencia pronunciada en el Consejo de Guadalupe de los Caballeros de Colón la noche del 22 del pasado febrero, por el Hermano Lector, Lic. D. Francisco Elguero, acerca del fin último del hombre.

Supongamos que los diálogos entablados entre el ilustre don Joaquín Vázquez de León y su discípulo continúan en el orden que hemos indicado ya.

Como recordaréis, primero se trató de la espiritualidad del alma, desmostrándose tan importante verdad, por el hecho de que el entendimiento del hombre posee cualidades absolutamente contrarias a las de la materia, como por ejemplo las de la abstracción cuando la materia individualizada es esencialmente circunscrita y concreta. Después de convencidos de la existencia del espíritu, buscamos su causa, y solo pudimos hallarla en otro espíritu, porque la materia no puede dar lo que no tiene, como es la espiritualidad; y de esto dedujimos la existencia de Dios, haciendo una aplicación del silogismo de Balmes: **SI EXISTE ALGO, HA EXISTIDO SIEMPRE ALGO; ES ASI QUE EXISTE ALGO, LUEGO HA EXISTIDO SIEMPRE ALGO.** La aplicación es esta: si existe un espíritu, siempre ha existido un espíritu, pues el espíritu sólo del espíritu puede venir; es así que existe un espíritu, luego siempre ha existido el que fué la causa primera del mismo ,y ese espíritu eterno es Dios.

Pasados muchos días sin que la interesante conversación, se reanudase, porque maestro y discípulo marcharon a Europa con motivo de una comisión científica que absorvió toda su atención durante el viaje y en su permanencia en París Roma y Londres, terminado tal asunto se dirigieron a un pequeño puerto de Inglaterra de donde debía partir el vapor que los volvería al Nuevo Mundo, y una tarde tranquila, tibia y clara, por excepción en aquellas latitudes, se hallaban maes-

tro y discípulo sentados en el muelle, viendo cómo se acababa de cargar y aparejar para el viaje un vapor magnífico de los más grandes y lujosos de aquellos tiempos.

No era el de nuestros viajeros, sino uno cargado de las mayores riquezas de la Gran Bretaña y de la India que marchaba, por convenir así a los armadores, con rumbo desconocido.

Pieles ricas, tapices orientales, magníficas joyas europeas, objetos de arte variadísimos y valiosos, máquinas de todas clases, productos químicos, instrumentos científicos, caballos de carrera, perros de las mejores razas, y hasta jockeys y boxeadores, cuanto Inglaterra, en fin, puede producir con su industria o acaparar en su comercio, llevaba aquella nave semimisteriosa, y buena parte de aquellas riquezas se habían exhibido en los almacenes de la ciudad atrayendo gran concurrencia del Reino Unido a una de esas ciudades tranquilas, silenciosas y casi muertas que suelen encontrarse, contrastando con los emporios de la industria y del comercio, y que encantaban al buen gusto y fino sentido artístico de Dickens.

Frente al muelle casi siempre desierto por embarcaciones de alto bordo, pues sólo lo frecuentan lanchas de pobres pescadores, estaba la islita por éstos habitada y en cuyas aguas hacían la pesca, y se podía ver desde el puerto en los días de sol las redes tendidas a secar en las rocas de la orilla.

MAESTRO.—¿Ha descubierto usted, por fin, cuál será el paradero de ese barco tan grande y rico?

DISCIPULO.—Se ha guardado acerca del particular e ignoro la causa, un secreto profundo; pero sin duda que el destino debe ser algún rico puerto de América o de Asia.

MAESTRO.—Se equivoca usted, amigo mío, ese barco va a la islita que tenemos delante y no pasará de allí. Mire usted que lo tengo bien averiguado.

DISCIPULO.—Vamos, maestro, que ya me prepara usted una nueva broma, pero a la cual doy la mejor acogida porque las bromas de usted son lecciones de discreción y ciencia. ¿Cómo se ha de llevar un cargamento de preseas y primores a una islita de miserables que a penas tienen para comer y cómo una nave hecha a tanta costa para surcar océanos había de emplearse sólo en un trayecto que puede recorrer hasta un nadador?

MAESTRO.—¿De modo, amigo mío, que usted sin más motivos que la naturaleza de la nave y de las riquezas de su

cargamento puede decir a **priori** que no está destinada a ese islote deshabitado casi e inhabitable del todo?

DISCIPULO.—Si, porque el sentido común me lo dice y tanta seguridad tengo en ello que apostaría bienes, libertad, vida y hasta honra a que no me equivoco.

MAESTRO.—Pues, amigo mío, ese sentido común tan claro, tan preciso, tan firme que produce en usted la certidumbre de los sentidos y de la evidencia ¿no le está diciendo a usted que nuestra alma cargada de riquezas que solo en el infinito pueden emplearse, no está hecha para el tiempo miserable, inadecuado y estrecho más que el islote que vemos y nos sirve de punto de comparación?

DISCIPULO.—Es usted muy ingenioso y acabaría por convencerme; pero con toda lealtad debo presentarle mis dudas y mis objeciones.

No crea usted que he dejado de rumiar sus argumentos, le declaro que mientras más vueltas les doy, más faces les veo y más relaciones con la naturaleza les busco y les hallo.

De veras que lo que nos falta a los llamados sabios, es estudio de las cosas del alma y de Dios, que no forman parte de nuestra especialidad. Hablando y leyendo de ellas, meditándolas sobre todo, se abren en nuestra mente más dilatados horizontes, se iluminan las dejanías que creíamos oscuras y comenzamos a ver ciertas verdades que antes llamábamos despectivamente METAFISICAS, con la claridad de los más elementales teoremas de las ciencias exactas.

Esa meditación provocada por los argumentos de usted y guiada por ellos ha acabado por convencerme de que hay alma y de que hay Dios, pero acerca de nuestro fin abrigo dudas que quiero usted me disipe; meras dudas no teorías, no sistemas y mis observaciones no van a ser tesis de un contradictor, sino preguntas de un discípulo.

MAESTRO.—Hable usted.

DISCIPULO.—Al pensar en Dios y creer en El me han enamorado aquellas palabras que decía a Lamartine el cantero de Saint Point y que antes no produjeron impresión alguna en mí. "**He ocupado un pensamiento de Dios que me creó y me ve y me ama! El pensamiento del infinito.**" Esta idea me confunde y me ilumina, me anonada y me eleva, y al fin me hace feliz. Dios sacándome de su seno quiso que le conociera y le amara y a esa certidumbre corresponde en mí el acto más natural y legítimo del alma humana: LA ADORACION.

(El Maestro, sin decir nada estrechó cariñosamente la mano de su discípulo.)

DISCIPULO.—De Lamartine no he conservado más que la impresión, y no las ideas ni menos las palabras, pero en verdad que ese pensamiento renovado del modo que he podido me seduce, me enamora.....

MAESTRO.—(Interrumpiéndolo). Y no vaciléis en decir también: ME SALVA.

DISCIPULO.—Pero cuando veo que la tierra es tan hermosa que en ella tiene tan amplio campo el espíritu y el corazón para realizar ideas y sembrar beneficios, me pregunto: ¿no será nuestro fin aunque sea efímero y pasajero contribuir al progreso y al bienestar de esta grandiosa sociedad humana que como la colmena se forma por el trabajo múltiple y combinado de los trabajadores que la fabrican y enriquecen?

MAESTRO.—Amigo mío, no cabe duda que los más grandes pensadores entre los hombres sin fe son como las luciérnagas, que apenas brillan a intervalos. Al hablar de su conocimiento de Dios comprendió la verdad claramente y la expuso con lucidez y ahora incurre usted en el absurdo de creer que el espíritu humano se aniquila cuando no se aniquila nada en la naturaleza; que quien más mereció en esa labor humana de quien usted habla con tanto entusiasmo tendrá un fin idéntico al del perezoso o del criminal que en el colmenar fué zángano o que se reveló infame contra la misma sociedad que debía servir; que el mismo fin deben tener el más despreciable de los hombres y el alma humana del Hijo de Dios, que ante ese ser sapientísimo que nos sacó de la nada, que nos exige agradecimiento y adoración como usted ha dicho acertadamente, vale lo mismo el anarquista que presa de odios infernales arroja en Barcelona una bomba en una procesión de ancianos y de niños, que aquel gran santo de Sales, constante imitador de Jesús que decía a un infame hereje que quería arrancarle la vida y beberle la sangre: "**Mucho mal me puedes hacer, menos el de que te odie: si me arrancas un ojo, todavía te veré con el otro amorosamente!**"

Vaya, buen amigo, que por esta vez estuvisteis desatinado ¿qué fin es ese en que el premio de la virtud es la nada? ¿Qué, Dios el padre que nos saca de su seno por bondad, por AMOR GRATUITO, como a la bondad le llama Lacordaire, después que lo hemos adorado, que le hemos vivido agradecidos, que hemos amado y servido a nuestros semejantes solo por ser

hijos suyos, nos arroja a la nada obrando sin fin alguno, PUES LA NADA NO ES FIN?

DISCIPULO.—Convine el otro día en que Dios no puede hacer las cosas sin fin alguno, porque es propio del ser inteligente cuando actúa, actuar con objeto y objeto adecuado a la grandeza del ser, y ahora, maestro, me combate usted con mis propias armas y con ellas me aterra..... y francamente..... me derrota.

A esa gran razón que dá usted para que Dios no pueda aniquilar el alma, se agrega la de que en la vida no hallan campo sus facultades (ars longa vita brevis) y que si no están predestinados los hombres para la eternidad, el alma sería como esa nave que se apresta para viajes inmensos y gloriosos, que se carga con las mayores riquezas, y que busca por término una playa estéril y un pueblo miserable. Dios sería más torpe que los armadores de la nave opulenta.

MAESTRO.—El hombre precisamente mientras más se perfecciona menos sacia en la tierra sus facultades. Hasta el analfabeta siente la atracción del infinito. ¿Quién puede decir lo que fué ese sentimiento en San Agustín, Santa Teresa, Bossuet, Fenelón, Balmes y tantas otras almas privilegiadas, hasta las de muchos agnósticos modernos?

Newton que usted admira tanto decía melancólicamente poco antes de morir: "**No he sido más que un niño jugueteando a la orilla del mar. A veces he encontrado una concha más brillante, una arena más fina; pero el gran océano de la verdad se extendía inexplorado delante de mí.**"

Es decir, amigo mío, que según usted antes de pensar (no felizmente después de haber pensado) cuando el hombre se ha hecho más dingno de un fin superior, Dios lo aniquila como si fuera un guijarro. ¡Donosa teoría!

EL DISCIPULO.—Estoy vencido y convencido; pero si la nada pudiera ser el fin de algien sería del que torpemente como yo, no quería ver las claridades que me mostrais.



La Abuela de Todos [1]

Una mañana de primavera
Iba la niña para el mercado,
Muy placentera.
Junto a una anciana, camina al lado
De muy tupido verde cercado
Que del camino se alza a la vera.

La bella niña gozosa canta
Y al pajarillo tímido espanta
jj;Que entre los bojes trisca contento
Y alegra el viento
Con ritornelos de su garganta.

(1) "Imitad a los niñso que apretando con una mano la del padre, alcanzan co nla otra las fresas o las moras entre plantas que cercan las heredades; y manejad los bienes terrestres con una de las manos sin soltar de la otra la del Padre Celestial, volviendo de vez en cuando los ojos hacia él para ver si le complacen vuestra hacienda y vuestras ocupaciones. Guardaos sobre todo de desasiros de su mano y apartaros de su protección por la codicia de allegar cuantiosos bienes; porque si os abandonare no dareis paso sin caída mortal. Quiero decir, Filotea mía, que en medio de los negocios y de las ocupaciones que no exigen asidua atención habéis de pensar más en Dios que en los negocios; y cuando éstos la exigieren toda, para su cumplido desempeño, debéis dirigir a Dios vuestras miradas de tiempo en tiempo, no de otro modo que los navegantes para aportar a la tierra que desean, miran al alto firmamento y no a las aguas que surcan sus naves. De esta suerte Dios trabajará contigo, en tí y para tí, y el trabajo os llenará de dulce satisfacción." (Introducción a la Vida Devota de San Francisco de Sales, traducción de don Francisco de Quevedo y Villegas.)

Pero la niña que por el llano
De su abuelita va de la mano,
Luego que el ave tímida vuela,
Mira a la abuela
De piernas torpes y pelo cano;

Y con su boca fresca y bonita
Vivaz le dice: díme, abuelita,
Si asusto al ave ¿debo cantar?
Y pues la vieja no le responde
Canta y agita la cerca en donde
Hay muchas cosas de qué yantar.

Entre ellas moras, guindas y fresas
Que se regalan a las traviesas
Manos de aquella niña gentil.
Ella las corta y engulle ufana
Y su carita fresca y lozana
Mancha gracioso pícaro abril.

Pero no coge la uva o la mora
Si con los ojos inquisidora,
No obtiene venia de la mamá;
Y así no toca jamás un nido
Porque la abuela, ceño fruncido,
Esa licencia nunca le da.

Entre favores y disfavores
Coge la niña frutas y flores
Más y mejor,
Mas si a un insecto va la tontuela,
Hace sentirle la experta abuela
Dulce rigor.

¡Oh Providencia, santa y bendita,
Para los hombres dulce abuelita
Cual las que miman a la niñez!
Cojamos frutos, pero mirando
Tu bello rostro de cuando en cuando,
Aunque ya estemos en la vejez.

México, 1o. de marzo de 1922.

Francisco **ELGUERO.**

CREPUSCULAR

Dedicada al señor licenciado don Francisco Elguero.

El sol se pone. Las enormes nubes
que fuéronlo siguiendo hasta su ocaso
parece que se incendian; sus volutas
son la gama de todos los colores,
de todos los matices.
                                        En la orilla
de un lago terso y diáfano detengo
mi potro y largamente contemplamos
—él y yo—la opulencia del crepúsculo,
los reflejos del agua cristalina;
ora rojos, sangrientos; ora azules,
color de cielo; ora los extraños
de un lila nunca visto por mis ojos.
¿Qué oculta mano seca estas bellezas
del tenebroso abismo de la nada?
¿Quién es el grande artista que dispone
tamaña maravilla que no pueden
ni siquiera igualar las más insignes
inteligencias?
                    Oh, las fuerzas múltiples
que el filósofo dice, no pudieran,
siendo ciegas, crear tanta hermosura!
Tras esas gasas de variados tintes
se esconde un gran Artista.
                                        Desde el fondo
de mi ignorancia y pequeñez te admiro,
¡oh Maestro de todos los artistas!
Y me atrevo a pedirte un don que ha mucho
quisiera poseer: el don sublime
de sentir hondamente la belleza
esparcida en los campos, en el orbe;
de poderla expresar en versos límpidos
que retraten los montes y los lagos
y que lleven fragmentos de mi espíritu.

Méjico, febrero 17 de 1922.

Respicio TIRADO.

MIS IMPRESIONES SOBRE UN ARTICULO DE LA REVISTA "AMERICA ESPAÑOLA"

Con toda atención, y mejor afecto, he dado lectura a un artículo inserto en la Revista "América Española," suscrito por el señor licenciado don Francisco Elguero, a propósito de la influencia benéfica que tuvo "La Conquista Civilizadora" el cual artículo es el Epílogo y Corolario de otros más.

Participo no sólo en el fondo, sino en todo orden, con las ideas expresadas por tan prestigiado escritor.

¡España! (¡La madre patria a la que sin conocer venero, país desde cuyo Rey admiro!) con qué fruición, con cuánto entusiasmo leo a un Martínez Sierra, a un Ricardo León!.... Corre por mis venas sangre española, sangre de noble estirpe, de caballeros ilustres, de poetas sentimentales y exquisitos.

Hablo el idioma rico y galano del inmortal Cervantes, me vanaglorio de poseerlo, y al escribir así, vienen a mi memoria los versos del nunca bien llorado vate Juan de Dios Peza:

"Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte"

La religión católica, nos fué también legada por ella y como bien dice el señor licenciado Elguero, nos dió, las leyes de Indias, los virreyes benignos, la lengua de Cervantes, la familia española, la literatura Castellana, las artes gloriosas, los palacios famosos, las ciudades ricas, la civilización, en fin, en todas sus formas." Y no amar a la madre patria, es cometer una ingratitud, un crimen de lesa humanidad. No amarla es desconocerla...... es insultarla!

"América Española" es toda una Revista, su propaganda de cultura pro México-España, es santa.

Angel PORTILLA. (1)

---

(1) El bondadoso autor dirige otra revista que se llama "Luz y Sombra," y este hecho aquilata su generosidad. Esa publicación, como católica que es, merece todas nuestras recomendaciones.



Lista de los colaboradores que aumentarán considerablemente

Alcocer Mariano, Abogado.—Alessio Robles Miguel, Abogado, Ministro de Méjico en España.—Amor Manuel, Agricultor.—Arce Alberto G., Abogado.—Aramburo y Machado Mariano (Cuba), doctor en ciencias y letras, graduado en Universidades Españolas.—Alcorta Genaro, Arquitecto.

Banegas Galván Francisco, Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro.—Batres Leopoldo.—Barrero Argüello M., Periodista.—Borja Soriano Manuel, Abogado y Notario.—Buitrón Juan B., Presbítero y Vicerrector del Seminario de Michoacán.—Bergoend Bernardo, Sociólogo.

Calero Manuel, Abogado, Ex-embajador de Méjico en los Estados Unidos.—Cuevas Mariano, S. J.—Corona Nicolás, cura de Orizaba.—Comas Solá José, Astrónomo, Director del Observatorio Fabra de Barcelona.—Cortés Rubio Salvador, Abogado, antiguo catedrático de Derecho Civil en la Escuela de Jurisprudencia de Michoacán.—Carreño Alberto M., historiógrafo y economista.—Cuevas Luis, Arquitecto.—Crivelli Camino, S. J.—Chávez Manuel F., Abogado.—Duret Fernando, Abogado, antiguo consultor de la Secretaría de Relaciones Exteriores.—Capistrán Garza René, Presidente General de la Asociación Católica de Jóvenes Mejicanos.

Díaz Pascual, Presbítero, S. J.

Esquivel Benigno, Doctor, catedrático de Derecho Canónico en el Seminario de Méjico.—Escobar Arce Federico, Crítico de arte.—Escobar Leopoldo, Médico.—Elguero Francisco, Abogado.—Elguero José, Abogado.—Escobedo Federico, Pbro., poeta y humanistá.

Fulcheri Manuel, Ilmo. Sr. Obispo de Cuernavaca.—F. de Landero Carlos, Ingeniero.—Fábrega Francisco, Vicario provincial de las Escuelas Pías de Cuba y México.—Figueroa, José Tomás, ingeniero.

González Obregón Luis, Director de la Academia de la Historia y miembro de la Academia de la Lengua.—García Pimentel Luis, Bibliógrafo, miembro de la Academia de la Historia.—Galindo y Villa Jesús, Ingeniero.—García Francisco Pascual, Individuo de Número de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española.—Gándara Guillermo, Ingeniero, naturalista y rector de la Escuela Preparatoria Libre.—Gamboa Federico, Escritor, miembro de la Academia de la Lengua.—García Gutiérrez Jesús, Presbítero.—García Manuel, Alto dignatario de la Orden de Caballeros de Colón.—Gama Arístides, Abogado ecuatoriano.—García Armora, Luis, abogado, Presidente de la Cámara Agrícola de Puebla.—Guzmán Pablo, Abogado.

Herrera y Lasso Manuel, Abogado.—Heredia Carlos, S. J.—Hernández Covarrubias Víctor, General, antiguo profesor del Colegio Militar.—Hernández de la Garza José, Abogado.

Iguíniz Juan B., bibliógrafo e historiador.—Illescas Francisco, Agrónomo.—Ituarte Carlos, Arquitecto.—Iturbide Manuel, pintor y crítico de arte.

Junco de la Vega C., periodista, miembro de la Academia Mejicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.—Junco Alfonso, poeta.

López Portillo y Rojas José, Abogado, Presidente de la Academia Mejicana de la Lengua.—Lara Leopoldo, Ilmo. Sr. Obispo electo de Tacámbaro.—Lara Mariano, Abogado.—Lozano J. M., Abogado.—León Nicolás, Médico, socio correspondiente de la Sociedad de Americanistas de París.—Lefort Ame, cura de la Ferriere, Francia.—Limón Claudio, Abogado.—López Portillo y Weber José.

Mariscal Nicolás, Arquitecto.—Martínez del Campo Rafael, Abogado.—Martínez Luis, Canónigo, Rector del Seminario de Morelia.—Mesa Miguel, Abogado, antiguo Rector de la Escuela de Jurisprudencia de Michoacán.—Moreno Cora Silvestre, Abogado.—Macedo Miguel, Abogado, Director de la Escuela Libre de Derecho.—Mora Rafael de la, Ingeniero.—Mena Ramón, Abogado.—Mena José Ma., Abogado, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.—Méndez Medina Alfredo, S. J., Sociólogo.—Moheno Querido, Abogado, literato y economista.—Méndez Padilla Perfecto, Abogado.—Murillo Guilebaldo, Abogado.—Moreno Arriaga Salvador, Abogado.

Olaguíbel Francisco M., Abogado y Literato.—Ortega Aniceto, Médico.—Ortiz Monasterio Angel, Almirante.

Palomar y Vizcarra Miguel, Abogado.—Pardavé Amado G., Presbítero, Profesor de música sagrada.—Peña y Reyes Antonio de la, Abogado y miembro de la Academia de la Lengua.—Pereyra Carlos, Abogado y polígrafo.—Pereyra María Enriqueta.—Peza Manuel de la, Sociólogo.—Pallares Jesús, Pbro., Catedrático de Humanidades en el Seminario de Méjico.—Palacios, Joaquín Luis, presbítero.

Reyes Rodolfo, Abogado, antiguo catedrático de Derecho Constitucional.—Restori Manuel, Pintor y crítico de arte.—Romero de Terreros Manuel, Marqués de San Francisco.—Ruiz de Velasco Tomás, Ingeniero.

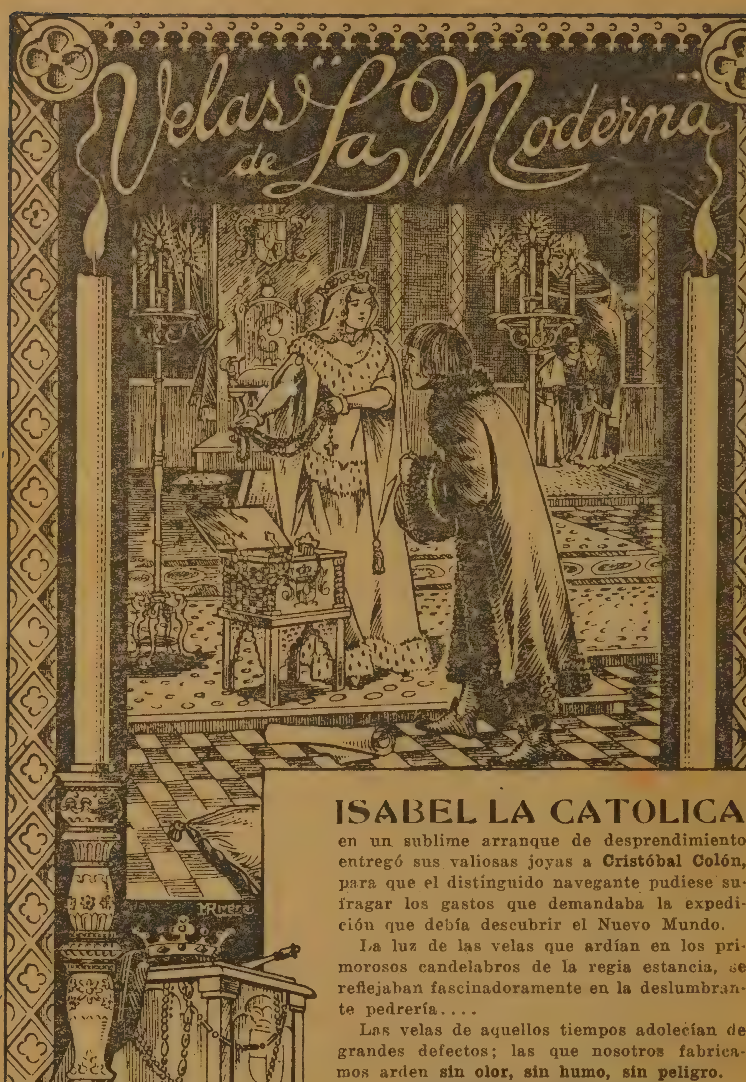
Serrano Pedro, Abogado y periodista.—Soberón Miguel, Médico.—Salas Gustavo, General, antiguo profesor del Colegio Militar.—Sepúlveda Luis G., Doctor, catedrático de Hermenéutica en el Seminario de Méjico.—Saenz Joaquín, Canónigo, Catedrática de Teología Dogmática en el Seminario de Morelia.—Silva Fidel, Magistrado del Tribunal de Justicia de Michoacán.—Santoscoy Fernán Gabriel, Abogado.

Tena Felipe de J., Abogado.—Tamariz Eduardo, Abogado, Ex-ministro de Agricultura.—Troncoso José María., Presbítero.

Ugarte José, Abogado.

Villalón Francisco, Abogado e historiador.—Villela Juan, Abogado y Notario.—Villela José, Abogado.—Villegas Jesús, Abogado.

Zepeda Enrique, Ingeniero y periodista.



Sr. Fernando C. Ramírez,
Soc. J. Calle 28, No. 66
Guadalajara, Jal.

Imp. M. León Sánchez.—Méx.

AÑO I. 1º DE ABRIL DE 1922. NUM. 23

América-Española

MEJICO - ESPAÑA - ROMA

Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española y a la propagación de todo linaje de cultura en Méjico.

COLABORAN EN ELLA PROFESIONALES MEJICANOS Y ALTAS PERSONALIDADES DE OTROS PAISES

PROPIETARIOS: LICS. FRANCISCO Y JOSE ELGUERO

Director responsable: Lic. Francisco Elguero. Subdirector: Lic. José Elguero

Administrador: Francisco Vacá Zavala

URUGUAY 40, DESPACHO 11, MEJICO, D. F.

SUMARIO

EJEMPLAR $ 0.75



de Guadalajara [Jal.]

Está ya a la venta, en las principales librerías de esta ciudad el primer número de la "COLECCION DE DOCUMENTOS HISTORICOS REFERENTES AL ARZOBISPADO DE GUADALAJARA," publicados por el Ilmo. Arzobispo Dr. y Mtro., don Francisco Orozco y Jiménez, en forma de revista trimestral ilustrada y escrita en papel fino, artísticas carátulas y muy hermosas ilustraciones; su presentación es elegante y correcta y su contenido a todas luces interesantísimo. Cuéntase con documentación rica y copiosa en lenguas castellana, latina, mexicana y cazcana, cuya publicación será de gran utilidad para nuestra historia nacional.

Casi todos los documentos que verán la luz pública en esta revista son inéditos, procedentes de los archivos eclesiásticos de Roma, Sevilla y Guadalajara.

Cada número contiene 120 páginas y cada tomo 480 El precio de suscripción anual es de $8.00 que deben ser enviados por adelantado al Admor. de la Revista, Sr. Lic. J. Ignacio Dávila Garibi, Guadalajara, Jal. Méx. Calle de González Ortega Núm. 186. Dirección postal. Apartado 178.

AÑO. I. 1º DE ABRIL DE 1922. NUM. 23

América-Española

Revista Quincenal

Destinada al estudio de los intereses de la Raza Latina en el Nuevo Mundo.

Registrada como artículo de 2a. clase en las Oficinas de Correos de la Ciudad de Méjico, con fecha 19 de abril de 1921, bajo el número 16448.

Sección de Filosofía de la Historia.

RUSIA REDENTORA (1)

I.

LA OLA ROJA

Al comenzar el tercer año de la guerra europea, súbito difundióse por el mundo la noticia de la caída de Nicolás II, zar de todas las Rusias. No obstante el fragor de las batallas,

(1) Excitamos a los suscriptores a la lectura de esta soberbia disertación que su ilustre autor quiere publicar por primera vez en "**América Española**", y que, compuesta de tres partes, aparecerá en tres números sucesivos.

Conocer la situación de Rusia actual, es no sólo exigencia de la cultura, es casi necesidad sociológica, porque el mal ruso afecta a la humanidad entera y ésta necesita conocer sus dolencias, sus remedios, sus enemigos, sus libertades, cosas todas que logra enseñar el Director de nuestra Academia Mejicana de la Lengua en perfecta síntesis, erudición copiosa y amena y estilo tan sencillo como claro, fácil y agradable por todo extremo.

Consideramos para "**América Española**", como preciosa adquisición la de estos tres artículos que constituyen uno de los libros históricos mejores, relativos a una de las fases más trágicas conmovedoras y, por la duración y universalidad de sus efectos, importantes, de la última guerra europea.—La Dirección.

aquel gravísimo rumor causó una estupefacción general. ¡Cómo! ¿Era posible que el soberano, el autócrata cuya autoridad se extendía sobre un territorio de más de ocho millones de millas cuadradas, hubiese sido derrocado? ¿Qué había sido de sus millonadas de soldados, y de sus innúmeros cañones, ametralladoras, fusiles y aprestos de guerra? ¿Cómo se había desarollado aquel drama formidable? Nadie acertaba a dar respuesta a tales interrogaciones. La lejanía del teatro donde se habían desarrollado los sucesos, la confusión engendrada por la gran pugna, la censura ejercida por donde quiera, y, finalmente, la incomunicación, por mar y tierra, en que las operaciones bélicas habían puesto a la nación moscovita, impedían la transmisión detallada de las noticias; de suerte que todo se miraba al través de ese velo opaco que se corre sobre lejanas y nebulosas perspectivas.

Pero nadie desconoció la enorme importancia del acontecimiento. Aliada de Francia, Rusia había mantenido el equilibrio europeo durante cuarenta años, y había pesado tanto su influencia en la balanza de los destinos del viejo mundo, que más de una ocasión, cuando Alemania había estado a punto de saltar otra vez al cuello de Francia para estrangularla, había bastado la hosca actitud del Oso Moscovita, para que las espadas hubiesen vuelto a las vainas y para que hubiese renacido el sosiego en las alarmadas cancillerías. Y ahora mismo, al estallar el conflicto mundial, en el que se vieron comprometidas las grandes potencias trasatlánticas, la acción rápida y formidable de los ejércitos del zar sobre la frontera prusiana, había impedido el aniquilamiento de las huestes francesas, la toma de París y la conquista de Francia.

Recordábase que la agresión victoriosa de las fuerzas del autócrata, no había podido ser atajada en repetidos y terribles combates; que había logrado abrirse paso con la pujanza de un ariete, al través de los ejércitos germánicos y austro-húngaros; y que sólo había podido ser un tanto amortiguada en la cordillera de los Cárpatos, por el genio militar de Lundendorf y de Hindenburg. Es verdad que, después de tan formidable esfuerzo, había sobrevenido la retirada, y que el Gran Duque Nicolás, ese jefe admirable, que estuvo a punto de ser el héroe de la lucha oriental, había tenido que renunciar a sus ensueños de conquista de Viena y de Berlín; pero todavía entonces, después de los reveses sufridos, era

tan enorme la masa armada de los súbditos del zar, que obligaba a los centrales a destinar un número crecidísimo de tropas, para mantener en respeto al forzudo y mal domeñado coloso.

Por otra parte ¿cuáles iban a ser los resultados del cambio político de Petrogrado? Decíase que una república había surgido de las ruinas del imperio; pero se ignoraba si aquel nuevo gobierno estaría dispuesto a respetar los compromisos contraídos con Francia e Inglaterra, o si iba a desconocerlos y a abandonar la iniciada partida. Pronto, empero, súpose que, después del golpe de estado de la Duma, efectuado el 19 de marzo de 1917, habíase constituído un gobierno provisional bajo la jefatura del príncipe Jorge Lvov; que dos meses después, había sobrevenido un nuevo cambio; y que, al cabo de algunos tanteos y vacilaciones, habíase establecido, a principios de agosto, otro gabinete con nuevo jefe también, Alejandro Kerensky, el cual, entre éxitos, derrotas y contradicciones, había podido durar hasta el 7 de noviembre del mismo año. Una revolución militar derribó por fin ese Ministerio, y, para reemplazarle, irguióse, terrible y sañudo, el régimen bolchevique cuyos principales corifeos eran y son hasta los momentos que corren, Vladimir Ilitch Ulianof-Lenin, Chícherin y Leon Trosky.

Tanto el príncipe Lvov como Kerensky habían querido continuar la lucha contra Alemania, y aun había logrado formar éste último nuevos ejércitos, y mandarlos al campo de batalla; pero una vez triunfantes los comunistas, diéronse prisa a pedir la paz y a firmarla, tal como Germania quiso imponerla. De allí nacieron los humillantes y vergonzosos tratados de Brest-Litovsk.

Después de eso, los jefes del movimiento, y Nicolás Lenin sobre todo, que es el cerebro de la revolución, establecieron en el país el régimen proletario de los soviets, que es el que prevalece hasta el día, después de tres años justos de duración.

La deserción de Rusia del teatro de la guerra, estuvo a punto de causar la ruina de los aliados, y, de hecho, hubieran éstos sucumbido en la demanda, a no haber intervenido en los momentos más críticos, la gran República Norteamericana, con su industria poderosa, su nerviosa actividad y sus inmensos recursos. El cambio político radical de Rusia no produjo, pues, a este propósito, los resultados aguardados o

temidos, y desde tal punto de vista, no tiene más importancia, que la de un gran peligro corrido por la Triple Entente y las otras potencias que con ella se unieron, y felizmente conjurado por un asociado poderosísimo y de última hora. Mas, a virtud de esa extraña transformación que suelen sufrir los acontecimientos históricos, convirtióse de pronto, de peligro exclusivo para los aliados, en amenaza general para los gobiernos; y de problema político ruso, en problema agudo y vital para todo el género humano.

La metamorfosis ha sido estupenda y colosal. La actitud de Rusia al iniciarse el año de 1917, hizo temblar a Europa, y esa misma actitud, desde los fines de ese año hasta nuestros días, ha hecho temblar el mundo. Méjico está muy lejos de Lenin, y, para una inteligencia estrecha y vulgar, nada tiene que decir a propósito de la obra realizada por ese corifeo; mas para los que conocen el valor de las ideas y del ejemplo, y saben con cuánta felicidad vuelan aquellas, y con cuánta facilidad también éste se impone, es, no sólo oportuno, sino necesario, que los mejicanos analicemos a nuestra vez esos hechos, para aquilatarlos a la luz de la razón y de la moral, y darnos así cuenta de su verdadera índole y significación.

Nuestro país, por otra parte, ha sido arrebatado ya, felizmente, por el impetuoso río de la civilización, y vive, no sólo de su existencia individual y egoísta, sino también, y en sumo grado, de la vida colectiva de los pueblos, cuyas ideas mira cruzar por sus abiertos horizontes, ya como ráfagas luminosas, o bien como sombras fatídicas. No estamos, como antaño, apartados del concierto universal; formamos parte de ese gran todo clamoroso, que busca en la penumbra, el camino de la justicia y de la dicha.

*
* *

A los triunfos iniciales de Sansonof y Rennencampf en el frente de Prusia, siguieron muy pronto los reveses de los Lagos Masurianos; y a los primeros avances del Gran Duque Nicolás en los territorios austriacos, la retirada impuesta por el Cuartel Maestre del Ejército Germánico. El pueblo ruso, que confiaba, acaso, con exageración, en su enorme poder, sufrió tremendo desencanto al saber el fracaso de sus huestes; pero algo se repuso y alentó, cuando el general

Brusilof recobró buena parte de la Galitzia y la Bucovina. Presto, con todo, vió obscurecerse de nuevo su alegría, al ocurrir otros desastres en ese mismo frente, y las inquietudes y los temores de los habitantes del imperio, renacieron entonces con más fuerza que nunca.

Apenas comenzado el año de 1917, negros nubarrones se amontonaron en el horizonte. Siniestros rumores circulaban acerca de multiplicadas traiciones cometidas contra la patria. De ello se acusaba, antes que todo, a la zarina Alejandra Fedeorovna, antes Alicia de Hesse, atribuyéndole estar en inteligencias con el enemigo, e incitar a Nicolás II a hacer una paz separada con los imperios centrales. Después de la soberana, acusábase públicamente a altos funcionarios del imperio, tales como Sujonlinov, Ministro de la Guerra, y al conocido coronel Miasayedof. Decíase del primero, que había rehusado las municiones que le ofrecían los ingleses, y del segundo, que mantenía relaciones con el Estado Mayor Alemán; y fué creciendo tanto el rumor, que Miasayedof acabó por ser colgado como traidor. También Sturmer, Ministro de Hacienda, era tenido como sospechoso, tanto, que en una sesión de la Duma, dijo un representante con amargo sarcasmo:

—"Señores, hace largo tiempo que está prohibido en Rusia hablar el alemán; pero yo pido perdón para pronunciar sólo tres palabras en ese idioma. ¡Herr von Sturmer!

La asamblea se estremeció de indignación al oir tan odiado nombre, y prorrumpió en exclamaciones de rabia.

Entretanto, carecía el ejército de cañones, obuses y ametralladoras. Regimientos enteros no tenían fusiles y los oficiales recomendaban a sus soldados que, para procurárselos, recogiesen las armas de los muertos y heridos. Los pobres soldados tenían que luchar sólo con palos contra la artillería alemana. Caían las fortalezas, una tras otra, como castillos de naipes. Con la ayuda atribuida a Sujonlinof y a Miasayedof, los alemanes penetraban hasta en las fábricas de guerra. La mitad de las acciones de Putilof, el mayor centro de producción de municiones, pertenecía al grupo austriaco de Skoda, estrechamente unido con Krupp.

Aparte de esas causas de índole general, había otras de carácter íntimo, propias de la familia imperial, que habían caído en el dominio público y que explotaban hábilmente los descontentos para soliviantar los ánimos y ponerlos en mórbida ten-

sión. La emperatriz, protestante en su juventud, habíase convertido a la religión ortodoxa, y, llevada de su temperamento exaltado y enfermizo, habíase tornado creyente fanática y visionaria. Nadie, como ella, en todo el imperio, sentía tanta reverencia por los iconos, ni tanto respeto hacia los popes, ni tan grande sumisión frente a los ascetas. Sus propios padecimientos de histérica, los de su hijo el heredero del trono (niño bueno, dulce y endeble), y ahora, las congojas de la guerra y de la situación que ésta había creado, habían arrojado nuevo combustible a la hornaza de sus devociones y exageradas prácticas; de suerte que su espíritu, siempre temeroso, alentaba y vivía sólo de rezos y plegarias, de supersticiones y de conjuros. Y los cortesanos dieron pábulo a sus místicas extravagancias en vez de combatirlas, y nobles y Ministros, aparentaban participar de ellas, y celebraban sesiones espíritas en los salones de los palacios de Invierno y Sarcoye-Selo, y hacían hablar a las mesas giratorias, y evocaban las sombras de los muertos para pedirles que rasgasen los velos del porvenir.

En medio de tanta debilidad y demencia, apareció una extraña figura, la de un mujik palurdo, sucio y grosero, llamado Gregori Rasputin. Aldeano de la provincia de Pokoskoye, cerca de Tobolsk, había tenido la juventud de un bribón, pero a los treinta años de su edad, había aparentado haberse convertido a la virtud, habíase hecho lego mendicante, había peregrinado hasta Jerusalem, y de vuelta a su provincia, había fundado una extraña secta, cuyo programa era promover el arrepentimiento, pero antes de eso, la ejecución de los pecados, porque sin cometerlos, decía, nadie podía arrepentirse. Después de haber hecho gran ruido y numerosos prosélitos en el campo, fué a sentar sus reales en Petrogrado, a donde llegó con buenas recomendaciones del célebre sacerdote Juan de Cronstadt. Recibióle la corte con entusiasmo; y en el palacio de la condesa Ignatief, hizo su aparición de apóstol, zahorí y curandero. Refiere Tasín (1) cosas muy poco edificantes, de la corrupción que ese aventurero llevó al seno de la aristocracia femenina, y hasta dá a entender que la emperatriz misma se dejó seducir por sus artes diabólicas; pero el autor, partidario de la revolución, es demasiado sospechoso y maldiciente para que hagan fé sus

(1) "La Revolución Rusa."

palabras. Mejor que la versión escandalosa de Tasín, debe admitirse otra más natural y ajustada al amor materno de la zarina, para explicar el ascendiente que llegó a adquirir el mujik en el ánimo de ella. El zarevitch estaba atacado de hemofilia, extraño padecimiento que consiste en la extravasación de la sangre y en su derrame subcutáneo; y Alejandra Fedeorovna creía a pie juntillas, que Rasputín poseía un secreto precioso, para contener el mal instantáneamente, y que sólo él era capaz de realizar el milagro, Dícese que el específico del mujk, consistía, precisamente, en todo lo contrario, esto es, en promover las hemorragias del príncipe; que gente pagada por él, lo administraba al paciente cuando Rasputín se alejaba; y que, cuando era éste llamado a la corte para atender al enfermo, cesaba de ser administrada la droga. Entonces se presentaba el curandero, y desaparecía el fenómeno hemorrágico. Siendo esto así, bien se explica la infinita devoción, que no sólo la zarina, sino también el zar, profesaban el místico embaucador y charlatán.

El espectáculo de aquellas regias debilidades, había hecho ya muy odioso al personaje; pero la ojeriza pública subió de punto cuando se difundió el rumor de que Rasputín había sido comprado por los alemanes, y hacía uso de su poderoso ascendiente para predicar la paz, el abandono de los aliados y la celebración de un arreglo inmediato con los imperios centrales. Desde el punto y hora en que se echó a volar tal versión, y en que el público la acogió como verídica, fué considerada como obra patriótica la destrucción del estorbo, y se urdieron numerosos complotes para llevar a cabo ese acto, titulado de justicia. La guerra, por aquel tiempo, era popular, y el odio a los alemanes, por todos sentido; de suerte que no había quien discrepase en cuanto a la necesidad de acabar con Rasputín. Nobles y plebeyos, zaristas y revolucionarios, todos prorrumpían en gritos de muerte contra el brujo. Y, bien que la corte hubiese procurado darle todo género de seguridades, pudieron más los conspiradores que los zares y la policía; y una noche, en un banquete de nobles, fué asesinado el miserable impostor, y sus restos arrojados a las corrientes del Neva.

Este incidente, secundario al parecer, tuvo inmensa resonancia en el imperio, y ahondó el abismo que se abría entre el gobierno y la oposición; porque los revolucionarios no perdían ocasión de explicar los acontecimientos de la manera

más odiosa, y de poner en pugna a gobernantes y gobernados. Los habitantes extranjeros de Petrogrado encontraban la situación tan extraña y revuelta, que no acertaban a comprenderla. Veían que la corte desbarraba, que los Ministros perdían la cabeza, que los soberanos no sabían lo que se hacían, y que el pueblo se agitaba, ciego y furioso, a merced de las pasiones y del acaso. Así las cosas, la aparición de Rasputín había dado a cuadro tan singular, una nueva pincelada de extravagancia. Se recordaba que Dostoyevsky había profetizado que: "Dios bajaría sobre la tierra bajo la forma de un simple aldeano para salvar a Rusia". Esa absurda especie, difundida entre todas las clases sociales, había hecho creer a muchos incautos en la divinidad del mujik, y, entre otros, a cierta bella dama, esposa de un Consejero de Estado. Esa mujer adoraba al brujo en persona, y siempre que le veía en las reuniones místicas, dábale el nombre de Dios Sabaoth.

La muerte del impostor no sirvió para volver a la razón a los extraviados; sino que antes los tornó más locos y frenéticos. Porque a esa tragedia siguieron más sesiones espíritas, en las cuales los fieles de Rasputín evocaban su alma con fervor, y decían que se les aparecía y les hablaba.

Era tan grande el desconcierto, que un diplomático francés a quien le preguntaron qué opinaba de Rusia, contestó que en los elementos directores de Petrogrado, se desarrollaba una epidemia de enajenación mental, una verdadera psicosis, y que no podía explicarse lo que estaba sucediendo.

*

* *

Entretanto comenzaban a escasear los víveres. La guerra y la mala administración gubernamental habían desorganizado el servicio de los ferrocarriles y puesto dificultades al tráfico. Abundaban las provisiones en algunas provincias, pero faltaban en otras. No las había en Petrogrado, y la voz pública acusaba a los acaparadores de mantenerlas encerradas en sus almacenes, y de producir adrede la crisis para vender a precios exorbitantes sus mercancías. Todas estas causas encadenadas, combinadas y gravitando las unas sobre las otras, iban exasperando más y más las pasiones del público. Desfiles numerosos de hombres y mujeres recorrían

las calles, llevando en alto grandes letreros que decían: **¡Queremos pan! ¡Tenemos hambre! ¡Los que trabajan tienen derecho al pan!** Sofía Cosanova (1) sabía perfectamente lo que había en el fondo de aquellas manifestaciones: los partidos radicales las habían echado a la calle.

Así, las turbas excitadas desde la penumbra por los revolucionarios, fueron haciéndose todos los días más agresivas, hasta que el 12 de marzo estalló el conflicto y comenzó la lucha.

El populacho y los radicales estaban de una parte, y el ejército y la policía por la otra. El Ministro Protopopof había hecho colocar ametralladoras en lo alto de los edificios en previsión de un levantamiento; llovían los proyectiles sobre los manifestantes, y el populacho despavorido huía falto de armas y de jefes. La insurrección hubiera sido sofocada, a no haber sobrevenido la defección de los soldados, que se negaron a disparar sobre las turbas, y se lanzaron por calles y plazas abrazando revoltosos y cantando la Marsellesa. Solamente los policías continuaron haciendo resistencia. La nobleza y el ejército abandonaron a su emperador en aquellos momentos supremos.

Bien pronto fué vencida la resistencia, y la multitud tumultuosa se derramó triunfante por la capital, asaltando cuarteles, donde se proveyó de fusiles, saqueando almacenes, poniendo en libertad a los presos y tomando posesión de los palacios. Así llegó aquella ola humana, amenazadora e irresistible, hasta el recinto mismo de la Duma, empujada por los políticos que tras ella se escudaban y guarecían. Y al verla llegar, aprovecharon la ocasión los diputados liberales y republicanos para sacar triunfante su causa, y se constituyeron directores de la maniobra. Y Rodzianko, Presidente de aquel cuerpo, vino a ser cabeza transitoria del motín, mientras se procedía a organizar el nuevo gobierno.

Es preciso leer el vibrante libro de Sofía Casanova "La Revolución Rusa en 1917", para sentir la emoción de aquellas jornadas confusas y dramáticas. Un pueblo ciego, excitado y delirante, iba de una parte a otra, gritando, pidiendo, reclamando, y no sólo pan, sino algo más que no podía precisar, espoleado por el hombre, azuzado por los políticos, contenido por el respeto al trono y empujado por la rabia

(1) **"La Revolución Rusa en 1917".**

contra los traidores. La autora, inteligentísima gallega, esposa y madre de polacos, era corresponsal del A. B. C. de Madrid, y fué mandando a esa revista, desde Petrogrado, informes precisos, elocuentes, vividos, sobre los sucesos que a su vista se desarrollaban.

¡Qué días aquellos para la capital moscovita! Después de la lucha, del derramamiento de sangre y de la toma de posesión de la ciudad, vino la libertad política del pueblo en forma mal definida. Rodzianko y los principales miembros de la Duma hubieran deseado el establecimiento de una monarquía constitucional, o bien el de una república; pero los elementos extremistas que andaban mezclados con el cándido pueblo, exigían mucho más; no la caída de Nicolás sólamente, sino la de toda la dinastía Romanof, la abolición del zarato, y otras gravísimas cosas que por lo pronto no declaraban. El príncipe Jorge Lvov, jefe de la "Unión de los Municipios y los Zemstvos", es constituído jefe provisional del nuevo gobierno, y comienzan luego las reformas. La unión casual de la tropa con el pueblo, queda confirmada con la formación de un grupo político denominado "Consejo de Obreros y Soldados", y aquel núcleo sin cesar creciente, conviértese muy a poco en el supremo director de la política. El ejemplo de Petrogrado es seguido por las principales poblaciones del imperio; Moscú, Jarkof, Odesa y otras muchas capitales, únense a la insurrección. El zar estaba en Mohilief. Rodzianko le telegrafía diciéndole que es grave la situación. "Los Ministros y los Generales, escribe Tasin, están bajo de llave, los policías se ocultan o se quitan los uniformes para evitar la cólera de la multitud, los cosacos y los soldados, hasta los más recalcitrantes, ingresan a las filas del pueblo. El viejo poder ha desaparecido como por encanto. Las tropas de los alrededores llegan para manifestar su adhesión."

Ante el palacio de Táuride, que desde el primer día se ha convertido en el centro principal de la conflagración, desfilan sin cesar unidades armadas: todas pasan por allí, hasta la escolta privada del emperador; todos han desertado su causa.

La ciudad está como de fiesta: banderas rojas ondean por donde quiera; blanden los oficiales la espada con alarde revolucionario; se lanzan gritos a la libertad y la multitud canta sin cesar la Marsellesa.

Los elementos moderados de la Duma miran con espanto cuán lejos van llegando las cosas. Combatían los excesos de los imperiales, pero comprenden que Rusia no está preparada para formar una república, y siguen suspirando por una monarquía constitucional con el gran duque Miguel, hermano del zar, o con el hijo de éste, a la cabeza. Todo el partido cadete, esto es, el liberal, participa de la misma opinión; pero el Consejo de Obreros y Soldados todo lo domina, y es instrumento de los extremistas. Y el Consejo no entiende de transacciones.

*

* *

Por lo pronto, resuélvese exigir la abdicación de Nicolás. Nada sabía el soberano de lo que en la capital pasaba, porque le habían ocultado la verdad sus cortesanos. Y demasiado tarde, por informes de Rodzianko, de la zarina y del comandante de Sarcoye-Selo, tuvo conocimiento de la insurrección de Petrogrado.

Entonces quiere volver rápidamente, y ocupa su tren; pero en el camino es detenido por sus generales Russki, Brusilof y Evert, que le ponen al tanto de la crisis y le aconsejan que renuncie. El zar, que jamás se aferró a la posición que guardaba, preparábase a telegrafiar a Rodzianko que estaba dispuesto a separarse del poder, cuando se le presenta una comisión del gobierno provisional, que le exige aquella medida. No se opone Nicolás, y a la media hora, entrega escrita su abdicación, en virtud de la cual, no su hijo, sino el gran duque Miguel, debía ocupar el trono. Después de eso, queda tranquilo, creyendo, el infeliz, que ha conjurado la tormenta.

Cuando la comisión vuelve a Petrogrado y da cuenta de su cometido, al Gran Duque se niega a aceptar el cetro, en vista del peligrosísimo curso que han tomado los acontecimientos, y la situación sigue encrespándose de hora en hora, de minuto en minuto.

El gobierno provisional, entretanto, había dictado disposiciones ultraliberales para satisfacer antiguas exigencias de los exaltados. Mandó soltar todos los presos políticos: telegrafió a Siberia para que los desterrados quedasen en libertad absoluta; y los derechos de reunión, manifestación y

prensa libre, fueron legalmente reconocidos. Todo eso estaba bien; mas, desgraciadamente, bajo el influjo de la excitación general y del deseo de complacer a las masas, dictáronse otras medidas funestas, propias a desorganizar el ejército, que era el único núcleo fuerte y unido que aun quedaba en pie. Tanto se había dicho de la tiranía de los jefes militares, que, para redimir a los soldados de aquella pretendida esclavitud, se fué mucho más allá de lo que hubiera sido racional. He aquí lo que decían algunas de esas disposiciones: "Cada soldado tiene derecho de pertenecer al grupo político, religioso, económico e industrial que más le acomode; puede expresar de palabra o por escrito sus opiniones políticas, religiosas y sociales; soldados y oficiales pueden vestirse de paisanos cuando estén fuera de servicio; se suprime la Ordenanza; quedan abolidos los honores; los grados militares se confieren por elección de los soldados."

Fácilmente se comprende que, a la sombra de aquellas franquicias y en esos momentos de terrible efervescencia, tan latas disposiciones debían contruibuir, como en efecto contribuyeron, a aumentar el desorden en grado sumo. El ejército que, conforme a los buenos principios de gobierno, debe abstenerse de tomar cartas en la política, trasmutóse de improviso en entidad opinadora, deliberante y bullanguera; y la relajación de la disciplina y del respeto a los superiores, convirtió batallones y regimientos en focos permanentes de rebeldía. El funesto error que entrañaban aquellas medidas, echóse pronto de ver en el mismo Petrogrado y en el cercano teatro de la guerra.

Rotas las cadenas de la ordenanza, millares de soldados, sabiendo que el antiguo régimen ha caído, arrojan al suelo los fusiles y emprenden el camino de sus casas. Imposible retenerlos bajo la bandera. El rumor de que iban a ser repartidas las tierras imperiales, aumenta e intensifica la confusión; nadie quiere llegar tarde y quedarse con las manos vacías. Todos se apresuran a volver a sus pueblos, y, entretanto, déjase el frente casi desamparado y a merced de los alemanes.

*
* *

El gobierno del príncipe no podía ser de larga duración. Tan grande era el desbarajuste, que nadie lograba entender-

se. En el palacio de Táuride se aglomeraban, además de los funcionarios, tres mil delegados del Consejo de Obreros y Soldados, y tántas y tántas comisiones, que no podrían ser enumeradas. Día y noche se discute y grita, se insulta y amenaza. Allí se apiñan todos los partidos: el moderado, el liberal, el radical. Entre las banderas rojas que ondean por calles y plazas, míranse las negras del anarquismo. Forman cordón las delegaciones, las nacionalidades, el ejército, la marina, los grupos étnicos; todos quieren ser representados. Finlandeses y judíos se quejan de la opresión que los agobia. Todo se vuelve representaciones: nadie se acuesta; todos trabajan las veinticuatro horas del día, y, agotados, se quedan dormidos en los bancos y sobre los pupitres. Un delegado, rendido de fatiga, ronca en la tribuna a la mitad de su discurso.

La situación se agrava. La guerra de fuera y el caos interior, se dan la mano: aquella es casi abandonada, y éste crece en intensidad a cada momento. Lvov quiere contener la indisciplina; pero carece de medios eficaces para ello; teme que el ejército se vuelva contra él, si intenta moralizarlo. Todos gritan, todos protestan, nadie está contento, nadie quiere obedecer.

El gobierno había logrado remediar en gran parte las necesidades públicas, haciendo venir los víveres por los ferrocarriles: pero ya el pueblo no se contentaba sólamente con el pan que antes pedía, sinó reclamaba también la terminación de la guerra a cualquiera costa. Los extremistas habían adelantado mucho en su propaganda. En los primeros días de abril, grupos numerosos recorrían las calles de la capital gritando "¡Abajo los ministros burgueses!" "¡Abajo la guerra!" "¡Queremos paz y pan!". Algunos agregaban "¡Mueran los capitalistas!". Los choques armados se repetían con harta frecuencia.

Y lo peor de todo era, que el gobierno provisional carecía de elementos de represión. El Consejo de Obreros y Soldados mostrábase todos los días más exigente y altivo; Levov nada pedía contra él, y no quería desafiarlo. El diputado socialista Kerensky era el único lazo que unía al Consejo con el gobierno. Los campesinos, a su vez, comenzaban a no querer vender su trigo, alarmados por la depresión del dinero; la promesa de repartir tierras había precipitado los acontecimientos. Los labradores, impacientes, las toman sin que nadie se las dé; los propietarios se defienden; hay choques

armados y la sangre corre. En medio de aquella desconposición, surge el separatismo en diversas provincias del imperio: Finlandia, Ukrania, el Cáucaso. La contrarrevolución aparece también en algunas lejanas comarcas.

Lvov había prometido a los aliados que continuaría la guerra; pero no pudo cumplir la oferta. Kerensky era el solo político capacitado para recibir el poder de manos del príncipe. En los comienzos de mayo, entran los bolcheviques en escena, apoyados por los marinos de Kronstadt. Su grito de guerra, por el momento, es éste: "¡Abajo los Ministros imperialistas!" Y después de mil peripecias, renuncia el gabinete Lvov el 7 de ogosto; fórmase otro nuevo, y Kerensky, a la cabeza del Ministerio, comienza a gobernar.

*
* *

Uno de los problemas más arduos, era la guerra ¿Se continuaba, o no? Si lo primero, seguiría adelante la obra nefasta de los revoltosos; si lo segundo, se faltaría a la fe jurada, y sufrirían la honra y el prestigio nacionales.

Kerensky vaciló algún tiempo; mas adoptó, al fin, el partido de la guerra, y la Entente, regocijada por tan favorable determinación, envió al Ministro mensajes que la robusteciesen. El general Thomas, delegado de Francia, fué uno de los más asiduos; acompañábale por todas partes, y juntamente con él, visitaba los campos de batalla.

Las trincheras estaban casi solas; los elementos bélicos, mermadísimos. Faltaban cañones, fusiles y proyectiles; pero la actividad del jefe del gabinete procuró poner remedio a esas deficiencias. Uno de los recursos a que apeló con mayor energía, fué el de su palabra maravillosa. Dice Sofía Casanova que Kerensky es un orador de primera fuerza, de imaginación viva, de sentimientos fogosos y de verbo arrebatador; y así debe de ser, cuando logró contener el derrumbe militar, aunque haya sido por breve tiempo, oponiendo a la acción de los elementos deletéreos, su patriótica energía. Débil y enfermizo, pero dotado de un vigor psíquico a toda prueba, no cesaba de pronunciar discursos: en la Duma, en los pórticos de los palacios, en todos los frentes y hasta dentro de las mismas trincheras.

Así logró formar un nuevo ejécito y poner a su cabeza al

valiente general Kornilof. Este jefe, cosaco del Don, no supo leer ni escribir sino hasta los doce años. Antes de esa edad, sólo se había ocupado en domar potros bravíos. Afanoso siguió sus estudios, entró en un colegio militar y pronto se reveló poseedor de grandes cualidades para la carrera de las armas. Ambicioso, duro, capaz de rencor, se había hecho revolucionario por odio a la zarina, quien, según decía, le había menospreciado; pero sentía devoción infinita a su carrera y a Rusia sobre todo. Era el hombre necesario.

Hubiera dado buena cuenta del enemigo, porque tenía un ejército superior al de los alemanes; pero, desmoralizados los soldados por los políticos y por la indisciplina, hacen fracasar todos sus planes. Su honrado afán y sus ahincados esfuerzos resultan inútiles; las tropas no quieren pelear ya, vociferan y se desbandan. Kerensky había cometido el error de abolir la pena de muerte, y esta determinación de aspecto humanitario, había introducido un verdadero desquiciamiento en las filas; y Kornilof se encontraba desarmado frente a la indisciplina y la traición.

"Tomé el mando del frente en circunstancias escepcionalmente difíciles, escribía al Ministro; en el momento de la ruptura de nuestras posiciones, ocasionada por la desmoralización de las tropas. Absolutamente indisciplinadas estas, abandonan las trincheras, y batallones enteros niéganse a prestar auxilio a los puestos amenazados o en peligro. Nuestras fuerzas son cinco veces superiores a las del enemigo, y sin embargo, nuestra situación es gravísima, y puede tener consecuencias fatales. Juzgo inminente que el gobierno provisional y el Consejo de Obreros y Soldados decidan declarar en vigor correcciones extremas, y hasta la pena de muerte. De otra manera, me encontraré impotente frente al desbandamiento y la cobardía."

El gobierno y el Consejo deliberaban sobre la suprema petición de Kornilof, cuando envió éste un nuevo mensaje. "Legiones de enloquecidos hombres, urgía, a quienes los poderes públicos no defendieron contra la desmoralización sistemática, han perdido la dignidad humana, y huyen...... En los campos, que ni siquiera pueden llamarse de batalla, reinan el pavor, la cobardía y la deshonra, miserias que los ejércitos de Rusia no habían conocido desde que existen...... No hay vacilación posible, no hay más que un camino, y por él debe dirigirse el gobierno....., instituir con toda urgen-

cia la pena de muerte...... La templanza del gobierno, que contaba con la obediencia del ejército, da resultados contrarios. Las tropas entréganse a los excesos mayores, y sin freno ni escrúpulo, roban matan, huyen..... La muerte abate a los soldados leales, no sólamente con las balas de los enemigos, sino con las de sus mismos camaradas. La pena de muerte es necesaria; preservará muchas vidas inocentes, y acabará con los traidores y cobardes...... Si no se me otorgan plenos poderes para imponer las reformas que considero indispensables a la salvación del ejército y de la libertad, yo, general Kornilof, dimitiré mi cargo......''

La situación, en efecto, íbase tornando diariamente más desastrosa. Nicolai Lenin, el connotado comunista que no podía vivir en Rusia y se había radicado en Suiza, habíase presentado en escena a la hora menos pensada, con séquito numeroso. Y desde antes de su arribo, habían sido sus agentes y partidarios quienes habían azuzado al populacho para que hiciese manifestaciones, para que se opusiese a la continuación de la guerra y para que sembrase la semilla de la insubordinación entre los soldados. Su acción habíase hecho sentir desde lejos. Ahora comparecía en el teatro conmovido y ensangrentado de los sucesos, y obrando en el elemento popular como fermento terrible, llevaba a cabo la obra nefasta de la desintegración y de la delincuescencia. Indiferente a todo sentimiento patriótico, complacíase con la derrota de los ejércitos moscovitas. ''El triunfo, decía, es nuestro peor enemigo. Para triunfar, tenemos que ser derrotados.'' Y agregaba con cinismo: ''¡Somos derrotistas! Necesitamos arreglar antes que todo, nuestros asuntos interiores; dejemos para después nuestras diferencias con el enemigo''. Parece increible. En todos los lugares y en todos los pueblos de la tierra, los hijos de una misma nación se han unido siempre para repeler la invasión extranjera. Solamente los traidores dicen lo contrario. Ante el enemigo común, olvídanse las rencillas de los hermanos; los hombres de honor las dejan para después de haber cumplido sus deberes de patriotas.

Pero aquellos razonamientos absurdos hallaban eco en los campesinos, obreros y soldados. Y la lucha contra el invasor, y la fidelidad a la bandera, y el honor nacional fueron cayendo en olvido y menosprecio, al influjo de esas prédicas vergonzosas. Como los hombres se negaban a pelear, el valor y el patriotismo fuéronse a refugiar al sexo femeni-

no. Formáronse batallones enteros de mujeres, y se prepararon, alistaron y partieron al campo de batalla; y llegados allí, se comportaron con admirable entereza y heroísmo. Y los hombres, entretanto, en lugar de sentirse estimulados por el acicate de aquel ejemplo, recibían con hostilidad y mofa la cooperación de aquellas valientes amazonas, y les negaban ayuda, o bien las cazaban y fusilaban dentro de las mismas trincheras.

Perecían también los oficiales a manos de la desenfrenada soldadesca. Al entablarse los combates, matábanse los soldados entre sí. Hubo millón y medio de desertores. Batallones enteros se pasaban a los alemanes. No podía ser más grande el oprobio.

No faltaban, empero, bellos ejemplos de valor e hidalguía en medio del universal desquiciamiento.

Rodzianko es asaltado por un demagogo, que le pone al pecho el revólver para obligarle a lanzar un grito anárquico. El diputado se niega, y no parte el tiro. Entonces dice Rodzianko friamente a su agresor:

—Si disparas, eres un asesino; si no disparas, eres un cobarde.

Dominado el hombre por tanta serenidad, prefirió ser cobarde, y no disparó.

Jefes y oficiales eran víctimas de la traición. Cuando intentaban cerrar el paso a los desertores o llevarlos al combate, eran muertos sin piedad. Un capitán, rodeado por turba enfurecida, parlamentó de esta manera:

—Está bien, matadme; más permitidme conservar el mando hasta el fin.

Y abriendo el dormán y mostrando el pecho desnudo, gritó con voz imperiosa:

—"¡Preparen!.... ¡apunten!..... ¡fuego!

Y cayó al suelo acribillado por las balas.

*
* *

Cuando se restableció la pena de muerte, no era ya tiempo de cortar el mal. No pudo hacer nada de provecho Kornilof al frente de aquella multitud de enajenados, y, violento y fuera de sí, quiere acabar con la revolución, y vuelve sus armas contra el gobierno provisional. Pero Kerensky,

con actividad sorprendente, arma de carrera industriales, agricultores y vecinos pacíficos, y, enardeciéndolos con el fuego de su elocuencia, los manda a pelear con los revoltosos Y sus soldados derrotan a Kornilof y le hacen prisionero.

Pero el Ministro no abusó de su triunfo, y en vez de fusi lar a Kornilof, mandólo poner en la cárcel. Desgraciadamente aquella revuelta pone el colmo a la confusión. Ya nadie piensa ni razona. Los soldados que quedan en el frente, eligen por jefe al teniente Krilenko, revoltoso incapaz de llevar a cuestas la carga. Falto de talento, ciencia y espíritu militar, no toma la lucha por lo serio; sigue predicando la indisciplina. Y la deserción, la desobediencia, los asesinatos, la traición y la derrota, son los tristes frutos de su efímera jefatura.

Entretanto, los desertores vuelven a Petrogrado y fomentan la revuelta. Son todos pacifistas y partidarios de Lenín. Llaman imparcialistas a Kerensky y a sus colegas, y abiertamente conspiran. Los comunistas ganan terreno, y Lenín va conquistando la dirección del movimiento. Rómpense, al fin, las hostilidades: Kerensky echa mano de recursos impensados, y vence de pronto; pero triunfa, al cabo, la revuelta, y el gran patriota y orador desaparece de la escena.

*
* *

Uno de los rasgos más detestables de los revolucionarios extremistas es el de sus sentimientos antipatrióticos. Recuérdese, si no, lo que han hecho por donde quiera, en circunstancias angustiosas para los pueblos. Los revolucionarios de París proclamaron la Comuna después de la derrota de los ejércitos franceses y a la vista de los invasores alemanes. Los anarquistas de Petrogrado promovieron el **domingo rojo** de 1905, en los momentos en que los japoneses triunfaban en Port-Arthur y en la Manchuria. Y ahora, en nuestros días, cuando los alemanes victoriosos desbarataban las tropas moscovitas y hollaban el suelo del imperio, comunistas y anarquistas en nefando consorcio, derribaron gobiernos, sembraron la desunión, corrompieron al ejército, provoraron robos y asesinatos, y predicaron un pacifismo indigno y servil, hasta reducir a Rusia a la impotencia y obligarla a solicitar y firmar una paz afrentosa. ¿Qué nombre merecen esos falsos apóstoles, sino el de traidores y de viles?

Preválense para obrar así, de una descabellada teoría. No debe haber patrias, dicen, porque las patrias son barreras que se alzan entre los pueblos, y esas barreras deben ser abatidas. ¡Desaparezcan las patrias para que surja una patria sola: toda la tierra para toda la humanidad! Así hablan, en efecto, esos hombres; pero tales conceptos, aun siendo fruto, no de la degradación del carácter, sino de una elevada filosofía, no corresponden a ninguna realidad objetiva, sino sólo a un sueño de imposible realización. Mientras la humanidad sea tal cual es, y no cambie de naturaleza, no podrá tomar cuerpo ese insustancial idealismo.

Son necesarias las patrias para la vida y el progreso del mundo. Su existencia no es más que la aplicación a la humanidad, en grande escala, de aquel principio fecundo, que en Economía Política se conoce con el nombre de **división del trabajo**. Por virtud de ese principio, vese habitada y explotada toda la tierra, y cada región del globo contribuye, por medio de sus productos propios, al bienestar del conjunto. Sin el amor a la patria, quedarían convertidas en desiertos las regiones malsanas o poco remuneradoras; el lapón abandonaría sus nieves, el esquimal dejaría de ser compañero de las morsas y los osos blancos, el senegalés huiría de sus abrasadas regiones, el malayo desampararía sus islas infecundas. Pero la naturaleza, más sabia que esos reformadores de la sociedad, ha impreso en el corazón de los hombres el apego a su terruño, llámese ventisquero, arenal o roca; y a él se aferran los nativos, y ahí viven dichosos; y aman la nieve, la toba, el cantil donde ven la primera luz, y le hacen producir aceite de bacalao, marfil, coco, arroz; y aquellos productos, sumados a los de otras regiones, forman el acervo magnífico de que dispone la especie humana para su vida, satisfacción y progreso.

El amor a la patria es uno de los más bellos sentimientos del corazón; fuente generosa de desprendimiento y sacrificio. Merced a él, hay sublimes páginas en todos los anales, epónimos en todos los grupos, héroes en todos los pueblos. Renegar de la patria, es caer en el envilecimiento. Borrad esa palabra, **patria**, de todas las lenguas, y destruiréis de una plumada la grandeza de la historia, la nobleza de los caracteres y la elevación de los espíritus; y os veréis obligados a derribar estatuas, monumentos, arcos de triunfo, y a destrozar poemas, liras y coronas de laurel.

Ni los espartanos defensores de las Termópilas, ni los atenienses triunfadores del Gran Rey, ni los romanos vencedores de cimbrios y teutones, ni los españoles sojuzgadores de la Media Luna, tendrían título a nuestra admiración, si la patria no fuese objeto de nuestro amor. Pero nosotros la amamos como ellos la amaron; por eso podemos elevarnos a la altura de sus gloriosos impulsos, por eso los entendemos, y por eso también les consagramos el culto de nuestra veneración. Sí, la patria existió para todos ellos, y, para defenderla y servirla, fueron pródigos de su sangre, y se elevaron con sus hazañas a la región esplendorosa de lo sublime. ¡Y nosotros, que los aplaudimos, somos también los imitadores de sus altas virtudes!

A su inmortal ejemplo se debe que no haya perecido Grecia, que haya florecido el Derecho y que Europa se haya salvado de perecer, ahogada por la invasión de los germanos, de los hunos y de los tártaros.

¡Oh sí! ¡Bendita mil veces la patria, tierra donde nacimos, paisaje que rodeó nuestra cuna, cielo que le sirvió de dosel, mundo donde aprendimos a pensar, amar y sufrir, suelo que guarda las cenizas de nuestros mayores, polvo santo, regado por las lágrimas de nuestros mártires y por la sangre de nuestros héroes! ¡Benditos sean los Macabeos, Leónidas y sus trescientos compañeros, Horacio Cocles, los Escipiones, Vercingetorix, Aecio, Pelayo, Juana de Arco..... todos los sublimes corazones que se han sacrificado por la vida de un pueblo, de una raza, de una civilización!

Nó, los mejicanos no renegaremos nunca de nuestra patria, no procuraremos su humillación, no nos regocijaremos jamás con su derrota. Siguiendo la pauta que nos dejaron trazada nuestros antepasados que la hicieron libres y nuestros héroes que la cubrieron de gloria, regaremos de flores su altar y defenderemos su honor y su bandera, con la palabra y con el ejemplo, con la pluma y con la espada, mientras haya una gota de sangre en nuestras venas, mientras un soplo de vida haga palpitar nuestros corazones........

(Continuará.)

José LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Sección Literaria.

ELOGIO FUNEBRE de su Santidad Benedicto XV, pronunciado por el Lic. Perfecto Méndez Padilla, en la solemne sesión de funerales, verificada en los salones del Consejo de Guadalupe de la orden de Caballeros de Colón, la noche del 23 de febrero de 1922, bajo la Presidencia del Consejo de Estado.

Excelentísimo señor Delegado Apostólico: Ilustrísimo y Rvmo. señor Obispo de Cuernavaca: Digno Diputado de Estado: Respetable Gran Caballero: Muy Ilustre Asamblea del Cuarto Grado: Hermanos:

¿Quén creyera que a mi pobre palabra, estuviera reservado el cooperar al elogio fúnebre del inmortal Pontífice Benedicto XV?

Al entreabrir mis labios con tal objeto, me siento confundido y anonadado, comprendiendo el contraste abrumador que resulta, entre mis facultades oratorias, casi nulas, y esa figura gigantesca del egregio Pontífice cuya muerte lamentamos......

¿Cómo explicar, entonces, mi atrevimiento, al levantar mi voz en estos solemnes funerales, y en este recinto, donde parecen escucharse aún, los arrebatadores conceptos del Excelentísimo señor Delegado Apostólico?

¿Cómo he osado escalar esta tribuna, en la cual acaba de hablar con incomparable elocuencia, el esclarecido orador, Capellán del Consejo de Guadalupe, y en esta ocasión dignísimo delegado del Ilustre Capellán del Consejo de Estado?

Ah, Hermanos; una palabra bastará para explicarlo todo: ¡obediencia!

Sabéis vosotros, como le sé yo, que las indicaciones de nuestros dignos Funcionarios, deben ser atendidas con docilidad, cual si fuesen órdenes estrictas, si queremos realizar el desideratum que yo mismo he proclamado varias veces, de que nuestra Orden llegue a ser, **una sola cabeza, por la dirección; un solo brazo, por la obediencia; y por el afecto fraternal, una sola alma y un solo corazón!**

Si no me encuentro aquí, por atrevimiento presuntuoso, sino acatando las reiteradas indicaciones de nuestro Digno Diputado de Estado, Jefe de la Orden de la República, tengo, en cierto modo, derecho de reclamar vuestra indulgencia.

Para ponderar nuestro inmenso dolor por la muerte del Pontífice augusto de la Paz, de la Caridad y de la Prudencia, tengo que hablaros de su obra gloriosa; pero como el tiempo exiguo de que puedo disponer, no sería bastante para aquilatar los varios aspectos de tan fecundo Pontificado, me limitaré a recordaros, siquiera sea en conjunto, sin descender a detalles, su admirable labor diplomática durante la Guerra Mundial, que le hizo acreedor a la gratitud universal; y evocaré, luego, su providencia paternal para el Episcopado Nacional y su devoción a la Virgen del Tepeyac, por lo que es acreedor al reconocimiento, adhesión y amor filial de los Católicos Mejicanos.

I.

Sin duda recordáis señores, el estremecimiento del Mundo, al saberse que había estallado la guerra, a mediados de agosto de 1914.

Los hombres de genio comprendieron que comenzaba la vorágine más espantosa que han presenciado los siglos, y el corazón magnánimo y generoso de Pío X, dejó de latir, oprimido por la mano de hierro del dolor, al entrever la pavorosa desgrancia, o por mejor decir, el cúmulo de desgracias, que venía sobre la Humanidad.

La Cristiandad volvió sus ojos a Roma, interrogando con angustia, quien iba a dirigir la Nave de Pedro, en medio de aquella lúgubre tormenta; de aquel deshecho vendaval......

Y vió que un hombre, de cuerpo endeble; pero de alma inmensa, empuñaba el timón, con un valor sereno; con una habilidad pasmosa, y con una prudencia consumada....!

¡Aquel hombre,.... mejor diré, aquel Santo, era Benedicto Décimo Quinto!

¡Era un angel de paz, en medio de la guerra; un heraldo de concordia, en medio de lo conflagración universal; un apóstol de amor, en medio de las furias infernales!

Su saludo al mundo, al ocupar la silla de San Pedro, fué una admonición de paz!

Sondeó, luego, con prudencia y discreción singulares, los Gabinetes de los Gobiernos beligerantes, y en tres diversas ocasiones, plantó con decisión, formales propuestas para que dieran fin a la contienda.

¡Sus insinuaciones paternales, se perdían en el estruendo de la guerra!

Queriendo despertar la noble emulación de los contendientes, exclamaba: "Bendito sea, quien primero tienda a su adversario la verde oliva de la Paz......!

¡Era la voz que clama en el desierto!

Pero así como la de **Aquel**, a quien se refiere el Evangelio, fué más tarde escuchada por toda la Humanidad; así la voz de Benedicto XV, resonará a través de los siglos, para honra de la Iglesia y para justa gloria del excelso pontífice.

Al ser Italia arrastrada a la guerra, la posición del Papa fué más difícil y en extremo delicada; pues sus nobles trabajos en pró de la paz universal, eran tachados de anti-patrióticos, por sectarios mezquinos o malvados; pero el hombre blanco del Vaticano, despreciando ruines sospechas y haciéndose superior a los dardos del odio y a las miserias de la calumnia, continuaba laborando por restablecer la concordia entre los hombres, y por suavizar los rigores de la guerra, pidiendo la libertad de prisioneros; la tregua de los combates en los días de Navidad, el respeto al Derecho de Gentes, y protestando por el bombardeo de Ciudades y destrucción de Catedrales, como había protestado anteriormente por la violación de la neutralidad de Bélgica.

¡Qué actitud tan noble la del Papa, substrayéndose a

las corrientes arrebatadoras del odio, y derramando sus beneficios desde la cumbre excelsa de la Serenidad!

Los turistas que ascienden al nevado cráter del Popocatépetl, suelen gozar del admirable espectáculo de hallarse en plena calma atmosférica, recibiendo la luz gloriosa del astro del día, y contemplar a sus plantas, allá abajo, rodar y amontonarse las negras nubes de tormenta, brillar los cárdenos fulgores de los relámpagos, oir bramar la ronca voz del trueno, y ver desatarse los huracanes y caer los diluvios sobre campos y ciudades; sin que todo aquel fragoroso estruendo, llegue a turbar la paz de las alturas......

Tal me parece la imagen de Benedicto XV, contemplando desde la cumbre de su serenidad inalterable, la borrasca del mundo, que allá abajo, continuaba con indecible furia, con inaudita violencia, en medio de las nubes de las pasiones, de los relámpagos del odio, del rugir de los cañones; en aquel diluvio de sangre y fuego, que amenazaba acabar con todo lo existente.......!

Al ver que los hermanos no escuchaban sus voces paternales, es seguro que el Papa, cual otro Moisés, allá en la cumbre de la santa Montaña, elevaría sus manos al cielo, orando al Dios de los Ejércitos, que es también el Dios de amor; no ya por el triunfo de su pueblo; sino por la paz de todos los pueblos de la tierra.......!

Y la paz dibujó su silueta, cuando menos se esperaba.

Benedicto XV la saludó con júbilo, y dando muestras de una clarividencia asombrosa, que hoy comprendemos mejor que entonces, se apresuró a proponer a los beligerantes que la paz se pactara bajo la base de una completa concordia, sin indemnizaciones, ni deudas, las cuales podrían acarrear una larga cadena de trastornos, rencores y malestar económico.

¡Ah! si entonces hubieran las Naciones puesto sus destinos en las manos de aquel genio, de aquel Justo, de aquel Santo....... reconociendo al Jefe de la Iglesia, como árbitro universal, ¡qué diversas serían hoy las condiciones del Mundo! Los odios se hubieran extinguido, las rivalidades habrían menguado, y ya comenzaría a asomar la sonrosada aurora de la verdadera paz, sobre la tierra!

Más no! Aquellos hombres, aquellos Jefes de Estado, aquellos Presidentes, aquellos Soberanos, estaban ciegos; estaban ebrios de odio; y la pretendida paz, se firmó sobre ba-

ses muy distintas. No hubo cordiales apretones de manos; sino guanteletes de hierro sobre las testas humilladas;......
Y todavía el Mundo se debate entre zozobras sin cuento, suspicacias y congojas sin término; en medio del más agudo malestar económico; caminando desorientado, como bajel sin brújula y sin timón, juguete de las olas del océano proceloso........!

¿No es verdad, señores, que en medio de las sombras de ese cuadro, la blanca figura de Benedicto XV se destaca vigorosa y única, como la personalidad más conspicua durante el período de su glorioso pontificado?

Comparad con él, aquellos Reyes, aquellos Presidentes, aquellos Diplomáticos, aquellos Generales; ¿no os parecen débiles arbustos junto a noble y corpulenta encina?

¿No es cierto que aquellos personajes son autómatas movidos por sus pasiones; mientras el Papa, con su serenidad y su genio, su caridad y su prudencia, su bondad y su firmeza, es el hombre perfecto: el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios?

II.

Pasemos ahora a la segunda parte de mi discurso. Si Benedicto XV tiene derecho indiscutible a la gratitud, admiración y respecto de todos los pueblos de la tierra, tiene títulos especiales a la gratitud y amor del pueblo mejicano, por su conducta generosa y magnánima con el Episcopado Nacional, en la época aciaga de la Revolución.

¿No era de creerse, que el humo de los cambates que se desarrollaban en redor del Ilustre Pontífice, le impidiera contemplar a lo lejos los pueblos más distantes?

No era de pensarse que las atenciones, cuidados y amarguras, que sin duda le ocasionaban las tremendas desgracias de aquellas poderosas Naciones, lo hicieran olvidarse de las penas que pudieran afligir a sus hijos, en estas apartadas regiones, aquende los mares?

Y sin embargo era así! Aquel padre amantísimo tendía sus miradas por toda la extensión de la tierra, y doquiera que advertía una lágrima, acudía solícito a enjugarla, con la ternura de una madre.

Apenas comenzaba su glorioso pontificado, y ya en octubre de 1914, dirigía a nuestro amadísimo prelado, esta carta

tiernísima, que ningún católico mejicano podrá escuchar sin sentir en su pecho los latidos violentos de un corazón conmovido:

"Al venerable Hermano José, Arzobispo de Méjico". "Venerable Hermano, salud y bendición apostólica".

"Al comenzar, por secretos juicios de Dios, el Pontifi-"cado, hemos sentido no poco dolor por la tristísima guerra, "que ya de tanto tiempo está ensangrentando los campos de "casi toda Europa; y como si no tuviéramos todavía bas-"tante motivo de tristeza, nos llegan de apartadas regiones "tales noticias de la Iglesia Mejicana, que nos ponen en gran "solicitud. A la verdad, es tanta la caridad con que os abra-"zamos, a tí, Venerable Hermano, y a los demás Obispos de "esa República, que reputamos como propias las desgracias "que estáis sufriendo. Con vuestras preces juntamos de todo "corazón las nuestras, a fin de que, por beneficio de la mise-"ricordia divina y el patrocinio de la Bienaventurada Vir-"gen de Guadalupe, se compongan ya vuestras discordias in-"teriores y podáis gozar todos de la paz pública".

Recomienda luego oración y sacrificio, y acompana un donativo para el sostenimiento del Clero y de las comunidades religiosas.

¡Consuelos, oraciones y socorros!

Os pregunto, Hermanos: ¿qué otra cosa podría haber hecho, el padre más amoroso, en favor del hijo predilecto y más querido?

Un mes más tarde, el 25 de noviembre del mismo año, escribe al Ilmo señor don Juan S. Shaw, Arzobispo de San Antonio, Texas, alabando la singular caridad con que acogió él y los sacerdotes y Comunidades Religiosas, a varios Obispos y sacerdotes Mejicanos, expulsados de nuestra desventurada Patria.

"Enhorabuena",—le dice con paternal ternura:—"Enhorabuena ejerce y sigue estimulando en tí y en los tuyos, estas demostraciones de caridad; pues seguramente con ella os vendrán todos los bienes".

Así estimulaba el Padre común, la caridad de unos hermanos, en favor de los otros!

Ah!..... Con razón ha dicho un escritor inglés, hablando de Benedicto XV: "**Holy Father**....Father, he was to **all in his vast spriritual domain, and every man who saw him, knows that he was holy!**" "Santo Padre..... Padre,

lo fué para todos en su vasto espiritual dominio; Santo..... todo hombre que lo vió, sabe que fué SANTO!''.

En 17 de marzo de 1915, dirigió otra comunicación a su Eminencia, el Cardenal Santiago Gibbons, Arzobispo de Baltimore, elogiando la acendrada caridad de los católicos de Estados Unidos hacia los pobres mejicanos por las guerras civiles.

En tal documento, que no reproducimos en gracia de la brevedad, alaba calurosamente la magnitud de los Ilmos. señores Arzobispos de Chicago y Nueva Orleans; mencionando a otros varios Obispos, y al, para nosotros, inolvidable y meritísimo Sacerdote Francisco C. Kelly, que tanto ha trabajado en favor de Méjico; y con su inmensa bondad agrega el Papa:

''Mientras a todos ellos y a los demás, damos un testimo-''nio de alabanza y estímulo. Nos halaga la esperanza de que ''ellos y todos los demás fieles cristianos, que permanecen ''cerca de Nos, con corazón grande y de buena voluntad, ''proseguirán eficazmente esta buena obra, y la fomentarán ''hasta que sean restablecidos en la QUERIDISIMA REPU-''BLICA MEJICANA, lo que esperamos sea cuanto antes, el ''orden civil y la libertad cristiana''.

Hermanos: ¿lo habéis oído? LA QUERIDISIMA REPUBLICA MEJICANA! Así llama el Papa a nuestra Patria; con una dulzura, con una caridad, con un amor, cual si hablara de su querida Italia!

¡Tal era el interés que le inspiraban nuestras desventuras, tal el cariño, la atención y cuidado, con que seguía la marcha de los acontecimientos políticos en nuestro país!

Es una prueba de ello, quizá la más importante, la comunicación que dirigió al Episcopado Mejicano, el 15 de junio de 1917, del cual me permitiré transcribir al menos este interesante párrafo:

''Ahora, Venerables Hermanos, Nos mueve a dirigirnos a ''vosotros todos en las presentes letras, la protesta que ha-''béis publicado con motivo de la nueva constitución políti-''ca de los Estados Unidos Mejicanos, promulgada en Que-''rétaro el día 5 de febrero de este año. En verdad que he-''mos leído y vuelto a leer y examinado tan diligentemente ''cuando lo pedía la gravedad del asunto, aquellos conceptos, ''que de común acuerdo habéis escrito; y vimos que, como la ''aguardábamos, sobresalen en ellos, por una parte empeño

"muy vehemente por defender los derechos de la Iglesia, "por otra, esfuerzo, ciertamente no menor que el de las fu- "riosas olas en que navegáis, por sacar a salvo la fe de vues- "tros pueblos, y en fin, innato y ordenado amor a vuestra "Patria cuya prosperidad, como rectamente decís, no puede "separarse de la reverencia debida a la religión de los ma- "yores. Pero si esta vuestra protesta brilla por tales senti- "mientos, los que aun el juicio más recto no puede menos que "aprobar, hay que confesar también que se funda en vigo- "rosas y sobradas razones; porque de aquella ley unos capi- "tulos desconocen los sagrados derechos de la Iglesia y otros "los contrarían. Sabed, pues, que al protestar, obligados por "la firme conciencia de vuestro deber, contra las injurias "inferidas a la Iglesia y el detrimento causado a los intere- "ses católicos, habéis cumplido una obra evidentemente pro- "pia de vuestro oficio pastoral y muy digna de Nuestro elo- "gio; y que os sirva de consuelo saber que en vuestros te- "mores y aflicciones os acompañaremos siempre con especia- "les muestras de Nuestro paternal amor y nada omitiremos "de todo aquello que ceda en vuestro sostén y ayuda."

En verdad, Hermanos: no sabemos que admirar más en tan elocuentes palabras; si su bondad o su energía, su prudencia o su firmeza; pues todo se armoniza de modo extraordinario, en tan admirable documento!

Recomienda luego, la acendrada devoción a la Virgen María, que desde su Santuario de Guadalupe vela por el pueblo mejicano, y añade "Nos mismos acudiremos en unión vues- "tra al trono de esa Santa Virgen instándole continua- "mente, (oidlo Hermanos: CONTINUAMENTE), en vuestro fa- "vor; y todavía más, en prueba de nuestra unión, nos com- "place anunciaros que el 12 del próximo diciembre,...... "ofreceremos al Santo Sacrificio, así en honor de la misma "Beatísima Virgen...... como en demanda de la salud de... "NUESTRO QUERIDISIMO PUEBLO MEJICANO."

¿No encontráis verdaderamente asombroso, el que apenas expedida la llamada Constitución de 17, y cuando muchísimos mejicanos no la conocían, ya el Santo Padre la hubiera estudiado a fondo, con toda diligencia, al grado de poder aprobar con seguridad y firmeza la viril protesta del Episcopado Nacional?

Y esto, señores, cuando el Papa tenía allá, a su lado, los tremendos problemas de la guerra mundial, que como he-

mos visto antes, ocupaban su atención y llenaban de dolor su corazón paternal.......! ¿No es asombroso que así pudiera ocuparse de los problemas de un país tan lejano como el nuestro, con más empeño del que muchos toman en los problemas de su propio suelo?

Finalmente, con motivo del Jubileo Episcopal de nuestro amadísimo Prelado, el Ilmo. y Rmo. señor Arzobispo de Méjico , doctor don José Mora y del Río, le dirigió otra carta cordialísima al lugar de su destierro, elogiando sus grandes virtudes; compadeciendo sus grandes sufrimientos, y haciendo votos porque muy pronto pudieran todos nuestros Pastores, volver al seno de sus respectivas greyes.

El Ser Supremo, que desde su trono celestial gobierna el Universo; el que dicta leyes a los astros del cielo y a las olas del mar; el que domina los acontecimientos todos que influyen en los destinos de los pueblos; DIOS, en una palabra, escuchó sin duda los ardientes votos del Padre Común de la Cristiandad, y nos concedió que todos nuestros Obispos regresaran a sus respectivas Diócesis, aún más engrandecidos por la desgracia; templados en el infortunio, y más amados que nunca por sus pueblos, que veían lucir en su frente la diadema del mártirio que es la aureola más gloriosa que puede ostentar la frente de un prelado!

Tal fué, bosquejada a grandes rasgos, la obra magnánima de Benedicto XV, para el Episcopado y Pueblo Méjicanos.

Nunca elogiaremos bastante esa obra sublime de caridad y de amor!

¡Bendita sea de Dios y de los hombres!

Con razón los mejicanos hemos sentido **hondamente** la muerte del egregio Pontífice, que tuvo para nosotros una dilección paternal!

¡Con cuanta justicia nuestra Orden, para la que tuvo tanto amor y tanta ternura, como lo ha proclamado con su elocuencia arrobadora el Digno Representante del Capellán de Estado, ha querido rendirle este tributo de filial cariño, al inolvidabe desaparecido, enlutando estos salones en señal de profundísimo dolor, y celebrando esta solemne sesión fúnebre, para honrar la memoria de tan amado padre, a quien podemos llamar, como acaba de expresarlo el Excelentísimo señor Delegado Apostólico, el Papa de los Caballeros de Colón.

¡Murió el Gran Pontífice! Sus últimas palabras fueron estas: **¡quisiera morir por la paz del mundo!**

Aun pensaba en sus últimos instantes en el bien de la Humanidad!

Comprendía que no es paz, el estado de angustia, de zozobras, de malestar y de dolor, en que se debaten las Naciones!

Se apagaron aquellos ojos bondadosos, que a semejanza de la mirada de Dios, alcanzaban a ver con amor a todos los pueblos del mundo¡ ¡Dejó de latir aquel corazón inmenso! ¡Ya descansan inanimadas, sobre el pecho, aquellas augustas manos, que tantas veces se levantaran al Cielo, implorando la clemencia, y deteniendo la justicia!

Los que antaño desoyeron sus palabras de amor y de concordia, ya dicen como en el Calvario: "Ha muerto un Justo"....... y todas las Naciones de la tierra, se inclinan reverentes ante su lecho funerario!

Italia, su noble y querida Patria, hace flotar a media asta, el pabellón tricolor en palacios, edificios públicos y buques de guerra, en señal de luto nacional; Francia, Bélgica y España, le tributan honras fúnebres; y en la misma Alemania, suspende la sesión el Parlamento, en señal de duelo, y su Presidente, a pesar de ser socialista, hace un ardiente panegírico del inmortal Benedicto XV.

¡De toda la tierra se levanta un coro de sollozos y oraciones!

¡Descansa en paz Ilustre Pontífice!

¡Fuiste un astro, surgido en aurora escarlata de sangre y de fuego; elevado al zenit, para derramar sobre el mundo la claridad de tu genio y el calor de tu caridad; y tramontar y hundirte en el Ocaso de la Eternidad, en un crepúsculo divino de luz y de gloria!

¡Oh Padre Común de la Cristiandad, descansa en paz! ¡Ya tu cuerpo, duerme en el sepulcro, esperando el día de la resurrección de la carne; tu santo recuerdo vive perenne en nuestros corazones; tu alma reposa en el seno de Dios...!

FIN.



Sección de Ciencias Psíquicas.

EL ESPIRITISMO

X.

De Aquellos Polvos Vinieron Estos Lodos

San Ignacio entre las reglas que da en los Ejercicios para la elección, tiene una eminentemente práctica para ayudar al ejercitante a decidirse, sin pasión, por aquello que es más conforme a razón y gloria de Dios. Esta admirable regla puede aplicarse también a otras cosas, y vamos nosotros a usarla al presente para dar su verdadero valor a las teorías Espíritas. Consiste la esencia de este procedimiento en juzgar de tal o cual asunto, no como íntimamente relacionado con la persona que delibera, sino en tomarlo y apreciarlo como si de otra persona, perfectamente extraña para nosotros, se tratara. Puede igualmente usarse en casos análogos al nuestro y juzgarlos tranquilamente, para que dándoles así su verdadero valor, vengamos en conocimiento del que debemos dar al que entre manos tenemos.

Si algunos de los lectores ha leído Los Heterodoxos Españoles de Menéndez Pelayo, sin duda estará al tanto de la "Brujomanía" que aquejó a España durante los siglos XVI y XVII, (1) pero creemos que muy pocos habrá que haya estudiado esta "epidemia moral" en los países de protestantes

(1) **Menéndez Pelayo, tan imparcial, juicioso e instruído, después** de hablar en su famosísima Historia de los Heterodoxos Españoles **(vol. II, pág. 668) del famoso Auto de Fe de Lograño (1610), dice lo siguiente que no podemos abstenernos de insertar a pesar de su extensión, porque demuestra que en España hubo verdaderos sabios** que siendo perfectamente ortodoxos combatían las supersticiones y **aún** hicieron que la Inquisición procediera con más cautela y conforme a

durante el mismo período. Usando de la información de siete autores protestantes que a la vista tenemos, vamos a dar a los lectores una idea brevísima de un asunto que, si al presente nos mueve a risa como cosa de burlas y nos parece desprovisto de importancia alguna, para el estudio que entre manos tenemos, todavía durante más de dos siglos y medio fué un asunto capital en la culta Europa, y costó millares y millares de vidas a personas, en su gran mayoría, inocentes. Y al reflexionar sobre esa "epidemia moral" no podremos menos de ver que tiene caracteres perfectamente análogos con los de su inmediato sucesor: El Espiritismo. De aquellos polvos", para usar el refrán vulgar, "vinieron estos lodos". Mas habemos de confesar ingenuamente, que nada de polvo tuvo aquella epidemia, pues fué un verdadero ciclón que barrió Europa por casi tres siglos.

---

más sensatos principios, hasta el grado de contribuir más con la benignidad que con el rigor a la extirpación de la brujería.

El señor Menéndez y Pelayo dice: "El lector me perdonará que no insista más en este repugnantísimo proceso, extraño centón de asquerosos errores. Todos los acusados se confesaron, no sólo brujos, sino sodomitas, sacrílegos, homicidas y atormentadores de niños, y todos ellos merecían mil muertes; a pesar de lo cual la Inquisición sólo entregó al brazo seglar a María de Zuzaya, que así y todo no murió en las llamas, sino en el garrote.

La impresión de este auto, con todas sus bestialidades, contristó extraordinariamente el ánimo de uno de los más sabios varones de aquella edad y de España, el insigne filósofo, teólogo, helenista y hebraizante, Pedro de Valencia, discípulo querido de Arias Montano. El cual dirigió entonces al Cardenal inquisidor general, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, su admirable **Discurso sobre las brujas y cosas tocantes a magia**, escrito con la mayor libertad de ánimo que puede imaginarse. En él mostró lo incierto y contradictorio de las confesiones de los reos, y más arrancadas por el tormento; y dando por supuesta la posibiladad del pacto diabólico y de la traslación local, mostró mucha duda de que Dios la permitiera, aconsejó la mayor cautela en los casos particulares, como quiera que podían depender de causas naturales, v. gr., el poder de la fantasía, la virtud del ungüento, etc. Ni le parecía necesario el pacto para explicar los crímenes de los brujos, sus homicidios y pecados contra natura, pues muchos otros los cometen sin tal auxilio. Por eso se inclinaba a creer que algunas operaciones de los brujos son ciertas y reales, pero no sobrena-

La convicción universal de que Dios permite, algunas veces, que aparezcan las almas de los difuntos, tiene su fundamento en la sublime creencia en nuestra inmortalidad, que es, a la vez, uno de los mayores consuelos y triunfos de nuestra razón; pues, aunque la Revelación no nos lo enseñara, el deseo de vivir para siempre y el horror a volver a la nada, nos dice secretamente que, dentro de nosotros hay algo que jamás morirá: "Non omnis moriar". Y las mismas penas y la desigual suerte de la presente vida, claman por que haya "un más allá" donde una justicia incorruptible y suprema remunere o castigue definitivamente, las buenas o malas acciones de los mortales. Esta gran verdad nos la persuade la razón y la Fe la confirma. Pero así como un poderoso automóvil en las manos de una persona experta y sensata nos puede conducir, sin dificultad, al término de nuestro viaje

---

turales; que pasan sólo en su imaginación, y que otras son embustes de los reos, torpemente interrogados por los jueces. En la segunda especie pone los viajes aéreos y todo lo concerniente al Aquelarre, que mira como una visión semejante a las que disfrutaban los sectarios del Viejo de la Montaña, y nacida quizá de estar compuesto el unto que las brujas emplean de "yerbas frías como cicuta, solano, yerba mora, beleño, mandrágora, etc.", que según Andrés Laguna, en sus anotaciones a Dioscórides, no sólo producen efectos narcóticos, sino visiones agradables. De todo esto infería Pedro de Valencia que debía el Santo Oficio obrar con mucha cautela en cosas de hechicería, redactar una instrucción y formulario especial, no relajar a ningún mal confidente ya que todas las pruebas eran falibles, y no imprimir las relaciones y extractos, por ser curiosidad malsana, perjudicial y escandalosa. Tal es, en sustancia, la doctrina de este discurso (todavía inédito por desgracia), exornado con peregrina erudición acerca de la magia de los antiguos, y con la traducción en verso castellano de un largo trozo de **Las Bacantes**, de Eurípides, en que se describe algo semejante a un Aquelarre."

"Nada contribuyó tanto como este discurso del autor de la **Academia** a la creciente benignidad con que procedió el Santo Oficio en causas de brujería. En adelante se formaron pocas y de ninguna importancia, no se relajó a casi nadie por este crimen, no hubo autos particulares contra él; se redactó una instrucción especial, como quería Pedro de Valencia, y la secta fué extinguiéndose en la oscuridad. A fines del siglo XVII no era más que un temeroso recuerdo."

Nota de la Dirección.

y en las de un ciego o un loco nos llevará irremisiblemente al principio; asi nuestras sublimes creencias, ordenadas a conducirnos directamente a nuestro último fin, obscurecidas por las tinieblas de la ignorancia o mezcladas con falsas creencias, pueden ser adulteradas de manera que den por resultado la más abominable superstición que descarríe a los hombres de su verdadero camino. Esta es la historia de todas las herejías y esto es, ni más ni menos, lo que pasó con la mezcla de las creencias católicas en la inmortalidad del alma y la existencia del demonio con sus poderes preternaturales, y las supersticiones paganas de los antiguos, cuyas fantásticas mitologías estaban pobladas de Satiros, Genios, Gnomos, Elfos y otros seres monstruosos, personificación los unos de las más degradantes pasiones y agentes misteriosos, los otros, del poder de la Tiniebla. Dedicados al culto de esas divinidades, había hombres y mujeres que se creía trataban familiarmente con ellos recibiendo de los mismos poderes ilimitados para causar terribles males a la humanidad. Los poderes extraordinarios que semejantes personas tenían hacía que pudieran producir A VOLUNTAD hechizos y encantos, preparar filtros mortíferos o amatorios dotados de fuerzas irresistible así física como morales, predecir lo futuro, que leían en el vuelo de las aves, en las ensangrentadas entrañas de las víctimas o en las líneas de la mano; revelar secretos ocultos, producir enfermedades repugnantes y disponer a voluntad de los elementos que con sus conjuros, podían excitar para causar males sin cuento a sus enemigos. De esta mezcla de las creencias cristianas y las leyendas mitológicas nacieron LOS BRUJOS Y BRUJAS que estuvieron en auge en los siglos XV, XVI y XVII, quines habiendo heredado "sus poderes" (?) de los antiguos Nigromantes y Augures los trasmitieron, al desaparecer, a los Mediums de ambos sexos de nuestros días. (1).

Según los autores de aquella época (católicos o protestantes) las Brujas, por razón de su pacto con el diablo, estaban dotadas de los siguientes poderes que "ejercían a voluntad" por medio de ensalmos I) Tranformarse a sí mismo y a la gente en diversos animales tales como lobos, gatos ne-

(1) Hubo católicos que como el gran Pedro de Valencia se libraron de la supertición y la extirparon o contribuyeron a ello, como puede verse en nuestra primera nota.—La Dirección.

gros, ratas, etc..—2)Producir tempestades, rayos, granizo etcétera lo mismo en la tierra que en el mar.—3) Causar enfermedades tanto en los hombres como en los animales, haciéndoles "mal de ojo" y con otros procedimientos.—4) Excitar las pasiones por medio de filtros y bebedizos.—5) Causar la muerte de aquellos a quienes maldecían o hechizaban. —6) Podían hacerse también invisibles por medio de ungüentos mágicos que el diablo les proporcionaba.—7) Ir al Aquelarre por la noche del viernes al sábado, volando por los aires montadas en palos de escoba, haces de sarmientos, o en demonios disfrazados de chivos u otros animales por el estilo.—8)Flotar, estando amarradas de manos y pies, envueltas en una manta.—9) Tener insensible la parte de cuerpo en que Satanás, el día de su iniciación, las había marcado, no sintiendo dolor alguno por más que se las pinchara.

Todo esto no sólo lo creían firmemente las interesadas, sino todo el pueblo y la gente letrada de aquella época, protestantes o católicos, pues según ellos la existencia de tales poderes y cualidades era EVIDENTE, por el constante y universal testimonio de las Brujas puestas al tormento. A mas de que innumerables personas de todas edades y condiciones testificaban unos haber visto, con sus propios ojos, a las Brujas convertirse en gatos negros u otros animales, otros volando en palos de escobas, aquéllos produciendo tempestades y rayos y éstos causando la roña entre los animales, usando de sus ensalmos.

Citaremos algunos de estos testimonios, dejando al lector que les de el valor que merezcan según su criterio.

El famosísimo caso del doctor Fian en Escocia, es de particular interés no sólo porque estuvo envuelto en él Jacobo VI, que más tarde fué rey de Inglaterra, sino por que "el cuentecito" costó la vida de cerca de doscientas Brujas de una hornada. Según nos lo cuenta Ch. Mckay en su obra The Witch-Mania, pág. 129, habiendo ido Jacobo a Dinamarca en busca de su futura esposa, después de permanecer algún tiempo en Copenhague, se embarcó rumbo a Escocia con la nueva reina, y después de una malísima travesía, en que por poco naufragan, llegaron a Leith el 1o. de mayo de 1590. Pocos días después se esparció por todo el reino la noticia de que el doctor Fian, Gelli Duncan y otras doscientas personas más,—entre Brujos y Brujas,—habían causado aquella tempestad para hundir al monarca. Decíase que, en una

iglesia medio derruida, en la población de North Berwick, se reunían en aquelarre el doctor y muchísimas brujas, presididas por Satanás en forma de Chivo.

Allí fraguaron la muerte del rey, pues Satanás, que ERA EL MAYOR ENEMIGO DE LA NUEVA RELIGION PROTESTANTE, había jurado la perdición del monarca por ser EL MAYOR ENEMIGO QUE EL TENIA ENTONCES EN EL MUNDO. Con el objeto de acabar de una vez con el rey y su esposa, también protestante, el Diablo produjo en el mar una densísima neblina, pero no habiendo dado resultado, el doctor Fian, que era el secretario privado de Satanás, tomó por su cuenta hundirlo y para eso acompañado de la famosa Gelli Duncan y otras doscientas Brujas, enbarcáronse cada uno en UN CEDAZO, se dirigieron mar adentro hacía las costas de Dinamarca. A penas las Brujas se lanzaorn al mar en sus cedazos, cuando al grito unánime de "Hola", que tenía una fuerza diabólica particular, se encresparon las olas y se produjo una tempestad horrorosa, por medio de la cual navegaban las Brujas viento en popa sin el menor trabajo. Pero de nada les sirvió toda esta escuadra pues el rey y su esposa llegaron sanos y salvos a su destino, y si bien el rey no sufrió por esto no pudieron decir lo mismo las doscientas personas acusadas de Brujas, pues con el doctor Fian—aunque inconfeso a pesar de los mayores tormentos,—fueron sencillamente QUEMADAS, y no por la Inquisición Española sino por el culto Rey Protestante Jacobo VI. (?!) (1)

A este caso añadiremos otro no menos famoso en los fastos de Inglaterra. En la Pendle Forest, en el Lancashire, vivía un leñador que tenía un hijo de unos doce años y se llamaba Robinson. Este vil muchacho, como años más tarde lo confesó él mismo, fué la causa de que inumerables mujeres fueran quemadas por Brujas. Según su testimonio, estando un día en el bosque, cogiendo andrinas, vió dos grandes perros negros que pensó pertenecían a un cierto noble que no lejos de allí vivía. Habiendo saltado un conejo, trató el muchacho de azuzar a los lebreles para que lo siguieran, pero

---

(1) En España en el mismo auto de fe de Lograño, el más famoso de todos, no se quemó más que una bruja y para eso no viva, sino después de haber sido ahorcada, lo que bien merecía, por otros mil crímenes que confesó. Fíjese el lector en nuestras anteriores notas.—La Dirección.

por más que hizo, los animales no se movieron. Iba a darles un varapalo cuando, súbitamente, vió que los perros se convirtieron en un niño pequeño y una mujer, a quien él, luego reconoció ser la Madre Dickenson, bruja de su pueblo.

La malvada mujer ofrecióle dinero para que vendiera su alma a Satanás, pero habiéndolo rehusado con indignación el muchacho, tocó la Bruja al niño con su vara y luego se convirtió en caballo en el que montando ésta forzó a Robinson a que con ella cabalgara. Empezó el caballo a volar por montes y prados hasta que, al fin, llegaron a un granero donde siete Brujas, por medio de ensalmos, hacían aparecer jamones, tortas y otros comestibles sumamente apetitosos. Cuando hubieron concluído sus ensalmos comenzó el convite, al que luego acudieron volando hasta veinte Brujas de la vecindad a quienes también reconoció, sin dificultad el muchacho. Fué Robinson a contar lo acaecido a las autoridades las cuales basándose en tan sólido (?) testimonio arrestaron a la Madre Dickenson y a las otras veinte Brujas denunciadas por el calumniador chiquillo y las sometieron, como de costumbre al tormento para que "cantaran", resultando de aquí que ocho fueron luego QUEMADAS VIVAS.

Sir George Mackenzie en su libro "Criminal Law" publicado en 1678, entre otros muchísimos casos análogos cuenta el de un infeliz tejedor que fué a dar a la horca por Brujo, pues él mismo estaba persuadido de que lo era, ya que afirmaba sin titubear "que había visto al diablo bailando alrededor de una vela en forma de MOSCA" Y que el diablo se transformaba en mosca, de ordinario, era nada menos el fundamento de uno de los múltiples métodos que entonces se usaban tanto en Inglaterra como en Alemania y otras naciones, para descubrir a las Brujas. Parece fué el inventor de este "método" el famosísimo inglés descubridor de Brujas, Mateo Hopkins, quien en virtud de su cargo se titulaba él mismo: "The Witch-Finder-General" el descubridor General-de-Brujas. Varios eran los procedimientos para descubrir a estas aliadas de Satanás, siendo el primer basado en la insensibilidad de las Brujas donde tenían la marca diabólica. (1)

(1) Lutero en Rottenburg contó que había visto al diablo transformado en moscón y le arrojó un tintero. Todavía en la pared se encuentra la mancha de tinta.—La Dirección.

Solían pues los "pinchadores", que así eran llamados los innumerables buscadores de Brujas que de esta suerte procedían, buscar por todo el cuerpo de las infelices sospechosas de brujería la famosa marca, para lo cual les pinchaban por todas partes, dando esta investigación por resultado, la perpetración de los más indecorosos atentados. Cuando pues, encontraba una parte insensible al pinchamiento, la declaraban Bruja en el acto, pero no habiéndola encontrado proseguían su averiguación por el procedimiento de "la flotación" recomendado, en su obra clásica "Demonología", por el rey Jacobo, de quien antes hemos hablado. Estaba basado este "tratamiento" en otra de las propiedades de las Brujas, según dejamos dicho, esto es el ser "insumergibles". Ataban por la espalda los buscadores a la sospechosa, el pie derecho con la mano izquierda y la mano derecha con el pie izquierdo, envolvíanla en una manta y la arrojaban a un río, lago o lo que a mano tenían. Si la mujer flotaba era declarada Bruja, sometida al tormento y luego quemada; pero si se hundía y se ahogaba, quedaban sus deudos o amigos con el consuelo de su inocencia. (!) Pero de todas maneras moría, como pasaba a las que declaradas Brujas eran sometidas al tormento, pues si confesaban morían porque habían admitido su crimen, y si no confesaban también eran quemadas, por inconfesas.

Pero vengamos ya a la "especialidad" del notorio Hopkins y describamos su procedimiento "moscuno". Amarraba a la "sospechosa" en la postura más incómoda, sobre una mesa que ponía en la mitad de un cuarto. Estacionábanse allí, por veinticuatro horas, Hopkins o sus secuaces, y después de haber abierto un agujero en alguna puerta o ventana, esperaban pacientemente que entraran por él las moscas. A cada mosca que entraba trataban de darle caza, pero si alguna mosca escapaba, no había remedio, aquella mujer era Bruja ya que la **mosca escapada** era su **Diablo Familiar** o IMP, como los llamaban los ingleses. La prueba no podía ser más convincente (?) y la ya confirmada Bruja era llevada al tormento de donde salía en dirección de la hoguera para ser quemada, confesa o no confesa, según hemos indicado.

Esto pasaba en la cultísima Inglaterra Protestante y lo mismo acaecía en la no menos culta Protestante Alemania. No es nuestro intento tratar de inducir a nuestros lectores a que crean que "**sólo** en los pueblos protestantes de entonces se quemaban o ajusticiaban Brujas al por mayor", eso sería

contra la verdad, pues los países católicos de Europa de entonces estuvieron igualmente atacados de la Brujomanía. Sólo hemos pretendido trazar, el cuadro que presentaban las naciones protestantes Brujomaniacas, durante los siglos XVI y XVII, para que los admiradores de la Reforma vean que "en todas partes se cocían habas y en los países protestantes, a calderadas." Y para que no se nos tache de parciales citaremos las palabras textuales del protestante Mackay en su obra citada pág. 115." "We also find that the Lutherans and Calvinists became GREATER witch burners than EVER THE ROMANISTS HAVE BEEN". "Encontramos también dice, que los Luteranos y Calvinistas fueron más grandes quemadores de Brujas que los más exaltados ROMANISTAS". Y como todavía no faltarán lectores, aún católicos, que duden de nuestro aserto, pondremos aquí un brevísimo resumen estadístico formado después de cotejar más de diez autores que tratan del asunto, siete de los cuales son protestantes.

En Escocia desde la ejecución de María Estuardo hasta que su hijo Jacobo ciñó la corona de Inglaterra, esto es en el espacio de unos treinta y dos años, fueron ajusticiadas DIEZ Y SIETE MIL BRUJAS. El doctor Zachary Gray, protestante, en su edición del "Hudibras" dice que él mismo contó una a una TRES MIL SENTENCIAS DE EJECUCIONES DE BRUJAS EN INGLATERRA, durante el período del "Long Parlament"; y durante los ochenta primeros años del siglo XVII fueron ajusticiados, en Inglaterra también, nada menos que CUARENTA MIL BRUJAS.

Pero digamos una palabra de Alemania y otros países protestantes. Según la Chambers's Encyclopeadia (vol X. pág. 235) en Ginebra, Suiza, en sólo tres meses fueron quemadas QUINIENTAS BRUJAS. En Tréveris, en muy pocos años, según la New International Encyclopaedia, fueron ajusticiadas SIETE MIL Brujas.

Y en Alemania, según la Nelson's Encyclopaedia: En el espacio de dos siglos "the Witch-Mania is estimated to have cost 100.000 lives IN GERMANY ALONE". "se estima que la Brujo-Manía costó CIEN MIL VIDAS SOLAMENTE EN ALEMANIA." Junten los protestantes todas las víctimas, de todas clases, de la Inquisición Española y comparen su número y calidad con la cruelísima ejecución de Brujas en Inglaterra o Alemania y verán que los Inquisidores eran ni-

ños de teta si se comparan con sus "coprofesionales" de la iglesia reformada.

Ahora bien, aunque en todas partes no faltaron casos de "Lynchamientos" de Brujas, más del 90 por ciento fueron ajusticiadas "legalmente" ya que las leyes de entonces protestantes y católicos condenaban la Brujería como crímen religioso-social.

La creencia firmísima en los poderes preternaturales de las Brujas ha dejado huellas profundas, no sólo en la literatura europea de los siglos XVI y XVII, sino en la misma legislación civil y canónica. Si pues, la ley, si las personas instruídas y autorizadas de aquella edad creían firmemente que por medios diabólicos las Brujas **de hecho** producían TEMPESTADES, RAYOS, PESTES y otros fenómenos, (que hoy llamamos meteorológicos o patológicos), si las corporaciones científicas de entonces reconocían como diabólicos "estos fenómenos" y los jueces condenaban a muerte, a hombres y mujeres que habían "con sus ensalmos" llenado de roña al ganado, o producido granizadas; no es de admirar que el vulgo creyéndolas autoras de semejantes fenómenos, las entregara sin piedad a la justicia o cogiendo a las infelices "en fragante delito", (esto es en el acto de PRODUCIR CON SUS ENSALMOS UNA TEMPESTAD, por ejemplo), las arrastrara sin piedad como enemigas de la humanidad.

Empecemos a estudiar psicológicamente esta curiosa cuanto trágica "manía".

1).—Entonces, como ahora no cabía la MENOR DUDA en la EXISTENCIA DE CIERTOS FENOMENOS, tales como el Rayo, las Tempestades, el Granizo, la Roña y otros parecidos. El negar la existencia de "esos fenómenos" hubiera sido UNA LOCURA, como fué IGUALMENTE LOCURA el explicar su actual producción por medio de los poderes PRETERNATURALES DE LAS BRUJAS.

2).—Los sabios de entonces creían no sólo en la POSIBILIDAD sino en la realidad y en el USO FRECUENTE DE TALES PODERES PRETERNATURALES DE LAS BRUJAS, y a más de admitir los fenómenos antes indicados que ellos **explicaban** por medio de la HIPOTESIS DEL PACTO DIABOLICO,— admitían también COMO REALMENTE EXISTENTES fenómenos tales como el de las BRUJAS AVIADORAS que marchaban al Aquelarre montadas en sus

AEREO-ESCOBAS. Pues según su lógica argumentación fundada "en una hipótesis falsa", si las Brujas podían mandar al viento y controlar el rayo, no había "repugnancia" en que también pudiera montarse en un palo y volar, ya que el mismo diablo, que hacía enfurecer y encrespar las olas, era quien con su poder trasportaba a las Brujas al Aquelarre montadas en sus Clavileños.

3).—Puesta la hipótesis del pacto diabólico como "fundamento cierto" de los poderes de las Brujas, y admitida como indiscutible no sólo LA POSIBILIDAD de que el Diablo pudiera obrar éstos y otros portentos, sino DANDO POR COMPROBADO QUE EL ERA QUIEN PRODUCIA DE HECHO ESOS FENOMENOS, vinieron a deducir y verificar otros HECHOS curiosísimos como que había innumerables diablos por todas partes, en especial, en las aguas estancadas y en las fuentes termales a las cuales calentaban con fuego infernal y que daban claro indicio de su origen en el olor de azufre, que es el característico de los habitantes del Averno. Que estos diablos no tenían morada fija sino que habitaban en el aire en enjambres numerosísimos y como tenían el poder de hacer uso de cuerpos aereos (astrales) de cualesquiera forma, se andaban por esos andurriales en los más variados disfraces causando siempre mal a los mortales. Que la forma de moscas y otros insectos, era de ordinario preferida de los diablos de baja ralea, dejando la del Chivo para las autoridades mayores.

De estas consejas está plagada la literatura de entonces y escritores considerados en aquella época como verdaderas autoridades, tales como Sprenger en su obra clásica (?) "Malleolus Malleficarum", Delrio en su "Disquisitionum Magicarum", Bodin en "la Demonomanie des Sorciers", Jacobo VI y Farfax en sus "Demonologías", Wireus "de Praestigis" y otros muchísimos autores protestantes, que copiaron de los antes mencionados, daban por hechos incontrovertibles semejantes leyendas. Y no sólo afirmaban que el aire estaba lleno de diablos sino que hasta los llegó a contar Wireus, citado anteriormente, quien nos asegura que el número de diablos entones existentes era de 7.409,926, ni más ni menos.

La credulidad de la gente "de pluma" eclesiásticos y seculares llegó a un límite inconcebible, contándose por millones los Babilonios.

Al considerar tanta credulidad, no podemos menos de reirnos de los "sabios" de entonces. Y sin embargo si cossideramos a muchísimos hombres de ciencia de ogaño, veremos que no les van en zaga a los de antaño.

Hablaba un andaluz con el profesor de cierta Universidad y la conversación recayó sobre la credulidad increíble de los hombres de ciencia de los siglos XVI y XVII, muchos de los cuales admitían, con Delrio y otros teólogos, no sólo la posibilidad de que hubiera hombres nacidos del diablo, sino que de hecho habían nacido muchos personajes tales coco Hércules, Eneas y Servio Tulio entre los antiguos; en Inglaterra, Merlin; en Panonia los Hunos; Xaca en el Japón "nec desunt" decía el profesor, como nos lo afirma Delrio "nec desunt qui Lutherum in hanc clasem retulerint", y soltó una estrepitosa carcajada. Pocos días más tarde volvieron a encontrarse el profesor y el andaluz y empezaron a hablar del evolucionismo, mostrándose aquel ardientísimo partidario de la teoría de Lamark, conocida vulgarmente con el nombre de teoría de Darwin.

Estaba el universitario en lo más entusiasta de su discurso, cuando el sevillano soltó una muy irrespetuosa carcajada,—Cortóse el profesor y muy mosqueado le preguntó por qhé se reía de aquella suerte.—No hay que ofenderse por tan poco, repuso el andaluz, que ahora me toca a mí usar de mi derecho. Hace días ¿no se reía usted a mandíbula batiente de Delrio y de los teólogos del siglo XVI que creían en que había hombres que descendían del diablo? —Sí, respondió el profesor, pues eso es una solemnísima barbaridad.—Sea, dijo, pero a mí me parece aún más grotesca la teoría de usted que descendemos del Mono; y así no se amostace porque me río de esa solemnísima barbaridad; y si he de serle franco entre el diablo y el mono..... le voy al diablo!"

La historia se repite, "hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual".

Y aquí dejamos al lector meditando en el ejemplo que hemos puesto delante de sus ojos, para que pesando por sí mismo el valor de la Brujomanía, venga después a deducir el del Espiritismo. (1)

Carlos M. DE HEREDIA, S. J.

---

(1) Llamamos también la atención del lector sobre que la bru-

jería en los Estados Unidos, y ya en el siglo XVII, hizo más víctimas, que la Inquisición en 270 años en Méjico, en donde sólo ejecutó 41 personas durante tan largo período, con pena de muerte y por diversos y bien comprobados delitos. Nuestro gran polígrafo don Joaquín García Icazbalceta escribió algo muy instructivo sobre las brujas de Masachurret en la preciosa historia de Sumárraga por 12 años edición de Andrade y Morales 1881.—La Dirección.



Sección de Ciencias Naturales.

Las Algas Microscópicas Vivientes y las Fosilizadas.

Existen unas plantas diminutas, sólamente perceptibles con ayuda del microscopio, que presentan gran interés científico. Diré empero, como de paso, que dudo que haya objeto alguno, entre los innumerables de la naturaleza, que no ofrezca alto interés, siempre que se le dedique atención suficiente, estudiándolo a la luz de la ciencia, con constancia sostenida por el anhelo de conocer por su medio alguna parte de la verdad: de fijo no hay hecho alguno de observación precisa y atenta, por insignificante que a primera vista pueda aparecer, que bien examinado y estudiado, no lleve a inferencias de importancia en la vía de la adquisición de la verdad. Por otra parte, puede abrigarse la certidumbre de que no hay ninguna verdad científica aislada, por meramente especulativa que parezca, que amén de su interés como elemento, siquiera infinitesimal, de la Ciencia misma, no pueda llegar algún día a prestar cierto contingente, de uno u otro modo, al bienestar material de las sociedades humanas, aunque constantemente suelen éstas resistirse a reconocerlo y aún a comprenderlo. Se ha dicho que un hombre culto hasta cierto punto, pero de ese espíritu del que suele apellidarse práctico que suele ir acompañado de miopía intelectual, hubo de preguntar ufano a otro, amante fiel de la verdad en todas las formas de sus manifestaciones: "¿De qué puede servir a la humanidad el descubrimiento de nuevo asteroide, de elemento químico escasísimo y con ello incapaz de aplicaciones útiles, de expresión matemática de alguna ley física y aún sociológica, de hallazgo de organismos diminutos y extraños, ora sean

vivientes, ya háyanlo sido en tiempos que se presumen remotísimo?'' A guisa de indirecta respuesta formuló el segundo al interpelante, otra pregunta: "¿Y de qué sirve a la sociedad el niño recién nacido?".

Recientemente he contribuido con granos de arena para formar la argamasa del edificio cultural que ha emprendido construir, con alto y patriótico afán, el señor don Francisco Elguero, habiendo sido algunas de esas arenillas notas y reflexiones sobre unos materiales a los que tácito convenio, casi universal, ha asignado durante centurias magno valor, que tienen en efecto por la sola virtud del tal convenio. No han faltado lectores que hayan visto con cierto interés esas reflexiones, y va a complacerme presentar ahora a su benévola atención otras reflexiones, emanadas de la consideración de materiales que ofrecen grandísimo contraste, desde muy varios puntos de vista, con los que fueron objeto de mis artículos de referencia. Formularé el contraste diciendo: Quien ha visto con algún interés lo referente a preciados diamantes, ¿podrá ver con agrado semejante que se trate de cosas atañederas al humildísimo tizate? Aquellos son asaz escasos, éste extraordinariamente abundante en la naturaleza; no tenemos de aquellos, que hasta hoy se sepa, en nuestra patria (al menos en lo que de ella nos dejó la rapacidad angloamericana, pues los hay en California la Nueva), de éste tenemos vastos depósitos en innúmeras localidades, en cantidades que sin gran exageración son calificables de ilimitadas; aquellos valen a razón de muchos pesos el gramo por lo menos, éste a pocos centavos el kilogramo a lo sumo; aquellos, fuera de su deseabilidad considerable, que deben ser un instrumento de la vanidad humana, tienen un contado número de aplicaciones propiamente útiles; éste tiene numerosas aplicaciones de utilidad positiva y probablemente llegará a tener muchas más. Los primeros son combustibles en nuestra atmósfera; el segundo, como substancia saturada de oxígeno, es inalterable en ella; son los primeros cuerpos cristaloides, siendo coloide o amorfo el segundo; infusible aquellos, salvo condiciones muy especiales de alta temperatura y fuerte presión, es fácilmente fusible el segundo, aunque sólo a muy alta temperatura, para dejar, al volver el estado sólido, de ser cuerpo amorfo, revistiendo cristalina estructura. Por el contrario, los diamantes que han sido fundidos o estado a pun-

to de serlo, pierden su textura cristalina propia, tomando otra, la perteneciente a la grafita.

Ya imagino que podrá pensar más de un lector que toda la digresión que procede no tiene relación alguna con el asunto anunciado por el encabezado y por la introducción de esta nota; se ofreció tratar de algas, vegetales criptogámicos, y se comienza por encajar palabrería referente a tizates, minerales terrenos: ¿Qué tiene que hacer la una cosa con la otra, de natura tan diversa? Presto quedará puesto en claro el aparente enigma.

Las algas microscópicas, a cuya existencia aludí en las primeras líneas de esta nota, limitándome a la afirmación de su alto interés sin decir más de ellas tienen la costumbre de elaborar unas estructuras de sílice, que les sirven de armadura, de cubierta, carapacho, o, por decirlo así, de esqueleto externo, a la manera como los moluscos fabrican cosas semejantes, sus conchas, con cal carbonatada. Dichas algas viven en el seno de las aguas, prefiriendo las que están tranquilas, cerca del fondo de los mares, en los lagos y aún en cualesquiera charcas; nacen, propagándose rápidamente, donde quiera encuentran condiciones de vida que les sean favorables, en todos climas y países. En los contornos de esta ciudad las hay por donde quiera, en cualquier depósito de agua, grande o pequeño, sea dulce o salobre, desde lo poco que l acivilización,—que parece complacerse en atormentar a la naturaleza,—ha dejado del Lago azteca de Texcoco, hasta cualquier remanso de arroyo o zanja, como asimismo en los otros lagos. Unas son las especies propias de las aguas dulces, otras las de las más o menos salobres, las de las salinas de los mares, las de las aguas termales.

Al terminar cada uno de esos seres vivientes su evolución vital, su carapacho silíceo—que suelen llamar frústulo los botánicos y los paleontólogos,—cae al fondo de las aguas en cuyo seno pasó su efímera vida; la materia orgánica que encierra, una vez privada de la animación vital, se transforma bajo la acción de energías externas, ya físicas, químicas o biológicas, parando en tomar camino por otro lado, dejando al "frústulo" libre de su anterior asociación con la materia carbo-hidratada, constituyente normal de las celdillas y demás tejidos vegetales.

Si fueran unos cuantos individuos los vivientes, como se ha dicho, por breve lapso de tiempo, cada una de esas algas

diatomáceas, en determinado depósito de agua, pasarían inadvertidos a los observadores, ya durante su período de vida, ya después de él. Pasarían su vida, como los otros seres microscópicos, así vegetales como animales, desconocidos, por la inmensa mayoría de los seres humanos, ya que son muy contados entre ellos quienes dedican atención, ya sea eventual, ya persistente, al examen de cuanto no es discernible a la simple vista. Empero, siendo como es incontable el número de esos organismos, sus restos de naturaleza mineral, uno a uno intangibles e imperceptibles, llegan sin embargo con su acumulación a formar depósitos terrosos en el fondo de las aguas donde viven, y con el transcurso del tiempo, durante el cual las adiciones a tales sedimentos son incesantes, acaban por formar capas de terreno que cubren grandes extensiones, con espesores que miden metros y decenas de metros, midiendo kilómetros cuadrados sus áreas: constituyen así lo que acostumbran los geólogos llamar "rocas", porciones considerables de la corteza pétrea o "litoesfera" de nuestro planeta, tan grande y tan pequeño según como se mire. Cambios geológicos que por donde quiera ocurren, al intervenir como factor períodos muy largos, de tiempo, ocasionan, como muchos saben, que lo que inicialmente fuera fondo de charcas, de lagos o de mares, pase a ser terreno de llanura, ya superficial, ya recubierto a su vez por ulteriores formaciones; o bien falda o ladera, o acaso cima de montaña. Con esto, por lo que hace a los depósitos de tiza que es la roca formada por la sucesiva acumulación de los diminutos frústulos de las invisibles algas diatomáceas, es común que los formados en otras épocas estén hoy en sitios donde no hay ya marea, ni lagos, ni charcas, sin perjuicio de existir otros, en actual vía de formación, en fondos de depósitos de agua contemporáneos. Contrayéndonos a nuestra ciudad y a sus alrededores, a la vasta cuenca lacustre que no sin alguna impropiedad se acostumbra llamar "Valle de Méjico", diré que hay algas diatomáceas vivientes en todas sus aguas tranquilas, como atrás indiqué, que constantemente manufacturan sus armaduras silícicas, que una a una, van cayendo al fondo. En cuanto a las mismas algas, hoy fosilizadas, los carapachos de las predecesoras de las que hoy viven, abundan en el cieno de los lagos, bajo de las aguas que les han quedado; abundan igualmente, haciendo en no exígua proporción parte integrante del terreno, a profundidades diversas,

que llegan a más de 200 metros en muchos lugares, en estratas correspondientes a los que antes fueron, sucesivamente, sendos fondos de lagos; las hay en el subsuelo de esta ciudad, a poca profundidad y a otras diversas, hasta muy considerables, como se sabe por el examen de los materiales detríticos extraídos al perforar pozos artesianos; las hay por dondequiera en las llanuras de la cuenca, en mezcla con otros materiales sedimentarios, con arcillas y con vidrio valcánico pulverulento principalmente, ya en la superficie o cerca de ella, ya debajo, en puntos que ha largo tiempo dejaron de ser fondos de lagos, de los que algunos están a nivel más alto que ellos; las hay al pie de unas u otras montañas circunvecinas y en sus laderas, a más o menos altura sobre el nivel del Valle. Hay lugares donde el material de esa procedencia biológica es el que domina en el terreno, no estando mezclado con otras substancias, o estándolo sólo en muy bajas proporciones de las últimas; los depósitos así constituídos, ya pequeños, ya extensos, a veces muy considerables, son las ''tizateras'' o ''tizatales.''

Esos ''tizatales'' son habitualmente trabajados y explotados por los ''tizateros'', nuestros hermanos de raza azteca u otomí, quienes labran socavones dentro de las capas gruesas de tiza, y extraen el material, escogiendo el más limpio, que generalmente acarrean ellos mismos a no pequeñas distancias, llevándolo a vender a los ''tlapaleros'' de las ciudades, donde no falta demanda constante del artículo, siendo muchos sus consumidores, cada uno de pequeñas cantidades.

Hay multitud de especies diferentes de algas diatomáceas, distribuídas entre muchos géneros: así como a especies diversas de moluscos, gasterópodos, lamolibranquios y cefalópodos, corresponden, una a una, característicos diversiformes caracoles o conchas que ellos fabrican, así también a especies diferentes de diatomáceas corresponden frústulos propios. Los géneros de esas algas mínimas se enumeran por centenas y por millaradas las de especies, tanto las contemporáneas, como las fósiles. La composición de las formas de los restos silíceos de las diatomáceas contemporáneas con las de aquellas que vivieron en épocas lejanas,—y lejanas no ya histórica sino geológicamene hablando,—ha dado lugar a estudios morfológicos comparativos positivamente importantes y hasta trascendentales. Ha no mucho tiempo se hizo a su res-

pecto una observación que me parece de más alto interés científico, que he leído en artículo de E. H. O. Meara y G. S. Wert, biólogos ingleses, en la edición de Cambridge de la Enciclopedia Británica (1910). Existen ciertas especies vivientes que son idénticas a las de remotas épocas, habiendo por supuesto muchas más que no lo son, pues bien se sabe que trátese de seres microscópicos o de los menos pequeños, es general que difieran las flores y faunas fósiles de las contemporáneas, y que se señalen entre los fósiles los especialmente pertenecientes a pisos geológicos determinados, que marcan etapas diversas en la historia de la formación del globo. Llaman la atención los autores citados a la persistencia notoria de las formas de esos diminutos frústulos, a través del tiempo, cuando son de una misma especie: tras innúmeras generaciones sucesivas de los micro-organismo vegetales que los secretan y conforman, se observa una identidad de formas que es calificable de perfecta, hasta los menores detalles, entre los frústulos de fabricación contemporánea y los que hoy son fósiles, que fueron elaborados en una u otra época geológica distante, hasta la del mioceno. Y cuenta que se ha hecho notar a ese respecto que el número de consecutivas generaciones de esas algas minúsculas, en unos cuantos meses, iguala o sobrepuja al que correspondería, para nuestra especie humana, a todo el período que se presume ha habitado esta nuestro planeta.

La constancia de ese hecho preciso, bien observado y reiteradamente confirmado, puede no complacer a los sectarios ciegos del transformismo a ultranza, como que denota la contraria tesis, señalando caso de brillante notoriedad de la estabilidad morfológica de ciertas especies. El investigador sereno, el que ama a la verdad más que a la fama o la llamada gloria, siempre efímera, vé con beneplácito igual los hechos como el que apunto y los que pudieran interpretarse como confirmativos de la hipótesis transformista: las interpretaciones prototéticas vienen y van, se imaginan, se propagan, cobran auge, toman vuelos, subsisten en privanza más o menos tiempo; más tarde sufren modificaciones, caen de los pedestales que sus adeptos les labraran y llegan a verse abandonadas y olvidadas; mientras que los hechos de bien comprobada observación, satisfagan o no las vistas que a la sazón en que se observan privan, aün las de sus pro-

pios descubridores, retienen perennemente su importancia en la Ciencia, en calidad de fundamentales elementos del conocimiento de la austera Verdad.

Méjico, D. F. 1922.

Carlos F. DE LANDERO.



Sección de Apologética.

EL TELESCOPIO

Cuarta conferencia dada a los Caballeros de Colón por el Hermano Lector, Licenciado Francisco Elguero, el miércoles 8 de marzo de 1922.

En nuestra primera conferencia denominada "**EL TRIANGULO ROJO**", demostramos, siguiendo a Santo Tomás, que las cualidades de la materia y las de la inteligencia son esencialmente diversas, al grado de que la **abstracción**, en la segunda naturalísima, sería en la primera verdadero milagro. De aquí se deduce que una cosa no es la otra; que un abismo las separa, y que combinado con la materia, es decir, **informándola**, existe el espíritu.

En la segunda conferencia, intitulada "**EL CISNE QUE PIENSA**", buscamos la causa de nuestro espíritu y no la pudimos hallar en la materia, porque **NADIE DA LO QUE NO TIENE**, y si la esencia del espíritu está en abstraer, la abstracción no puede venir de la materia que al actuarse e individualizarse es concreta. "**Si existe algo**, decía Balmes, **siempre ha existido algo, es así que existe algo, luego siempre ha existido algo**". Hagamos al caso aplicación del soberano argumento. Si existe el espíritu siempre ha existido el espíritu, es así que existe el espíritu, luego siempre ha existido el espíritu........ espíritu eterno que es Dios.

En la tercera conferencia, denominada "**LA NAVE OPULENTA**", supusimos que el destino de un barco **inmenso** que podría dar muchas veces la vuelta al mundo, y que llevaba riqueza por dos millones de libras, iba a parar para ya no salir, a una islita de miserables pescadores, falta de carbón, de agua, de todo y tuvimos por locos a los armadores, asegurando con igual lógica que si Dios enriquece al alma con cualidades que no son

ni del tiempo ni de la tierra, y la destina sólo para la tierra y el tiempo, habría perdido el juicio también.

Ahora, nuestra conferencia se llamará "**EL TELESCOPIO**", y damos entrada al acostumbrado diálogo.

***

Al día siguiente del que intitulamos "**LA NAVE OPULENTA**", el discípulo en el mismo lugar y a la misma hora reanudó la conversación, ansioso de penetrar verdades que si tienen un fondo de misterio iluminan el alma con claridad sideral.

DISCIPULO.—¡Mire usted qué cosa tan curiosa! Al llegar anoche a mi alojamiento y revisar unos libros de Francia hallé uno que devoré al momento: **Souvenirs de Jeunesse**" de Francisco Coppée, autor que usted estima mucho por ser convertido, y allí encontré esta preciosa anécdota que repito en sustancia porque no la recuerdo textualmente, y aún quizá exornándola a mi modo. (1)

Comían una noche durante el sitio de París y en la casa de V. Hugo el mismo Copée, Teófilo Gauthier, su primorosa hija y un ateo muy conocido, cuyo nombre no recuerdo ni quiero recordar.

Víctor Hugo solía elevar la conversación y esa vez la llevó hábil y delicadamente al gran asunto del fin del hombre, en que el poeta pensaba más de lo que se cree.

El ateo, aunque comprendió muy bien que desagradaría al poeta, soltó un chiste de mal género contra el dogma de la inmortalidad y Víctor Hugo, después de ponerse muy grave, contestó así:

"Hemos de saber, amigos míos, que el Dante una vez en Florencia escribió dos versos, y los colocó dentro de un libro para revisarlos después, lo que es una buena costumbre."

"Entretanto los dos versos dialogaban así: Amigo mío, dijo el primero: somos inmortales. ¿Por qué? contestó con sorna el segundo. ¡Friolera! porque nos ha hecho el Dante para su Divina Comedia, que será inmortal. El segundo se

---

(1) Perdone el lector el anacronismo: Copée escribió ese libro después de la muerte de Velázquez de León, acaecida en tiempo de nuestro segundo imperio.

burló diciendo que él no creía en inmortalidades porque era escéptico, que iba a transformarse, no como quería el Dante, sino como a él plugiera; y en efecto se transformó.''

''Llegó el gran poeta en esos momentos, examinó ambos versos con mucha atención pues les daba gran importancia y como al primero, al que creía en su inmortalidad, lo encontrara bueno, lo escribió cariñosamente en la Divina Comedia y como quiera que el segundo lo halló malo, lo desechó sin más ni más arrojándole al río.''

No habló más Víctor Hugo, pero el ateo se quedó corrido y Coppée no hace más que este comentario:**''el poeta tenía tanto talento, como imaginación.''**

Yo haré una reflexión más detenida. Dios al que le conoce, al que le ama, al que le adora y ejecuta su voluntad, lo llama a su seno como el Dante destina su verso a su poema, y al que no satisface su deseo, repeliendo a su Padre y Creador con la inteligencia y el corazón, lo arroja de sí tan justamente como el Florentino al verso malo.

Hasta aquí, maestro, pensamos lo mismo, pero permitidme una observación.

Al hombre arrojado de sí por Dios como el verso por el poeta, no se le condena a la nada **PORQUE LA NADA** no es fin y porque no puede ser pena la que el reo no conoce ni sufre. Vosotros los creyentes afirmáis que para el malo hay un infierno eterno, pero ¿no puede haber otro período de prueba y otro de perdón como el que vosotros mismos decís que Dios concede en el mundo al arrepentido? En esa diversidad de períodos creen los partidarios de la **METEMPSICOSIS** o transmigración de las almas.

EL MAESTRO.—Adelantáis rápidamente con solo vuestro propio esfuerzo, lo que me colma de alegría, pero para satisfaceros plenamente, y os satisfaré os lo aseguro, necesito que adquiráis ciertas ideas en otro orden más elevado y en ellas hallaréis luz que no da la razón natural, aunque éste es un peldaño indispensable del pórtico de esa región gloriosa.

Voy a corresponder a nuestra graciosa, pero conceptuosísima fabulilla, con una anécdota que no es de Víctor Hugo, pero que espero os hará pensar.

Yo conocí y traté casi íntimamente (recuerden los oyentes que habla Don Joaquín Velázquez de León) a tres grandes astrónomos franceses: X. cuyo nombre debo callar, el jesuíta Moigno y el prodigioso Leverrier, el primer astróno-

mo del mundo y un católico eminente. Los tres conversaban así en un magnífico observatorio una noche estrellada.

X.—Siempre me he lamentado de que en las ciencias especulativas, no haya un instrumento que venga a fortificar y a alargar nuestra débil razón como el telescopio y el microscopio perfeccionan, multiplicándola miles de miles de veces, la vista natural.

La razón es obscura, vacilante y caediza. Ved como los sistema filosóficos de todas partes, pero de Alemania sobre todo, se suceden a los sistemas, encontrándose a cada paso dos **GENIOS** en contradicción. Unos son deistas, otros panteístas; unos agnósticos, otros cristianos; aquellos materialistas, estos espiritistas; unos nomilalistas, otros realistas y muchos eclécticos como nuestro gran Cousin. ¿Qué sé yo?

Comte ha trabajado por uniformar las inteligencias, pero ¿a qué costa? Declara dogmáticamente que las causas y los fines son incognocibles para que estemos de acuerdo conociendo sólo lo que vemos y palpamos. Esto es como decirles a los navegantes: "para que no os extraviéis, no salgáis de un lago de pocos kilómetros cuadrados" con lo cual el marino nada adelantaría. Lo importante es navegar por todo lo navegable sin riesgo de extravío, problema que ha venido a resolver la brújula.

LEVERRIER.—Muy bien, pero esa brújula existe en el orden espiritual, amigo mío.

MOIGNO.—Mr. X. hablaba de un telescopio en las ciencias especulativas lamentándose de que en ellas no existan instrumentos que aumenten el alcance de nuestra visión, y yo digo que en la ciencia de nuestro principio y de nuestro destino, es decir, en la ciencia de Dios, existe ese telescopio como el señor Leverrier lo sabe muy bien y puede explicarlo con su clarísimo talento.

LEVERRIER.—Es verdad, el telescopio y la fe se parecen mucho. El primero exige la existencia de la vista natural, pues no hace más que aumentarla; la segunda exige la razón humana, pues le da un alcance que naturalmente no tiene.

San Pablo dijo que la fe es argumento de las cosas invisibles y nada más exacto. Dios a más de dar al hombre la razón le ha dado un maestro que le interprete y enseñe y es la Iglesia. La fe consiste en creer lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.

Pero ¿cómo sabemos que Dios ha hablado y que la Iglesia tiene por Dios el título de maestra infalible?

MOIGNO.—La misma razón humana demuestra, como demuestra infaliblemente ciertos puntos culminantes de la historia, la existencia de la revelación y los títulos de la Iglesia, pero esto es por lo que toca a la fe como ciencia, es decir, a la teología que puede estar al alcance de todos. Además, en cada fiel la fe propiamente dicha existe (1) como virtud sobrenatural hija del amor de Dios, así que el último campesino y el más ignorante de los hombres sabe lo que sabe Leverrier y sé yo en el orden de las cosas necesarias para salvarnos. (2)

X.—Si Dios ha hablado e instituído la Iglesia y se me llega a demostrar tal cosa, veo claro que la fe distribuída a todos los hombres, sabios y rudos, ricos y pobres, poderosos y humildes, es una gracia que se deriva de la misma bondad con que Dios ha perfeccionado y completado con la revelación esa ley natural que ustedes juzgan trunca y veo también ya que todos los católicos creen, los unos con discurso, sin él los otros, que sólo la Iglesia ha conseguido tal cosa en el mundo y que si no ha inventado el telescopio, si ha hecho creer a doscientos o trescientos millones de hombres que lo inventó, lo que es más admirable todavía.

LEVERRIER.—¡Qué acertado estáis! ¿Qué no daría cualquier filósofo, cualquier legislador, cualquier político para que se creyese que la verdad salía siempre e infaliblemente de su boca? La Iglesia lo logra y su imperio se extiende más cada día y lo que pierde por revoluciones humanas lo va recobrando con el tiempo. ¿Esto es natural? ¿no demuestra sólo tal cosa que en efecto posee el depósito de la palabra divina y que está interpretada por ella es el telescopio sobrenatural y tan necesario que sin él ni los mismos sabios, pues la razón natural más alta se extravía, pueden estar seguros de las verdades más necesarias para salvarse?

MOIGNO.—Por la simple razón se pueden conocer mu-

---

(1) Luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.

(2) La Iglesia es la única sociedad que realiza el ideal del socialismo: hacer comunes sus bienes espirituales con una perfección que pasma.

chas verdades fundamentales, como la existencia de Dios, la del alma, la inmortalidad de ésta, etc., pero muchas otras no y aún para que las racionales se esclarezcan y solidifiquen se necesita la fe y Santo Tomás ha dicho: "**Si los hombres no tuviesen más que la razón por guía y por luz, un pequeño número solamente llegaría después de largos esfuerzos y en medio de mil errores al conocimiento del soberano bien.**" (Summa, Parte 1a. art. 1o.) San Anselmo decía: "**para poseer la ciencia infalible e inmutable, creamos primero.**"

X.—Me inclino fuertemente a creer que un don tan grande como el de una doctrina que al prometernos la otra vida, hace nuestra felicidad en ésta, como decía Montesquieu, no puede ser invención humana porque el hombre siempre desconfía del hombre y tan seguro está de la escasa autoridad de su palabra que jamás se ha proclamado infalible.

LEVERRIER.—Muy bien. La Iglesia lo hace, la humanidad lo cree, la creencia dura siglos y siglos y mientras la civilización avanza más se fortalece, caracteres todos que no cuadran con las obras humanas. Deducid la consecuencia.

X.—Todavía quisiera ver el asunto en otros aspectos. Demostrándome que Dios ha hablado y propuesto a la Iglesia como maestra.

MOIGNO.—No es difícil, porque a nuestro auxilio no vendrá sólo los datos históricos, sino otros elementos que combinados resolverán el problema tan fácilmente que podríais llamarle: "**LA LLAVE DE LA CERRADURA.**"

*
* *

Concluyó Don Joaquín diciendo a su discípulo ¿qué pensáis de esa conversación?

DISCIPULO.—Que en efecto, si la fe existe es el telescopio de la razón y que si a la razón no la daña y sí la perfecciona y da al hombre la felicidad en esta vida como la promete para la otra, ese telescopio no puede ser el instrumento de un juglar o farsante, sino un dón del cielo.

Pues preparáos a aprenderlo en nuestra conferencia (la quinta) que se llamará "**LA LLAVE DE LA CERRADURA.**"

Concluyo con esta décima que he compuesto para vosotros:

Dios autor de la razón,
Es el autor de la fe
Y entre ellas jamás hallé
Mínima contradicción.
Es la fe sublime dón
Que añade sin detrimento,
Y dice mi pensamiento
Mientras más años acopio:
Es nuestra fe, telescopio
Que alarga el entendimiento.

Méjico, marzo 8 de 1922.

Francisco ELGUERO.



Variedades.

LA ULTIMA POESIA DE MENENDEZ PELAYO

Con ocasión de la muerte del amigo entrañable, del hombre bueno y del poeta insigne, honor de la Montaña, a quien Dios acaba de llamar a Sí, muchas plumas han corrido sobre el papel en elogio de las virtudes y talentos del autor de "La Golondrina", y me consta que otras muchas, muy autorizadas y doctas, se disponen a escribir de la vida y de los libros del poeta Dollame que de la mía humilde no hubiera salido aún el nombre tan querido y admirado de Enrique Menéndez; pero a la sola idea de convertir en renglones impresos los sentimientos de mi corazón, en estos tristes días me sentía invadido por una tan rotunda sensación de fracaso, que había determinado abstenerme de todo lo que no fuera guardar en el alma el recuerdo del muerto inolvidable, llorarle como amigo y encomendarle a Dios como católico cristiano.

Pero he aquí que de las manos de una discretísima amiga del poeta, de singular talento y cultura—la seorita Luisa Ardanaz—llegan a las mías los últimos versos que éste escribió, poco antes de caer en el lecho presa de su dolencia mortal.

Fueron una improvisación, una inspiración del momento, en la que estoy seguro de que su autor no empleó más atención ni cuidado que el que ordinariamente se dedican a cualquier apunte ligero, versos de postal, lisonja de abanico, rimas fáciles y llanas, seguras siempre de encontrar en el espíritu amigo a quien van dirigidas cuanta indulgencia necesiten para todo pecado de negligencia, precipitación o desaliño. Y sin embargo, son tan conmovedores y bellos estos versos del autor del "Cancionero de la vida quieta", que a mi juicio merecen un puesto entre los mejores de los suyos; por lo que me parecería pecado mortal no darlos a conocer a los incontables amigos y admiradores del insigne vate.

Todos ellos saben que los ojos del poeta servíanle sólo para llorar: la noche triste de la ceguera tiempo ha que había descendido sobre ellos y anudado sobre aquellas pupilas la venda de sus tupidas lobregueces. Estos postreros versos lo saben también y lo cuentan en amiga confidencia. Helos aquí:

Esa madre a quien su niña
con sus minúsculas manos
cual con dos hojas de rosa
le está los ojos tapando,
ni se aflige, ni se apura
ante el imprevisto caso,
pues su corazón le ha dicho
de quién son aquellas manos.
También un pobre poeta
sintió sus ojos nublados
y que es la mano de Dios
la que se los ha tapado;
por eso no se impacienta,
que su corazón cristiano
sabe que entre hijos y Padres
esto es amor y no daño.

¡Rima bellísima, rima de esperanza, de amor y de fe ha sido el último canto del poeta cristiano que en ellos buscó tantas veces sus fuentes inspiradoras! Toda la gracia amable, la delicadeza exquisita y alada, el galanismo y primor de sus romances mejores, fluyen en éste, brotando de la más rica vena de su inspiración.

Poco después de escribirle, el Padre celestial separaba las manos amorosas que suavemente las oprimían, sustrayéndolas a la visión de las impurezas de la tierra, y las pupilas del hijo que creyó y esperó, se bañaron en el raudal de las eternas claridades.

Alberto L. ARGÜELLO.

5 de septiembre de 1921.(1)

(1) Un distinguido suscritor nos ha proporcionado el artículo anterior, que apareció en el Diario Montañés de Santander (España), y como entre nosotros ha sido completamente desconocida la última y sentidísima poesía de Don Enrique Menéndez Pelayo, nos apresuramos a reproducirla para que los lectores se edifiquen con esos versos de sencillez y sinceridad profundamente cristianas.—La Dirección.



Divagaciones.

LA PRIMAVERA

(Para "América Española.")

Huyeron hacia el monte las neblinas; se aclaró el cielo; recobraron su voz los pájaros; brotaron hojas de los secos troncos; la brisa, tibia y suave como una caricia, deshojó con sus leves dedos las primeras rosas, y entre los fulgores radiantes de un sol esplendoroso, apareció la primera bandada de golondrinas........

¿Quién lo duda? Estamos ya en primavera. Y no es preciso que lo diga el calendario. La apagada chimenea, la poética bata de muselina, el balcón abierto, el perfume que sube del jardín, el gorjeo de los gorriones en el alero..... todo lo dice, todo lo murmura, todo lo canta.

Como el viejo huraño del cuento, que huye hacia el fondo del bosque, cargado con su haz de palos secos, así el invierno ha huido. Se llevó consigo las ramas sin hojas, los nidos destrozados, los pajarillos muertos.......

El viento helado le acompañaba en su peregrinación, aullaba lúgubremente, como aúllan los lobos por la noche en las desoladas llanuras envueltas en sombra. Y los dos, el viejo huraño y el viento inclemente, compañeros inseparables, fieles amigos, caminaron, y caminaron sin descanso hasta internarse en cavernas desconocidas y lejanas. Los árboles que dejaban atrás sonreían con invisibles sonrisas de inteligencia; las fuentes cobraban esperanza de destorcer sus chorros congelados, y la endurecida tierra que hollaban con los pies, latía, palpitaba en su íntimo estremecimiento, soñando ya con la suave grama que, cuando los dos caminantes estuviesen lejos, brotaría poco a poco, aterciopelando las quiebras y bordando los surcos......

Y todos esos anhelos no murmurados en palabras, pero hondamente sentidos, se han realizado..... La endurecida tierra del llano, es una esmeralda; la fuente se deshace en

perlas cristalinas cantando en el bosque la canción de la cumplida esperanza; y el árbol, tembloroso y murmurante, es inmenso dosel que presta sombra a los enamorados, mientras en la alta copa, un pájaro fija sus ojos en el cielo y trina el himno glorioso de la ventura.....

Ha llegado la primavera. Y la brisa, sólida y perfumada, nos llama hacia el campo. Tiempo es ya de abrir la casita abandonada allá en la soledad de las alamedas distantes.

Tomamos las pesadas llaves, y nos encaminamos por la vereda angosta y larga, bordeada por gigantes álamos.

Chirria la llave en la cerradura; la puerta se defiende,—parece que pretende tomar, desquite de nuestro abandono.—Pasamos al vestíbulo, lleno de polvo y hojas secas, donde los pasos resuenan con extrañas sonoridades; huye, asustado, un murciélago,—único habitante de la casa silenciosa.—Subimos la escalera, cruzamos el corredor, y entramos en la sala..... Todo es polvo, silencio, humedad, frío..... Es que aun no sale de esta casa el invierno. Hay que abrir los balcones y espantarlo como a un mal pájaro......

Y una vez que las puertas están de par en par, un hermoso rayo de sol penetra alegremente y se quiebra sobre los azulejos del piso; la brisa susurradora, entrando en amplias ontas, barre y quita el polvo de las lacas, juega con los prismas del candil, pone en movimiento cortinillas y tapices.... El aroma de las rosas abiertas, sube como invisible humo de un maravilloso incensario; el gorjeo de los pájaros hiere el silencio del dicreto salón; y dos mariposas blancas, como pétalos de flor que mece el viento, entran de improviso por el abierto balcón, pintan sus vuelos de serpentina en la media luz de la estancia, y huyen después en giros fantásticos a lo largo de la vereda de álamos.

Han venido las mariposas: la primavera ha entrado por fin en la casita abandonada......

¡Cuántos corazones podrán decir lo mismo! Estaban solos, tristes, obscuros..... y ahora, un rayo de sol los calienta, un pájaro trina en su interior, una rosada flor abre allí su corola, y una mariposa blanca,—la divina ilusión,—enreda en ellos sus vuelos níveos, apresándolos en mágicas redes.....

¡Oh, corazones dichosos! Tiempo es ya de exclamar, mientras sube hacia el cielo el perfume de las rosas: ¡Bendita Primavera!

MARIA ENRIQUETA.



FLORES DE SALES (1)

PREFACIO

Venció a Parrasio Glicera,
Sí Señor.
Era una ramilletera
Cuya preciosa labor
En vano copiar quisiera
Aquel egregio pintor.
Tal era la profusión
De las frutas y las flores
Y tal la combinación
De los variados colores

---

(1) Valga esta nota de prólogo galeato.

Las metáforas de San Francisco de Sales son tan ricas de color, tan gallardas de forma, tan sabrosas y suculentas de sustancia, tan aromáticas con el aroma del amor divino, que bien vale ponerlas en verso no porque en esta forma artificial y forzada resulten más encantadoras que en la sencilla, modesta y natural prosa del santo, sino por la misma razón porque se cortan las rosas del rosal para llevarlas al búcaro, es decir, para hermosear éste y no para hermosearlas con él.

No quiero honrar con mis versos, Dios me libre de tamaña necedad, la retórica original, fresca, delicada y graciosa del más poeta de los santos y el más santo de los poetas; quiero que aquellos, a falta de aroma propio, cobren algo, si es posible, del perfume de la prosa que mejor haya adunado doctrina sabia, arte modesto y caridad angelical.

Procuro apegarme cuanto me es posible al pensamiento del santo; pero no siempre lo podré conseguir. Entonces perdóneme el lector alguna libertad, siempre que con ella no desfigure completamente los primores de mi modelo (empañarlos y deslustrarlos siempre ha de suceder) pues si lo contrario hiciere..... no me lo perdone.

Entre las Flores de Sales, debe considerarse la poesía publicada en el número anterior que se llama "LA ABUELA DE TODOS".

En los ramos de Glicera,
Que envidió la primavera
El arte de sus primores.
  En la cristiana doctrina
Lector, la materia es una,
Pero el arte peregrina
Las medias tintas combina
Y los cambiantes aduna.
  Os presento iguales flores
De la santa devoción,
Pero, queridos lectores,
Sabed estimar el dón
Porque es favor de favores.
No os olvidéis del conjunto
Porque valen más en junto
Formas y tintas y olores.

*
* *

¡ASPIREMOS, ASPIREMOS!

  Aspira a Dios, alma mía,
Por la noche y por el día,
  Si es posible a cada instante,
Cual busca el paterno brazo
Y de la madre el regazo,
Si no anda aún, el infante.
  Es falso que tu camino
Embarace ese divino
Ejercicio de aspirar,
Porque goza el maragato
La frescura del regato
¿Dejaré de caminar?
  Como el galán cuando ama,
Los colores de su dama
Lleva sobre el corazón,
Tú trúecalo en ramillete
Oloroso o en pebete
De constante adoración.
  Al de Asís un corderillo
Hácelo llorar sencillo

Recordando al Salvador.
Otra vez un arroyuelo
Le da un éxtasis del cielo
Tan sólo con el rumor.
Cuando ardido el halcón vuela,
El de Borja a la pihuela
Llámalo con cierto son,
Y de espanto se estremece
Viendo que el ave obedece
Y tú nunca ¡corazón!
Basilio el Magno miraba
Bella rosa y suspiraba,
Que sus punzantes espinas
Le recuerdan que el pecado
En dolor ha trasmutado
Tantas esencias divinas.
Todo nos viene del cielo,
Cada belleza es señuelo,
Un recuerdo cada ser,
En cada cosa está escrita
De la grandeza infinita
Bondad, sapiencia y poder.

ESTRAMBOTE

Era tu alma campanario
Oh! Sales y era incensario
Tu corazón encendido.
¿Por qué lo eterno se olvida
Y por qué dejar la vida
Sin sentido, sin sentido?.......

EL MANJAR DE NIEVE

Hay en nuestras montañas
Ciertas inofensivas alimañas,
Cuyo alimento leve
En el invierno crudo es sólo nieve,
Y dicen ¡oh portento!
Que cobran el color del alimento

El alma que de Dios la carne come
Y que su sangre bebe
¿Qué mucho que la luz del ángel tome
Y la pureza de la misma nieve? (1)

Francisco ELGUERO.

(1) Sabido es que San Francisco de Sales se inspiraba en sus símiles y alusiones de historia natural, en las obras de Plinio y otros sabios de la antigüedad, que acogían candorosamente muchas noticias del vulgo, hijas de la imaginación pagana, y no resultado de observación cuidadosa y realmente científica.

Pero la falta de verdad absoluta de esas especies, en nada las priva de su esencia poética y artística, en nada daña el ingenio que se sirve de ellas para más aclarar y realzar la doctrina y acabamos por alegrarnos de tantos errores de detalle en el campo científico, porque han venido a servir a la verdadera ciencia de Dios y a la santidad de un siervo suyo.

El cristianismo en su afán de sacar bien del mal y en volver en honra de Dios todas las cosas humanas, hizo de templos paganos santuarios de Cristo, ornó con las estatuas del genio antiguo los museos de los Papas y hasta la ciencia pueril y candorosa de los primeros naturalista, convierte en flores retóricas de buen linaje para hacer la doctrina de la verdad más sabrosa y regalada.



A LOS PEGASOS DE QUEROL

Os destinó Querol para la altura;
El que todo lo puede vos apea,
Y ya en idóneo sitio no alardea
¡Oh cuadriga, tu clásica escultura!

Ya me siento abrasar de calentura
Ante la acción desatentada y fea,
Y en el nombre del arte y de Amaltea
El desacato mi saber conjura.

Pero olvidado mi laurel de culto,
Os confieso que allá en el frontispicio
Jamás os pude examinar el bulto;

Que el admiraros debo al estropicio,
Y habré de convenir que el inconsulto
Al sabio suele superar en juicio.
Méjico, 10 de marzo de 1922.

Un artista derrotado.



POLIANTEA

El Gran Monseñor Kelley

Uno de nuestros ilustres desterrados en los Estados Unidos, durante la tiranía carrancista, ha escrito a petición nuestra las líneas siguientes que publicamos para dar a conocer a nuestros lectores la labor eminentemente civilizadora, cristiana y justiciera emprendida por el ilustre sacerdote americano en favor de nuestra patria, nuestra iglesia y nuestra historia, sin que demos a conocer el nombre de nuestro inteligente y virtuoso colaborador por no estar autorizados para ello.

Huésped nuestro el Ilustre Monseñor Kelley, queremos que esa breve, pero exactísima biografía suya, figure en nuestro **Magazine**, como homenaje de nuestra parte a sus méritos de sacerdote y como tributo de la gratitud mejicana.

*

* *

Monseñor Francisco Clemente Kelley, Doctor en Teología y Protonotario Apostólico, originario de Canadá y domiciliario de Chicago, fundó con la aprobación del Arzobispo señor Eduardo Quagley la asociación denominada: "**THE CATHOLIC CHURCH EXTENSION SOCIETY OF THE U. S. OF A.** que conforme con su título se había de ocupar en propagar y fomentar la fe católica en los Estados Unidos.

Idea magnífica que pone de relieve la diferencia entre el criterio protestante y católico: los americanos de los Estados Unidos tienen más de la mitad de su población, es decir, más de 50 millones sin bautismo y sin religión. Los católicos se preocupan, no así los protestantes, en la conversión de esos americanos. En cambio los protestantes gastaban millones de dólares en sus llamadas misiones, no para convertir, sino para pervertir a los católicos.

La Asociación de Mons. Kelley dió y da magníficos resultados: tiene más de medio millón de socios cooperadores y cuenta con un periódico mensual "**The Extension Magazine**", con un cuarto de millón de suscripciones; sus recursos van aumentando cada año y ya anda muy cerca del millón de dólares anual, que se emplea en construir iglesias, en misiones estables y ambulantes y en carros capillas que son carros de ferrocarril convertidos en verdaderas capillas, o automóviles construídos para ese mismo fin.

Por septiembre de 1914 Mons. Kelley, entonces simple sacerdote, supo por el P. Constantineau, de los oblatos de María de San Antonio Texas, los excesos que la revolución carrancista cometía en Méjico, y las tristes condiciones en que obispos, sacerdotes y religiosos de uno y otro sexo se refugiaban en los Estados Unidos, principalmente en el Estado de Texas. Acudió entonces el P. Kelley con autorización de su arzobispo para remediar aquellas necesidades y personalmente se trasladó a San Antonio. Allí se horrorizó al saber lo que pasaba en Méjico y se admiró de que en los Estados Unidos nada se supiera, sino que por el contrario se creyera que la revolución carrancista era casi justificada.

Emprendió entonces el P. Kelley, después de dejar arreglada la sustentación de Obispos, Sacerdotes y Religiosos, la tarea de acomular datos sobre la persecusión religiosa y excesos de todo género de la revolución carrancista. Esto lo llevó a Cuba, Galvestón, New Orleans, New York, etc., y en vista de los datos recogidos se movió, con el fin de hacer ver la verdad a sus paisanos y de contrarrestar la conjuración del silencio de los periódicos todos de los Estados Unidos, a publicar el libro que él tituló "**The Boock of Red and Yellow**", y que bien puede traducirse: "**Historia de Crueldad y Cobardía**".

Este libro provocó interpelaciones a Mr. Bryam, el Secretario de Mr. Wilson, este libro ocasionó la interpelación de Mr. Wilson a Carranza cuando éste contestó que el Gobierno Mejicano daba las más amplias garantías a todos los religiosos y este libro provocó una declaración que Carranza arrancó a un Vicario General en Veracruz para defenderse en Washington.

El P. Kelley vió la urgente necesidad de abrir en los Estados Unidos un Seminario donde se refugiaran y terminaran sus estudios algunos de tantos clérigos y jóvenes que habían

quedado en Méjico, sin probabilidad de terminar su carrera, y para ésto abrió una suscripción en su periódico con tanto éxito que su producto alcanzó para sostener un Seminario en Castroville, Tex., con cerca de cien alumnos y por más de tres años. De ese seminario salieron cerca de cien sacerdotes.

Los Obispos mejicanos solicitaron del Papa que premiara de alguna manera los servicios del P. Kelley y así fué nombrado Protonotario Apostólico. Llegaba ese nombramiento a los Estados Unidos cuando el P. Kelley se presentaba en Roma a dar cuenta de su Asociación, y con ese motivo, encontrándose allá con el Ilmo. señor Orozco, Arzobispo de Guadalajara, informó muy permenorizadamente al Papa de lo que pasaba en Méjico.

Monseñor Kelley, por sus relaciones con personajes del Gobierno de Washington estaba perfectamente informado de la campaña sistemática de calumnias que la revolución carrancista sostenía en los Estados Unidos y muy principalmente en Washington contra la Iglesia católica de Méjico, pintando al clero de Méjico como el más corrompido y avaro, aliado con el ejército, con los profesionistas y capitalistas para tener exclavizado al 80 por ciento de la población de Méjico. En esa campaña Carranza pudo ganarse a Mr. Lind, y Mons. Kelley, con cartas suyas, con las declaraciones que pidió a los mejicanos desterrados y con magníficos artículos en los periódicos, logró patentizar la verdad de las cosas y poner en ridículo a Mr. Lind, quien no tuvo que contestar a la refutación que Mons. Kelley hizo de todas sus bárbaras aserciones.

Supo Monseñor Kelley que en las Conferencias de Versalles se trató de justificar la conducta de Mr. Wilson por su ayuda a la Revolución Carrancista y los excesos de ésta en Méjico, e hizo llegar a la mesa de los conferencistas una declaración importantísima en que se hacía constar que los Católicos mejicanos no pretendían sino una libertad sincera y leal como la que disfrutan los católicos en tantas naciones que no son católicas.

La Proclamación del Nuevo Papa

(Relato de un testigo presencial.)

(Para "América Española.")

Roma, 6 de febrero de 1922.

¡Aquello fué sublime! No hay lengua que sepa contarlo, ni pluma que sepa describirlo! ¡El corazón no tiene palabras!

El día se presentaba nublado y lluvioso; un día de invierno. Salimos de la Universidad a las 10 a. m., después de no atender ni entender una palabra de la clase de Lógica; el cuerpo estaba en el aula 11a.; los oídos escuchaban al P. Munzi, explicando las diversas clases de certidumbre, en la IX Tesis de Lógica Mayor; pero el alma no se encontraba allí, sino en la Plaza de San Pedro, a donde llegamos a las 10.20 de la mañana. La lluvia descendía lentamente del cielo encapotado y plomizo; sin embargo, la multitud se encontraba ya frente a la Basílica Vaticana, en cuyo riquísimo vestíbulo nos refugiamos muchos de la lluvia.

Transcurrieron 2 horas, larguísimas, interminables, de ansiosa expectación; parece que la muchedumbre presentía que aquel día sería electo el nuevo Papa.

Después..... un momento de ansiedad, y un grito unánime, clamoroso, se levantó de la multitud: "¡**E bianco; E bianco!**". Esta vez el humo era completamente blanco: una tenue y ligera columnilla salía de la chiminea; sobre el techo de la Capilla Sixtina. Pasaron 20 largos minutos; por fin...... abrióse el balcón central de San Pedro; los ceremonieros colocaron un rico tapete con el escudo de Pío IX sobre la balaustrada; apareció un ceremoniero llevando la Cruz; y por fin, el Cardenal Bisleti, el Decano de los Diáconos, para dar el ansiado aviso; la multitud guardaba religioso silencio.

"Annuncio vobis gandium magnun. Habemus Papam: Excmum. ac Rvmum. Domum. Cardinalem ACHILLEM RATTI....."

La multitud no pudo contenerse más; estalló una tempestad de aplausos entusiastas, permaneciendo después en ansiosa espera. "..... **qui sibi nomen imposuit PIUS XI**", terminó el Cardenal Bisleti, con voz clara y sonora, anunciando al pueblo romano y al mundo entero la proclamación del nuevo Papa. Estruendosos aplausos resonaron al terminar el mensaje.

Ya la multitud se lanzaba hacia la Basílica, para recibir la bendición solemne del Pontífice, cuando hicieron seña los ceremonieros de que esperáramos. Pocos momentos después apareció, sobre la terraza del Palacio Vaticano, un cuerpo de la Guardia Pontificia y un piquete de guardias nobles llegóse hasta la balaustrada.

Ya no cabía duda: el Papa bendeciría sobre la Plaza, desde el balcón de la Basílica, como no se había hecho desde Pío IX!

La alegría rebosaba de todos los corazones, henchidos de vigoroso entusiasmo.

Una salva magnífica de aplausos saludó la llegada del Pontífice, que en medio de un grupo de Cardenales, apareció en el anchuroso balcón de San Pedro. Venía ya vestido de blanco, lleno de emoción, con los ojos henchidos de bondadosa caridad.

Cantó el Papa el "**Confiteor**"; el momento era solemnísimo. Todos los ojos estaban clavados en la blanca figura del Papa; los soldados Pontificios (suizos, nobles, palatinos y gendarmes), desplegados sobre la terraza del Vaticano, y los del intruso Piamontés, que estaban en la Plaza, presentaban armas al Vicario de Jesucristo.

A las oraciones del Pontífice contestaba la muchedumbre emocionada; los "AMEN".... resonaban bajo el cielo plomizo, lanzados por 30,000 pechos, vivrantes y trémulos, henchidos de entusiasmo.

Y desde lo alto de la "**logia**" (1), descendió la voz conmovida del nuevo Papa, bendiciendo por vez primera al mundo entero: "**Benedictio Dei Omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper**".

Fué un delirio de "vivas" y de aplausos el que saludó al sucesor de San Pedro; que verdaderamente emocionado, daba las gracias a sus hijos y parecía que no se decidiera a re-

(1) **Balcón.**

tirarse de la balaustrada. Bendijo aún brevemente 3 o 4 veces; después...... desapareció.

El júbilo era inmenso, indescriptible; las campanas de todas las Iglesias de Roma eran lanzadas a vuelo; en todos los semblantes brillaba la alegría; en todos los labios florecían las sonrisas; la ventura llenaba todas las almas..... ¡La Eterna Roma tenía un nuevo Rey, y la Iglesia de Dios un nuevo Papa.....!

Gabriel **MENDEZ PLANCARTE.**

(Alumno del Colegio Pío Latino Americano.)



Guadalajara a Westminster

Guadalajara, P. O. 410, marzo 24 de 1922.

Excmo. y Rmo. señor Cardenal, Arzobispo de Westminster, Dr. D. Francisco Bourne.

Londres.

Excmo. Sr. Cardenal:

El R. P. Luis G. Romo, sacerdote de esta diócesis, en noviembre de 1911 que estuvo en Londres, solicitó del Ilmo. señor Obispo Auxiliar D. José Botl, a nombre de la Nación Mexicana, que S. E. aceptase una copia del original de Nuestra Señora de Guadalupe Patrona de la América Latina, para que fuera colocada en su propia Catedral de Westminster, y con el laudable propósito de que la Santísima Virgen proteja a los muchos jóvenes compatriotas que anualmente van a educarse en los colegios de Inglaterra. Gracia pedida por haber contribuido con su óbolo la nación mejicana para la construcción de la Capilla del Santísimo Sacramento de esa catedral.

El R. Sr. Obispo Auxiliar, al acceder a la solicitud pidió las medidas del original de la Imagen y le fueron enviadas oportunamente.

Debido a la guerra mundial y a nuestros trastornos intestinos, hasta ahora remitimos la Sagrada Imagen que ha sido bendecida por mí y tocada al Original y será entregada oficialmente por nuestro compatriota el Sr. Lic. D. Luis Riba y Cervantes.

Al dar las gracias por el favor concedido a Méjico, aprovecho la ocasión de ofrecerme de V. E. su afmo. Hermano,

Francisco OROZCO Y JIMENEZ,
Arzobispo de Guadalajara.

En la histórica ciudad de Guadalupe Hidalgo, Distrito Federal, Méjico, a los veinticuatro días del mes de marzo del

año del Señor, mil novecientos veintidos, en la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, Patrona de la América Latina, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Guadalajara, doctor y maestro don Francisco Orozco y Jiménez, bendijo solemnemente la Imagen de Santa María de Guadalupe, que en nombre del mismo Ilustrísimo y Reverendísimo Prelado, del Clero y de los fieles de la citada Arquidiócesis de Guadalajara, se enviará a Londres al Eminentísimo Señor Cardenal de la Santa Romana Iglesia, del título de Santa Pudenciana, Doctor Don Francisco Bourne, Arzobispo de Westminster, a fin de que se digne acordar sea expuesta a la veneración pública en su Santa Iglesia Catedral de Westminster, para que en la célebre Isla de los Santos, los católicos ingleses y los mexicanos unidos, tengan la grata satisfacción de tributar sus homenajes de veneración y de amor a Santa María de Guadalupe; para perpetua memoria de este piadoso hecho se levanta la presente acta que suscriben;

Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara. Francis C. Kelley, Protonotary Apostolic. Pbro Luis G. Romo. Mss. Katheen Joyce. Thomas Canon Twits, Cathedlar of Mexico. Pbro. José Gutiérrez Pérez. Mss. Hannah Turlong.— Dolores M. N. de Bermejillo.—Beatris C. de Pérez Verdía.—Eugenia F. S. de Fernández del Valle.—Antonio Pérez Verdía E.—Olga Fernández del Valle.—Miguel Palomar y Vizcarra.— Francisco de A. Fernández del Valle.

Un sello que dice: Cabildo Eclesiástico de Guadalupe. Secretaría. El Arcipreste que subcribe, dá testimonio que hoy fué bendecida la imagen de Guadalupe en el altar de la Basílica para enviarse a la Catedral de Londres.—Rubrica.— Jenaro Méndez. (1)

(1) Con el mayor gusto y hasta con entusiasmo publicamos los documentos anteriores tan honrosos para nuestra patria, y especialmente para el ilustre Prelado de Jalisco que no pierde oportunidad de glorificar a nuestra Madre de Guadalupe, de dignificar a su patria y de manifestar sus sentimientos profundamente católicos.



Méjico, 19 de marzo de 1922.

Señor Lic. D. Francisco Elgüero

Ciudad.

Mi querido amigo:

No quiero firmar el soneto que acompaño, pero doy a usted mi nombre en un papelito adjunto para que si algún lector da con el padre de la criatura, gane una suscripción a la Revista por seis meses, pues se la regalaré.

Quisiera que los concurrentes fundaran su juicio, pero si no lo hacen o el fundamento es desatinado y torpe, bastará el acierto, aunque sea mera chiripa, para obtener el galardón.

La cita de Amaltea no es ripio, aunque lo parece, y algunos a pesar de mi defensa no dejarán de creerla tal.

Valbuena hizo esa ninfa diosa de la belleza en nuestro suelo cuando dijo, hablando de Méjico:

"Donde nadie creyó que hubiese mundo
Goza florido y regalado asiento.
Casi debajo el trópico fecundo,
Que reparte las flores de Amaltea
Y de perlas empreña el mar profundo.

Daré a usted las gracias si se resuelve a publicar el adefesio y quedo suyo amigo que lo quiere como a sí mismo.

Un artista derrotado.

P. D.

Si dentro de 15 días después de publicado el soneto, son varios los que acierten, eche usted suertes entre ellos, pues no llega mi munificencia a regalar más de una suscripción.

Méjico, 25 de marzo de 1922.

Señor Don X.

Muy señor mío:

Recibí su anónimo, fechado ayer, relativo a mi artículo sobre las Profecías de los Papas, y no lo contesto, ni menos lo publico, porque sin razón alguna trata usted con poquísima consideración a personas para mi muy respetables.

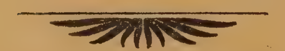
Si usted quiere insertar sus observaciones en mi Revista, le suplico las firme y en seguida me autorice para quitar lo que tengan de descometido, que no puedo decir injurioso.

A legua se advierte que es usted persona entendida y tendría gusto o de discutir con usted o de aceptar sin ambajes ni reticencias sus datos y apreciaciones. El asunto de las Profecías de los Papas, es interesante y ameno y prestaría Usted un gran servicio a esta desmedrada Revista, si se sirve tratarlo, diciendo cuanto quiera decir, pero sin ánimo de deprimir a nadie.

Fírmese usted que yo lo trataré cortés y hasta amablemente, y me valgo de esta misma publicación para contestarle, porque no me indica usted dirección de respuesta.

Quedo de usted con toda consideración, amigo affmo. y S. S.

Francisco ELGUERO



ENERGICA PROTESTA

Nuestra revista es del todo agena á la política militante, pero es una publicación cristiana y no puede ni debe callar ante los desafueros anarquistas cometidas el 26 de marzo último en la católica é interesante Guadalajara.

Recorre las calles una manifestación **bolsheviki**, insultando a los ricos, a los propietarios, a todas las personas decentes y pacíficas, y excitando a los inquilinos a no pagar rentas debidas conforme a la ley, a la moral y al decoro.

La algarada, como es natural, concluye en la iglesia católica y allí asesina la desenfrenada turba a personas indefensas (hasta niños) con una brutalidad salvaje, con un odio a sangre fría de que no había habido ejemplo en nuestra nación sino hasta estos últimos tiempos.

Protestamos indignadísimos contra el atentado, pedimos a Dios por las víctimas, imploramos para nuestros nobles hermanos de Guadalajara, prudencia, valor y patriotismo, y desearíamos haber perecido con los mártires para participar de su gloria.

En estos momentos se hacen manifestaciones en aquella ciudad, contra las autoridades, cómplices o cautores del asesinato colectivo, y sabemos que esos actos son perfectamente ordenados, aunque enérgicos y decorosos.

Yá la moderna anarquía ha causado martirios en Morelia, Jacona, León, Guadalajara, Gómez Palacio y otros lugares. Que esa sangre produzca su natural efecto: el triunfo de la verdadera, la positiva, la innegable libertad religiosa y civil.

La Dirección.

Sentidísima Defunción

El 28 del corriente murió nuestro querido y respetado colaborador el Contralmirante don Angel Ortiz Monasterio.

Gran cristiano, vivió y murió en el seno de la Iglesia; gran soldado y ciudadano intachable, deja en el ejército y en el corazón de sus amigos un gran recuerdo, consuelo y honra de su digna familia.

Para ella nuestra profunda condolencia; para el alma del ilustre desaparecido, nuestras oraciones y las de los lectores.

Pronto honraremos esta publicación con una biografía.

FRANCISCO ELGUERO.





.—Méx.

AÑO I. 15 DE ABRIL DE 1922. NUM. 24

América-Española

MEJICO - ESPAÑA - ROMA

Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española y a la propagación de todo linaje de cultura en Méjico.

COLABORAN EN ELLA PROFESIONALES MEJICANOS Y ALTAS PERSONALIDADES DE OTROS PAISES

PROPIETARIOS: LICS. FRANCISCO Y JOSE ELGUERO

Director responsable: Lic. Francisco Elguero. Subdirector: Lic. José Elguero

Administrador: Francisco Vaca Zavala

URUGUAY 40, DESPACHO 11, MEJICO, D. F.

SUMARIO

EJEMPLAR $ 0.75


AGENCIA DE INHUMACIONES
"EUSEBIO GAYOSSO"
Ave. HIDALGO Nº 13
(ANTES HOMBRES ILUSTRES)
SURTIDO SELECTO
DE RECORDATORIOS
FRANCESES Y ALEMANES

AÑO. I. 15 DE ABRIL DE 1922. NUM. 24

América-Española

Revista Quincenal

Destinada al estudio de los intereses de la Raza Latina en el Nuevo Mundo.

Registrada como artículo de 2a. clase en las Oficinas de Correos de la Ciudad de Méjico, con fecha 19 de abril de 1921, bajo el número 16448.

SEMANA SANTA

I.

EL SUDOR DE SANGRE

¿No es mérito sobrado, Jesús mío,
Vestir la carne y descender al cieno?
Al veros en la gruta y sobre el heno,
De hogar privado y trémulo de frío,
¿No se ablandó de Dios el albedrío
Y al mortal otra vez no abrió su seno?
¿Qué virtud matará nuestro veneno?
¿Qué hará cesar ¡oh cielo! tu desvío?
La sombra del misterio me rodea,
Mas sé que tu sufrir no fué preciso
Cabe de los olivos de Judea.
Sublimar el dolor tu anhelo quiso,
Y fecunda tu sangre que gotea
De la resignación el paraíso.

II.

SED DE PASION

No bastan a tu afán dulce y paterno,
El pan y el vino en la postrera cena,
Ya diste vida y necesitas pena
Para abrevar tu amor, amor eterno.

Sufres la negación de amigo tierno,
Y la traición que a Judas envenena,
Y dejas a tu madre y Magdalena
Del horror y el temor el duelo alterno.
Dejas dormir a la amistad si oras,
Y no es por cierto el corazón humano
Quien te ofrece consuelo cuando lloras.
Y tu afán de pasión (¡tremendo arcano!)
Se extrema hasta la CRUZ y cuando imploras,
Sin tenerlo, el auxilio soberano.

III.

AZOTES DE ESCLAVO

Tras el sudor de sangre copioso,
Fruto de voluntario paroxismo,
(¡Oh terror de los cielos y el abismo!)
Buscas tormento inicuo y afrentoso.
Que por designio tuyo misterioso;
En que, temblando, mi razón abismo,
Quieres, Jesús, luchar contigo mismo,
Con el hombre y tu PADRE poderoso. (1)
Agora el cuerpo delicado y bello
Te azota sin piedad sayón romano
Y una guedeja arranca a tu cabello.
La lleva como prenda de valía,
Cuando al oscurecer, mira en su mano
Que en luz de sol el pelo encandecía. (2)

---

(1) Es doctrina de Bossuet y sin duda de los Padres de la Iglesia fundada en la Sagrada Escritura. Cristo quiso sufrir por causa de su propia naturaleza, del odio de los hombres y del mismo Dios que aceptaba castigar en él la prevaricación original.

(2) Esta súbito iluminación del cabello de Jesús, vuelto en las manos de un miserable, rayos de sol, no pertenece al texto evangélico y ni siquiera a la tradición cristiana, pero la inventó Víctor Hugo de un modo tan conforme a la conducta de Jesucristo, infinitamente generoso para los malvados, que no hemos resistido al deseo de aprovechar el apólogo.

IV.

LA CORONA DE ESPINAS

Una púrpura, un cetro, una corona,
Declarándote rey, te da el romano;
Mas son de burla, Cristo soberano,
Porque ninguna infamia te perdona.
Con la crueldad la befa se eslabona,
Y cogiendo tu caña con la mano,
En la cabeza hiérete el villano
Tras fingir homenaje a tu persona.
¡Ah! tú sufriste la espantosa afrenta
Del rey caído, burla de la plebe,
Y de ella tu virtud está sedienta.
Mientras que la maldad es más aleve,
Mas tu divino amor, ¡Oh Cristo! alienta
Y más la ingratitud en ella bebe.

V.

EL PERDON SUPREMO

Quiso Dios que junto a la Cruz se hallasen la inocente madre y la perdonada pecadora, para demostrar al mundo que a sus ojos vale tanto como la inocencia, el arrepentimiento.—Donoso Cortés.

Cual criminal moriste, santo reo.
La Cruz te infama y el sayón te afrenta,
Y tamaña crueldad tu amor inventa
Porque se abreva en penas tu deseo.
Quieres pesen en tí por lo que veo,
Con tortura tan vil y tan cruenta,
La culpa del rufián que te ensangrienta,
La blasfemia del propio fariseo.
Mas para completar el elocuente
Cuadro que dibujara el Infinito,
Miro a tus pies la Virgen inocente
Y la mujer de corazón contrito.
INOCENCIA Y DOLOR AMO IGUALMENTE,
Con sangre dejas en la **Cruz** escrito.

VI.

UNA ESPINA MAS

Haces para morir el testamento
Más amoroso que inventara un padre,
Y vuelves a tu madre nuestra madre,
De la tierra y los cielos ornamento.
Mas en aquel durísimo momento,
Como si el mal del porvenir te cuadre,
Dispones que otro clavo te taladre,
Y otro crimen te asalta el pensamiento.
Tu Iglesia, Cristo amante como amado,
Adora y cuida el paternal legado
Y da a tu madre de su madre el culto;
Pero se alza Lutero impenitente,
El don desprecia en infernal tumulto
Y nueva espina, taladró tu frente. (1)

VII.

EL VINO DEL AJUSTICIADO

(Se les daba a los reos mezclado con hiel para amortiguar sus dolores.)

Pero, Señor, Señor, calmen tu duelo
Los santos que deshacen la herejía.
¿No te alivian los triunfos de María
Señora del mortal, como del cielo?
Para tí el porvenir no tiene velo
Y ves en inefable epifanía,
El pan de tu feliz Eucaristía
Santificar la redondez del suelo.

---

(1) Nada demuestra más la frialdad y la inconsciencia del protestantismo, al negar el culto a la Sma. Virgen, que el igualar el testamento de un Dios en el cadalso, al que puede hacer el más vil de los hombres ante un funcionario público.

Ves amar y escribir a tu Teresa,
Ves brillar en tu ciencia al sol de Aquino,
Ves de Ignacio y Javier la heroica empresa.
Todo lo ves, mas Dios y soberano,
Apartas, mártir, el piadoso vino,
Que sólo anhelas el dolor humano.

VIII.

LA FECUNDIDAD DEL DOLOR

No sé si al perdonar hallas consuelo,
Que el Hombre del Dolor tan sólo eres,
Mas, entre penas, generoso quieres
Llenar de dones el ingrato suelo.
Y al mirar de tu Madre tanto duelo,
Aquel legado de tu amor profieres,
Y a Juan y a las tristísimas mujeres
Les das herencia que enamora al cielo.
Y antes diste otro bien: Cuando el infame
Que blasfemaba, tu bondad reclame,
Darás la vida eterna por respuesta,
Que mientras más la pena te traspasa
Más de tu seno la piedad sin tasa
Es, Redentor Divino, manifiesta.

IX.

PATIBULO Y TRONO

Y hasta quieres morir porque tu muerte
Nos abra el mundo de la eterna vida,
Y tórnese tu CRUZ segura egida
Contra el asalto del averno fuerte.
Y mueres, sí, gran Dios. Ya miro inerte
Tu flácida figura ennegrecida;
Ya el soldado te abrió mortal herida,
Ya, Cristo, llego EL HUMILLADO a verte. (1)

(1) Así le llama el Profeta.

Mas resucitas vences, tu victoria
La infamia del cadalso vuelve gloria;
Tu CRUZ tras veinte siglos sigue enhiesta.
Al fin conquistas la razón humana
Y sólo a la soberbia, vana, vana,
No es tu alcurnia divina manifiesta.

X.

CRISTO Y EL HOMBRE

Tienes sed de sufrir; yo de contento.
Mientras que tú eres Dios, yo soy gusano.
Triunfas, sufriendo, del dolor humano,
Y yo por el placer, voy al tormento.
Si acierta la verdad mi pensamiento,
Pronto se esparce como el humo vano.
Sólo tú afirmas, Cristo soberano,
La vida móvil como el mismo viento.
Sólo tú eres razón, paz y justicia.
Tú solo amor de Dios y amor del hombre:
Sin tí la vida entera se desquicia.
Sólo tu nombre alcanza suma gloria
¿Pues quién puede ganar, Cristo, tu nombre
En el curso infinito de la historia?

XI.

ASPIRACIONES

Da quod jubes et jube quod vis.—Da lo que mandes y manda lo que quieras.—San Agustín.

Vengo a besar tus pies como María,
Vengo a tu Cruz, como el Apóstol vino;
Te quiero conocer como Agustino
Y despreciar después la vida mía. (1)

(1) San Agustín dijo de modo admirable: "Afánate por conocer a Dios para que lo ames; afánate por conocerte a tí mismo para que dejes de amarte."

Como Teresa el corazón ansía,
O sufrir o morir, Jesús Divino,
Y solo pido la merced de Aquino;
La de darte la vida que tenía.
Pero mi corazón es como el agua,
Como sombra fugaz el pensamiento:
Hoy desparece lo que ayer se fragua.
Ten piedad de mí espíritu indeciso;
Tu eternidad le preste su cimiento
Y tu gracia lo vuelva paraíso.

Semana Santa de 1922. **Francisco ELGUERO.**

Hubiéramos querido dedicar toda esta fascícula a conmemorar los misterios de Semana Santa, pero nuestra colaboración se ha ocupado en otros puntos y hubiera sido muy fatigoso para nosotros y los lectores, que todo el texto fuera de nuestra pluma.

Nos limitamos a publicar algunos versos sobre la Pasión y una página de un gran escritor francés, ya olvidada, acerca del Viernes Santo, en aquellos tiempos en que Roma era de los Papas y de la catolicidad.

Desde hoy comenzamos a preparar nuestro material para el año que viene y si la Providencia se digna para entonces prolongarnos la vida y la salud, sorprenderemos a nuestro público con lo que pueda haber de más exquisito en la literatura cristiana (fuera de estudios muy especiales de la redacción) acerca de los Misterios de la Vida, Muerte y Triunfo del Hijo de Dios y Salvador de los Hombres.—**La Dirección.**



FLAGELACION

"Quien no come mi carne y bebe mi sangre, no tiene Vida en sí."

Ante el Don de la Cena, preveía
tu amor, torturas, crímenes y hielos....
Y quieres trasuntar, crudo y sin velos,
el horror de tu mística agonía:

Y te azotan. Tu herida carne pía
salta a girones entre los flagelos,
¡y entregas cuerpo y sangre de los cielos
en una reiterada Eucaristía!

¡Rómpase el alma y quémese en hogueras
de amor y de pavor! Pues mi pecado
es quien te rasga con sangrientos brotes,

¡dulce Jesús, en tus piedades quieras
que al menos coma y beba anonadado
la Vida con que pagas mis azotes!

Alfonso **JUNCO.**

Páginas olvidadas

EL VIERNES SANTO DE 1842 EN ROMA (1)

¡El Viernes Santo! Roma está de luto; María está en el Calvario. Todo lo que la Jerusalén del Occidente posee de los vestigios de la Pasión o de los instrumentos del deicidio, lo expone a la piedad de los peregrinos y lo venera ella misma con lágrimas en los ojos. Desde por la mañana está abierto el tesoro de Santa Cruz en Jerusalén; el rótulo de la Santa Cruz, el clavo y las otras grandes reliquias se exponen solemnemente a la veneración de los fieles. (2) Por la tarde, al otro extremo de la ciudad, en la basílica vaticana, se dará éste espectáculo;

---

(1) Roma Papal se olvida y de cuando en cuando algún recuerdo de ella, nos parece saludable.

(2) Las más insignes reliquias de Santa Cruz en Jerusalén, son: dos espinas de la Santa Corona, un clavo y el rótulo de la Cruz. El rótulo es una plancha de color negruzco, de cerca de una pulgada de espesor por seis o siete de anchura y diez de longitud. La inscripción en hebrfeo, en griego y en latín, está escrita de derecha a izquierda, según la manera de los judíos. Encima está el hebreo, en medio el griego, abajo el latín. **Hebraice, grece et latine**, como lo dice con tanta precisión San Juan Evangelista. No se leen más que estas palabras: **Nazarenus Re**, escritas como sigue: ER SUNKRAZAN; estas palabras se repiten en griego y en hebreo.

Las dos partes extremas del rótulo, que tienen el resto de la inscripción, han sido quitadas por un cardenal español (creo que se llama Mendoza) que siendo protector de Santa Cruz, quiso hacer gozar a su patria de una porción de aquella reliquia infinitamente preciosa. Pero se conserva en Santa Cruz el **fac-simile** del rótulo entero, que puede tener dos pies de largo y siete pulgadas de alto.—**(Nota del autor.)**

tendrá por testigos al Vicario de Jesucristo mismo, a todos los jefes de la catolicidad y a una multitud de peregrinos que llegan de todas partes del mundo. En el intervalo, Roma deja oir continuamente su voz doliente, todos sus santuarios resuenan con acentos de dolor. En ninguna parte son más tiernos que en la capilla Sixtina.

El oficio ha comenzado en medio de un lúgubre aparato, Moisés y los profetas han llorado la muerte del justo; el justo ha rogado por sus verdugos, las oraciones sacerdotales se han acabado, todo se prepara para la adoración de la cruz; un poco más y véis al Pontífice de blancos cabellos (1) y a todo el Sacro Colegio prosternados en tierra. El cardenal celebrante es el único que está en pie, descubriendo uno tras otro los brazos de la cruz como para manifestar el gran misterio del Calvario. Cuando la ha depositado en un rico cojín, he aquí cuatro prelados y un ayuda de cámara que se acercan respetuosamente al Soberano Pontífice, estando en su trono. Se ponen de rodillas delante del Santo Padre y le quitan sus sandalias. El Vicario de Jesucristo, revestido solamente con la alba, el cordón, la estola violeta y la mitra blanca, se adelanta descalzo y con las manos juntas hacia la extremidad inferior de los bancos del Sacro Colegio; allí se le quita también la mitra y el solideo. Despojado de todas las insignias de su suprema dignidad, hace una primera genuflexión seguida de otras dos a medida que avanza hacia la cruz, la cual adora y luego besa.

Tres veces la frente del augusto anciano toca el pavimento del santuario; y cuando prosternado en medio de la capilla, descansa sus labios en las llagas sagradas del Dios crucificado, la fe del cristiano se exalta al ver aquella cruz, antes objeto de ignominia, recibir en aquel día, después de haber subyugado al mundo, los homenajes de todo lo que hay de más grande en la tierra.

Pero ¿qué se dirá de lo que siente el corazón durante aquella sublime y tierna ceremonia? En aquel momento en que el Santo Padre hace la primera genuflexión, comienza el coro, con una voz baja y dolorosa, el canto tan tierno del **Improperium: Popule meus, quid feci tibi? "Pueblo mío, ¿qué te he hecho?"** Es imposible expresar el efecto de estos reproches divinos cuando se los oye repetidos en la capilla Sixtina en las notas inmortales de Palestrina. Las palabras del Salvador son

(1) Ese año era el Sumo Pontífice Gregorio XVI.

cortadas por el trisagio angélico: **Santus, Deus, Santus fortis, Santus inmortalis, miserere nobis.** "Santo Dios. Santo fuerte, Santo inmortal, tened piedad de nosotros:" esto es lo que en su admiración y en su dolor puede decir la milicia cristiana a la gran víctima. El trisagio se cantó en griego y en latín. La iglesia de Oriente y de Occidente, o más bien dicho, la única esposa del hombre-Dios, toma todos los idiomas para exhalar los sentimientos que la oprimen.

Después del Santo Padre todos los cardenales, patriarcas, primados, arzobispos, obispos, generales de las órdenes, van descalzos y con las manos juntas a hacer la adoración. Cuando el Soberano Pontífice ha rendido sus homenajes al Dios crucificado, pone en el platillo de plata dorada, que está a la derecha de la cruz, una bolsa de damasco violeta que contiene cien escudos de oro; todos los cardenales depositan en él cada uno un escudo de oro. Jesús, rey en su cuna y rey en el instrumento del suplicio, tiene derecho al tributo del mundo. En Betlehem fué pagado ese tributo a la vista de José y de María por los Monarcas de Oriente; en Roma le es ofrecido en presencia de los príncipes y de los embajadores de las naciones civilizadas por el rey de la Ciudad eterna, jefe augusto de toda la cristiandad.

Terminado el oficio, se expuso en el altar una parte considerable de la verdadera cruz; allí estuvo hasta después de las tinieblas. Roma quiere que el recuerdo de la gran víctima llene hasta los instantes del día que quedan libres para las ceremonias públicas.

A las veintiuna horas y media de Italia, entrábamos a la capilla Sixtina para asistir a las tinieblas. Todo el oficio es una larga y sublime elegía. La iglesia es una esposa desolada que llora en una tumba. Mas no llora como los que han perdido la esperanza; su dolor es tranquilo y de su corazón afligido se escapan de vez en cuando algunos acentos de inefable consuelo. Para ella como para el real Profeta cuya voz toma, la muerte y la resurrección de la gran víctima se tocan y se confunden. De ahí su doble sentimiento de tristeza y de alegría que domina el oficio y pone sucesivamente en juego los dos resortes del alma cristiana: la naturaleza y la fe. Bajo este punto de vista, las tinieblas cantadas el Viernes Santo me parecen más dramáticas todavía que las de la víspera. El **Miserere** de Allegri termina el oficio y por un instante la iglesia se abisma de nuevo en su inmenso dolor.

Este sentimiento de que no podéis sustraeros, es una preparación para la ceremonia que va a seguir. Toda la concurrencia silenciosa y recogida, se dirigió a la basílica de San Pedro. Los granaderos de la milicia urbana formaban la valla en la gran nave; a la cabeza del cortejo se adelantaba lentamente la cruz papal dominando todas las frentes inclinadas; venían en seguida la familia pontifical y la casa de honor. Seguían la guardia suiza y la guardia noble formando la escolta del Santo Padre y el Sacro Colegio. Al llegar el soberano Pontífice a la confesión, se puso de rodillas y rezó las oraciones de costumbre. Los cardenales y los obispos igualmente prosternados rezaron a su vez. Levantad ahora vuestras miradas hacia la cúpula y fijadlas sobre la gran tribuna de Santa Verónica, cuyo balaustrado está provisto de girándulas con antorchas encendidas. En medio de estas resplandecientes luces aparecen dos canónigos del Vaticano que muestran en silencio el Divino Rostro, la lanza, una porción de la verdadera cruz y otras reliquias mayores, precioso monumento de la pasión de Nuestro Señor y de nuestra feliz redención. Y todo el pueblo, así como las diversas cofradías de la ciudad, solemnemente reunidas, adoran en silencio y piden misericordia.

Así como la capital del mundo cristiano despierta en el día del aniversario del deicidio en inefables sentimientos de compunción y de amor, así expía cada año en el primer templo del universo, las irrisiones sacrílegas del Gólgota. Acabada la adoración, se levanta solo el Santo Padre, dejando a toda la concurrencia prosternada, y precedido de la cruz, llevada por un auditor de la Rota, sale de la basílica para volver al Vaticano, a donde le acompañan los guardias nobles con sus antorchas encendidas. Tal es el profundo respeto que rodea aquellas reliquias preciosas, que fuera de los días de exposición pública, ninguno puede venerarlas sin una concesión especial del Pontífice.

Mientras todo esto pasaba en San Pedro, las iglesias de Roma repetían a los numerosos fieles los dolores del Hombre-Dios. En el Jesús, en Santa María **in Transtevere**, en Santa María del Sufragio, **del Pianto**, y en San Lorenzo había el ejercicio de las tres horas de agonía. Al salir de todos aquellos santuarios, la muchedumbre enternecida se dirigía al Coliseo, al Caravita y al cementerio de San Francisco de Paula **ai Monti**, para rezar el vía-crucis, es decir, para cubrir de besos y regar

con sus lágrimas la vía dolorosa que el mismo Salvador regó con su sangre. Pero al lado del Rey de los mártires está María la Madre de la gran Víctima y reina ella misma de los mártires; la piedad romana no podía olvidarla. Si después de la caída del día entraáis a las iglesisa de Sta. Lucía **alle Bortteghe oscure**, a la de San Marcelo en el Corso, a la de los Santos Vicente y Anastasio, cerca de la fuente Trevi, encontráis a todo un pueblo en el ejercicio piadoso de María desolada (pésame). En fin, para que nada falte a la catolicidad del dolor, la iglesia griega, como a las tres de la tarde, celebra en San Atanasio, según su rito particular, los funerales del Salvador; y durante una parte de la noche la Academia de los Arcades repite en verso y en prosa, el más grande, el más lúgubre, el más feliz acontecimiento que puede registrarse en los anales del mundo.

Al volver de la asamblea, visitamos las tiendas de los tocineros de la ciudad, principalmente cerca de la Rotonda. Todas aquellas tiendas están dispuestas con perfecto gusto, é iluminadas interiormente con centenares de lamparillas de diversos colores. Flores, guirnaldas y bandas de papel dorado y de plata, adornan los jamones, las salchichas y otras piezas de tocinería, todo dispuesto con arte. En el fondo aparece siempre una imagen de la Virgen, o algún misterio de Nuestro Señor, en un transparente de mucho efecto. ¿De dónde viene semejante costumbre? Los tocineros se regocijan del fin de la abstinencia y celebran con estas inocentes demostraciones la vuelta de su comercio. ¡Qué variedad proporciona la religión en la vida de un pueblo cristiano! De vez en cuando, encontrábamos algunas patrullas, que como todos los regimientos de la guarnición, llevaban las armas a la funerala. En Nápoles se conserva otra costumbre. Durante los últimos días de la semana santa, nadie puede servirse de coches; el Rey y la familia real caminan a pie y sin pompa exterior, lo mismo que sus súbditos. Saludables costumbres de la fe, cuyo precio todo se comprende en un país en donde ya no existen.

Monseñor GAUME.

(Las Tres Romas.)

Sección de Historia Contemporanea.

PIO XI

(Traducido expresamente para "América Española.")

Cualquiera que hubiera sido el electo pòr el Cónclave, nosotros, y con nosotros todos los católicos del mundo entero, lo hubiéramos acogido con filial veneración y espíritu de entera obediencia, pues en efecto, nos hubiera bastado como hijos sumisos de la Iglesia, que el nuevo soberano de la cristiandad fuese el sucesor de Pedro, Jefe Supremo y legítimo de la Santa Iglesia Romana, madre y señora de todas las iglesias.

De noble o de modesto origen, hombre de ciencia u hombre de acción, político de tendencias conciliadoras, o más riguroso e inflexible, había sido marcado por la voluntad divina con el sello del Espíritu Santo, y eso basta.

Sin embargo, el hombre es importante en el Papa y mientras aquel sea más completo, mientras más se aproxime a la perfección, más su elección produce el júbilo, la esperanza y el legítimo orgullo en el corazón de los fieles. En el nuestro hoy desbordan esos tres sentimientos. El Cardenal Ratti, con el nombre de Pío XI, acaba de ceñir la tiara.

El 5 de mayo de 1920 como a las dos de la tarde, entré en el salón del Cardenal Arzobispo de Varsovia, que me había convidado a comer antes de la conferencia que yo debía pronunciar sobre la acción y la actitud del clero francés durante la guerra.

En el canapé, en el fondo de la gran sala, al lado del Cardenal, se encontraba el Nuncio, Monseñor Ratti, consagrado en Varsovia misma por el Cardenal, con el título de Arzobispo de Lepanto.

Yo sabía de él, lo que cualquiera que ha hecho estudios y particularmente de historia. No podía ignorar que había sido Prefecto de la Biblioteca Ambrosiana en Milán, de la Biblioteca Vaticana en Roma; que a causa de su espíritu investigador y sus felices hallazgos, más todavía que por tan exacta similitud de carácter, había resucitado la figura del ilustre Angelo Mai.

Muchos de mis amigos me habían hablado de la amabilidad con que recibía a los sabios concurrentes a la Biblioteca, de la habilidad con la cual les hacía indicaciones y les daba buenos consejos, pues era muy ca-

paz de proporcionarlos a los eruditos, y yo guardaba hacia él vivo reconocimiento por su benevolencia hacia uno de los antiguos alumnos del Instituto Católico de París, el Abate Tisserand, hoy, gracias a Monseñor Ratti, sub-Bibliotecario del Vaticano.

Como a todo el mundo me había impresionado la confianza que había puesto en el futuro Papa, la desembarazada política de Benedicto XV, cuando éste gran Pontífice había escogido al Bibliotecario para hacerlo visitador apostólico en tan peligrosos tiempos, de países tan revueltos como Polonia y Rusia; y digo impresionado, no escandalizado, ni aun admirado, pues no soy de los que creen que el hombre de estudio y de pensamiento sea necesariamente incapaz en el orden de la acción y de la política.

Por lo demás, los recientes ejemplos que el Cardenal Mercier acababa de dar al mundo, hubieran bastado para tranquilibarme si tal cosa hubiera sido necesaria.

La historia me enseñó que el Padre José, la eminencia Gris de Richelieu, era un santo y por lo tanto, no me siento propenso a creer que los sacerdotes dados a la diplomacia, estén dsprovistos de aptitud y de espíritu sobrenatural, por lo que al lado de la admiración por el sabio no se levantaba ningún prejuicio contra el Nuncio, a quien sin embargo, no conocía personalmente.

Noté dsde luego la penetración de su mirada, a través de las gafas y la habilidad con que gobernaba su fisonomía y su lengua, para no dar a conocer más de lo debido, a una persona que veía por primera vez, su pensamiento y sus impresiones.

Admiré también la perfecta distinción de sus maneras, que son las de un hombre de mundo, pero que no olvida jamás ser sacerdote.

La conversación comenzó. El momento era grave, los Polacos vencedores en su ofensiva contra el bolsevismo acababan—se decía—de entrar a Kiew, pero una sombra dibujaba sin embargo, en el fondo del cuadro, la actitud de Inglaterra. Polonia—me dijo el Cardenal Kakowiski—no tiene más que una sola verdadera amiga, Francia y, a causa de Inglaterra, nuestro Jefe ha debido obrar secretamente en este negocio de Ucrania.

En estos momentos penetraba en la estancia en donde nos hallábamos, un sacerdote, Vice-Presidente de la Dieta Polaca, y dijo con ademán de triunfo; que el Rey Jorge V acababa de enviar un telegrama de felicitación al Mariscal Pulsudski, por lo que el júbilo fué general.

El Nuncio era muy amado de los polacos, procedió a su reorganización religiosa y eclesiástica y con tino dió consejos de moderación en el orden político, conforme a las instrucciones papales, consejos que no siempre fueron escuchados.

Algunas semanas más tarde, los bolsevikis debían cruzar las llanuras polonesas hasta las puertas de Varsovia, y el Nuncio, amigo fiel e intrépido de la nación, permaneció en su puesto, listo para sacrificar su vida si fuese posible, contribuyendo a sostener los ánimos, mientras que el general Weygand, por feliz plan de campaña, se preparaba a la victoria.

Así el Nuncio se había colocado al lado de los representantes de L'Entente; pero más tarde los polacos interpretaron menos bien sus exhor-

taciones a la prudencia y a la moderación, pues se trataba del plebiscito en la Alta Silesia y de la carta del Cardenal Bertranm, por lo que el Nuncio no podía participar de todas las peocupaciones y de todas las aspiraciones de patriotismo; pero no por eso, en esta circunstancia como en todas, dejó de ser su invariable amigo. Hoy lo ven y lo reconocen gustosos.

El 5 de mayo de 1920, la amarga perspectiva de la invasión o de la ofensiva de la política alemana en Silesia, no se presentaba a las miradas. Después de haber hablado de los éxitos del ejército Polaco en Ucrania, otro asunto más distinto, pero no menos agradable, servía de tema a la conversación: la restauración entre los estado de un país que fué tan largo tiempo uno de los puestos avanzados de la civilización latina.

El decano de la facultad de teología, el Padre Szszepanski, estaba presente, movido de entusiasmo, queriendo a todo precio que yo le enviase profesores franceses, demanda que apoyaban el cardenal y el Nuncio.

Monseñor Ratti acababa de obtener de la Santa Sede aprobación provisional de los estatutos de esa facultad, anexa a la Universidad de Estado y que no era enteramente conforme al tipo tradicional de las facultades de teología, porque en efecto, llevaba el título de Facultad de Ciencias Sagradas y se dividía en muchas secciones.

Al Ministerio de Instrucción Pública correspondía nombrar su profesorado; pero al Arzobispo sólo competía la misión canónica y el retiro de ésta debía producir IPSO FACTO el retiro del derecho de enseñar.

El Nuncio había adoptado miras tan amables y conservadoras y se interesaba muy particularmente en la fundación de una Universidad libre católica en Lublín, para la cual dos particulares ricos habían prometido sumas importantes.

Mientras que el Nuncio hablaba, volaba su pensamiento hacia su querida ciudad de Milán en que el Reverendo Padre Gemelli se deshacía en esfuerzos para fundar también una Universidad Libre Católica, dedicada al Sagrado Corazón; pero por perspicaz que fuera Monseñor Ratti, ¿podía adivinar que 18 meses más tarde inauguraría esta Universidad como Arzobispo de Milán y pronunciaría sobre la Ciencia y la Vida el más hermoso de los discursos programas, una de esas oraciones que hacen pensar en aquellas con las cuales Monseñor D'Hults aclimataba en nuestro país la idea fecunda de una enseañnza superior, libre y católica?

Otro asunto preocupaba a mis interlocutores, el de las relaciones presentes de la iglesia y del Estado en Francia y se me interrogó sobre el despertar del sentimiento religioso en nuestro país y sobre las disposiciones más o menos benévolas de nuestros políticos.

Nos hallábamos en vísperas de la canonización de Juana de Arco y de la llegada a Roma de M. Hanotaux y estuviese o no al corriente de las negociaciones tratadas entre el Cardenal Gasparri y nuestro Ministro M. Doulcet, a Monseñor Ratti le era conocido el espíritu del Papa, y sabía que Benedicto XV había llegado hasta el límite extremo de las concesiones compatibles con los derechos de la jerarquía eclesiástica y el respeto a las condiciones formuladas por Pío X.

Esperaba mucho de tales pláticas, y por nuestra parte, creíamos ya

cercano el deseado fin; pero algunos días después se alejaba mientras que las fiestas de la canonización se sucedían en medio de la alegría general.

El Cardenal y el Nuncio se dignaron asistir a mi conferencia de esa tarde y ambos me expresaron en términos conmovedores su admiración por la conducta de nuestros Obispos y de nuestros sacerdotes en el curso de la temible prueba de 1914 a 1918. En Monseñor Ratti vibraba el alma del sacerdote, del patriota y del amigo de Francia.

En adelante ya lo conocí por mí mismo, ya pude admirar la extensión de su saber y el alcance de su inteligencia.

Si, pocos Papas en la larga serie de los siglos han reunido un conjunto de cualidades comparables a las que adornan la figura del nuevo sumo Pontífice. Sabio político y sacerdote, une y armoniza en su persona los dones más diversos.

Sabio, ha publicado textos con un método seguro y verdaderamente crítico, y de ellos ha sacado la substancia y el jugo en sólidas y macizas conclusiones, siendo tan considerable el número de folletos y noticias escritos por él que una página de esta revista no bastaría a enumerarlos. Erudito, el Cardenal Ratti declaraba gustoso y la confesión no es para desagradarnos, que él era discípulo del Gran Leopoldo Deliśle.

Más gustosos aún los italianos ligaron su nombre con los de Nicolás V, y Pío II, los grandes Papas humanistas del siglo XV, el primero principal fundador de la Biblioteca Vaticana, el segundo, cuya pluma fecunda ha producido tantos escritos ricos de hechos y de ideas.

Más feliz que sus lejanos predecesores, Pío XI, vuelto Papa, no tendrá que desaprobar ninguna de las opiniones que emitió.

Hombre de gran cultura, la acción no lo ha encontrado inferior a las tareas difíciles que se le han encomendado y en ellas ha revelado perspicacia y tacto, desplegando energía cuando ha sido preciso. En este tiempo se le puede comparar al sabio Pío II, que sea por el Concilio de Basilea, sea por el Emperador Federico III, sea por el Soberano Pontífice, fué encargado de importantes comisiones religiosas y políticas en esta misma Europa Central, que desde entonces se trataba de unir en vista de un esfuerzo común.

Llegado a Papa Pío II, emprendió una empresa heroica y sublime, para preservar al Occidente de los progresos del islamismo y recobrar si fuese posible a Constantinopla, caída diez años antes en manos de los turcos. ¿Pío XI verá en ella el fin de la dominación musulmana? En todo caso, continuador de la gran idea de Benedicto XV, tomará la Europa Central por punto de partida de pacífica cruzada en el mundo eslavo, y el ardiente concurso de Francia católica no le habrá de faltar.

Otro paralelo singular: Pío II, en sus relaciones con nuestro país, tuvo que negociar la abolición de una constitución en parte cismática de la Iglesia de Francia, la pracmática sanción de Bourges, dictada por Carlos VII. En 1461, Luis XI consintió en suprimirla, pero sostenida por el Parlamento y la Universidad, tuvo sin embargo, algunas reacciones de vida y, sólo hasta 1516, el Concordato de Bolonia puso todas las cosas en quicio, en tiempo oportuno para preservar a nuestro país de resbalar de las tendencias cismáticas a la heregía protestante.

Pueda Pío XI ser tan feliz como León X; y estamos seguros de que a imágen de ese glorioso Papa y continuando la política de Bene-

dicto XV, sabrá conciliar los principios inmutables de la Iglesia y las exigencias accidentales del Gobierno francés.

La conservación en el poder de su Eminencia el Cardenal Gasparri es la primera garantía de ello. ¡Cuánto no deseamos que nuestro gobierno emplee en sus relaciones con Roma el mismo espíritu de prudencia, justicia y moderación!

La primera pregunta que hace todo francés es esta: ¿El Papa nos ama? porque los franceses quieren ser amados por lo que son, y sea lo que fuere, lo que hagan. Nosotros somos semejantes, que se me perdone decirlo, a esos niños turbulentos y difíciles que irritan continuamente a sus padres, les hacen la vida dura, pero que lloran, gritan y golpean el suelo con el pie si su padre o su madre aparentan que no los aman.

¡Y bien, sí! El Papa nos ama y ha dado de ellos numerosas pruebas en Milán, en Roma, en Varsovia, en Lourdes y en otras partes. Ha manifestado su simpatía por nuestros sabios, por sus trabajos, por nuestras obras, por nuestro valor, por nuestro procelitismo apostólico y se ha regocijado por nuestra victoria.

Esto no quiere decir que su amor por nosotros sea exclusivo. El Papa debe ser padre de todos, de los alemanes como de los franceses; es el padre común de todos los fieles y no tenemos el derecho de quejarnos. Además. Monseñor Ratti, erudito y sabio, se ha puesto en contacto antes de la guerra con la ciencia alemana y si ha debido censurar ciertas tendencias filosóficas e hipercríticas, tan poco conformes al buen uso de la razón, como peligrosas para la fe, no ha podido, como todos nosotros, sino inclinarse ante tantos resultados obtenidos por pacientes y sólidas investigaciones.

¿Quién se admirará, por otra parte, de que perteneciendo Monseñor Ratti al Clero organizador del Norte de Italia y afiliado al Partido Popular Italiano, haya buscado inspiraciones y ejemplos en ese Centro Católico alemán que hemos criticado en el curso de la guerra por sus desviaciones imperialistas y pan-germanistas, pero cuyos servicios prestados a la Iglesia no hemos cesado de reconocer y admirar los católicos franceses?

He nombrado el Partido Popular Italiano y se me asegura que sus manifestaciones, adrede interrumpidas, estuvieron a punto de comprometer, respecto de los Cardenales no italianos, el éxito de la candidatura de Ratti.

Que este fué un patriota italiano, nadie lo duda, y nadie estará tan desprovisto de buen sentido que lo censure, y así nosotros no rehusamos a los demás Cleros lo que del nuestro exigimos y en él admiramos.

¿Deduciremos de ello que Pío XI será un Papa italiano, como si dijéramos, un Papa francés o alemán, poniendo al servicio de su patria la influencia universal del Soberano Pontificado? No lo creemos. Un Papa es un Papa, es decir, EL SOBERANO CATOLICO por excelencia y la historia imparcial demuestra a despecho de aseveraciones interesadas de historiadores alemanes, que aún los Papas de Avignon tuvieron por encima de todos los intereses el respeto a su misión universal, y jamás fueron los súbitos o los agentes del rey de Francia.

El Cardenal Ratti, por una especie de inspiración profética, supo

decir él mismo, en el día muy reciente aún en que tomó posesión del Arzobispado de Milán, lo que es el papado para Italia:

"Cuando se vive en el extranjero, es cuando se ve o se palpa hasta qué punto el Papado constituye el mayor prestigio y el mejor ornato de la Italia moderna; pues por mediación del Papa, los millones de católicos difundidos en el universo ven en esa nación segunda patria y gracias a él Roma es verdaderamente la capital del mundo.

Es preciso cerrar los ojos ante la evidencia para no ver en el momento actual en que todas las naciones del globo tienen sus ojos fijos en el Papado, cuántas ventajas y cuánto prestigio podría derivarse para nuestro país si se tuviese justa consideración del carácter internacional y supernacional que todos los católicos del mundo le reconocen como institución divina."

No es dable expresarse con más exactitud y precisión.

Los italianos vieron en esas palabras cierta tendencia a transigir en la **Cuestión romana**, y algunos cardenales mostraron contrariedad. La tendencia existía en efecto y Pío XI lo ha demostrado dando la bendición **Urbi et Orbi** desde la **Logia** exterior de San Pedro, en medio de indescriptible emoción de la multitud congregada; pero inmediatamente en acto auténtico, formuló las reservas necesarias y los extraños a Italia no tienen de qué inquietarse.

Amigos de la paz ante todo y desde luego perteneciendo al seno de la Iglesia Católica, no debemos desear y no deseamos más que la reconciliación y la concordia universal. Amamos a Italia y nos regocijaremos de que punzante espina desaparezca de su corazón.

Pero es evidente que desde el día en que Italia ha llegado a ser gran nación, las garantías internacionales son tan necesarias al mundo católico como el Papado mismo.

El Santo Padre sabrá descubrirlas y establecerlas y es probable que la Curia Romana se internacionalizará más en tiempo más o menos largo. En el estado presente de la catolicidad ¿no es anormal ni anómalo que ningún cardenal de la Curia represente en Roma de una manera permanente ni la América del Norte ni la América del Sur, cuando sobre todo, a pesar de extraordinaria diligencia, los Cardenales de esos países en el momento de la elección de un nuevo Papa no pueden llegar sino después de la clausura de los escrutinios?

Además de la bendición dada en el exterior, el primer acto significativo del electo del Cónclave, ha sido la elección de su nombre, pues en nuestra humilde opinión ha querido mostrar con ello, no que es el representante de un partido, sino el Papa de todos, y que en su persona sabrá unir a Benedicto XV y Pío X.

¡Qué error, en efecto, el de suponerse que los Papas que se suceden deben de alguna manera estar en oposición, no sobre el fondo de las cosas, lo que es imposible, sino en lo tocante a ciertas tendencias! La duración excepcional de los pontificados de Pío IX y de León XIII y el carácter muy acentuado del de Pío X, han producido naturalmente, ciertas reacciones, pero la regla general es la de que los pontificados se continúan y resuelven del mismo modo las cuestiones pendientes.

Se afirma también por otra parte, que repitiendo el Papa actual el nombre de Pío, fuera de las razones personales que tal cosa han determinado, ha tenido la de proclamar desde luego que su pontificado tendrá

un carácter más religioso que político. Pío XI, y esta es nuestra razón, última razón sobre el particular, es ante todo un sacerdote muy sobrenatural y muy piadoso. Lo mismo que el Cardenal Mercier, se ha revelado en los cortos meses de su episcopado en Milán, el doctor y el modelo de su clero, fundando toda su acción exterior, en vida interior muy intensa y en devoción ferviente.

Si en otros tiempos el lado terrestre, político, mundano ha podido manifestarse en la Roma Papal, tales cosas han pasado ya. Benedicto XV fué un Papa tan piadoso como su predecesor; Monseñor Cerretti, Monseñor Paselli, Monseñor Tedeschini, dan el ejemplo de la vida más edificante y del espíritu más sacerdotal. Para ellos verdaderamente la política es la servidora de la religión.

Pío XI será digno jefe de la Iglesia. **Conocido es el viejo adagio: ''Doctus est, doceat nos; es sabio que nos enseñe. ¡Prudens est, regat nos; es discreto, que nos gobierne! Pius est, oret pro nobis; es piadoso, que ruegue por nosotros!''** Pío XI es sabio, prudente, piadoso; aunque no fuese el Papa podríamos dirigirnos por su enseñanza, su gobierno y su oración; pero además, y tobre todo, ES EL PAPA. Demos gracias a Dios porque nos lo dió y obedezcámosle con confianza más que humana, con fe. (1)

ALFREDO BAUDRILLAT,

Obispo de Himeria, de la Academia Francesa.

---

(1) Como Monseñor Baudrillat, es una verdadera eminencia en Francia y en todo el mundo católico, hemos querido obsequiar a nuestros lectores con una traducción fiel, aunque sin la brillantez del original, del magnífico juicio que ese gran prelado ha podido formar, con observación directa e inmediata, de tan gran Pontífice.

Traducimos el artículo dicho de la Revue Apologetique de París, de 15 de febrero último.

Sección de Filosofía de la Historia.

RUSIA REDENTORA

SEGUNDA PARTE

UNA COLOSAL VIVISECCION

Después de la caída de Kerensky, comenzaron los bolcheviques a apoderarse de la situación; pero aun tuvieron que vencer algunos obstáculos. Numerosos socialistas deseaban establecer un gabinete de coalición, en el cual estuviesen representados todos los matices del partido; pero Lénin y Trostky, que eran ya los jefes reconocidos de los extremistas, se opusieron a tal idea, y acabó ésta por ser desechada. Su intransigencia dió por resultado que cinco de los Comisarios del Pueblo renunciasen el cargo y publicasen un manifiesto en el cual dijeron que, desechada su moción, no quedaba ya más que hacer, que la creación de un gobierno netamente bolchevista por medio del terror.

Nada mejor que eso pretendían Lénin y Trostky; ¡quedar solos en el campo, para hacer todo cuanto les pluguiese! Con llamar **intelectuales y traidores** a sus opositores, había lo suficiente, en su concepto, para aniquilarlos. Ellos en tanto, se proclamaban defensores natos del radicalismo más intenso. La minoría marxista se separó también, y publicó otro manifiesto en que decía muchas verdades; y, entre otras, que Lénin trataba de introducir el colectivismo en una Rusia retrasada, contra la mayoría del pueblo y por la fuerza armada de los soldados.

Pero todo fué inútil; Lénin no retrocedió; siguió adelante con sus propósitos. Tuvo, sin embargo, un momento de vacilación, cuando temió no contar con la voluntad de las

masas, y convino en convocar la reunión de una Asamblea Constituyente, que diese carácter legal a la revolución. Pero esta Asamblea, representación genuina del pueblo, no resultó de su agrado, porque, una vez reunida, se manifestó antibolchevique. Con esto firmó ella su sentencia de muerte, pues, a poco, fué disuelta por la fuerza, bajo pretexto de ser **contrarrevolucionaria.** Exasperado así el sentir de la nación, varios acreditados jefes del ejército zarista se levantaron en armas para restablecer el antiguo régimen; y Kaledyn y Alexeyef insurreccionaron el Don y la Ukrania; Dutof el Ural; y Semenof, primero, y Kolchak, después, la Siberia. Mas el pueblo, dominado por la demagogia, no secundó aquellos movimientos, y el ejército rojo, vuelto ya a la disciplina, y bajo el mando, no de los incapaces Krilenkos, sino de jefes veteranos, batió uno a uno a aquellos caudillos, hasta despejar el campo y dejarlo por completo a merced del bolchevismo.

*

* *

Antes de pasar adelante, es oportuno hacer la presentación de las tres figuras principales del nuevo régimen: Lénin, Trostky y Chícherin.

El verdadero nombre del primero, es Vladimiro Ulianof; Lénin es su nombre de batalla. Tiene ahora cincuenta y dos años y nació en Simbrik: por tanto, es ruso de la vieja Rusia. Pertenece a una familia noble, pero revolucionaria. Su hermano fué ahorcado bajo el gobierno de Alejandro III, por haber tomado parte en un complot para asesinar al emperador. Desde la edad de veinte años comenzó a mezclarse en la política revolucionaria, con el carácter de agrarista y ardiente discípulo de las teorías de Karl Marx. Pronto viose obligado a salir de Rusia y a peregrinar por diversos países europeos, juntamente con su esposa, que es tan ardiente revolucionaria como él. Por fin, estableció en Suiza sus cuarteles generales, y continuó sus trabajos socialistas, escribiendo en varios periódicos, con el nombre supuesto de Ilitch, que ahora mismo agrega a su patronímico. En 1905, cuando tuvo lugar el **domingo rojo**, hallábase en San Petersburgo como miembro de la social-democracia y era ya partidario de la dictadura del proletariado. Habiendo fracasado la insurrección, escapóse a Finlandia y no volvió a pisar suelo ruso, hasta 1917. Al

estallar esta última revolución, pidió permiso al gobierno alemán para cruzar el imperio, y, a pesar de las desconfianzas criadas por el estado de guerra, fuele otorgada la venia, y se dirigió a la frontera moscovita acompañado de numerosos amigos, sin que nadie se lo estorbase. Hizo el viaje en vagones **precintados**, dice Tasín, y **sellados**, añade Sofía Casanova. Tan exageradas precauciones, ofensivas para el corifeo, demuestran que Alemania tuvo plena conciencia de que aquellos carros llevaban mercancía pestilente, y de que con toda deliberación dió curso al deletereo elemento, para llevar la ruina al imperio de los zares. La malicia de la acción es indudable. ''Nuestro gobierno, dice el general Erich von Ludendorf (1), al enviar a Lénin a Rusia, había echado sobre sí una gran responsabilidad. Estaba justificado el viaje desde el punto de vista militar; **era preciso que Rusia sucumbiese**.... ''Los antibolcheviques han acusado, además, a Lénin, de haber recibido gruesas sumas de dinero alemán para desempeñar la misión de exterminador de su patria.

*

* *

El verdadero nombre de Trostky es León Bronstein. Tiene ahora cuarenta y cuatro años y es de familia israelita. A los diez y ocho, era ya un ardiente revolucionario y escribía artículos inflamados para los periódicos. A los veinte entró en la cárcel por primera vez, y fué deportado a Siberia. Escapó a la vigilancia de sus guardianes, salió de Siberia y viajó por toda Europa, hasta que por fin hizo de Viena su cuartel general. En esta capital tomó cartas en el movimiento socialista, y publicaba periódicos y folletos. Tornó a Rusia en 1905 y presenció el **domingo rojo** de San Petersburgo. Entonces fué uno de los fundadores del primer **soviet**, que después ha servido de modelo a todos los demás. Reducido a prisión, fué de nuevo transportado a Siberia, de donde se evadió por segunda vez, para tornar a Viena. Declarada la guerra, hizo gala de un pacifismo ardiente y fué expulsado de Austria. De allí pasó a Suiza, después a Francia, luego a España; y de todas partes era lanzado por sus ideas y escritos pacifistas. En España estuvo preso cuatro días, como anarquista peligroso, de-

(1) **''Souvenirs de Guerre.''**

nunciado por la policía francesa. En Cádiz se embarcó con su mujer y dos hijos que tiene, rumbo a América; mas sólo tres meses permaneció en este nuevo mundo, pues, tan pronto como estalló la revolución, cruzó de nuevo el Atlántico y se presentó en Petrogrado, donde fué recibido con entusiasmo. Conspiró luego contra Kerensky, y dió motivo para ser puesto en la cárcel; pero Kerensky mandó soltarle pronto, temiendo la cólera de los partidarios del detenido. Una vez en libertad, renovó y recrudeció éste sus ataques políticos, hasta que fué derribado Kerensky, y quedó la situación en manos de los extremistas. Luego subió a Ministro de la Guerra.

Trostky es de gallarda presencia, elegante y buen orador; se dice, además, que es muy favorecido por las damas. Es el reverso de la medalla de Lénin, porque éste carece de elocuencia, es descuidado en el vestir y frecuenta poco la sociedad.

*

* *

Chícherin, Ministro de Relaciones Exteriores, es un aristócrata; y eso no obstante, es también revolucionario empedernido. Desterrado de Rusia, ha sido un desenfrenado **globe trotter**, un judío errante. Ha residido en Alemania, Austria, Suiza, Inglaterra y Francia, y en todas partes ha sido perseguido como revolucionario peligroso. Al estallar la guerra mundial, hallábase en París, y luego se alió con los internacionalistas. "La guerra, decía, no puede tener más que una ventaja: la de acarrear la revolución rusa." Aunque menchevique por su filiación política, prestó ayuda a Lénin para que se sobrepusiese a sus enemigos y quedase dueño del poder. Por eso, sin duda, fué nombrado Ministro. Llegaron los ingleses a prenderle antes de la revolución, cuando se hallaba en Londres; pero tan luego como Trotsky subió al poder, obtuvo que fuese puesto en libertad, valiéndose de una amenaza terrible. "Si no soltáis a Chícherin, dijo al gobierno británico, mando poner en la cárcel a todos los ingleses que residen en Rusia." Y el gobierno de su majestad Jorge V, tuvo que ceder.

Puesto Chicherin en libertad, volvió a su patria, donde le esperaban inusitados honores, pero también grandes contrariedades y molestias; porque, después de firmado el tratado de Brest-Litosk, los alemanes habían tomado actitudes insolentes. El conde Mirbach, ministro germánico en Moscú, tra-

taba tan mal a Chícherin, que se introducía en su despacho con el sombrero puesto y el bastón en la mano, vociferando, exigiendo y amenazando con el **puño blindado germánico**, si no se le complacía. El pobre Chícherin, que, según parece, es suave y dulce por naturaleza, contemporizaba, ofrecía, redactaba notas humildes, pero no lograba amansar a Mirbach. Del martirio fué a sacarle, la mano de un energúmeno. Mirbach fué asesinado en su misma legación, no mucho tiempo más tarde.

*

* *

Tenemos ya en el poder a los tres corifeos, semejantes a los tres dioses de la trimurti india. En esa trinidad feroz, Chícherin, Ministro de Relaciones, representa el papel de Visnú, dios conservador; Trotsky, Ministro de la Guerra, el de Siva, dios exterminador; y Lénin, Ministro de Estado, el de Brahama, superior a los otros dos, que absorbe a sus colegas y abarca todos los poderes.

Nicolai Lénin, hombre de gabinete, ruso de alma alemana, frío, metafísico, sútil, es el gran naturalista que sujeta a la nación a una prueba terrible. Es marxista fanático. He leído, armándome de paciencia, su árido libro "La Revolución y el Estado, Enseñanzas marxistas acerca del Estado y el deber del Proletariado en la Revolución," y puedo decir, con conocimiento de causa, que el autor no tiene una sola idea propia sobre la cuestión social; todas las suyas son ajenas. Los revolucionarios rusos, en general, son de su misma escuela; pero lo mencheviques y los cadetes no tan ortodoxos como él. Al menos, tal es la pretensión de Lénin. El libro a que aludo, tiene por objeto demostrar que sólo Vladimiro Ulianof conoce bien el pensamiento del maestro. Marx es Marx y Lénin su profeta. Acá y allá, en páginas revueltas y confusas, hállanse afirmaciones contundentes, tomadas de Marx y Engels. Voy a transcribir varias de ellas por vía de ejemplo: "Según Marx, el Estado es el órgano de la dominación de clases, el órgano de la opresión de una clase por otra. El Estado no podría levantarse ni sostenerse por sí mismo, si existiera la posibilidad de una reconciliación de clases.... En la antigüedad, en los tiempos en que el Estado permitía la existencia de los esclavos, eran los señores los únicos ciudadanos del Estado; en la Edad Media, los ciudadanos eran los pertenecientes a la

nobleza feudal; en los tiempos actuales, el Estado es de los capitalistas..... La democracia es también un Estado y, por consiguiente, la democracia también desaparecerá, cuando el Estado desaparezca. Tan sólo una revolución puede destruir el Estado capitalista...... Las medidas especiales adoptadas por la Comuna de París, y aceptadas por Marx, son particularmente dignas de anotarse, como, por ejemplo, la abolición de las representaciones y de todos los salarios especiales de los funcionarios, rebajando el sueldo de todos los servidores del Estado al nivel del jornal obrero..... Los campesinos de todos los países capitalistas donde existe la clase campesina, se ven oprimidos por el gobierno y aspiran a su supresión, con la esperanza de un gobierno barato...... La abolición del parlamentarismo ha de conseguirse desde luego, no suprimiendo las instituciones representativas, sino convirtiéndolas, de simples centros de charlatanería, en órganos activos predispuestos al trabajo. La Comuna debió ser, no una institución parlamentaria, sino una laboriosa corporación legislativa y ejecutiva al mismo tiempo.''

Pero Lénin, enemigo acérrimo del Estado, es partidario, no obstante, del centralismo. Sueña con él, como con el supremo ideal de la representación política. ''Tan sólo la gente llena de creencias supersticiosas, propias de la clase media, dice, puede confundir la destrucción del Estado burgués con la destrucción del centralismo. ¿No habrá centralismo, si el proletariado y los más pobres campesinos empuñan las riendas del Estado con sus propias manos, organizándose ellos mismos, totalmente libres, en Comunas, coordinando la acción de todas las Comunas con el propósito de atacar al capital y vencer la resistencia de los capitalistas, para llevar a cabo la transferencia de la propiedad privada, de los caminos de fierro, fábricas y tierras de la nación, a la sociedad entera? ¿No será eso el centralismo democrático más consistente, y, por lo tanto, centralismo proletariado?''

Podría seguir acumulando citas para poner en claro el pensamiento del Brahama ruso, enemigo del Estado burgués, del capital, de los burgueses y de la propiedad privada, y amigo del centralismo, de la expropiación, de la humillación de los funcionarios, de un gobierno representado por asambleas legislativas y ejecutivas al mismo tiempo, y de la entrega de poder y haberes totales de la sociedad (tierras, fábricas, ferrocarriles) a la masa innominada; mas prefiero, para comple-

tar mi labor, apelar a la sapientísima exposición que del bolchevismo, o sea del leninismo, hacen Gide y Rist, en la última edición, (que es de este mismo año), de su espléndida "Histoire des doctrines économiques."

El bolchevismo, doctrina y régimen al mismo tiempo, es en resumen, una grosera amalgama de marxismo y anarquismo; pero Lénin se da el nombre de comunista, más bien que el de socialista. El socialismo, dice, se aplica sólo a los instrumentos de producción, y no a los bienes de consumo, mientras que todo lo abarca el comunismo, ésto y aquello; de suerte que el socialismo no es más que una etapa en el camino del comunismo. El bolchevismo deja atrás esa etapa, y ocupa una posición intermedia entre el socialismo y el comunismo.

Para comprender bien el pensamiento leninico, es bueno sintetizarlo y reducirlo a un sencillo esquema.

El origen de los males que afligen al mundo y que deben destruirse, es el Estado actual, esto es, el Estado capitalista. Para lograr esta victoria, hay que pasar por las siguientes situaciones: primero, el socialismo, y al final de la evolución el comunismo. Este último término es el objeto final del esfuerzo. El comunismo es el bello ideal del bolchevismo, el paraíso anarquista de Bakunín y de Kropotkín.

"La producción debe aumentar maravillosamente dentro del comunismo, dice. Podemos afirmar que la manera más absoluta, que **la expropiación** de los capitalistas **traerá consigo un desarrollo inaudito de las fuerzas productivas de la sociedad humana**...... Los hombres se acostumbrarán de tal modo a respetar los principios fundamentales de la vida en común, y será su trabajo tan productivo, que trabajarán libremente, según las aptitudes de cada cual..... La distribución de los productos no requerirá ser reglamentada; porque cada cual tomará lo que necesite...... Se acabarán los delitos, porque ¿no sabemos, que, en último análisis, la causa social de todas las violaciones de la vida en común, es la explotación de las masas populares, su pobreza y su miseria?..... Los errores individuales serán espontáneamente suprimidos con la misma facilidad con que hoy, en nuestra sociedad actual, una reunión cualquiera de hombres civilizados, pone fin a un pugilato, o protege a una mujer indefensa. El Estado desaparc-

cerá con la desaparición de los delitos (1).'' Lógicamente, por lo mismo, no cesa Lénin de repetir que es indispensable destruir el Estado (sin hacer especial mención del actual), convertirle en añicos, aniquilarle; y, con todo, muy formalmente sostiene que no es anarquista ni por asomos, y juzga que son **aegri somnia**, las ilusiones de los anarquistas. ¿Por qué? Porque se figuran los cándidos, dice, que bastará la supresión del Estado, para que marche la sociedad con pie firme en la placidez del comunismo; siendo así que entre ese ideal y la situación presente, hay una laguna. Para llenar ese vacío, habrá que hacer otra etapa, y apelar a la dictadura del proletariado. Así quedarán las cosas llanas y perfectas.

Por aquí es, en consecuencia, por donde Lénin vuelve a proclamarse marxista, porque el bello comunismo, ensueño final de los reformadores, no se realizará desde luego, según Marx, sino sólo **algún día**. Tiene que realizarse, eso sí, porque el comunismo está incluído en el capitalismo; pero tán tarde, que ni siquiera puede predecirse cuándo habrá de ser. ''Sábese, agrega Lénin, que se trata, esta ocasión, de un proceso muy lento, porque el hábito de observar espontáneamente las reglas de una vida en común, no podrá adquirirse de un día a otro.'' Así que confiesa ingenuamente, ''que el Estado comunista supone una productividad de trabajo y un **tipo humano bien diferente del hombre de ahora**, de ese hombre arrebatado, capaz de deteriorar en un instante los almacenes públicos, y de exigir que se le ponga en posesión del azul del cielo.''

Mírase, por tanto, que Lénin conviene en que, para el establecimiento del comunismo, se necesita que el hombre cambie de hábitos (debió decir de **naturaleza**), pues con él, tal como es ahora, exigente y bullanguero, no sería posible alcanzar ese Edén tan soñado.

Después de confesión tan substanciosa y paladina, ocúrrese preguntar, naturalmente, cuándo llegará a realizarse ese indispensable cambio, y Lénin contesta que ''no lo sabemos ni lo podemos saber.'' Por lo que Gide se pregunta si Lénin creerá de veras en el advenimiento de ese gran día, y lo pone en duda muy seriamente, y da por razón de ello, el hecho significativo de que Lénin trata a los anarquistas con sumo desdén, porque posponen la revolución para el tiempo en que los hom-

(1) Estas citas y las siguientes son de Gide y Rist, y están tomadas de ''Staat und Revolution.''

bres sean **diferentes**, lo que equivale, según él, a aplazarla hasta las calendas griegas. ¡Y no, protesta, la revolución debe hacerse desde luego, aunque la éra del comunismo sea dudosa y retardada!

Por tanto, en su fase superior, o sea, en todo su desarrollo, el comunismo desempeña entre los revolucionarios, el mismo papel que el paraíso de Mahoma entre los musulmanes: es un bello ensueño destinado a fanatizar a las masas y a calmar la impaciencia de los temperamentos demasiado vivos.

Pero, no pudiendo llegar la sociedad al comunismo de un momento a otro, hay que preparar las cosas a ese fin, y hay también que pasar por un estado intermedio. Ese estado es la dictadura del proletariado, la cual debe ser constituída por un régimen económico-político de naturaleza especial. Pero ¿cuál es ese régimen? El colectivismo íntegro, sin omisión del detalle más insignificante. "La dictadura del proletariado, dice Gide, es una fórmula marxista; pero nada más una fórmula. Marx y Engels la han creado, pero dejando su contenido perdido en la vaguedad. Sobre el pobre cañamazo de algunas frases tomadas del manifiesto Comunista, o de cartas y opúsculos de esos dos maestros, porque no cita **El Capital**, ha bordado Lénin, la imagen completa del régimen que el bolchevismo ha tratado de realizar."

Se ve, pues, que el zar revolucionario, como suele ser llamado Ulianof, se ha propuesto hacer el ensayo en su patria, de ese régimen jamás aplicado antes de ahora, a otro país alguno de la tierra, de ese sistema desconocido, fruto de meras lucubraciones de gabinete. Sus delirios de reformador se han inspirado en algunas frases imprecisas, tal vez poco advertidas, de ese viejo Manifiesto lanzado por Marx y Engels a la insensible Europa, en la primera mitad del siglo XIX, o sea, más de setenta años atrás de nuestra época. ¡Tan arcaicas así son esas novedades! Cogió Lénin al vuelo la frase **Dictadura del Proletariado**, le sonó bien al oído, y la adoptó como programa de sus utopías. Y en la primera oportunidad que se le presentó, la ha convertido en pauta económica y política de gobierno; y ha aplicado a su pueblo esa pauta, a ojo cerrado, a la buena de Dios, y salga lo que saliere. Rusia es un inmenso organismo, en el cual está haciendo Lénin mortales experimentos.

Desde el mes de noviembre de 1917, esto es, cuatro años ha, el Imperio Ruso, compuesto de más de cien millones de seres humanos, yace atado, sujeto a dieta, herido y convulso, porque

un doctor y maestro en doctrinas utópicas, quiere ver qué es lo que resulta de tan terrible tratamiento, si la salud, la robustez y el florecimiento de la vida, o si, por el contrario, dolencias, enflaquecimiento y pérdida de alientos vitales.

Rusia es semejante a un cochinillo de la india, al que un naturalista despiadado, hubiese inyectado substancias tóxicas para ver el efecto que produjesen en su organismo: ¿apetencia o inapetencia? ¿sueño o vigilia? ¿fiebre o enfriamiento? ¿esplendor de vida o letargo de muerte? Y así como el biólogo no se conmueve ante los sufrimientos del animalillo, que tal vez ciega, o pierde el olfato, o sufre tétanos, así también Lénin, dueño y señor de tantas y tantas vidas, mira sin el menor escrúpulo ni sobresalto, jadear, retorcerse y gemir a ese enorme enjambre humano, a quien oprime y tortura para poner a prueba una teoría dudosa, una sutil abstracción, que quiere convertir en realidad. Entretanto él, superhombre con derecho de disponer de los simples mortales a su guisa, está sentado a la cabecera de su víctima, que tiene trepanado el cráneo y el costado abierto, para tomarle el pulso, y ver cómo le late el corazón y cómo le palpitan las entrañas.

*
* *

Desde el tiempo de los griegos, tal vez desde antes, sueña la humanidad con estados sociales de perfección imaginada, donde la humanidad descansa de sus fatigas y goce los beneficios y las delicias de la vida, sin que nada se lo estorbe, sin que la más ligera nubecilla empañe el horizonte de su felicidad. Pero Platón pintaba su república sólo como un bello ideal, como un ensueño de poesía filosófica. Y así también Campanela al escribir su "Ciudad del Sol," y Tomás Morus al delinear su "Isla de Utopía" no trataron de enloquecer a los hombres, ni de promover revueltas, ni de romper los profundos y naturales cauces por donde corre y ha corrido siempre la actividad de los pueblos; sino quisieron tan sólo dar forma externa a concepciones mentales de encantadora belleza, como se canta una oda o se escribe una sinfonía.

Solamente después de haber hecho su aparición en el mundo la Economía Política, comenzaron a brotar de cerebros encariñados con la nueva ciencia, delirios fantásticos con pretensión de planes realizables, y se hicieron extrañas amalgamas de

impalpables ilusiones con proyectos de acción verdadera, y de hermosas teorías con prácticas imposibles. ¡Cosa singular! La ciencia económica que, por referirse a la creación y goce de los bienes materiales, parecía destinada a no salir de la esfera trazada a las cosas tangibles, resultó ser la más soñadora y romántica de todas. Mientras no rebasó los límites de lo racional, introdujéronse por su mediación, es verdad, numerosas reformas en el sistema de la producción y del reparto de los bienes terrestres, y la humanidad gozó de mayor auge y bienestar que en el pasado.

Pero el florecimiento mismo de la civilización, trajo consigo complicaciones impensadas: hubo gigantesco desnivel en las fortunas, crecieron las distancias que separaban a las clases entre sí; estallaron, a la vez, la envidia de los de abajo, y la avaricia de los de arriba; levantaron la voz las pasiones; y fué declarada la guerra en el seno de las huestes mismas que iban a la conquista del Vellocino. Entonces, en aquellos momentos de crisis, comenzaron los filántropos y soñadores a inventar sistemas que diesen por resultado la nivelación de las fortunas, el trabajo fraternal y la paz y el amor universales. Y apareció San Simón, atacando y socavando los cimientos de la propiedad, predicando el advenimiento de la época industrial, y predicando la necesidad de dar una nueva organización a las sociedades, para abrir de par en par las puertas a la producción, y convertir al mundo en un vastísimo taller, de donde saliesen en abundancia los productos necesarios para el bienestar y progreso de todos. San Simón inició la idea de la supresión del Estado por innecesario, y la sustitución de él por un régimen en que los industriales ejerciesen el poder, asesorados por cámaras de sabios y de artistas.

Y fué él quien abrió la puerta a las grandes novedades ideológicas que, tanto en la filosofía como en la ciencia económica, han conmovido al mundo, desde entonces hasta nuestros días. Por eso, al par que es designado como precursos del comunismo moderno, es también reconocido como padre del positivismo, cuyas ideas fundamentales supo inspirar a su discípulo Augusto Comte.

Los sansimonianos legaron a la posteridad una rica herencia de observaciones e ideas, falsas las unas, atinadas las otras, que han dado origen a la creación de nuevos sistemas, tendentes a inaugurar una vida colectiva, cuyo mecanismo sea más blando y benéfico que el actual. Y tras ellos vinieron

el inglés Roberto Owen, que fundó a sus expensas la colonia modelo **Nueva Armonía** en el Estado de Indiana de Norteamérica, para arreglar amorosamente los asuntos sociales; y el francés Carlos Fourier, que inventó el Falansterio, para obtener la cooperación íntegra de los hombres, el trabajo atractivo y la **vuelta a la tierra**; y Luis Blanc, que proclamó la organización del trabajo, la asociación opuesta a la concurrencia y el establecimiento de los talleres nacionales.

Es verdad que los proyectos de Fourier, aunque ensalzados en su tiempo como una gran concepción, jamás han sido ensayados; mas en cambio, los de Owen y Blanc lograron abrirse paso en la práctica, pero fueron tristes fracasos. Owen perdió su fotruna en la **Nueva Armonía**, sin haber logrado introducir ésta entre los colonos: y Luis Blanc, después del triunfo de la revolución de 1848, llegó a ver establecidos en París los talleres que había fantaseado, pero tuvo el dolor de persuadirse de que los obreros reales, no se parecían en nada a los imaginarios que había concebido.

Luis Blanc, con todo, fué el primero que sugirió la idea de hacer intervenir al Estado en la solución de los problemas económico-sociales. Proudhon, su contemporáneo, proclamaba que la propiedad era el robo e inventó la palabra "**anarquía**" para preconizar la destrucción de todo gobierno; pero White, Lassalle y Wagner, predicaron el socialismo de Estado, que ha tenido efectos tan profundos en la vida económica de la Alemania Imperial.

Después de Phoudhon, abrióse paso, so pretexto de planes e idealismos humanitarios, el sombrío sistema marxista, que quiere la destrucción del Estado para conquistar la felicidad social y preparar el advenimiento del comunismo.

La opeada histórica anterior, demuestra que las profundas revoluciones que han conturbado y siguen conturbando a la sociedad, no tienen por fundamento, ni los postulados antiguos de la filosofía, que dieron origen a las ensoñaciones de Platón, ni las aspiraciones de orden moral que inspiraron a Owen y Fourier sus pensamientos filantrópicos; sino reconocen por origen la envidia y el odio, y abrigan propósitos diametralmente opuestos a aquellos sistemas constructivos, pues tienden a la destrucción de todo lo existente. Así, la Economía Política, que fué la libertad para los fisiócratas y Jurgot, y la armonía de la vida común para Federico Basticat, ha venido a convertirse en la tiranía y la discordia para los nuevos

apóstoles. A la espalda de ellos, en un pasado próximo, tan cercano que no pasa de la mitad del siglo XVIII (porque fué hasta entonces cuando la ciencia económica comenzó a dar sus primeros vagidos), todo fué esperanzas de redención, ilusiones de progreso, risueñas perspectivas de bienestar por medio de la combinación de las fuerzas laborantes; pero, posteriormente a las generosas enseñanzas de esos grandes iniciadores, todo se ha ido obscureciendo en derredor; nubes flamígeras han aparecido en el horizonte; y, al dulce Falansterio de Fourier y a la colonia amorosa de Owen y a las poéticas Armonías de Bastiat, han sucedido voces de odio, prédicas de exterminio, retumbos de dinamita, cruentas revoluciones y el martirologio de los pueblos.

*
* *

Para Lénin, amo actual de Rusia, el Estado no es más que la personificación, el órgano de la opresión. Engels había dicho que el Estado era una máquina organizada para la opresión de una clase para otra, y Lénin admite la definición para convertirla en principio de gobierno y para aplicarla a su patria. Según él, bajo el régimen capitalista, el Estado ha servido sólo para la opresión de los proletarios. Siendo esto así, y supuesto que el Estado no tiene más función que la de oprimir, debe ser respetado en esencia, nada más que cambiando su campo de acción. El Estado, por consiguiente, seguirá siendo opresor, pero ya no de los proletarios, sino de los capitalistas, o sea de los burgueses, porque para el zar comunista, lo mismo son capitalistas que burgueses. Por este medio, los oprimidos de ayer, se truecan en opresores de hoy, y los que fueran víctimas, se convierten en verdugos.

Lénin es enemigo de la libertad. "La dictadura del proletariado, dice con admirable cinismo, se caracteriza por una serie de restricciones a la libertad." Se burla, además, de la democracia. "¿Democracia?, exclama. ¡Sí, pero democracia para la colosal mayoría del pueblo; pero duro aplastamiento, es decir, exclusión de ella para los explotadores y opresores del pueblo!" ¡Donosa democracia la que destierra de su seno a una gran parte del **demos**!

Pero Lénin no se inmuta, ni cesa de hacer confesiones precisas. Oigamos algunas de sus asombrosas sentencias:

"La combinación de la palabra Estado y de la palabra libertad es un contrasentido. Mientras exista el Estado, no habrá libertad, y si ésta existe, desaparece aquél.... El nuevo régimen económico, no será ni libre, ni justo.....

"..... Precisa combinar el democratismo tempestuoso de los mítines de las masas obreras, que se extiende por las márgenes como una inundación de primavera, con una **disciplina de hierro**, durante el trabajo y con la **sumisión sin reparo** a la voluntad de una sola persosa: el director sovietista....

"...... Todo derecho entraña la aplicación de una norma **idéntica** a hombres diferentes, que, en realidad, no son los mismos; por lo que el derecho igual es una desviación de la igualdad, y una injusticia."

Y Lénin no halla medio de remediar el inconveniente, y demuestra que aún pagando con igualdad, habrá desigualdad, porque el hombre de familia y el soltero serán medidos con un rasero idéntico y "ello será injusto, porque tiene mayores necesidades el primero que el segundo."

Por consiguiente, en el sistema político-económico que dicho corifeo ha implantado en Rusia, faltan todas estas preciosísimas cosas: **¡democracia, libertad, igualdad y justicia!**

*

* *

Lénin, por otra parte, repito, no inventa nada. Cuando escribe, es como un fonógrafo repetidor de las palabras de Marx, de Engels o de Pronhdhon; y cuando gobierna, no hace más que poner en práctica los planes de la Comuna de París. El adoptado por él, es, en cuanto a lo económico, el manoseado colectivismo, cuyos postulados absurdos dejó completamente descalificados Pablo Leroy Beaulieu con irrefragables demostraciones en su admirable libro "Le Colléctivisme." Francamente, lo confiesa así el corifeo. "El conjunto de la sociedad, dice, se convierte en una fábrica única y en una oficina única, con trabajo y salario iguales para todos." Así es como ha establecido, además del trabajo igual, con salario igual para todos, almacenes de venta y bonos de trabajo para el consumo. A la implantación de ese régimen, han precedido, necesariamente, la abolición de la propiedad inmobiliaria, la nacionalización de la industria y del comercio, y la supresión de la herencia.

Y sobre todas esas reformas, se cierne, como corona del edificio, la opresión sistemática, cruel, inhumana, de las clases capitalistas o burguesas por los llamados proletarios.

Dedúcese de aquí, que el régimen bolchevique no es justo, ni liberal, ni social; sino inicuo, opresor, de privilegio. Es un gobierno de odio, establecido para perseguir, arruinar y triturar a la burguesía; carece de la nobleza del establecido por la Revolución de Francia, que inauguraba sus reformas reconociendo y protegiendo los **derechos del hombre**, sin distinción de nacionalidades, ni de clases, iguales para todos los moradores del suelo francés. Este solo rasgo es suficiente para medir la estrechez de las concepciones leníninicas y bolchevistas.

Para terminar este análisis somerísimo de las instituciones económico-políticas bolchevistas, voy a valerme de las palabras mismas de Gide: "La teoría económica del bolchevismo, puede resumirse de esta manera: Para el porvenir (que retrocede a la lejanía más nebulosa) una utopía anarquista, que supone **hombres distintos de los de ahora, y productos en cantidad ilimitada**; doble y cómoda hipótesis, que dispensa a la nueva sociedad de organización política y económica. Para el presente (un presente cuyo fin no se percibe), un régimen económico, el colectivismo, que, por confesión del mismo autor, no ofrece a los obreros mayor libertad que el actual y apenas algo más de justicia, limitándose a poner al Estado como empresario universal, en lugar de los empresarios privados. En cambio, una lucha de clases llevada hasta el paroxismo, un régimen sistemático de opresión, de la minoría por la mayoría: el proletariado ruso tomando brutalmente su desquite de pasados sufrimientos; una dictadura democrática, establecida, no para provecho de todos, sino con **exclusión de los explotadores y opresores del pueblo**. En una palabra (y es Lénin quien lo dice): "En el Comunismo, no solamente se conserva durante cierto tiempo el derecho burgués, sino aun el mismo Estado burgués; **pero sin la burguesía**; esto es, un Estado provisto, naturalmente, de todas las fealdades, opresiones e injusticias de que le hace responsable la doctrina marxista, pero en el cual, los burgueses son reemplazados por los proletarios armados... La nueva organización..... no establecerá ni la libertad, ni la justicia; **será una tiranía no disimulada**."

Después de hecho este resumen, pregunta Gide, cómo es lógico, qué es lo que puede justificar esa gran metamorfosis y esa terrible iniquidad, y, para dar respuesta a la pregunta, copia

estas extrañas palabras de Lénin: "Con arreglo a la historia, es indispensable que haya una estación especial o una etapa, que sirva de puente entre el capitalismo y el comunismo.... El tránsito de la sociedad capitalista, que se desarrolla en el sentido comunista, al comunismo, es inconcebible sin un período de transición política...."

Por consiguiente, la única razón que el corifeo bolchevista aduce en favor de sus enormes fechorías, es una conjetura histórica, una disquisición apriorística, un argumento vacuo e infundado, que peca contra todas las reglas de la dialéctica, se encierra dentro de un círculo vicioso y da por probado lo mismo que debiera probar.

¿Es seguro, acaso, que habrá de llegar día en que la sociedad se sujete al comunismo? De ningún modo; sino por el contrario, es evidente que jamás ha de llegar. ¿Por qué? Por una razón muy obvia; porque la vida colectiva en común, requiere, según confesión de los mismos comunistas, que el hombre cambie de hábitos; y como los hábitos que profesa proceden de la naturaleza, nunca habrá de modificarlos, porque la naturaleza es inmutable.

Destruída esa premisa, cae por tierra toda la argumentación. Porque, si no ha de haber comunismo final, no se necesita el tránsito a que Lénin se refiere, y es inútil la hipótesis, y absurda y criminal la dictadura del proletariado.

Y, no obstante eso, el hecho es que una gran nación está tendida en el potro, por virtud de esa sutileza pseudo-científica; y que un pueblo entero, digno de mejor suerte, sufre las consecuencias de una imposición pedantesca y privada de fundamento. ¿Es justo, es siquiera racional, que tantos millones de rudos mujiks, tanta gente ignara, tantas débiles mujeres y tantos inocentes niños, giman en las torturas de prolongado martirio, sólo para servir de materia prima a los alambicamientos de un cerebro metafísico?

Lo que pasa hoy en tierra moscovita, es para inspirar horror a los ideólogos y reformadores. Son gente sin entrañas. Cuando se les mete en la cabeza poner en práctica cualquier doctrina, por descabellada que sea, no retroceden ante ninguna consideración, no se paran ante ningún obstáculo: todo lo huellan y arrollan, todo lo aplastan y trituran: instituciones y costumbres, orden y bienestar; y levantan sus molinos de viento sobre ruinas humeantes de ciudades populosas y pueblos enteros, sin que se les conturbe el ánimo ante tantos do-

lores, sin que la conciencia les remuerda por tantas y tan grandes desgracias como siembran por doquier.

Y cuenta, que para condenar como idealistas a esos factores de mal, hay que juzgarlos con suma blandura, hay que considerarlos como fanáticos de buena fe; porque, si se les mira como descorazonados ambiciosos y se les tiene por apóstoles del fraude, entonces no hay palabras en lengua humana bastante enérgicas para calificarlos, ni fórmula bastante aterradora para maldecirlos.

¿Y quién nos dice que Lénin y sus compañeros no sean unos políticos megalómanos, que hayan querido habitar el Kremlin y dar leyes a la santa Rusia, en sustitución de los zares, mirando postrados a sus pies esos millones de hombres que los emperadores gobernaban, tan sumisos y tiranizados coco siempre, pero más doloridos y miserables que nunca? Hay datos tan comprometedores contra los bolcheviques, tanto en su acción armada, como en su acción llamada pacífica, que sobrarían elementos de convicción para declararles culpables de lesa traición, de lesa patria, de lesa civilización; mas, por honor a la especie humana, hagámosles la gracia de creeros sinceros; pero sinceros como el loco que prende fuego a su casa, como la langosta que devora las mièses, como el volcán que sepulta comarcas y ciudades.

*

* *

La revolución primeramente, y después, el bolchevismo, han ejercido en Rusia una acción desintegrante y letal. De cuerpo unido que fué el antiguo imperio, hase convertido en desmembrado organismo, cuyas vértebras y entrañas yacen rotas y dispersas desde las fronteras de la Prusia Oriental, hasta las playas del Pacífico. Al golpe de la violencia y de insensatas doctrinas, pereció la vieja nación, disgregáronse las provincias, desbandóse el ejército, desapareció el Santo Sínodo, fué disuelto la Duma, enmudecieron los tribunales, naufragó la propiedad, suspendióse el comercio, fueron incautados los Bancos, guardó silencio la prensa, y, en medio del universal cataclismo, tornó la sociedad a sus primitivos orígenes, como materia cósmica disuelta en el éter.

Mas, a pesar de tan formidable anarquía, no ha podido eximirse el nuevo Estado, por bastardo que sea, de darse leyes

y autoridades, porque no hay saciedad, ni la más salvaje y rudimentaria, que pueda vivir sin las unas y sin las otras. Así, pues, la Rusia bolchevique, por extraño que parezca, tiene una constitución, y, además de eso, crecido número de máquinas legislativas en constante actividad. El hacinado de escombros de lo que fué, hállase rodeado de ciertos aparatos de defensa para que no siga el derrumbe. La actual constitución moscovita es un saco lleno del cascajo producido por las instituciones derruidas.

La base del sistema político bolcheviqui, es el **soviet**. Según la explicación que un ruso inteligente me ha dado, **soviet** significa consejo o reunión deliberante. En Rusia, pues, todo se vuelve consejos. Hay **soviets** rurales, cantonales, provinciales y municipales, y todos ellos forman congresos, de cantón, distrito, gobierno y provincia, hasta llegar al congreso nacional, en el cual reside el poder de la federación.

En medio de la confusión y del desorden del Código político a que aludo, percíbese que el sistema bolchevique de gobierno, es una especie de federación o confederación, mejor dicho, en la cual cada municipio representa el papel de una república. "Deseando, dice el art. 8o. sección IV de la Constitución, crear una unión realmente libre y voluntaria....., el tercer Congreso de los soviets se limita a decretar los principios de la federación de las Repúblicas rusas de los soviets, dejando a los obreros y campesinos de **cada nación**, el decidir libremente si quieren participar del gobierno y de las instituciones de Rusia, y en qué condiciones." Como se ve, la disgregación constitucional de ese gran pueblo, es un hecho. Cada soviet o cada reunión de soviets, es considerado como una nación y cada uno de ellos puede pertenecer o no a Rusia.

En el congreso ruso está concentrado todo el poder nacional; mas este poder baja, se divide y subdivide desde esa altura, hasta llegar al más obscuro consejo de los campos. En efecto, el congreso general nombra un Comité nacional, central, ejecutivo, para ejecutar sus propios decretos, y este Comité, para facilitar sus funciones, nombra, a su vez, un Consejo de Comisarios del pueblo, que sale de su seno, y viene a ser el órgano final y más simplificado de gobierno. Este Consejo se forma de diez y ocho miembros o Ministros, los cuales tienen a su vera otras tantas juntas consultivas. Relaciones Exteriores, Guerra, Marina, Interior, Justicia, Trabajo, todo

lo que ordinariamente forma los departamentos del poder ejecutivo, está distribuído en esas diez y ocho carteras.

Como se ve, el pensamiento básico de la organización, es el de hacer de todos estos cuerpos, poderes legislativos a la vez que ejecutivos. En efecto, tanto el Comité nacional como el Consejo de Comisarios, salen del Congreso Panruso. De esta manera, el personal ejecutivo viene a ser muy numeroso, pues sólo el Comité Nacional se compone de doscientos miembros.

Tanto en las provincias y gobiernos, como en los cantones y distritos, se repite, en pequeño, lo que se hace en el centro, esto es, cada Congreso elige un Comité ejecutivo, el cual se compone, cuando más, de veinticinco miembros (en las provincias y gobiernos) y cuando menos de diez (en los cantones). Todo Comité ejecutivo está asesorado por una junta consultiva. Todo Congreso grande o pequeño es la autoridad suprema dentro de su territorio. ¡Y todos esos Congresos legislan y ejecutan!

Largo y fuera de propósito sería ir enumerando una a una todas las disposiciones políticas, administrativas y financieras que contiene la Ley Fundamental bolcheviqui. Lo dicho basta, a mi entender, para que se tenga una ligera idea del mecanismo inventado por Lénin para el funcionamiento de su nuevo sistema. Objeto de análisis especial debiera ser esa Constitución para poner en claro sus notorias incongruencias, grandes lagunas y crasos errores. Incapaz de emprender tan gran trabajo, limítome a decir, que ese Código Político, por su ineficacia y desorden, es como el resumen del caos que reina en el antiguo imperio; y que, para juzgar al Estado bolchevique, basta un vistazo a tan peregrino documento..... Algunas citas dejarán bien probada mi afirmación.

El art. 3o., título II de esa Carta, dice: "Teniendo por fin principal la supresión de toda explotación del hombre por el hombre y la anulación completa de la división de la sociedad en clases..... para asegurar el poder a las masas obreras...., se decreta el armamento de los obreros y campesinos (ejército rojo) y el desarme completo de las **clases posesoras.**" La contradicción es flagrante: se pretende abolir la división de las clases, y se decreta el desarme de las clases posesoras; luego la Constitución misma consagra la división de clases, que por otra parte, suprime.

Y ¿qué decir de la justicia de esa disposición, conforme a

la cual, las clases posesoras deben quedar inermes, frente a los campesinos, obreros y soldados que forman la guardia roja?

"El Tercer Congreso nacional de los soviets, sigue diciendo el art. 7o., declara que, mientras dure la lucha decisiva del proletariado contra los explotadores, estos últimos no pueden en modo alguno, participar del poder. El poder debe pertenecer entera y únicamente a las masas trabajadoras y a su representación organizada: los Consejos de Diputados, obreros y soldados."

¡No pueden ser mayores ni la injusticia ni el cinismo! ¡Solamente los obreros y soldados pueden mandar, y sólo ellos mandan! El resto de a población, la mayoría, obedece, está sojuzgada. ¡Qué infinita cantidad de esclavos en nombre de la Reforma social! ¿Es ese un gobierno liberal, justo, civilizado? Hé aquí, cómo, en el corazón de Europa y en pleno siglo XX, se ha decretado la **capitis minutio** de millones de rusos. ¡Y qué desfachatez para decirlo!

No me pararé a discutir el absurdo que entraña semejante taxativa. Poner a los obreros y soldados al frente de la república, es entender las cosas al revés, es retroceder casi tres mil años en la historia del mundo. Ya el cónsul Menenio Agripa demostró en el Capitolio, con su célebre apólogo del estómago y los miembros del cuerpo, para lo que sirven la cabeza y el vientre, y Menenio fué comprendido por el pueblo romano quinientos años antes de Jesucristo!

El art. 14 es entre cínico e hipócrita: "Con el fin de asegurar al proletariado, dice, la libertad efectiva del pensamiento, la República..... .suprime la sujeción de la prensa al capital, y pone en manos de los obreros y campesinos pobres, todos los útiles técnicos necesarios para editar periódicos, folletos, libros y toda clase de publicaciones impresas....." Esta disposición significa, en puridad y en primer término, el robo de todas las imprentas, tipografías y litografías, y, después de eso, la supresión de toda publicación antibolcheviqui. Y así ha sido en efecto. En Rusia no se publica ni un periódico, ni un libro, ni un folleto contrarios al gobierno de Lénin. Todo papel impreso de esa naturaleza, es prohibido. Por disposición especial, ha sido suprimida la prensa independiente; de suerte que, en la Rusia soviet, no existe más que la gobiernista.

"La política financiera de la República, dice el art. 79, tiene como fin fundamental **expropiar a la burguesía** y preparar

las condiciones necesarias para realizar la igualdad general de los ciudadanos en el campo de la producción y del reparto de las riquezas.''

¿Qué política financiera puede haber más desastrosa que esa? ¡Política de despojo claramente confesada, sin más razón de ser que la demente aspiración a un resultado imposible: la igualdad de la producción y del goce de los bienes terrestres!

Para no multiplicar las citas, voy a poner punto a este análisis; pero antes de concluir, cumple a mi deber llamar la atención sobre otra incalificable deficiencia de la Ley Magna sovietista: no hay entre sus noventa artículos, uno solo que ponga las bases de la justicia. Nada de derechos inalienables, nada de formas tutelares de enjuiciar, nada de garantías declaradas y defendidas. ¡Parece increíble! Silencio absoluto sobre lo capital, absoluto y básico. Los nobles aragoneses, los barones británicos y los colonos de la Nueva Inglaterra supieron más de eso, que los sublimes proletarios manumitidos por el bolchevismo y elevados al pináculo de todas las grandezas. Y lo más grave del caso es, que esa omisión no es casual, sino antes bien, premeditada. Porque ¿cómo hubiera podido esa Constitución hablar de garantías individuales, cuando ha sido instituída para perseguir a la burguesía, despojarla y aniquilarla? Esa Constitución, expresión suprema de iniquidad, tenía que enmudecer ante la más ligera alusión a la justicia.

Pero no hay para qué hablar más de ello. La verdad es que Rusia está gobernada por un solo hombre, cuyos pensamientos son leyes, cuya voluntad es sagrada, cuyos mandatos son omnipotentes. Ese hombre es Nicolai Lénin, el zar bolcheviqui, el autócrata rojo.

Funcionarios, empleados, principios, decretos, todo cede ante su poderío. Los soviets, los Comisarios del pueblo, el Comité Central Ejecutivo, el Congreso Nacional, todo eso no es más que un vano aparato. Chícherin, Krassin, Zinovief, Lunacharsky, todos los titulados corifeos colectivistas palidecen junto a la refulgencia de ese astro. El mismo Trotsky, a pesar de ser el jefe del ejército, no es más que una figura de segundo término en el truculento cuadro del bolchevismo. Lénin es el único semidios que aparece en la tragedia, acompañado y seguido por el cántico del coro.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

José **LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.**



Influencia del Catolicismo en la Civilización Mejicana

SEGUNDA PARTE

Por el Licenciado don Francisco Elguero, y publicado en el número de "El Universal," llamado del CENTENARIO.

II.

LA CIVILIZACION ETERNA

La civilización europea es hija exclusiva del catolicismo es decir de la Iglesia y del Papado, inclusive la misma que alardean los protestantes, pues ellos no la crearon; sólo la mejoraron en lo material, a mucho concederles, y la bastardearon en el conjunto.

La civilización pagana de Roma dejó su sello en el derecho, en las lenguas romances en que se fraccionó el majestuoso latín y que parecen, como dice Walter Scott, los despojos de aquel pueblo rey.; pero su religión desapareció tan completamente, sus costumbres se transformaron de modo tan radical y extraño; sus ciencias y sus artes vistieron tan diversas formas y emprendieron tan nuevos caminos, que quien observe como San Agustín en "La Ciudad de Dios", la ruina y renovación de las sociedades antiguas, deberá exclamar admirado como el Santo de Hipona: "Si el cristianismo no se hubiera propagado con milagros, ¿qué mayor portento que no haber necesitado de ellos?"

No apelaremos para comprobar la verdad de que la civilización europea a la caída del Imperio Romano fue informada completamente por el cristianismo, ni al prodigioso Balmes que tan perfectamente lo demuestra; ni a Donoso Cortés, cuyas intuiciones en historia alumbran inmensidades como

los relámpagos; ni a Menéndez y Pelayo el de la erudición laboriosa y profunda como el trabajo del minero en las cavernas; ni al Conde de Maistre, de pensamiento tan profundo como de estilo grandioso; ni a Hipólito Taine que a pesar de ser libre pensador, prestó como dice el P. Janvier, con sus prodigiosas confesiones, verdaderos servicios a la Iglesia; ni a Godofredo Kurth el gran flamenco que en sus "Orígenes de la Civilización Contemporánea," emula a Ozanam y Montalambert, ni a otros muchísimos grandes historiadores que por católicos pudieran parecer sospechosas, bien que producirán en quien los lea la más absoluta certidumbre. Citaremos a Lavisse y Rambaud, libres pensadores que en el tomo primero de su gran historia del siglo IV hasta nuestros días sientan (página 207) esta tesis victoriosa;

"Al derrumbarse el Imperio Romano la civilización europea fué exclusivamente cristiana."

Si tuviéramos tiempo recorreríamos a Italia con el mismo Kurth y muchos de sus grandes historiadores; a España con Menéndez y Pelayo que ha escrito sobre ésto en los "Heterodoxos," páginas elocuentes; a Alemania con Goerres; a Francia con Taine, que vio, a la luz meridiana de su erudición de benedictino y de su cultura moderna, a esta última nación formada por los Obispos, como el panal por las abejas, según expresión suya tan pintoresca e ingeniosa; a Inglaterra con Chesterton.

Esa civilización enteramente católica, como que la Iglesia la fundaba y la dirigía, sufría naturalmente los estorbos y los desvíos propios de las vicisitudes de aquellas edades tormentosas, como los de las herejías, las irrupciones de bárbaros y la política tenebrosa de tiempos de ignorancia profunda y de pasiones incoercibles; pero removido el obstáculo, y se removía siempre, la corriente civilizadora recobraba su camino, y cuando el protestantismo inficionaba a Europa como una bocanada del abismo, el auge que esa civilización había tomado bajo el amparo sabio, dulce y enérgico a la vez de la Iglesia, era tal que asombra a cuantos saben discernir la verdad y sondear la belleza. La religión, dice Thiers con altísima elocuencia y perfecta verdad, recogió para cultivarla en los claustros la civilización expirante, como en una ciudad incendiada alguien recoge un niño de los brazos de su madre muerta.

Balmes en el "Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea," guiado ya

por muy buenos datos positivos, sobre todo por su penetración prodigiosa, demuestra que el mundo corría al progreso guiado por aquella mano divina, con la rapidez de un torrente que fertiliza y no devasta, y que el protestantismo desconocedor de la filosofía y de la historia, como de la revelación verdadera, vino brutalmente a atajar, desviar y empequeñecer ese movimiento prodigioso que sólo podía compararse con el vuelo de un águila.

A fines del siglo pasado, Balmes tuvo un colaborador con que él no contaba y la historia un obrero que, siguiendo el plan del filósofo español, descubrió maravillas.

El profesor Janssen de la Universidad alemana de Heidelberg u otra semejante, quiso comprobar en el terreno positivo de los simples hechos, la verdad de que el protestantismo en el orden de la civilización, estorbó y torció el progreso, sin fundar nada, al menos por lo qúe a Alemania concierne, y escribió un libro prodigioso, "La Alemania y la Reforma," compuesto de cinco fuertes tomos, del cual se hicieron en dos años catorce ediciones, que dió por resultado que el Papa nombrara Cardenal al egregio autor; lo eligieran quince distritos para diputado en el Reischtag y lo acusase un sinodo de pastores protestantes ante Guillermo II, por **preparar las futuras revoluciones del Imperio**, acusación que no produjo resultado alguno en el ánimo del Emperador.

Macaulay, el gran historiador inglés, ve la vitalidad de la Iglesia y sus efectos asombrosos, los comprende, en muchas partes los confiesa, advierte que el catolicismo en medio de su aparente desorganización, sabe sacar fuerzas de la lucha y que, cincuenta años después de Spira, detiene para siempre la carrera vencedora del titán, sin dejarle dar un paso más, contenido por dos almas angélicas: San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús y por una asamblea de pastores inermes: el Concilio de Trento.

No lo recordamos en este momento con seguridad, pero tal vez por eso el Lord historiador y filósofo comprendió la eternidad del Papado y la Iglesia y por eso dijo aquellas palabras memorables: "El viajero de Nueva Zelanda dibujará los restos del puente de Londres sobre las ruinas de la catedral de San Pablo, y todavía los Papas gobernarán la catolicidad."

Estas levísimas consideraciones nos hacen sentar una nueva tesis incontrastable: "El hombre está sin duda destinado

al progreso y a un progreso indefinido, pero para que éste no se tuerza, ni se corrompa, ni se olvide de Dios, y convierta al hombre en ídolo de sí mismo, Dios ha querido que tenga una autoridad directora, como un fin supremo, y que ella sea la Iglesia de Jesucristo, infalible y eterna.

Ya vimos que de la boca muchas veces blasfema del mismo Edgard Quinet, salió la frase célebre, y esta vez luminosa, de que toda civilización viene de la idea de Dios; ya vimos que la verdad fundamental de la misma es la de que su fin mediato es el cielo, ya vimos que de la esfera grandiosa que esa verdad forma entre el principio y el fin divinos debe levantarse una moral en harmonía con ellos y una prosperidad material que, cuando con ella no concierte, tampoco con ella desentone; ya vimos que en esa amplísima región caben todos los bienes y todos los goces, todas las delicias y todos los ensueños, pero siempre que sean vasallos humildes de la verdad primera, obedientes a la norma de la moral trazada, y no huéspedes extraños y rebeldes que vayan a sembrar la discordia en la región feliz de la paz.

De aquí se sigue con la lógica de un silogismo, que si esa civilización ha de brotar de esos bienes fundamentales, puestos por Cristo en la custodia de la Iglesia, será eterna como ellos, o al menos si algunas veces en el mundo la estancan y corrompen la ignorancia y la maldad humanas, dispondrá siempre de una fuente perenne, impoluta y copiosa a donde pueda ir el espíritu de los tiempos y de los pueblos, a beber la savia del progreso que salva al mundo y lo encamina a Dios. Por eso dijo Troplong tan acertamente: "Mientras el cristianismo nos ilumine, no padecerá eclipses la civilización central." (Influencia del Cristianismo en el Derecho Romano." página 97).

Los que no estén acostumbrados a pensar ni sepan leer, se admirarán de esta teología, y contraerá sus labios una sonrisa de burla; pero la fe los compadecerá y la razón a su vez se reirá de ellos.

Esta si es sensata puede establecer un encadenamiento lógico, ingrebrantable como una cadena de hierro:

Si hay Dios, Cristo es Dios, porque el ser infinitamente sabio y bueno no podía permitir que un impostor presentara todos los signos de la divinidad; si Cristo existe y ofreció su asistencia a la Iglesia, ésta es infalible o la verdad divina quedaría a merced de las veleidades humanas; si la Iglesia es

infalible, lo es el Papa en materias de fe y de moral y cuando enseñe a la catoliicdad toda, porque ella lo declaró así en el Concilio más numeroso y perfecto de todos los tiempos; si la Civilización tiene por base la verdad y la moral, esa civilización para que no se tuerza, tiene que nacer de la región de la luz sin desmayos ni sombras, y estar dirigida por una enseñanza que no puede oscurecerse ni pervertirse.

LAS DOS CIVILIZACIONES

Durante los cuatro reinos de la monarquía española en que se verificaron los descubrimientos de América, la conquista de Méjico y la organización ya definitiva de la Colonia, es decir, en los tiempos de Isabel la Grande, de Carlos V, Felipe II y Felipe III, la civilización española COMPLETAMENTE CATOLICA, porque las aportaciones árabes y otras si las hubo, se habían confundido completamente, como ruines corrientes tributarias, en la inmensa del caudaloso río, llegó a un grado de esplendor que si no superaba, igualaba al de las naciones más prósperas del viejo continente.

Como ya hemos dicho, las bases de la civilización eterna e insuperable son primero las verdades relativas al principio y al fin de la humanidad, es decir, el dogma; después la moral impoluta, profunda, trascendental e imposible de superarse que enseñó el Evangelio, que la Iglesia inculcó en las sociedades, renovando radicalmente la constitución pagana, y por último. las ciencias, las artes, las costumbres sociales, las leyes políticas y civiles que manaron de esas fuentes, como brota en las orillas de los ríos tropicales y fecundizada por ellos, la más exuberante vegetación.

Léase el primoroso estudio de Clemencín sobre el florecimiento de las letras en el reinado de Isabel y sobre la cultura de las costumbres en esa misma época feliz, lo mismo que las cartas de Pedro Mártir de Angleria, el célebre renacimientista italiano, y pasmado se quedará el lector de que el impulso que supo dar la preclara reina a las inteligencias fué tan glorioso como el de sus invictas armas. Entre mil otros libros que pudiéramos citar, es muy interesante le vida de **Elisabeth la Grande**, acabada de publicar en francés por Madame Dieulafoi, que hace una pintura maravillosa de la cultura de España durante tan feliz reinado.

El que esto escribe ha podido estampar con la mayor ver-

dad en sus EFEMERIDES HISTORICAS Y APOLOGETICAS (vol. II, página 33) las siguientes líneas: "En todo el siglo XVI la cultura española cobró gran auge y maravillábase el señor Cánovas del Castillo, al recordar cómo los españoles en aquella época enseñaban en las Universidades extranjeras, rimaban estrofas en las riberas de Nápoles y en las orillas del Po y disputaban doctamente en Alemania secundando con silogismos los golpes de la temida espada del César Carlos.

"Ni los estudios lingüísticos, sigue diciendo, ni los escriturarios, ni las matemáticas, ni la astronomía, ni la topografía, ni la numismática, ni la historia general dejaron de florecer durante el referido período."

Nosotros tenemos nuestros apuntes atestados de nombres y hechos, pero el espacio no nos permite ahora utilizarlos.

Tiempo y de sobra habrá para ello en el curso de estas efemérides, y ahora diremos tan sólo que hasta en algunas artes que se dirían poco cultivadas, en tiempos todavía rudos, como la música, floreció España en esa época fecunda: díganlo Juan de Tapia y Espinal y sobre todo los clásicos Victoria y Guerrero, cuya música sacra ha renacido gloriosa en nuestros días y constituía el encanto del Papa artista Pío X.

Los inmensos adelantos, tan contrarios al supuesto abatimiento de los reinos españoles que Forneron describe con deleitación, contribuyeron, y no sólo el poder de las armas, a dar a la lengua fuera de la Península la importancia cobrada después por el francés y el inglés, y por eso el italiano Marcio, en el famoso "Diálogo de la Lengua," de Juan de Valdés, se enamora del castellano y le llama "lengua tan noble, tan entera, tan gentil y tan abundante."

Así, pues, por mucho que nuestra imaginación abulte las cosas a impulsos de un deseo tan natural como se quiera, la civilización de los indios aztecas precortesianos que produce las lágrimas de admiración y entusiasmo a algunos cándidos lacrimosos, no puede sostener la más leve comparación con aquella ingente civilización latina de la que España, Italia y Francia eran entonces los más poderosos focos de luz.

Los pobres indios con su dogma corrompido, porque si algunos de ellos creían en un Ser Supremo, esa creencia de los próceres y sacerdotes no había bajado a regenerar las muchedumbre; dogma incipiente, oscuro, mezclado de groseros erro-

res y creyentes que no tuvieron siendo millones, contra el cristianismo invasor, no digamos un santo por ser tal cosa imposible, pero ni un apóstol ni un mártir.

Mucho valdrían moralmente los pobres aztecas, sin embargo, cuando a pesar de ese dogma absurdo que estorbaba y no vivificaba su moral, llegaron a tener una en ciertos puntos levantada (sólo en ciertos puntos) reveladora de la misericordia infinita, que a nadie niega la participación siquiera de la ley natural.

Como no nos es dable entrar en disquisiciones que convertirían este estudio en un infolio, para que se vea a qué punto era el dogma absurdo y cuánto apocaba al pobre pueblo, óiganse estas palabras del más grande quizá de los americanistas exceptuando a Alamán y a Orozco y Berra, de don José Joaquín García Icazbalceta que en su primoroso ESTUDIO HISTORICO DEL SIGLO XVI, dijo admirablemente:

"La horrible religión de los aztecas que hacía pesar los sacrificios humanos sobre el pueblo, debía inclinarse a abrazar otra (la de los misioneros españoles) que la libertaba de tan fiero yugo. Aquellos desdichados **no podían consolarse ni con la esperanza de que sus padecimientos acabarían con la vida, y después alcanzarían la felicidad eterna.** El dogma de aquella religión que reconociendo la inmortalidad de las almas les asignaba el lugar de su futuro destino, no conforme a sus propios méritos, sino a la condición de los individuos en el mundo, a su profesión, y aun a la circunstancia fortuita del género de muerte, formaba negro contraste con el dogma cristiano, que no cerraba a nadie las puertas del paraíso, sino que igualaba a todos, altos y bajos, nobles y plebeyos, ricos y pobres ante el Juez Supremo y dejaba al arbitrio de cada uno la elección de su suerte por toda la eternidad. El más desdichado de este mundo podía alentar la bienaventurada esperanza de ser feliz en el otro. (Obras Completas. Edición Agüeros. Pág. 53. Tomo II).

La moral tenía que corresponder a ese dogma, lo mismo que a los sacrificios rituales, porque como ha dicho muy bien don Gueranger, Abad de Solesmes, uno de los primeros místicos modernos, el manantial de las bendiciones del cielo se encuentra en el misterio del holocausto.

Pero a pesar de esas creencias absurdas y de los sacrificios

humanos que sin duda llegaban cada año a veinte mil por lo menos, (1) a pesar de que el buen Las Casas en su amor a los indios, quiere reducirlos a cien, muchos escritores juiciosos y sensatos, pero no bien enterados ni mejor advertidos, han dicho últimamente, hace apenas unos cuantos años: ''sin embargo de los asesinatos rituales y de la antropofagía ritual, las costumbres de esos antropófagos a creer las relaciones de los misioneros españoles, eran dulces y testificaban a veces cierta elevación de juicio. La educación de los niños en particular era objeto de los cuidados más inteligentes y más severos y se les enseñaba una MORAL EXTREMADAMENTE SANA, (Revue de Questions Actuelles. Vol. X. Pág. 75).

El mismo gran historiador don Manuel Orozco y Berra en su preciosa Historia de la Conquista de Méjico (los liberales la tienen por la mejor que se ha escrito) quiere en la página 202, Tomo I, llevado por un sentimiento de piedad muy natural en un cristiano culto y generoso, hacer un elogio de la moral azteca, EXCELENTE EN MAXIMAS Y DOCTRINAS TOMADAS DE LAS FUENTES MAS PURAS, pero páginas después, en las 219, el veraz y honrado historiador tiene que exclamar tristemente: ''Como todo es contraste en esta civilización, las mujeres de ciertas congregaciones **eran educadas para el vicio.**

Este dato del autorizadísimo Orozco y Berra nos exime ya de la tarea penosa de desentrañar esa moral llamada sana por el escritor francés de la gran Revista mencionada arriba, pues prácticas tales autorizadas por el Estado y por los sacerdotes, ejercidas públicamente y que constituían instituciones de importancia, deben haber sido enseñadas o permitidas por una moral que si era sana en unos puntos, claudicaba grandemente en otros y merece con acierto el calificativo de monstruosa.

Por lo que toca a los sacrificios humanos, baldón eterno no digo de esas razas, sino de los orientales y aun de los griegos y latinos, como el Conde de Maistre y el señor Orozco y Berra lo demuestran, parece que donde más se practicaron de todo el territorio de Nueva España fué en el Anáhuac y en los reinos de Michoacán y Yucatán, pero como observa el docto Obispo de Querétaro, Ilmo. don Francisco Banegas,

(1) El P. D. M. Cuevas, S. J., en su preciosa historia de la Iglesia de México, calcula esas víctimas en cien mil por año.

en un manuscrito suyo que poseo: "los mismos sacrificios humanos tan numerosos en los reinos sedentarios y en las tribus que las estaban allegadas, disminuían muy considerablemente en número y en crueldad a medida que la distancia debilitaba la influencia que los hacía practicar con tanto exceso hasta llegar al norte y al sur, donde en verdad eran raros."

Pero debemos observar que esa rareza, si continúa la decantada **civilización** de Anáhuac, en que también su periferia se iba contagiando de aquella maldecido costumbre que los mismos aztecas no habían tenido doscientos años antes, hubiera acabado por cesar, así es que sólo por este capítulo podremos sostener con otro gran americanista, el Ilmo. señor don Francisco Plancarte y Navarrete; que esa civilización incipiente fragmentaria y en muchas partes torcida, iba en rápida declinación a una barbarie mayor que la que antes de ella podía existir, supuesto que en sus principios no se había manchado con los sacrificios cruentos de víctimas humanas ni con la antropofagía ritual.

Probablemente los mejicanos enseñaron ese culto feroz y sangriento a sus vecinos y enemigos de Michoacán, porque si la guerra es lucha, es también contacto, y se observa que muchas costumbres de los enemigos, a los enemigos trascienden.

Pero en este punto no tenemos, al menos en la memoria, datos suficientes para poder formular un juicio definitivo. Sólo respecto de los mayas sí estamos autorizados para decir que los **mexica** les enseñaron ese culto feroz y sombrío, porque así lo asegura el mismo don Manuel Orozco y Berra, con una firmeza que en él es signo seguro de verdad, en el tomo II, página 535 de su Historia Antigua y de la Conquista de Méjico.

Si estudiamos, pues, ambas civilizaciones, aun prescindiendo por un momento y por vía de método de nuestra fe y educación cristianas, veremos que cuanto podía tener de bueno la pobre civilización azteca, lo tenía en abundancia y con increíble lucidez la santa civilización española (el epíteto es justo porque toda obra cristiana lo merece) y mientras que la primera es fragmentaria, contradictoria, **circular**, como dice Balmes, pues de la barbarie volvía a la barbarie, la segunda contaba y cuenta con bases fundamentales, eternas e inconmovibles (son las del mismo cristianismo) y si alguna vez por los obstáculos que oponen a su corriente los errores y las maldades humanas, parece en momentos estancada y

torcida, es para cobrar como el torrente contenido y desviado, mayor vigor en el curso, y ganar de nuevo la natural, la forzosa pendiente.

Los indios eran hombres, los misioneros y los Obispos eran santos, la civilización de los primeros era **bárbara** (y bien podemos usar la paradoja) la de los segundos era la más pura, sabia y hermosa que la historia ha podido ver y la filosofía concebir, y sólo un insensato negará la ventaja de la substitución y dejará de dar gracias por ella a la divina misericordia.

Pero para que no se nos diga lo que decía Montaigne; que hay que desconfiar de los pensamientos **en gros**, veamos en concreto el cuadro que presentó desde el siglo XVI en la Nueva España la civilización de la Vieja.

IV.

CUADRO EN MEJICO DE LA CIVILIZACION ESPAÑOLA

Si es lógico juzgar al árbol por sus frutos, lógico es también juzgar los frutos por el árbol.

La civilización española era prodigiosa por sus raigambres, por su desenvolvimiento, por su firmeza y por su brillo, y los primeros agentes de esa civilización en Méjico fueron Obispos santos y santos religiosos, pero en tal número y en tal grado, que la historia sólo puede presentar un ejemplo más prodigioso: el de las edades apostólicas:

Franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas, vinieron a derramar en Méjico su sangre y sus sudores, a ilustrar las muchedumbres con su ciencia y a edificarlas con su piedad; sin que su pobreza que los hacía andar leguas y leguas a pie y vivir en constante ayuno y ceñir un sayal burdo en tierras calientes, fuese para ellos un obstáculo, porque así se sentían más desligados de los bienes de la tierra.

Martín de Valencia, Motolinía, Las Casas, Veracruz, Daciano, Betanzos, Córdoba y no sé cuántos más, con los Obispos Zumárraga de Méjico, Vasco de Quiroga en Michoacán, Fuenleal el de la segunda audiencia, Garcés de Tlaxcala, Marroquín de Guatemala, Gómez Maraver de Guadalajara y Toral de Yucatán, echaron los cimientos de la religión católica en Méjico y con ellos los de la civilización latina, caudalosa, inexhausta y eterna.

En una síntesis martirizada como la presente, necesitamos altísimas cumbres para dominar espacios imposibles de recorrer, y al hablar del apostolado en Méjico, permítaseme que diga tan sólo tres palabras acerca de un pobre lego, de sangre real, y mendicante de tan enorme influencia que el señor Montúfar, Arzobispo de Méjico, le llamaba EL VERDADERO PRELADO DE LA ARQUIDIOCESIS y que no quiso por humildad recibir las órdenes sacerdotales y tal vez ni las menores; de ciencia tal vez infusa porque todo lo enseñaba a los indios y se hacía entender por ellos aunque tartamudo, cuando apenas podían comprender su lenguaje balbuciente los españoles; tipo maravilloso en fin que con serlo tanto no es un individuo aislado, no es una excepción extraordinaria, es un ejemplo de una clase a la cual podrá exceder en lo general pero en la que en muchos puntos tiene iguales y de la que no se sale, sino que la revela, la retrata, la honra y la glorifica.

A raíz de la conquista, por 1526 o principios del 27, ya estaba el lego fray Pedro de Gante, pariente del César y humilde servidor de la orden de San Francisco, aplicado con vida y alma a la enseñanza de los nativos a quienes doctrinó por espacio de cincuenta años (murió de más de noventa) en el establecimiento que fundó al otro lado de la acequia que corría por la calle de San Juan de Letrán y es el mismo en donde después estuvo el colegio de ese nombre. El gran don Joaquín García Icazbalceta dice estas palabras que me producen un escalosfrío de admiración y una sensación de ternura.

''En nuestra época de afán más ruidoso que sincero, por el aumento de la instrucción pública, y cuando anunciamos a son de trompeta la apertura de una triste escuela de primeras letras, antes mala que buena, no conocemos ni admiramos como debiéramos los gigantes esfuerzos de aquel pobre lego, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenía durante medio siglo una iglesia magnífica, un hospital y un gran establecimiento que era al mismo tiempo escuela de primeras letras, colegio de instrucción superior y de propaganda; academia de bellas artes y escuela de oficios; un centro completo de civilización. Calcúlese lo que costaría hoy al erario un establecimiento semejante; el sinnúmero de catedráticos, maestros y empleados que exigiría y no podremos menos de llenarnos de asombro al ver que unos cuantos frailes dirigidos por un lego, hacían todo aquello que sólo era pequeñísima parte de

sus imponderables trabajos apostólicos. (Biografías. Vol. I pág. 29).

Y repetimos llamando sobre ello fuertemente la atención de los lectores: el lego Gante puede ser un modelo, un tipo, pero no supera a su clase o más bien no sale de ella; y es increíble la muchedumbre de Obispos y religiosos que nos envió España que con su sangre y su sudor, material y textualmente, con su sudor y con su sangre, fecundaron esta tierra y nos dieron la religión que tenemos ahora, que si fue consuelo para el indio, es todavía para nosotros suprema esperanza; que si libertó al nativo de las cadenas de sus propios tiranos y del látigo del capataz blanco, también hoy nos consuela, en medio de tanta sangre, de tantas lágrimas de tantas ruinas, de tantas alarmas y de tantos temores; que hoy es el lazo más vigoroso de la unidad nacional; que hoy es el autemural más poderoso de la independencia, así que cuando el gran Cortés venció en Méjico y demolió un imperio y arrancaba de cuajo una religión absurda, y ponía a los pies de Carlos V cien razas conquistadas, no echaba los cimientos de la esclavitud, sino los verdaderos de la libertad, porque al domeñar a los vencidos, supo proteger sus vidas y aun sus haciendas, y al darles una religión que todo salva y que liberta todo, echó precisamente las bases de la independencia que fundó Iturbide y que Dios quiera conservarnos en su misericordia.

A esa religión de Cortés y de Carlos V y de los misioneros y de los Obispos debemos aquel documento augusto que **puso fuera de la Iglesia** a los que atentaran contra la libertad de los indios: la carta secularmente venerable del Sumo Pontífice Paulo III, a la que llamó nuestro gran orador el Ilmo. señor Montes de Oca, no hace muchos años en un Congreso Católico aragonés, LA CARTA FUNDAMENTAL DE LA LIBERTAD MEJICANA.

La religión unió las dos razas y vino el mestizaje que es eflorecencia de ambas y que, cuando causas deletéreas dejen de ejercer en el país su influencia infernal, llegará a ser el núcleo robusto, sano, inteligente, patriota, laborioso y valiente de la Nueva España del porvenir.

¿Quién hizo esa fusión maravillosa que el mismo señor Rabasa admira y que considera como el **substratum** de nuestra nacionalidad, sino la religión que inspiró a Las Casas tan ve-

hementes protestas; a Motolinía tantas efusiones de amor; a los mártires de las fronteras los sacrificios de su sangre; a los virreyes la sensatez cristiana de Mendoza y Velasco; a los reyes aquella católica generosidad que por aceptar las indicaciones del imprudente, pero heroico Las Casas, estuvieron a punto, al dictar las NUEVAS LEYES, de perder la corona de las Indias?'' (Véase a don Fernando Ramírez, ''Historia de Motolinía,'' Edición de Agüeros, Vol. I, página 149).

Méjico debe al cristianismo de las Papas de Roma y de los Reyes de España no sólo la civilización, sino el ser, el aliento, y este mismo periódico estampaba hace poco en sus columnas, sin poder ser tachado por nadie de parcialidad, el que Méjico sin la religión católica tendría que dejar de existir, como una planta arrancada de cuajo y trasladada de un clima benigno a otro riguroso.

En un capítulo especial de este estudio, ya veremos más de cerca cómo la religión no sólo por influencias naturales y ordinarias, sino por hechos estupendos, ha venido a ser la causa de nuestra nacionalidad, y por ahora concluyamos este grosero esbozo diciendo algo especial de los brotes de la civilización europea en Nueva España que justifican los versos de Horacio, aceptados por Alamán como lema:

Y la gloria llevaron
Del alto imperio y el blasón potente
Del reio de la aurora,
A las remotas playas de occidente.

Comencemos por las leyes de Indias de las que dijo el americano Lummis y con razón, que constituyen el monumento jurídico más grandioso de todos los tiempos.

Imposible hacer análisis, más difícil quizá formar síntesis y así sólo indicaremos algunas de aquellas leyes que revelan la generosidad real, la largueza del pueblo español; que fueron debidamente cumplidas y que bien diseñan y hasta perfilan la civilización de Europa, implantada en América. 1o.—Ante todo las leyes recomendaban la difusión del cristianismo con la cesasión de los sacrificios humanos y de la antropología; 2o.—Que no sólo las autoridades deben dar buen trato a los indios, sino los prelados castigar a los clérigos que les echen cargas a cuestas y de algún modo los traten duramente; 3o.—Que crearon una Universidad en Lima y otra en México, es-

tableciendo en la seguna, cátedra de lenguas vernáculas; 4o.—Que difundieron tanto la instrucción, que según el señor Zumárraga, enteramente veraz, muchos indios sabían leer de donde se deduce que, como ahora saben hacerlo muy pocos, la instrucción estaba más difundida que actualmente en aquellos llamados tiempos de obscurantismo, (Véase el Zumárraga de García Icazbalceta. Pág. 370). 5o.—Que la autonomía de los mexicanos se respetó hasta donde fué posible (Pimentel, "Memoria sobre la Decadencia de la Raza Indígena," página 154) mandándose que las leyes y buenas costumbres que antiguamente tenían para su gobierno y policía se conservasen y ejecutasen; 6o.—Que para el buen Gobierno del Nuevo Mundo se creó el Consejo Supremo de Indias del actual, según Robertson y Prescott, no salió jamás una sola sentencia injusta, ni una medida mal inspirada: que los virreyes no eran gobernantes absolutos, ni menos irresponsables, porque su poder sufría la vigilancia y la restricción que sobre ellos ejercía el mismo clero y las Audiencias de América toda; y porque al fin de su cargo sufrían un juicio de residencia riguroso; 7o.—Que esas leyes y la buena elección de funcionarios que hubo generalmente, dieron por resultado un fenómeno extraordinario, que en las Indias durante toda la dominación española y en la serie enorme de ciento setenta virreyes (sólo sesenta y dos en México), seiscientos dos capitanes generales y setecientos seis obispos, sean contadísimos, no sólo lo que puedan llamarse malvados, pero ni siquiera los de conducta tal que no correspondiese a la dignidad de sus altos cargos. 8o.—Por último, esas leyes y para no agobiar ya la imaginación de los lectores con tantas noticias, quisieron que las nuevas conquistas no se hiciesen por la espada (sólo por la evangelización) y establecieron perfecta y definitivamente la libertad de los naturales.

Si abatimos un poco el vuelo y en terrenos más bajos buscamos las huellas de la civilización española, tendremos que asombrarnos de la que nos dió España en ciencias, en artes, en industria, en actividad, en suavidad de costumbres y en el fomento de todo linaje de bienes.

Teniendo que sintetizar tanto que el esfuerzo es angustioso por lo que toca a ciencias y letras, los cien años de Independencia nada han dado que valga más que Ruiz de Alarcón, imitado por Corneille; que Sigüenza y Góngora, jesuíta de cuya ciencia prodigiosa sobre todo en Geografía, tuvo noti-

cia según se asegura, el mismo Rey Sol (Luis XIV) y lo llamó a su Corte gloriosa; y de Sor Juana Inés, la encantadora monja, santa, sabia y poetisa ilustre, de quien han hecho excelentes biografías el mismo Sigüenza y Góngora, el insigne don José J. Cuevas y el amigo Amado Nervo, a quien tanto admiramos y sentimos.

La Universidad de México, según Salazar, deliciosamente traducido por García Icazbalceta, fué una segunda Salamanca y si ese establecimiento sufrió la decadencia española, no perdió nunca el parecido.

En artes, ¿qué tenemos sino la arquitectura colonial que diseminó ciento sesenta y cinco ciudades y ocho mil templos en todo el país, algunos de una riqueza increíble y en pequeñísimas poblaciones como Tlacolula, Ecatepec y Tepozotlán, que podrían envidiar grandes capitales europeas?

Después de la Independencia y cuando jacarandosos y fanfarrones tanto hemos cacareado el progreso, no se ha vuelto a hacer no digamos una catedral de México, un palacio de Minería, una estatua de Carlos IV, pero ni un acueducto de Querétaro o de Valladolid, ni edificios como los de Taxco o Cholula.

Hasta en materias económicas según datos que últimamente nos ha ministrado la diligencia del señor Esquivel Obregón y aceptados por el señor Bulnes, andábamos mucho mejor que en los tiempos de mayor prosperidad, pues los jornales en 1920 valían la cuarta parte de los de la época colonial. (Verdadero Díaz, y artículo del Universal de 22 de junio último).

No sé ahora cuánto valdrá el capital de circulación en México, pero en la época más floreciente de la colonia en

materias hacendarias, en 1803, cuando Humboldt nos visitó, correspondía a diez pesos por vecino, mientras que en España la misma riqueza flotante no daba más que SIETE PESOS POR CADA INDIVIDUO DE LA PENINSULA y en Francia catorce por cada francés. (''Ensayo político sobre la Nueva España,'' Humboldt, vol. 4o. página 135).

Esto destruye completamente a mi modo de ver, la especie de que España explotaba sus colonias como un particular el fundo propio.

En materias sociales se habían llegado a resolver grandes problemas ahora insolubles, según puede verse por las ''Ordenanzas de Gremios en la Nueva España,'' que acaba de publicar don Genaro Estrada, con grande provecho de la historia, gremios acerca de los cuales también da algunas noticias curiosas el Marqués de San Francisco en un artículo de ''América Española;'' y nos parece conveniente popularizar la siguiente página de Juderías sobre adelantos industriales de Nueva España.

''No se lee sin sorpresa en la Gaceta de Méjico, escribía Humboldt, que a cuatrocientas leguas de distancia de la capital, en Durango, por ejemplo, se fabrican pianos y clavicordios.... '' ''Es una cosa que merece ser observada que entre los primeros molinos de azúcar, trapiches, construídos por los españoles a principios del siglo XVI, había ya algunos movidos por ruedas hidráulicas y no por caballos, aunque estos mismos molinos de agua hayan sido introducidos en la isla de Cuba en nuestros días como una invención extranjera por los refugiados de Cabo francés.''

Verdadero asombro causa el leer que los metales se trabajen en la América española, a los pocos años de haber empezado la colonización con más perfección que en la península, como lo prueban las fundiciones de Coquimbo, de Lima, de Santa Fe, de Acapulco y otras; que las verjas, fuentes y puentes de aquella parte del mundo sobrepujan en hermosura a las de Europa; que los altares, templetes, tabernáculos, custodias, lámparas y candelabros de oro plata, bronce que salían de las manos de artífices hispanoamericanos podían sostener la comparación con las obras de Benvenuto Cellini; que según el inglés Guthrie, eran admirables los aceros de Puebla y otras ciudades de México, que según el mismo autor las fábricas de algodón, lana y lino producían en México, Perú y Quito tejidos más perfectos que los de las más acreditadas fábricas de

Francia e Inglaterra; que los cueros se curtían allí de admirable manera; que las telas, mantas y alfombras del Perú, Quito y Nueva Granada, eran estimadísimas y excelentes; que la fabricación de vidrio y loza era muy superior a la de Europa, en una palabra, que tenía razón Humboldt cuando decía que "los productos de las fábricas de Nueva España podrían venderse con ganancia en los mercados europeos."

¿Dónde está la tiranía económica de España, ni cómo pueden acusarnos de haberla ejercido los ingleses que hasta fines del siglo XVIII sostuvieron el criterio de que no debía fabricarse nada en sus colonias americanas para no perjudicar los intereses de las industrias de la metrópoli? ¿No pidieron ya en el siglo XVI las Cortes de Castilla que se reprimiese la exportación a América, puesto que teniendo aquellas colonias primeras materias abundantes y hábiles artífices podían bastarse a sí misma sin necesidad de la madre Patria?

España desarrolló, pues, la industria americana, y enseñó a los indios multitud de oficios y profesiones que desconocían. Y no sólo hizo ésto, sino que llevó allí animales de todo género, semillas de toda especie, árboles útiles de todas clases....." ("La Leyenda Negra," páginas 173, 174 y 175).

(Continuará.) **Francisco ELGUERO.**

FE DE ERRATAS.

En el Elogio Fúnebre de Su Santidad Benedicto XV, que publicamos en el número anterior de esta Revista, hay las siguientes erratas de imprenta: en el capítulo II, párrafo cuarto, dice: "Y sin embargo era así;" debiendo decir: "Y sin embargo, **no era** así." En el mismo capítulo, párrafo décimo sexto, dice: "alaba calurosamente la magnitud de los Ilmos. señores Arzobispos de Chicago y New Orleans;" debiendo decir: "alaba calurosamente la **magnanimidad** de los Ilmos. señores Arzobispos de Chicago y New Orleans."

Sección de Ciencias Psíquicas.

EL ESPIRITISMO

XI.

LA ELECTRICIDAD ATMOSFERICA Y LAS BACTERIAS

Muchos de los escritores modernos suelen llamar a la Edad Media la edad de la ignorancia, y nadie puede negar que entonces había uchísima. Pero si comparamos nuestra actual con la de los siglos medios, vendremos fácilmente a deducir que, si aquella fué una época de ignorancia "sin pretensiones," esta es la edad de LA IGNORANCIA ADULTERADA POR LA EDUCACION. Aquellos eran ignorantes a secas, mientras que nosotros gozamos del privilegio de una "ignorancia científica." La diferencia entre lo que ellos no conocían y lo que nosotros, "a medias", conocemos, es infinitesimal si se compara con lo que ignoramos. Y sin embargo, no pocos suelen mirar aquella edad con sumo desprecio.

Exhibíase, no hace mucho en un circo, una comparsa de enanitos capitaneados por un gigante. Entre aquellos liliputienses había dos, sumamente bien formados, cuya diferencia de estaturas era sólo de centímetro y medio. Esto fué, sin embargo, la causa de que ambos monigotes viniesen un día a las manos enredándose en microscópica lucha. Acudió el gigante a separarlos, y tratando de averiguar la causa de la riña, vino en conocimiento de que el Enano que medía centímetro y medio más, veía por "sobre el hombro" con sumo desprecio a su compañero, por lo cual, éste, indignado, había resuelto arreglar aquella "pequeña diferencia" a trompadas. Nosotros somos los **enanos grandes** y los de siglos atrás los **enanos chi-**

cos. Y sí los que en aquella época vivían, por razón de lo que ignoraban, sostenían opiniones que hoy nos mueven a risa; asimismo, por razón de lo que actualmente ignoramos, sostenemos ridículas teorías que harán reir de buena gana a nuestros "inmediatos sucesores." Por esto, al tratar de hacer un análisis de la Brujomanía que aquejó por más de tres siglos a las naciones civilizadas, procuraremos tener presente las condiciones de aquella época no confundiéndolas con las actuales.

Hace cuatro siglos no había quien soñara en la existencia de la electricidad atmosférica, siendo para ellos perfectamente desconocida la verdadera causa del rayo, el trueno y las tempestades. Demostrando estos fenómenos la existencia de una fuerza colosal, inmensamente superior a la del hombre, no es de extrañar que los aterradores efectos de esos meteoros, sobre todo en circunstancias especiales, hicieran nacer en la imaginación de la multitud espantada la idea de que la causa que las producía era preternatural. Otro tanto pasaba con la propagación de ciertas enfermedades repugnantes como la roña o mortíferas como el carbunclo que atacaba al ganado, pues no conociendo la causa verdadera, lo atribuían a brujerías y encantamentos. ¿Cuándo se habían de figurar aquellas buenas gentes que el rayo era solamente una manifestación de la electricidad, como nosotros sabemos, y que el carbunclo era producido por la propagación del bacillus anthracis? Tenemos, pues aquí, el primer elemento para nuestro análisis psicológico, es a saber, la existencia de ciertos fenómenos, unos aterradores como el rayo, y otros mortíferos como el carbunclo, que causaban, cada uno a su modo, muchos daños a la humanidad. Los fenómenos existían, sin duda de ninguna especie, pero la causa que los engendraba les era del todo desconocida. De aquí la necesidad de discurrir 'una explicación,'' que es lo que ahora llamamos una hipótesis, para designar la causa que producía aquellos fenómenos.

¿Quién produce el rayo? ¿quién engendra el carbunclo? A estas preguntas que todos se hacían respondían las Brujas: "nosotras producimos el rayo a voluntad, nosotras podemos a nuestro gusto propagar el carbunclo."

Podemos dividir las Brujas en dos grupos perfectamente determinados: a) Las Brujas "echadoras;" b) Las Brujas Locas o auto-sugestionadas. Formaban las primeras una verdade-

ra "clase" de hembras que hacían profesión de la Brujería, especulando con la credulidad de los Babilonios de aquella época. Sin tener poderes de ninguna especie (como la mayoría de nuestros actuales mediums) "se la echaban" de poseerlos, aprovechando cuanta ocasión favorable se les venía a las manos, aun a riesgo de la pelleja.

Cuando esta clase de Brujas era puesta al tormento, muchas al principio, negaban que ellas hubieran producido tempestades o causado la muerte del ganado, etc., pero apuradas con los dolores y prefiriendo la muerte, por estar un poco más lejana, que el tormento, declaraban que "efectivamente, por su pacto con Satanás, ellas habían producido esos y otros fenómenos," con lo cual se las dejaba de atormentar, para conducirlas más tarde a la hoguera.

Las Brujas locas o autosugestionadas (que eran por cierto muy numerosas) estaban persuadidas de que tenían aquellos poderes debido al pacto diabólico, y así cuando caía una granizada en la vecindad, por ejemplo, declaraban, sin rebozo, que ellas eran la causa de semejante fenómeno. Llevadas a la tortura, desde luego confesaban que realmente "eran Brujas" y mientras los verdugos daban vueltas al tormento, ellas musitaban "ensalmos" con la firme persuación de que Satanás vendría en su ayuda, lo que, por supuesto, nunca sucedía. Esta constante manera de proceder de unas y otras, vino a demostrar a los jueces y, por medio de ellos, a los letrados de aquella época, que "la teoría de las Brujas y su pacto diabólico era UN HECHO," arguyendo de esta suerte: El Demonio puede, aplicando "activa passivis," producir estos fenómenos; es así que las Brujas aseguran que "han hecho pacto con Satanás" y esto lo confiesan aun en el tormento; luego las Brujas, en virtud de este Pacto, pueden producir tempestades, rayos y enfermedades "a su voluntad." Más, añadían, no sólo pueden, sino que "de hecho" las han producido, según "ellas mismas" lo han confesado; pero no teniendo de por sí poderes para semejante cosa, resulta que si lo han hecho, es por arte diabólica, como igualmente ellas lo afirman. Y aquí tenemos establecida la teoría del "Pacto." No se escapaba, sin embargo, aun a los más acérrimos defensores de esta suposición, como el famoso Delrio, que tal pacto no podía tener fuerza alguna "para obligar a Satanás a hacer lo que había prometido." De lo que resulta que el pacto, para la Bruja, era perfectamente inútil, ya que el Diablo sólo había de

hacer lo que le daba su gana, no teniendo medio alguno de obligarlo a cumplir su palabra.

Por otra parte, la gente ordinaria, así como los sabios de entonces, habían notado que cierta clase de enfermedades se propagaban por medio de las moscas y las ratas (lo cual está confirmado por recientes experimentos). Pero, argüían así: las moscas y las ratas NO SON CAUSA PROPORCIANADA para producir semejantes resultados; luego es el Diablo en forma de moscas o ratas el que las produce.'' No conociendo la existencia de las Bacterias, como hemos indicado, era moralmente imposible que los eruditos de aquella época pudieran explicarse cómo una mosca o una rata fuera ''la causa'' de una enfermedad y así atribuían el origen de este poder, no a los microbios que ellas transportaban como vehículos, sino a Satanás, que con su poder preternatural podía causar una epidemia. Y aquí tenemos otro hecho cierto explicado por medio de una teoría falsa. Estos hechos junto con la teoría, dieron origen a ''otra propiedad de las Brujas,'' esto es, que podían convertirse ellas mismas o convertir a otros en animales, por medio de sus ensalmos. Y la verdadera que ''esta transformación tenía en la realidad mucho más fundamento que el de producir tempestades. No hay alienista que no conozca actualmente una forma de locura llamada: LICANTROPIA. Consiste esta en que el enfermo se cree transformado en tal o cual animal y obra como si lo fuera. Los que creen ser hienas van de noche a los cementerios, escarban las tumbas y comen carne de muerto. Los que piensan son chivos, comen hierba y saltan con facilidad asombrosa de roca en roca. Los que les parece ser gatos mahuyan, arañan y se escapan de noche por los tejados. En fin, cada uno obra, como todos los locos, según el modo de proceder que tiene el animal en que ha sido metamorfoseado (?). En la India, esta clase de locura aun es muy común y es atribuída a un ungüento especial con que alguien untó la frente del desgraciado. El uso de la Belladona, el Estramonio y otras yerbas produce la locura tomado en dosis determinada; lo cual es demasiado bien sabido de nuestros indios que usan la yerba que ellos llaman ''torna locos'', no sólo como medicina, sino como medio de hacer mal a sus enemigos. Las Brujas de entonces conociendo el poder de estas y otras yerbas las usaban en sus bebedizos y ungüentos, produciendo en muchas ocasiones la

locura, bajo esta u otras formas, o envenenamientos que causaban la muerte lenta o rápida de los "**hechizados**." Este poder, que realmente poseían, venía a confirmar en la opinión del vulgo y los eruditos, la existencia de otros poderes que ellas decían poseer, como el de producir tempestades, que era la especialidad de las Brujas.

De estos fenómenos "reales" explicados por una teoría falsa vinieron los antiguos a tener como **cierto** otro fenómeno (?) característico de esas aliadas de Satanás, y era el de SER AVIADORAS, o ir al Aquelarre, por la noche del viernes al sábado, volando por los aires montadas en un PALO DE ESCOBA, un HAZ DE SARMIENTOS, o en diablos disfrazados de Chivos u otros animales. Es cosa que causa admiración el leer en libros escritos por autores verdaderamente inteligentes y letrados, como el famoso Delrio y otros muchísimos, como estaban persuadidos de "la verdad de este HECHO" (?) y lo defendían con razones y argumentos de todas clases. Para nosotros estas historias son simplemente "cuentos" que consideramos dignos de las nodrizas para entretener y asustar a los niños; pero durante los siglos XV, XVI y XVII, no fué esto cosa de burlas, sino asunto de la mayor trascendencia del que se ocuparon los más insignes letrados, jurisconsultos y sabios de la época, escribiendo libros para probar la "verdad"

de sus HIPOTESIS que confundían constantemente con los "HECHOS." Y a tal grado llegó la "credulidad" de la gente de entonces que muy pocos se libraron de tan contagiosa manía. Se requerían los tamaños y el sentido común de hombres como Cervantes, para sobreponerse a semejante locura. ¿Quién no ha leído la famosa aventura de Clavileño, descrita por el Manco de Lepanto en el Capítulo XLI de la segunda parte del Quijote? Con tanto sentido común como sutil ironía, se burla —sin burlarse—de los crédulos de entonces que creían en la existencia de las Brujas-Aviadoras. Sancho lo dice claramente: "Si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas (de Clavileño), bien se puede buscar mi señor otro escudero que lo acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que YO NO SOY BRUJO PARA GUSTAR DE ANDAR POR LOS AIRES; ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y más adelante: "Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho me temo no ande por aquí alguna legión de diablos que den con nosotros en Peralvillo?"

Don Quijote como más leído y más loco que su escudero, al sentir el aire que con grandes fuelles le estaban haciendo los criados del Duque, dijo: "sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, donde se engendra el granizo y la nieve; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos."

La descripción que después de esta aventura hace de "lo que vió," el buen escudero es verdaderamente "típica" y un trasunto de lo que puede la imaginación "en esta clase de FENOMENOS." Y a tanto llegó la credulidad o socarronería del escudero que ni el mismo D. Quijote pudo tragar sus sandeces y así termina Cervantes tan famoso capítulo diciendo: "llegándose D. Quijote a Sancho le dijo al oído: Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y no digo más." Tal frase parece escrita para salir de los labios de los eruditos escritores de antaño que creían en las Brujas-Aviadoras, al dirigirse a los que ogaño creen en los paseos aéreos de sillas, mesas, panderos y acor-

deones. Y si el poco seso que había quedado en la mollera de D. Quijote fué bastante para hacerle ver "lo exaltado de la imaginación de Sancho," no sé qué cantidad de materia gris debe quedar en los cerebros de algunos para no ver con claridad el poder de la fecunda imaginación del doctor Lapponi y sus secuaces al hacernos la descripción de los que vieron en la imaginaria seance o moderna Cueva de Montesinos

Carlos M. de **HEREDIA, S. J.**

NOTA DE LA DIRECCION.—Ningún lector sensato entenderá que el autor sostenga que el demonio no pueda valerse, con permiso especial de Dios, de las cosas de la naturaleza para sus prestigios, como en principios no debe negarse por los católicos, que pueda valerse de un MEDIUM o de una mesa giratoria. Lo que el ingenioso autor condena es la superstición que atribuía a las brpjas cosas que tenían perfecta explicación natural en el orden común, y las mil zarandajas que se achacaban a ellas (sobre todo en países protestantes) por la ignorancia general. Tampoco el autor cree que en todo caso sabios y pueblo cristiano creyeron que los fenómenos naturales, aunque no conociesen su causa, fueran brujerías, como las tempestades ordinarias por ejemplo, sino sólo en circunstancias especiales, bien que demostrando respecto de ellas por lo común supina ignorancia.



Sección de Estudios Nacionales.

DE PSICOLOGIA NACIONAL
SAN JUAN DE LOS LAGOS

Visitar a San Juan de los Lagos en un día de sus proverbiales ferias, equivale no ya a una lección, sino a todo un **curso en láminas** de psicología nacional.

*
* *

Salí para la feria con tres días de anticipación. Ya desde México el tren iba lleno, en Querétaro quedó relleno, en Irapuato hubo que añadir catorce coches, no exagero; en Silao aquello fué el disloque y en León el despiporren. Desde ahí ya no se habló de boletos, ni se hubieran podido cobrar, ya no hubo tampoco coche de primera ni de segunda, todo era quinta o sexta y ríanse ustedes de la confraternidad mundial....

Aquello fué tomando rápidamente carácter y colorido.... ¡Venga mi libreta!—"No **arrempujen**!, decía un ranchero gigantesco, al mismo tiempo que **arrempujaba** como un tank inglés, con un chiquihuite cargado de fruta que llevaba por delante......

Por todas partes se oían voces, unas de ataque, otras de defensa. ¡Búyganse!, gritaba un fronterizo..... ¿Luego, pues, por qué me **machuca?**...... **Aquihoras** lo **machuco**, hablador! Haste **tantito payá**...... Yá porque son **catrines!** etc., etc.

Entre tanto y mientras el tren no marchaba, estaba en todo su apogeo el **alto** comercio nacional, desde lo **alto** de las ventanillas. Los de fuera: ¡Aquí está el pollo.....! ¡Aquí están las buenas limas!..... ¡Las de Celaya.....! ¡Quién

quiere pulque.....! ¡Prébelos güerita.....! ¡Me **dasté** un centavito y me paro de cabeza? etc., etc.

Los de dentro: ¿Qué tanto valen esas naranjas **siñora?** ¿A ver **marchanta** esas cajetas.....? Esto no es pollo, esto es puro **zopilote**...... ¡Y **hora** quién paga.....? ¡Estas limas están verdes.....! ¡Este **tostón** está falso.....! ¡La que está falsa es su..... tía política.....! etc.

*
* *

En esto engancharon un furgón al tren, y con el topetazo (que fué de **órdago**) medio mundo se fué de bruces contra el otro medio: llovieron **tompeates** y maletines; una cazuela de **mole** cayó boca abajo sobre un abrigo de pieles, y un pollo asado pasó de los dedos de su amo al polco del camino.

El referido choque lo sintetizó así, tres días después en su narrativa, un pasajero (un Juez de letras del interior). "Onde que **estábanos distráidos** y que enganchan un furgón y que **jalan** y que nos **avientan** y que **¡purrúmbale! ay nomás nos juimos de puritita boca.**

Cuando yo consideraba esta animación y franca alegría de los peregrinos, bendecía a nuestras peregrinaciones religiosas, lo único que saca a nuestro pueblo (clase media y sub-media) de esa tristeza y estupor que ya les van siendo característicos; tristeza y estupor que puede ir observando el pasajero en cuantos va dejando a lo largo de la vía. Y de igual manera pudiera observarlo en todo lo ancho de nuestra patria, porque es la patria de los tristes y de los oprimidos.

*
* *

Ya en marcha el tren, no podía percibirse distintamente frase ninguna, sino sólo el murmullo general en tal o cual interjección o el chillar de algún niño o una de esas carcajadas de las típicas del bajío o del mero Guadalajara. Más a poco, rompióse esa vaguedad fónica, con el torrente de una voz humana de aquellas que Guzmán de Alfarache llamaría "voz de bóveda" por lo autorizado y sochantresco, aunque con un ligero tinte de gangosidad nacional. Era la voz del Padre Nicolás (**Nicolasum** le llamaban sus parroquianos). Había su-

bido en Salvatierra con su peregrinación, que constaba de novecientos ochenta y cinco feligreses, sin contar piantes ni mamantes. Tipo era el padre Nicolasum, de nuestro benemérito clero nacional, honra y gloria del alto mestizaje, compuesto admirable de abnegación, piedad y respetable sencillez. Tenía mucho ese buen párroco del cura Morelos, sólo que llevaba guarda-polvo color de perla, mascada **moradita** y blanca y una capa española como para veinticinco.

Una de las pruebas del respeto nacional al sacerdote en México es que a nadie se le ocurre reirse, cuando las usa un sacerdote, de indumentarias **tan heterogéneas tan peregrinas y tan cursis** como son de ordinario las que usan nuestros venerables cleros: rural y urbano, secular y regular.

*

* *

El Rosario fué rezado por todos, peregrinos y no peregrinos, **payos y catrines**. Un carrancista tuvo también que **apearse** su antipático sombrero tejano y su gorra inglesa el agente viajero catalán que "gana su **cuarentitrés per cent** de las **fábrecas de Furfuñat y Carambolet en la comisió de pañes y otres novedats.**" Por supuesto que también vinieron abajo, todos los **huicholes** y **petatería** de la **leperocracia** católica mexicana. Así de los de dentro, como de los que iban arracimados en los estribos o sobre los techos de los carros, por aquello que **masquenos mójenos y masque nos asolienos.**

En medio de la calma (muy relativa por cierto) en que se deslizaba el rezo, hubo una interrupción estrepitosa, (vulgo, **mitote**). ¡Los **descomulgados**, allí van los **descomulgados**!, gritó uno desde la plataforma y todos se asomaron cuanto pudieron para ver a los famosos **descomulgados** y sobre todo para **echarles los perros**. Eran estos agraviados, una cuadrilla como de hasta cincuenta entre hombres y mujeres, más de éstas que de aquéllos. Al cuello y en el sombrero a manera de toquilla. llevaban unas cintas de amarillo y negro, y según me dijeron (yo no lo ví) unos escapularios polícromos de signos supersticiosos y estrambóticos. Eran en efecto esos infelices, un grupo de fanatizados y ligados en prácticas supersticiosas por un cura rebelde, justamente excomulgado y suspenso. Porque el año anterior no les habían admitido en el Santuario de San Juan de los Lagos, este año juraron que habían

de entrar. También ellos interrumpieron su rosario para "responder" a los del tren con frases igualmente enérgicas e igualmente nacionales.

El padre Nicolasum se mordió los labios, se lamentó **sotto voce** de que ya la habían "alborotado la caballada," más luego se rehizo, **se fajó** y cortó en seco el escandalito, gritando como un cañón: "¡Toda eres hermosa Reina de los Cielos!— ¡Como que eres Madre del Divino Verbo!, respondimos todos, y punto final.

A poco del "**Bendito y alabado**" asomóse el conductor, quien con tono y acento seudo-yanque (aunque él tenía un colorcito y unas narices más nacionales que las de Chimalpopoca) nos gritó "Sanche Marrie," quería decir que ya estábamos en la estación, terminal para nosotros, de Santa María. Oye, Sánchez, que te morías, dijo un chusco refiriéndose al "Sanche Marrie."

*

* *

Ya no hubo tiempo para reir el chiste: se trataba de bajar y a lo mexicano, lo más pronto posible, aunque no hubiera necesidad, y con las mayores incomodidades propias y ajenas. Las escenas de la subida se quedaron chiquitas al lado de las de la bajada y más que éstas se acrecentaban por ser "en las tinieblas de la noche oscura."

Como perros desatados de la cadena, arrancaron, repletos de pasaje, docenas de automóviles, menos el mío por no dar yo con un buen amigo que en la estación me esperaba. Al fin salimos los últimos y me alegré de ello, porque no deja de tener su poesía eso de caminar en un automóvil solitario, en noche cerrada, a carrera abierta y en campo..... abierto iba yo a decir, pero no fué tanto, porque luego se nos empezó a cerrar el camino, y a embarrancársenos en forma muy temerosa. Mi compañero y amigo parecía que procuraba hacerla aún más espeluznante e infundirme pavor. Aquí, me decía señalándome un despeñadero, se derrumbó un español y por eso le llaman la cuesta del **gachupín**; allá mataron a uno "cuando las diligencias;" en ese cerrito que está a la izquierda, ahorcaron al famoso padre Torres..... Mi corazón, ante tales na-

rrativas, se me iba arrugando como una pasa, como cuando allá en mi niñez, mi nana Gertrudis me contaba de aparecidos y de **afusilados.**

*
* *

Como por encanto se me desarrugó y esponjó el referido músculo, cuando al doblar de un altozano apareció de repente única en la negrura de la noche, como dibujada en el aire, como luminosa visión profética, la encantadora basílica de San Juan de los Lagos. Es que para ese día iluminan todas las principales líneas del edificio, esbeltas por cierto y valientes y elevandísimas. ¡Cuantas frases y versos y cantos se me vinieron entonces a los labios!..... Dominaba entre todos aquel fragmento litúrgico, **beata pacis visio quae celsa de viventibus saxis ad astra tolleris.**

Ciudad visión de paz, que te levantas
Cual arrancada de las piedras vivas,
A la región de luz de las estrellas......

No hubo tiempo ni para media docena de coplas. Chufla que chufla, nuestro elegante carro ''Buick,'' nos metió cuando menos lo pensamos, en una región singular que yo bauticé ahí mismo con el nombre de región ''de los relinchos,'' así como ''de los rebuznos'' a la inmediata siguiente, porque los unos y los otros henchían sus respectivos espacios, y todo como si fuera obra de encanto, porque las tinieblas ocultaban perfectamente a los editores responsables. Ya habrán caído en la cuenta nuestros lectores de que nos referimos a los potreros cercados, donde se guarecen las innumerables bestias, procedentes de todo el país y objeto de los más pintorescos y más lucrativos cambalaches de la feria. Uno de estos potreros se llama el ''de los texanos,'' desde tiempo inmemorial, porque ahí se refugiaban las grandes muladas de Texas.

*
* *

Al mínimum de máquina y menudeando cornetazos, pasamos entre dos largas filas de durmientes, pero de verdaderos

durmientes, seres humanos que dormían ¡y qué bien dormían todos ellos! ¡Qué sueño tan plácido el de un peregrino al pie del Santuario de sus amores!

Cuarenta y dos mil peregrinos fueron a visitar a la Santísima Virgen en su Santuario de San Juan de los Lagos el día 2 de febrero de 1922. Todo el pueblo se convierte en hotel y todas las banquetas en camas, donde a distancia de pocas pulgadas, uno tras otro roncan y duermen los peregrinos, "hasta que les chifla el guarda" y parece que lo hace a eso de las 4 de la mañana. En la plaza mayor el espectáculo era todavía más notable, porque alrededor del kiosco (uno de los mejores de la República) yacen los durmientes en siete u ocho círculos concéntricos. Vistos desde la altura, parecían un inmenso florón humano.

*
* *

Cuando a las 6 de la mañana del día dos, penetré en el Santuario de la Virgen de San Juan de los Lagos; por unos momentos me quedé dudando si estaba yo dormido o despierto. Era muy nuevo para mí lo que tenía delante.

Eso ya no era reunión ni multitud, era..... un ensayo de cómo podían caber cuatro mil hombres en un sitio donde difícilmente pueden acomodarse mil quinientos. Era una tempestad de sombreros de palma que levantaban en alto sus dueños, era también un espécimen del poco sentido de organización que preside en nuestros templos, **ubi nullus ordo**...... etc.

Más extraordinario aún me pareció, una especie de lamento larguísimo con que invocan a la Virgen. Dicen que es un brote de piedad y que no se puede suprimir. ¡Ojalá, que se pudiera!

Ya más cerca, pueden percibirse las plegarias a voz en cuello, que, medio cantando, medio llorando, hacen los peregrinos, con su alarido por supuesto, a vanguardia y a retaguardia. En sí mismas ya serían más aceptables y aun laudables, esas súplicas, sobre todo si algunos de los recitantes fuesen más discretos y menos chavacanos.

Una vieja, en esa forma y gritando como si la Virgen fuese sorda, da cuenta de que su marido "es **mu** borracho y **mu pegalón** y **mu rediatiro**" y que cuando llega del trabajo "**no más consterna y consterna**" ¡ay! ¡ay! ¡ay!.... y aquí se re-

nueva el alarido hasta que se le acaba el resuello. El marido por su parte, cuenta horrores de su digna, discreta y casi fiel consorte, con lo cual ya se considera a su vez con derecho a emitir su correspondiente berrido de 32 segundos. Entre tanto la hija de ambos, se deshace en vituperios (por supuesto, deprecativos) contra un Margarito que la dejó plantada, aunque a poco se arrepiente y humildemente lo atribuye a que ella es muy **resongona y retobada** y muy **maldicionera** y muy **malmodienta**, etc., etc.

*
* *

Afortunadamente todas esas rarezas y ridiculeces (que describimos para que se corrijan) desaparecen como en un mar, en el de verdadera piedad que redunda en el devotísimo Santuario.

De todos esos lunares de abajo yo me olvidé por completo al levantar los ojos y examinar las facciones de la Imagen tan hermosa y venerada. ¡Qué espontáneamente acudieron entonces a mis labios aquellas frases de cierto poeta colombiano!

¡Absorto, mudo quedo,
Mirándote feliz extasiado
Una hora y otra hora,
Y abandonar no puedo
El sitio que me tiene encadenado
Donde la Virgen de mis ansias mora.....!
No me canso de verte Madre mía
¡Astro, visión de amor, todo ¡oh María!
Todo lo bello que hizo Dios, estrella,
Luz, serafín, eso eres...... toda bella!

*
* *

En la sacristía y adjuntos, hierve también el espíritu de los peregrinos. Una pobre anciana frente a un venerable sacerdote, va desatando poco a poco siete nudos de un extenso **paliacate.** De cada nudo un reluciente peso. "No son míos padrecito, dice desde luego, yo soy muy **probe**, son encarguitos que traigo de mi tierra, porque **áy verasté** que yo soy de Tezontepé

y me vine a pie, por una manda a María Santísima, para que me parezca mi pobrecito hijo de mi alma que se fué con la tropa y **quén sabe onde me lo haigan llevado.**'' Pone después las relucientes monedas en manos del capellán, cada una con su adjunta verídica relación: ''Esta es del señor cura de mi pueblo, para que se le digan de misas, por el **dejunto** don **Lión** el de la botica. Este es de don **Trenidá**, para que se le quite el mal de **óidos**. Este es de **Socorrita** la **mitá**, y la **mitá** de **Salú** su hermana. Este es de don Sacramento, el velador y que si le perdona **osté** la manda que hizo de venir a pie y **maniado** que porque tiene **la reuma** que **diatiro** no lo deja caminar, etc.''

Después de haberle dado el señor Capellán las oportunas prudentes respuestas, recibióle aquel dinero para el culto de la Virgen y para sus pobres. Por este último título quiso dar dos de aquellos pesos a la fiel protectora que bien los necesitaba a juzgar por sus harapos. Ella con un gesto noble y cristiana humildad los rehusó; no quiso recibir ni un centavo. Entonces (quién sabe por qué sería) yo pensé en la humana **coyotería** que se arrastra a lo largo de la calle de Isabel la Católica.

*

* *

Después del desayuno salí a recorrer la feria. No podía ser más pintoresca ni para mí más simpática la perspectiva que me recibió, como que mi zaguán daba a la calle destinada a los productos de Michoacán y yo quiero mucho a Michoacán. Ahí estaban por de pronto varios centenares de bateas de Uruápam; a mí se me van los ojos tras esas bateas y me quedo largo rato mirándolas. Es que en ese fondo negro, como el manto de D. Vasco de Quiroga y en sus flores que se me antojan las del sepulcro de Huicimégari, yo leo muchas páginas de arte, de historia y de psicología nacional.

Frente por frente y todo a lo largo de la calle, rubicundos y flamantes reverberaban los cazos de Santa Clara de Cobre. Las jaleas de Zamora; los quesos de Cotija; las setenta y siete variedades de ''ates'' Morelianos y hasta el pescado fresco de Pátzcuaro, auténtico seguramente, según era de michoacano el acento del que lo pregonaba, con la recomendación, por cierto, de que ''ya se le quitó la baba y la **jediondesum**'' (hediondez).

Más allá están los alfajores de coco de Colima; semejan un jardín de rosas gualda y blanco y otro jardín fantástico de oro y plata, los calabazates tapatíos en forma de pez, de corazón, de botas, de rosetón.... y de qué no?

Más pintoresco era todavía el departamento de los sarapes, verdadero emblema del arte mestizo, interpretaciones indígenas de la idea mudejar.

Adelante están las calles de la fruta fresca, de la fruta seca, así como la muy concurrida de la carne de puerco que da carácter a la feria. Por eso un ranchero, preguntado sobre sus impresiones acerca de la feria, las sintetizó con espontánea ingenuidad, diciendo que aquello era "un **demonial** de padres y una **gloria** de carne de puerco."

Los mercilleros que ocupan buena parte de la plaza, son de los vulgares y bien prosaicos que se pueden ver donde quiera, revendiendo la pacotilla turco-sirio-libanesa que, por tantos motivos, ya nos tiene reventados.

Algo más poéticos eran aquellos mercaderes ingleses de peluquín empolvado, tricornio, casacón y cascadilla que desde fines del siglo XVII, hasta poco después de la Independencia, iban en gran número a la feria de San Juan de los Lagos a realizar su mercancía y a proveer por su medio, cuanto de agujas e hilo se consumía en nuestro Norte y Poniente.

Porque es de saberse que esta feria es de la más antigua que hay en la historia de nuestra civilización. La Sagrada Imagen de María Santísima, que dió y sigue dando razón de ser a este extraordinario movimiento religioso y (per accidens) comercial, fué llevada al entonces miserable poblezuelo de San Juan, por el venerable misionero franciscano Fray Antonio de Segovia, hacia el año 1560. Olvidada y empolvándose, estaba en un rincón de la sacristía (año de 1623) la santa imágen, cuando por motivo de un portentoso milagro que Dios quiso hacer por su medio (la resurrección de una niña), la estatua fué renovada y honrada desde entonces con culto creciente. Hay muy buenos documentos para afirmar todo esto.

En la actualidad y a pesar de los malos tiempos porque atravesamos, concurren alrededor de cincuenta mil peregrinos, viniendo hasta de Guerrero y de Tampico, de la alta Chihuahua y de la Sierra de Puebla......

Feria "por Real Orden," lo es desde el siglo XVIII, según Real Cédula, (se nos dice que es de Fernando VI)., que

gustosamente publicaremos en esta misma honorable revista, cuando acabemos de encontrarla en el Archivo Nacional.

Mas prosigamos nuestro recorrido. Peste de las ferias y en general de la vida humana, es el juego de azar. ¡Lo condeno, lo detesto, lo vitupero! Pero...... no puede negarse que **su presentación** mayormante en las ferias, da mucho de sí **para** estos nuestros afamados estudios de etoplástica.

Doy de manos a boca con un carcamán o lotería de figuras, pintadas éstas en una amplia cuadrícula sobre hule negro. Por lo infantil y por lo grotesco, nos llevan a pensar en los tableros de los códices Borgia y Telleriano, **perpetrados** ocho siglos, atrás, por los legítimos ascendientes del artista **carcamanero.** Dos docenas serían de tales figuras, y cuatro de ellas a favor del tahur. Era este un lépero en toda regla, pero bien vestido y bien comido, claro está, y bien fajado con una **víbora** repleta de puros Aztecas. Con un bocerrón de los de ¡viva Juárez! y casi siempre en octosílabos sueltos, pregonaba según iban saliendo (por pura "suerte") las cartas correspondientes a las referidas figuras. Verbigracia: "El enano chicas corvas," "El que le cantó a San Pedro." "El Perrito **cuispintillo.**" "La catrincita borracha." "El **tígere**," La cobija de los pobres" y con cierta emoción y solemnidad patriótica, "El águila **rial** mexicana." Las cartas del tahur, que eran dos muertes y dos diablos, tenían infinidad de nombres, no todos de lo más decente, pero apenas se escuchaban por la estrepitosa acogida con que desde su primera sílaba los recibía el público, derrotado. Para consolarlos y a expensas, claro está, del tahur, había en cada casilla, cantores y cantatrices a granel, de todos los timbres y tonos, pero todos ellos malos, aguardientosos y gangosos. En cambio, eran típicos. Otra vez nos ocuparemos más de estos cantores. Ahora tenemos que dejar la serie y volver al Santuario que ya va a empezar el sermón.

Las impresiones del público durante el sermón, más que **impresiones,** fueron **opresiones** de costillas, de sombreros, de callos y de todo lo que se puede oprimir y magullar. No creo posible que entre tales gritos, apretones y general inquietud, pueda entrar en provecho ni aún siquiera oirse, frase ninguna del predicador. Dicen que ya desde el año que viene se va a poner remedio a tamaños males.

El predicador no tuvo muchas impresiones; tuvo una, una sola, que condensa todo lo que se vé en las ferias: pueblo y

raza que a tantos trabajos se lanza por amor a la Madre de Dios, que tanto espera en Ella y tanto la quiere, no puede menos de tener todavía sus raíces muy bien afianzadas en el orden sobrenatural. Es todavía un árbol que, bien podado y regado y enderezado, dará mucha flor y muy dulce fruto, todo el que puede esperarse del **pius credulitatis affectus** (piadosa afición a crecer) de que hablan los teólogos, bendecido por las manos Santísimas de María.

J. M. RIOS CASANUEVA.

PRIMER ANIVERSARIO DE "AMERICA ESPAÑOLA"

Con este número se cumple un año de haber fundado nuestra publicación y por ello damos las gracias efusivamente a la Divina Providencia, mostrando nuestro reconocimiento hacia suscriptores y colaboradores.

Un pequeño esfuerzo de unos y otros, alguna activa propaganda más en toda la república y sobre todo en esta capital, darán por seguro resultado que nuestra publicación perdure y así, aunque hoy por nuestras deficiencias tenga tantos huecos y en ella se observen tantas faltas, podrá llegar a ser andando los años y mejor dirigida, una verdadera institución social que pueda ilustrar la opinión pública en cosas más altas que en la que se ocupa cuotidianamente la prensa de mera actualidad.

El índice correspondiente a todo el año lo publicaremos en el número próximo por habernos sido imposible hacerlo ahora, y hemos adoptado en la paginación la numeración corrida, como algunos magazines de otras partes, para que el suscritor, a voluntad, divida el volumen del año en el número de tomos que le parezca más cómodo y conveniente.

Como el lema propuesto por el Illmo. Sr. Fulcheri y Pietra Santa, es tan elocuente por expresar de modo muy gráfico

nuestras tendencias y aspiraciones, ya lo hemos adoptado en la portada y esperamos que nuestros lectores encuentren en él, expresada mejor, la índole y temperamento de una publicación que queremos se identifique con sus ideas y aspiraciones.

MEJICO—ESPAÑA—ROMA,

es divisa que revela nuestro patriotismo; por causa del mismo, nuestras ligas con la tradición secular y la herencia adquirida, y por razón de la fe, nuestra sumisión incondicional a la Cátedra Infalible de la verdad religiosa y moral, faro único de la humanidad entera.

LA DIRECCION.



M. León Sánchez, Sucs.—Méx.

AÑO II. 15 DE MAYO DE 1922. NUM. 26

América-Española

MEJICO - ESPAÑA - ROMA

Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española y a la propagación de todo linaje de cultura en Méjico.

COLABORAN EN ELLA PROFESIONALES MEJICANOS Y ALTAS PERSONALIDADES DE OTROS PAISES

PROPIETARIOS: LICS. FRANCISCO Y JOSE ELGUERO

Director responsable: Lic. Francisco Elguero. Subdirector: Lic. José Elguero

Administrador: Francisco Vaca Zavala

URUGUAY 40, DESPACHO 11, MEJICO, D. F.

SUMARIO

EJEMPLAR $ 0.75

Año. II. 15 de Mayo de 1922. Num. 26

América-Española

Revista Quincenal

Destinada al estudio de los intereses de la Raza Latina en el Nuevo Mundo.

Registrada como artículo de 2a. clase en las Oficinas de Correos de la Ciudad de Méjico, con fecha 19 de abril de 1921, bajo el número 16448.

Sección Jurídica.

Las Leyes de Reforma y la Beneficencia Privada

(Expresamente para "América Española".)

Uno de los efectos más lamentables que produjeron las Leyes de Nacionalización de Bienes Eclesiásticos, comenzadas a dictar por Juárez en Veracruz en 1859, ha sido la extinción en México casi completa de una fuente de caridad que todos los gobiernos deben resguardar procurando solícitamente el aumento de su riqueza. Hablo de la Beneficencia Privada, floreciente en tiempo del gobierno español, que ya después de la independencia comenzó a sufrir mengua y estorbos y a la que el atentado constitucional de Juárez verificado en Veracruz, porque realmente nada pugnaba tanto como ese desafuero contra la Carta enarbolada como bandera por el falso Benemérito, vino a dar el último golpe extinguiéndola por completo.

En mi libro sobre las Leyes de Reforma que intitulo "Historia y Crítica de un Atentado Constitucional", cuya publicación haré próximamente en esta Revista, estampo lo que sigue cuya sola exposición me parece bastante para persuadir a los discretos.

"Y si le quitáis a la Iglesia el derecho de adquirir todo

linaje de bienes inmuebles y poseerlos al sol de Dios, acabaréis por extinguir en México la beneficencia privada. No haré muchos esfuerzos por demostrarlo.

La mayor parte de las donaciones fuertes consistían en capitales destinados a perdurar; se hacían por testamento, pues los vivos dan poco, y cuando aquéllas se verificaban en dinero, era para imponerse sobre inmuebles, porque el testador, cuando quiere fundar una obra duradera, teme los peligros que corren los capitales flotantes.

Pues bien, no pudiendo los particulares dejar a la Iglesia sus bienes en forma de raíces o de capitales impuestos o por imponer (27), se abstienen de hacer legados en sus testamentos y poquísimas veces confían la realización de buenas obras a manos de particulares, que a menudo no cumplen con el codicilo.

Allí está el gobierno, dicen los liberales, el honrado gobierno (que despojó el Clero, violando la voluntad de los muertos que dejaban sus bienes para objetos determinados), allí está para cumplir muy puntualmente la voluntad de otros muertos.

El público indefectiblemente ha creído otra cosa, y así como en la época de las riquezas del Clero abundaban las donaciones para toda clase de buenas obras, cesaron aun en tiempo de don Porfirio, porque albacea fiel y gobernante, en México, son dos cosas que no se compadecen.

Allí tenéis el caso de don Francisco Somera, un aristócrata riquísimo de la capital de la República, muy culto, extraordinariamente culto y profundamente experimentado. Quiso dejar en su testamento algunos millones a la beneficencia, pero no podía confiarlos al Clero, no quería entregarlos al gobierno, aunque era el ordenado y respetable del general Díaz, e instituyó legatarios a las obras de beneficencia española, americana y francesa de la capital.

El Clero era muy buen albacea, y ahora ya no tienen los muertos quien cumpla fiel y cristianamente sus piadosas determinaciones.

La ley de beneficencia privada hecha en tiempo de don Porfirio, y cuyas bases se deben, si no me equivoco, al jurisconsulto Pallares, pudo haber remediado el mal; pero el espíritu burgués de Limantour, hijo éste de un insigne adjudicatario, sin que el buen criterio de don Porfirio lo pudiera impedir, se deslizó dolosamente en la letra de la disposición, y

resultó que los privilegios concedidos por ella no podrían ser aplicables sino a instituciones laicas. De tal cosa resultó desde luego que no pudo ser considerado como obra de beneficencia un colegio para eclesiásticos (28).

La beneficencia privada se esteriliza; el rico se aleja del sacerdote porque teme verse envuelto en denuncias y procesos por ocultación de bienes, lo que es contrario a la libertad religiosa, pues la ley se convierte de un modo muy indirecto, pero muy eficaz, en propagador del ateísmo y la indiferencia; y el Clero no puede hacer sus obras de instrucción, propaganda y enseñanza, sólidas y duraderas.''

*
* *

Escrito mi libro, leí con mucho gusto y provecho el precioso informe redactado por el insigne don Joaquín García Icazbalceta y presentado al Emperador Maximiliano por don José María Andrade, en 1864, acerca de los establecimientos de Beneficencia y Corrección de la capital del Imperio, informe publicado en 1907 por nuestro distinguido colaborador don Luis García Pimentel, hijo de aquel eminente polígrafo.

De esa pieza importante tomo los siguientes párrafos que demuestran cuánto debió a la Iglesia la Beneficencia Privada, cuánto dañaron los gobiernos esa fuente de caridad y de riqueza, y así no extrañará el atento lector, que Juárez con sus desafueros de Nacionalización haya venido a cegar un venero que como río de oro, de piedad y de consuelo fecundaba toda la República.

*
* *

FONDOS

''(Pág. 77). Difícil sería figar de una manera exacta el monto de los bienes que los establecimientos de beneficencia poseyeron en sus mejores días; mas nadie duda de que llegaron a una suma muy cuantiosa. Investigar cómo llegó a formarse esa masa de bienes, y el camino por donde fueron disminuyendo gradualmente hasta desaparecer, como han desaparecido, debería ser materia de un estudio no menos útil

que interesante. Mas sin emprender un trabajo tan extenso, bien puede asegurarse que la fuente principal de esa riqueza estuvo siempre en la Iglesia, y que la caridad privada la acrecentó considerablemente. El Estado, por desgracia, no figura como autor de tantos beneficios, y ojalá su papel se hubiese limitado siempre al de simple espectador de los esfuerzos de la caridad ....

(Pág. 80). Si me fuera dado trazar la historia de los demás establecimientos de beneficencia y de enseñanza que existen en el país, vendríamos a encontrar en casi todos el mismo origen: la Iglesia. Así devolvía ella al pueblo lo que de él recibía, y jamás hubo uso más noble de la riqueza. Así se empleaban unos bienes que califican de mal habidos y peor aprovechados, los mismos que no sintieron escrúpulo en apoderarse de ellos por el décimo de su valor, y que de seguro jamás prestarán a un agricultor ni levantarán un hospital.

El producto natural de esos crecidos fondos, las ofrendas continuas, y el aumento sucesivo de las rentas por la imposición de los sobrantes, vinieron a formar con el tiempo capitales tan considerables, que pudieron resistir durante un siglo entero a los desastres de la revolución y a los incesantes ataques del poder civil. Ya desde el último tercio del siglo pasado, ocupaba el gobierno los bienes de los jesuítas, y después de recoger tan grandes riquezas, se hallaba en nuevos puros. Para salir de ellos tomaba fondos de los establecimientos de beneficencia, siempre que se presentaba la ocación, ofreciendo pagar sus réditos, lo que no cumplía. La guerra de la independencia fué luego causa de que muchos capitales se perdiesen con la ruina de los que los reconocían, o por lo menos fué imposible cobrar los réditos por largo tiempo, y al fin se condonaron. El gobierno español continuaba entretanto tomando cuánto podía de esos mismos bienes en clase de préstamo, para cubrir las atenciones de la gurra. En 1820 la extinción de las órdenes hospitalarias hizo entrar en las arcas públicas sumas crecidas, y dejó sin recursos a muchos hospitales. Hecha la independencia, los gobiernos que se fueron sucediendo apelaron constantemente al arbitrio de pedir préstamos al clero, y para cubrir la suma señalada, tocaba siempre alguna parte a los establecimientos de beneficencia. Estos pedidos se fueron haciendo cada vez más frecuentes y cuantiosos, conforme crecía el desorden en la hacienda pública.

Vino al fin la ley de 25 de junio de 1856, primer ataque di-

recto a la propiedad de la Iglesia, y preludio de los demás que se fueron sucediendo. Mucha parte de los bienes de la beneficencia consistían en fincas urbanas, que por consecuencia de aquella ley pasaron a otros poseedores. Quedaron éstos por lo pronto reconociendo el valor que se les fijó por la ley; pero es sabido cuán inferior fué al verdadero, no sólo por lo módico de las rentas que sirvieron de base para calcularlo, sino mucho más por el sistema de remates que se adoptó. De modo que las casas de beneficencia no sólo perdieron la propiedad rural de sus fincas, sino que los censos que les reemplazaron no llegaban con mucho al valor de ellas. Y todavía los censatarios no cumplían por lo común con la obligación de satisfacer el rédito.

Las leyes de expropiación general del clero, dadas en Julio de 1859, respetaron todavía los bienes de beneficencia; pero no podía dudarse de que antes de mucho quedaría allanada la débil barrera que aun los defendía. Así fué que no faltaron contratos en perjuicio de ellos, hasta que por último, a mediados del año de 1862 se apoderó el gobierno de todo, distinguiéndose precisamente esos bienes sagrados por el vil precio a que fueron vendidos, y la iniquidad de los contratos a que dieron materia. De ese modo el Estado absorbió al fin por completo esa riqueza de los pobres, y destruyó la obra levantada por el clero y los fieles con tanta constancia como desprendimiento.

Tal es la verdad de los hechos; contra su inflexible lógica no hay sofisma que prevalezca. El espíritu de partido no debe cegarnos, y si hemos de avanzar por senda recta y segura, es preciso abrir los ojos a la luz de la verdad, por más que su brillo nos ofende a veces. Todo mal tiene por origen algún error, así como todo bien emana de una verdad. El supremo gobierno (el del segundo Imperio) así lo ha reconocido, ordenando con gran justicia la revisión de los contratos sobre bienes de los establecimientos de beneficencia. Ya que el mal no es completamente reparable, la revisión hecha con estricta justicia, servirá de mucho para atenuar sus funestas consecuencias, y proporcionará algún alivio al gobierno que ve con pena pesar hoy sobre él la grave carga que antes otros llevaban alegremente.''

Hasta aquí el insigne señor García Icazbalceta.

Nos proponemos aprovechar esos párrafos y tal vez otros del mismo excelente Informe, como apéndices de nuestro libro

histórico, pero desde luego anticipamos su publicación para regalo de los lectores de "América Española," regalo decimos en el orden de la erudición y de la historia, que en el de la moral y el sentimiento patrio nada es tan a propósito para lastimar y estrujar el corazón de los buenos.

No dudamos de que por excepción perduren instituciones de beneficencia privada, ajustadas a la hábil y previsora ley de Limantour; pero en primer lugar, como lo expreso en mi libro con suprema amargura, éstas deben ser exclusivamente laicas, dado el espíritu jacobino de esa ley poco generosa, y en segundo en una serie indefinida de años difícilmente se hallarán patronos que tengan las condiciones de miembros de una institución tan sólida, tan honrada y tan respetable como la Iglesia.

Napoleón al discutirse el Código Civil, tropezo con el proyecto repugnante de la supresión de la adopción de hijos, derecho respetado por las legislaciones antiguas.

Portalis, gran jurisconsulto, pero filósofo nulo, político miope, legislador insuficiente, de los que creen que la ley nunca ha de tomar en cuenta sentimientos, instintos ni otras mil circunstancias concretas sino sólo principios abstractos, quería se borrara del proyecto del Código Francés el título VIII del libro I que se refiere a la ADOPCION, pero el Emperador, después de oir al jurisconsulto y a sus colegas quienes opinaban unánimemente como el sabio, exclamó: "A pesar de todos esos inconvenientes, la ADOPCION debe subsistir en Francia porque brota de un sentimiento noble y generoso que baja del cielo como el rayo, **comme la foudre.**"

Compare el lector la conducta de Napoleón con la de los jacobinos de 59 que sin tener de su parte conocimientos jurídicos ni concepciones científicas, atropellaban las instituciones de caridad más caras y más benéficas al pueblo para no substituirlas ya nunca, nunca, nunca!

Lic. Francisco ELGUERO.



Sección de Crítica Histórica.

La Popular España de Martín Hume [1]

(Dedicado a "América Española.")

PRIMERA PARTE

Bien sabido es que pocos libros habrán alcanzado tanta popularidad como la que obtienen las obras históricas del inglés Martín Hume en los países de habla española. Su autoridad no es menor que su popularidad. Esto debe decirse, sobre todo, de la **Historia del pueblo español**. Fuera de nuestros países y del radio de nuestra lengua, la **Historia del pueblo español** ejerce quizá mayor influencia y es leída con un interés todavía más apasionado.

El libro capital de Hume merece esta difusión por las cualidades que lo avaloran. Está escrito con una rapidez, con una viveza y con una claridad, que acercan la obra a la perfección ideal en materia de resúmenes narrativos abreviados. La dis-

---

(1) De la excelente revista de Santander "Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo," tomamos el siguiente artículo que publicaremos en dos partes, por causa de su extensión, y que constituye una vigorosa defensa de España, hecha por la pluma ágil y experta del que es ahora uno de los primeros de nuestros polígrafos, maestro en todo linaje de cultura y erudición, Lic. D. Carlos Pereyra.

Como esa revista no circula en América y hasta su existencia nos era desconocida, reproducimos ese artículo como inédito y lo presentamos dedicado a "América Española," porque así lo ha querido su autor.—**La Dirección.**

tribución de las materias es también muy feliz, y salvo la brevedad precipitada del relato en los últimos capítulos,—defecto que compensa la existencia de un tomo destinado al siglo XIX por el mismo autor—, puede considerarse la **Historia del pueblo español** como un modelo de compendios.

Pero la obra tiene todavía mayor alcance del que suele concederse a un buen manual de estudio o entretenimiento.

Por mucho que quieran imaginarlo, será en general muy difícil que los individuos de nuestra raza formen una idea cabal de la significación que tiene este libro. Sólo puede apreciarse su importancia siguiendo el rastro de los conceptos históricos que ha dejado en el espíritu de los escritores de habla inglesa.

Al emprender su obra, el coronel Hume no se propuso hacer ante todo un compendio de fácil y amena lectura. Lo animaba un fin, realizado acaso más allá de su ambición. Quería dar una clave explicativa de la historia de España, y fundar una escuela de interpretación. El mismo lo declara con la más cruda franqueza: "Este libro ha sido escrito, no con la idea de invalidar y sustituir las historias ordinarias, sino con la idea de completarlas y explicarlas."

El resultado ha sido no sólo el haber completado y explicado las historias ordinarias, sino que prácticamente las ha invalidado y las ha sustituído para los países anglosajones, y en parte para los que leen francés. Cuando alguien pretende estudiar el pasado español, Martín Hume se presenta, con la irresistible insinuación de España, del guía oficial en los apeaderos de las ciudades históricas. Su método expositivo, que es verdaderamente grato para lectores poco atentos al fondo de las cuestiones, capta la simpatía. El autor logra fácilmente desautorizar a otros mentores. Gana, pues, la batalla de las ideas antes de librarla, anticipándose en el terreno de la fascinación y del halago. ¿Para qué estudiar otros libros si el de Hume encierra cuanto ha de saberse útilmente sobre España, y si proporciona además la clave explicativa de los acontecimientos? No sólo hablan así los lectores que compran una historia de España para llenar los ocios del verano, recreándose en los esplendores de Almanzor y en las negruras del Escorial. Hablan así el historiador, el viajero y el corresponsal de los grandes diarios londinenses o neoyorquinos, todo el que con una pluma en la mano, necesita improvisarse hispanista para tratar de España o de América Española.

Las páginas se suceden; el lector está cautivado. Y más lo seduce aún, más lo domina la repetición de los conceptos en la **historia razonada** que hace Hume de **su España.** Nos gana por la pereza el que nos enseña sin rigores mnemotécnicos. Nos gana por el mismo arte el que nos excusa esfuerzos de pensamiento.

Y esto último es principalmente lo que caracteriza a Martín Hume. Su magia no se funda tanto en el relato como en la parte lógica, en la economía de esfuerzo cogitativo con que el lector ve resueltos los abstrusos problemas históricos españoles, mediante una fórmula de la más simplificada unidad.

Toda la España de Martín Hume,—la España guerrera, la España conquistadora, la España fundadora, la España artística, la España moral—, se encierra en su fórmula: no hay pueblo español. El autor, es verdad, llama a su libro **Historia del pueblo español.** En la portada anuncia que trata del **origen, desarrollo e influencia de los españoles.** Pero no hay tal pueblo español. Con el título, **pueblo español,** se hace una parte del sortilegio. Pocos lectores tendrían un libro que se llamara simplemente **Historia de España.** ¿Pero hay algo más sugestivo que una **historia del pueblo español?** Y luego, estas palabras: **Su origen, desarrollo e influencia,** ¡hablan tanto! Una vez iniciada la obra de la captación de voluntades, se consuma con este otro golpe magistral: No hay pueblo español, y toda la historia de España se explica precisamente demostrando que el pueblo español no existe, ni puede existir.

El coronel Martín Hume nació en España, o por lo menos se crió en España. Para mi objeto, baste saber que respiró ambiente español durante largos años. Y conociendo este hecho, me he preguntado al leer el libro, si el prejuicio antiespañol de Hume es un sentimiento británico o es el añejo antiespañolismo de los españoles pasado por el alambique de un extranjero.

Pero dejemos esto. Vamos a la tesis. O diríamos más bien: vamos al estribillo de este tratado manual. Los habitantes de España eran de antiguo bereberes en su mayoría. Todas las tinturas célticas, fenicias, grecorromanas y germánicas, dejaron intacto el elemento bereber. Cuando se realizó la conquista musulmana, ésta no fué sino una conquista africana, reafirmadora de lo existente, consolidadora de la sangre que predominaba. "La infusión de sangre puramente arábiga debió ser pequeña, porque la enorme mayoría de los invasores ha-

bían sido bereberes y otros pueblos del Atlas, de origen y tradiciones semejantes al tronco español original.'' (1)

Esto se lee en la página 170 de la obra, pero no ha habido que avanzar tanto para encontrar el concepto, pues ya en el Prólogo, en las páginas 4 y 5 del libro, vemos: ''Para España, hasta tiempos históricamente recientes, España no era una Patria; no lo es hasta el día, sino en un sentido muy limitado. La verdadera patria del español era su pueblo, o el repliege particular de los montes que formaba su mundo... Vinieron los romanos... los españoles se hicieron grandes, no como españoles, sino como cuidadanos individuales de la poderosa Roma... Pero cayó Roma, y España cayó con ella; porque no había ninguna cohesión, aparte del común orgullo político que había formado el vínculo temporal.''

Nótese el criterio del autor. La unidad política, último grado de perfección a que puede llegar el sentimiento nacional, tiene para Hume el carácter de un hecho extraño a la colectividad en que se manifiesta. Los españoles, localistas, dejan de serlo por la magia del nombre romano.

Caída Roma, España se disolvió, para aglutinarse de nuevo en la unidad visigótica. ''Cuando luego los godos infundieron nuevo vigor a la decadente España romana, el fervor cristiano unió a los españoles, y otra vez fué elemento de adhesión el orgullo individual. Cada hombre se engrandeció a sus propios ojos por el hecho de formar parte de los elegidos a quienes Dios miraba con especial atención individual.'' Esto es también el **Prólogo**, y se encuentra en la misma página 5, ya citada.

Los conquistadores entran en España como conquistadores. Desaparecen como sombras. España, preexistente y subsistente, es la misma, antes y después. ¿Qué hay de común entre la España eterna y la España romana? Nada absolutamente. ¿Qué hay de común entre esa España inconmoviblemente africana y la España visigótica? Absolutamente nada. ¿Qué hay de común entre la España, siempre igual a sí misma, y la España musulmana que viene de Africa? Tampoco entre estas dos Españas hay comunicación. Un pueblo estólido contempla

(1) Debo decir que cito textualmente la traducción española de don José de Caso, Profesor de la Universidad de Madrid, y que sigo la edición de la **España Moderna**. Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia. Madrid, (S. A.)

el conflicto externo de las razas enemigas, y las ve pasar y desaparecer, como el espectador idiota ve pasar y desaparecer las figuras de un drama cuyo argumento no comprende.

Bajo los Césares, "el creciente lujo y la ociosidad creciente de la capital, hicieron de España así el granero como la tesorería de Roma; y el incremento creciente de la riqueza la permitió, no sólo vivir, sino sembrar su suelo de edificios públicos, circos, caminos, acueductos y puentes, cuyos poderosos restos despiertan un vago asombro en el español degenerado del día." (Páginas 46-47).

El degenerado Cánovas, el degenerado Pérez Galdós, el degenerado Costa, el degenerado Castelar, el degenerado Cervera, apenas sienten un vago asombro viendo los poderosos restos de las vías romanas. Oliveira Martins dirá que con sus obras arquitectónicas dejó Roma la idea del Estado. La cabila desaparece, arrastrada por el fundente de la nueva forma política. Pero Hume quiere un pueblo español africanizado hasta el fin de los siglos.

Los españoles del tiempo de Roma construyeron acueductos, sin saber lo que construían. El historiador del **pueblo español** nos deja en la ignorancia de la significación que pudo haber tenido la economía imperial en España. El se entrega por completo a la danza de su psicología étnica, simple como el ritmo adormecedor de un salvaje.

Saltando sobre el paréntesis de los godos, vemos al español del tiempo de los moros. "El antiguo espíritu ibérico volvía a revelarse en las diversiones como en la literatura. Los españoles del siglo XIII, ostentosos, pomposos y redundantes, como los del siglo III, se apropiaban todo lo relumbrante y fantástico de las diversiones de los moros y las invenciones de los provenzales; y todas las ciudades de España competían ahora en la frecuencia y brillantez de sus diversiones públicas." (Págs. 206-207).

Ya puede irse haciendo un resumen psicológico: independencia individual, localización del patriotismo, orgullo personal, ostentación, pomposidad y redundancia. He ahí los seis ingredientes con que fabrica Hume su español eterno. No necesita más.

Esta psicología excluye sin duda la sobriedad y la fuerte belleza del **Cantar de mio Cid**, en quien todo el mundo ha visto los orígenes de una formación peculiar, característica del genio castellano.

También se salen de este marco el trainel D. Furón, antepasado de la caterva picaresca.

Las recortadas y artificiosas conclusiones de Hume, no hechas para explicar abreviando sino más bien para un burlado escamoteo de feria rural, excluyen las **cantigas de amigo** y todo el tesoro de la poesía gallego-portuguesa.

El pueblo español es un gran ausente en esta historia. No aparece sino como factor negativo. Hemos examinado ya 211 páginas. Y no hay pueblo español. Pero llega el momento esperado por todo el que abre un libro acerca de España. Llega el momento de los tizones.

El autor no abandona su registro. "El fatalismo y el desprecio de la vida, característica de las razas libio-semíticas, había hecho de los españoles combatientes denodados y conquistadores crueles. Cuando la necesidad de combatir y de conquistar había desaparecido casi, y el pueblo podía haberse normalizado a favor de las suaves influencias de la paz, vino de Roma el funesto hálito de la intolerancia, y convirtió en llama, que después pasó a ser un horno, la chispa, siempre encendida en el pecho ibérico, de la rivalidad y el odio contra el hombre del valle contiguo, del pueblo inmediato, contra el hombre que vestía de diferente modo, que hablaba de diferente modo o que adoraba un Dios diferente." (Pág. 212.)

Después de esto es imposible o inútil el estudio de la Inquisición. Todo está dicho con mencionar las razas libio-semíticas, y la chispa encendida en el pecho ibérico..... De ese modo se despacha gentilmente todo un capítulo de la historia de España. Adelante.

Después de la Inquisición, la decadencia económica. Sin dar vuelta a la hoja, ya sabemos cuáles son las causas de un fenómeno que requiere los más delicados esfuerzos para no caer en la amplificación grosera o en la suposición charlatanesca. "Los moros habían traído consigo el sistema perfecto del pequeño cultivo y de riego, que convirtieron a Valencia, a Murcia y a algunas partes de Andalucía en risueños vergeles, e hicieron ricos a los pacientes y laboriosos agricultores; pero esta industria quedó circunscrita a ellos solamente, mientras que el español puro siguió siendo, como siempre había sido agricultor por necesidad y pastor por inclinación cuando no era soldado." (Pág. 263.)

Hubo un tiempo en que era posible, y no sólo posible, sino obligatorio, decir estos disparates. ¡El español agricultor

por necesidad, pastor por afición y soldado por impulso unánime del pueblo! Naturalmente, si nos guiamos por las estadísticas de los narradores de leyendas y por las fábulas numéricas de los historiadores que escribieron antes de la era crítica, todo el mundo peleaba en España. Pero ya va siendo preciso reducir a límites racionales las cifras de la historia-batalla. Ya el simple buen sentido nos obliga. Hay que descontar del número de soldados a los famosos conquistadores de Indias, que en general tenían tanto de soldados como los labradores de sus pueblos. Ya vamos aprendiendo el arte del claroscuro, y podemos dibujar la verdadera fisonomía de España, país de agricultura y ganadería. Hume no se esfuerza por darnos a conocer el estado real de la economía española y las vicisitudes a que hubo de correr la industria agricolapecuaria. No; le basta con afirmar que el pueblo español tenía "ventajas de clima, de situación y de suelo no concedidas a ninguna otra nación europea," pero que todas fueron esterilizadas. Había un **virus**, — así lo dice — que "penetraba en el corazón de la raza, harta dispuesta a recibirlo, y que andando el tiempo, debía convertir todo su oro en escoria." (Pág. 212.) ¿Cuál era ese **virus**? Tenía tres componentes: indolencia, fanatismo y espíritu aventurero. El **virus** dispensa al autor de establecer alguna prueba sobre las excelencias de suelo, clima y condiciones, **no concedidas a ningún otro pueblo**, entre las cuales figuraría tal vez la falta de vías fluviales convergentes y de penetración profunda, merecería un capítulo al menos la estructura orográfica, enemiga de la cohesión, y obtendría veinte líneas la acción del adversario secular que mantenía un estado de rebelión interna o aterrorizaba las costas levantinas. Otro historiador de España que entendiese con más conciencia su papel, estudiaría los acontecimientos en sí mismos, y no en factores de realidad problemática, en esas afirmaciones temerarias de que tanto desconfiaba Herculano. Menos aún se le vería inventando falsas ventajas mesológicas, sólo utilizables para poner de relieve otros hechos "carentes del grado necesario de certeza propio de los hechos históricos." Verdad es que la crítica reconoce un papel al conflicto de los caracteres etnogénicos, pero a condición de distinguirlos, pesarlos y atomizarlos.

Hume parece no aceptar que cada siglo requiere estudios directos, y que no se puede bajar con un estribillo desde los tiempos de Aníbal hasta los de Alfonso XII. Está convenci-

do de que le basta narrar con cierta animación incoherente frases de corte sentencioso, infalibles para la ligereza incomprehensora de sus fieles.

España había construído grandes monumentos romanos, se había convertido al cristianismo, había recibido el reflejo de la civilización arábiga, deslumbrándose con ella, sin sentirla, ni adaptársela. España era y no era. No vemos nada concreto y definido. Pueblo de conquistadores, de soldados, de aventureros, de holgazanes, de fanáticos, de ostentosos, el verdadero pueblo español no había logrado siquiera aprender un poco de agricultura. La practicaba por necesidad. Su gusto le llevaba a las dehesas cuando no podía combatir a alguien, siempre de preferencia al vecino de los valles contiguos. Después se dedicó a la quema de sus compatriotas. Pero entretanto, se había hecho constructor de catedrales. "A fines del siglo XIV el genio del pueblo había producido lo que era ya en rigor una adaptación especial del gótico; y durante este período y poco después, luce esplendorosamente la gloria de España, sus atrevidas y nobles iglesias ogivales. Más claramente que en su literatura, mejor aún que en sus instituciones, manifiéstanse las características especiales del pueblo español en la piedra imperecedera de los grandes monumentos arquitectónicos en esta temprana fase de su evolución como nación." (Pág. 268.)

Tenemos aquí un pueblo español dotado de genio aunque incapaz de cultivar la tierra. Sólo sabe pastorear vacas y ovejas. Lo domina la pasión militar. Pero este pésimo agricultor tiene dotes arquitectónicas. ¿Será que hemos llegado a la historia del pueblo español? Así es de suponer, pues tres páginas adelante, en 271, se dice que "por su perfección arquitectónica al menos, España, desde mediados del siglo XIII, hasta mediados del siglo XV, igualó si no superó, a todas las naciones de la tierra."

En ese mismo siglo XV "la imaginación desbordada" del pueblo español hizo un culto de la caballería andante.

Pero el autor se queda meditando un momento, y escribe: "Nada había singularmente magnánimo ni generoso en el carácter de la raza misma, como ha podido advertirse por los hechos de su historia; pero siempre tuvo en ella un eco poderoso la idea de la exaltación personal mediante el sacrificio; y el secreto de esta nueva pasión avasalladora era el afán de distinción y preeminencia individual por la devoción desinte-

resada a alguna persona o alguna abstracción—el mismo sentimiento que condujo a los antiguos cristianos de Córdoba a buscar el martirio, y en un período ulterior llenó las ermitas y los claustros de España de furibundos ascetas que desollaban y mortificaban sus carnes y alimentaban las infernales hogueras de la Inquisición, cuyas víctimas estaban animadas también de un espíritu semejante.'' (Pág. 296).

O renunciamos a entender, o esto significa que un pueblo carente de magnanimidad y generosidad, ''como ha podido advertirse por los hechos de su historia,'' fué siempre ''apasionado de la devoción desinteresada a las personas o a las abstracciones,'' pero que no lo fué por magnanimidad ni por generosidad, sino por el orgullo de la exaltación personal que se obtenía mediante el sacrificio.

Había que fabricar un pueblo de inquisidores clásicos para un público inglés, y se fabricó ese pueblo de verdugos con elementos de la caballería andante. Naturalmente, muchos lectores de lengua española encontraron persuasivo este galimatías. Así lograban **ponerse a la altura de las luces del siglo** como decía un famoso rastacuero en el Río de la Plata.

El pueblo español sigue en la brecha. O más bien se cansa en la brecha. Había peleado durante largos siglos. Había construído catedrales góticas. Tenía genio. Ya no quería trabajar. Ya no quería dedicarse a ''cosas útiles y provechosas.'' ¿Qué hizo entonces? ¿Dormir? No. Enviar Embajadores y concluir tratados de comercio. No es invención. ''Embajadas a Tamerlán y a otros potentados lejanos, tratados comerciales con Inglaterra y otros actos semejantes, prueban que los españoles estaban cansados ya del trabajo perseverante y provechoso, y ansiaban otras excitaciones, una vez concluídos los siglos de guerra continua con los infieles.'' (Pág. 298).

Poco antes se nos había dicho que ''el español siempre encontró alguna excusa para adormecerse en la creencia de que era un individuo aparte, y así, al abrirse la era moderna del mundo, se hizo un visionario, ganoso de aventuras en lejanos países, pero enemigo del trabajo perseverante en el propio.'' (Págs. 296-297).

El holgazán ya no sólo concluye tratados de comercio, ya no sólo envía embajadores a Tamerlán. Se dedica a las aventuras. Se hace visionario. Todo antes que el trabajo perseverante. Lo de América es una pequeña excursión recreativa para destripar indígenas y tenderse a la sombra de los coco-

teros. No hay otra cosa en la aventura americana. Por lo menos para los historiadores del pueblo español.

Entretanto, España logró algo fundamental. Hume lo reconoce. España se unificó. ¿De qué modo? El maestro nos enseña que "las condiciones geográficas y etnológicas hacían casi imposible la unificación por el camino usual de la fusión de razas y de la creación de intereses comunes." Dice cómo se realizó al cabo esa fusión de razas. ¡Tenía que ser! Descubre que "el terrible tribunal, sombrío y despiadado, no tardó en alzarse en todas las partes de España, imprimiendo en el alma de los españoles un sello, que fué en adelante la marca de la raza." (Págs. 323-326).

¿En dónde llevará esa marca el traductor de Hume?

Al autor se le olvidaron aquí tres o cuatro artículos de su impedimenta. Se le olvidó en primer lugar que había una raza, de la que venía hablando constantemente,—raza a prueba de conquistas y de influencias exteriores,—y se le olvidó que esa raza, con propensiones incontrastables, había establecido los quemaderos precisamente para satisfacer "la unánime tendencia a la exaltación personal y al egoismo desinteresado." Otra cosa se le olvidó. El medio geográfico era páginas atrás el más admirable del mundo; pero he aquí que de pronto ese medio resulta culpable de haber impedido la unificación étnica. Toda la estructura del libro queda comprometida. Debe reconocerse, haciendo justicia al autor, que la unidad española de que él ha venido hablando, es la unidad perfecta como rasgo de una raza incapaz de ver más allá del círculo de la tribu. España es una raza; no es un pueblo. Es una yuxtaposición de tribus. Verdad es que esas tribus hicieron acueductos romanos y catedrales góticas. Pero se cansaron, enviaron embajadas a Tamerlán, conquistaron el Nuevo Mundo, y acabaron por unificarse en los quemaderos.

"Las excitaciones del clero y la persecución de los judíos y de los cristianos nuevos, habían provocado ahora en el pueblo español una furia de intolerancia. Siempre había odiado y despreciado a los extranjeros, y aun a los hombres del pueblo vecino, pero los motivos de su odio habían sido principalmente étnicos y geográficos. Ahora, la crueldad innata, el orgullo individual, una viva imaginación alimentada largo tiempo con fábulas extravagantes, religiosas y profanas, y el afán de riqueza sin trabajo, todo concurrió, bajo las fervientes bendiciones de la Iglesia y de la reina, para hacer de los españo-

les, como raza, perseguidores crueles de los que se atrevían a pensar de distinto modo que ellos.'' (Pág. 330).

Esta página puede carecer de originalidad, pero cuando menos es una muestra del género. No falta una sola de las cualidades que constituyen el tipo del español asustachicos.

Con todo, Fernando e Isabel han unificado a España. Pero esta era una obra puramente doctrinal. ''Los castellanos odiaban a los aragoneses, los catalanes detestaban a los castellanos, los navarros no tenían nada de común con los demás. Los gallegos eran una raza afín con los portugueses, pero no simpatizaban con los semimoros andaluces y valencianos. No había aún, en realidad, España ni étnica ni políticamente, porque el país se componía de una porción de dominios distintos, cada uno con sus leyes, costumbres, tradiciones, preocupaciones y diferencias de raza peculiares. La unidad burocrática de los romanos no era ya posible, porque de la reconquista habían surgido naciones diferentes; pero al menos los varios pueblos, los Gobiernos continuos, los Municipios semiindependientes, podían mantenerse unidos por el fuerte lazo de la unidad religiosa, y con este objeto, se estableció la Inquisición como un sistema gubernamental que debía convertirse después en un instrumento político.'' (Páginas 362-363).

Dejemos todo lo que haya de discutible en estas afirmaciones tan crudas. Dejemos todo lo que haya de impropio en las fórmulas. Ciñámonos a lo que importa. La raza no es ya la raza. No hay raza. Los gallegos son portugueses; los andaluces son semimorunos. Sin embargo, siete páginas adelante, en la 370, sale otra vez la raza. España debía caer; estaba condenada; la herían de muerte los vicios del sistema. ¿Por qué se retardó la catástrofe? ''Si ésta se demoró tanto, fué sólo por la natural tenacidad de la raza.....'' Y en la página 283 cita un fenómeno especial, relacionado con esta tenacidad: ''el espíritu que hizo invencible a la infantería española, y dió a los ejércitos del emperador el nervio que los sostuvo en Europa.'' ¿Cuál es el espíritu que hace invencible a la infantería española? ¿No lo adivináis? Es ''el antiguo espíritu ibérico que no ha muerto nunca.''

Cuando ve a Felipe II en la página 395, Hume dice que ''era todo un español....'' Y añade: ''era la encarnación de todas las cualidades salientes que hemos reconocido como características de la raza española.''

El hecho, como siempre, se enuncia, pero no se explica.

Una convergencia de influjos hereditarios borgoñones, alemanes, aragoneses y portugueses, produce la identidad entre este hombre extraordinario y esta raza extraordinaria, unificada hasta la pétrea solidez y diversificada hasta la incapacidad absoluta para formar un conjunto nacional. Se ve que a semejanza del verso libre, cuando es libre, y malo, esta psicología del coronel es la escoba desatada de que habla Hermosilla.

El pueblo español se había hecho cristiano con los visigodos. Pero seguía siendo pagano como lo fué con los romanos. Era fanático y cruel. Así lo habían hecho Israel y Fernando. No hay que ver a los tipos excepcionales, sino a la masa entera. El autor contempla el estado del "populacho español, de una ignorancia crasa, cuya religión se reducía por lo común a la observancia supersticiosa de las formas prescritas, de las cuales no entendía una palabra, y cuyo culto no se diferenciaba gran cosa del paganismo de sus antepasados. Sus mejores sentimientos eran ahogados por la persecución de sus compatriotas, los judíos y moriscos, y por el oprobio que acumulaba la Inquisición sobre todas las personas de dudosa ortodoxia; y el inculto patán y el soldado jactancioso se miraban, allá a su manera, como seres aparte por razón de su fe, y creían que los españoles y el rey de los españoles tenían una misión más elevada que la concebida a los demás mortales, y que de entre los ocho millones de españoles existentes, el Juan o Pedro en cuestión descollaba, a los ojos de Dios y de los hombres, como el más celoso y ortodoxo de todos. A eso había llevado la política de Fernando e Isabel a la masa del pueblo español." (Pág. 402). No sólo la política de Fernando e Isabel, sino también "los caracteres de las razas libio-semíticas."

A ellos vuelve el autor. Pero antes, le da una pasada al cristianismo. Había sido causa de orgullo. El cristiano era un elegido. El bereber bautizado se hacía intolerable. No quería trabajar. En el siglo XVI, no sólo se negaba a trabajar, sino que despreciaba al trabajador de Valencia que también era africano. Pero este africano se aplicaba al trabajo. No tenía orgullo, como el africano que desdeñaba el trabajo. La diferencia entre uno y otro africano consistía en la religión. La raza los unía. Jamás hubo diferencias entre los pueblos del Atlas y los de la península, pero en la península había profundas diferencias étnicas.

El cristianismo obra como un veneno en los africanos de España, porque eran africanos. El mahometismo obraba de otro modo en los africanos de España, porque eran africanos. Nadie entiende esto. El autor menos que nadie.

"Miraban (los españoles) la labor productiva como lote de aquellos en cuyas venas circulaba la baja sangre de los moros y los judíos; y los que eran o presumían ser, de puro abolengo cristiano, la miraban con desprecio." (Pág. 403). Esta no es una idea exclusiva de Hume. Constituye el fondo cenagoso del prejuicio con que se ha fantaseado la historia económica de España, haciendo de ella un truculento novelón.

Carlos PEREYRA

(Continuará.)



Sección de Crítica Literaria.

AMADO NERVO

La evolución de sus ideas y su retorno a la fe

Por el Licenciado Perfecto Méndez Padilla.

(Para América Española)

(Concluye.)

V.

Dos años después, en 1912, apareció su libro "SERENIDAD," en el cual observamos que el poeta ha sufrido un gran dolor, según lo declara en estos versos:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡Un gran amor....
Me lo robó la muerte.
.... y no me queda más que mi dolor,
Acéptalo, Señor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!....

*

* *

En este libro no quiso el gran liróforo revelar la causa de aquel inmenso dolor; pero después de su muerte, en la edición de sus Obras Completas, hecha por la Biblioteca nueva, de Madrid, se publicó en 1920 "LA AMADA INMOVIL," colec-

ción de rimas doloridas, formadas sollozo a sollozo, lágrima a lágrima, y que han sido la revelación de aquel dolor formidable del poeta, causado por la muerte de la mujer amada.

En las páginas íntimas que sirven de prefacio a dicho libro, el autor consigna su desgracia, con estas frases que revelan un dolor incomparable: "Esta muerte ha sido la am-"putación más dolorosa de mí mismo. Una hacha invisible "me ha dado un hachazo en mitad del corazón. Los dos peda-"bos de la entraña quedaron allí trémulos, entre borbotones "de sangre. Luego uno de ellos fué arrebatado por el brazo "omnipotente de la muerte, y el otro, el otro, mísero, siguió "latiendo, latiendo.... La tremenda rudeza del golpe no pu-"do apagar el ritmo de la vida..... Siguió latiendo, sí, la "triste entraña mutilada; siguió latiendo entre los coágulos "obscuros, y late todavía!"

Y en otra parte dice, con humildad conmovedora: "La "mano de Dios se abatió sobre mí, y en un instante el alma "himalayesca, cobijada por el azul, no fué más que un pobre "guiñapo sangriento, convulso y sollozante."

Tales páginas fueron escritas en los últimos días de enero y primeros de febrero de 1912. Todo este año, fué para Nervo el año del dolor, del sufrimiento, del martirio; pero no de un dolor inútil; sino de un sufrimiento redentor, que poco a poco derramaba luz en su cerebro para volver al conocimiento de Dios; lo declara él mismo en estos versos conmovedores, fechados en 26 de diciembre de aquel año, y que titula

RESURRECCION

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco....
¡Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor!
Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco
por él en estatura espiritual, Señor!

¡Oh Dios, no me lo quites! El es la sola puerta
de luz que yo vislumbro para llegar a Tí!
El es la sola vida que vive ya mi muerta:
mi llanto, diariamente, la resucita en mí!

¡Qué nobleza de sentimientos se descubre en tan hermosa composición! En primer lugar, el poeta considera el dolor como una merced del Padre Celestial; merced que juzga inme-

recida, por su pequeñez moral; reconociendo luego, que debido al dolor, ha crecido en estatura espiritual; y finalmente, y esto es sublime, pide a Dios que no le quite su gran dolor, por ser la sola puerta que vislumbra para llegar a El.

Volviendo al libro de "Serenidad;" vemos que el alma, en vías de purificación por el dolor, es igualmente sacudida por los remordimientos, pues dice en otra parte:

De todo mi pasado;
de todas mis tristezas, de todos mis contentos;
de lo mucho perdido,
de lo poco ganado,
de lo que he sonreído
y de lo que he llorado,
¿qué me queda? Una cosa no más: ¡remordimientos!

El dolor y el remordimiento, eran, sin duda, dos buenos mensajeros de Dios.

El tercer mensajero fué la pobreza, que tocó a su puerta en las postrimerías de 1914, al quedar cesante como Secretario de la Legación de México en Madrid.

Ese tercer mensajero fué recibido por el poeta, con esta salutación, que se diría salida de los labios del de Asís:

Oh Santa pobreza,
dulce compañía,
timbre de nobleza,
cuna de hidalguía:
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te vía!

¡Pero te aguardaba
y austero pasaba
la existencia mía!

Oh Santa pobreza,
crisol de amistades,
orto de verdades,
venero de alteza
y aguijón de vida,
ven, entra en mi pieza,
seas bienvenida!

Callado y sereno
me hallarás y lleno
del alto ideal
que en los rubios días
de mis lozanías,
y ahora en mi ocaso,
avivan mi paso
por el erial.

Oh Santa pobreza,
dulce compañía,
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te vía!

El poeta se dejaba conducir por tales mensajeros; pero todavía preguntaba a los viandantes del camino: A una hermana de la Caridad, le dice:

Enséñame, hermanita,
enséñame el camino,
para llegar a Dios.......
¡Por la infinita
soledad, yo le busco de contino,
con un alma viril...... pero marchita,
que su riego divino
sobre todas las cosas necesita!
Enséñame, hermanita,
enséñame el camino......

El poeta tenía que llegar al término de su camino. Ya Pascal lo había dicho: "Los que busquen a Dios de todo corazón; los que sufran por estar privados de su vista, los que se aflijan de verse rodeados de enemigos; que se consuelen: yo les anuncio la buena nueva: ¡habrá un Libertador para ellos! ¡Ellos verán a Dios!"

En efecto, los ojos del poeta se abrieron de nuevo a la luz de la fe; su pecho dió cabida a la esperanza; en su corazón ardió nuevamente la llama de la caridad. El mismo, en su libro "ELEVACION" nos lo refiere, en estos hermosísimos versos:

EL MILAGRO

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
muy pronto mis tinieblas se enjoyarán de luz......
hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Mi frente, ayer marchita y obscura, se levanta
hoy aguardando el místico beso del ideal,
mi corazón es nido celeste, donde canta
el ruiseñor de Alfeo su canción de cristal.

...... Dudé, ¿por qué negarlo? y en las olas me hundía
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero tú me tendiste la diestra y sonreía
tu boca murmurando: "¡Hombre de poca fe!"

¡Qué mengua! desconfiaba de tí, como si fuese
algo imposible al alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor, no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor......

Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles fragua
una fe de diamante mi excelsa voluntad.
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún frescura, y el tiempo eternidad.

Est abellísima composición en que anuncia el poeta el milagro,—como él mismo le llama—, verificado en el fondo de su alma, está fechada el 10 de marzo de 1915; de manera que fué un proceso de veinte años el que se necesitó para que en su espíritu se encendiera de nuevo la luminosa antorcha de la fe.

Una vez encendida, el poeta la alimenta de continuo, como veremos por la siguiente composición, fechada el 8 de junio del mismo año, y que, si es posible, supera a la anterior en inspiración y energía:

TU

Señor, Señor, Tú antes, Tú después, Tú en la inmensa
hondura del vacío y en la hondura interior:
Tú, en la aurora que canta y en la noche que piensa;
Tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor.

Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir; Tú en todas
las transfiguraciones y en todo el padecer;
Tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas;
Tú en el beso primero y en el beso postrer!

Tú en los ojos azules y en los ojos obscuros:
Tú en la frivolidad quinceañera, y también
en las graves ternezas de los años maduros;
Tú en la más negra sima, Tú en el más alto edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;
si sus labios te niegan, yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita: "yo creo"
¡Y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!

En otra poesía del mismo libro, fechada en 7 de mayo de 1916, nos declara el poeta que no fué la ciencia materialista engreída y soberbia, quien lo condujo a Dios; sino que fué el espíritu conturbado quien supo escuchar al fin su voz maravillosa: realizándose de esta manera admirable, otro profundo pensamiento de Pascal: "C'est le coeur qui sent Dieu, et non la raison. Violá ce que c'est que la foi: Dieu sensible au coeur, non a la raison."

Dicha poesía es la siguiente:

INACCESIBLE

Dios es inaccesible al instrumento
científico, al crisol, a la retorta......
pero es siempre accesible para el alma.

Nunca despejarán su inmenso enigma
la suficiencia y el orgullo humanos,
cual si fuese ecuación. El telescopio
no habrá de sorprenderle entre los orbes,
ni la lente del ultramicroscopio
le encontrará en las células.
El dió su ley al Universo, y calla,
recatando su faz en lo absoluto.
Pero que el triste y conturbado espíritu
le busque como al sumum de los bienes,
y allá, en lo más profundo de sí mismo,
la voz maravillosa del abismo,
le dirá con amor: ¡Aquí me tienes!

VI.

Hemos llegado a la que consideramos la mejor obra de Amado Nervo, "PLENITUD," publicado en Madrid en 1918.

Este libro, digno hermano de "Juana de Asbaje," no es de versos, sino de una prosa elegante y aristocrática, pulida y correcta sin afectación ni amaneramientos. Campea en toda la obra una filosofía optimista, un noble espíritu de amor y de bondad y un gran deseo de consolar a sus semejantes.

El notable literato argentino Alvaro Melián Lafinur, hablando de "Plenitud," dice que es "un precioso breviario cuyas máximas vaciadas en una prosa lapidaria y diáfana, recuerdan, por su confortante influencia moral y por su noble dignidad viril, los "Pensamientos" estoicos de los Epicteto y los Marco Aurelio."

Bien quisiéramos insertar varios de sus preciosos capítulos; pero nos limitaremos al titulado "SI AMAS A DIOS," que nos dejará translucir la paz interior y la tranquilidad del poeta, desde que terminaron aquellas dudas que antaño le hacían vivir intranquilo y atormentado:

Dicho capítulo es como sigue:

SI AMAS A DIOS

"Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extran-
"jero, porque El estará en todas las regiones, en lo más dulce
"de todos los países, en el límite indeciso de todos los hori-
"zontes."

"Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque,
"a pesar de la diaria tragedia, El llena de júbilo el Univer-
"so."

"Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie;
"porque nada puedes perder y todas las fuerzas del cosmos
"serían impotentes para quitarte tu heredad."

"Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los
"instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nom-
"bre, ni el más humilde ni el más elevado."

"Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas;
"porque le llevas a El, que es la clave y resolución de todos."

"Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia
"una diferencia entre la vida y la muerte; porque en El estás
"y El permanece incólume a través de todos los cambios."

Se advierte desde luego la diferencia que existe entre estas ideas de admirable placidez y serenidad ante la muerte, y las del poeta de antaño, que veinte años antes, exclamaba:

"Qué hacer cuando la vida me repela,
si la pálida muerte me acobarda?
digo a la vida: sé piadosa, vuela......
digo a la muerte: sé piadosa, tarda!"

VII.

El último libro que Nervo publicó durante su vida, se titula "EL ESTANQUE DE LOS LOTOS" y se acabó de imprimir en Buenos Aires en el mes de Mayo de 1919, nueve días antes de que el poeta traspusiera los dinteles de la eternidad.

Este libro no constituye, en nuestro concepto, un nuevo escalón para la gloria de su autor, pues juzgamos incuestionablemente superiores sus obras precedentes: "ELEVACION" y "PLENITUD."

En "EL ESTANQUE DE LOS LOTOS" se nota desde luego falta de unidad, y varias de sus composiciones contienen ideas budistas o teosóficas. Es un ejemplo de que el alma humana en su ascensión a la verdad divina, no va como una flecha que asciende en línea recta de la tierra al cielo; sino que semeja el vuelo de una ave, que sube y baja en mil ondulaciones, hasta perderse en el azul del infinito.

En descargo del poeta, pudiera admitirse la discreta observación del joven literato Alfonso Junco, quien juzga atinado sobrentender que, "empapado Nervo de lecturas indostánicas, tomó el prurito de alusiones budistas, como muchos el mitológico, no por creencia, sino por retórica, a modo de realce poético y metafórico para decirnos los estados y aspiraciones de su alma."

El mismo poeta Junco hace observar que, "en la casi totalidad de las poesías de esta obra, religiosas o no, brillan una intención y un pensamiento constantemente nobles."

Nosotros diremos que en "El Estanque de los Lotos," a pesar de los nublados que suelen retratarse en sus cristales, también se reflejan con frecuencia las más brillantes estrellas de la fe y del amor a Dios. Mirad, por ejemplo, esta maravillosa estrofa, que vale por mil poemas. Después de decir el poeta, que otros lleven por el río de la vida galeras de marfil;

que otros lleven acopio de ilusiones; otros, tesoros y riquezas; exclama, despreciando todo esto:

"Llévete yo, Dios mío, como perla divina
en el trémulo estuche del corazón que te ama;
llévete yo en la mente como luz matutina;
llévete yo en el pecho como invisible llama."

Creemos que difícilmente podrían encontrarse en los poetas místicos del siglo de oro, versos más hermosos y delicados, en los cuales se siente el fuego del amor y resplandece la luz divina de la fe!

VII.

Vamos tocando al término de la jornada, en que hemos seguido a través de sus obras, la trabajosa ascensión de un alma, hacia las cumbres excelsas de la verdad y del bien.

Podemos ya darnos cuenta de cómo fué la evolución de sus ideas y de su retorno a la fe.

Teniendo presente tal evolución, se comprende que no es debido calificar moralmente dentro de un cartabón inflexible, la obra literaria de Nervo, precisamente por su falta de unidad; sino que unas partes son buenas, mientras otras no lo son; y toda ella, vista ya a distancia y en conjunto, puede servirnos como una lección de la marcha trabajosa de un espíritu que, con aciertos y caídas, desviaciones y regresos, marca la huella luminosa en busca del Ideal.

El notable crítico y ya ilustre poeta don Alfonso Junco, antes citado, sintetiza su juicio acerca de la obra de Nervo, en estas breves y substanciosas frases: "Nuestro poeta pisó rutas extraviadas, mas no le faltaron aciertos; en sus últimas épocas acierta casi siempre, y tiene un buen caudal de prosas y poesías cabalmente ortodoxas, llenas de levantados ímpetus, consoladoras sugestiones y áureos estímulos para fertilizar y embellecer la vida. El lo confiesa en LA LECCION:

Ya pasó la turbulencia
de tu atolondrado día.
Hay una melancolía
mansa y grave en tu existencia,
y cobra una transparencia
celeste tu poesía.

Pues si hubo evolución evidente, si las fases del bardo son varias, demos a cada una su nombre y su merecimiento. Inadmisible comparar su obra en conjunto con la de los místicos insignes; injusto aplicarle, en suma, un desdeñoso "misticista," menospreciando así lo mucho de ennoblecedor, uncioso y casto que en su labor esplende."

Y en alguna otra parte, dice el mismo joven literato: "La actitud católica debe ser, pienso yo, de simpatía para Nervo, no de aversión. Simpatía compasiva en sus desorientaciones y tropiezos; simpatía gozosa en sus delicadezas y elevaciones."

Estamos enteramente de acuerdo, y no podemos menos de aplaudir un juicio crítico tan sereno, tan prudente y tan justiciero.

Las obras de Nervo deberían ser examinadas y expurgadas por personas competentes, para desechar las piedras falsas, y recoger refinitivamente el oro puro y los diamantes verdaderos que deben formar la corona del poeta.

El propio Amado Nervo, en alguno de sus últimos escritos, decía:

"He hecho innumerables cosas malas, en prosa y verso: algunas buenas; pero sé cuales son unas y otras. Si hubiese sido rico no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir, en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituída por el periódico. De todas las cosas que más me duelen, es esa, la que me duele más: el libro, breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único."

¡Ojalá que de la manera que aun es posible, se realice en cierto modo el pensamiento del poeta, haciéndose la selección acertada de sus poesías, para formar el libro único que él deseaba; sometiéndolo,—diríamos nosotros,—a la censura de la Autoridad Eclesiástica, toda vez que el autor murió en el seno amoroso de la religión católica.

En efecto, muchos de nuestros lectores conocerán, sin duda, los detalles conmovedores de su muerte.

Sabrán qu Amado Nervo fué enviado como Ministro de México a las Repúblicas de la Argentina y del Uruguay. En Buenos Aires y en Montevideo, fué recibido con los más altos honores y con las mayores demostraciones de cariño, pues de antemano era bien conocido por sus obras literarias.

Y cuando todavía duraban las fiestas de su recepción;

cuando con su exquisita cortesía y don de gentes se había ganado todos los corazones, cuando presidía en Montevideo el Congreso del Niño, la muerte llegó de improviso, para llevarse a su elegido. Un ataque de uremia lo postró en el lecho del dolor y desde luego declararon los médicos que el caso era de suma gravedad. Al saberlo Zorrilla de San Martín, el ilustre autor de "Tabaré," corrió a su lado y no tuvo otra preocupación, sino la de lograr que su amigo recibiera los auxilios de nuestra Santa Religión.

El mismo Zorrilla de San Martín, en una entrevista que concedió a los redactores del periódico Argentino "Los Príncipios," refiere los detalles conmovedores de aquel trance supremo.

"Recibióme,—dice,—con los brazos abiertos, manifestándome la vivísima complacencia que tenía con mi visita. Y al preguntarle de su salud, me contestó.

—El dolor, el amigo dolor, siempre acompañándome.

—Pues al amigo dolor, al hermano dolor,—le repliqué,—se le puede santificar y convertir en una fuente de consuelos. Precisamente el primer Santo que entró en el Cielo, fué llevado por el dolor. Para eso se sirvió de un medio, el más eficaz para mover la bondad de Jesús, hablándole de cruz a cruz.

—¡Qué cosas más hermosas me está usted diciendo!—exclama Nervo.—¿Y cómo logró ese Santo entrar en el cielo?

—Del modo más sencillo,—contesta el poeta oriental.—Dimas desde la cruz habló a Cristo, crucificado, como él en la cruz. De esta manera Jesús, el bondadoso Jesús, no puede olvidar a su compañero de dolor y se lo lleva al cielo. Háblele usted también desde la cruz de su enfermedad y será oído.

—Pero si hace tiempo que no me he confesado,—manifiesta el poeta mexicano.

—No importa,—agrega Zorrilla,—todo lo arreglará el representante de Cristo.

—Bueno,—dice con decisión Nervo,—llame cuando quiera usted al confesor.

—Y Zorrilla de San Martín sale presuroso del hotel, toma un carruaje y se dirige al seminario, donde encuentra al P. Benítez, distinguido Jesuíta correntino. Vuelven al hotel, y entre tanto habían llegado algunos amigos del enfermo, entre ellos algunos de ideas liberales muy arraigadas, quienes comenzaron a poner toda clase de dificultades para que se confesara.

—Es una imprudencia,—dice uno.

—Está durmiendo,—dice otro.

—Se puede impresionar,—dice el doctor.

—Si es así,—contesta Zorrilla de San Martín,—volveremos luego.

—Regresaremos cuando se despierte,—indica el P. Benítez. Y ya se disponían a salir, cuando se siente la voz del enfermo rogando que entrase el padre.

—Ya lo ven ustedes,—manifiesta Zorrilla de San Martín—es el mismo Amado Nervo que pide al sacerdote.

Mudo y profundo silencio de parte de los liberales en que debió sentirse el aleteo de los ángeles que bajaban del cielo a contemplar la confesión de Nervo. Y entró el P. Benítez en la habitación, confesándose Nervo con toda calma y sosiego.

—¡Qué paz, qué tranquilidad siento en mi alma!—repetía después el enfermo a su gran amigo el doctor Belaúnde, Ministro Plenipotenciario del Perú en Montevideo.—Hace muchos años que no gozaba de una suavidad tan grata en mi espíritu. ¡Qué bueno es confesarse!"

Fué tal la reacción moral del enfermo, que los médicos llegaron a creer en una mejoría; pero Dios había resuelto llevarse aquella alma grande y dos días después, la muerte sentó sus reales sobre el lecho del poeta. El doctor Belaúnde puso en manos del agonizante un crucifijo que había encontrado en sus balijas. Todos los escritores que se han ocupado de la muerte de Nervo, han dicho que tal crucifijo, fué regalo de Rubén Darío, pero se han equivocado: Amado Nervo fué quien regaló a Darío otro crucifijo, besando el cual, murió el gran poeta de Nicaragua. El crucifijo que el doctor Belaúnde puso en manos de Nervo, y que éste llevaba siempre consigo, fué regalo de su hermana adoptiva Catalina Cadenne, religiosa de la Visitación. Lo sabemos por la familia del poeta.

Recibió Nervo el Santo Cristo de manos del doctor Belaúnde, con gran cariño, y con una calma y fervor sorprendentes, exclama: "¡Señor, Señor....!" Y apretándolo fuertemente contra su corazón, entregó el alma a su Creador.....

¡Le había hablado de cruz a cruz....!

Tal fué la muerte cristiana de Amado Nervo, en la cual parece que Dios escogió como un ángel guardián, emisario de sus divinas misericordias, al gran poeta don Juan Zorrilla de San Martín, Honor del Uruguay, Gloria de América.

Los católicos mexicanos debemos estar profundamente

agradecidos a este grande hombre por la intervención que tuvo en los últimos instantes de la vida mortal de nuestro ilustre compatriota, pues sin duda, sus palabras inspiradas por Dios, llenas de amor y de poesía, vibrantes de fe y de caridad, movieron el alma de Nervo para arrojarse en los brazos de Cristo, en el instante supremo.

Nunca una buena acción queda sin premio: el Cruifijo, regalo de Nervo, contribuyó sin duda a la muerte cristiana de Rubén Darío; los auxilios espirituales proporcionados a Amado Nervo, auguran para el inmortal Zorrilla de San Martín, una corona en el cielo.....!

Allá los tres poetas, ¡Dios lo quiera!, se reunirán algún día, y estrechando sus manos, modularán la más bella de las poesías; será un canto al Creador, formado con los trinos de nuestras aves, con los murmurios de nuestras fuentes; con los roncos hervores de nuestros volcanes; con los tumbos soberbios de nuestros mares.... ¡será el coro inefable de nuestras patrias! ¡el poema del mundo de Colón! ¡el himno de la América Española!

México, mayo de 1922.

Perfecto MENDEZ PADILLA.



LOS MENNONITAS

(Expresamente para "América Española.")

I.

Cuando hace unos años visitaba yo por curiosidad la colonia de Mennonitas en Germantown, cerca de Filadelfia, estaba muy lejos de pensar que, andando el tiempo, sus congéneres del Canadá habían de emigrar en parvada inmensa hacia el sur para establecerse en el Estado de Durango. Así que fué grande mi sorpresa al leer en los periódicos americanos que más de 20,000 Mennonitas de Manitoba, Canadá, estaban pasando por el territorio de los Estados Unidos en dirección a Torreón.

Desde luego traté de informarme qué clase de gente nos estaban "importando," pues lo poco que ví, en mi breve visita de hace años, se había casi desvanecido de mi memoria. Suponiendo que los lectores, como buenos mexicanos, estarán interesados en tener alguna idea sobre estos nuevos colonos que están cayendo como langosta en las praderas regadas por el Nazas, voy a dar brevemente una idea de esta curiosa SECTA.

II.

El nombre de MENNONITAS no es el de una raza ni el de un pueblo, sino el de una SECTA RELIGIOSA, análoga a la de los Cuáqueros o la de los Puritanos. Hay entre ellos Suizos, Holandeses, Alemanes y Rusos "de origen," habiendo nacido en el Canadá la gran mayoría de los que a México han sido importados durante las últimas semanas. Pero siendo la IDEA RELIGIOSA entre ellos, la predominante no tienen más

nacionalidad que "su credo religioso;" no serán pues, nunca mexicanos, como nunca han sido Canadenses: son y serán Mennonitas y nada más.

Su origen según ellos, se remonta a los primeros siglos del Cristianismo, habiéndose conservado en Europa en comunidades separadas que recibieron diferentes denominaciones desde el tiempo del Primer Concilio Niceno, en el siglo IV. Lo cierto es que tales comunidades de Baptistas se formaron en Suiza y Holanda al mismo tiempo que las otras sectas Protestantes se formaban en el norte de Europa, siguiendo el movimiento de Lutero, Calvino y Knox.

Por el año de 1536, el sacerdote holandés Menno Simón, apostatando de la Religión Católica, se dedicó a estudiar las diversas sectas de Baptistas que habían surgido ya por aquella época en Holanda. Después de un año se decidió a reformar una de ellas haciéndose corifeo de la nueva secta que por esta causa llevó su nombre. Este movimiento lo inició en su ciudad natal de Witmersum, en la Provincia de Friesland, Holanda. Por muchos años no fueron los Mennonitas sino una de tantas sectas Anabaptistas, pero en 1556 el nuevo Patriarca publicó sus "Enseñanzas Fundamentales" en que se contiene el credo, que con no pocas variantes han seguido los Mennonitas de diversas denominaciones. No admitía Menno el bautismo de los niños sino sólo el de los adultos. Prohibía a los suyos, como los Cuáqueros, el juramento, aunque fuera por justa causa, rechazando la guerra hasta el punto de que ninguno de sus correligionarios podía ser soldado por motivo alguno. Rechazaba el divorcio en general, admitiendo solo la excomunión como única causa disolvente del vínculo. Finalmente, sus adeptos tenían prohibición de aceptar oficios públicos de cualquier clase. Por lo demás, seguía con poca diferencia las otras creencias protestantes, siendo la Biblia su única legislación y su único libro de texto.

Perseguidos en Holanda por los otros protestantes, la gran mayoría se dirigió a Prusia acaudillados por el mismo Menno. Allí los encontramos el año de 1683 ya establecidos. Pero necesitando Prusia de soldados y rehusándose los Mennonitas a servir en los ejércitos del rey tuvieran que emigrar a Rusia en el año 1783, donde Catalina II los acogió benignamente haciéndoles varias concesiones. En 1870 desconociendo el gobierno ruso los privilegios que les otorgara Catalina, volvieron sus ojos hacia América y finalmente escogieron Mani-

toba en el Canadá por su nueva morada, llegando a su destino el año de 1872.

III.

Según las estadísticas oficiales que a la vista tenemos, los actuales Mennonitas siguen "en sustancia" la "Declaración de los Principales Artículos de nuestra Común Fe Cristiana" establecida en la Conferencia de Mennonitas el año de 1632, en Dort, Holanda. En breve es como sigue: Creen "Que Dios es el Creador de todas las cosas; en la caída del hombre por su desobediencia; en su restauración por medio de la promesa del Cristo; en el advenimiento de Cristo Hijo de Dios; en que la redención ha sido comprada a costa de Su muerte y pasión, para todo el género humano desde Adán hasta el fin del mundo, salvándose aquellos que creen en Cristo y obedecen su ley.

"La ley de Cristo se encierra en el Evangelio, sólo obedeciendo al cual puede salvarse la humanidad. El arrepentimiento y la conversión o completo cambio de vida, es necesario para la salvación. Todo el que se arrepiente de sus pecados, cree en su corazón que Cristo es el Salvador y acepta en su vida los Mandamientos, nace de nuevo. Por esto obedecen al mandato de ser bautizados con agua (los adultos solamente) siendo éste un público testimonio de su fe, por el cual se hacen miembros de la iglesia de Cristo y son incorporados en la comunión de los santos en la tierra. Por la participación de la cena del Señor, los miembros expresan su unión común, su compañerismo y amor y fe en Cristo. El lavatorio de los pies de los santos (de ellos mismos que se intitulan santos) es una ordenanza instituída por Cristo cuya perpetua observancia por El ha sido mandada. El estado del matrimonio es honorable, pero solamente entre los de sus mismas creencias, pues sólo éstos (ellos) pueden contraer matrimonio "en el Señor."

"El gobierno civil es parte del ministerio de Dios y a los Mennonitas no les es permitido despreciarlo, blasfemar en su contra o resistirlo, siendo súbditos obedientes en todas las cosas que (según ellos) no se oponen a la ley y voluntad de Dios, debiendo hacer oración sincera por la prosperidad del gobierno y por la nación. Cristo ha prohibido la resistencia del mal por la fuerza, por medio de venganza o malos tratamientos. El amor a los enemigos debe mostrarse por buenas obras y

buena voluntad y no con odio y venganza. Todo juramento está prohibido como contrario a la ley de Dios. Los que voluntariamente pecan contra Dios, deben de ser excluídos de los derechos y privilegios de la iglesia (de ellos) pero se les debe exhortar cariñosamente a cambiar de vida, siendo el objeto de la expulsión, no la destrucción del ofensor, sino su bien, así como el de la iglesia. El que por razón de su obstinación es finalmente reprobado, excomulgado y separado de la iglesia, está separado de Dios y esta separación se hace socialmente manifiesta por la excomunión, para que el abiertamente obstinado y reprobado no haga daño a los demás de la iglesia; si bien en caso de necesidad se le puede tratar benévolamente exhortándolo y amonestándolo como a enfermo del espíritu.

"Al fin del mundo habrá el Juicio Universal y los buenos irán al cielo y los malos al infierno."

Estos son los principios "generales" de sus creencias, pero tienen muchas ideas especiales "sobre lo que está prohibido o mandado por la ley o VOLUNTAD de Dios", lo cual los ha puesto en constantes conflictos con las autoridades de los países donde se han refugiado, teniendo casi siempre que emigrar, pues como hemos dicho, no tienen patria ninguna, son una especie de gitanos, sólo que para ellos "la religión, entendida a su manera" lo es TODO. Son esencialmente "exclusivistas" formando una verdadera "casta religiosa."

En los Estados Unidos están subidividos en más de catorce sectas y entre los Canadenses que han ido a México hay por lo menos cuatro diferentes: Los Amish Mennonitas, los Hermanos, los Brueder-Germeinde, los Antiguos Colonistas y otros más, cuyas diferencias son díciles de entender para uno que no está iniciado. Pero lo que ha sido causa de no pocas subdivisiones es que unos son más progresistas que los otros y otros más conservadores que los restantes, acomodándose unos a las circunstancias que los rodean y oponiéndose los otros a cualquiera reforma, queriendo gozar en la tierra que les ha dado hospitalidad de todos los privilegios, sin querer aceptar en nombre de "la Voluntad de Cristo" las obligaciones que tiene todo buen ciudadano.

IV.

Los Mennonitas son, principalmente, agricultores. Cuando

llegaron al Canadá se dividieron en grupos formando varios pueblos pequeños y grandes desde cinco familias hasta veinticinco, construyendo sus casas, todas parecidas, a uno y otro lado de una calle central.

La tierra asignada a cada pueblo la dividen en arable, pastal y cerril siendo estas dos últimas de propiedad o uso común para todos, mientras que la arable la fraccionan en lotes más o menos grandes según lo que cada jefe de familia puede cultivar y la entregan a éste como verdadero dueño. Cada población tienen su Schult o capataz del pueblo a quien corresponde la inspección de estos repartimientos, así como el determinar la cantidad de forraje que debe darse para cada establo, fijar el salario de los labradores, del maestro de escuela y del predicador, en las comunidades que permiten reciba alguna paga este último. El Shult es también el árbitro en toda disputa, siendo su decisión siempre acatada y rarísima vez discutida.

A más del Shult o capataz tienen un sub-capataz, un obispo, diáconos y ancianos. Todos éstos son elegidos por voto popular del modo más simple. Se sienta el Capataz en su cuarto y uno por uno van entrando los vecinos diciéndole a quien de entre ellos escoge para tal oficio. El Capataz lo anota y el que tiene mayoría sale elegido sin disputa. En caso de empate marca el Capataz un papel de los dos o tres correspondientes a los empatados y aquel que saca el papel con la marca ese recibe el cargo. Entre los Mennonitas Canadenses, de ordinario el predicador se escoge indistintamente por voto popular entre cualesquiera de los vecinos, no requiriéndose para este cargo (que equivale al del párroco) instrucción ninguna espelial, fuera de poder leer la Biblia. Cuando lo han elegido llaman al Obispo, que es otro de los vecinos, éste echa un sermón, le impone las manos al elegido por el pueblo y así queda armado predicador y puede administrar el bautismo a los adultos y el matrimonio que son los únicos sacramentos que tienen en su ritual.

En los pueblos mayores hay una troje grande que sirve al mismo tiempo de granero, de escuela y de iglesia.

Como buenos holandeses lo primero que suelen construir es un Molino de Viento. Tienen en común panadería, lavandería, zapatería, herrería y carpintería, además de un comedor para todos que es una troje grande con mesas y bancos toscos. Los muchachos, de ordinario, no comen con la gente

grande sino aparte, excepto cuando se reunen todos los vecinos con motivo de sus fiestas religiosas. Se celebran éstas en la troje o iglesia, colocándose los hombres de un lado y las mujeres del otro. Tanto el oficio de "anciano" (presbítero) quien como hemos dicho bautiza, casa y predica ordinariamente, como el de obispo, el cual predica de vez en cuando e impone las manos al escogido para presbítero, son cargos honorarios que, aunque muy codiciados por la autoridad que añaden al colono, no son retribuídos con dinero sino en las colonias "más relajadas." El obispo tiene su terreno como cualquier otro vecino y trabaja en él como los demás. Las pocas escuelas que tienen (excepto en los E. U., donde han sido obligados a establecer escuelas en toda forma) están a cargo del Shult o del anciano, quienes enseñan a leer la Biblia en alemán a sus alumnos y a escribir en el mismo idioma, si bien ellos hablan en holandés.

Cuando vinieron al Canadá entre los privilegios que les concedieron fué el de que tuvieran sus escuelas propias bajo la dirección de su iglesia enseñando en ellas el alemán. Pero tales escuelas eran rudimentarias, siendo los profesores gente sin instrucción y no exigiéndoseles previo examen para ejercer el magisterio, con tal que pudieran leer la Biblia en alemán.

Algunas comunidades de Mannonitas más civilizadas, pidieron al Gobierno del Canadá que estableciera escuelas en sus pueblos y se establecieron unas treinta o cuarenta, en las cuales se enseñaza inglés a más del Alemán. Esto junto con creer que "era demasiado progreso" para sus ideas religiosas hizo que de nuevo rechazaran estas escuelas los obispos y ancianos volviendo al sistema antiguo (vaya si es antiguo) según sus ideas religiosas.

V.

Como hemos dicho, los Mennonitas son, de ordinario, labradores. Sin embargo, se dedican de una manera especial a la cría de ganado caballar y han obtenido en el Canadá excelentes caballos, habiendo emprendido también la cría de ganado con igual resultado. Hacen quesos y mantequilla, como buenos holandeses y han cultivado últimamente el lino del que usan la semilla, haciendo de la fibra tela bastante grosera. Aunque en Rusia eran tejedores y tenían numerosos telares de la-

na, no se han dedicado a esta industria en el Canadá, recibiendo toda clase de telas así como otras cosas que necesitan, de Alemania.

Las mujeres, que siempre usan un traje oscuro de un corte especial perfectamente honesto, parecido al de las Cuáqueras, se dedican casi exclusivamente a las labores propias de su sexo, ayudando también en la labranza, fabricación de quesos y mantequilla y otras cosas por el estilo. Tocante al negocio más importante de su vida, el Matrimonio, la mujer Mennonita no tiene voz ni voto, ya que los "ancianos" se toman ese cuidado; ellos, de acuerdo con los padres de la muchacha, escogen al marido, y lo demás es cuestión de ceremonia.

La gran pena religioso social de los Mennonitas es la excomunión y en esto varían las sectas muchísimo, pues unos la aplican en unos casos y otras en otro. En lo que sí están conformes es que si bien el matrimonio es indisoluble, ordinariamente, la "excomunión" disuelve el vínculo, admitiendo, en este caso único, el divorcio.

La Cena del Señor, que celebran dos veces al año, precedida del Lavatorio de los pies, es su más grande fiesta religiosa. Por supuesto, como los otros protestantes, no tienen imágenes.

Los Mennonitas viven exclusivamente para sí, importándoles nada el resto del mundo. No se meten en política, ni se interesan por otra cosa que por su religión y por sus escuelas donde ésta se enseña. El principal interés de esta secta está **no en el dogma**, sino en la **disciplina**. La vida de comunidad ha sido reducida entre ellos a una separación completa con lo restante del mundo, por su propio interés. Esta separación la obtienen en primer lugar prohibiendo los matrimonios con cualesquiera que no sea Mennonita. A esto se sigue el uso de la excomunión que priva al colono no sólo de sus derechos eclesiásticos, sino que lo reduce al estado de "Infestado—religioso—social" lo que equivale a la muerte civil, temporal o perpetua según la culpa. Esta separación del resto del mundo envuelve no sólo la abstinencia de las vanidades sesulares, sino también la repulsión de varias obligaciones civiles, que ellos consideran "Contrarias a la voluntad de Dios". Su religión no permite a los Mennonitas placeres de ninguna clase aun honestos y las mujeres a más de usar todas riguroso uniforme de color obscuro, no pueden tener ni adornarse con joyas de ninguna clase ni usar otros adornos, estando estrictamen-

te prohibido a todo Mennonita, el USO DE BOTONES. De suerte que sus vestidos son de una manufactura especial, ENFUNDANDOSE cada mennonita, hombre o mujer, cuando se viste.

VI.

Todo, hasta aquí, iba bien y los Mennonitas Canadenses gozaban de no pequeña prosperidad en sus colonias, pero la cuestión de las Escuelas vino a disturbarlos un día extraordinariamente. El Gobierno Canadense, con justísima razón quiso que los Mennonitas que habitaban en la parte inglesa, aprendieran inglés en las escuelas. Algunas comunidades lo admitieron, pero otras lo rechazaron terminantemente alegando sus privilegios. A más de esto el tener los muchachos maestros no Mennonitas haría de la generación futura Canadense o lo que es lo mismo NO MENNONITAS y esto los excitó muchísimo, a pesar de su disposición pacífica. Entonces empezaron a pensar en emigrar del Canadá.

En eso estaban cuando vino la Guerra. Entre 20,000 Mennonitas había más de tres mil jóvenes de edad competente y fuerzas corporales no comunes para tomar las armas. Pero ellos que toman del Evangelio lo que les conviene, como cualquiera otro protestante, haciéndose sordos a aquello de "Dad al César lo que es del César," se rehusaron a contribuir a los gastos de la guerra, pues no creían en la guerra. De igual modo se rehusaron a contribuir con dinero para ayudar a los heridos, pues esto era por causa de la guerra y finalmente se negaron rotundamente a tomar las armas. Como se ve, esto tenía necesariamente que traer un conflicto serio y en los Estados Unidos sus congéneres de Pensilvania y otros estados fueron obligados a ingresar en el ejército como cualesquiera otro ciudadano, pasando algo parecido en el Canadá. Esto fué ya el colmo para ellos y determinaron emigrar tan luego como la guerra terminó.

Quisieron entrar en Alabama, pero el Congreso del Estado los rechazó en los siguientes términos: "El Comité Ejecutivo del Estado ha resuelto condenar el movimiento por el que se intenta traer 8,000 Mennonitas del Canadá a las riberas del Mississippi, por las razones siguientes: 1) Los Mennonitas rehusan que sus hijos vayan a las escuela del Etado. 2) Hablan y ecriben sólo en alemán, lo que es tanto como decir que pien-

san como alemanes. 3) Se oponen sistemáticamente a tomar las armas y así lo han hecho en la última guerra, sin querer ayudar al Canadá como todo buen ciudadano lo ha hecho. Por consiguiente, opinamos que, no siendo ciudadanos deseables los Mennonitas, no se les permita venir al Mississippi.''

El periódico ''The Tennessian,'' de Nashville, decía a este mismo propósito en agosto de 1920: ''Conceder la exención militar a estos Mennonitas es un paso muy peligroso para lo porvenir. Estos colonos son inofensivos en tiempo de paz, pero en tiempo de guerra son una verdadera calamidad, habiendo causado muchísimos embarazos a los gobiernos de las naciones que generosamente les han dado hospitalidad, pues admiten el Evangelio sin aquellas palabras: ''Dad al César lo que es del César.'' Participan de los frutos de la paz, pero de ningún modo quieren ayudar a poner los medios necesarios para conservar esta misma paz. Y es bien sabido que a ninguno se le debe admitir como ciudadano a menos que quiera ayudar a la nación tanto en la prosperidad como en los momentos de prueba. Los Mennonitas dejan el Canadá, porque no quieren ayudarlo en la guerra y si nosotros admitimos a estos colonos ''pacifistas'' no hay razón por la que se pueda negar la entrada a otros ''pacifistas'' de diversas naciones que nos infestarían.''

''The Buffalo Evening News,'' del mismo mes decía: ''Los Mennonitas quieren gozar de los privilegios y bienes de los americanos, sin querer ser americanos. Bastantes sujetos de esa clase tenemos ya en los Estados Unidos, como lo experimentamos durante la pasada guerra, para aumentar ''oficialmente'' su número. Quieren tener ''una legislación propia'' en lo que se refiere a dos puntos capitales: La Educación y la Defensa Nacional.''

Finalmente el JOURNAL de Minneapolis decía: ''Mientras los Mennonitas no muestren deseo y prontitud en volverse americanos, no deben ser admitidos en los Estados Unidos.''

Según la declaración pública hecha por el Obispo Mennonita WAHL, la razón porque éstos han abandonado el Canadá es:

1) Porque se les ha querido forzar a aprender el inglés y aceptar el sistema escolar Canadense.

2) Porque se les ha querido formar a tomar las armas.

Siendo ambas cosas contra sus religiosas convicciones y contra los PRIVILEGIOS que al venir al Canadá les fueron

concedidos, no tienen más alternativa que la de emigrar a MEXICO, DONDE EL GOBIERNO LES CONCEDE LAS GARANTIAS QUE EL CANADA LES NIEGA.

VII.

En vista de esta última declaración, se nos ocurre, por vía de corolario, que sería cosa digna de la atención de un legista el estudiar el convenio efectuado entre los jefes Mennonitas y nuestro Gobierno, desde el punto de vista "Constitucional" y ver cómo ha sido interpretada la Constitución, auténticamente en lo que se refiere a la cuestión de la "enseñanza".

VIII.

Una pequeña reflexión antes de terminar. Si México no fuera un país de "contrastes" podría tomarse a guasa el que LOS MENNONITAS VAN EN BUSCA DE PAZ A MEXICO escogiendo precisamente como campo de sus operaciones pacíficas LOS ALREDEDORES DE TORREON. (!!) No soy profeta ni hijo de profeta y sin embargo, digo que nada me extrañaría el que en virtud de la ley de los contrastes estos pacifistas fueran a prosperar extraordinariamente en aquellos contornos precisamente porque no usan armas de ninguna especie. Como tampoco me llamaría la atención, fundándome en la misma ley, el qué algún antiguo guerrillero se fuera a prendar de estos nuevos colonos hasta el punto de hacerse MENNONITA.

Esto es por lo que hace al tiempo de Paz, que por lo que se refiere al tiempo de revolución, no les arriendo la ganancia y creo que estos buenos pacifistas, al fin llegarán a persuadirse de que en México (sea lo que fuere en las otras naciones del Orbe) la perfección del Credo Mennonita es también un imposible.

Carlos M. DE HEREDIA, S. J.

ANEXO AL ARTICULO ANTERIOR

Publicado el anterior artículo, recibimos lo siguiente:

Todos los periódicos de la Unión Americana han publicado hoy, abril 24, el siguiente telegrama que traduzco:

La Colonia Pacífica de Mennonitas llega a México.

Se promete a los Mennonitas toda clase de seguridades para que ocupen las tierras antes devastadas por las hordas de Pancho Villa. Poseen una extensión de terreno de más de 100,000 (cien mil) acres.

Chihuahua City, México, Abril 24.

Extraordinarias precauciones se han tomado por las autoridades de los Estados de Chihuahua y Durango, para la protección de los Colonos Mennonitas que han emigrado del Canadá a México "POR RAZONES DE CONCIENCIA." Han comprado cien mil acres de terreno el más feraz en los dos Estados. Mil Mennonitas han llegado a preparar alojamiento a las huestes que los siguen y que pronto llegarán.

Los terrenos que han comprado han sido el teatro de la devastación de Pancho Villa y los suyos por varios años. El hecho de que los Mennonitas han comprado en Canadá un gran número de caballos, ganado y maquinaria agrícola, que traen consigo, aparte de grandes sumas de dinero, ha excitado a las autoridades mexicanas a tomar toda clase de precauciones para protegerlos. Y la razón es que estando el gobierno mexicano en vísperas de ser reconocido por el de los Estados Unidos, un atentado contra la propiedad de los Mennonitas, traería funestos resultados en la opinión pública al Norte del Río Grande, ya que los Mennonitas son Canadenses. (??)

Se espera que 200,000 (léase 20,000, pues éste parece ser el verdadero número) Mennonitas acamparan en la región antiguamente devastada por los bandidos repoblando las diversas haciendas y ranchos que han comprado. AQUI SE ESTABLECERA EL CUARTEL GENERAL DE ESA SECTA. Aquí se establecerá el nuevo hogar para esta clase de hombres opuestos a la guerra y al uso de la fuerza. Los Mennonitas han abandonado las ricas tierras Canadenses, porque las autoridades de aquel país han rehusado reconocer sus ideas pacifistas. En cambio, EL GOBIERNO MEXICANO se ha OBLIGADO POR ESCRITURA FORMAL a no usar de los Mennonitas para el servicio militar, y a exceptuarlos de pagar contribuciones para el ejército.

Se les ha prometido y GARANTIZADO igualmente absoluta libertad religiosa y QUE DIRIJAN SUS ESCUELAS SIN INTERVENCION ALGUNA DEL GOBIERNO. Desde el momento en que ellos dicen que no han de tomar medidas en

contra de los bandidos, el Gobierno se ha comprometido a protegerlos contra cualquier atentado. No edificarán fortalezas de ninguna especie y las únicas armas que tienen son algunas escopetas media docena de rifles y unas cuantas pistolas.

Durante cincuenta años han estado trabajando con gran resultado en Manitoba, Canadá.—Siendo de hábitos regulares y costumbres austeras (y **no pagando impuestos como los demás ciudadanos**) acumularon grandes caudales antes de la guerra; pero desde entonces a la fecha HAN TENIDO NO POCAS DIFICULTADES CON LAS AUTORIDADES CANADENSES. Se oponían al servicio militar, EXIJIAN DIRIGIR SUS ESCUELAS SIN INTERVENCION DE NADIE Y PRACTICAR SU RELIGION COMO MAS LES ACOMODASE, y la natural consecuencia fué que no accediendo el Gobierno del Canadá a sus pretensiones, los Mennonitas decidieron emigrar. Hasta el presente tres grandes convoyes de Mennonitas han llegado a México por ferrocarril. El resto llegará en el verano.

El Gobierno Mexicano está MUY INTERESADO en la venida de estos colonos. Repoblarán las regiones devastadas si no se les molesta y han prometido que Chihuahua será su mercado principal.''

Hasta aquí el telegrama publicado hoy en todos los grandes periódicos de la Unión Americana.

NOTA DE LA DIRECCION.—La colonización católica y europea es ahora facilísima; pero nuestro gobierno protege a tontas y a locas, la protestante. La unidad católica es uno de nuestros mayores bienes y los socialistas imperantes se empeñan en romperla y desmenuzarla. Los buenos, aislados, desvalidos, oprimidos, no se oponen a ello; pero la Providencia obrará.



Sección de Historia Contemporánea.

Un Siglo de Periodismo en Guadalajara

V.

El 26 de mayo de 1881 vió la luz pública **El Litigante**, semanario político, de jurisprudencia, literatura y variedades, consagrado también al progreso de la instrucción pública de Jalisco. Fué su fundador y director el licenciado don Cenobio I. Enciso, abogado respetable, originario de Tequila, quien lo mantuvo hasta su muerte, acaecida el 30 de mayo de 1903. "Este periódico—dice un autor—vino a suplir el vacío que desde hacía años se notaba en el foro de Jalisco por la falta de un periódico de Jurisprudencia, pues desde que se suspendió en 1869 la publicación del **Boletín Judicial**, no había sido posible hasta el referido año de 1881 llevar a cabo la fundación de un órgano de los intereses de la administración de justicia del propio Estado. En tal virtud, los redactores de **El Litigante**, deseando satisfacer las necesidades inherentes a tan importante ramo, acordaron la fundación de este semanario, haciendo extensivos sus trabajos, no sólo a la legislación y jurisprudencia patrias, sino también a la política, abordando con fe a la defensa de las actuales instituciones y al engrandecimiento e integridad del Estado."

El año siguiente, con fecha 9 de febrero, **El Estado de Jalisco** cambió su título por el de **Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Jalisco**, el cual dirigieron sucesivamente don Manuel M. González, el licenciado don Manuel Cordero y don

Francisco de P. Covarrubias. El 4 de diciembre de 1888 se convirtió en el **Diario Oficial del Gobierno del Estado de Jalisco,** el 26 de diciembre del año inmediato volvió a titularse **Periódico Oficial,** y finalmente, el 12 de abril de 1891 recobró su título de **El Estado de Jalisco,** que conserva hasta la fecha. No creemos por demás dar los nombres de las personas que dirigieron la publicación, así como de las fechas en que la tomaron a su cargo; don Francisco de P. Covarrubias, 12 de abril de 1891; licenciado Victoriano Salado Alvarez, 12 de junio de 1891; licenciado Tomás V. Gómez, 5 de julio de 1893; licenciado Ismael Palomino, 4 de julio de 1894; licenciado Salvador Morfín, 18 de enero de 1895; licenciado Joaquín Silva, 3 de abril de 1895; licenciado Ismael Palomino, 8 de septiembre de 1895; licenciado Victoriano Salado Alvarez, 2 de julio de 1897; don Antonio Becerra y Castro, 13 de enero de 1901; licenciado Antonio Pérez Verdía F. e Ignacio Padilla, 3 de julio de 1903; don Tomás Moreno, 2 de julio de 1905; don Ismael Padilla, 25 de diciembre de 1907; licenciado Arturo Gómez, 2 de diciembre de 1908, etc.

El mismo año de 1882 aparecieron **El Imparcial, El Monitor Jalisciense, El Cócora** y **El Cólera,** y el siguiente, **Un Periódico,** semanario dirigido por don Francisco Arroyo de Anda, y la **Revista Mercantil.** Además se hallaban en publicación los **Anales de la Asociación "Pablo Gutiérrez,"** revista que servía de órgano a esa sociedad médica.

Digno de mencionarse es **El Telegrama,** semanario minúsculo de cuatro páginas en octavo, impreso en cartulina bajo el lema de "Mucha paja y poco grano," cuyo primer número salió a luz el mes de noviembre de 1883. Fué su fundador y director don Ramón G. Fuentes, impresor y fotógrafo, quien, como el título de la publicación lo indica, la redactaba en forma telegráfica y con suma gracia, aunque no escaseando ciertas frases algún tanto atrevidas. He aquí un trozo del estilo que campeaba en sus columnas, tomado del número 49, encabezado por el rubro: "De todas partes:" "Completo estado abandono jardines públicos más pelados que pelón.—Plaza Armas aseméjase basurero 4 esquinas. ¿Dónde están esas torres de Puebla? ¿Dónde Tacho Cañedo o Montenegro?—Lunes a 8 noche empreéronla Timoteo Alcalá otro individuo. Alcalá corrió gallo estómago, heridor chirona, herido otro mundo.—Habitantes La Barca muy hombrecitos; tienen su kiosko, pero no alcanzan romana por dícennos beben agua

río, mugre bañadores y deshechos caballerizas.—Función Iglesia S. Francisco a Ntra. Sra. Angeles, espléndida; Iglesia lujosamente decorada, asistió Illmo. Sr. Moreno, misa insigne de Sort de Sanz, por numerosos hábiles artistas, magnífico sermón de Rev. Fray Ignacio de J. Cabrera, estilo correcto, elegante y elevado.—Dizque reglamentado (tapado ojo macho) volvió juego San Pedro, previo mayor disimulo; ese disimulo raspa más que escofina. Rey juega leyes, ministros, reyes, etc., etc.; pudo más vicio que razón.—Caminos dados diablos, atascaderos a más y mejor, carreros acuérdanse madre Gbno.—Casa habitó Cura Hidalgo, ruinas, sin que nadie preocúpese.—Cuéntannos miércoles noche por garita Mexicaltzingo paseábase individuo vestido mujer; apercibióse policía, siguiólo, corrió, métióse vallado, y cuando cogiólo habíase quedado calzón blanco...."

En 1884 recordamos los títulos de **El Centinela** y **El Comercio,** órgano éste del Círculo Mercantil.

El 1o. de septiembre de 1885 el editor del **Juan Panadero** fundó el primer diario que circuló en Guadalajara, al cual bautizó con el título de **El Hijo de Juan Panadero.** Lo redactaron don Arcadio Zúñiga y Tejeda y don Antonio Becerra y Castro, y en sus columnas hicieron oposición al gobierno del general don Francisco Tolentino. Por circunstancias diversas apenas alcanzó unos meses de vida, y puede considerarse como un simple intento de diarismo. En el mismo año nacieron **La Opinión Jalisciense, El Mentor de los Niños,** órgano del Colegio "León XIII", dirigido por el licenciado don Martín Rivera Calatayud, **La Espada de Damocles, El Guerrillero Católico,** y a la sazón se publicaban **El Libre y Aceptado Masón,** que en una época dirigió don Félix L. Maldonado, **El Clarín,** periódico bisemanal escrito por don Manuel Puga y Acal, con la colaboración del licenciado don Antonio Gil Ochoa, don Manuel M. González, don Miguel Alvarez del Castillo y del licenciado don Francisco Hernández Alvarez, y la **Gaceta Jalisciense,** editada por don Emilio García, quien apoyaba al gobierno de Tolentino, al cual atacó tan luego como le retiró la subvención que le tenía asignada, según se dijo entonces.

El propio año de 1885 el licenciado don Carlos D. Benítez fundó con el doctor don Perfecto G. Bustamante y don Ramón G. Fuentes **El Jalisciense**, publicación que servía de órgano al círculo que se aprestaba a sostener nuevamente la candidatura del general don Pedro A. Galván, al Gobierno de Ja-

lisco. Unos cuantos meses después de haberse iniciado los trabajos preliminares y abierto la campaña electoral, el general Galván renunció su candidatura en favor del general don Ramón Corona, a quien presentó como la persona más caracterizada y a propósito para ocupar la silla gubernamental, y a causa de tan inesperada emergencia, el círculo galvanista suspendió la campaña iniciada en favor de su candidato, que por sí mismo se retiraba del campo electoral señalando a sus partidarios una orientación distinta, puesto que les presentaba un candidato muy honorable y prestigiado, pero en quien el círculo no había pensado. Siendo consecuente con las nobles ideas que su jefe exponía en la renuncia que hizo de su postulación,, y a fin de organizar nuevamente los trabajos, el círculo se puso en contacto con el nuevo candidato, de quien recibió las instrucciones necesarias. Al cabo de un mes de suspensión, reapareció **El Jalisciense**, bajo la dirección exclusiva del licenciado Benítez, sosteniendo la candidatura de Corona, en la cual figuraba como primer insaculado el general Galván.

El Lic. Benítez, cuyas labores periodísticas fueron bastante activas en toda esa época, nació en Guadalajara el 3 de julio de 1854. Después de terminar sus estudios de matemáticas ingresó al Seminario Conciliar a hacer los de humanidades y filosofía, de donde pasó a cursar jurisprudencia al Instituto de Ciencias del Estado, hasta recibirse de abogado en 1876. Desde luego se dedicó al ejercicio de su profesión, y dos años después, comenzó a militar en el periodismo, que, como lo dejamos indicado, no abandonó sino hasta 1887. Ha servido, entre otros cargos públicos, los de Director de la Biblioteca Pública del Estado, Juez de Distrito de Soconusco (Chiap.), Secretario de Gobierno del Estado de Guerrero, Diputado a la Legislatura de Jalisco y Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia del mismo Estado. Habiendo trasladado su domicilio a la Capital, desempeñó por algún tiempo el puesto de Juez Segundo de Instrucción Militar, hasta que en 1905 se retiró a la vida privada con el objeto de atender a sus negocios profesionales.

En 1886 el licenciado don Luis Pérez Verdía, principal patrocinador de la candidatura del general Corona al Gobierno del Estado, fundó **El Porvenir de Jalisco**, con el exclusivo objeto de sostener dicha candidatura, que salió a luz a raiz de haber renunciado el general Galván su postulación en favor

del referido militar, en la forma en que lo dejamos anotado. El primer número, dice el mismo Pérez Verdía, "desagradó a Galván, porque no tributó a su renuncia y a sus correligionarios todos los elogios que creía merecer y porque no atacaba al gobierno local; el segundo número disgustó a Tolentino por algunas ligeras censuras que hiciera a su administración y de este modo era imposible todo acuerdo. Fué preciso que Corona aprobase explícitamente la orientación política dada a su partido."

El mismo año nacieron **La Tribuna**, publicada por D. M. M. de Castro, **El Zancudo, El Occidental**, dirigido por D. Manuel Puga y Acal, **Cabo Peralta, La Sombra de Juárez** y **El Católico**, publicación consagrada a la propaganda y apologética de la Religión, cuya carácter dominante era la reivindicación de la libertad religiosa y la defensa social y política del credo católico, como vínculo y sostén de la nacionalidad mexicana. Fué fundada por distinguidos católicos, entre los que figuraba en primera línea el reputado escritor y polemista Cngo. Dr. D. Ramón López, de quien ya hemos hecho mérito, y la dirigió el hábil periodista licenciado don Celedonio Padilla. Además se publicaban en el propio año **El Mentor Católico**, periódico dedicado a la niñez, y **Don Nacho**, de carácter político y humorístico, encaminado a atacar la personalidad del Lic. D. Ignacio L. Vallarta, a quien entre bromas y veras llegó hasta llamarle "el incendiario de Mascota."

La publicación más importante entre las de su género, que han existido en Guadalajara, lo es por el conjunto de sus circunstancias, la revista intitulada **La República Literaria**, que circuló quincenalmente del mes de marzo de 1886 al propio mes de 1890. Forma la colección cinco gruesos volúmenes en cuarto, nutridos de exquisitos trabajos literarios, que son la prueba más patente de la altura a que se habían elevado las letras jaliscienses, cuyo influjo, según confesión de más de algún critico, se hizo sentir en todo el país.

Fué el fundador y el alma de dicha publicación el licenciado don José López-Portillo y Rojas, de cuyas labores periodísticas hemos hecho mérito en los capítulos anteriores, y de cuya vida, tan benéfica para las letras patrias, importa conocer siquiera un esbozo.

Fué su cuna la ciudad de Guadalajara, donde nació el 26 de mayo de 1850. Hizo sus estudios preparatorios en dicha población y en la Capital, y los profesionales en la primera, don-

de obtuvo en 1871 el título de abogado. El año siguiente, recorrió por vía de recreo y estudio, parte de los Estados Unidos, Europa, Egipto y Palestina, cuyas impresiones de viaje publicó a su regreso. Consagrado al periodismo desde sus primeros aos juveniles, prosiguió su tarea, ora fundando diversas publicaciones, ora colaborando en las más acreditadas. Al ingresar a la vida pública desempeñó el cargo de Diputado por su Estado natal al Congreso de la Unión, y posteriormente los de Senador, Diputado a la Legislatura de Jalisco, Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia de Guadalajara, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes y de Relaciones Exteriores, y finalmente, Gobernador de Jalisco. Ha tenido igualmente a su cargo, y en diversos planteles, las cátedras de economía política, derecho mercantil, penal y minero y de otras materias. Su fecunda y atildada pluma ha producido no pocos escritos de carácter jurídico, social, político, literario e histórico, en los cuales se revelan su vasta ilustración y los diversos matices de sus conocimientos, siendo sus novelas las que principalmente le han acarreado el prestigio de que merecidamente goza en el mundo de las letras. Pertenece a varias agrupaciones científicas y literarias, y actualmente ocupa el puesto de Director de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española.

Al lado de su director figuraron en calidad de redactores de la revista, el brillante y malogrado escritor licenciado don Manuel Alvarez del Castillo (Ba-ta-klán), la apreciable poetisa doña Esther Tapia de Castellanos, el celebrado escritor y crítico don Manuel Puga y Acal y el inspirado poeta licenciado don Antonio Zaragoza.

Con tan escogido cuerpo de redacción colaboró lo más selecto de la intelectualidad jalisciense, como don Manuel M. González, el ingeniero don Carlos F. de Landero, don Pablo Ochoa, don Alberto Santoscoy, don Antonio Becerra y Castro, el doctor don Fernando Nordensternau, el licenciado don Cenobio I. Enciso, el doctor don Salvador Quevedo y Zubieta, el licenciado don Ismael Palomino, don Julio Acero, el licenciado don Mariano Coronado, don José María Vigil, don Miguel Alvarez del Castillo, don Jesús Calderón y Puga, el ingeniero don Lucio I. Gutiérrez, don Jesús Acal Ilisaliturri, el licenciado don Victoriano Salado Alvarez, don Manuel Caballero, el licenciado don Jorge Delorme y Campos, el licenciado don Antonio Mijares Añorga, el licenciado don Luis Pérez Verdía,

el licenciado don Francisco J. Zavala y otros muchos que por modestia u otra circunstancia ocultaron sus nombres bajo el seudónimo. A estos se agregaron otros muchos de los más prestigiados escritores del país, así como algunos extranjeros, cuyos trabajos fueron correctamente vertidos al castellano, todos los cuales contribuyeron en mayor o menor escala al auge que logró alcanzar **La República Literaria.**

En 1887 apareció **La Linterna de Diógenes**, periódico católico que alcanzó larga vida y que en la mayor parte de su existencia la dirigió el conocido profesor don Atilano Zavala, con quien colaboraron entre otros muchos el licenciado don Bruno Romero, el doctor don Silverio García (Ignarus), el licenciado don Francisco J. Zavala, el Pbro. don Ignacio González y Hernández (Fidelior), el licenciado don Juan S. Castro y el licenciado don Luis Robles Martínez. El propio año vieron la luz **La Bandera de Jalisco**, redactada por don Manuel M. González, **El Cascabel, El Espejismo**, de carácter humorístico y de caricaturas, **El Eco del Católico**, y **El Imparcial.** Publicábanse además **El Amigo del Pueblo, El Reproductor Católico**, y **El Pendón Liberal.**

Dada la importancia que bajo todos aspectos, de años atrás venía adquiriendo la Capital de Jalisco, se hacía notar la falta de un diario informativo que llenase las exigencias de la época, pues ya eran insuficientes los demás periódicos que a la sazón existían y que a lo más aparecían bisemanalmente. Esta necesidad vino a subsanarla un español, don Rafael León de Azúa, originario de Málaga, que en su juventud había ejercido el oficio de tipógrafo y que arribó al país como apuntador de la compañía dramática que dirigía D. Leopoldo Burón. Hombre honrado, activo y emprendedor, al llegar a Guadalajara le agradó la población y se radicó en ella con su familia, y asociado a un grupo de hombres de negocios entre los que figuraban don Luis G. de Quevedo, don Salustiano Carranza y algunos miembros de la colonia española, formó una compañía periodística con el objeto de editar un diario, compañía que más tarde se disolvió, habiendo quedado el señor León como único propietario de la negociación.

Dados sus conocimientos tipográficos, adquirió una imprenta para el efecto, y una vez instalada fundó el **Diario de Jalisco**, título que dió a la publicación, cuyo primer número apareció el 1o. de julio de 1887. En sus comienzos tropezó con no pocas dificultades que con el tiempo logró subsanar, tanto

en su parte material, como en la literaria, y del formato de cuarto mayor con que nació, a partir del 16 de septiembre de 1890 creció al doble, ensanchó sus respectivas secciones y más tarde aumentó el número de sus páginas.

Entre las personas que dirigieron el periódico, constan los nombres de los abogados don Genaro B. Ramírez, del 1o. de enero de 1889 al 27 de octubre de 1897, don Juan S. Castro, del 28 de diciembre de dicho mes al 1o. de abril de 1902, y don Basilio Aguilar, del 19 de junio de ese año al 17 de julio de 1903.

Colaboraron con éstos, en calidad de redactores, el licenciado don Victoriano Salado Alvarez, don Alberto Santoscoy (Enjolrás), de quien puede decirse contribuyó más que nadie al auge de la publicación, y quien dió a luz en sus columnas amenas crónicas y numerosos y eruditos artículos históricos y biográficos, los que por su importancia merecerían ser coleccionados en varios volúmenes, don Gilberto Jaso, don Rosendo Hernández Barrón, don Ramón Baeza Alzaga, que ejercía las labores de reportero, don Vicente A. Galicia y otros más cuyos nombres ignoramos. Entre el grupo de colaboradores, que fué numeroso y variado, recordamos los nombres del licenciado don Emeterio Robles Gil, don José María Castaños, a quie nsobrecogió la muerte en la oficina de redacción escribiendo un artículo, don Mariano Schiaffino (Ságito) autor de amenos artículos humorísticos, entre los que se recomiendan sus crónicas de la guerra entre España y los Estados Unidos, el doctor don Silverio García y don Fernando Navarro y Velarde.

Ordinariamente la gacetilla iba encabezada con un soneto escrito a vuela pluma, alusivo a algún suceso de actualidad o encaminado a criticar los actos de la administración pública, como por ejemplo, el que apareció el mes de octubre de 1895 con el título de "¡Vana esperanza!" subscrito por Orlando Furioso y haciendo referencia a las fiestas de la coronación de la Virgen de Guadalupe:

"Comienzan a volver los peregrinos
Que fueron a la villa por millares
De la Virgen a orar en los altares
Y a pedir los consuelos más divinos.

Vienen llenos los trenes vespertinos

Cual lo verás, lector, si así gustares;
Ansiosos los esperan sus hogares,
Y sus ocupaciones y destinos.

Al ver a los que vuelven, yo querría
Que más de un empleado en ejercicio
De los que hoy nos oprimen noche y día,

De viajar mucho le tomara el vicio
Y se fuera a Pekín o a la Turquía
Para no regresar ni el día del juicio.''

En sus folletines publicó gran número de novelas de Pereda, Coloma, Fernán Caballero, Alarcón, Verne y de otros autores, todos extranjeros.

Es de mencionarse que la madre política del editor, señora activa e inteligente, prestaba sus servicios en la administración del periódico, con la misma asiduidad e inteligencia con que atendía a sus labores domésticas. Ella fué durante su vida la administradora efectiva, llevaba la contabilidad de la negociación y hacía la distribución de los números del día a los repartidores y papeleros en las primeras horas de la mañana.

En sus comienzos, es verdad que el **Diario de Jalisco** llenó perfectamente su misión y aun se atrajo el aprecio del público, debido entre otras causas a haber respetado siempre las ideas católicas dominantes, más sea por falta de elementos o de personal adecuado, no llegó a evolucionar gran cosa, y llegó un momento en que las nuevas publicaciones lo dejaron atrás. Esto fué a nuestro sentir lo que ocasionó su muerte hacia 1905. Su editor, falleció pocos años después en la mayor pobreza y abandono, desempeñando el cargo de corrector de pruebas en la imprenta de **El Kaskabel.**

En 1888 salieron a luz **El Argos Tapatío, Don Anatolio,** publicación humorística y de caricaturas, **La Reforma, La Voz de Hidalgo,** dirigida por el Pbro. doctor don Manuel Noriega, **La Justicia,** órgano de un grupo de estudiantes de derecho, destinado a la publicación de estudios jurídicos, sentencias y disposiciones legales, publicado bajo la dirección del licenciado don Celedonio Padilla, y **La Media Luz,** de caricaturas, dirigido por don Genaro Vergara.

Por la misma época aparecieron **El Espectador, El Títere,**

La Palmera del Valle, periódico literario redactado por la poetisa jalisciense doña Refugio Barragán de Toscano, y **El Testigo**, de propaganda protestante, que se publicó durante algunos años.

La primera publicación propiamente informativa que rompió los viejos moldes del periodismo, que inició una verdadera reforma e hizo evolucionar aunque paulatinamente a la prensa guadalajarense, fué **El Mercurio Occidental.**

Fué fundada en abril de 1888 por don Manuel Caballero, inteligente escritor y periodista jalisciense, a quien cabe la honra de haber sido el primer reportero mexicano. Su periódico se distinguió desle luego por su nueva orientación, en la que aparecían sus brillantes crónicas sociales y sus reportazgos minuciosos, no usados hasta entonces en Guadalajara, entre los cuales son dignos de citarse los referentes al asesinato del general Corona. Al lado de Caballero figuraba como redactor en jefe don Francislo de P. Covarrubias, periodista metropolitano formado al lado de don Victoriano Agüeros, y como principales colaboradores don Rodolfo B. González y el licenciado don Victoriano Salado Alvarez. Tres años después Caballero abandonó su ciudad natal, dejando al frente del periódico al señor Covarrubias, quien en agosto de 1891 simplificó su título, dándole el nombre de **El Mercurio**. Solicitó la colaboración de conocidos escritores capitalinos, como don Angel del Campo (Micrós), don Rafael de Alba, don José Peón del Valle y don Carlos Roumagnac, y logró conservarlo casi a la misma altura a que lo había dejado su fundador. A la muerte del nuevo director, acaecida en los primeros meses de 1894, se hizo cargo del periódico don Alberto Santoscoy, más historiador que periodista, y entre sus nuevos colaboradores aparecieron don Manuel Cambre, don Manuel Puga y Acal, don Félix L. Maldonado y don Mariano Schiaffino. Poco tiempo después acabó la fama de **El Mercurio** y tras ella paulatinamente se extinguió su vida.

En 1889 fundó el licenciado don Francisco O'Reilly **La Justicia Tapatía**, periódico jurídico, cuyo primer número apareció el 16 de agosto. Además, el Pbro. Dr. D. Manuel Noriega, de quien más de una ocasión nos hemos ocupado, venía publicando **Los Canónigos**, órgano consagrado a atacar al Cabildo Eclesiástico, movido de la pasión, en virtud de no haber sido agraciado con una canongía en las oposiciones que tuvieron lugar en esa época; mas habiéndose retractado pública-

mente de sus errores el 15 de julio del año a que nos referimos, cesó la publicación. El siguiente, de 1890 se fundó **El Monitor Occidental**, que redactaron don Pedro Meza Iñiguez y don Ruperto J. Aldana.

A la sazón contaba Guadalajara con diversos y reputados periódicos informativos, políticos, literarios y doctrinales, mas nadie se había atrevido a emprender la publicación de un órgano ilustrado, en vista quizás de las dificultades que implica una empresa de ese género. Este vacío vino a llenarlo don José María Iguíniz, padre del autor de estos apuntes, y propietario de importantes talleres de imprenta y litografía, los que le proporcionaron los elementos artísticos necesarios para el efecto. Sin otro fin que el de contribuir al fomento y desarrollo de las ciencias y las bellas artes en su Estado natal, tarea que siempre y de distintas maneras persiguió aun con mengua de sus intereses, fundó una revista semanal ilustrada, a la que dió el título de **Jalisco Ilustrado**, y cuyo primer número salió a luz a fines de 1890. Colaboraron en ella don Antonio Becerra y Castro, don Alberto Santoscoy, el licenciado don Jorge Delorme y Campos y otros escritores. A pesar de lo escogido de su material literario y artístico, el público no supo estimar los esfuerzos del editor para proporcionar a Guadalajara un periódico de esa naturaleza, circunstancia que contribuyó a que apenas hubiese alcanzado dos meses de vida.

(Continuará.) **J. B. IGUINIZ.**

C. de la Real Academia de la Historia.



Sección de Historia de México Independiente.

La prensa mexicana del tiempo de Iturbide

(Para "América Española.")

ABEJA DE CHILPANCINGO (La).—México, 1821-26.—Aparecieron 40 números. Los tres primeros fueron reimpresos por don Pedro de la Rosa, en Puebla. Su editor, don Carlos María de Bustamante los consagraba a los próceres de la independencia nacional. El No. 2 dice: "Se consagra este número especialmente al Excmo. señor general de las Tropas Mexicanas, don Agustín de Iturbide." pero el periódico atacaba sistemáticamente al caudillo. El No. 5 fué denunciado y su director reducido a prisión. Se imprimía por Ontiveros en la capital mexicana. Su tamaño era de 12vo.

ABEJA POBLANA (La).—1820-22.—Editada por don Juan Nepomuceno Troncoso, imperialista, y alcanzó relativo prestigio. Por vez primera se insertó en ella el "Plan de Iguala," en marzo de 1821, y ello dió motivo más que suficiente para que Troncoso y el impresor fueran encarcelados.

AMIGO DE LA PAZ Y DE LA PATRIA (El).—Periódico político dedicado al muy ilustre ciudadano Agustín Primero, México, 1822. Lo redactaba don José Joaquín Fernández de Lizardi, y se editaba en la Oficina de Betancourt, siendo su tamaño de 12vo.

AGUILA MEXICANA (La).—Periódico cotidiano y literario. Martes 15 de abril de 1823. Tomo I. Núm. 1. Imprenta de Ontiveros, México.—Desde el número 55 se le llamó simplemente "Aguila Mexicana."

ARCHIVISTA (El).—México, 1824.—Su editor era el francés Prisset, quien trabajó a favor de Iturbide y más tarde fué desterrado.

AURORA DE FILADELFIA.—1822.—Publicaba artículos relativos a la situación política de México, al parecer inspirados o escritos por don Vicente Rocafuerte, propagandista de las doctrinas republicanas.

BUSCA-PIES (El).—Tepotzotlán (México), 1821.—El número 1o. apareció el 24 de agosto. Era editado en la Imprenta Portátil del Ejército de las Tres Garantías y estaba dedicado "a los españoles y americanos que aun sostienen en Méjico el cómico gobierno del señor Novella."

CADUCEO DE PUEBLA (El).—Puebla, 1824.—Apareció el 29 de junio y se editaba en la Imprenta del Gobierno del Estado. Son importantes las noticias que ofrece acerca del regreso y muerte de Iturbide.

CENTZONTLI (El).—Análisis de los cargos hechos por la Inquisición de México al señor general don José María Morelos. México, 1822. Of. de don José María Ramos Palomera, 12vo. Su redactor era don Carlos María de Bustamante.

CORREO AMERICANO DEL SUR.—Antequera de Oaxaca, 1813.—Su director fué don José Manuel de Herrera, quien lo editaba en la Imprenta de la Nación. En el número del 22 de abril se insertó el parte de Juan José Vargas a Licéaga sobre el combate de Tupátaro.

DIARIO DE LAS SESIONES DE LA SOBERANA JUNTA PROVISIONAL GUBERNATIVA DEL IMPERIO MEXICANO, instalada según previenen el Plan de Iguala y Tratados de la Villa de Córdoba.—Se imprimía por don Alejandro Valdés en la Imprenta Imperial, el año de 1821. Alcanzó a 354 páginas.

DIARIO INDEPENDIENTE, del jueves 27 de septiembre de 1821.—México, Imprenta de don J. M. Benavente y Socios, en 12vo.

DIARIO POLITICO MILITAR MEJICANO.—Tepotzotlán.—Imprenta de los (Hermanos) Miramón, 1821.—Su redactor fué Fernández Lizardi. El primer número apareció el 1o. de septiembre, dejando de publicarse el 19. Los seis primeros fueron impresos en Tepotzotlán, los once siguientes en San Bartolomé Naucalpan y los dos últimos en Tacubaya.

EJERCITO IMPERIAL MEXICANO DE LAS TRES GARANTIAS.—Este papel volante, impreso en Querétaro, en la

Imprenta Portátil del Ejército, era de 4 páginas en 4to. El número 8 apareció el 28 de junio. Dice el doctor León, que es el más antiguo impreso ejecutado en Querétaro, de que tiene noticia.

FANAL (El) DEL IMPERIO MEXICANO, o miscelánea política, extractada y redactada de las mejores fuentes por el autor del Pacto Social.—México, 1822. Tamaño en 4to.

FAROL (El).—Periódico semanario de la Puebla de los Angeles en el Imperio Mejicano. Se editó en 1821 a 22.

GACETA DEL GOBIERNO DE GUADALAJARA. 1821-22.

GACETA DEL GOBIERNO DE MEXICO.—Para conocer la actuación de Iturbide durante la Guerra de Independencia es preciso conocer los años de 1814, 1815 y 1821.

GACETA DEL GOBIERNO IMPERIAL DE MEXICO.—1821-23.—El primer número fué publicado el 2 de octubre de 21 en la Imprenta Imperial. Se llamó "Gaceta Imperial," hasta el número 25. Fué su redactor, de diciembre de 1822 a abril de 23 don Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera. Era su tamaño de 12vo.

GACETA DEL GOBIERNO AMERICANO EN EL DEPARTAMENTO DEL NORTE.—Editado por don José María Licéaga, en la Laguna de Yuriria, en la Imprenta Nacional del Norte. El parte del Excmo. Juan José Vargas, de 1o. de septiembre de 1812, sobre el combate de Tupátaro, es importante.

HERMANO DEL PERICO (El).—El Pensador Mexicano lo redactó en 1823.

HOMBRE LIBRE (El).—México, 1822.—Dejó de publicarse cuando Iturbide fué proclamado Emperador. Lo redactaba el abogado don Juan Bautista Morales, defensor del sistema republicano.

ILUSTRADOR AMERICANO.—Apareció en 1812 bajo la dirección del doctor José María Cos. En el número extraordinario del 17 de abril se habla del ataque de Salvatierra.

MEJICANO INDEPENDIENTE (El).—Imprenta del Ejército de las Tres Garantías, Puebla, 1821.—Su director don José Manuel de Herrera. En el número 13, correspondiente al 2 de junio, aparece una carta del coronel don Vicente Filisola sobre la Independencia de México y el gneral Iturbide.

MOSQUITO TULANCINGUEÑO (El).—| Volando con dirección a México. | o la verdad desnuda. | Del Domingo 2 de septiembre de 1821. | Texcoco. Imprenta liberal de las Tres

Garantías. | de don Cayetano Castañeda.—Se imprimió con el nombre de "El Mosquito" en Tulancingo, el mismo año, otro periódico fundado por el general Nicolás Bravo para apoyar la causa de la Independencia y en la imprenta de que él era propietario. ¿Será él el mismo de Texcoco y que no conocieron ni don Genaro García ni el doctor León? El ejemplar que se encuentra en la Biblioteca del Museo Nacional de Arqueología e Historia de esta capital, incluye un "Canto Heroico" del cadete Luis Espino en loor de Iturbide. Dicho periódico era en 4to.

NOTICIOSO GENERAL MEXICANO.—1815-21.—Esta gaceta era neutral en política, aunque abundaba en información oportuna. Se editaba en la capital.

PENSADOR MEXICANO (El).—México, 1812-25.—Trataba tópicos literarios y políticos, y su redactor Fernández de Lizardi, lo publicaba siempre que le era posible.

RELAMPAGO DE CHILAPA (El).—1822.—La noticia de su aparecimiento, la da el "Noticioso General," del 2 de septiembre; pero no lo conozco.

SEMANARIO POLITICO Y LITERARIO DE MEJICO.—Tomo 1o. Año de 1820.—En la Imprenta de don Mariano de Zúñiga y Ontiveros, apareció el 12 de julio y tuvo 3 años de existencia. Los dos primeros volúmenes, correspondientes a 1820 y 1821 se hallan en la Biblioteca Pública de Nueva York. Es necesario conocer dicha publicación por los datos que trae para la historia política de México. Tamaño en 8vo.

SOL (El).—México, Primero de nuestra Independencia. Imprenta (contraria al despotismo) de don J. M. Benavente y Socios. El número primero apareció el 5 de diciembre de 1821 y el 48 el 22 de mayo del año siguiente. Lo dirigía el médico don Manuel Codorniú, quien vino de España en el séquito del último Virrey. Era el órgano autorizado de la logia masónica del mismo nombre y defendió con calor el sistema republicano y los principios liberales.

Rafael HELIODORO VALLE.

México, 1921.

Variedades.

Himno Nacional Teresiano

CORO

¡Gloria a tí, serafín del Carmelo!
¡Tú de España el más puro blasón!
En tu pecho hizo Dios otro cielo
y de un pueblo encerró el corazón.
¡Gloria, gloria a Teresa que brilla
como el Sol de la Raza en su altar!
¡Peregrinos, venid a Castilla
su sepulcro y su cuna a besar!

ESTROFAS

I.

Esa luz que tu frente ilumina,
de una Raza triunfal resplandor,
es el fuego de tu alma divina,
hecha llama de incendio de amor.

II.

Es Teresa la cifra de gloria,
donde España su propia alma ve:
¡ella sola resume su historia
de heroismo, de honor y de fe!

III.

Al subir al altar, ¡oh Teresa!,
coronada de luz como el sol,
no fué sólo la Santa Avilesa......
¡subió el alma del pueblo español!

IV.

De una Raza y de un alma pedazos,
separaba dos mundos el mar:
¡hoy se encuentran los dos en tus brazos!
¡Tú los fundes al pie de tu altar!

V.

Al cantar hoy tu triunfo, en su canto
este pueblo, que besa tu pie,
sólo pide envolver en tu manto
su bandera, su hogar y su fe.

Aniceto de CASTRO Y ALBARRAN.

(De la Revista "Raza Española." Año V. No. 38). pág. 15.

VUELVE A MI OTRA VEZ

(Obsequio a "América Española.")

Jesús, con un amor siempre insaciable,
llamó a mi pecho y me brindó su abrigo:
—"No quieras ser más tiempo mi enemigo..."
murmuró con su voz dulce y amable.

—"Lo que amas en el mundo es lo mudable;
llevas en la conciencia tu castigo...
Yo mis ternuras partiré contigo,
que soy fuente de Amor inagotable."

¡Ah, mi Señor!.... ¿Cómo escucharte pude
sin atender a tu amoroso ruego
y a tu reclamo el corazón no acude?

Mas el desfallecer es de cobardes....
Dame una sola chispa de tu fuego
y vuelve a mí otr avez... Anda... No tardes...!

San Luis Potosí, Abril de 1922. (1)

Francisco de ASIS CASTRO.

(1) Agradecemos mucho el precioso regalo y nos apresuramos a publicar el soneto, excitando el inspirado autor a que siga favoreciendo con sus producciones a "América Española."



FLORES DE SALES

LA HUMILDAD

"Buen cernícalo—dice la paloma—
Que haces huir al pájaro de presa
Apenas él asoma,
Al librarme por tí de la sorpresa
Del halcón o de la águila pujante,
Tu fealdad paréceme arrogante."
Y digo a la humildad, amiga mía,
En apariencia flaca, pobre y triste,
Se aleja el mal cuando tu amor me asiste
Y te siguen la paz y la alegría.

*
* *

¡Cuánto la vanagloria es torpe y necia
Y cuanto el vero sabio la desprecia!
Alguien se jacta del lucido traje,
El otro de la pluma del sombrero:
Jáctese el ave dueña del plumaje
O jáctese el pulido sombrerero.
¡Válame Dios! que tiene poco fuste
El que de tantas vanidades guste.

*
* *

Como se prueba el bálsamo de Oriente,
Así se prueba el bien, lector curioso.
De agua en el recipiente

El uno busca el fondo, presuroso.
El verdadero bien no anda en lo alto
Y repugna ponerse de resalto.

*
* *

¿Sabes cuál es la perla más vacía?
La que al fragor del vendaval se cría.
La virtud natural del hombre vano
Así pierde el meollo y la medula
Por mucho que la pula
Artificio de docto o cortesano.

*
* *

Al azafrán las honras se parecen. (1)
Ellas medran y crecen
Cuando el que las recibe las desprecia.
La hermosura en el bueno y el prudente
Es perla del Oriente,
Mas en el necio la hermosura es necia.

*
* *

¿Que las honras son malas? no lo creas.
La que es un DON es buena de seguro,
Pero las que se exigen, te lo juro
Que se vuelven ridículas y feas. (2)

(1) El Santo de Sales dice que el azafrán pisoteado, es como se cultiva y se beneficia.

(2) Esta doctrina de San Francisco, desgraciadamente mal expuesta por mi laconismo, es admirable y de inmensa utilidad práctica. La comento así: recibe la honra que se te dé sin pedirla, al menos en lo general, pues hay casos de excepción, porque rehusarla puede ser o parecer orgullo; pero nunca la exijas como una joya, como un justo tributo a tu supuesto mérito, que eso es amarse uno a sí mismo inmoderadamente.

Si hueles la madrágora de lejos,
Sus efluvios y dejos
Deleitarán sin duda tu sentido;
Si la hueles de cerca ¡qué imprudencia!
Su delicada esencia
Has en letal veneno convertido.
Así las honras vistas al desgaire
Suelen no dar mal aire,
Pero si te apasionan son veneno.
En el vano es torpeza su regalo,
Pero, al revés del malo,
En discreto placer las trueca el bueno.

*
* *

El indiano feliz con su tesoro
De perlas, plata y oro
Suele traer pintados papagayos,
Sólo porque su peso es muy ligero
Y costando poquísimo dinero,
Al vulgo alegran sus colores gayos.
Así miras las honras buen cristiano,
Como a esas alimañas el indiano.
Sin despreciarlas, nunca las adoras.
Para ellas tus instantes, y tus horas
Para el BIEN SOBERANO.

Francisco ELGUERO.

POLIANTEA

Los acontecimientos del 1o. de Mayo (1)

Ante los gravísimos acontecimientos de que algún tiempo atrás han venido verificándose en nuestra patria, por el desenfreno de los Rojos, que vienen desbordando su odio contra la sociedad y particularmente contra los católicos, es nuestro deber manifestar públicamente cuál es la situación de la A. C. J. M. en el ambiente socialista que se ha venido creando, cada vez más denso y cada día más y más opresor.

Para ello, bueno es advertir antes, que si bien hablamos a la nación en nombre de la juventud católica, la ola roja que impunemente crece, amenaza no sólo a nosotros, sino a todos los elementos y a todas las clases de la sociedad honrada; un movimiento que carece de ideales y de justicia y que sólo se impulsa por las bajas pasiones de una turba desenfrenada y dirigida por líderes que buscan su propio provecho y que explotan el deseo oculto de vivir sin trabajar, amenaza a todos, a ricos y a pobres, a los de arriba y a los de abajo, al capitalismo y al proletariado; se amenaza la propiedad, la familia, la patria y la religión.

(1) Nos apresuramos a publicar el honroso y veraz manifiesto precedente, aunque su oportunidad periodística, como la entienden los diarios de información, haya pasado, porque publicaciones de la índole de la nuestra, que se coleccionan y forman parte de las bibliotecas, deben recoger y recopilar para darles perpetuidad, documentos de la importancia del precedente órgano de la gallarda, valiente y al mismo tiempo discreta asociación de que emana.—**La Dirección.**

Por tanto, no somos los católicos nada más, son todos los hombres de trabajo, es toda la sociedad la amenazada; todo el que tenga una cosa que guardar, un hogar que defender, una patria que amar y una creencia que salvar, tiene que ver en el peligro rojo, un peligro personal, y, ante él, debe reconocer como un deber ineludible, la organización común de defensa contra el salvajismo desbordante.

Por lo que a los católicos se refiere, la situación es bien clara, se pretende aterrorizarnos descargando periódicamente arteros golpes imprevistos para quienes no sigan con mirada atenta los acontecimientos; se pretende, dándoles una apariencia de hechos aislados, realizar un plan perfectamente sistematizado, que tiene por objeto acabar con nuestra fuerza y que sólo ha logrado acabar con nuestra paciencia.

Los hechos hablan; la matanza de católicos indefensos en Morelia el doce de mayo de mil novecientos veintiuno; los atentados dinamiteros contra los Arzobispos de México y Guadalajara; el atentado dinamitero en la Basílica de Guadalupe; la matanza de católicos inermes en Guadalajara el veintitrés de marzo de este año, entre otros acontecimientos de menor resonancia, revelan la tendencia general de hostilidad encarnizada y traidora contra los católicos.

Y por si esto no bastara, el atentado último en plena capital de la República, contra uno de los centros de la A. C. J. M., cometido con lujo de alevosía y de odio, viene a probar de manera absoluta lo que afirmamos; diecisiete jóvenes desarmados y ocho armados, defendiendo su casa, ante la indiferencia pública, contra una turba de más de mil hombres, cuyos líderes no tienen escrúpulo en llamarse víctimas y en declarar provocadores a los que se defendían de la agresión; quiere decir esto que en México todo el mundo debe tolerar que se le vaya a insultar a su casa, porque si responde es un provocador; quiere decir esto que en México todo el mundo debe someterse al mandato de un líder bolsheviki, y descubrirse ante la bandera rojo y negra cuando se lo ordenen, y retirarse de su trabajo cuando se lo manden y callar cuando se le injurie y cruzarse de brazos cuando se le pegue, porque si no, es un provocador; quiere decir que en México no hay sentido del honor, de la dignidad, de la vergüenza, de la hombría; si esto quiere decir, la Juventud Católica Mexicana, terminantemente declara que no se somete, que no se doblega, que quiere y puede defenderse y que se defenderá.

Declarar culpables y provocadores a los que están dentro de su casa con ocho pistolas, y víctimas y agredidos a los centenares que van a buscarlos; declarar que los manifestantes rojos fueron a dar precisamente a la A. C. J. M. con la más inocente intención, es querer burlarse de todo el mundo y es tener conciencia de la impunidad; ¿qué, acaso salimos los jóvenes católicos en busca de ellos? ¿acaso fué el choque en alguna calle? Fué frente a nuestra casa; nosotros sólo disponíamos de ella, ellos disponían y acampaban por toda la ciudad, ¿qué fueron a hacer ahí? ¿o es que tampoco tenemos derecho a estar en nuestra casa y a los insultos, a las pedradas, a los balazos, deberíamos haber contestado con caravanas para no ser imprudentes, para no ser provocadores, como una gran parte de la prensa, cómplice del bolshevismo, nos llamó?

¿Es ser petimetres y tener almas de ratón resistir y enfrentarse a turbas inconscientes y desenfrenadas, ante las cuales se doblegan los que se dicen directores de la opinión pública y se descubren respetuosos por prudente precaución que todos entendemos bien?.....

Si defender sus creencias y sus derechos y defender lo suyo y aún la dignidad de hombres, es ser provocadores e imprudentes, nosotros lo somos y lo seguiremos siendo.

Para terminar, ante la nación y ante las autoridades del país declaramos en nombre de la ASOCIACION CATOLICA DE LA JUVENTUD MEXICANA, que, a pesar de que toda la responsabilidad de esta clase de acontecimientos se nos atribuya, **tenemos el derecho natural de legítima defensa** y haremos siempre uso de él, cooperando así, en la parte que nos toca, a la defensa del orden social amenazado.

POR DIOS Y POR LA PATRIA.

México, 3 de mayo de 1922.

Por el Comité General, **René Capistrán Garza, Lic. Octavio Elizalde R. N., Luis B. Beltrán, Luis G. Ruiz y Rueda, Luis G. Cabrera, Fernando Díez de Urdanivia, Luis Barquera, Emeterio Martínez de la Garza.**

Las Leyes de Reforma en México

Historia y crítica de un gran atentado Constitucional

En nuestro número de 1o. de junio o al menos en el del 15 del mismo mes, comenzaremos a publicar esa Historia escrita por el licenciado don Francisco Elguero, con apoyo de tales documentos y razones que impone la verdad con fuerza irresistible.

Aparecerán las páginas respectivas al fin de cada fascícula, para que de ellas se desprendan fácilmente, y se pueda encuadernar, sin destruir el resto del cuaderno, el tomo respectivo.

En otra parte, con excepción de la edición inglesa que circulará en los Estados Unidos, no se publicará ese libro, al menos por ahora, y excitamos a los suscriptores de "América Española" lo adviertan así a los que quieran adquirirlo, para que formen parte de nuestros abonados.

Calurosa Excitativa

Nuestros suscriptores, según múltiples manifestaciones que recibimos diariamente, consideran nuestra Revista elemento eficaz de propaganda de buenas ideas y también de civilización y de cultura, y por esas frases de aliento y esa protección generosa les viviremos eternamente agradecidos; pero debemos declararlo sin ambajes, si nuestros recursos no aumentan, la vida de nuestra Revista podría ser imposible dentro de poco tiempo, y pedimos un esfuerzo más a tan buenos y nobles protectores, consistente sólo en que cada uno procure una o más suscripciones entre sus amigos; sólo para gloria del Cielo y bien de la Patria.

Al que esto no le fuere posible por de pronto, lo será alguna vez, y sin apremio ni coacción de ninguna especie; a todos hacemos esta súplica recordándoles que en el Cristianismo nada es más acepto a Dios que las acciones comunes, las cuales bien inspiradas son oraciones también.

Sección Importantísima de Actualidades Sociales.

Apuntes sobre el Congreso Obrero de Guadalajara (1)

(Especial para "América Española.")

—¿Qué fué el Primer Congreso Católico Nacional de Trabajadores celebrado hace poco en Guadalajara?

—Fué ante todo una sorprendente ostentación de vitalidad. En qué cosas, cómo, por qué, con qué fruto, lo veremos en las siguientes líneas.

En las sociedades humanas, como en todo lo que vive o se mueve, las grandes manifestaciones de actividad no se improvisan, son fruto de fuerzas poderosas, de ordinario latentes, que en un momento dado, merced a un concurso de circunstancias al parecer casuales, se orientan, se suman y producen, con su ordenada resultante, efectos colosales, aparentemente desproporcionados con sus causas.

En el ánimo de nuestro pueblo trabajador han estado obrando hace largo tiempo tres potentes fuerzas que podemos representar por tres frases, expresión ellas mismas de tres vigorosas resoluciones: primera, los autores de nuestra posible felicidad terrena seamos nosotros mismos; segundo, organicémonos profesionalmente; tercera, sea el alma de nuestra organización la justicia y la concordia cristianas. Estas tres fuerzas, obrando de consuno sobre la gran palanca de las obras humanas, la voluntad, ha vencido obstáculos al parecer insuperables que estorbaban la celebración del Congreso y han

(1) Hubiéramos gustosos insertado este artículo al principio de esta fascícula, por causa de su importantísima actualidad, pero por desgracia llegó a nuestro poder a última hora.

Excitamos a nuestros lectores a la lectura de ésta interesante pieza.

desarrollado en él una pujante floración de vida social popular, la más simpática y consoladora.

Fresca está aún la sangre que derramaron en el pórtico de San Francisco las inocentes víctimas secrificadas por los engañados y engañadores obreros (o lo que sean) miembros del sindicalismo llamado rojo.

La desvergüenza con que a mansalva se comete ese repugnante atentado, la complicidad de la inacción policial, el aliento que dan a la osadía maleante los éxitos de sus impunes fechorías, todo esto unido al rumor lejano de noticias tanto más alarmantes cuanto más retiradas del lugar de los sucesos a que se refieren, había formado en toda la República un ambiente adverso a la celebración del Congreso católico, que aun por sí solo parecía ya a muchos una obra demasiado atrevida en los tiempos que corren.

"**Será un fracaso**, se oía por todas partes, **una imprudencia, una provocación**.... de ninguna manera conviene lanzarse a obra tan comprometedora. Boycott al Congreso Católico obrero," llegaron a decir muchos católicos.

Pero el pueblo trabajador mexicano, que, a pesar de su ignorancia, tiene inspiraciones luminosas que brotan de sus sanos instintos cristianos: que a pesar de su proverbial apatía, tiene rasgos de voluntad decidida y valiente, respondió entusiasta al llamado de los iniciadores. Estos iniciadores fueron unos cuantos obreros católicos tapatíos, asociados a algunos trabajadores divorciados del engaño bolchevique, buscadores sinceros de la luz.

El día 23 de abril se reunieron junto al fresno secular que cobijara los cadáveres de los cuatro obreros, mártires del fanatismo rojo, ochocientos obreros llenos de vida, venidos de todos los puntos de la República en representación de ochenta mil hermanos en ideas.

Su primer acto social fué una oración común en sufragio de los muertos y una plegaria colectiva llena de fe y de esperanza, para que Dios ilumine a los vivos en la gran Asamblea.

Ni cobardes miedos, ni vanos alardes de valor. Una serena y tranquila posesión de sí mismos se revelaba en todos los semblantes.

Una misa oficiada por el popular prelado tapatío, el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Orozco y Jiménez, dió principio a esa obra que tuvo ser porque Dios lo quiso y nada más. Una sencilla plática del P. Méndez Medina animó a los congresistas para

corresponder, con su trabajo, a los extraordinarios auxilios con que la Divina Providencia visiblemente concurría a esta obra de pacificación social. A fin de estimularlos más a esta meritísima labor los exhortaba a no hacer estériles las lágrimas con que sus esposas, madres, hijas..... los habían despedido al salir de sus tranquilos hogares para venir a Guadalajara donde se mata a mansalva a los obreros católicos.....

No hay para qué decir que este toquecito conmovió profundamente a los congresistas cuyos ojos se nublaron un momento y conmovió también, por repercusión, al mismo conferencista que no pudo ver con ojos enjutos a centenares de obreros enjugar con el extremo de la blusa una furtiva lágrima..... El tono familiar de aquella plática desapareció, sucediéndole una calurosa peroración llena de felices augurios de lo que se puede esperar de almas sanas, nobles y delicadas.

Obreros por cuyos rostros varoniles corre tierno llanto al pensar en la familia, primera célula social; obreros que por encima de los más justificados temores, que por encima de los más sagrados amores, colocan el cumplimiento de un deber social; obreros que saben torturar su corazón y sacrificar sus intereses cuando lo pide el bien común: esos son los que salvarán a nuestro país; no los que roban, incendian y asesinan...... Obreros que saben amar, no los que aprendieron a odiar.....

*
* *

Estamos en pleno debate. Preside la sesión el popularísimo propagandista Rosendo Vizcaíno, el "obrero de los obreros" como se le apellidó en una ocasión solemne. Le acompañan dos vicepresidentes de blusa azul y manos callosas. El ponente ha presentado a la discusión el tema siguiente: "Las agrupaciones confederadas, reconociendo que la Religión es la base de la sociedad se declaran confesionales." Después de explicar cómo la confesionalidad es una necesidad técnica de una institución social, como el sindicato, cuya estructura misma exige una moral cierta, fija, segura, ineluctable en que fundar la resolución de los mil conflictos que ocurrirán a cada paso en las cuestiones del trabajo; después de hacer ver que para nosotros esta moral no puede ser sino la moral católica, declara que no por este motivo se vaya a creer que se convierte el

sindicato en una cofradía o asociación piadosa. Aunque íntimamente ligada con la moral y por tanto, con la Religión, es y será siempre una asociación económico-social, cuyo fin inmediato y directo es de orden temporal. "No se exigen, pues, a un sindicato confesional determinadas prácticas de piedad; lo que se le exige es inspiración cristiana, socios católicos y jefes ejemplares."

Asienta luego cinco breves proposiciones en que se resume el mínimo de confesionalidad que deben tener las agrupaciones que quieran libremente tomar parte en esta Confederación Nacional Católica del Trabajo.

Inscritos los delegados que hablarían en contra y en pro de cada una de las proposiciones enunciadas, empezamos a observar con verdadera sorpresa las extraordinarias dotes de inteligencia, de discernimiento, de sentido práctico y de disciplina, que brillaban en rudos obreros, contrastando lo atinado de sus discursos, con los graciosos desatinos gramaticales y la finura de su buen juicio, con lo tosco de su lenguaje.

—"Compañeros," dice con voz de trueno un delegado orizabeño, "yo fuí bolchevique de lo mero rojo, y me zafé de esos por chapuceros, no más saben explotar a los obreros y aprovecharse de ellos para sus poltiquerías; pero yo soy católico, apostólico, romano, por vida de Dios que no me avergüenzo de la Religión; pero yo les digo que miren bien lo que resuelven en esto de Religión; porque si le ponen mucho los pobres obreros libres que acaban de romper con los bolcheviques no tendrán todavía fuerzas para tanto. Yo no me parto ni me voy p'atrás, pero yo no hablo solo por mí, sino por esos hermanos nuestros que están en la línea de fuego y piden amparo a sus hermanos los católicos. Ellos son también católicos, pero no están para tanto como aquí, no les vaya a pasar como a aquel que se le enchuecaron las piernas porque lo pararon fresco. Yo pido que no se les exija a las agrupaciones de obreros libres que lleven el nombre de católicos con tal que lo sean de verdá, pero que no se les exija eso, para que los dejen vivir los bolcheviques que están **nomás ispiando**. Compañeros, si vieran qué distinto es hablar de cosas católicas aquí en Guadalajara y allá en Río Blanco!"

—"Yo también vengo de la línea de fuego" interpeló resueltamente un joven de mirada también de fuego, representante de Santa Rosa. "Yo vengo en nombre de trescientos obreros católicos que viviendo en pleno soviet no alardean, cierta-

mente sin razón de su fe, pero que cuando hay motivo la proclaman a voz en cuello, siendo tanto más respetados cuanto menos cobardía mostramos. Yo propago de parte de mis delegantes que no sólo la Confederación se denomine católica, sino también cada una de las agrupaciones particulares. Con vacilaciones y medias tintas no vamos a ninguna parte. Los sindicatos neutros son semilleros de socialismo o de amarillismo, porque no tienen moral fija, porque no tienen lastre, porque no tienen brújula, porque no tienen valor.''

—''A mí sí me gusta la Religión,'' dijo otro de aspecto pachorrudo y hablar lento, ''pero me dan ansias que en todo la anden metiendo. Mejor es que eso lo dejen a cada quien, que al cabo aquí en México todos somos católicos.—Sí, católicos, y ¿los balazos del otro día a los que salían de San Francisco...?

—¡Moción de orden!—interrumpe uno.—Ese señor no está inscrito, no tiene el uso de la palabra.

—Pues que me inscriban,—alega él.

—Ya se ha cerrado la inscripción—replica el Presidente.

—Pido la palabra para una aclaración—grita el ex-bolchevique.—El reglamento no dice nada de cerrar o abrir inscripción. Yo pido que se deje hablar a todo el que quiera, para eso venimos, para hablar hasta que se nos caiga la campanilla.

—El compañero hablará a su turno,—dice tranquilamente el Presidente, ordenando al secretario que lo inscriba.

—Una explicación—dice el ponente.—Insisto en declarar que el sentido de la proposición no es que cada una de las agrupaciones haga ostentación del nombre católico. Eso sería el ideal, pero el mínimo de confesionalidad propuesto exige mucho menos, según se ha dicho.

—Entendido,—dice el ex-rojo, después de pedir cortésmente la palabra—pero yo quiero que hablen los compañeros porque así se afijan más las cosas en la memoria de puro jurgunearlas. Para eso sí sirven los congresos y esto que estamos discutiendo es lo mero principal.

*
* *

Un rincón del Congreso. Dos ricos burgueses, el uno hombre de letras y otro banquero, sostienen con un sociólogo el siguiente diálogo:

—¿Qué dicen ustedes de esto?— pregunta el sociólogo.

—Está muy interesante el torneo,—dice el letrado.

—Esto me parece muy bonito y muy feo—añade el banquero.

—¿Cómo así?

—Muy bonito, porque da gusto ver tanto discernimiento en gente tan ruda, pero muy feo porque esto es señal de que nosotros los **catrines** vamos sobrando.

—No del todo—añade el sociólogo,— pero sí es cierto que nos dan hermosas lecciones esas almas sanas y robustas.

—Y tan robustas, que en su comparación, las de los de arriba parecen anémicas—añade el letrado.

—Aquí se realiza el ideal democrático de León XIII, elevar a los de abajo sin deprimir a los de arriba,—dijo el sociólogo.

—Los de arriba nos deprimimos solos con esa degeneración que cunde en nuestras clases superiores—agregó el hombre de letras.

—Y peor con la plaga de nuevos ricos que quieren codearse con nosotros,—replicó el banquero.

—Triste aristocracia del dinero— dijo suspirando el sociólogo.—No es cosa de hoy en día; bien antigua es. Nuestras llamadas clases directores no han sido sino clases acomodadas, muy bien acomodadas en su poltrona..... ¡Qué tarde hemos respondido al apremiante grito del Papa: Id al pueblo, id al pueblo.....!

—Yo me acuerdo,—dijo el letrado,—haber leído en el P. Van-Tricht una frase feliz: "Dicen que los reyes se van.... Será o no, no lo sé; lo cierto es que los pueblos llegan....."

—Fíjense, fíjense en ese chaparrito—añade, interrumpiéndose a sí mismo el de las letras.—Habla como un Sancho Panza, por su zocarronería llena de buen sentido y como un Don Quijote por lo elevado de sus conceptos.

"Estoy muy agradecido", decía a ese tiempo el delegado aquel pachorrudo, "por los consejos del señor ponente y por las explicaciones de mis compañeros. Ahora sí entiendo. Católicos de verdá, no hipócritas ni echadores, pero tampoco vergonzantes ni cobardes. Que si triunfa en su obra la Confederación, ese triunfo no se atribuya a una moral laica, como dicen, que no es chicha ni limonada. Sí, compañeros; que el triunfo sea de la moral católica, mercancía de buena ley, no averiada ni de contrabando, y por tanto, que se presente francamante y sin tapadera, como este lindo sol que nos alumbra."

"¡De conformidá!" dijo el ex-rojo dando una palmada en el hombro al chaparrito.

*

* *

Seis días continuó el Congreso con sus larguísimas discusiones mañana y tarde, mostrando los delegados obreros, cada vez más elocuentes y simpáticos, una afición desmedida a estas lizas, y observándose en los curiosos asistentes un interés cada vez más vivo. Lo que aquellos hombres discurrieron en ocho días no lo habían discurrido en toda su vida. Se les veía sensiblemente ir progresando de un día para otro en el arte de discurrir. Hubo cambios muy notables en los tipos que se presentaron a la luz pública. Charlatanes deshechos a los principios que adquirieron al fin sobriedad y cordura, apocados y temerosos cuyas lenguas se soltaron con todo garbo los últimos días. Sólo ciertos tipejos no cambiaron. Alguno que otro petulantillo semi-intelectual que divagó al principio, divagó al medio y divagó al fin. Insignificante excepción en aquella riquísima colección de temperamentos nativos, ingenuos, sinceros y noblotes.

Para recordar algo de los trabajos de esos días, diré en globo lo siguiente: Se discutieron los principios doctrinales en que había de asentarse la Confederación; no porque sobre ellos hubiera grandes dudas, sino para que revolviéndolos más y más, "a puro jurgunearlas" como dijo alguno, se gravaran más en la mente y vistos por todos sus costados, se comprendieran mejor. Se discutieron los Estatutos generales de la Confederación, en lo cual sí hubo mucho que decir y contradecir, mucho que enmendar, añadir y suprimir. No se crea que los aceptaron a carga cerrada y por sorpresa, ni mucho menos; buena cuenta se dieron de los compromisos que contraían. Aquí sí lució el sentido práctico de muchos, como cuando al tratarse del gobierno de la Confederación que debía estar en manos de solo obreros, mostraron todos un acuerdo unánime. Lo bonito eran las razones que adujeron, variadísimas y atinadísimas, como cuando decía uno: "Yo digo que sean sólo obreros, porque más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena;" y otro "Deben ser obreros y deben variar con frecuencia, para que se vayan formando entre los obreros hombres de valer, pues nada hace a uno más hombre como el tener responsabilidades y que se las exijan."

Se discutieron los medios prácticos para hacer efectiva la magna obra. Como esta es nueva entre nosotros, aquí no discurrió tanto la inventiva obrera cuanto la experiencia y estudio de los sociólogos de profesión; pero, eso sí, se manifestó muy viva la sana curiosidad del pueblo, y con frecuencia se oían estas frases: que expliquen esta duda los señores padres, que nos digan esos señores lo que han visto en otra parte. Se discutieron también, aunque no mucho, pues varios de ellos se aprobaron por aclamación, apenas se enunciaron, diversos artículos referentes a las relaciones que han de guardar la Confederación y los grupos confederados con otras agrupaciones sociales. Por ejemplo: se determinó "guardar las más cordiales relaciones con las asociaciones patronales, sobre la base el respeto de los derechos mutuos y a los recíprocos deberes, animados por la fraternidad cristiana;" se acordó no entrar en federaciones **habituales** con los socialistas, pero sí aliarse **transitoriamente** y con la debida prudencia a ellos, siempre que el bien común o algún interés legítimo de los trabajadores lo reclame.

Se presentaron por fin otras muchas proposiciones particulares que se discutieron ampliamente y se les dió el trámite debido.

Entre éstas es de notarse el acuerdo en virtud del cual la asamblea delegó sus poderes en la Junta directiva general para que ella invitara a los patronos a que convoquen ellos también a un gran Congreso con objeto de acordar en una Convención plenaria las relaciones que debían mediar entre los dos elementos al parecer antagónicos de la sociedad, los representantes del capital y los del trabajo. Grandiosa idea fué esta que de llevarse a efecto, tendrá los más benéficos resultados, no sólo para dos clases en cuestión, sino para toda la sociedad.

*
* *

—¿Y qué hay que decir de la actuación política del Congreso?

—¿Y quién pregunta eso?, pregunto yo a mi vez.

Ya es una ridícula patraña y una pueril bobería ver maniobras políticas en todos los movimientos de los católicos. Eso es como las pesadillas de los bebés atiborrados de cuentos granadinos que por todas partes ven moros con tranchetes.

Pues, señor, sobre política se votó sólo eso que vale por todo:

"Aun reconociendo que todo ciudadano tiene graves deberes cívicos que cumplir, sin embargo, la Confederación como tal, y cada una de las agrupaciones confederadas permanecerán ajenas a toda acción política."

Y antes de votar esto se estudió como los demás: se volvió y se revolvió para que quedara bien, clavado en la cabeza de los congregistas, y más aún, se encomendó a uno de los consultores expusiera de propósito el tema puesto a discusión, y en la dicha exposición se hizo ver, con toda claridad, como no sólo por razón de táctica, no sólo por prudencia y oportunismo, sino por **razón de principios**, atendida la misma naturaleza de las cosas, las organizaciones sociales deben permanecer ajenas a eso que hoy se llama la política.

Y finalmente, para sintetizar en una frase popular estas ideas repitieron en coro tres veces todos los congregistas estas palabras: SINDICATO POLITICO, SINDICATO PARALITICO.

Alfredo MENDEZ MEDINA S. J



M. León Sánchez, Sucs.—Méx.

Año II. 1º de Junio de 1922. Num. 27

América-Española

MEJICO = ESPAÑA = ROMA

Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española y a la propagación de todo linaje de cultura en Méjico.

COLABORAN EN ELLA PROFESIONALES MEJICANOS Y ALTAS PERSONALIDADES DE OTROS PAISES

PROPIETARIOS: LICS. FRANCISCO Y JOSE ELGUERO

Director responsable: Lic. Francisco Elguero. Subdirector: Lic. José Elguero

Administrador: Francisco Vaca Zavala

URUGUAY 49, DESPACHO 11, MEJICO, D. F.

SUMARIO

EJEMPLAR $ 0.75

AÑO. II. 1º DE JUNIO DE 1922. NUM. 27

América-Española

Revista Quincenal

Destinada al estudio de los intereses de la Raza Latina en el Nuevo Mundo.

Registrada como artículo de 2a. clase en las Oficinas de Correos de la Ciudad de Méjico, con fecha 19 de abril de 1921, bajo el número 16448.

Sección de Crítica Histórica.

La Popular España de Martín Hume (1)

(Dedicado a "América Española.")

(Concluye.)

Hume ha dicho que España era el medio geográfico más perfecto del mundo. Después ha dicho que el medio dividía a los españoles. Pero no sólo es aislante el territorio; es pobre además. Dice el autor que "este país no disponía de grandes riquezas, fuera de la que podía obtenerse con el trabajo." (Pág. 440.) ¿Estas son "las ventajas de clima, de situación y de suelo no concedidas a ninguna otra nación europea" que nos presentaba en la página 212? En doscientas veintiocho páginas suceden muchas cosas y hay ocasión para cambiar criterio y puntos de vista. Se requería un país maravilloso para contraste, y ahora se necesita un país medianísimamente dotado para explicar cómo esa raza pobre, mística y holgazana "dió a la nación española en el siglo XVI un predominio sobre Europa que no justifican sus recursos ni su grado de desarrollo." (Pág. 440.) El predominio de **la nación española** sobre Europa es tanto más extraño cuanto que veinticuatro páginas atrás **no hay nación española.** "Los españoles eran aún, y

seguirán siendo siempre, diferentes naciones, con una tendencia centrífuga sólo contrapesada, a principios del siglo último, por la reverencia hacia un monarca semisagrado y la unidad absoluta de creencias; y durante los últimos noventa años, por el hábito nacional y el instinto de conservación.'' (Pág. 416.)

Cuando **diferentes naciones** tienen **un hábito nacional** y un instinto de conservación, hay algo que se llama **nación**, o la sindéresis es una vaguedad inefable para los hispanistas.

La pesadilla va a terminar. La **Invencible Armada** ha sido destruída. ''Del fondo del corazón del pueblo subió un clamor de rabia y de despecho que hablaba de algo más que de la pérdida material, grande como era. Significaba el quebranto de la creencia de la nación en su especial santidad y en su misión divina.'' (Pág. 460.)

Se acabó la religión. Se acabó el fanatismo. Otra España. Así, de golpe. Con la Armada se fué a pique el Catolicismo. ''La reacción contra la ferviente creencia que había animado al país durante cien años, hizo a los españoles en el siglo XVII, (lo mismo a las mujeres que a los hombres) desdeñosamente escépticos, aunque **observadores devotos** de las formas que les prescribían. Al ascetismo había sucedido una conducto tan libre, especialmente entre las mujeres, que chocaba y sorprendía a los extranjeros. El abandono y disipación de altos y bajos, la presunción y vanagloria, la corrupción y holgazanería, que ahora y durante los cien años siguientes caracterizaron al pueblo español, eran las consecuencias naturales de la caída de un alto ideal por el cual habían sacrificado su prosperidad material, su libertad civil, su independencia intelectual y religiosa. Todo lo que había quedado del espléndido sueño al presente era ignorancia, fanatismo, y arrogante presunción.'' (Pág. 478). El pueblo español era estúpido, fanático y arrogante. Eso lo dicen todas las páginas anteriores. Son caracteres que el autor encuentra macerando diligentemente las raíces étnicas. Sin embargo, el pueblo español había cambiado. De creyente se había tornado en ateo, o por lo menos en escéptico; de ascético se había convertido en practicante de una conducta libertina. Y sin embargo, este pueblo que había sido siempre fanático y que repentinamente, por la dispersión y pérdida de los barcos de la **Armada Invencible** se hizo incrédulo, ''era ya fanático.'' Holgazán siempre lo había sido, según el coronel Hume, y he aquí que por la propia pérdida de los barcos se hace de pronto presuntuoso, corrompido, vano y holgazán, durante cien años.

Léase de nuevo lo transcrito, y dígase si esto es prosa de historiador o brillante incoherencia de un inconsciente cronista.

El coronel sale a ver lo que pasa en Europa, y presenciando la batalla de Nordlingen, se queda pensativo. Saca punta al lápiz, y escribe su crónica. "El valor y arrojo de la infantería española en esa ocasión, fueron dignos de las mejores tradiciones de la raza, y conquistaron la admiración de sus mismos enemigos. Había, en efecto, entre los españoles una poderosa aunque temporal reanimación de aquella idea de misión religiosa, o la cual se debió su pasado ímpetu." (Pág. 497).

El escritor no quiere dejar sin explicación uno solo de los hechos que narra. Ya había hecho escépticos a los españoles, pero todo se arreglo devolviéndoles momentáneamente, o durante algunas horas por lo menos, las condiciones de que los había despojado. La historia psicológica no es tan complicada como se cree.

Pero, entretanto, España seguía obstinadamente su empeño de no ser nación. "España no constituía una nación políticamente unida como Francia." (Pág. 499). Todavía falta que lo diga muchas veces. En este caso, refiere su observación al hecho de que Olivares "hombre de indomable energía y de gran capacidad natural" apareciese con "vastas ambiciones para su país y por cuenta propia." Pero "como Fernando el Católico y Carlos V, vió que sin un vínculo que uniese a toda la población de España, no podría haber un gran destino para ella. El vínculo momentáneo de exaltación espiritual, forjado en mala hora por Fernando y el clero, se estaba ya cayendo a pedazos; y Olivares, dirigiendo sus ojos al otro lado de los Pirineos y del golfo de Vizcaya, veía dos grandes naciones prósperas, organizadas sobre las bases naturales de la fusión étnica y la unidad territorial política. El, sin duda, no llegó a comprender qué causas profundamente arraigadas—algunas de las cuales han sido expuestas en este libro—hacían imposible el logro de una unidad semejante en España, a no ser por un procedimiento lento y circunspecto. Olivares, como los que le habían precedido, tenía prisa de realizar sus designios; quiso saltar por encima de las tradiciones nacionales, de los prejuicios étnicos y de las antiguas constituciones, y la consecuencia inevitable fué el desastre." (Pág. 499).

Es dudoso que el Conde Duque hubiera sacado gran provecho leyendo el libro de Hume, a pesar de que el libro es ameno y de que el Conde Duque tenía condiciones naturales para

hacerse cargo de las cosas. Porque hay cosas de las que es imposible hacerse cargo. Entre ellas figura el conflicto étnico de los pueblos peninsulares. Unas veces nos habla Hume de la raza, otras de las razas. Nos habla de la nación, y nos habla de las naciones. En la página 518 apela a un recurso desesperado: "Ya hemos visto cómo el origen mixto, semita y celta del pueblo español, impelía irresistiblemente a la inteligencia nacional a manifestarse en forma dramática o pictórica. Aun en las primitivas imitaciones españolas de las canciones de gesta francesas, los sucesos relatados se presentan invariablemente bajo la forma de una descripción dramática o pintura verbal, más que de introspección de los pensamientos, motivos e imaginaciones de los caracteres, y esta peculiaridad había distinguido a todo nuevo desarrollo de la producción intelectual española: crónicas rimadas, autos religiosos, cuentos didácticos y poesía pastoril." (Pág. 518).

Estas invocaciones del factor étnico, a todo azar, nos recuerdan aquel centón de recetas del truhán, improvisado médico, y el **Dios te la depare buena** con que las aplicaba al enfermo, según salían de la faltriquera.

Para las crónicas rimadas, autos religiosos, cuentos didácticos y poesía pastoril, el origen mixto, semita y celta; para Felipe IV, se aplica otro **mixto.** "Era sin duda popular (Felipe IV), como lo habían sido su padre y su abuelo, porque era tan degenerado como su pueblo mismo, y representaba fielmente **el carácter nacional de su época.** Era perezoso, y dado al placer, como su pueblo." Felipe II no era perezoso, y sin embargo, representaba fielmente el carácter de los españoles que eran perezosos antes del descubrimiento de América, y que después del desastre de la Invencible se hicieron nuevamente perezosos. Pero sigamos con Felipe IV: "si lo seducían los oropeles relumbrantes, lo mismo pasaba a su nación; si era taciturno y altanero, compartía esas cualidades con la mayoría de sus súbditos; si tenía pasión por la poesía, el arte y la literatura, esa pasión también tenía la muchedumbre que le aclamaba; y en fin, si era ignorante, santurrón, preocupado, bondadoso y valiente, así eran los españoles de su generación. Era uno de tantos...." (Pág. 513). La dificultad está en que los españoles, según Hume, se habían hecho escépticos y despreocupados. No importa "ya eran fanáticos." (Pág. 478).

Pasemos al siglo XVIII. Pero antes recordemos al boticario de Mateo Alemán. Este boticario "por no decir **no tengo**

ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados; no le hallarás droga leal ni compuesto conforme al arte; mezclan, bautizan y ligan como les parece, sustitutos de calidades y efectos diversos, pareciéndoles que va poco a decir desto a esotro, siendo al contrario de toda razón y verdad, con que matan los hombres, haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las píldoras pelotas o balas de artillería.'' Veamos lo que sucedía a mediados de 1707. La ''guerra estaba confinada en los reinos de Aragón, que tenían que ser conquistados palmo a palmo por los ejércitos levantados en el resto de España. La lucha en lo sucesivo, aunque los españoles no lo conociesen entonces, no era tanto entre dos pretendientes como entre dos tradiciones étnicas antagónicas; los hombres de sangre franca y goda, con sus asambleas libres feudales, que miraban los reyes como jefes elegidos contra los celtíbero-romanos, influídos por el cristianismo, con su idea profundamente arraigada de una democracia igual bajo un César semisagrado; o en otros términos, los teutones contra los latinos.'' (Página 544). La cuestión de propiedad en los términos es relativamente vana. Lo importante es que haya términos y que los dados caigan del cubilete de la étnica.

Once páginas adelante, en la 555, surge de nuevo la raza española que a mediados de 1707 era el pleito de un perro germánico y un gato latino. En cuanto a la vitalidad de **la raza española,** bien la patentizaba el hecho de que, en medio de los terribles sufrimientos e interminables sacrificios acarreados por los errores y la ambición de sus gobernantes, el país había renacido a nueva vida con el reciente ideal de la unidad de territorio y de trono, en sustitución del sueño muerto de dominación espiritual del mundo.'' A un lado, los teutones y los latinos, los celtíberos romanizados y bautizados, y los francogodos feudales.

Pero esto es momentáneo. Poco tarda en ser preciso apelar de nuevo a la etnografía. Porque Carlos III ''y sus ministros napolitanos, Grimaldi y Esquilache, creyeron que el pueblo español sería tan dúctil como los italianos del Mediodía. Olvidaron, si lo supieron alguna vez, que en la composición de la raza española entraba buena parte de aquella sangre celtíbera, celosa y tenaz, que tanto había dado que hacer a los ejércitos cartagineses y a las legiones de Roma.'' (Página 571). El y sus ministros podían olvidar eso, podían no saberlo; pero Hume olvida siempre lo que dice páginas atrás; ol-

vida que precisamente la sangre celtíbera castellana había sido el elemento de que se valió un César semisagrado para imponerse a los teutones aragoneses. El y los suyos "olvidaron, además, que el aislamiento de los valles del país y las guerras de razas habían llevado a los españoles a odiar fieramente todas las cosas extranjeras, y que la nación había vivido durante dos centurias animada por la fe en su superioridad sobre todas las restantes." (Pág. 571). También olvida Hume que la fe en la superioridad se había acabado, según él, después de ver destruída la Invencible Armada; que según él, fracasó la obra unificadora de Fernando e Isabel, quedando sólo un pueblo de escépticos, perfectamente ajenos a toda convicción. Pero por una de las raras contradicciones de esta psicología, el español sigue siendo español, "y la manera de un buen español era más que nunca rechazar todo lo que no tuviese el sabor de aquellos antiguos tiempos en que España era un mendigo andrajoso henchido de vanidad, y la Santa Inquisición el poder más fuerte del país." (Pág. 579).

Hasta aquí he venido anotando al margen el libro de Hume sin ver otra cosa que la inocencia de su psicología de coronel, esa psicología fácil, llana, incongruente y por todo ello, no sólo eficaz para seducir a las plebes, sino recomendable a la simpatía de los que admiran la rara prenda del candor en quien escribe. Pero no es posible dejar de anotar dos hechos. En primer lugar, debe señalarse la existencia de un contrabando de malevolencia muy enconada entre el fardaje de la buena fe. En segundo lugar no hay sólo contradicción o ingenuidad en ciertos puntos de vista del autor: hay una manifiesta usurpación de funciones que no le incumben.

El libro de Hume pretende ser un libro de historia, y hoy toda persona que se respeta, no lleva a la historia sino lo indiscutible, pues cuando lleva lo discutible presenta pruebas y anuncia formalmente el debate.

Voy a hacer una cita algo larga. Es necesario que así sea. El coronel trata un tema demasiado serio. Nos dice que los españoles perdieron todo equilibrio mental y dejaron en la historia un gran rastro de sangre. "Era a sus ojos un pueblo elegido, que a la sombra de la cruz no podía hacer ningún mal; la Inquisición había santificado la crueldad en el servicio de Cristo. La confiscación y la muerte habían sido el destino de los conciudadanos de dudosa ortodoxia; el despojo y la expulsión habían sido impuestos en nombre de la fe a sus

parientes moros ante los ojos levantados al cielo de su santa reina. ¿Serían más escrupulosos aquellos rudos campesinos, marineros y soldados, que los mejores de entre los suyos? Si era acepto a los ojos de Dios quemar y saquear a españoles cuya doctrina era discutible, ¿cuánto más grata no sería la sangre de salvajes infieles que no creían en nada? Y sobre todo, ¡cuánto más provechosa para los matadores que en este caso podían guardarse ellos mismos el botín de sus víctimas con la aprobación de su conciencia! Todo esto fué haciéndose más evidente a medida que corría el tiempo, y dejó su impresión profunda en España; pero era consecuencia natural de lo que había precedido al descubrimiento de América; a saber: la determinación de Isabel y Fernando de utilizar el fanatismo religioso en la consolidación de sus reinos.'' (Págs. 335-336).

Aquí la psicología viene adornada de economía política. La psicología sigue siendo de soldado. Pero la economía política parece de predicador metodista. Un verdadero soldado no hablaría así. El menos experto de los coloniales sabe que los indígenas no fueron condenados a muerte para despojarlos de sus bienes. Y esto no sucedió porque los indígenas no tenían bienes. El oro atesorado existía en cantidades insignificantes. No hubo en América otro tesoro que el de Atahualpa, y pareció grande sólo porque se le repartieron unos cuantos conquistadores. Si Pizarro hubiera llevado el número de soldados que acompañaban a Cortés, se habrían quedado sin saber lo que era la fortuna del botín. Pero la palabrería lleva mucho ruído y el párrafo suena. Por eso lo han dejado pasar.

Siempre que habló de cuestiones económicas, hace Hume afirmaciones que rivalizan con su psicología. ''El descubrimiento de América, con el aflujo del oro, fácilmente arrancado a los indígenas, cambió de pronto el aspecto de la industria en la madre patria durante la primera mitad del siglo XVI.'' (Pág. 410).

Bienaventurados los historiadores del pueblo español. Tienen el privilegio de ignorar que el oro no fué arrancado a los indígenas. El oro fué arrancado a la tierra, en los lavados de los ríos y en el seno de las montañas. Pero Hume necesitaba un conquistador de teatro.

Pasemos a la industria, y veamos cómo ''en cincuenta años, a partir de la muerte de Isabel, España se hizo un país comercial y manufacturero.'' (Pág. 410). Recuérdese que había

sido un país ganadero y pésimo agricultor, salvo en Valencia, Murcia y otras partes, según Hume. "Hubo gran aflujo de las clases agrícolas a las ciudades, especialmente en Castilla, cuya industria superior era la fabricación de paños; y los salarios subieron rápidamente. En Toledo y Segovia, sobre todo, los telares se elevaron al quíntuplo en los veinticinco años anteriores a 1550, y en todos los puntos del país se trabajaba activamente para proveer a las nuevas necesidades de América." (Pág. 410). Notemos que en todas partes se trabajaba activamente, que en Segovia y Toledo los telares subieron al quíntuplo, que los jornales se elevaron de un modo considerable, que el país se había hecho industrial y manufacturero. Esto fué obra del oro de América y de la demanda de productos para las nuevas colonias. La transformación se operó en medio siglo, y durante la segunda parte de ese medio siglo el movimiento adquirió un ritmo acelerado.

Las anteriores pinceladas o brochazos se encuentran en la página 410. Pero ya vamos a pasar de esta página a otra, y como siempre, ansioso de hacer un nuevo cuadro, Hume olvida el que acaba de pintar. Toma otros colores y otra tela. Sale el nuevo cuadro, y el artífice escribe bajo una leyenda explicativa. En verdad, no sabemos si es más admirable la incongruencia de los cuadros o de las leyendas.

"Los extranjeros acudieron. Se había expulsado a los judíos, pero fueron sustituídos por los genoveses." ¿A qué se debió que acudieran los extranjeros? El autor no señala en primer lugar las causas económicas. Enamorado de las frivolidades, este **historiador del pueblo**, no aparta los ojos a la corte. "Los continuos viajes de Carlos, y el enorme número de flamencos, alemanes e italianos que venían en su séquito, o eran atraídos por su presencia, introdujeron en las ciudades un contingente extranjero numeroso." Cualquiera de los historiadores de la transformación económica del siglo XVI en España, nos dice cosa muy distinta. Con todo, prosigamos. "Se había expulsado a los judíos, pero los genoveses no eran una mala sustitución, y no tardó en caer en sus manos la mayor parte de las operaciones bancarias y del cambio extranjero. La exportación de mercancías a América sólo podía hacerse desde Sevilla. España no podía esperar dar abasto a tan crecientes pedidos, para los cuales no estaba preparada, ni por asomo, su lánguida e impopular industria, y de Flandes

e Italia vino una gran cantidad de artículos manufacturados para su industria.'' (Pág. 411).

Ya la industria no es próspera, ni va en aumento. Es impopular y es lánguida. ¿Impopular cuando por ella se había agolpado la población rústica en las ciudades? ¿Impopular cuando había pagado altos jornales durante medio siglo, y sobre todo de 1525 a 1550?

Diríase que el autor de la página 411 es un adversario del que escribió la página 410. Sabido es que estas cuestiones han sido apasionadamente discutidas por los investigadores que estudian la historia económica de España. Hume sin duda siguió los debates, pero no le quedaron de sus lecturas sino los rasgos necesarios para hacer su fantástica historia de un pueblo imaginario.

''Ninguna medida omitieron las cortes y el rey para matar la prosperidad nacional.'' Ya la industria vuelve a ser sinónimo de prosperidad. Nos hallamos en la pág. 419. En la 411 era impopular y lánguida. Había muerto sólo por haberse presentado los alemanes, los flamencos y los italianos, a quienes atraía el rey Carlos. Pero ahora se necesita que las cortes y el rey consumen un atentado contra la industria. Esta nunca pudo haber esperado, según Hume, desempeñar un papel brillante y hacer frente a las demandas de América. No creo que las ideas económicas de las cortes hayan sido buenas. Lejos de ello, estimo que las cortes representaron la preocupación de las clases cousumidoras, que piden precios bajos. Las cortes, en verdad, no comprendieron jamás las exigencias de una industria exportadora. Opino también que las cortes no tuvieron principios fijos, aunque hubieran sido malos, pues aconsejaban medidas contradictorias. Del rey nada digamos, o más bien de la corona. Probablemente fué la menos culpable de la ruina industrial, por cuanto pretendió abrir varios puertos al comercio trasatlántico, aun cuando no lo consintieron los intereses vinculados en los monopolios. Con todo, a la corona le faltó una dirección fija y consciente. Le faltó una actitud resuelta. No podía, por lo demás, tomar muy a pechos el interés de España, estando divorciada del país a causa de sus ruinosas empresas dinásticas. Hume le reprocha con justicia que ''se apodera fracuentemente de las reservas de dinero de las Indias, destinadas a los comerciantes sevillanos, para derrocharlas en las guerras alemanas o italianas.'' (Página 411).

Pero apenas ha lanzado esta acusación, o más bien, apenas la ha reproducido, se mete en el berenjenal de sus eternas contradicciones. Dice que "a pesar del enorme incremento del comercio y de la importación de metales preciosos de América, la circulación de numerario en el país era notablemente deficiente; porque gran parte del oro y la plata no pasaba de Sevilla, sino que iba a parar a manos de los comerciantes y banqueros extranjeros, para ser **exportados** de allí." (Página 412).

Seguimos en la misma página 412. Después de explicar que el dinero de América se va a las guerras de Italia y Alemaia o se va a los mercados de esta nación y de Flandes, y después de acentuar que las remesas no pasaban de Sevilla, por lo que había excesiva deficiencia de numerario; después de ésto,—nótese bien,—y a renglón seguido, hace una afirmación singular: "Merced a estas circunstancias, todo, naturalmente, era más costoso de producir que antes; y el alza continua de los precios llevó al gobierno a una serie de expedientes que aumentaron la perturbación." (Pág. 412).

Como a Fulgencio Tapir, a Hume se le barajaron las papeletas. El autor, que no había querido **invalidar otros libros de historia**, sino hacer del suyo una clave de todos los demás, faltó a su propósito fundamental por no recordar en aquel momento que cuando "el numerario escasea de un modo lamentable," los precios no suben, sino que, por el contrario, bajan.

Los expedientes del gobierno aumentaron la perturbación ¿Pero de qué perturbación se trata? ¿De la fuga del dinero? ¿Del alza excesiva de los precios? ¿De la imposibilidad en que estaba la industria nacional para competir con la extranjera y para hacer frente a la demanda de los mercados del Nuevo Mundo?

El único medio de contestar satisfactoriamente, requeriría que el autor borrase sus dos páginas de plagios trastrocados, percatándose de que había puesto la carreta delante de los bueyes. En su precipitación, y sobre todo, en su deseo de pintar cuadros, olvidó que los hechos tienen antecedentes y consecuentes. Echó por la ventana la cronología, y con la cronología, la ley de la casualidad. Hizo el alza de precios consecuencia de la falta de numerario, cuando precisamente lo que pasó entonces fué primero que los altos precios determinados por la afluencia de especies metálicas y la falta de salidas en

los puertos españoles para surtir los mercados de América, determinaron una competencia ventajosa que aprovechó la industria extranjera en detrimento de la nacional. Y sucedió también que al sentirse más tarde la escasez de numerario, el consumidor español creyó que era sacrificado a los intereses de la industria patria, encontrando excesivamente altos los precios, agobiado como estaba por la creciente decadencia económica. Pero no fué entonces cuando "todo, naturalmente, era más costoso de produrir."

Hume copió sin discernimiento y alteró especies, porque en este punto no tenía conciencia de lo que escribía.

El libro toca a su fin. Poco nos falta que leer. Hasta lo último Hume sigue anamorado de sus fórmulas. "Así como la infusión del vigor gótico sólo había servido para suspender, no para evitar, la consumación de la decadencia que redujo a átomos la España romana, así las nuevas ideas de los Borbones franceses sólo sirvieron para reanimar temporalmente el rescoldo moribundo del imperio español, edificado sobre la base perecedera de la arrogante exaltación religiosa." (Páginas 579-580).

Esta nota final es una condensación del libro. El pueblo español es un gran pueblo, pero un pueblo que **no hace** su historia. Se la vienen **haciendo** desde fuera los que acuden a conquistarlo o a gobernarlo.

¿Habrá algo de verdad en esto? Por lo menos hay de verdad un hecho, y es que al pueblo español **se le escribe su historia** por los extraños, sin que él se impute, y casi podría decirse, sin que se interese.

La tolerancia es una de las virtudes más bellas, pero la apatía es un defecto sintomático de pueblos, o más bien, de castas en estado de postración. No se puede hablar de ciertas naciones sin provocar excesos de apasionada intransigencia. De otras es posible decir todo lo imaginable, y de preferencia cuanto existe el placer insano del masoquismo. El caso de Hume y su libro encierra un tema de meditaciones. Por este libro se conoce a España en Bombay, en Hong-Kong, en Tokío, en Filadelfia, en San Francisco, en Belbourne, en Pretoria y en Londres. Por este libro se inician en el conocimiento de la historia de España muchos españoles y muchos hispanoamericanos. Lo tradujo un profesor de la Universidad de Madrid. ¿Qué objeciones, qué reparos, qué advertencias ha hecho la pluma diligente y acuciosa de este traductor académico? ¿Qué

observaciones ha dirigido la crítica española a una obra cuya huella encontramos en libros de gran resonancia y en espíritus de influencia tan dilatada como lo es la del vizconde Bryce?

La obra de Hume pertenece a un tipo que merece estudio desde un punto de vista interesantísimo. Es acaso la ejemplificación más curiosa de prejuicio antiespañol aceptado con benpelácito como muestra de un buen hispanismo.

No sé en qué país se hubiera traducido un libro extranjero de esta índole con la ecuanimidad empleada por el profesor don José Caso. Nada más odioso, por no decir inofensivo y ridículo, que la irritable suspicacia, sobre todo contra los extranjeros, siendo la jenofobia equipolente de la incultura; pero las cosas tienen límites y los hay también para la tolerancia. Yo, por lo menos, acaso no hubiera traducido sin lija esta económica expresión de la página 519: "Felipe II trajo de Europa cuadros y pinturas." ¿Es una necesidad o un insulto? No creo que Hume haya procedido con dolo en esta pequeñez. Pero se le dejó intacto su sabor inocente. Y en historia no debe haber un solo adarme de inocencia. Sobre todo, cuando ésta viene después de una tonelada de malicia.

Carlos PEREYRA.

Quien lo dedica a "América Española."

Sección de Sociología.

Empleomanía-Burocracia

(Especial para "América Española.")

La palabra empleomanía, comúnmente usada en los primeros años después de la Independencia para significar el deseo inmoderado de obtener empleos públicos para vivir del presupuesto, ha sido sustituída, en el lenguaje político moderno, por la palabra BUROCRACIA, que corresponde con mayor exactitud a las ideas que se quieren expresar. La primera sólo significa una tendencia, una inclinación; la segunda, atendiendo a su formación etimológica, comprende la idea de poder, de dominación; es el gobierno de los Burócratas, esto es, de los Oficinistas, de los empleados públicos, que identificando su suerte con la del Gobierno a quien sirven constituyen una fuerza difícil de resistir. De esta suerte por la maravillosa relación que existe entre el pensamiento y su enunciación hemos abandonado una palabra que no corresponde ya a la idea que queremos expresar para sustituirla con otra más adecuada y más significativa.

Si nos encontrásemos en la época en que el doctor don José María Luis Mora, escribió su Discurso sobre los perniciosos efectos de la empleomanía, publicado en el Observador de la República Mexicana en el año de 1837, nos bastaría reproducir casi textualmente tan importante documento. Su autor apartándose del sendero comunmente seguido por los políticos superficiales que sólo miran en la cuestión de la empleomanía las cifras comprendidas en el presupuesto de los gastos públicos, se eleva a más altas consideraciones, y expone con toda claridad y con una fuerza de lógica irresistible el verdadero aspecto de la cuestión.

La empleomanía es una verdadera llaga social que terminará por destruir todas las libertades públicas, rebajando los caracteres, cegando las fuentes de la riqueza nacional, por cuanto aparta a los hombres del trabajo productivo, acostumbrándolos a buscar en las intrigas palaciegas y el servilismo la manera de conservar y mejorar su posición social. La propensión insaciable del hombre de imponer su voluntad a los demás, a vivir a costa ajena con el menor trabajo posible es causa de que se multipliquen los empleos más allá de lo que fuera necesario para el buen servicio de la nación. La verdadera libertad no consiste en mandar a los otros ni en vivir a expensas del Tesoro Público, sino en estar alejado lo más que sea posible, de la acción del poder y lo menos sometido que se pueda a su autoridad. Pretender lo contrario, según el sabio autor del discurso que hemos citado, es una cosa tan perjudicial como impracticable. Un gobierno, dice juiciosamente este escritor, es tanto más liberal cuanto menos influye en las acciones de los ciudadanos, y la empleomanía por la creación de los empleos públicos pone a disposición del Poder, siempre enemigo de la libertad, una gran masa de fuerza con que oprimir a los Ciudadanos independientes que viven de su trabajo y forman las clases productoras, y al mismo tiempo, degrada a la mayoría de los que solicitan los empleos, les envilece y los desmoraliza.

La falta de moralidad en los hombres, añade con sobrada razón el señor doctor Mora, es la ruina de las naciones: cuando los vicios destruyen la fuerza y el temple de una alma varonil ocupando el lugar de las virtudes, la libertad no puede sostenerse mucho tiempo ¿y qué virtudes pueden esperarse de un hombre que no se basta a sí mismo y que necesita para crear y sostener una familia de los auxilios de los poderes públicos? No es vergonzoso servir a un gobierno y servirle con lealtad y con pureza, pero en una sociedad mal organizada como la nuestra, cuando los empleos no se alcanzan sino por la adulación y la lisonja fingiendo el que lo solicita convicciones que no tiene o disimulando sus opiniones para poder obtenerlos y conservarlos aunque sea por breve tiempo no puede dudarse que la empleomanía tiene que producir los más funestos resultados. El retrato del aspirante a los empleos públicos está trazado con mano maestra en el documento a que nos referimos y revela en quien lo escribió un profundo conocimiento del corazón humano. Enemigo el pretendiente por necesidad,

de todos los que le hacen sombra, está siempre dominado por el odio y por la envidia, no omitiendo diligencia para desacreditar a sus contrincantes, procurando hacerlos odiosos a los dispensadores de las gracias, fomentando chismes y enredos, alterando por mil caminos la buena armonía que debe reinar entre los ciudadanos y perturbando, el reposo y la paz de las familias.

El trabajo, la industria, la riqueza son las fuentes de la independencia personal y de las virtudes sociales, que se ven destruídas por las aspiraciones indebidas y el insensato afán de ocupar puestos a que tal vez no son acreedores los que lo solicitan.

El que está acostumbrado a vivir y sostenerse del fruto de su trabajo sin necesidad de humillarse ante los dueños del poder ni se prestará a maquinaciones insidiosas ni a proyectos contrarios a la verdadera libertad.

La gran masa de empleados públicos constituye el más grande peligro para las libertades de la Nación, porque por medio de ellos se forma una opinión ficticia y que no corresponde a la realidad de las cosas. Los empleados y demás agentes del poder aplauden estrepitosamente cuantas disposiciones emanan de quienes les han favorecido, mientras la voz de los ciudadanos honrados e independientes se ahoga en medio de aclamaciones interesadas.

Inútil nos parece insistir en demostrar verdades tan evidentes; más bien deberíamos admirarnos al ver que han sido desconocidas u olvidadas por la mayor parte de nuestros gobiernos. Un amigo nuestro, persona de buen juicio y de recto criterio, a quien dimos para que lo leyese el discurso del señor Mora, llegó a decir que debía dársele lectura en las escuelas públicas para que los educandos conociesen el mal tan grave que a la nación causa la empleomanía.

En la actualidad, según dijimos al principio, esta tendencia a vivir del presupuesto se ha convertido en una verdadera BUROCRACIA, esto es, ha adquirido un poder que antes no tenía. Ya no son hechos aislados que cuando son conocidos dan lugar a críticas más o menos justificadas.

Es, por decirlo así, la BUROCRACIA, una verdadera institución que debe tenerse en cuenta para combatirla, como un mal social, ya que en sentido contrario hay la propensión a favorecerla y aumentar con frívolos pretextos sus perniciosos efectos. Suelen verse funcionarios públicos que teniendo en

poca estima la dignidad de las funciones que ejercen, no vacilan en renunciar a ellas, para tener un simple empleo. Se prefiere muchas veces la conveniencia que no siempre resulta segura, de vivir a costa del ERARIO por largo tiempo o por toda la vida, al ejercicio de funciones que cuando se desempeñan dignamente engrandecen y ennoblecen; pero que por su naturaleza, tienen que ser temporales. Se ha llegado hasta el extremo de confundir la autoridad que se ejerce en nombre de la LEY sobre los demás ciudadanos, ya sea en los cuerpos legislativos dictando leyes o en el Poder Judicial administrando justicia, con los servicios prestados en un empleo.

¿Y cuál será la causa de tan graves males y cuáles los medios de remediarlos? En verdad que no acertamos a dar una contestación satisfactoria a esta doble pregunta. La complexidad que es propia de todos los fenómenos sociales no permite señalar como única causa de ellos un solo hecho o una sola circunstancia. La empleomanía, o mejor dicho, la Burocracia, que tiende a dominarlo todo, a convertir a los servidores de la Nación en instrumentos de dominación y de tiranía es, en nuestro concepto, un fenómeno social que se verifica en todos los pueblos de raza latina: entre nosotros ha existido siempre, pero en la actualidad ha asumido grandes proporciones con motivo de la última revolución. Confundiendo lastimosamente la igualdad de derechos civiles y políticos de que siempre hemos disfrutado los mexicanos con la igualdad de condiciones y de aptitudes se ha fomentado de una manera inconsiderada la tendencia a la empleomanía. Nuestras Oficinas Públicas se ven ocupadas por multitud de artesanos que abandonando sus antiguas labores han creído encontrar en los sueldos que el presupuesto señala una manera de buscarse la vida con mayor amplitud y menos trabajo. Se ha creado también una especie de proletariado intelectual formado por no pocos profesionistas, abogados, médicos, ingenieros, etc., que por la competencia que les hacen otros más aptos o más afortunados tienden a hacer valer todas las influencias de que pueden disponer para lograr que sus nombres figuren con el mayor sueldo posible en la NOMINA de los empleados de la pública administración.

La liberalidad con que éstos han sido dotados, es causa de que los individuos particulares o las empresas comerciales o industriales no puedan competir en remunerar a sus depen-

dientes, en la proporción en que lo hacen los gobernantes que tan pródigamente disponen de los fondos públicos. Todos prefieren servir al municipio, al Estado, o a la Federación que paga tan generosamente, aun cuando no se tenga la seguridad de recibir el sueldo completo, a cooperar con su trabajo personal al aumento de producción en una casa de comercio, en una Finca de campo o un establecimiento industrial. La intromisión que se ha dado a los gobiernos en muchos actos de la vida social bajo el pretexto de higiene pública, de fomento a la enseñanza, etc., etc., ha dado motivo para que se multipliquen los empleos más allá de lo que exigen las verdaderas necesidades de la Nación, aumentando de manera inconsiderada los presupuestos y recargándose la propiedad, el comercio, y la industria con impuestos de ordinario exagerados y no siempre bien distribuidos.

Y no hay motivos para esperar que este mal cese. Siempre los sentimientos de gratitud hacia sus favorecedores, y si esos no fueren suficientes, el interés personal de conservar su puesto se sobrepondrá en el ánimo de los empleados a consideraciones de otro orden. Teóricamente se admite la distinción entre la lealtad que debe exigirse de los empleados en el cumplimiento de sus deberes oficiales y el derecho que éstos tienen como ciudadanos para expresar libremente sus opiniones y votar en las elecciones conforme al dictamen de su conciencia.

Pero en la práctica, todo se olvida, y no dudamos que la opinión de la muchedumbre condene como un acto de ingratitud al empleado público que se atreva a dar a conocer sus opiniones en política contrarias a las de su respectivo jefe. La distinción entre el derecho que todo ciudadano tiene para influir con su voto en la dirección de los asuntos públicos y la obligación puramente pasiva de desempeñar fielmente los deberes de su oficio que tienen los emplados, sólo puede concebirse por personas ilustradas y respetuosas del derecho de los demás.

Los perniciosos efectos de la empleomanía o mejor dicho, de la BUROCRACIA REINANTE, no se llegarán a corregir si no se reduce de una manera prudente y bien meditada el número de los servidores del Gobierno en los diversos ramos de la administración; si no se señalan de una manera igualmente prudente y equitativa los emolumentos de que éstos deben disfrutar y si no se asegura la suerte de los servidores de

la Nación poniéndoles fuera de los peligros a que se ven expuestos por el favoritismo y las consideraciones personales. Detrás de la numerosa falanje de empleados, se cuenta otra más numerosa todavía de aspirantes que esperan suplantarles y ocupar las numerosas vacantes que suele haber, ya sea por fallecimiento o destitución de los que se han encontrado prestando sus servicios o por causa de las remociones que suelen hacerse con demasiada frecuencia.

Pero todavía esto no será bastante porque siempre quedará un gran número de personas sin ocupación, mientras no se fomente la industria, el comercio, y la agricultura. De nada servirá que tengamos gran número de hombres instruídos en las ciencias, o en las artes, si no tenemos en que ocuparlos y si éstos, por causa de su necesidad, se ven obligados a intrigar constantemente para lograr que sus nombres figuren en los presupuestos de los gastos públicos, porque de otra manera no podrán subsistir.

El gobierno que lograra realizar tan hermosas ilusiones, haría un gran bien a nuestra Patria y se haría acreedor a la gratitud de todos los mexicanos.

S. MORENO.

Orizaba, abril de 1922.



Sección de Historia Contemporánea.

¿El Fin de un Cautiverio?

Traducido expresamente para "América Española," por Francisco M. de Olaguíbel.

El 19 de septiembre de 1870, al saber Pío IX que las tropas italianas se acercaban a Roma, recomendó al general Kantzler, comandante del pequeño ejército pontificio, que entrase en pláticas acerca de la rendición, en cuanto la primera brecha fuese abierta. "En el momento—dijo S. S.—en que Europa entera llora innumerables víctimas a consecuencia de la guerra entre dos grandes naciones, no debe decirse que el Vicario de Jesucristo, aun cuando haya sido injustamente asaltado, consiente en el derramamiento de sangre."

En ese sentido dictó el Papa-Rey sus órdenes, las cuales fueron obedecidas. Al día siguiente, en cuanto los soldados del general Cadorna abrieron una brecha en la Puerta Pía, Kantzler hizo enarbolar la bandera blanca; la sangre de los zuavos, sangre de Francia, ofrecida a Pío IX—cesó de correr, y Roma pasó a poder de otro amo. Transidos de dolor, nuestros zuavos hacían sus maletas para Francia, en donde con toda urgencia se requería sus brazos y quizá su vida. El séquito de Pío IX, que temía para él la crueldad de las emociones, quiso ocultar a sus ojos aquellos paladines que se alejaban; pero nuestros zuavos, que en silencio habían entregado sus armas y que capitularon en silencio, levantaron de pronto la voz: Ver todavía al Papa—exclamaban—; que nos bendiga una vez más, y partiremos consolados."—Pío IX los oyó; y ni prelados ni médicos pudieron contenerle: con sus pro-

pias manos abrió él mismo la ventana de su habitación, que daba a la plaza de San Pedro, y con los brazos extendidos hizo resonar la fórmula grandiosa de la bendición...... La plaza quedó vacía, y Pío IX se dejó caer, desmayado en un sillón. Cuando volvió en sí, el cautiverio había comenzado.

El Papa, despojado de su sobernía, resolvió emparedarse en el Vaticano; quiso que el Papado llevase en lo sucesivo una existencia de protestatario, a fin de atestiguar con la protesta misma que si la ocupación de Roma podía haberle destronado, no le sometía a vasallaje; y que su magisterio seguía libre, como libre continuaba su palabra.

Las pompas romanas dieron fin. No se vió ya el jueves santo, en la basílica de San Pedro y en la gran sala situada arriba del peristilo, la conmovedora ceremonia en la cual el Papa lavaba los pies a doce peregrinos—que representaban a los doce apóstoles—y luego les servía la mesa. Los cañones del castillo de Santangelo, que en la mañana de Pascua anunciaban, con catorce salvas, la Resurrección, permanecieron mudos; y el balcón de San Pedro, desde donde el Papa, después de la solemne misa pascual, daba la bendición a la multitud, se cerró por largos años. Acabó el pintoresco cortejo con que el Papa iba cada día 26 de mayo, a honrar a San Felipe Neri en la iglesia de la Vallicellane..... Parecía que Pío IX, aunque permaneciendo en Roma, se había desterrado de ella.

Innumerables peregrinos llegaban a Roma, para ver al Papa cautivo; desde en vida del Pontífice, sus reliquias eran objeto de disputa; su prisión voluntaria le formaba una aureola. Con sus visitantes tenía palabras de confiada y ferviente tenacidad, con las cuales parecía asirse al suelo de Roma, en donde se sentía alojado de manera precaria. Por ejemplo, un día, al recibir a una familia, decía: ''Asegurad a este niño, que acaso más tarde vuelva aquí con sus hijos, y quizá con los hijos de sus hijos, que siempre encontrarán en pie un hombre vestido de blanco como yo.'' Cuando en el mundo, la Iglesia tenía alguna queja contra un Estado, el papa cautivo gustaba de las audacias de lenguaje, de las quejas vehementes y dolorosas, que daban fe de lo inaccesible de su soberanía; y quejas y audacias iban, a veces, en derechura a la dinastía italiana, instalada a dos kilómetros de su morada, en el Quirinal, que fué su palacio de verano.

Por algunos años uno de nuestros barcos, el **Orinoco**, per-

maneció en la cercanía del litoral de los antiguos estados romanos, para recibir al Papa, si quería salir de Roma. Pío IX aceptaba ese último indicio de la fuerza material puesta al servicio de su poder moral; en 1872 recibió en audiencia a la tripulación. Pero Italia se quejó a Francia, hubo crisis en la embajada de Roma, y el barco se alejó, en breve. Las quejas de Pío IX contra los actos del gobierno italiano, se hacían más y más frecuentes; sus discursos de consistorio parecían más bien requisitorias. Y además, en la intimidad tenía expansiones: cierta ocasión, ante una estampa popular, que le representaba al lado de Víctor Manuel y Garibaldi, exclamó: ¡Se decía que no podía haber dos soberanos en Roma, y hé aquí que somos tres!

Cierto día del mes de enero de 1878, Pío IX, enfermo ya, supo que Víctor Manuel, el que le había arrebatado Roma, se encontraba en un estado desesperado. Sobre el Quirinal había un entredicho; pero Pío IX hizo llamar a Monseñor Marinelli, el cura de los palacios apostólicos, y le dijo: Tomad un coche, monseñor, y dirigíos al Quirinal. Presentaos en mi nombre y de mi parte, y pedid hablar al rey Víctor Manuel. Os doy plenos poderes para levantarle todas las censuras.'' Monseñor Marinelli no tardó en regresar al Vaticano: ministros, edecanes, médicos, todo el mundo, le había impedido el acceso a la alcoba real..... ¡Desdichados,—exclamó Pío IX —han querido detener el perdón de Dios! El pobre rey culpable no es más libre en el lecho de muerte que en el trono..... ¡Hoy es cuando siento no poder atravesar las calles de mi ciudad de Roma! Quisiera tener fuerzas para levantarme. Iría al Quirinal, y sería preciso que se me dejase entrar.'' Mandó al capellán del rey, al Quirinal, las facultades necesarias para que administrase al soberano los sacramentos, sin condiciones; dió permiso para que los reales despojos fuesen inhumados en la iglesia del Panteón; y menos de un mes después, Pío IX sucumbió. El primero y el último acto de su vida de cautivo habían sido dos ademanes de misericordia: uno para las tropas italianas que atacaban a las suyas, y otro para el rey que le había arrebatado sus Estados; pero uno y otro sostenían en toda su plenitud la integridad de sus protestas.

*
* *

Estas protestas fueron renovadas por León XIII al día siguiente del Cónclave que le ciñó la tiara. Joaquín Pecci, arrobispo de Perusa, que entró en el Vaticano para tomar parte en la asamblea, no debería salir nunca: ¡era ya Papa!

El 15 de julio de 1890, la prensa del mundo entero recibió por telégrafo la noticia de que el Papa había dejado por un instante el Vaticano. Tal era la interpretación aventurada del nuevo itinerario seguido por León XIII para ir en coche, de su palacio a los jardines del mismo. La calle de la **Fondamenta**, que sigue el contorno de la cabecera de la basílica de San Pedro, es territorio italiano, y conduce hacia un patio, el **Cortile del Forno**, que forma realmente parte de la comprehensión del Vaticano, y que, sin embargo, hay que atravesar para llegar a la **Zecca**, en donde en otros tiempos se fundía la moneda del Papa y hoy se funde la del rey. En esta **Zecca**, Italia coloca un centinela, el cual contempla, a pocos pasos de él, a los suizos que, en el fondo del **Cortile del Forno,** guardan la puerta posterior del Vaticano, la misma por donde entran los carruajes que se dirigen al patio de San Dámaso. Y del mismo **Cortile** se desprende, por otra puerta, otra avenida que lleva a los museos y los jardines pontificales. Habitualmente, para dirigirse a los jardines, León XIII lo hacía por el interior mismo del palacio, atravesando los museos y la biblioteca; y aquel día 15 de julio de 1890, que tanto ruido hizo en el mundo, el Papa no tenía otro objeto que pasear en sus jardines, sin que tratase en modo alguno de hacer una aparición en Roma. Pero al subir al coche en el patio de San Dámaso, llegó al **Cortile del Forno** por el camino que toman todos los carruajes para salir del Vaticano, y luego, atravesando el **Cortile** siguió por la otra vía que lleva a la puerta de los jardines..... Ahora bien, ese **Cortile**, territorio medianero ¿pertenecía al Papa? ¿pertenecía al rey?..... La prensa italiana, que optó por la segunda opinión, se apresuró a proclamar jubilosamente que León XIII, aflojando los lazos de su cautiverio, había atravesado por fin algunos metros de territorio italiano..... Durante algunos días los comentarios se multiplicaron, y León XIII los refutó, y luego los hizo cesar, cuidándose de volver a seguir ese itinerario. Después de ese intento, como antes de él, una de las dos berlinas realza-

das de oro, en las que daba, tres o cuatro veces seguidas, la vuelta a sus dominios, continuó esperándole en la puerta misma de los jardines; en silla de manos, por la escalera grande del museo, el Papa llegaba a esa puerta, subía al coche y tomaba el camino de carruajes, de tres kilómetros de largo, que sigue muy de cerca el muro divisorio, o bien la hermosa calzada de plátanos y encinas que llevaba al pequeño Casino, en donde León XIII gustaba de pasar muchas horas durante el verano.

Sin embargo, algo menos doliente había en el cautiverio de León XIII que en el de Pío IX. Las grandes ceremonias papales en el interior de San Pedro, las de la Sixtina, recobraron su esplendor; no menos de sesenta y nueve se celebraron en el curso del jubileo de 1900. La mirada de León XIII se había fijado en la basílica de Letrán, con el propósito de hacerla restaurar; en algunos barrios abandonados de Roma, para edificar iglesias; en la miseria de alguna parte de la población, para abrir cocinas económicas y asilos de noche. La ciudad de Roma, que nunca fué su capital personal, era para León XIII como su diócesis, a la vida de la cual quería mezclarse activamente como Papa. Y eso resultaba ya como una primera atenuación a los rigores del cautiverio. Por lo demás, las ojeadas que echaba sobre Roma le revelaban que un gran número de las antiguas familias, de donde habían salido Papas para la iglesia, poco a poco, de una manera formal o implícitamente, se habían pasado al rey. El mundo **negro** y el **blanco** tendían a compenetrarse. Excepcionales y singulares ejemplos resultaban el del príncipe Massimo, ex-ministro de Correos bajo el reinado de Pío IX, que aparecía en las solemnidades del Vaticano con su gran uniforme de ministro o el del príncipe Lancellotti, que manifestaba al Papa la inmutable permanencia de su fidelidad mateniendo estrictamente cerrada, aun las noches en que daba bailes, la gran puerta de entrada de su palacio, y obligando a sus invitados a deslizarse por una pequeña hoja apenas entreabierta. Hasta las familias históricas que de generación en generación tuvieron el honor de ministrar los príncipes asistentes del trono pontificio—los Colonna, los Orsini—no se abstenían de expresar complacencia con el nuevo poder instalado en el Quirinal, y entre los prelados de su corte, León XIII sabía de más de uno cuyos hermanos eran funcionarios o altas dignidades del reino.

Los romanos gustaban mucho de las fiestas del Papa, que atraían extranjeros de todos los países y eran más productivas para la ciudad que las de la corte real; así es que querían conservar al Papa, y cuando el gobierno cometió la torpeza de erigir una estatua al filósofo Giordano Bruno, autor de un libelo antipapal intitulado **La bestia triunfante**, se inquietaron con ansias vivas a la noticia de que había voces cardenalicias que aconsejaban a León XIII que saliese de la Ciudad Eterna, en son de protesta. Así, los romanos se acostumbraban a ver cómo los dos poderes convivían lado a lado, y se divertían con el juego de las **combinaciones**, que amortiguaba los choques y preparaba, quizá, una inteligencia remota o próxima.

Pío IX tuvo en su cautiverio la amargura de un expoliado; León XIII, nacido dentro de los Estados de la Iglesia, a cuya administración estuvo asociado en su juventud, conservaba también, en cierto modo, una impresión de desgarramiento personal, ante los acontecimientos que habían transformado a Roma. Un veneciano—Pío X—un genovés—Benedicto XV—se sentaron después en la silla de San Pedro. Por su origen, los nuevos Papas dependían de territorios en los cuales Italia victoriosa de Austria había sido aclamada, sin reticencias ni reservas; y aun cuando continuasen considerando la cuestión romana como una dificultad grave, destinada a durar mientras la independencia territorial del Pontífice no quedase suficiente y notoriamente garantizada, Italia presente en Roma no producía sobre ellos impresiones tan penosamente agudas como las que resentía y expresaba Pío IX, cuando se declaraba **sujeto a un yugo enemigo**. Ellos también volvieron a cerrar la puerta del Vaticano; pero en Bolonia, antigua tierra de la Iglesia, Pío X enviaba al cardenal Svampa a saludar al rey y a comer con él; y en la misma Roma un contacto cada vez más íntimo, cada vez más caluroso, se establecía entre el Papa y la población: él no salía, pero ella entraba, en presuroso oleaje. Todos los domingos, la plaza de San Dámaso estaba negra de gente: las parroquias de Roma venían, una tras de otra, a prosternarse ante Pío X y a oirle comentar el Evangelio.

Además, se preparaba una gran novedad, esbozada por Pío X y que Benedicto XV terminó del todo. Durante treinta y cinco años, la Santa Sede prohibió a los católicos de Ita-

lia que tomasen parte en las elecciones políticas, así en calidad de electores, como de elegidos; y aun cuando esa prohibición tuvo una observancia muy mediana, especialmente en el Mediodía, resultaba, sin embargo, que el elemento católico del reino estaba teóricamente excluído de la vida nacional. En determinadas circunstancias, Pío X autorizó a los católicos a votar; y bajo el poder de Benedicto XV, se formó un partido parlamentario, el popular, que, sin comprometer en modo alguno al Vaticano con sus actos, representa en la Cámara italiana los intereses católicos y constituye el eje de la mayoría parlamentaria. Desde entonces, el **yugo enemigo** de que hablaba Pío IX está en manos de una mayoría parlamentaria en la que los católicos tienen influencia: esta ha sido la transformación de la política.

Siempre cuidadoso de su libertad soberana, el Papado acaba de recordarlo en una comunicación oficial, el día mismo en que Pío XI fué electo, al referirse a **los derechos inviolables de la Iglesia y de la Santa Sede, que ha jurado afirmar y defender.** Pero, con esta reserva, el balcón exterior de San Pedro se abrió al fin, por primera vez desde 1870; y desde allí Pío XI, al bendecir a todas las naciones y todos los pueblos, bendijo a Roma y a Italia. Después volvió a la reclusión impuesta por sus predecesores, y mientras su bendición tendía el vuelo a través del mundo, acaso había obreros de la conciliación que emprendieran trabajos para poner fin a esa clausura...... ¿Qué logrará su labor? ¿Será ella compatible con los intereses generales de la cristiandad?...... Será Pío XI quien lo estudie y resuelva. Por el momento, el cautiverio de los Papas se prolonga; pero ya entra en una nueva etapa, puesto que Pío XI inauguró el suyo, el día 6 de febrero de 1922, con una bella sonrisa de bendición, amorosa y pacífica.

Georges GOYAU.



Sección Bibliográfica.

M. Gutiérrez Estrada

(Traducido para "América Española.")

M. Gutiérrez de Estrada, que acaba de morir, (1) era un hombre de bien, católico fervientísimo y celosísimo patriota. Fué una de las más altas personificaciones de la nacionalidad católica mejicana, y quizá la última. Puede decirse que con él terminó el Méjico cristiano y europeo. En efecto, la civilización abandona a Méjico, y no es más que un territorio reconquistado por el salvajismo. Las doctrinas del siglo XIX traen consigo las tinieblas que el cristianismo había disipado; en esta nueva noche, la sangre humana será regada como en otros tiempos en las aras de estúpidos ídolos.

M. Gutiérrez vivió cuando las sediciones y traiciones arrancaron a Méjico de la corona española, cuyos servicios no despreció. Fué de aquellos que quisieron impedir la **independencia** de caer en la anarquía porque preveía que la anarquía iría a sepultarse en la servidumbre. Llegó a ser ministro y conoció la profundidad del mal.

Comprendió que la caída de la dinastía no tardaría en arrastrar la de la aristocracia. Un país que ya no tiene ni reyes ni patricios, es imposible que pueda conservar por mucho tiempo una Iglesia; desde ese instante está expuesto a perder violentamente hasta su nacionalidad, hasta su vida.

M. Gutiérrez vió desencadenarse sucesivamente estas consecuencias funestas; tuvo el supremo dolor de ver morir a su patria. ¡Y qué refinamiento tuvo para él este suplicio, puesto que la catástrofe final, en alguna manera, fué precipitada por el remedio con el cual había esperado evitarla!

(1) Adviértase que este artículo se escribió en 1867.

Con la convicción de que Méjico no poseía los recursos necesarios para salvarse de la anarquía y que ella lo arrojaría bajo el yugo de los Estados Unidos, M. Gutiérrez había resuelto consagrar su vida para restaurar en Méjico si no el poder español, cuando menos la monarquía. (1) Vino, pues, a Europa con la esperanza de encontrar allí un rey. Pero no encontró sino la Revolución más dominante en el espíritu de los soberanos y hombres de gobierno, que en el de los pueblos.

No se desanimó. Se esforzó por hacer comprender cuánto interesaba a Europa precaver la formación inminente de esta formidable unidad americana, y a quien la posesión de Méjico entregaría todos los caminos comerciales, y por consiguiente, el imperio del mundo. Visitó a todos los hombres políticos que desde hacía treinta años, tenían los asuntos en sus manos. Los obligó a mirar y colocar el dedo en la llaga; les preguntó lo que podría hacer Europa frente a la barbarie americana, si Méjico no llegaba a ser la sede de un imperio europeo y católico.

No se le escuchó o se fingió no escucharle, y aquellos que le habían oído le dieron la respuesta del paralítico del Evangelio: non habeo hominem. Para semejante obra no hay hombre de suficiente fuerza o suficiente buena voluntad. ¡Momentos terribles aquellos en que la humanidad entera se hace esta reflexión: La piscina, en vano removida por el Angel, no me aliviará, porque no hay un hombre que pueda o quiera sumergirme en sus ondas saludables.

Sin embargo, llegó un día en que M. Gutiérrez creyó realizados sus deseos. El Emperador de Francia vió la magnitud de la empresa que proponía, y un príncipe católico se ofreció para esta gloriosa aventura. Por un aumento del favor del destino, América, en guerra contra sí misma, no podía oponerse a nada. ¡Se contaba con el tiempo y con Francia!

Vimos a Gutiérrez en estos días de esperanza y de triunfo, al día siguiente de una visita a Miramar, en que venía de llevar una corona, sin querer en cambio otra cosa que la glorio patriótica y cristiana de haberla colocado bien. Estaba lleno de gozo, arrobado de su príncipe, de la nobleza de su carácter, de la profundidad de sus pensamientos, de sus vastos conocimientos, pero sobre todo de su piedad.

---

(1) Suponemos que este es error de Veuillot, pues Gutiérrez Estrada nunca fué enemigo de la independencia.

¿Cómo tantas esperanzas han abortado tan pronto y cruelmente? Es necesario callar por respeto a un inmenso infortunio, y porque esta dolorosa historia no es aún suficientemente conocida. Puede ser que à esta hora el Emperador Maximiliano, príncipe piadoso, pero lleno de las ilusiones más peligrosas para los reyes y más funestas para los pueblos, desgarrado por las angustias, expíe en una cautividad sin gloria los errores religiosos y políticos que marcaron su efímero reinado. M. Gutiérrez veía el mal, lo consideraba incurable, veía morir a su patria; y murió lleno de misericordia y de dulzura, bendiciendo a Dios por haberlo llamado a la patria que no muere. (1)

MELANGES RELIGIEUX, HISTORIQUES, POLITIQUES ET LITERAIRES, par

LOUIS VEUILLOT.

---

(1) El 7 de mayo de 1867 murió en Roma el gran don José Miguel Gutiérrez Estrada, uno de los iniciadores y consumadores del segundo imperio, y nos parece oportuno, para honrar su memoria, publicar el precioso artículo que le dedicó Luis Veuillot en "L'Univers," a raíz de su muerte, por más que contenga ciertas inexactitudes, como la de que Gutiérrez Estrada fué enemigo de nuestra independencia (bien que esto no aparece muy claro en la exposición del gran francés) cosa que yo no creo. De todos modos, Gutiérrez Estrada, fué un gran patriota, pues por el bien de Méjico, como él lo veía, sacrificó su vida entera.—**La Dirección.**



Conferencias de Elocuencia Forense

XI.

LO PATETICO Y LO COMICO.—PLAN PARA UNA CONFERENCIA. (1)

Nada, en mi concepto, debe estudiar el orador como estos dos grandes elementos de la oratoria, porque al mismo tiempo que pueden constituir poderosísimos recursos, es más fácil aún se conviertan en los más peligrosos escollos.

Para hacer llorar a los demás, se necesita que el orador llore realmente, es decir, que sufra, aunque no precisamente derrame lágrimas, y para hacer reir al auditorio con risa natural, franca y sana, es indispensable que el orador sienta palpitar en su alma la alegría.

Lo patético es la expresión del dolor o de lo que lo produce; lo cómico la expresión del regocijo o de lo que lo causa.

Sobre lo primero se me ocurren estas reflexiones:

1a. El orador debe sentir la pasión, si quiere comunicarla (ya hemos dicho que la pasión del bien) pero no dejarse dominar por ella, porque si la pasión domina, la razón calla y el hombre, sin ésta, no es más que un loco.

La serenidad, dijo Hegel, es el fondo del arte y el espíritu del orador debe estar siempre en la serenidad de la razón para que pueda dirigir sus pasiones y las de los otros.

---

(1) La conferencia No. X, sobre "La Originalidad," se publicó en nuestro número 4, pero podremos proporcionar la fascícula respectiva mediante el precio, al que no la tenga por haberse suscrito posteriormente.

2a. Si el orador cree que no puede comunicar su pasión, no manifestarla. Busque otra ocasión o prescinda, porque nada es más triste a veces, a veces ridículo que pretender hacer llorar a un público frío y burlón.

En las causas judiciales muchas veces el abogado, quiere herir la fibra de lo patético cuando el juez o el público no están en disposición de conmoverse.

Estúdiese bien y estudie de antemano a su auditorio, y si considera que no tiene su palabra fuego bastante para deshacer la frialdad del oyente, limítese a la exposición de argumentos o ceda el puesto a quien más pueda.

En la oratoria sagrada lo patético se usa más que en las otras y frecuentemente con enorme fruto. La razón de ello es obvia. Los intereses religiosos son los más grandes del hombre; los sentimientos de piedad y arrepentimiento, los más propios del alma, que, como decía Tertuliano es naturalmente cristiana; las grandes verdades de la fe como la de la redención, no se han manifestado sino en medio de terribles padecimientos de seres puros e inocentes, y sobre todo de los de la Divina Víctima; y además nadie como el fundador del Cristianismo, supo llorar y hacer llorar y todavía sus palabras repetidas con profunda sinceridad y verdadero amor, entrañan el don de las lágrimas.

(Recordar aquellos sublimes apóstrofes de Jesucristo a Jerusalem.)

En la tribuna parlamentaria lo patético es más difícil, pero puede emplearse con éxito: (Buscar ejemplos) Léase la arenga de Antonio ante el cadáver de César en el drama de Shakespeare.

En el foro, muy rara vez puede ese recurso ser eficaz, pero los grandes oradores lo han empleado a veces como Cicerón en la defensa de Rosio en que un infame calumniaba a un inocente para despojarlo de sus riquezas. Algún orador romano llegó a detener una ocasión el entierro de la víctima del asesino a quien acusaba, y frente al cadáver que pasaba **casualmente** por el foro, hizo patente la vileza del asesinato, la desolación de la familia del occiso y la ofensa terrible que el crimen infligió a la república.

Para que ese acto **teatral** sea eficaz, necesario es que el público no sospeche siquiera preparación y artificio y que el orador se conmueva realmente.

Las frases patéticas arrancadas por la explosión del senti-

miento en un discurso o fuera de él, suelen producir emociones profundas y más mientras más breves. María Antonieta acusada por un miserable de prostituir a sus hijos, se encendió en rubor y dijo tan sólo: "apelo a todas las madres aquí presentes!"

Excitar la sensibilidad del público ante una gran multitud es muy peligroso, porque la razón puede abandonar al pueblo y éste llegar al tumulto y al crimen. El orador honrado debe ser prudente, y manejar lo patético como un explosivo.

Debo, pues, presentar mis reglas ya adicionadas: no nos dejemos dominar por la pasión que expresemos; no expresemos la pasión que no juzguemos comunicable; no la comuniquemos JAMAS cuando temamos que produzca el desorden y el crimen.

*
* *

Hemos definido lo cómico de una manera muy general diciendo que es la expresión del regocijo; pero debemos hacer una división importante. Hay dos especies de cómico. La una es lo cómico superficial y ligero que no penetra en el fondo de las cosas y que sólo hace reir, no meditar, ni menos acaba por producir el llanto que es el efecto natural de toda meditación profunda. Al uno llamaremos cómico simple, al otro cómico trascendental.

Esta última especie es para el gran Ernesto Hello, lo verdadero cómico; lo demás es broma, chiste o a lo sumo descubrimiento de un lado ridículo.

Cuando el personaje de Víctor Hugo, le dice a un perro horriblemente flaco: "pobre Tutú, te has tragado un tonel," no dice más que un chiste que hace reir, pero en esto para todo. Algo más hondo puede penetrar, si es intencionada, esta broma que tomo de Bergson, acomodándola a nuestra tierra. Un yanqui oía decir que nuestros grandes volcanes, el Popocatepetl y el Ixtlasihualt, hicieron hace muchos siglos erupciones horrorosas. ¡Qué bárbaros, contestó muy serio, los dejaron apagar!

Si quiso el extranjero hacer alusión a lo que se llama nuestra pereza, nos ridiculizó ingeniosamente, pero tampoco penetró más hondo.

Mas antes de descender a explicar como mejor podamos

según nuestro leal saber y entender, ese cómico trascendental que hace pensar a los sabios y sobre lo cual tanto se ha escrito, fijemos las causas de la risa en general. 1o. La risa, y me parece que la idea es de Santo Tomás, bien que la simple observación basta para comprobarla, procede siempre de un contraste entre cosas reales o imaginarias o entre una verdadera y otra supuesta, como en el caso del perro de Víctor Hugo.

Si un patán pronuncia mal una palabra, nadie se ríe, pero si hace tal cosa un académico, la risa en los oyentes brota a borbotones.

Si cae el niño que corre por la acera, nadie se ríe, pero si el percance le sucede a un pisaverde presuntuoso que iba tratando de enamorar a las mozas de los balcones, la risa de los espectadores no puede contenerse.

¿En qué se parece Guizot a una bola de billar, decía un orador francés (Thiers, probablemente) en la tribuna? En que recorre incesantemente la superficie y nunca penetra en el fondo.

Si esto se hubiera dicho de un andarín, nadie se hubiera reido, pero Guizot tenía pretensiones de profundo y a veces lo era y el supuesto contraste, aunque éste fuera falso, producía la hilaridad necesariamente.

2o. ¿Pero basta el simple contraste para producir la risa? No, en mi concepto; se necesita algo más.

Si cae el pisaverde por acaso y él percance se reduce a que se descomponga y ensucie su lindo traje, la risa de los espectadores es segura, pero si cae herido de una puñalada y muere, el contraste de dos situaciones no puede ser más violento y, sin embargo, nadie se rie.

¿Qué sucede? Que el contraste provocador de risa debe ser tal que sólo ponga de resalto un defecto, (la vanidad del pisaverde) y no que cause una catástrofe o descubra un mal grave.

Cuando Blanca de Castelo, en la leyenda puesta en magníficos tercetos por Núñez de Arce, enseña a su amante para desengañarlo su pecho devorado por una llaga asquerosa, produce entre su belleza ostensible (la de su rostro) y su fealdad oculta, un contraste violento y nadie ríe sin embargo, porque el choque es trágico y sólo debe ser ridículo.

En el Evangelio hay contrastes admirables y nadie se rie, sino todo el que piensa, admira y adora.

El contraste para ser risible debe poner de resalto sólo la vanidad.

3o. Pero lleguemos a lo verdaderamente cómico a lo que llamo cómico trascendental, asombro de Aristóteles y de muchos escritores modernos, como Hello, a lo que tiene en la superficie el regocijo y en el fondo amarga tristeza.

Lo patético dice Hello es una cosa que vuelta al revés, llega a ser cómico. Lo cómico será, pues, aquello que vuelto al revés llega a ser patético.

Esto parece abstruso y revesado, pero no lo es y tiene sólido fundamento en la naturaleza de las cosas.

Hello busca el ejemplo de Moliére, pero nosotros hallaremos la comprobación de nuestra doctrina en el libro maravilloso, cómico en la superficie, patético en el fondo, y tan profundamente cristiano que enseña como según la ley divina deben ser considerados lo cómico y lo patético en el mundo.

Hablamos de Don Quijote y creemos que nuestra doctrina es sensata y juiciosa y no achaca al donoso Cervantes los alifafes acostumbrados.

En un artículo escrito en los Estados Unidos con motivo del centenario de Cervantes dije así: "No quiero meterme a averiguar si Cervantes se propuso explícitamente lo que voy a dcir, pero no encuentro mejor coronamiento y remate de su libro, de su plan, de su viva y pintoresca historia, que el retorno a la razón del pobre loco, razón perdida sólo para que apareciera más grande.

"Ya en los umbrales de la muerte, Don Quijote recobra el juicio y lo primero que hace es exclamar con grandes voces: ¡BENDITO SEA DIOS QUE TANTO BIEN ME HA HECHO! ¡EN FIN, SUS MISERICORDIAS NO TIENEN LIMITE, NI LAS ABREVIAN NI IMPIDEN LOS PECADOS DE LOS HOMBRES!

"Esto equivale a decir: busqué la justicia loco y por loco no la encontré, pero la busco cuerdo y la encontraré tanta y tan sin término, que mi alma no llegará a hartarse jamás."

"Si el Cristianismo fuera un error, no habría verdad que lo igualara, porque perdido todo, todo, la juventud, la riqueza, la esperanza de realizar ensueños, la gloria humana, la tierra, la familia, nos deja a Dios en el cielo y la conciencia en el alma y, como decía Santa Teresa, llena de regocijo una vez que después de mil fatigas no pudo obtener para sus fun-

daciones más que un ducado: "**¡una moneda y yo valemos muy poco; pero yo, un ducado y Dios, somos todo!**"

"Esto explica perfectamente, en mi concepto, por qué siendo Don Quijote para muchos profundamente triste, para Cervantes no era.

"Heine, leyendo muy joven la traducción alemana de Tieck, se echó a llorar por causa de la locura del héroe manchego, pensando que la creación que inspira sueños tan hermosos, no da la manera de realizarlos. Y Heine no es más que el símbolo de la incredulidad o la duda.

"El lector vulgar ve lo cómico de los contrastes y ya es mucho; el que piensa y no cree, penetra más y descubre el desorden angustioso de la naturaleza; el pensador cristiano, como el mismo Cervantes, se burla de nuestros vanos intentos para reformar las cosas que Dios puso fuera de nuestro dominio, y ante esa impotencia permanece tranquilo y aun alegre, porque sabe que lo que no se puede en la tierra, se conquista en la inmortalidad.

"Cervantes vió su libertad perdida, por causa de moros y cristianos, desconocido su genio en la patria, sus afanes sin protección, su bolsa sin dinero, su misma honra manchada o discutida injustamente, y, sin embargo, vivió siempre alegre o resignado, empapando su pluma en regocijo a veces, a veces en masa y serena melancolía, pero ni un dejo amargo acibara sus escritos, ni menos la blasfemia y rebelión asoman en sus obras.

"El Quijote es el libro de un viejo que mira la vida como es y contempla la eternidad con inefable esperanza.

"Tal es el secreto de su éxito. Después de hacer reir a todos, inspira amarga tristeza en las almas elevadas de Heine y Saint Beuve, pero en el creyente reflexivo, ya no diremos docto, produce la resignación serena, la paz cristiana, que son como preludio de la inmortalidad.

"No sé si este aspecto será nuevo, pero sin duda que la impresión tranquila y hasta dulce que deja Don Quijote, sobre todo en las almas de los viejos, nace de una verdad cristiana, puesta de resalto en el libro con el vigor del genio:

"El manchego tuvo el ideal de la suprema justicia. Realizarlo en la tierra es locura, pero es cuerdo y consolador esperar su realización en el cielo.

"Libro que hace reir a tantos, con risa sana y discreta, pensar a otros sobre sus altos destinos y a muchos de los cua-

les consuela, debe ser el libro universal y lo será, mientras la fe viva, la razón no se empañe y florezcan en el corazón sencillos y naturales sentimientos."

*
* *

Ya vemos, pues, que la obra de Cervantes salpicada de sal cómica de lo más agradable y sana, encierra un fondo profundamente patético, pero el cristiano escritor halla el bálsamo que cura la tristeza; la resignación con la voluntad de Dios.

No sé si Hello conocería a Cervantes; él aplica su teoría a Moliére y lo censura porque deja la amargura de sus asuntos cómicos sin dar la medicina; y el grandísimo crítico expone la siguiente teoría que se diría extraída del libro de Cervantes, como la quinta esencia de maravillosa planta.

"Para tratar un asunto es preciso dominarlo. Si alguna vez aparece un escritor realmente cómico, éste dominará la risa en vez de ser dominado por ella, no riendo jamás de todo, sino sólo cuando deba hacerlo y **disponiendo siempre de un depósito de lágrimas balsámicas y refrigeradoras.**

Ese hombre sabrá que lo cómico AISLADO, es horrible, y que nadie debe tocar una llaga humana sino para restañarla; ese gran talento necesitará gran ternura y pureza de corazón." (Les plateaux de la Balance, 265.)

¿No retrató el gran francés el genio español?

Bajo lo cómico de los habilísimos contrastes, está, en Don Quijote, la tristeza de ser imposibles sueños tan bellos, pero el bálsamo de lágrimas se halla en la vuelta del héroe a la razón, que, con la verdad cruel, le trajo la resignación santa.

*
* *

Supongo que estos graves pensamientos no os fastidiarán y que van a prestaros un gran servicio. Lo patético y lo cómico son instrumentos de que el orador tiene que echar mano a cada instante, pues necesita conservarlos, como el pintor pinceles, lienzo y colores. Debe, pues, estudiarlos para conocerlos.

De otro modo, os exponéis a volver lo cómico patético, cuando no convenga, que a veces conviene, y lo patético cómi-

co, cosa que si alguna vez se hace por eutrapelia para acallar pasiones bajas, debe ser con gran tino y mesura y sobre todo con intención noble y cristiana.

Pero no quiero dejar este asunto aunque me extienda demasiado, sin daros a conocer una perla, un tesoro de literatura contemporánea, relativa a este asunto, profundo y seguramente insondable como un abismo.

¿Por qué en las cosas humanas tras la risa más alegre se oculta el dolor? ¿Por qué no hay dolor que no puede ser aliviado con algo de alegría si es fuerte, heroico y cristiano en fin?

No voy ahora a resolver el problema, aunque creo poder hacerlo, pero sólo quiero presentaros la observación que acerca de él ha hecho un gran inglés G. K. Chesterton, en su libro Ortodoxia, traducido admirablemente por Alfonso Reyes, un compatriota nuestro.

En el Evangelio nada es cómico, en lo relativo a Jesucristo, porque lo cómico siempre pone de resalto una debilidad y en Dios todo es fuerza, pero el muy perspicaz filósofo, descubre que Cristo en medio de sus dolores algo ocultaba, con una especie de timidez o de pudor, algo que no quería dar todavía a los hombres y lo reservaba diciéndole a la Magdalena, "**no me toques, que no voy al Padre todavía**", y ese algo era lo que vais a oir en una de las páginas más elocuentes de la literatura **moderna**:

"La alegría, que era la pequeña publicidad del pagano, se convierte en el gigantesco secreto del cristiano. Y al cerrar este volumen caótico, abro de nuevo el libro, breve y asombroso, de donde ha brotado todo el Cristianismo; y la convicción me deslumbra. La tremenda imagen que alienta en las frases del Evangelio, se alza, en esto como en todo, más allá de todos los sabios tenidos por mayores. Su patetismo era siempre natural, casi casual. Los estoicos antiguos y modernos se jactaban de esconder sus lágrimas. Pero El nunca las ocultó; antes las descubrió a plena cara a todas las miradas próximas, y a las más distantes de Su ciudad natal. Algo ocultaba, sin embargo. Los solemnes superhombres y los diplomáticos imperiales se jactan de disimular sus indignaciones. El no disimulaba las Suyas: arrojaba los objetos por la escalinata del Templo, y preguntaba a los hombres cómo esperaban salvarse de la condenación del infierno. Algo ocultaba, sin embargo. Dígolo con reverencia: esa personalidad arrebatadora escon-

día una especie de timidez. Algo había que escondía de los hombres, cuando iba a rezar a las montañas: algo que El encubría constantemente con silencios intempestivos o con impetuosos raptos de aislamiento. Y ese algo era algo que, siendo muy grande para Dios, no nos lo mostró durante su viaje por la tierra: a veces, discurro que ese algo era Su alegría.'' Ortodoxia, página 311.

*

* *

Nota del Autor: En esta conferencia me he ocupado principalmente en lo cómico trascendental en que he procurado harmonizar las ideas propias con ajenas de autoridad y peso; pero lo cómico simple, muy usado y muy conveniente en lo oratoria, merece también algunas reglas, buenas y pocas Quería exponer en seguida éstas, que podemos llamar de eutrapelia, pero no puedo agregar más a mi trabajo después de la impresión hondísimo que Chesterton produce.

Dejo eso para otra ocasión que Dios quiera llegue algún día.

Inútil es decir que estos apuntes son recientes, (los relativos a lo patético y lo cómico) pero ya desde que comencé las conferencias me propuse tocar ambos asuntos.

Francisco **ELGUERO.**



Sección de Antropología

El Hombre y el Universo

Las Ciencias Naturales ante la crítica

Traducido expresamente para "América Española," como aditamento de nuestro artículo "EL MONO."

RESUMEN

Tiempo es de resumir las observaciones que sugiere el argumento antropológico.

Parte de un principio falso, porque supone, en la definición misma de la Antropología, lo que debería ser precisamente el objeto de la demostración: Admite que el hombre es un animal semejante del todo a los demás animales, con los mismos caracteres, y que debe ser estudiado por los mismos principios y métodos.

Pero precisamente se trata de saber si tiene la misma naturaleza, y si la presencia, en él, de una alma espiritual, no le da una naturaleza superior a la pura animalidad. Tenemos, pues, un círculo vicioso.

Pero además de partir de un principio falso, el argumento descansa en hipótesis arbitrarias, contradictorias o condenadas por los hechos.

Arbitrarias: por ejemplo, la que supone una cronología de ninguna manera demostrada.

Contradictorias: la que atacando la definición de Evolución dada por los mismos Evolucionistas, supone la substitución de la extrema debilidad a la fuerza extrema, como condición del paso de la inteligencia animal a la razón del hombre.

Condenadas por los hechos: todos sin excepción, porque no hay un solo hecho que permita concluir la existencia de formas de transición entre el mono y el hombre; todos por el contrario, atestiguan en contra de la Evolución en cuyo favor se han invocado. Las características anatómicas sobre las que se quería basar, no dan ciertamente el testimonio que se esperaba; y a su vez las características de los yacimientos dan uno que no se esperaba.

El testimonio esperado era el de un progreso demostrado por la cronología, pero ni siquiera ha habido vestigio de ello.

El que no se esperaba es el de la existencia de Grandes Aguas que bien pudieron producir simultáneamente todos estos depósitos. Su existencia parece cierta, veremos si efectivamente lo es.

Con sus principios falsos y sus hipótesis arbitrarias, contradictorias y condenadas por los hechos, el argumento antropológico llega a conclusiones que serían profundamente odiosas, si no fueran todavía más profundamente ridículas.

Hé aquí como las fórmulas G. de Mortillet:

1o. "Lo característico de toda concepción religiosa, dice, es llevar a lo sobrenatural, y por consiguiente, reemplazar la observación por la imaginación. Desde ese momento se abandonan los datos simples y verdaderos de la naturaleza, para dejar el campo libre a todas las locas concepciones de una imaginación desenfrenada. Así todas las religiones sin excepción, engendran como objetos de arte monstruosidades, anomalías, absurdos. Basta para convencerse de ello pasear una mirada por un panteón cualquiera, desde el de los salvajes más inferiores de nuestros días hasta el de los pueblos más ilustrados. Pues bien, no hay huella de esta aberración de espíritu, de este desenfreno de imaginación, en todo el arte de la Epoca Magdaleniana, por lo que debemos concluir que el Hombre de esta Epoca, artista distinguido, no tenía ninguna concepción religiosa."

¿Y qué debemos concluir de la manera como M. de Mortillet se permite apreciar las concepciones religiosas, si no que por una vez a lo menos, la ley del Progreso Evolucionista es sorprendida en flagrante delito de absurdo?

Es evidente que el Hombre Magdaleniano, artista distinguido, fiel a los datos simples y verdaderos de la naturaleza, pero exento todavía de toda concepción religiosa, debía ser mucho muy superior a los salvajes y a los pueblos más ilustra-

dos de nuestros días, que se entregan a las locas concepciones de una imaginación desenfrenada y no producen, como objetos de arte, más que monstruosidades, anomalías, contrasentidos. Pero qué ha sucedido entonces con la Ley del Progreso? Marcharía desde entonces la Evolución en sentido contrario?

G. de Mortillet continúa:

2o. "El resultado de toda idea religiosa es el respeto a los muertos. Y así desde que aparecen las ideas religiosas, se introducen prácticas funerarias. Pero no hay huellas de prácticas semejantes en el antiguo cuaternario. Basta comparar por otra parte, la cifra insignificante de los esqueletos más o menos incompletos de este largo período que han llegado hasta nosotros, con las numerosas sepulturas de los pueblos que han enterrado a sus muertos, para tener una demostración completa de que no se enterraba a los muertos en el período paleolítico."

Ciertamente que es ésta una lógica caprichosa: el Progreso de la Evolución acaba de llevarnos desde luego al retroceso de la humanidad, por el hecho de que se ha vuelto religiosa; y ahora nos conduce al progreso de esta misma humanidad por el hecho de que entierra a sus muertos?

—Y entonces, cómo es que ese respeto a los muertos y esas prácticas funerarias, que son un progreso, pudieron ser "el resultado y la consecuencia de las ideas religiosas," lo que es un retroceso?

M. de Mortillet concluye:

3o. "La muerte nada significaba para el hombre de esos tiempos lejanos, no había pues la creencia en la existencia de una alma, no había tampoco la creencia en un Dios que protege y castiga a sus creaturas, la concepción de un ser espiritual no existía. Todo parece indicar que el hombre paleolítico estaba totalmente desprovisto del sentimiento de la religiosidad." (1)

Estos razonamientos son verdaderas obras de arte. No se han encontrado sepulturas: luego el hombre de entonces no enterraba a los muertos, y la muerte no era nada para él. No se encuentran huellas de culto alguno: luego no había culto, el hombre no creía ni en la existencia del alma, ni en la existencia de Dios.

Si así fuera, cómo explicar que todas las civilizaciones pri-

(1) G. y A. de Mortillet, Le Préhistorique, p. 335-6.

mitivas, la de los Caldeos y la de los Egipcios, la de los Chinos y la de los Hindúes, la de dos Aztecas y la de los Incas, y en todas partes, en fin, hayan sido exclusivamente religiosas? Y esto es sin embargo, una verdad banal, y todo el mundo sabio está de acuerdo en repetirlo actualmente, en la Sorbona y en el Colegio de Francia.

¿Cómo los primeros hombres, exclusivamente religiosos, hubieran podido producir por evolución las primeras civilizaciones, ya que éstas precisamente eran exclusivamente antirreligiosas?

Las conclusiones de De Mortillet no se deducen absolutamente de las premisas.

De que no se encuentren las sepulturas de los hombres primitivos, no se sigue que nunca hayan existido, porque pudieron ser destruídas; y si se ha demostrado que hubo Grandes Aguas, debieron ser destruídas.

De que De Mortillet no haya encontrado objetos de culto, no se sigue tampoco que éste no haya existido, y que los primeros hombres no hayan creído ni en la existencia del alma, ni en la de Dios; porque todo el mundo sabio está de acuerdo también hoy, en considerar las Piedras Talladas, por lo menos las de las tumbas, como objetos religiosos que dan testimonio de la supervivencia del alma y de la existencia de un Más allá.

Queda finalmente una última cuestión que examinar: la de la fecha geológica que hubiera visto operarse esta pretendida transformación del Mono en Hombre.

Se la fija en el período interglacial, durante el cual, se dice, aparecen por vez primera las famosas Piedras Talladas.

Hay en esto una precisión que tiene su importancia y que debe ser fácil de comprobar; deber nuestro es hacerlo, y vamos por lo tanto a hacer un estudio crítico y leal de la época llamada glacial. (1)

---

(1) El estudio del Canónigo Brettes sobre todo esto es admirable; sentimos no poder reproducirlo por extenso, pero de acuerdo con Poincaré, Lapparent y mil insignes sabios más, deduce que la existencia del famoso PERIODO GLACIAL no está probada. ¿Cómo, pues, se da por cierto que la ciencia ha dado con el momento de la evolución del mono al hombre?

Con contrario es lo que suele pasar, que los hombres se conciertan en monos.

Aclaraciones Históricas.

Fray Diego Durán

A JUAN B. IGUINIZ.
(Expresamente para "América Española.")

Todos los historiadores han estado desacordes acerca del lugar en donde nació el célebre cronista domínico Fray Diego Durán autor de la interesante "Historia de las Indias y Islas de tierra firme."

Nuestro erudito historiador, señor don Fernando Ramírez, en el prólogo que escribió al publicar esa interesante obra (1), hizo un estudio sobre la nacionalidad de dicho religioso con la minucia que le caracterizaba y analizó las diferentes opiniones de los más autorizados biógrafos.

La crónica del P. Franco hablando de los escritos del ilustre Obispo Fray Agustín de Avila Padilla, dice: "....... y "otros tratados de varia erudición en especialidad la historia e "antigüedad de los indios que tenía acabada y prometido sa- "car a luz, que si vieran esos trabajos de Fray PEDRO Durán, "hijo del Convento de Santo Domingo de México y natural "de TEXCOCO, con todo el orden y estilo eran del P. M. "Fr. Agustín Dávila. Con esto se han honrado otros que las "hubieran a las manos y como que fueron suyos han sacado "a luz sus nombres......" (2)

(1) Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra firme, por el Padre Fray Diego Durán, de la orden de predicadores.—Lo publica con un atlas de estampas, notas e ilustraciones José Fernando Ramírez.—Imp. Escalante, 1867.

(2) Segunda parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México, orden de predicadores de la N. España, por el P. Fr. Alonso Franco. Cap. 53. Pág. 196.

En este párrafo anfibológico, el P. Franco llama a Durán PEDRO y asegura que nació en TEXCOCO y parece indican que Durán se había aprovechado de los trabajos de Dávila Padilla y aun se podría creer que la Crónica era de este último; pero el mismo Maestro Dávila Padilla al referirse a Diego Durán, nos dice: ".....HIJO DE MEXICO, escribió dos "libros uno de historia y otro de antiguallas de los indios "mexicanos, la cosa más curiosa que en esta materia se ha visto; vivió muy enfermo y no le lucieron sus trabajos aunque "parte de ellos están impresos en la Philosofía del Padre Joseph de Acosta, a quien los dió el Padre Juan de Tovar que "vive en México en la Compañía de Jesús de México. Murió "este padre en el año de 1588." (3)

Por este testimonio del mismo Maestro Dávila Padilla, queda demostrado que el Padre Franco, al asegurar que Durán se aprovechó de los papeles del futuro Obispo de Santo Domingo, estuvo mal informado, como lo estuvo al decir que se llamaba Pedro en vez de Diego; aunque ese cambio de nombre, sin duda provino, no de error del F. Franco, sino del paleógrafo que leyó Po donde decía Do, error muy frecuente al leer ciertas letras del siglo XVI.

El doctor Eguiara y Eguren toma los datos referentes a Durán de la Crónica de Fr. Alonso Franco que se conservaban en el mismo convento e incurre en los mismos errores y lo llama Petrus Durán, Texcucanus. (4)

Los notables dominicos Fray Jacobus Quetif y Fr. Jacobus Echard en su luminosa obra sobre escritores de la orden de

(3) Historia de la Provincia Mexicana, por el R. P. Fray Agustín de Avila.

(4) Bibliotheca Mexicana & authore Dn. Joanne Josepho de Eguiara et Eguren. Tom. II, pág. 324.

(5) Escriptore ordini Predicatorum recensit & inchoabit Jacobus. Quetif S. T. P. absolvit R. P. Fr. Jacobus Achard & Lutetial Parisiorum MDCCXXI. Tom. 2 fs. 282. Dice textualmente: F. Didacus Duran Americanus patria profesiones mexicanus, vir magnarum patrium, nec solum theologia sed 7 omnigenia sciencia perpolitus, vitam diu duxet infirmitatibus presus-quod in causa fuit, ne ab eo scripta Opera lucem vidoriat. Taec falten ms eo restita laudantur Historia de los indios mexicanos.—Antiguallas de los indios de la Nueva España Liber inquirunt jucundissimus. Horum maxima partem dicitur Joseph de Acosta, S. J.

predicadores, dice Didacus Duran Americanus patria profesiones mexicanus y reproduce casi todos los datos que Fray Alonso nos da en su tantas veces citada crónica de la Provincia de México.

Nicolás Antonio nos dice que era de México y que sus obras sirvieron a Joseph de Acosta (6) sin aclarar cuando nació, siguiendo a León Pinelo, el cual asienta: "Diego Durán, Dominico. Historia de los indios de la Nueva España MS.—Antiguallas de los mismos indios MS ambos libros de mucha curiosidad por los cuales añadió su historia el P. Joseph de Acosta y los AA de los escritores dominicos fs 282 lo tomaron de aquí." (7)

El abate Clavijero (8) al hablar de Dávila Padilla (fs. XXXV) refiere que "escribió la historia antigua de los mexicanos, sirviéndose de los materiales recogidos por FERNANDO Durán, dominico de TEXCOCO, pero esa obra no se halla."

De modo que sigue a Franco en la idea de que era de Texcoco, pero le cambia el nombre por Fernando y confiesa no conocer sus escritos el cual cambio de nombre rectifica don Ma-

---

suo libro inservisse cui titulus Historia natural y Moral de las Indias qui produit Hispali apud Joane de Leon 1590 in 4 nempe qui Didaci nostra opera MS a Joanne Touar ejusdem sosietatis Jesu Collegii Mexicani sodali acceptat. Sic refer Antonius Dávila Historia de la Provincia Mexicana p. 653 ubi adit Didacum obusse anno MDLXXXVIII Ejus meminerunt Leonius bibl Hisp. Altemura de 1575, García de praedic Evang. lib. 5, cap. 7, fol. 216 & alit.

(6) DIDACUS DURAN. Domo exurbe México, Dominicanus, valde juvit Josepum de Acosta de Rebus Indicis scripturum relinquins Historia de los indios de Nueva España y Antiguallas de los indios de Nueva España. Antoninino Leonino in Bibliotheca Indica Occidentale Lib. XVII & augustinum Davila Padilla in fine historiae provincia Mexicanae ordinis predicatorum. BIBLIOTHECA HISPANA NOVA SIVE HISPANORUM SCRIPTORUM & auctore D. NICOLAO ANTONIO.—Matriti apud Joach de Ibarra MDCCLXXXIII. Tom. I, pág. 281.

(7) Bibliotteca oriental y Occidental nautica y geográfica & por Antonio de León Pinelo Ed García.

(8) Historia Antigua de México, por el Abate Francisco Xavier Clavijero, traducida del italiano por José Joaquín Mora, precedida de noticibio-bibliográficas del autor, por Luis González Obregón, 1917 Fs. XXXV.

riano Beristain y Souza (9) pero repite que era natural de Texcoco y agrega el dato de que profesó en el convento Imperial de México el 8 de marzo de 1556 y aclara que el Fernando que menciona Clavijero era otro, natural de Panamá y franciscano.

Don Fernando Ramírez se adhiere a la opinión de Beristain pero "cree absolutamente seguro que no puede fijarse el año de su nacimiento después del de 1538 y que hay datos para juzgar que sea anterior." Y al referirse a la nacionalidad encuentra en la historia datos bastantes para que el que crea que es español, pueda defender la tesis y "tomandolos en consideración y consultando documentos inéditos y auténticos, he formado mi juicio y juzgo que fué originario de México y uno de los primeros frutos de los enlaces legítimos de los españoles con las hijas del país." (10)

Don Alfredo Chavero, en una disertación al fin de la obra de Durán a que se refiere don Fernando Ramírez y en "México a través de los siglos" (11) dice terminantemente que nació en México pocos años después de la conquista.

Con la opinión de tantas y tan competentes autoridades, todos los historiadores han seguido la creencia de que era americano y sólo difieren, sobre si había nacido en México o en Texcoco y sobre si era criollo o mestizo.

Un interesantísimo documento que encontré en el Archivo de la Inquisición, tomo 232 a fs. 227-251 ha venido a aclarar todas las dudas con respecto al famoso historiador dominico.

El documento es una denuncia acusando al buen padre Fr. Andrés de Ubilla, provincial de su orden más tarde Obispo de Chiapas y en la ratificación de la acusación ante el Secretario Pedro de los Ríos dice textualmente: "En la Ciudad de "México quinze días del mes de junio de mill y quinientos y "ochenta y siete años ante los SS. Inquisidores licenciado "Bonilla y Sanctos García en su audiencia de la mañana pa- "reció de su voluntad sin ser llamado y juró en forma de dere-

---

(9) Biblioteca Hispano Americana Septentrional por el Dr. D. José Mariano Beristain y Souza.

Beristain en el artículo de Jacanolo Durán dice que esto es probablemente el padre de fray Diego, en lo que no tienen ningún fundamento.

(10) Introducción a la obra de Fray Diego Durán citada.

(11) México a través de los siglos. Tomo I, introducción.

"cho de decir verdad un relixioso que dixo llamarse FRAY "DIEGO DURAN SACERDOTE DE LA ORDEN DE SAN-"TO DOMINGO, NATURAL DE SEVILLA DE HEDAD DE "CINCUENTA AÑOS y presentó su declaración, de su letra "y mano conthenida en la hoja de esta otra parte, la cual juro "ser cierta y verdadera y que no lo haze ni dice por odio, sino "por lo que debe al servicio de Dios y prometió el secreto. Pa-"só ante mi Pedro de los Ríos." rúbrica.

Con lo que se demuestra palpablemente que apesar de tantas y tan autorizadas opiniones, no nació Fray Diego Durán en México ni en Texcoco, sino en Sevilla.

En el mismo Tomo a fs. 192 se encuentra otro dato sobre el mismo Durán del que ningún autor habla y es, que era conocedor de la lengua mexicana y aunque al escribir su obra era de suponerse que entendía algún idioma indígena, ninguno de sus biógrafos habla de ello y en ese documento aparece como intérprete de unos indios, que sólo hablaban mexicano.

Ya antes emití mi opinión de que, el que la crónica de Franco le llame Pedro, proviene sin duda de error del paleógrafo y buena prueba de ello es, que en la lista del mismo autor relativa a los frailes más notables de esa orden en la Provincia, está el nombre correcto y sin duda en el texto estaba abreviado.

No sé de dónde provenga el error de hacerlo nativo de Texcoco y en cuanto a la opinión de que naciera en México me la explico fácilmente como una falsa interpretación dada a Dávila Padilla, quien cuando habla de fray Diego dice: **hijo de México** y en esta Crónica como en las demás, al llamarlos **hijos** se refieren, no a que sean naturales de..... sino **hijos de la Provincia religiosa**, y así vemos que en esa misma crónica llama hijos de México a los que en las biografías pone como naturales de España, dando el nombre de la población y llamándolos hijos de la Provincia de......

No terminaré estos apuntes sin llamar la atención sobre la diferencia que existe en la fecha en que señalan su muerte. Franco la pone en 1587 y Dávila Padilla en el año siguiente.

Habiendo presentado la denuncia a la Inquisición que ha venido a aclarar todo, en junio de 1587, se reducen las probabilidades de su fallecimiento en ese año a los últimos seis meses.

México, marzo de 1922.

Francisco FERNANDEZ DEL CASTILLO.

C. de la Real Academia de la Historia.



Novelas más Verosímiles que la Historia

EL TAUMATURGO

Advertencia.

No quiero meterme a averiguar dónde ocurrió el sucedido netamente histórico que voy a referir lisa y llanamente, sin circunloquios ni perífrasis, y en ese estilo llano que gusta tanto a la gente de sentido común, por más que el decadentismo, pedantesco y cursi, se haya empeñado en prostituir tan útil facultad.

No quiero (perdóneseme el largo anterior paréntesis) averiguar dónde sucedió mi caso, o, más bien dicho, no quiero decirlo, porque averiguado lo tengo, pero aseguro para honra de esta patria, por otra parte tan deshonrada, que en ella no ocurrió.

Esto sólo os hará comprender, perspicaces lectores, que mi historia es horripilante, espeluznante y patibularia, pero ¡tate! ¡tate! como dice el romance castellano, que, por una ley providencial, como la sombra de Judas aparece en las más tiernas escenas del Evangelio, (el perdón de la Magdalena, la promesa de la Eucaristía, el banquete final) también la fisonomía de Cristo suele aparecer melancólica, pero misericordiosa, en algunos dramas sangrientos y terribles, propios de la desquiciada época presente.

Dicho lo anterior a guisa de prólogo, entremos en materia.

*

* *

EL SITIO Y LOS PERSONAJES

Es un palacio moderno, no lujoso, pero limpísimo, todo de mármol, todo blanco, con el mueblaje de laca del mismo co-

lor, todo pulido y brillante, como un buque de guerra inglés, y, en ciertos pasillos y patios de pisos de cristales, con jardines de macetas de blanca porcelana cuajadas de flores, comunes o raras, pero todas encantadoramente bellas.

¿A qué se destinaba aquel palacio que llamaríamos de la felicidad si no supiéramos que en él reinaba inevitable dolencia?

Era un hospital de incurables, dependiente del gobierno, pero en él imperaba como benévolo tirano, el rey de la cirujía, el mago de la medicina, el sabio que tenía asombrado al mundo con mil doctrinas nuevas y estupendas y mil inventos asombrosos, al grado de no ser conocido en la ciudad, sino con el nombre del TAUMATURGO.

¡Gran tipo de sabio moderno! Cuarenta y cinco años, fisonomía no hermosa, pero franca e inteligente; no triste como la del Dante o Napoleón, ni maligna como la de Voltaire, pero sí alegre y expresiva como la de Renán, revelando en ella al mismo tiempo que el perfecto usufructo de la vida, el desdén **trascendental** hacia los hombres. (1)

Era riquísimo, o al menos parecía serlo, por causa de la ciencia que en el siglo XX se ha vuelto un anzuelo prodigioso, pero jugador empedernido, no en la mesa verde, sino en la Bolsa, cuyos secretos parecía penetrar, como los de las dolencias humanas, su riqueza, contra toda apariencia, era movediza e inestable.

Y sin embargo, no se reducían a esto sus notas de hombre conspicuo, excepcional y superior. Jefe indiscutible del libre pensamiento en la gran ciudad y sus contornos, presidía todos los congresos científicos que en ella se realizaban y a todas las resoluciones de tan sabias asambleas, ponía siempre una marca, un sello, un signo de impiedad, viniera o no al caso, que en concepto de una buena parte del público, necio y bobalicón acababa por dar al TAUMATURGO el carácter de un superhombre, de uno de esos semidioses o dioses enteros que deben ser la avanzada o vanguardia del producto último de la evolución que comenzó en el protoplasma, y unos de cuyos eslabones son el mono, el masón, el diputado y la feminista.

Otro personaje que presentar a los lectores: el incurable más conspicuo e interesante del hospital, un viejo riquísimo, antiguo sibarita, calavera hasta los setenta años, que en los

(1) Así calificaba el suyo, habitual en él, el apóstata del siglo XIX.

últimos de su vida por una reacción que no es muy común y como expiación de tantas conquistas por maña y astucia o a sangre y fuego, quería disponer en su testamento de todos sus millones a favor de muchas obras benéficas y religiosas, ya existentes o ideadas por él, dejando sólo a su hija un legado modesto con el cual la doncella pudiera pasar la vida con holgura, pero sin ostentación.

Y aquí tenemos al tercer personaje del drama: ELLA. No diremos su nombre por innecesario, pues por ELLA era conocida en la ciudad, a causa de que el incurable no la llamaba de otro modo. No era hermosa, ni fea, ni vieja, ni joven, ni torpe, ni lista, ni beata, ni escandalosa, era lo que se llama UNA INSIGNIFICANTE y por eso tal vez a pesar de sus millones no había llegado a tener pretendiente a su mano, si no es en últimas fechas, el Taumaturgo.

Pero ¡Dios mío! apenas este tragaldabas, hambriento de millones, le hizo con habilidad y mesura, ciertas manifestaciones de simpatía, la insignificante perdió el juicio y se propuso atrapar al sabio en las redes de su dinero. Ella ya sabía las intenciones funestas de su padre, pero esperaba disuadirlo, hasta con lágrimas si necesario fuera, y con la ayuda del Taumaturgo, a quien suponía dotado de una influencia sobre el pobre viejo, casi irresistible.

No vamos a seguir punto por punto la historia del amor desenfrenado de una insignificante. En puridad resultó lo que tenía que ser, que las relaciones amorosas se entablaron; que el tiburón del Taumaturgo se enteró de todo sin esfuerzo; que sagaz como era, comprendió nada lograría en su intento de disuadir al viejo, si apelaba sólo a su elocuencia y a su influjo, y que resolvió esperar una ocasión para impedir o modificar el testamento, bien que la anhelada coyuntura parecía no venir porque el Incurable, con su apoderado, conferenciaba mucho y escribía más y porque el notario público había tenido dos entrevistas con ambos sujetos.

No valía la prescripción del médico, formal, enérgica y reiterada de que el enfermo no leyese ni un sobrescrito. El viejo era tenaz en sus propósitos, como su hija se proponía serlo en el naciente amor y ya tenéis el plan de guerra por los dos bandos: el uno a testar, el otro a impedirlo.

Un cuarto personaje aparecerá a su tiempo; pero es inútil dibujarlo ahora. Sólo os digo que esperéis de él grandes cosas hechas con sencillez infantil.

EL CONGRESO DE INCURABLES

De todas partes del mundo sabio habían llegado diputados; por centenares se contaban y como el estudio principal de la docta asamblea debía ser el tratamiento más adecuado y conveniente para enfermos respecto de los cuales la ciencia desesperó, nuestro Taumaturgo, de reputación mundial, fué honrado con el voto unánime de los congregados para presidir sus sesiones.

Un aplauso estrepitoso, un arenga sobria y discreta abrieron el Congreso y después de los trámites y lecturas de estilo, ocupó la tribuna el doctor Scobeleff, un ruso nihilista, pero popular como Tolstoy y más sabio que Meknicoff.

El más hábil de los reporters de la ciudad resumía así la oración sabia y galana, dicha en buen francés y declamaba maravillosamente:

''Siempre la superstición obstruyendo el camino de la ciencia! Los paganos como tenían por dioses hombres como ellos, o que lo parecían, se libertaban fácilmente de su yugo y daban piadosa muerte a los recién nacidos deformes e incurablemente enfermos, por bien de ellos mismos, de la sociedad y de la patria.

Nosotros sabemos ya sin sombras y lo declaramos sin escrúpulos, que en la tierra acaba todo. ¿Por qué, pues, precisamente porque somos humanos, no dotarla de población sana, alegre, feliz y como tal buena, porque las pasiones malas no son sino dolencias desconocidas?

Pero el pagano paraba en esto, porque la civilización todavía no refinaba sus sentimientos, ni hacía sistemas perfectamente lógicos. **Res sacra miser, cosa sagrada es el infeliz** decía elocuentemente al ver al anciano caminando penosamente hacia la tumba; pero se contentaba con este rasgo de lirismo.

No, seamos más caritativos y más valientes. Hagamos que la ley sea sabia, que la humanidad sea justa, que la religión cubra prudentemente el rostro, como el suyo aparta de los réprobos la Virgen del Juicio Final de la Sixtina.

Si la ciencia tiene certidumbre de lo incurable ¿no es un crimen prolongar una vida de dolores? si no hay más autoridad en este mundo que la ciencia, señora y soberana de todos

los existentes ¿a qué apelamos a una moral vana y a una religión caduca para obstruir su camino y burlar sus divinos consejos? (1)

Prudencia, sí, estudio también, reglamentación previsora y acuciosísima de acto tan solemne, igualmente; pero que sin que el incurable lo sepa obtenga un descanso piadoso en nombre de una civilización maternal y providente.''

Todos los circunstantes menos uno opinaban como el audaz nihilista, pero, sin embargo, nadie se atrevió a aplaudir ni a aprobar, porque los sentimientos cristianos son lo último que el alma pierde y cuando el espíritu es ateo, muchas veces los instintos y las tendencias siguen siendo religiosos en parte.

Pero el único disidente, un joven católico de gran carrera y mejor porvenir, tomó la palabra y en un excelente discurso expresó substancialmente estas ideas:

''Si prescindimos de Dios y del alma; si el hombre nada tiene sobre sí que lo gobierne; si todo con la muerte acaba, el diputado Melicoff ha dicho bien y yo con los librepensadores suscribiría una resolución diciendo: ''que cuando la ciencia sea notoriamente impotente, la humanidad exige la muerte del enfermo por el procedimiento menos doloroso, y rápido posible.'' Pero si Dios existe, señores, y existe en verdad, si el fin del alma no es este mundo, si hemos sido creados para amar y servir al cielo en esta vida; si hay una moral fundada en una autoridad infalible que es la Iglesia, si el hombre es imagen de Dios y sagrado por lo tanto y el bautismo lo convierte en un templo venerable ¿no es horrible asesinato quitar la vida a un ser humano para que no cumpla la voluntad del cielo que es la de que viva para sufrir y muera sólo por disposición de la naturaleza?

¿Quién ha dicho además a esa ciencia vana y soberbia que lo que un sabio no obtiene no puede lograr otro? ¿quién le asegura que una crisis inesperada no hará fallar sus pronósticos muchas veces probables, pero jamás seguros? ¿quién puede afirmar victoriosamente contra la religión, la sana filosofía y la historia contemporánea que el milagro es imposible? ¿quién será tan sacrílegamente osado que quite al infeliz incurable

(1) No son invenciones de nuestra fantasía. Como yo expuse en el Congreso Católico de Guadalajara, hay una barbarie nueva llamada científica, que propone como medida filantrópica la muerte del incurable.

unos días, unas horas, unos momentos en que pueda arreglar su conciencia, reconciliarse con Dios y salvar su alma, impelido a ello por sus propios dolores, pues la adversidad es apóstol del cielo?''

Concluía el joven admirable diciendo: ''Vuestras doctrinas son criminales, porque conducen lógicamente al crimen y este es uno de los casos en que se puede juzgar con rectitud que una enseñanza es delito, tanto más vil cuanto se perpetra impunemente y sin la apariencia gallarda de la fuerza y el valor.''

El orador fué aplaudido por miedo a la sociedad y por cierto pudor todavía cristiano.

*

* *

MEFISTOFELES

El Taumaturgo y Melicoff salieron y a pie se dirigieron a la casa del primero para gozar del ejercicio en una noche fresca y luminosa. Opino como usted, dijo el Taumaturgo y el joven oponente tenía razón. Si todas esas zarandajas de la religión son ciertas, la ciencia no es soberana y hay que pedir el parecer à Dios o sus representantes, que resueltamente se oponen a un acto en sí mismo bueno; pero debo confesar a usted que aun sin el temor de una sociedad imbécil que mañana nos declararía asesinos, no me hubiera resuelto a firmar el gran acuerdo, porque este ambiente cristiano todavía nos enerva, porque matar a un inocente es contrario a un instinto atávico y tradicional que nos arranca la sentencia de la mano antes de firmarla.

El ruso, judío por otra parte, se sonrió y dijo: ''si así opina el gran Taumaturgo, el cerebro más fuerte de X ¿qué esperanza tendremos de que la ciencia sustituya a la religión y salve la sociedad? Por lo que a mí toca, ilustre colega, debo confesar a usted que yo vivo según mi conciencia y que en casos bien determinados e inequívocos en el ejercicio de mi profesión he sido....... sabio ante todo.''

Sonrió enseñando sus colmillos de tártaro y se retiró tranquilamente.

El Taumaturgo entró en su despacho iluminado por la luna y se puso a meditar.

''Claro es que en la mano tengo (en esta misma noche,

en este instante mismo) el medio de evitar un testamento que me arrebata una fortuna considerable, riqueza que vendría a dar solidz a la mía, fácil de desaparecer en mis aventuras bursátiles. Dispongo de una preparación (una píldora casi homeopática) que se absorbe en el organismo sin dejar residuo y que produciría al Incurable la hemiplegia de que necesariamente ha de morir. Nadie sabría mis procedimientos ni menos Ella, que jamás justificaría el asesinato; mi conciencia no se conturbaría porque realmente son lógicas las doctrinas de Melicoff y si yo soy agnóstico, como tal debo obrar. Bien es que impidiría al pobre enfermo hacer uso de un derecho y que si yo puedo matarlo lo debería verificar después de testar él, cosa que ya a nada conduciría, lo que quiere decir que no me mueve el amor al bien; pero ese supuesto derecho ¿no viene a reducirse a un mero capricho de un viejo loco? No, sin disputa, nada haría mi acción reprobable ante la razón sana y la ciencia moderna; me contiene sólo el instinto tan firmemente que ni tentado me siento a dar el paso consabido. Mañana se hará el testamento, mañana se perderá la fortuna, mañana quedará Ella decepcionada porque me sobra cinismo e ingenio para dar colorido de mera galantería a lo que era en el fondo promesa formal; mañana en fin, un nuevo espejismo de mi vida se deshará en lontananza, pero no importa, prefiero ese desengaño a despachar a la tumba al pobre viejo que se ha puesto en mis manos de sabio y sin decirle oste ni moste.

En esos instantes un criado penetró al escritorio, encendió luz y puso en manos del médico un cablegrama en clave que lo hizo temblar. "De seguro, dijo, la noticia de la gran jugada de Londres."

¡Qué horror! El corresponsal decía: "Se han perdido definitivamente dos millones."

La clave hacía imposible un engaño y el médico apagando la luz como si le dañara la vista, se sepultó en meditación profunda. ¡Qué digo meditación, en una especie de marasmo estúpido, del cual salía sólo de cuando en cuando para decir ¡ARRUINADO! ¡ARRUINADO!

*

* *

El novelista que tiene el don de ver a los espíritus con vista interior e intelectual, descubrió en ese momento a Mefistófeles a horcajadas en la barda de enfrente en cuya cresta me-

dio rojiza había estado tendido a modo de reptil, confundiéndose con el muro (lo mismo que en el Fausto) y que al mirar la situación de su amigo el médico, se incorporó y de un salto penetró en la estancia, caballero en un rayo de luna, nada menos.

Muy quedo, muy quedo se acercó al infeliz y sin hablar le insufló estas palabras endemoniadas.

"¿Arruinado, por qué? ¿no tienes la píldora a tu alcance? ¿no puedes ir al sanatorio esta misma noche y hacer lo demás, con lo cual no obrarás como clerical y beato, pero si como culto y sabio profesor?

¡El instinto! ¡El instinto! ¡Vaya un personaje! La razón en el hombre es todo y por boca de Melikoff ha hablado la razón. Calle, pues el instinto que nada significa. Por él obre la mujer, por la razón el sabio."

A los cinco minutos partía el automóvil del Taumaturgo para el sanatorio de incurables.

(Continuará.)



Variedades.

La Religión en la Naturaleza

EL ARCO IRIS

¡Soberbio surtidor! con fuerza brota
Airoso cual garzota,
Del rústico pilón de limpia fuente.
En forma de ciprés de gran altura,
Se levanta, y después su linfa pura
Hace al caer campana transparente.

En redor el follaje,
De apretado boscaje,
Presenta en su verdor tonos diversos,
Y de las gayas flores
Los múltiples colores
Entre la fronda míranse dispersos.

Matizan el ambiente,
Tan apacible, fresco y transparente
Bandadas de joyantes mariposas,
Y en una zona en torno a la fontana,
Muestran su nieve, rosicler y grana,
Los lirios y las rosas.

El sol brilla en el límpido horizonte.
Azules cielo y monte
(Menos alguno en la nevada cumbre)
. . . .
Pero yo espero más de tu belleza
Maga naturaleza,
De tu azul, de tu linfa y de tu lumbre.

Espero que esa pródiga hermosura
Me dirá con el zéfiro discreto
O con alguna harmónica figura,
De otros mundos el místico secreto,
Porque siento, sí, siento,
Que aquí de Dios se esconde el pensamiento.

Y la respuesta fué......Sobre la entrada
De una gruta que forma la enramada
Tras el fanal de la divina fuente,
Sin opacar las frondas ni las flores,
Vi el arco de colores
Desplegando sus iris trasparente.

¿Qué me dices celeste mensajero?
Tu arcano penetrar ávido quiero.
Cuando en el aire trémulo rielas
Altas cosas sublimes nos revelas
Que comprender espero.

El sol inmóvil forma tu hermosura.
Acierta ese ciprés de linfa pura
A absorber el fulgor de su diadema,
Y sin que el sol altere su reposo
Surge, surge glorioso
El arco iris de la paz emblema.

¡Qué símbolo Dios Santo, qué pintura!
¡Qué elocuencia tan pura!
¡Qué concepto tan hondo y tan fecundo!
Así el Inmóvil la materia mueve
Y, como el iris de la linfa o nieve,
Surge Cristo del mundo.

El Señor es su propio pensamiento,
No hay en él movimiento
Porque entonces su sér mudable fuera;
Pero el tiempo obedece ciegamente
Lo que el Omnipotente
Desde lo eterno decretado hubiera.

Y como el sol lanzando el mismo fuego
Sin dar un rayo más, enciende luego

El iris policromo y diamantino,
Así el Señor la humanidad enciende
Y a su seno desciende
Y surge Cristo, el Redentor Divino.

¡Arco, signo de luz, bíblico emblema!
Tú fuiste signo y lema
De la providencial misericordia;
Pero también el símbolo pristino
Del Cristo por quien vino
La justicia a besar a la concordia.

Y por eso el poeta castellano (1)
Llama iris soberano
Al signo de la Cruz, iris jocundo
Que al surgir en el suelo,
Se puso entre la cólera del cielo
Y el pecado del mundo.

Si en alma se trocara de repente
La luz del sol ardiente
¿En presencia del arco que sintiera?
Jamás supremo artista
Deleitar pudo más la ansiosa vista
Ni con la realidad ni la quimera.
Dios ve y entiende su iris soberano
Iris coeterno a Dios por la persona
Para nosotros insondable arcano,
Mas que con la materia se eslabona
Y forma un sér como divino humano.

Iris encantador de aquesa fuente,
Del sol dulce sonrisa,
Compañero feliz del claro ambiente
Hermano de las flores y la brisa,
El poeta pagano
¿Qué te pudo decir en su quimera?:
"Efluvio de la diva mensajera
De Júpiter tonante y soberano"
O el velo de una ninfa
Que llegaba a hurtadillas a la linfa.

(1) Calderón de la Barca.

Mas yo te digo símbolo y emblema
De la bondad suprema.
Jamás el sol por tí sufre mudanza
Y representas tú la casta alianza,
Naciendo de la luz y de la fuente,
Que cumpliendo la bíblica esperanza
Dios con la Virgen consumó clemente.

Francisco **ELGUERO.**

✤✤

AQUI SEÑOR

Hic ure, hic seca, hic non parcas,
modo in aeternum parcas.

San Agustín.

Señor, me diste un infinito anhelo
Y yo lo trueco en ambición mezquina;
Ofreciste a mi fe la paz divina
Y yo busco en la escoria mi consuelo.

Ojos me diste para ver el cielo
Y el halago del mundo me fascina;
Debo ser cual viajera golondrina
Y echo raíces en el triste suelo.

Aguardo punición, mas no anatema,
Por mis graves y tercas liviandades,
De tu justicia mística y suprema.

¡Oh, Señor del perdón y las bondades!
Aquí, en la vida, hiere, corta, quema,
Para que más allá de mí te apiades.

José **LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.**

Méjico, mayo 19 de 1922.

COPLAS

Nunca jamás la diré;
Vivo la causa celando,
Ya que si supísteis cuando,
Nunca supísteis por qué.
¿Fué por celos? ¿Por desvíos?
¿Por exceso de pasión?
Quizá por otra razón.....
Esos son secretos míos.
La causa de lo que fué
Viviréis siempre indagando;
Ya que supísteis el cuándo,
Nunca sabréis el por qué.

Tenango, abril 26 de 1922.

Joaquín GARCIA PIMENTEL.

Will y Baumer, S. A.

El "Amigo de la Verdad" y las Efemérides del Sr. Francisco Elguero.

"El Amigo de la Verdad" de 24 de marzo último, dedica a un libro nuestro las siguientes líneas que reproducimos por gratitud, por más que nos produzcan confusión:

"El distinguido y eruditísmo escritor católico y mejicano don Francisco Elguero, acaba de poner en venta la primera edición de sus "Efemérides Históricas y Apologéticas."

El primer volumen de la serie—único que hasta la fecha ha llegado de la casa editorial madrileña—contiene numerosos, variados y excelentes artículos que el autor fué publicando día a día en el periódico habanero "El Diario de la Marina," durante su estancia en la Isla de Cuba.

Por más de un año aprovechó la sección de Efemérides del periódico mencionado, para vaciar los tesoros casi inextinguibles de sus conocimientos. Bastará que el lector eche una mirada al índice del tomo, para que se de cuenta de la variedad de los temas tratados.

Don Francisco Elguero es de aquellos hombres que hoy tanto escasean y que lo mismo hacen una crítica literaria, como un estudio histórico, o un análisis filosófico. El radio de sus conocimientos es de tal manera anchuroso y variado, que bien podemos afirmar: no hay materia desconocida para él.

Con gran deleite hemos leído las páginas nutricias de su libro, sacando enseñanzas muy provechosas en cuestiones apologéticas, filosóficas, históricas y literarias.

La obra del señor licenciado Elguero está muy lejos, muy por encima de esos insubstanciables comentarios del día o efemérides que suelen aparecer en nuestros periódicos. En ella brillan la ilustración maciza y profunda, el estilo claro, el casticismo irreprochable y el talento cultivado por los estudios y las lecturas de muchos años. La labor desarrollada en la obra no es la de aquellos que sobre una enciclopedia o una

historia comentan los acontecimientos pasados: cada articulito es una síntesis admirable de datos esparcidos en obras innúmeras o recogidos por el autor en su laboriosa y prolongada existencia.

Pero sobre las dotes de ingenio que el autor posee, sobre su vastísima cultura y sobre su estilo terso y limpio, está una cualidad incomparable: la de su espíritu invariablemente católico y justiciero. Todo el libro está animado por el alma misma del cristianismo. Abundan las defensas incontrovertibles de algunos puntos que han sido largamente discutidos por sabios de todos los bandos y los argumentos irrefragables cuando la cuestión atañe al catolicismo en cualquiera forma.

Mucho podría decirse sobre una obra tan meritoria; pero estando sujetos al estrecho marco de esta sección, nos contentamos con añadir que las letras patrias agradecerán al autor haya sacado de la polvosa colección de un periódico, ese conjunto de artículos tan interesantes que ahora ofrece al público mejicano.

No resistimos la tentación de transcribir algunas frases del prologuista Dr. D. Mariano Aramburo, cubano ilustre, y otras del Ilmo. señor Guerra, Arzobispo de Cuba.

Dice el primero: "Don Francisco Elguero es hombre de maciza y sistematizada ilustración, en la que presto se advierte aquella luminosa armonía que sólo en la cultura humanista, la que labra en las inagotables disciplinas de la sabiduría clásica hermanada con la filosofía cristiana, y que en vano se esfuerzan por fingir los sedicentes sabios formados en el árido campo de los embarazosos cultivos con que el estudiar atropellado e incoherente de los métodos utilitarios hoy en boga, deforma y empequeñece las actividades de la mente mejor dotada por la naturaleza."......

El Ilustrísimo señor Guerra, entre otras cosas, dice lo siguiente, dirigiéndose al autor: "Es usted un veterano de la pluma y un insigne escritor."......

"Complázcome en decirle que he leído todas sus Efemérides y con sumo provecho para mi inteligencia y con gran ventaja para mi instrucción religiosa"......

¿Puede darse un elogio mejor?

LAS
LEYES DE REFORMA EN MEXICO

Historia y Crítica de un Atentado Constitucional

Obra Escrita por el

Lic. FRANCISCO ELGUERO



México, D. F.
Imp. Manuel L. Sánchez, Sucs.
Misericordia 7.
1922.

INDICE:

Las notas indicadas con letra, van al fin de la página respectiva; las señaladas con número progresivo, al concluir el libro.

Advertencia del Autor

Como la Constitución mexicana de 1857, adicionada por les leyes llamadas de Reforma en 1873 y 74, proclama enfáticamente la libertad religiosa, creen muchos americanos ilustrados y hasta conocedores superficiales de la república del Sur, que el Clero cuando se queja de opresión y de persecuciones, no sólo por la brutalidad del revolucionario, sino por el espíritu y la letra de la Carta fundamental, pretende el desquiciamiento de las instituciones actuales, y quiere restablecer la intolerancia de cultos, los fueros antiguos españoles, los concordatos tradicionales, y todo cuanto la Iglesia romana exige donde la paz y el bienestar públicos no requieren sacrifique derechos y privilegios emanados de la costumbre y de su propia constitución.

Los católicos mexicanos, como todos los de la tierra, no creen perfecta sino la unidad religiosa, pero rota ésta, no aspiran sinceramente a más instituciones que a las que les den libertad efectiva y plena para practicar su religión y trasmitirla por la enseñanza a sus hijos; libertad que permita a sus sacerdotes, sin distingos ni cortapisas legales, la realización del destino que el cielo les ha dado en la tierra; libertad que no esté escrita solamente, como la actual, en un libro y en un pórtico para mayor intranquilidad de las conciencias y más incentivos de odios y de disturbios.

La fórmula del Clero y pueblo mexicanos, sería a no dudarlo, la de una independencia igual a la que gozan todas las confesiones y todos los cultos en los Estados Unidos del Norte, preciosa conquista de este país y único medio, en donde la unidad no es posible, de que la religión, la paz y la justicia se den la mano.

De aquí la necesidad de que la nación americana conozca a Méjico y comience por convencerse de que la situación de la Iglesia en esta república, está muy lejos de ser de libertad, aun cuando se cumplieran fiel y discretamente los preceptos que determinan y reglamentan tal estado, cosa grandemente difícil en tan perturbada nación, en donde el respeto a la ley y el decoro de la autoridad, con tanta frecuenica se desconocen.

Quien esto escribe no es miembro del clero, y con eso dicho se está que sus opiniones no revisten autoridad alguna y que no deben reputarse de ninguna manera como declaraciones oficiales de aquella venerable corporación, pero habla como historiador imparcial y veraz y como publicista bien enterado y probo, y ya que funda todas sus apreciaciones en textos legales y en documentos públicos, no duda de que el lector atento y sensato, llegue a formarse la siguiente incontrastable convicción: en Méjico la religión católica no es libre como en los Estados Unidos, no ya sólo en el orden de los hechos, sino en el mismo terreno legal, pues el grande y salvador principio de **libertad religiosa, y la institución** que se ha buscado para ampararlo y hacerlo práctico, **de independencia entre la Iglesia y el Estado**, están contradichos por la misma Constitución que los establece y por las mismas leyes que los reglamentan, de manera que la anarquía de Méjico, en punto tan importante, como que de él depende la paz de las conciencias, comienza desde la misma región superior que debería ser fuente del orden y de la paz social.

Francisco ELGUERO.

San Antonio Béjar, (Tejas) octubre de 1916.

Segunda Advertencia del Autor

Escrito este libro en los Estados Unidos del Norte y terminado en la fecha indicada arriba, llegó a imprimirse y tengo en mi poder sus pruebas, pero suspendí su tiro porque no se concluía la traducción inglesa de la obra.

Posteriormente, y ya residiendo en la Habana, pretendí darla a luz, pero temí que su publicación, dadas las intransigencias del régimen imperante en Méjico, pudiera ser obstáculo o pretexto para el regreso de los Obispos desterrados y, por segunda vez, suspendí la edición, alegrándome de diferirla para revisarla, enmendarla y adicionarla a mi vuelta al país.

Ahora tengo ocasión de publicarla en ''América Española,'' lo que me librará de la tiranía de editores, y lo hago gustoso, aunque sin más aditamentos de los muy ligeros que pudieran ocurrir mientras revise las cuartillas, porque hacer una revisión y refundición formales es cosa que no me lo permiten ya ni el humor ni el tiempo.

Una persona muy competente en achaques históricos que revisó últimamente el libro, extraña que no abarque los períodos maderista y carrancista, el uno preñado de amenazas para la religión, el otro erizado de atropellos contra la Iglesia y sus ministros.

Cuando escribí el libro, aun no aparecía la llamada Constitución de 1917 y por lo tanto, el atentado contra la libertad religiosa no tomaba aún su más odioso y pérfido carácter, el de disfraz de legalidad, por lo que no era tiempo aún de perfilar y definir exactamente la guerra a la religión del pueblo.

Hoy ese trabajo puede realizarse con pleno conocimiento de causa y lo realizaré si me alcanzan las fuerzas, pero de todos modos, la labor relativa a la historia de la primera Reforma no resultará inútil, porque ella, parte integrante de tan triste y monstruoso drama, necesita indispensablemente ser referida y si, quien me suceda en la tarea, la encuentra deficiente o por cualquier capítulo defectuosa, mucho, sin embargo, hallaría en ella que aprovechar y reproducir.

Además, si las Leyes de Reforma, como resulta evidentemente de la historia anterior, son antijurídicas, antipatrióticas y contradictorias de la misma Constitución en que se encajaron a golpes de maza, ¿no parece más absurda y odiosa la carta de Querétaro que agravó, aguzó y envenenó las más irritantes de las Leyes del Odio?

En este país de las transacciones y de las componendas, si alguna vez cae por fuerza de su propia tiranía la carta de Querétaro, se verá como tabla de salvación la de 57, caduca y desacreditada, pero menos odiosa, y entonces que la opinión avive el seso y advierta lo que en el código restablecido debe reformarse, para purgarlo de lo corrosivo de la intolerancia y del jacobinismo y poder convertirlo, ya sin elementos de discordia, en verdadero paladión de la paz nacional.

Para no alterar el orden de las notas progresivas ni tener que enmendar éstas, los aditamentos que no logre ajustar en el texto, irán al fin en un apéndice numerado, y en las respectivas páginas haré la referencia por medio de notas marginales.

Olvidaba decir que en Cuba, en mi revista "América Española," inserté dos o tres capítulos de este libro firmándolos con el pseudónimo de "F. T. C. Gorman." porque dada la situación violenta de mi país, temí nuevas persecuciones; pero como ahora el motivo de temor ha cesado, suprimo el pseudónimo y aparece el libro como mío que es.

FRANCISCO ELGUERO.

Méjico, 16 de abril de 1922.



Capítulo I

Cuáles son las Leyes de Reforma

La historia conoce con ese nombre las que el Presidente don Benito Juárez dictó en Veracruz y en la capital de la nación contra la Iglesia católica, del 12 de julio de 1859 al 5 de febrero de 1861, y que fueron elevadas en 1873 y 74 a la categoría de preceptos constitucionales o de disposiciones reglamentarias de la Carta fundamental de la República.

"En 1905 todavía, decía el señor Bulnes en su obra "Juárez y las revoluciones de Ayutla y la Reforma:" la mayoría de los mexicanos ignoran cuáles fueron las leyes que dieron su nombre a una de nuestras más sangrientas guerras." "Esa mayoría, agrega en su lenguaje truculento, es **bárbaramente** católica."

Los que profesamos la verdad no podemos llamar bárbaro al pueblo que la sigue, sea con la fe ilustrada de Bossuet y Balmes, sea con la humilde del campesino, pero recogemos la confesión de uno de los más encumbrados liberales de Méjico, porque envuelve la prueba de que el **pueblo ha sido extraño a la formación** del más impío de los códigos, y que constituye la **gloria** de que el liberalismo mejicano más se jacta.

¿Y qué mucho que los extranjeros, sobre todo los de habla distinta de la española, no conozcan ese monumento de intolerancia y tiranía religiosas, si los mejicanos en su mayoría no saben que existe, por más que han sufrido en sus conciencias y en sus intereses sus naturales efectos de opresión y ruina?

Incrustadas esas leyes entre otras que proclaman los derechos del hombre, las garantías individuales, la libertad de

asociación, de pensamiento y de enseñanza, la soberanía de los Estados, la división de los poderes, y el principio de cuya conquista más se jacta el liberalismo moderno, **la Iglesia libre en el Estado libre**, aparecen ante la humanidad como formando parte de un código que petrificó en leyes las ideas más caras para los dos últimos siglos.

Jamás la tiranía antigua, no siempre truculenta y brutal, sino a veces finamente hipócrita, empleó dolo más pérfido, y mientras el legislador jacobino escribía en su código y en los pórticos de sus palacios **libertad religiosa**, con otro precepto encadenaba la conciencia; mientras que elevaba a la categoría de constitucional, es decir, soberano e inconmovible, el axioma forense de que **las leyes no podrán tener efecto retroactivo**, despojaba a la Iglesia de la propiedad más legítima, más antigua, más respetada por todos los soberanos de la historia. Llamaba a su Carta Magna emanación legítima de la voluntad del pueblo, y tendía a arrancar de cuajo de las conciencias y corazones mejicanos, la religión de sus padres y la única que querían legar a sus hijos.

Eso y más deberemos demostrar en el presente libro, pero a efecto de que nuestras afirmaciones y argumentos descansen sobre base indiscutible, insertamos en seguida, rogándole al lector tenga la paciencia de leerlos, los artículos de la Constitución de 1857, adicionados a ella por decreto de 25 de septiembre de 1873, y la ley reglamentaria de 14 de diciembre de 1874, compilación de cuanto tienen de odioso las leyes de Juárez y refinamiento de su espíritu sectario.

Ya la simple lectura de tales preceptos convencerá al público atento, de sus intenciones dolosas y de sus ataques a la religión nacional, pero a fin de que la verdad se apodere más fácilmente del ánimo del lector honrado, con la fuerza de la certidumbre, haremos después la historia de la conspiración y del atropello, y mostraremos la insoportable opresión de un código de tiranía.

LEY DE ADICIONES Y REFORMAS CONSTITUCIONALES, DE 25 DE SEPTIEMBRE DE 1873. (a)

SEBASTIAN LERDO DE TEJADA, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a todos sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión ha decretado lo siguiente:

"El Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, en ejercicio de la facultad que le concede el artículo 127 de la Constitución política promulgada el 12 de febrero de 1857, y previa la aprobación de la mayoría de las Legislaturas de la República, declara:

Son adiciones y reformas a la misma Constitución:

Artículo 1.°—El Estado y la Iglesia son independientes entre sí. El Congreso no puede dictar leyes estableciendo o prohibiendo religión alguna.

Art. 2.°—El matrimonio es un contrato civil. Este y los demás actos del estado civil de las personas, son de la exclusiva competencia de los funcionarios y autoridades del orden civil, en los términos prevenidos por las leyes, y tendrán la fuerza y validez que las mismas les atribuyen.

Art. 3.°—Ninguna institución religiosa puede adquirir bienes raíces ni capitales impuestos sobre éstos, con la sola excepción establecida en el art. 27 de la Constitución.

Art. 4.°—La simple promesa de decir verdad y de cumplir las obligaciones que se contraen, substituirá al juramento religioro con sus efectos y penas.

Art. 5.°—Nadie puede ser obligado a prestar trabajos personales sin la justa retribución y sin su pleno consentimiento. El Estado no puede permitir que se lleve a efecto ningún contrato, pacto o convenio, que tenga por objeto el menoscabo, la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por causa de trabajo, de educación o de voto religioso. La ley, en consecuencia, no reconoce órdenes monásticas, ni

(a) El lector que no quiera imponerse de la ley íntegra, puede formarse concepto de ella en el breve resumen inserto al fin del capítulo. Otras leyes se dictaron contra la Iglesia desde la revolución de Ayutla (la primera contra el fuero eclesiástico en 1855) pero todas se refundieron substancialmente en las anteriores.

puede permitir su establecimiento, cualquiera que sea la denominación u objeto con que pretendan erigirse. Tampoco puede admitir convenio en que el hombre pacte su proscripción o destierro.

TRANSITORIO

Las anteriores adiciones y reformas a la Constitución, serán publicadas desde luego con la mayor solemnidad en toda la República.

Palacio del Congreso de la Unión.—México, septiembre 25 de 1873.—**NICOLAS LEMUS**, diputado por el Estado de Guanajuato, Presidente.—**MANUEL G. COSIO**, diputado por el Estado de Zacatecas, Vicepresidente.

....

LEY PROMULGADA EN 14 DE DICIEMBRE DE 1874, ORGANICA DE LA DE ADICIONES Y REFORMAS DE 25 DE SEPTIEMBRE DE 1873.

SEBASTIAN LERDO DE TEJADA, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente:

''El Congreso de la Unión decreta:

SECCION PRIMERA

Artículo 1.º—El Estado y la Iglesia son independientes entre sí. No podrán dictarse leyes estableciendo ni prohibiendo religión alguna; pero el Estado ejerce autoridad sobre todas ellas, en lo relativo a la conservación del orden público y a la observación de las instituciones.

Art. 2.º—El Estado garantiza en la República el ejercicio de todos los cultos. Sólo perseguirá y castigará aquellos hechos y prácticas que, aunque autorizadas por algún culto, importen una falto o delito con arreglo a las leyes penales.

Art. 3.º—Ninguna autoridad o corporación, ni tropa formada, pueden concurrir con carácter oficial a los actos de ningún culto, ni con motivo de solemnidades religiosas se harán

por el Estado demostraciones de ningún género. Dejan en consecuencia de ser días festivos, todos aquellos que no tengan por exclusivo objeto solemnizar acontecimientos puramente civiles. Los domingos quedan designados como días de descanso para las oficinas y establecimientos públicos.

Art. 4.°—La instrucción religiosa y las prácticas oficiales de cualquier culto, quedan prohibidas en todos los establecimientos de la Federación, de los Estados y de los Municipios. Se enseñará la moral en los que por la naturaleza de su institución lo permitan, aunque sin referencia a ningún culto. La infracción de este artículo será castigada con multa gubernativa de veinticinco a doscientos pesos, y con destitución de los culpables, en caso de reincidencia.

Las personas que habiten los establecimientos públicos de cualquier clase, pueden, si lo rolicitan, concurrir a los templos de su culto y recibir en los mismos establecimientos, en caso de extrema necesidad, los auxilios espirituales de la religión que profesen. En los reglamentos respectivos se fijará la manera de obsequiar esta autorización, sin perjuicio del objeto de los establecimientos y sin contrariar lo dispuesto en el art. 3.°

Art. 5.°—Ningún acto religioso podrá verificarse públicamente, sino en el interior de los templos, bajo la pena de ser suspendido el acto y castigados sus autores con multa gubernativa de diez a doscientos pesos, o con reclusión de dos a quince días. Cuando al acto se le hubiese dado, además, un carácter solemne por el número de las personas que a él concurran o por cualquiera otra circunstancia, los autores de él, lo mismo que las personas que no obedezcan a la intimación de la autoridad para que el acto se suspenda, serán reducidas a prisión y consignadas a la autoridad judicial, incurriendo en la pena de dos a seis meses de prisión.

Fuera de los templos, tampoco podrán los ministros de los cultos ni los individuos de uno u otro sexo que los profesen, usar de trajes especiales ni distintivos que los caractericen, bajo la pena gubernativa de diez a doscientos pesos de multa.

Art. 6.°—El uso de las campanas queda limitado al estrictamente necesario para llamar a los actos religiosos. En los reglamentos de policía se dictarán las medidas conducentes a que con ese uso no se causen molestias al público.

Art. 7.°—Para que un templo goce de las prerrogativas de tal, conforme a los arts. 969 y relativos del Código Penal del

Distrito, que al efecto se declaran vigentes en toda la República, deberá darse aviso de su existencia e instalación a la autoridad política de la localidad, quien, llevando un registro de los que se hallen en este caso, lo participará al Gobierno del Estado, y éste al Ministerio de Gobernación. Tan luego como un templo no esté dedicado al ejercicio exclusivo del culto a que pertenezca, verificándose en él actos de otra especie, será borrado del registro de los templos para los efectos de este artículo.

Art. 8.º—Es nula la institución de herederos o legatarios que se hagan en favor de los ministros de los cultos, de sus parientes dentro del cuarto grado civil, y de las personas que habiten con dichos ministros, cuando éstos hayan prestado cualquiera clase de auxilios espirituales a los testadores durante la enfermedad de que hubieren fallecido o hayan sido directores de los mismos.

Art. 9.º—Es igualmente nula la institución de herederos o legatarios que, aunque hecha en favor de personas hábiles, lo sean en fraude de la ley y para infringir la fracción III del art. 15.

Art. 10.—Los ministros de los cultos no gozan, por razón de su carácter, de ningún privilegio que los distinga ante la ley de los demás ciudadanos, ni están sujetos a más prohibiciones que las que en esta ley y en la Constitución se designan.

Art. 11.—Los discursos que los ministros de los cultos pronuncien aconsejando el desobedecimiento de las leyes o provocando algún crimen o delito, constituyen en ilícita la reunión en que se pronuncien, y deja ésta de gozar de la garantía que consigne el artículo 9.º de la Constitución, pudiendo ser disuelta por la autoridad. El autor del discurso quedará sometido en este caso a lo dispuesto en el título VI, capítulo VIII, libro III del Código Penal, que se declara vigente en el caso para toda la República. Los delitos que se cometan por instigación o sugestión de un ministro de algún culto, en los casos del presente artículo, constituyen a aquél en la categoría del autor principal del hecho.

Art. 12.—Todas las reuniones que se verifiquen en los templos serán públicas, estarán sujetas a la vigilancia de la policía, y la autoridad podrá ejercer en ellas las funciones de su oficio cuando el caso lo demande.

Art. 13.—Las instituciones religiosas son libres para organizarse jerárquicamente según les parezca; pero esta organi-

zación no producirá ante el Estado más efectos legales que el de dar personalidad a los superiores de ellas en cada localidad para los efectos del art. 15. Ningún ministro de culto podrá, por lo mismo, a título de su carácter, dirigirse oficialmente a las autoridades. Lo hará en la forma y con los requisitos con que puede hacerlo todo ciudadano al ejercer el derecho de petición.

SECCION SEGUNDA

Art. 14.—Ninguna institución religiosa puede adquirir bienes raíces, ni capitales impuestos sobre ellos, con excepción de los templos destinados inmediata y directamente al servicio público del culto, con las dependencias anexas a ellos que sean estrictamente necesarias para ese servicio.

Art. 15.—Son derechos de las asociaciones religiosas, representadas por el superior de ellas en cada localidad:

I. El de petición.

II. El de propiedad en los templos adquiridos, con arreglo al artículo anterior, cuyo derecho será regido por las leyes particulares del Estado en que los edificios se encuentren, extinguida que sea la asociación en cada localidad, o cuando sea la propiedad abandonada.

III. El de recibir limosnas y donativos que nunca podrán consistir en bienes raíces, reconocimiento sobre ellos, ni en obligaciones o promesas de cumplimiento futuro, sea a título de institución testamentaria, donación, legado o cualquiera otra clase de obligación de aquella especie, pues todas serán nulas e ineficaces.

IV. El derecho de recibir aquellas limosnas en el interior de los templos por medio de los cuestores que nombren, bajo el concepto de que para fuera de ellos queda absolutamente prohibido el nombramiento de tales cuestores, estando los que nombren comprendidos en el art. 413 del Código Penal del Distrito, cuyo artículo se declara vigente en toda la República.

V. El derecho que se consigna en el artículo siguiente:

Fuera de los derechos mencionados, la ley no reconoce ningunos otros a las sociedades religiosas con su carácter de corporación.

Art. 16.—El dominio directo de los templos que conforme a la ley de 12 de julio de 1859 fueron nacionalizados y que se dejaron al servicio del culto católico, así como el de los que

con posterioridad se hayan cedido a cualesquiera otras instituciones religiosas, continúa perteneciendo a la Nación; pero su uso exclusivo, conservación y mejora, serán de las instituciones religiosas a quienes se hayan cedido, mientras no se decrete la consolidación de la propiedad.

Art. 17.—Los edificios de que hablan los dos artículos anteriores, estarán exentos del pago de contribuciones, salvo cuando fueren constituídos o adquiridos nominal y determinadamente por uno o más particulares que conserven la propiedad de ellos, sin transmitirla a una sociedad religiosa. Esa propiedad, en tal caso, se regirá por las leyes comunes.

Art. 18.—Los edificios que no sean de particulares, y que con arreglo a esta sección y a la que sigue sean recobrados por la Nación, serán enajenados conforme a las leyes vigentes sobre la materia.

SECCION TERCERA

Art. 19.—El Estado no reconoce órdenes monásticas ni puede permitir su establecimiento, cualquiera que sea la denominación u objeto con que pretendan erigirse. Las órdenes clandestinas que se establezcan, se considerarán como reuniones ilícitas que la autoridad puede disolver, si se tratare de que sus miembros vivan reunidos, y en todo caso, los jefes, superiores y directores de ellas, serán juzgados como reos de ataque a las garantías individuales, conforme al art. 973 del Código Penal del Distrito, que se declara vigente en toda la República.

Art. 20.—Son órdenes monásticas para los efectos del artículo anterior, las sociedades religiosas cuyos individuos vivan bajo ciertas reglas peculiares a ellas, mediante promesas o votos temporales o perpetuos, y con sujeción a uno o más superiores, aun cuando todos los individuos de la orden tengan habitación distinta. Quedan, por lo mismo, sin efecto las declaraciones primera y relativas de la circular del Ministerio de Gobernación de 28 de mayo de 1861.

SECCION CUARTA

Art. 21.—La simple promesa de decir verdad y la de cumplir las obligaciones que se contraen, substituyen al juramento religioso en sus efectos y penas, pero una y otra sólo son re-

M. León Sánchez, Sucs.—Méx.